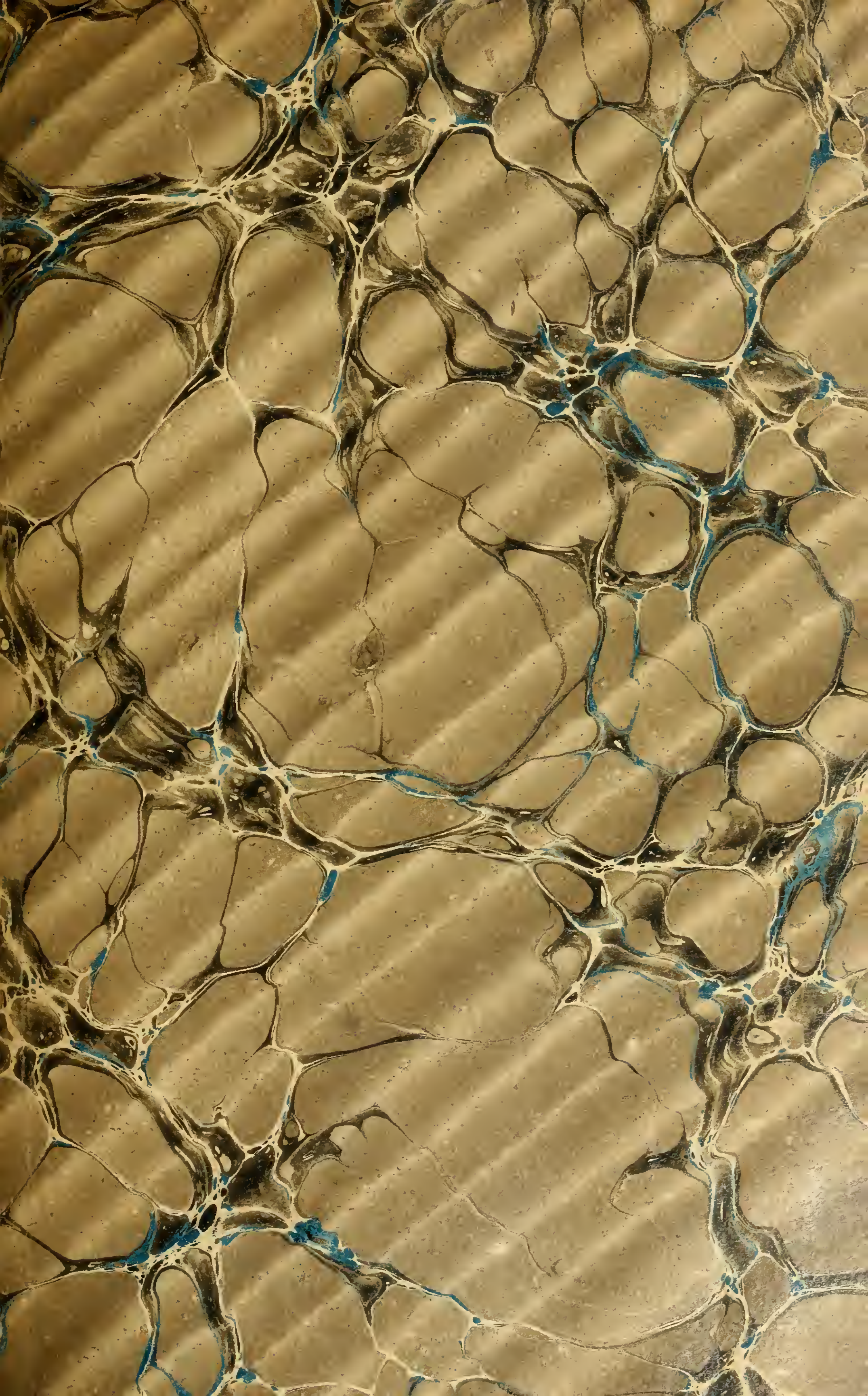

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646469 5





OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

X



Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo).*
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio).*

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado).*
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo).*

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Avila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

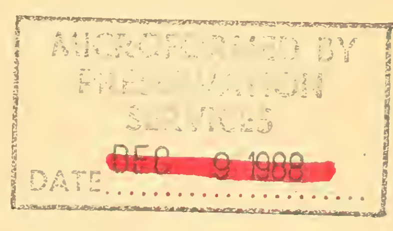
FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO X





MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO

CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.

1906

PRÓLOGO

El *Libro llamado Guía de Pecadores*, que ocupa la mayor parte de este volumen, hasta ahora nunca ha figurado en las colecciones granadinas. Publicóse por vez primera en Lisboa, el primer tomo en 1556, y en 1557 el segundo, siendo imposible determinar cuál sea la edición príncipe, por existir ejemplares de tres ediciones de ambos tomos hechas en los años indicados.

Incluída esta obra en el *Catálogo* del inquisidor Valdés en 1559, el venerable autor la retiró de la circulación, pero dejando echados en ella los cimientos de la célebre *Guía de Pecadores*, que imprimió once años más tarde, en 1567. Porque el tomo primero de la *Guía* primitiva de 1556 no es sino un compendio de la gran *Guía* posterior, según el mismo Granada lo había anunciado en el prólogo. «Mi intención, dice Fr. Luis (1), es (si el Señor fuere servido) tratar este mismo argumento más copiosamente en otro libro, contentándome al presente con sacar á luz este pequeño volumen, que es como un epítome y sumario de lo que en el otro se ha de tractar».

El compendio es demasiado breve, y no se hallan indicadas en él materias importantes, maravillosamente desarrolladas en la *Guía* extensa, á saber, los títulos por que estamos obligados á servir á Dios por ser quien es, y muchos de los privilegios concedidos á la virtud. De todos modos, en los diez capitulitos de que el compendio consta, se descubre siempre la elocuencia soberana del autor, manifestada antes

(1) Página 6 de este tomo.

en el *Libro de la Oración* (1554), y consagrada después en la famosísima *Guía de Pecadores* (1567).

El tomo segundo contiene oraciones devotísimas y un tratado de meditación, para lo cual «señaladamente sirve la consideración de los beneficios divinos y de todos los pasos y misterios de la vida de Cristo, que es la suma de toda esta filosofía celestial» (1). Es la tercera parte prometida en la primera impresión del *Libro de la Oración*, aunque acompañada de otras cosas (2).

¿Por qué prohibió Valdés la primera *Guía de Pecadores?* Siendo toda ella de purísima ortodoxia, no hubo otra razón que los largos pasajes del nuevo testamento traducidos al castellano que se hallan al final del tomo primero, como el Sermón del Señor en el monte, con algunos otros pedazos de doctrina sacados del santo Evangelio y de las epístolas de San Pablo. No puede darse otra explicación, y se equivocan grandemente los que suponen ediciones corrompidas por los luteranos, cuyos principios fundamentales están expresamente condenados en todos los ejemplares conocidos (3). Y así se comprende cómo esta obra, á pesar de la prohibición del inquisidor Valdés, fué traducida y publicada en italiano (Venecia, 1563 y 1564; Roma, 1585), en francés (París, 1583), y hasta en japonés (1599) y en griego moderno (Roma, 1628).

Á continuación del *Libro llamado Guía de Pecadores* va en este tomo el *Tratado de la Oración y Meditación*, impreso en Lisboa en casa de Ioannes Blavio de Colonia. Esta edición, que es la príncipe, no lleva año; pero no puede ser de antes del 1557, por citarse en ella (pág. 465) la *Segunda Parte* (ó tomo) *de la Guía de Pecadores*. Tampoco es probable que sea posterior al año 1559, en el cual se publicó el *Cathalogus Librorum qui prohibentur*, del inquisidor Valdés, donde se incluyó la misma *Guía*, la cual por esta prohibición no podía ser ya citada por autores católicos en España.

Aunque el *Tratado de la Oración* lleva en la portada el

(1) Página 265.
(2) Véanse las páginas 6 de este tomo, 8 y 433 del II, y 436 del XIV.
(3) Véanse las páginas 25 y 126 de este tomo.

nombre del «R. P. Fr. Pedro de Alcántara, fraile menor de la Orden del B. S. Francisco», sin duda ni temor alguno lo adjudico á Fr. Luis de Granada, su verdadero y único autor. Creo haberlo demostrado evidentemente en otra parte (1), y aunque en la *Bibliografía Granadina* ampliaré las pruebas, aquí sólo llamaré la atención sobre la advertencia del impresor al lector (pág. 440), sobre la confesión explícita de San Pedro de Alcántara reconociendo por autor *principal* á Fray Luis de Granada (pág. 442), sobre la cita del *Libro* (grande) *de la Oración* (pág. 509) y de la primitiva *Guía de Pecadores* (pág. 465), y sobre los numerosos pasajes del *Tratado de la Oración* tomados de dicha *Guía* (páginas 297 y 491, 299 y 493, 384 y 483, 385 y 484, 386 y 485, 400 y 506). Todo lo cual demuestra evidentemente dos cosas:

1.ª San Pedro de Alcántara recopiló ó compendió el *Libro* (grande) *de la Oración*, de Fr. Luis de Granada.

2.ª Este *Tratado de la Oración*, aunque en la portada aparezca bajo el nombre del R. P. Fr. Pedro de Alcántara, no es el suyo, sino otra «recopilación más copiosa» hecha por el *principal* autor (pág. 440), el cual no puede ser otro que Fr. Luis de Granada. ¿Cuál es entonces la recopilación ó compendio hecho por San Pedro de Alcántara? ¿Dónde está? En la Biblioteca Vaticana, donde existe un ejemplar de la edición de Alcalá, 1558, que reproduciremos fielmente en la *Bibliografía Granadina.*

Fr. Justo Cuervo

(1) Véase mi *Biografía de Fr. Luis de Granada, con unos artículos literarios donde se demuestra que el Venerable Padre, y no San Pedro de Alcántara, es el verdadero y único autor del Libro de la Oración* (Madrid, 1896).

LIBRO LLAMADO

GUIA DE PECADORES

EN EL CUAL SE ENSEÑA

TODO LO QUE EL CRISTIANO DEBE HACER

DENDE EL PRINCIPIO DE SU CONVERSIÓN

HASTA EL FIN DE LA PERFECCIÓN

COMPUESTO POR EL

R. P. FRAY LUIS DE GRANADA

de la Orden de Sancto Domingo.



IMPRESO EN LISBOA

EN CASA DE IOANNES BLAVIO DE COLONIA

1556

Con privilegio Real por diez años.

APROBACIÓN DE LA OBRA

Fué visto y aprobado el presente libro por el muy R. Padre Maestro F. Gaspar de los Reyes, examinador de libros por el Reverendísimo y Serenísimo Cardenal Infante, Inquisidor general en estos reinos de Portugal.

LO CONTENIDO EN ESTE LIBRO

Esta doctrina está repartida en cuatro libros.

El primero trata de la conversión del pecador: en el cual se pone una exhortación á bien vivir.

En el segundo se dan reglas de bien vivir.

En el tercero se trata de tres principales medios con que se alcanza la gracia para bien vivir, que son oración, confesión y comunión.

En el cuarto sumariamente se trata de la perfección, que es el término y fin de la buena vida.

A LA MUY MAGNÍFICA SEÑORA

LA SEÑORA DOÑA ELVIRA DE MENDOZA

EN MONTE MAYOR EL NUEVO

CARTA DEL AUTOR

POR muchas razones me moví á enviar á v. m. este pequeño tratado, y particularmente por tener entendido con cuán alegre cara suele v. m. recibir semejantes presentes: como quien la mayor parte del tiempo y de la vida gasta en ellos. Porque aunque el estado de casada y el cargo de la casa y familia sean cosas que muchas veces distrayan el ánimo destos sanctos ejercicios, pero á v. m. (por singular merced y privilegio de Dios) cupo en suerte la compañía de tal marido, que no solamente no desfavorece los piadosos ejercicios de virtud y cristiandad, sino antes tiene ésta por suma y verdadera gloria de la nobleza cristiana, como en hecho de verdad lo es. Y lo mismo ha querido nuestro Señor que tengan otros muchos señores de esta noble casa y familia, con lo cual hacen más ilustre su sangre, que con todos los otros títulos y blasones del mundo: los cuales así como son de mundo, así mueren y acaban con él. Así que reciba v. m. este pequeño presente para sí, y para todos estos señores sus sobrinos y deudos: en quien confío en nuestro Señor será muy bien empleado. Y si algo hay en esto de servicio, no quiero por él otro galardón, sino alguna pequeña parte de las continuas oraciones de v. m. Cuya vida y estado nuestro Señor prospere por largos tiempos en su servicio.

AL LECTOR

TRES cosas se requieren, cristiano lector, para hacer á un hombre verdaderamente bueno y virtuoso, que es el fin que la doctrina cristiana pretende. La primera es ganarle la voluntad y persuadirle que quiera y se determine á bien vivir. La segunda es enseñarle qué es lo que ha de hacer para bien vivir. La tercera, declararle cómo alcanzará fuerzas y espíritu para vivir esta manera de vida. Entre estas tres cosas, la postrera es la más importante y más necesaria: porque (como dice Aristóteles) el saber poco ó nada aprovecha para la virtud. Porque dado caso que yo sepa el valor y méritos de la virtud, para inclinarme á ella, y sepa todo lo que tengo de hacer para ser virtuoso, ¿qué me aprovecha todo esto, si no tengo fuerzas para resistir al poder de la mala costumbre y á la tiranía de mis pasiones y apetitos que me llevan en pos de sí? Por do parece claro que aunque todas estas tres partes sean necesarias, la principal entre ellas es esta tercera.

Estas tres cosas enseña la doctrina cristiana más altamente que todas las doctrinas del mundo, con tres cosas principales de que trata: que son artículos de fe, mandamientos y sacramentos. Porque los artículos de la fe nos persuaden á bien vivir, alegándonos, poniéndonos delante el juicio de Dios, el paraíso, el infierno, los beneficios divinos y otras cosas que á esto nos pueden mover. Los mandamientos de la ley nos enseñan á bien vivir, declarándonos lo que para esto debemos hacer y debemos huir. Y porque esto no se puede hacer con solas nuestras fuerzas (por haber quedado la naturaleza muy estragada por el pecado) socórrennos los sacramentos con el espíritu y gracia que nos dan por virtud de la pasión de Cristo: los cuales nos dan fuerzas para cumplir todo esto. Lo cual por singular excelencia y providencia de Dios se halla en sola la religión cristiana, y en ninguna otra se halló jamás ni puede hallar. Porque toda la filosofía del mundo, y toda la facultad humana, no se extiende á más que á persuadir y en-

señar los hombres en alguna manera á bien vivir, mas no á dar espíritu y fuerzas para ello: porque esto sólo se reservó á Cristo nuestro Salvador y á la gracia de su Evangelio.

Pues por esto con muy alto consejo está repartida esta celestial doctrina en estas tres partes principales (que corresponden á estas tres cosas susodichas) de las cuales convenía que tratasen siempre todos los enseñadores de esta doctrina: unas veces exhortando á bien vivir con las persuasiones y misterios de la fe: otras, enseñando á bien vivir, declarando en particular la doctrina de los mandamientos y de los pecados contrarios á ellos: y otras, declarando por qué medios se alcanza la gracia para cumplir esos mandamientos, exhortando á la humilde y devota frecuencia de los sacramentos: con los cuales se junta la oración (de la cual también tratan después de los sacramentos todos los que escriben de esta doctrina) porque así como los sacramentos tienen virtud para dar gracia, así la oración tiene por oficio pedirla, y así nos ayuda en esta misma demanda.

§. II.

Pues como esta doctrina sea tan necesaria, parecióme sería cosa conveniente escribir de ella este pequeño volumen, para que fuese como un manual que trajese cada uno consigo, en el cual pudiese brevemente aprender lo que le conviene. Y aunque otros muchos escritores han tratado desta misma materia, pero la diferencia está en esto, que los otros trataron más principalmente la teórica de ella, declarando lo que pertenecía á la inteligencia de estas cosas: mas aquí presupuesta la teórica, solamente se trata la prática, que es el fin á que todo esto se ordena: que son aquellas tres cosas que dijimos se requerían para bien vivir.

Y así llevando esta orden susodicha, la primera parte deste libro se emplea en persuadir el hombre á bien vivir, poniéndole delante lo que para esto nos propone la fe, que es el juicio final, el paraíso, y el infierno, y los beneficios divinos y otras cosas semejantes. La segunda enseña lo que habemos de hacer para bien vivir, proponiendo para esto diversas reglas y documentos sacados de la ley de Dios y de sus avisos y mandamientos. La tercera trata de los tres principales medios con que se alcanza la divina gracia, que son confesión, comunión y oración: porque los

sacramentos tienen virtud para dar gracia, y la oración tiene por oficio pedirla, y así le corresponde por premio alcanzarla. Y desta manera cresciendo por ambas partes el don de la gracia, crescen también con ella las riquezas de las virtudes y de la buena vida. En los otros sacramentos no me quise entremeter, por la brevedad desta escriptura.

Al cabo de todo esto (para conclusión desta materia) añadí unos breves avisos y documentos de la perfección desta vida: los cuales aunque pertenecían á la segunda parte desta doctrina, quise ponerlos al cabo della: porque no son para todos, sino para solos aquéllos que se han ya ejercitado y aprovechado en los documentos de las reglas pasadas.

Movíme á tomar este poco de trabajo porque algunos predicadores celosos de la honra de nuestro Señor y salud de las ánimas, deseaban que hubiese algún pequeñuelo volumen que tratase de todas estas cosas, el cual pudiesen encomendar en los pueblos donde predicasen: para que pues la memoria de los hombres es tan flaca y la voluntad tan tibia para lo bueno, pudiesen todos tener á la mano este pequeño despertador, para que ayudasen á la memoria con la escriptura y á la tibieza de la voluntad con el calor de la doctrina: y para que no sólo en presencia, sino también en ausencia del predicador tuviesen este familiar predicador en casa para todas las veces que le quisiesen oir. Esto es lo que en suma contiene este breve compendio: y bien veo que todo ello va tratado con demasiada brevedad: mas mi intención es (si el Señor fuere servido) tratar este mismo argumento más copiosamente en otro libro, contentándome al presente con sacar á luz este pequeño volumen, que es como un epítome y sumario de lo que en el otro se ha de tractar.

Resta (para salir de cargo) avisar al cristiano lector que aquí va la tercera parte que prometimos en la primera impresión del Libro de la Oración, aunque acompañada con otras cosas.

Y este presente tractado, y cualquier otra escriptura mía, húmilmente subjecto á la corrección de la Sancta Madre Iglesia, abrazando lo que ella abraza, y reprobando lo que reprueba.

COMIENZA EL LIBRO PRIMERO

QUE TRATA

DE LA CONVERSIÓN DEL PECADOR

EN EL CUAL SE CONTIENE

UNA BREVE EXHORTACIÓN Á BIEN VIVIR

CUENTA la Escriptura divina que antes que Dios destruyese la cibdad y reino de Hierusalem por Nabucodonosor rey de Babilonia, dijo al profeta Hieremías estas palabras: Toma un libro en blanco, y escribe en él todas las palabras que te he dicho contra Judá y contra Israel dende el día que comencé á hablar contigo hasta el día presente, y léelo en presencia del pueblo, para ver si por ventura oyendo esta gente todos los males que yo pienso hacerles, se apartarán de sus malos caminos, para que así les sea yo propicio, y les perdone sus pecados, y cese de enviarles este castigo que tengo determinado. Y dice luego la Escriptura que como Baruch notario deste profeta escribiese todas estas palabras y las leyese en presencia del pueblo y de los príncipes dél, que cayó tan gran temor y espanto sobre ellos, que se miraban á las caras unos á otros como atónitos, por la grandeza de las cosas que habían oído.

Éste es, hermano mío, el medio que Dios tomó en aquel tiempo (y en otros muchos tiempos) para despertar los corazones de los hombres y apartarlos de su mal camino, como uno de los más eficaces y poderosos que para esto hay. Porque son tantas y tan grandes las cosas que las palabras de Dios y las letras sagradas y la profesión de nuestra fe nos predican en favor de la virtud y disfavor del vicio, que si los hombres atentamente las leyesen y ponderasen, no sería posible que muchas veces no les diese grandes vuelcos el corazón, conside-

rando por aquí la grandeza del peligro y descuido en que viven. Y por esto una de las cosas que más deseaba el profeta para remedio de estos males, era ésta, cuando decía: Gente es sin consejo y sin prudencia: pluguiese á Dios que supiesen, y entendiesen, y proveyesen atentamente lo que les está por venir. Porque verdaderamente, si los hombres esto hiciesen como debrían, no sería posible durar mucho tiempo en un tan errado y tan perdido camino como llevan.

Mas ellos andan tan beudos y tan empapados en el amor de las cosas desta vida, unos en busca de honras, otros de haciendas, otros de deleites, otros de oficios, de dignidades, de privanzas y de otros semejantes intereses, que ocupados y ahogados con los cuidados y con el amor encendidísimo destas cosas, ni tienen espacio, ni ojos, ni corazón para entrar un poco dentro de sí mismos, y abrir los ojos á la consideración de todo esto. Por lo cual con mucha razón dice de ellos el Profeta: Hecho es Efraím así como paloma engañada que no tiene corazón. Porque dado caso que los malos tengan corazón para amar y pensar y repensar las cosas desta vida, no lo quieren tener para pensar las de la otra: las cuales son tales y tan admirables, que la menor de ellas que atentamente se considerase, bastaba para dejarlos atónitos y convencidos de su engaño.

Pues por esta causa me paresció sería cosa conveniente poner aquí algunas destas cosas ante los ojos de quien las quisiese leer, y escrebir (á imitación del profeta Hieremías) no solamente los males que Dios tiene aparejados para los malos, sino también el descanso y los bienes que tiene proveídos para los buenos, para ver si por ventura oídas y entendidas estas cosas (como dice el Profeta) se volverán algunos de su mal camino: para que así tenga Dios por bien de recebirlos, y perdonarlos, y librarlos de las penas que Él tiene en sus Escrituras amenazadas para los tales como ellos.

DE LA CONSIDERACIÓN DE LA MUERTE

CAPÍTULO II.

Y COMENZANDO agora por lo que está más cerca de nuestros ojos y de nuestra consideración, acuérdate, hermano, que eres cristiano y que eres hombre: por la parte que eres hombre, sabes cierto que has de morir, y por la que eres cristiano sabes también que has de dar cuenta de tu vida acabando de morir. En esta parte no nos deja dubdar la fe que profesamos, ni en la otra la experiencia de lo que cada día vemos. Así que no puede nadie excusar este trago, que sea Emperador que sea Papa. Día vendrá en que amanezcas y no anochezcas, ó anochezcas y no amanezcas. Día vendrá (y no sabes cuándo, si hoy, si mañana) en el cual tú mismo que estás agora leyendo esta escriptura, sano y bueno de todos tus miembros y sentidos, midiendo los días de tu vida conforme á tus negocios y deseos, te has de ver en una cama, con una vela en la mano, esperando el golpe de la muerte y la sentencia dada contra todo el linaje humano, de la cual no hay apelación ni suplicación. Allí se te representará luego el apartamiento de todas las cosas, el agonía de la muerte, el término de la vida, el horror de la sepultura, la suerte del cuerpo, que vendrá á ser manjar de gusanos, y mucho más la del ánima, que entonces está dentro del cuerpo, y de ahí á dos horas no sabes dónde estará.

Así te parecerá que estás ya presente en el juicio de Dios y que todos tus pecados te están acusando y poniendo demanda delante dél. Allí verás abiertamente qué tan grandes males eran los que tú tan fácilmente cometías, y maldirás mil veces el día en que pecaste, y el deleite que te hizo pecar. Allí no acabarás de maravillarte de ti mismo, cómo por cosas tan livianas (cuales eran las que tú amabas) te pusiste en peligro de padecer eternalmente dolores tan grandes como allí comenzarás á sentir. Porque como los deleites sean ya pasados, y el juicio de

ellos comience ya á parecer: lo que de suyo era poco y dejó de ser, paresce nada: y lo que de suyo es mucho, y está presente, parece más claro lo que es. Pues como tú veas que por cosas tan vanas estás en términos de perder tanto bien, y mirando á todas partes te veas por todas cercado y atribulado (porque ni queda más tiempo de vida, ni hay más plazo de penitencia, y el curso de tus días es ya fenecido, y ni los amigos ni los ídolos que adoraste, te pueden allí valer, antes las cosas que más amabas y preciabas te han de dar allí mayor tormento) dime, ruégote, cuando te veas en este trance, ¿qué sentirás? ¿dónde irás? ¿qué harás? ¿á quién llamarás? Volver atrás es imposible, pasar adelante es intolerable, estarte así no se concede. Pues ¿qué harás?

Entonces (dice Dios por el Profeta) se pondrá el sol á los malos en medio del día, y haré que se les escurezca la tierra en el día claro, y convertiré sus fiestas en llanto y sus postrimerías en día amargo. ¡Qué palabras éstas tan para temer! Entonces (dice) se les pondrá el sol en medio del día: porque representándose á los malos en aquella hora la muchedumbre de sus pecados, y viendo que la justicia de Dios les comienza ya á cerrar los términos de la vida y de la penitencia, vienen muchos dellos á tener tan grandes temores y desconfianzas, que les parece que están ya desahuciados y despedidos de la misericordia divina. Y estando aun en medio del día, esto es, dentro del término desta vida (que es tiempo de merecer y desmerecer) les parecerá que para ellos no hay lugar de mérito ni de demérito, sino que todo les está ya como cerrado. Poderosa es la pasión del temor, la cual de las cosas pequeñas hace grandes, y de las ausentes presentes. Y si esto hace á las veces un temor liviano, ¿qué hará entonces el temor de tan justo y tan verdadero peligro? Vense en esta vida aun entre sus amigos, y paréceles que ya comienzan á sentir el dolor de los condenados. Juntamente están vivos y muertos, y doliéndose de los bienes presentes que dejan, comienzan á padecer los males venideros que barruntan. Tienen por dichosos á los que acá se quedan, y créceles con esta invidía la causa de su dolor. Pues entonces se les pondrá el sol en medio del día, cuando á doquiera que volvieren los ojos les parecerá que por todas partes les está cerrado el camino del cielo, y que ninguno rayo se les descubre de luz. Porque si miran á la misericordia de Dios, paréceles que la tienen desmere-

cida y ofendida: si á la justicia, paréceles que viene ya á dar sobre su cabeza, y que hasta allí ha sido su día, y que dende allí comienza ya á ser el día de Dios. Si miran á la vida pasada, toda ella los está acusando: si al tiempo presente, ven que se están muriendo: si un poco más adelante, ven al Juez que los está esperando para entrar con ellos en juicio. Pues entre tantos objectos y causas de temor ¿qué harán?

Dice más, que se les convertirá en tinieblas la luz del día claro. Quiere decir, que las cosas que les solían dar antes mayor alegría, entonces les darán mayor dolor. Alegre cosa es para el que vive, la vista de sus hijos, y de sus amigos, y de su casa y hacienda, y de todo lo que ama. Mas entonces se convertirá esta luz en tinieblas: porque todas estas cosas darán allí mayor tormento y serán más crueles verdugos de sus amadores. Porque natural cosa es que así como la posesión y presencia de lo que se ama, da alegría, así el apartamiento y la pérdida dé dolor. Y por esto quitan á los dulces hijos de la presencia del padre que se está muriendo, y se esconde la buena mujer en este tiempo, por no dar y tomar tan crueles dolores con su presencia. Y con ser la partida para tan lejos, y la despedida para tan largo camino, no deja guardar el dolor los términos de la buena crianza, ni da lugar al que se parte para decir á los amigos: Quedaos á Dios. Si tú has llegado á este punto, en todo esto verás que digo verdad: mas si aun no has llegado á él, cree á los que por aquí han pasado, pues como dice el Sabio, los que navegan la mar, cuentan los peligros de ella.

§. II.

Y si tales son las cosas que pasan antes de la salida, ¿qué será las que pasarán después de ella? Si tal es la víspera y la vigilia, ¿qué tal será la misma fiesta y el día? Dime pues, ¿qué sentirás en aquella hora, cuando salido ya desta vida entres en aquel divino juicio, solo, pobre y desnudo, sin más valedores que tus buenas obras, y sin más compañía que la de tu propria consciencia, y esto en un tribunal tan riguroso, donde no se trata de cortar la cabeza y perder la vida temporal, sino de vida y muerte perdurable? Y si en la tela deste juicio te hallares alcanzado de cuenta, ¡cuáles serán entonces los desmayos y tra-

sudores de tu corazón! ¡Cuán confuso te hallarás, cuán arrepentido y cuán pobre de consejo! Grande fué el cortamiento y desmayo de los príncipes de Judá cuando vieron la espada vencedora de Sesach rey de Egipto volar por las plazas de Hierusalem, cuando por la pena del castigo presente conoscieron la culpa del yerro pasado. Mas ¿qué es todo esto en comparación de la confusión y perplejidad en que allí los malos se verán? ¿Qué harán? ¿Dónde irán? ¿Con qué se defenderán? Lágrimas allí no valen: arrepentimientos allí no aprovechan: oraciones allí no se oyen: promesas para adelante allí no se admiten: tiempo de penitencia allí no se da, porque acabado el postrer punto de la vida, ya no hay más tiempo de penitencia. Pues riquezas, y linaje, y favor de mundo, mucho menos aprovecharán: porque como dice el Sabio: No aprovecharán las riquezas en el día de la venganza, mas la justicia sola librará de la muerte.

Pues el rigor de la tela deste juicio, ¿quién lo podrá explicar? De un defunto leemos que aparesció á un amigo suyo muy afatigado y aquejado de dolores, repitiendo con grandes voces y gemidos estas palabras: Nadie cree, nadie cree, nadie cree. Y como el amigo le preguntase qué quería decir aquello, respondió: Nadie cree cuán estrechamente juzga Dios, y cuán severamente castiga.

Para confirmación de lo cual referiré aqui una cosa de grande admiración que S. Juan Clímaco escribe haber acaescido á un religioso de su tiempo. Dice él que en un cierto monesterio de aquéllos había un monje descuidado en su manera de vida: el cual llegando á punto de muerte, fué arrebatado en espíritu: donde vió el rigor y severidad espantosa deste postrero juicio que todos esperamos. Y como después por especial misericordia y dispensación de Dios volviese en sí, alcanzado espacio de penitencia, dice este Sancto que rogó á todos los religiosos que presentes estábamos, que saliésemos de su celda: y cerrando la puerta á piedra y lodo, quedóse dentro hasta el día que murió (que fué por espacio de doce años) sin salir jamás de allí, ni hablar palabra á nadie, ni comer otra cosa todo aquel tiempo, sino solo pan y agua: y asentado en su celda, estaba como atónito, revolviendo en su corazón lo que había visto en aquel arrebatamiento: y tenía tan fijo el pensamiento en ello, que así también tenía el rostro fijo en un lugar, sin volverlo á una parte ni á otra, derra-

mando á la continua muy fervientes lágrimas, las cuales corrían siempre hilo á hilo por sus ojos. Y llegada la hora de su muerte, rompimos la puerta, que estaba (como se dijo) cerrada, y entramos todos los monjes de aquel desierto en su celda, y rogámosle con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificación: y no dijo más que sola ésta: Dígoos de verdad, Padres, que si los hombres entendiesen cuán espantoso es este último trance y juicio de la muerte, que no sería posible jamás ofender á Dios. Todas éstas son palabras de S. Juan Clímaco, que se halló presente á este negocio, y da testimonio de lo que vió. De manera que en el hecho (aunque parezca increíble) no hay que dudar, pues tan fiel es el testigo: y en lo demás hay por qué temer, considerando la penitencia que este sancto hizo, y mucho más la grandeza de aquella visión que vió, de donde procedió la tal penitencia. Y que esto sea verdad, basta la conformidad que tiene con las Escrituras sagradas, en las cuales leemos aquella tan celebrada sentencia: Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás.

Y pues éste es tan sano y tan provechoso consejo, ruégote agora, hermano, lo quieras tomar para ti, acordándote y considerando con toda atención esto en que has de parar. Y como hay en esto muchas cosas que pensar y que rumiar, á lo menos ruégote que destas tres jamás caiga olvido en tu memoria. La primera, qué tan grande ha de ser la pena que allí recibirás por haber ofendido á Dios. La segunda, qué tanto es lo que allí desearas haberle servido y agradado, para tenerle propicio en aquella hora. La tercera, qué linaje de penitencia desearas allí hacer, si para esto se te diese tiempo: porque de tal manera trabajes por vivir agora, como entonces desearas haber vivido.

DEL JUICIO FINAL

CAPÍTULO III.

Después de la muerte se sigue el juicio particular de cada uno, y después el juicio universal de todos, cuando se cumplirá aquello que dice el Apóstol: Todos conviene que seamos presentados ante el tribunal de Cristo: para que dé cada uno cuenta del bien ó mal que hizo en este cuerpo.

Muchas cosas hay que considerar en este juicio: mas una de las principales es ver de qué género de cosas se nos ha de pedir cuenta en él. Escudriñaré (dice Dios) á Hierusalén con una candela en la mano. Manera de hablar es ésta de la Escriptura divina, en la cual se da á entender la menudencia de las cosas de que allí se han de examinar: cuales son las que los hombres suelen buscar desta manera. Porque no habrá un solo pensamiento vano, ni un punto de tiempo mal gastado, que no haya de ser traído á cuenta en aquel juicio. ¿A quién no ponen admiración aquellas palabras del Salvador: En verdad os digo que de cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta en el día del juicio? Pues si destas palabras que no hacen á nadie mal ni bien, se ha de pedir cuenta, ¿qué será de las palabras deshonestas, y de los pensamientos sucios, y de las manos sangrientas, y de los ojos adúlteros, y finalmente de todo el tiempo de la vida expendido en malas obras? Si esto es verdad (como lo es) ¿qué se puede decir del rigor deste juicio, que no sea menos de lo que es? ¡Cuán asombrado quedará un hombre, cuando en presencia de un tan gran senado se le haga cargo de una palabrilla que tal día habló sin propósito! ¿Á quién no pone en admiración esta tan nueva demanda? ¿Quién osara decir esto, si Dios no lo dijera? ¿Qué Rey jamás pidió cuenta á alguno de sus criados de un cabo de un agujeta? ¡Oh alteza de la religión cristiana, cuán grande es la pureza que enseñas, y cuán estrecha la cuenta con que la pides, y con cuán riguroso juicio la castigas!

¡Cuál será también la vergüenza que allí los malos pasarán, cuando todas las maldades que ellos tenían encubiertas con las paredes de sus casas, y todas las torpezas y deshonestidades que cometieron dende sus primeros días, con todos los rincones y secretos de sus conciencias, sean pregonados en la plaza y ojos de todo el mundo! Pues ¿quién tendrá la consciencia tan limpia, que no comience dende agora á mudar las colores y temer esta vergüenza? Porque si descubrir un hombre sus culpas á un confesor en un fuero tan secreto como el de la confesión, es cosa tan vergonzosa que muchos por esto se tragan el pecado y se quedan en estado de condenación, por no pasar aquella vergüenza, ¿qué será la vergüenza de Dios y de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Será tan grande esta vergüenza, que como el Profeta dice, darán voces á los montes y dirán: Oh montes, caed sobre nosotros, y sumidnos en los abismos donde no parezcamos con tan grande confusión.

Pues ¿qué será, sobre todo esto, esperar el rayo de aquella sentencia final: Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles? ¿Qué sentirán los malaventurados con esta palabra? Si apenas podemos (dice el sancto Job) oir la más pequeña de sus palabras, ¿quién podrá esperar aquel espantoso trueno de su grandeza?

Esta palabra será tan espantosa y de tanta virtud, que por ella se abrirá la tierra en un momento, y serán sumidos y despeñados en los abismos los que (como dice el mismo Job) tañían aquí el pandero y la vihuela, y se holgaban con la suavidad y música de los órganos, y gastaban sus días en deleites y vanidad. Esta caída describe S. Juan en el Apocalipsi por estas palabras. Vi (dice él) un ángel que descendía del cielo con gran poder, y con tanta claridad, que hacía resplandecer toda la tierra, y dió una grande voz diciendo: Cayó, cayó aquella gran cibdad de Babilonia, y ya es hecha morada de demonios, y cárcel de todos los espíritus sucios y de todas las aves sucias y abominables. Y añade luego el Evangelista diciendo: Y vi á un ángel poderoso levantar en alto una piedra como de un molino, y arrojóla en la mar diciendo: Con este ímpetu será arrojada aquella gran cibdad de Babilonia en el profundo, y nunca jamás volverá á ser.

Desta manera, pues, cairán los malos en aquel despeñadero y en aquella cárcel de tinieblas y confusión. Mas ¿qué lengua podrá

explicar la muchedumbre de penas que allí padescerán? Allí arderán sus cuerpos en vivas llamas, que nunca jamás se acabarán. Allí estarán sus ánimas carcomiéndose y despedazándose con aquel gusano remordedor de la consciencia, que nunca cesará de morder. Allí será aquel perpetuo llanto y crujir de dientes, con que tantas veces nos amenazan las Escripturas divinas. Allí los malaventurados con una cruel desesperación y rabia volverán las iras contra Dios y contra sí mismos, y allí estarán comiendo sus carnes á bocados, rompiendo sus entrañas con sospiros, quebrando sus dientes á tenazadas, y despezando rabiosamente sus carnes con sus uñas, y blasfemando y renegando siempre del juez que así los mandó penar. Allí cada uno dellos maldirá á su desastrada suerte y su desdichado nascimiento, repetiendo siempre aquellas tristes lamentaciones y palabras de Job, aunque con otro ánimo y con otro diferente propósito del que fueron dichas. Perezca (dirán) el día en que nascí, y la noche en que fué dicho: Concebido es este hombre. Aquel día se vuelva en tinieblas, no tenga Dios cuenta con él, ni sea alumbrado con lumbre. Escurézcanlo tinieblas y sombra de muerte: sea lleno de escuridad y de amargura. En aquella noche corra un torbellino tenebroso, no sea contado en el número de los días ni de los meses del año. ¿Porqué no me tomó la muerte en el vientre de mi madre? ¿Porqué luego como acabé de nascer, no perecí? ¿Porqué me recibieron en el regazo? ¿Porqué me dieron leche á los pechos?

Ésta pues será la música, éstas las canciones, éstos los maitines continuos de aquellos malaventurados. ¡Oh disdichadas lenguas, que ninguna otra palabra hablaréis sino blasfemias! ¡Oh miserables oídos, que ninguna otra cosa oiréis sino gemidos! ¡Oh desventurados ojos, que ninguna otra cosa veréis sino miserias! ¡Oh tristes cuerpos, que ningún otro refigerio tendréis sino llamas!

¡Cuáles estarán entonces los que toda su vida gastaron en deleites y pasatiempos! ¡Oh, cuán breve delectación hizo tan larga soga de miserias! Oh locos y desventurados, ¿qué os aprovechan agora todos aquellos pasatiempos de que tan poco tiempo gozastes, pues agora eternalmente lloraréis? ¿Qué se hicieron vuestras riquezas? ¿dónde están vuestros thesoros? ¿dónde están vuestros deleites y placeres? Pasáronse los siete años de fertilidad, y sucedieron los otros siete de tanta esterilidad, que se tragaron toda la abundancia de los pasados, sin que quedase della rastro ni

memoria. Pereció ya vuestra gloria, y hundióse vuestra felicidad en ese piélago de dolor. Á tanta esterilidad sois venidos, que ni una sola gota de agua se os concede, para templar esa tan antigua y tan rabiosa sed que os atormenta. Y no sólo no os aprovechará vuestra antigua prosperidad, sino antes ésa es la que más cruelmente os afligirá. Porque ahí es donde se cumplirá aquello que dijo el sancto Job, que la dulcedumbre de los malos vendrá á parar en gusanos, cuando (como declara S. Gregorio) la memoria de los deleites pasados les haga sentir más el amargura de los dolores presentes, acordándose cómo se vieron, y cómo se ven, y cómo por lo que tan presto se pasó, padescen lo que nunca jamás se acabará.

Entonces claramente conocerán la burla del enemigo, y caídos ya en la cuenta (aunque tarde) comenzarán á decir aquellas palabras de la Sabiduría: ¡Desventurados de nosotros, cómo se ve agora que erramos el camino de la verdad, y que la lumbre de justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió sobre nosotros! Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdición, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano nunca supimos atinarlo. ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia, y la pompa de nuestras riquezas? Pasáronse todas estas cosas como sombra que vuela, ó como correo que va por la posta, ó como navío que navega por el agua, que después de pasado, no deja rastro de su camino. Tales palabras dijeron en el infierno los que pecaron, porque la esperanza del malo es como el pelito que se lleva el viento, ó como la espuma de la mar que deshace la ola, ó como el humo que luego se resuelve en el aire, ó como la memoria del huésped de un día que va de camino. Éstas son las querellas, éste el arrepentimiento, ésta la penitencia perpetua que allí hacen los malos: la cual nada les aprovechará, porque ya pasó el tiempo de aprovechar.

Venid, pues, agora que es tiempo, los que tenéis oídos para oir, y tomad aquel consejo tan saludable que os da Dios por su Profeta diciendo: Dad gloria al Señor Dios vuestro antes que se escurezca el día, antes que caiga sobre vosotros la noche escura de la muerte, antes que vengan á tropezar vuestros pies en aquellos montes escuros y tenebrosos, donde esperaréis la lumbre, y volvérseos ha en tinieblas y sombras de muerte. Y el mismo Señor, que mejor que nadie conoce la grandeza deste peligro, nos

previene para esto con tiempo en su Evangelio diciendo: Mirad no se carguen y apesguen vuestros corazones con demasiados comeres y beberes y con los cuidados y negocios desta vida, y os venga de rebato aquel temeroso día: porque así como lazo ha de venir sobre todos los que moran sobre la haz de la tierra. Y por esto velad y haced oración en todo tiempo: porque merezcáis ser librados de todos estos males que han de venir, y parescer delante del Hijo de la Virgen.

DE LA GLORIA DE LOS BIENAVENTURADOS

CAPÍTULO IV

DESPUÉS de la condenación y sentencia de los malos, síguese luego el galardón y gloria de los buenos: que es aquel bienaventurado reino, y aquella dichosa vida que Dios les tiene aparejada dende el principio del mundo. Qué tal sea esta vida, no hay lenguas de ángeles ni de hombres que basten para lo explicar. Mas para tener algún olor y conoscimiento de ella, oye agora brevemente lo que S. Augustín dice de ella en una meditación suya por estas palabras. ¡Oh vida aparejada de Dios para sus amigos, vida bienaventurada, vida segura, vida sosegada, vida hermosa, vida limpia, vida casta, vida sancta, vida no sabidora de muerte, vida sin tristeza, sin trabajo, sin dolor, sin congoja, sin corrupción, sin sobresalto, sin variedad ni mudanza: vida llena de toda hermosura y dignidad, donde ni hay enemigo que ofenda, ni deleite que inficione, donde el amor es perfecto, y el temor ninguno, donde el día es eterno, y el espíritu de todos uno, donde Dios se ve cara á cara, y solo este manjar se come en ella sin hastío! Deléitame considerar tu claridad, y agradan tus bienes á mi deseoso corazón. Cuanto más te considero, más me hiere tu amor. Grandemente me deleita el deseo grande de ti, y no menos me es dulce tu memoria. ¡Oh vida felicísima, oh reino verdaderamente bienaventurado, que careces de muerte, que no tienes fin: á quien ningunos tiempos suceden, donde el día sin noche continuado no sabe qué cosa es mudanza: donde el caballero vencedor ayuntado á aquellos perpetuos coros de ángeles, y coronada la cabeza con guirnalda de gloria, canta á Dios un cantar de los cantares de Sión! Dichosa y muy dichosa sería mi ánima, si acabado el curso desta peregrinación, mereciese yo ver tu gloria, tu bienaventuranza, tu hermosura, los muros y puertas de tu ciudad, tus plazas, tus aposentos, tus generosos ciudadanos y tu rey omnipotente en su hermosa majestad. Las piedras de tus muros son preciosas, las puertas están sembradas de perlas resplandecientes, tus

plazas son de oro muy subido, en las cuales nunca faltan perpetuas alabanzas. Las casas son de sillería, los sillares son zafires, los maderamientos racimos de oro, donde ninguno entra sino limpio, y ninguno mora que sea sucio. Hermosa y suave eres en tus deleites, madre nuestra Hierusalén. Ninguna cosa en ti se padece de las que aquí se padecen. Muy diferentes son tus cosas, de las que en esta vida miserable siempre vemos. En ti nunca se ven tinieblas, ni noche, ni mudanza de tiempos. La luz que te alumbra ni es de lámparas, ni de luna, ni de lúcidas estrellas, sino Dios que procede de Dios, y luz que mana de luz, es el que te da claridad. El mismo Rey de los reyes reside siempre en medio de ti cercado de sus ministros. Allí los ángeles á coros le dan música muy suave. Allí se goza la hermandad de aquellos nobles ciudadanos. Allí se celebra una perpetua solemnidad y fiesta con cada uno de los que entran desta peregrinación. Allí está la orden de los profetas, allí el señalado coro de los Apóstoles, allí el ejército nunca vencido de los mártires, allí el reverendísimo convento de los confesores, allí los verdaderos y perfectos religiosos, allí las sanctas mujeres que juntamente vencieron los mundanos deleites con la flaqueza feminil, allí los mancebos y doncellas más ancianos en virtudes que en edad, allí las ovejas y corderos que escaparon de los lobos y de los lazos engañosos desta vida, tienen perpetua fiesta cada cual en su ventana, todos semejantes en el gozo, aunque en el grado diferentes. Allí reina la caridad en toda su perfección: porque Dios es en todos todas las cosas: á quien contemplan sin fin, en cuyo amor siempre arden, á quien siempre aman, amando alaban, y alabando aman, y todo su ejercicio es alabanzas sin cansancio y sin trabajo. ¡Oh, dichoso yo, y verdaderamente dichoso, cuando suelto de las prisiones deste corpezuelo, mereciere oir aquellos cantares de la música celestial, entonados en alabanza del Rey eterno por todos los ciudadanos de aquella noble ciudad! ¡Dichoso yo, y muy dichoso, cuando me hallare entre los capellanes de aquella capilla, y me cupiere la vez de entonar yo también mi aleluya, y asistir á mi Rey, á mi Dios, á mi Señor, y verle en su gloria, así como él me lo prometió cuando dijo: Padre, ésta es mi última y determinada voluntad, que todos los que tú me diste, se hallen comigo, y vean la claridad que tuve contigo antes que el mundo fuese criado. Hasta aquí son palabras de S. Augustín.

Pues dime agora, ¿qué día será aquel que amanecerá por tu casa (si hobieres vivido en temor de Dios) cuando acabado el curso desta peregrinación, pases de la muerte á la inmortalidad, y en el paso que los otros comienzan á temer, comiences tú á levantar cabeza, porque se allega el día de tu redempción? Sal un poco (dice S. Hierónimo á la virgen Eustoquio) de la cárcel dese cuerpo, y puesta á la puerta dese tabernáculo, pon delante tus ojos el galardón de los trabajos presentes. Dime, ¿qué día será aquel cuando la sagrada virgen María acompañada de coros de vírgines te venga á recebir, y cuando el mismo Señor y esposo tuyo con todos los sanctos te salga al camino diciendo: Levántate y date priesa, querida mía, hermosa mía, paloma mía, que el invierno es ya pasado, y el torbellino de las aguas ha cesado, y las flores han aparecido en nuestra tierra?

Pues ¿qué tan grande será el gozo que tu ánima recibirá, cuando en esta hora sea presentada ante el trono de aquella beatísima Trinidad por mano de los sanctos ángeles (y especialmente de aquél á quien fuiste como á fiel depositario encomendada) cuando éste con los demás prediquen tus buenas obras y las cruces y trabajos que padeciste por Dios? Escribe San Lucas que cuando murió aquella sancta limosnera Tabita, todas las viudas y pobres cercaron al apóstol S. Pedro, mostrándole las vestiduras que les hacía: por las cuales cosas movido el Apóstol, rogó á Dios por aquella tan piadosa mujer, y por sus oraciones le alcanzó la vida. Pues ¿qué gozo sintirá tu ánima, cuando aquellos bienaventurados espíritus te tomen en medio, y puestos ante el divino consistorio prediquen tus buenas obras, y cuenten por su orden tus limosnas, tus oraciones, tus ayunos, la inocencia de tu vida, el sufrimiento de las injurias, la paciencia en los trabajos, la templanza en los regalos, con todas las otras virtudes y buenas obras que heciste? ¡Oh, cuánta alegría recibirás en aquella hora por todo el bien que hobieres hecho, y cómo conocerás allí el valor y excelencia de la virtud! Allí el varón obediente hablará victorias, allí la virtud recibirá su premio, y el bueno será honrado según su merecimiento.

Demás desto, ¿qué gozo será aquel que recibirás, cuando viéndote en aquel puerto de tanta seguridad, vuelvas los ojos al curso de la navegación pasada, y veas las tormentas en que te vistes, y los estrechos por do pasaste, y los peligros de ladro-

nes y cosarios de que escapaste? Allí es donde se canta aquel cantar del Profeta, que dice: Si no fuera porque el Señor me ayudó, poco faltó para que mi ánima fuera á parar en los infiernos. Especialmente cuando dende allí veas tántos pecados como cada hora se hacen en el mundo, tántas ánimas como cada día descienden al infierno, y cómo entre tánta muchedumbre de perdidos quiso Dios que tú fueses del número de los ganados, y de aquéllos á quien hobiese de caber tan dichosa suerte.

¿Qué será sobre todo esto ver las fiestas y triunfos que cada día se celebran con los nuevos hermanos que vencido ya el mundo, y acabado el curso de su peregrinación, entran á ser coronados con ellos? ¡Oh, qué gozo se recibe de ver restaurarse aquellas sillas, y edificarse aquella ciudad, y repararse los muros de aquella noble Hierusalem! ¡Con cuán alegres brazos los recibe toda aquella corte del cielo, viéndolos venir cargados de los despojos del enemigo vencido! Allí entrarán con los varones triunfantes también las mujeres vencedoras, que juntamente con el siglo vencieron la flaqueza de su condición. Allí entrarán las vírgines inocentes martirizadas por Cristo, con doblado triunfo de la carne y del mundo, con guirnaldas de azucenas y rosas en sus cabezas. Allí también muchos mozos y niños que sobrepujaron la ternura de sus años con discreción y virtudes, entran cada día á recebir el premio de su pureza virginal. Allí hallan á sus amigos, conocen á sus maestros, reconocen á sus padres, abrázanse y danse dulce paz, y reciben la norabuena de tal entrada y tal gloria. ¡Oh, cuán dulcemente sabe entonces el fructo de la virtud, aunque un tiempo parecían amargas sus raíces! Dulce es la sombra después del retesero del medio día, dulce la fuente al caminante cansado, dulce el sueño y reposo al siervo trabajador: pero muy más dulce es á los sanctos la paz después de la guerra, la seguridad después del peligro, y el descanso perdurable después de la fatiga de los trabajos pasados.

Ya son acabadas las guerras, ya no hay más por qué andar armados á la diestra y á la siniestra. Armados subieron los hijos de Israel á la tierra de promisión: mas después de conquistada la tierra, arrimaron sus lanzas, y dejaron las armas, y olvidados ya todos los temores y alborotos de guerra, cada uno á la sombra de su parra y de su higuera, gozaban del ocio y de los fructos de la dulce paz. Ya pueden allí dormir los ojos cansados de las conti-

nuas vigilias: ya puede decenderse de su estancia el profeta velador que fijaba sus pies sobre el lugar de la guarnición. Ya puede reposar el bienaventurado Padre Hierónimo, que juntaba las noches con los días, hiriendo sus pechos en la oración, peleando animosamente contra las fuerzas importunas de la antigua serpiente. No suenan allí jamás las armas temerosas del enemigo sangriento: no tienen allí lugar las astucias de la culebra enroscada: no llega aquí la vista del ponzoñoso basilisco, ni se oirá allí el silbo de la antigua serpiente, sino el silbo del aire del Espíritu Sancto, donde se vea la gloria de Dios. Ésta es la región de paz y seguridad puesta sobre todos los elementos, donde no llegan los nublados y torbellinos del aire tenebroso.

¡Oh, cuán gloriosas cosas nos han dicho de ti, ciudad de Dios! Bienaventurados (dice el sancto Tobías) los que te aman, y se gozan de tu paz. Anima mía, bendice al Señor, porque libró á Hierusalem su ciudad de todas sus tribulaciones. Bienaventurado seré yo si llegaren las reliquias de mi generación á ver la claridad de Hierusalem. Las puertas de Hierusalem de zafires y esmeraldas serán labradas, y de piedras preciosas se edificará todo el cerco de sus muros. De piedras blancas y limpias serán soladas sus plazas, y por todos los barrios della se cantará aleluya. Oh alegre patria, oh dulce gloria, oh compañía bienaventurada, ¿quién serán aquéllos tan dichosos, que están escogidos para ti? Atrevimiento parece desearte, mas no puede nadie vivir sin tu deseo.

Hijos de Adam, linaje de hombres miserablemente ciego y engañado, ovejas descarriadas y perdidas, si ésta es vuestra majada, ¿tras qué andáis? ¿qué hacéis? ¿cómo dejáis perder un tan grande bien, por tan pequeño trabajo? Si para esto son menester trabajos, dende aquí os llamo á todos los trabajos del mundo, que vengáis á dar sobre mí. Lluevan sobre mí dolores, fatíguenme enfermedades, aflíjanme tribulaciones, persígame uno, inquiéteme otro, conjuren contra mí todas las criaturas, sea yo hecho oprobrio de los hombres y desecho del mundo: desfallezca en dolor mi vida, y mis años con gemidos, con tanto que después desto venga yo á descansar en el día de la tribulación, y merezca subir á aquel pueblo guarnecido y hermoseado desta gloria.

Anda pues agora, loco amador del mundo, busca títulos y honras, edifica recámaras y palacios, ensancha términos y here-

dades, manda si quisieres á reinos y mundos, que nunca serás por eso tan grande como el menor de los siervos de Dios, que recibe lo que el mundo no puede dar, y goza de lo que para siempre ha de durar. Tú con tus pompas y riquezas serás con el rico glotón sepultado en el infierno, y éste con el pobre Lázaro será por los ángeles llevado al seno de Abraham.

DE LAS PENAS DEL INFIERNO

CAPÍTULO V

BASTABA la menor parte deste galardón para mover nuestros corazones á mucho más aun de lo que nos manda Dios. Pues ¿qué será si con la grandeza desta gloria juntamos también la grandeza de la pena que está á los malos aparejada? Porque no se puede aquí el malo consolar diciendo: Si fuere malo, todo lo hace no ir á gozar de Dios: en lo demás no tendré pena ni gloria: no me queda qué padescer. No es así, sino que forzadamente nos ha de caber una destas dos suertes tan desiguales: que ó habemos de ser compañeros de los ángeles, ó compañeros de los demonios: ó habemos de reinar para siempre con Dios, ó arder para siempre en el infierno: porque no se da medio entre estos dos extremos, excepto el purgatorio. Éstos son en figura aquellas dos canastas que mostró Dios al profeta Hieremías ante las puertas del templo: la una llena de higos buenos, y en gran manera buenos, y la otra de higos malos, y tan malos, que por ninguna vía se podían comer de malos. Las cuales significan dos diferencias de personas: unas, con que Dios ha de usar de misericordia, que son todos los escogidos: y otras, con quien ha de usar de justicia, que son todos los reprobados: y la suerte de los unos es tan dichosa y la de los otros tan desdichada, que ningún linaje de palabras basta para explicar la grandeza destos dos extremos tan distantes. Porque (dejadas aparte las otras consideraciones) la suerte de los buenos es un bien universal en quien están todos los bienes, y por el contrario, la de los malos un mal universal que abraza y comprehende en sí todos los males.

Para lo cual es de saber que todos los males desta vida son males particulares. Y por eso no atormentan generalmente todos nuestros sentidos, sino uno solo, ó algunos. Y poniendo agora ejemplo en las enfermedades corporales, vemos que hay un mal de ojos,

otro de oídos, otro de corazón, otro de estómago, otro de vientre, y así otros desta cualidad. Ninguno destos males es universal de todos los miembros, sino particular de alguno dellos. Y con todo esto vemos la pena que da un solo mal de éstos, y la mala noche que pasa un doliente con cualquiera dellos, aunque no sea más que un dolor de un diente ó de una muela. Pues pongamos agora caso que algún hombre estuviese padesciendo un mal tan universal, que no le dejase miembro, ni sentido, ni coyuntura sin su proprio tormento: sino que en un mismo tiempo estuviese padesciendo agudísimos dolores en la cabeza, y en los ojos, y en los oídos, y en los dientes, y en el estómago, y en el hígado, y en el corazón, y (por abreviar) en todos los otros miembros y coyunturas de su cuerpo, y que así estuviese tendido en una cama, cociéndose en estos dolores, y teniendo para cada uno de los miembros su propio verdugo. El que desta manera estuviese penando, ¿qué tan grande trabajo te paresce que pasaría? ó ¿qué cosa podría ser más miserable y más para haber piedad? A un perro de la calle que vieses desta manera penar, te pondría lástima y compasión. Pues esto es, hermano mío, si alguna comparación se puede hacer, lo que no por una noche, sino eternalmente se padece en aquel malaventurado lugar. Porque así como los malos con todos sus miembros y sentidos ofendieron á Dios, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará él que todos sean allí atormentados y que cada uno dellos pene con su propio tormento. Allí pues los ojos deshonestos y carnales serán atormentados con la visión horrible de los demonios: los oídos, con la confusión de las voces y gemidos que allí sonarán: las narices, con el hedor intolerable de aquel sucio lugar: el gusto, con rabiosísima hambre y sed: el tacto y todos los miembros del cuerpo, con frío y fuego incomportable: la imaginación padescerá con la aprehensión de los dolores presentes, la memoria con la recordación de los placeres pasados, el entendimiento con la consideración de los bienes perdidos y de los males advenideros.

Esta muchedumbre de penas nos significa la Escritura divina cuando dice que en el infierno habrá hambre, sed, y llanto, y crujir de dientes, y cuchillo dos veces agudo, y espíritus criados para venganza, y serpientes, y gusanos, y escorpiones, y martillos, y ascensios, y agua de hiel, y espíritu de tempestad, y otras cosas semejantes: por las cuales se nos figura la muchedumbre y terri-

bleza espantosa de los tormentos de aquel lugar. Allí también habrá aquellas tinieblas interiores y exteriores para cuerpos y ánimas, muy más escuras que las de Egipto, que se podían palpar con las manos. Allí habrá fuego, y no como el de acá, que atormenta poco y acaba presto, sino como conviene para aquel lugar, que atormente mucho, y nunca acabe de atormentar.

Pues si esto es verdad, ¿cómo se compadece que los que esto creen y confiesan, vivan con tan extraño descuido? ¿Á qué trabajos no se pondría un hombre, por excusar un solo día, y una hora que fuese, del menor destos tormentos? Pues ¿cómo por evitar una eternidad de males, y tan grandes males, no se ponen á un tan pequeño trabajo como es el de la virtud? Cosa es ésta para sacar de juicio á quien profundamente la considerase.

Y si entre tanta muchedumbre de penas hobiese alguna esperanza de término ó de alivio, aun sería esto alguna manera de consuelo: mas no es así, sino que de todo en todo están allí cerradas las puertas á todo género de alivio y de esperanza. En todas cuantas maneras de trabajos hay en esta vida, siempre queda algún resquicio por donde pueda recibir el que padece algún linaje de consuelo. Unas veces la razón, otras el tiempo, otras los amigos, otras la compañía del mal de muchos, otras á lo menos la esperanza del fin, consuelan al que padece. Mas en solo este mal están de tal manera cerrados todos los caminos, y tomados todos los puertos de consolación, que de ninguna parte pueden los miserables esperar remedio, ni del cielo, ni de la tierra, ni de lo pasado, ni de lo presente, ni de lo venidero, ni de otra alguna parte: sino de todas parece que les tiran saetas, y que todas las criaturas han conjurado contra ellos, y ellos mismos son crueles contra sí. Éste es aquel aprieto de que se quejan los malaventurados por el profeta diciendo: Cercádome han dolores de muerte, y dolores de infierno me han cercado: porque á cualquier parte que vuelvan y revuelvan los ojos, siempre ven causas de dolores, y ninguna de consolación. Entraron (dice el Evangelista) las vírgines que estaban apercebidas al palacio del esposo: y luego se cerró la puerta. ¡Oh cerradura perpetua, oh clausura inmortal, oh puerta de todos los bienes, que nunca te abrirás jamás! Como si más claramente dijera: Cerrada está la puerta del perdón, de la misericordia, del consuelo, de la intercesión, de la esperanza, de la gracia, del merescimiento, y de todos los bienes. Seis días no

más se coje el maná, y al séptimo día (que es el sábado) no se halla: y por eso ayunará para siempre quien con tiempo no se proveyó. Por temor del frío (dice el Sabio) no quiso arar el perezoso: y por esto andará á mendigar en el verano, y no le darán. Y en otro lugar: El que allega en el verano, es hijo discreto: y el que entonces se echa á dormir, hijo de confusión. ¿Qué mayor confusión que la que padesce aquel miserable rico avariento, el cual con las migajuelas de pan que se le caían de la mesa, pudiera comprar la hartura del cielo, y que por no haber querido dar esta poquedad, viniese á tal extremo de pobreza, que pidiese y pida para siempre una sola gota de agua, y no se la den? ¿Á quién no mueve aquella petición del malaventurado que dice: Padre Abraham, ten compasión de mí, y envía á Lázaro, para que moje la punta del dedo en agua, y me toque en la lengua, porque me atormenta esta llama? ¿Qué más escasa petición se pudiera pedir que ésta? No se atrevió á pedir un solo jarro de agua, ni aun siquiera que mojase toda la mano en agua, y lo que más es de maravillar, ni aun todo el dedo, sino sola la punta del dedo, para tocarle la lengua: y aun esto no se le concedió. Por donde verás cuán cerrada está la puerta de todo consuelo, y cuán universal es aquel entredicho y descomunión que está puesta á los malos, pues aun esto no se alcanza. De suerte que á doquiera que volvieren los ojos, á doquiera que extendieren las manos, ningún consuelo hallarán, por pequeño que sea. Y así como el que se está ahogando en la mar, sumido ya debajo las aguas, que no halla sobre qué hacer pie, y tiende muchas veces las manos á todas partes en vano (porque todo lo que apreta es agua líquida y deleznable que le burla y engaña) así acaescerá allí á los malaventurados cuando estén ahogándose en aquel piélago de tantas miserias, agonizando y batallando siempre con la muerte, sin tener arrimo ni consuelo sobre que puedan estribar.

Ésta es, pues, la mayor de las penas que en aquel malaventurado lugar se padescen. Porque si estas penas hobieran de durar por algún tiempo limitado, aunque fuera mil años, ó cien mil años, ó cien mil millones de años, aun esto fuera algún linaje de consuelo, porque ninguna cosa es cumplidamente grande, si tiene fin: mas no es así, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duración de su miseria con la duración de la divina gloria. En cuanto Dios viviere, ellos morirán, y cuando Dios de-

jare de ser el que es, dejarán ellos de ser lo que son. ¡Oh vida mortífera, oh muerte inmortal! No sé cómo te llame, si vida, si muerte. Si eres vida, ¿cómo matas? Y si eres muerte, ¿cómo duras? Ni te llamaré lo uno ni lo otro, porque en lo uno y en lo otro hay algo de bien. En la vida hay descanso, y en la muerte término, que es grande alivio de los trabajos: tú ni tienes descanso ni término. Pues ¿qué eres? Eres lo malo de la vida, y lo malo de la muerte: porque de la muerte tienes el tormento sin el término, y de la vida, la duración sin el descanso. Despojó Dios á la vida y á la muerte de lo bueno que tenían, y puso en ti lo que restaba, para castigo de los malos. ¡Oh amarga composición, oh purga desabrida del cáliz del Señor, del cual beberán todos los pecadores de la tierra!

Pues en esta duración, en esta eternidad querría yo, hermano mío, que hincases un poco los ojos de la consideración, y que (como animal limpio) rumiases agora este paso dentro de ti. Y para que mejor esto hagas, ponte á considerar el trabajo que pasa un enfermo en una mala noche, especialmente si le aqueja algún grande dolor, ó alguna enfermedad aguda. Mira qué de vuelcos da en aquella cama, qué desasosiego tiene consigo, qué tan larga le parece aquella noche, que hace de contar las horas del reloj, y cuán grande le parece cada una: y todo se le va en desear la luz de la mañana, que tan poca parte ha de ser para curar su mal. Pues si éste se tiene por tan grande trabajo, ¿cuál será el de aquella noche eterna, que no tiene mañana, ni espera el alba del día? ¿Óh escuridad profunda, oh noche perpetua, oh noche maldita por boca de Dios y de sus sanctos, que deseas la luz, y no la verás, ni el resplandor de la mañana que se levanta. Pues mira agora qué linaje de tormento sea vivir para siempre en tal noche como ésta, acostado no en una cama blanda (como lo está un doliente) sino en un horno de llamas tan terribles. ¿Qué espaldas bastarán para sufrir estos ardores? ¿Qué corazón no se despedazará con la continuación deste tormento? ¿Quién de vosotros (dice Dios por su Profeta) podrá morar con aquel fuego tragador, y hacer vida con aquellos ardores eternos? ¡Oh cosa para temer! Si sólo poner la punta del dedo sobre un ascua por espacio de sola un Avemaría, parece cosa intolerable, ¿que será estar en cuerpo y en ánima ardiendo en aquellos fuegos tan vivos, que los desta vida (comparados con ellos) no son más qué pintados? ¿Hay juicio en

la tierra? ¿Tienen seso los hombres? ¿Entienden qué quieren decir estas palabras? ¿Creen que esto es fábula de poetas? ¿Piensan que esto les toca á ellos, ó que se dice por otros? Nada desto ha lugar que se diga, pues clama en su Evangelio aquella eterna Verdad diciendo: El cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán.

DE LA OBLIGACIÓN QUE TENEMOS AL SERVICIO DE NUESTRO SEÑOR POR RAZÓN DE LOS BENEFICIOS RECEBIDOS.

CAPÍTULO VI.

A ALGUNO por ventura parescerá cosa demasiada acumular tantas razones para justificar este partido y abonar una cosa tan sancta como es el camino de la virtud. Mas no se hace esto para abono de la virtud, ni porque sea dubdosa esta causa: sino porque es grande la malicia de nuestro corazón, y muy grandes también los combates que militan contra este bien: y así conviene que sean grandes los reparos con que se ha de defender. Y por esto para mayor confirmación deste negocio será bien añadir aquí la obligación grande que tenemos al servicio de nuestro Señor, no sólo por lo que dél esperamos y tememos, sino también por lo que dél tenemos recebido. Porque si todas las criaturas naturalmente aman á quien bien les hace: si aun hasta las bestias brutas reconocen á sus bienhechores, si la ley del agradecimiento es tan poderosa que pone debajo de su dulce yugo hasta los tigres, leones y serpientes, ¿cómo seré yo más fiero que todas estas fieras, dejando de amar y reconocer á quien tanto bien me ha hecho? ¿Qué hay en mí, ni fuera de mí, que no sea todo beneficios de Dios? Tú, Señor, criaste mi ánima á tu imagen y semejanza: tú organizaste mi cuerpo, y lo guarneciste con tanta variedad y hermosura de miembros y sentidos, que se parece bien por el artificio de la obra, que tú fuiste el autor della. Todo lo que después ha sido necesario para la conservación desta obra, tú lo haces. Tu providencia me rige, tus manos me sostienen, tus criaturas me sirven, tus manjares me sustentan, tus medicinas me sanan, tus cielos me gobiernan, tus ángeles me guardan, tu sabiduría me enseña, tu misericordia me provee, tu paciencia me sufre, y finalmente todo lo que poseo es hacienda tuya y misericordia tuya. ¿Quién me da el ser que tengo, sino tú que eres fuente del ser? ¿Quién la vida que vivo, sino tú por quien todas las cosas viven? ¿Quién el juicio y entendimiento, sino tú que eres lumbre de cla-

ridad eterna? Pues ¿qué será razón que haga el hombre por quien todo esto hizo por él? ¿Porqué no servirá todo al que lo hizo todo, y lo conserva todo, y por cuya providencia se rige todo?

Y si esto se le debe por los beneficios de naturaleza, ¿qué se le deberá por los de gracia? ¿Con qué le pagarás que entre tantas maneras de gentes y naciones de infieles como hay en el mundo, te escogió para sí, y te hizo cristiano, y te lavó con aquel agua que salió de su precioso costado, y te adoptó allí por hijo, y te dió todos aquellos atavíos y joyas que para esta dignidad se requirían? Mas después de perdida esta primera dignidad, ¿quién podrá explicar con cuánta paciencia te sufrió cuando pecabas, con qué ojos te miró cuando tú no le mirabas, con qué amor te aguardó cuando tú dilatabas la venida, y cuántas inspiraciones te envió para que vinieses á él? Callo los otros beneficios y sacramentos que ordenó para tu salud, y otras muchas gracias semejantes: mas no se puede callar aquella gracia de gracias y sacramento de sacramentos, por el cual quiso Dios morar en la tierra con los hombres y dárseles cada día en mantenimiento y en remedio. Una vez fué ofrecido en sacrificio por nosotros en la cruz: mas aquí cada día se ofrece en el altar por nuestros pecados. Cada vez (dice él) que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mí. ¡Oh memorial de salud, oh sacrificio singular, oh hostia agradable, pan de vida, mantenimiento suave, manjar de reyes, y maná que en sí contiene toda suavidad! ¿Quién te podrá cumplidamente alabar? ¿Quién dignamente recibir? ¿Quién con debido acatamiento venerar? Desfallece mi ánima pensando en ti: no puede mi lengua hablar de ti: ni puedo, cuanto deseo, engrandecer tus maravillas.

Y si este beneficio se concediera á solos inocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable: mas ¿qué diré, que por el mismo caso que se quiso comunicar á éstos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros, cuyas ánimas son moradas de Satanás, cuyos cuerpos son vasos de lujuria, cuya vida se gasta en deleites, y torpezas, y vicios? Y con todo esto, por visitar y consolar á sus amigos, consiente ser tratado déstos, y tratado con sus manos sucias, y recibido en sus bocas sacrílegas, sepultado en sus cuerpos hediondos. Una sola vez fué vendido su cuerpo, mas millares de veces lo es en este sacramento: una vez fué escarnecido y menospreciado en su pasión, mas mil veces lo es de los

malos en la mesa del altar: una vez se vió puesto entre dos ladrones, y mil veces se ve aquí envuelto en manos de pecadores.

Pues ¿qué diré sobre todo esto de aquella soberana gracia y de aquel supremo beneficio de nuestra redempción? Alábente, Señor, los cielos, y los ángeles prediquen para siempre tus maravillas. ¿Qué necesidad tenías tú de nuestros bienes, ni qué perjuicio te venía de nuestros males? Si pecares (dice Job) ¿qué mal le harás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿en qué le dañarás? Y si bien hicieres, ¿qué le darás, ó qué podrá él recibir de tus manos? Pues aquel Dios tan rico y tan exempto de males: aquél cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría, ni puede crescer ni ser más de lo que es: aquél que ni antes de la creación del mundo, ni agora después de criado, es mayor ni menor de lo que era: ni porque todos los ángeles y hombres se salven y le alaben, es más honrado: ni porque todos se condenen y le blasfemen, menos glorioso: este tan gran Señor, no por necesidad sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza, y descendir á este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas las deudas y culpas de los hombres, y padecer por ellas los mayores tormentos que jamás en el mundo se padescieron ni padecerán. Por mí, Señor, nasciste en un establo, por mí fuiste reclinado en un pesebre, por mí fuiste circuncidado al octavo día, por mí fuiste desterrado en Egipto, y por mí finalmente perseguido y maltratado con infinitas maneras de deshonras y ignominias. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, predicaste, lloraste y probaste por experiencia todos los males que había merecido mi culpa, no siendo tú el culpado sino el inocente y ofendido. Por mí finalmente fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces, y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnecido, azotado, sentenciado, pregonado, crucificado, blasfemado, alanceado y finalmente muerto y sepultado. Pues ¿con qué podré yo pagar, no digo todo este beneficio, sino la menor gota de sangre que derramaste por mí? ¿Cómo será posible no amar á quien así me amó, así me buscó, así me redimió, y por tan caro precio me compró? Si yo (dice el Salvador) fuere levantado de la tierra, todas las cosas trairé á mí mismo. ¿Con qué fuerzas, con qué cadenas? Con fuerzas de amor y con cadenas de beneficios. Con las

cuerdas de Adam los trairé á mí (dice el Señor) y con ataduras de amor. Pues ¿quién no será llevado por estas cuerdas? ¿quién no se dejará prender destas cadenas? ¿quién no será vencido con tantos beneficios? Si una gota de agua cayendo continuamente sobre una piedra, basta para romperla, ¿cómo no bastarán las crescientes de tantos beneficios para romper mi corazón? Si aun hasta la misma tierra echada en el fuego se convierte en fuego, ¿cómo no arderá mi corazón, cercado de tan grande fuego de amor?

Y si tan grande culpa es no amar este Señor, ¿qué será menospreciarle, y ofenderle, y quebrantar sus mandamientos? ¿Cómo puedes tener manos para ofender aquellas manos que tan liberales fueron para contigo hasta ponerse por ti en una cruz? Cuando aquella mala mujer solicitaba al sancto patriarca Josef á que hiciese traición á su señor, defendíase el sancto mozo de ella con estas palabras: Mira que todas cuantas cosas tiene mi señor, ha puesto en mis manos, sacando á ti sola que eres su mujer. Pues ¿cómo podré yo cometer tan gran maldad contra él y pecar contra mi señor? Como si dijera: Si mi señor ha sido tan bueno y tan largo para comigo, si todo cuanto tiene ha puesto en mis manos, si así me ha honrado, y favorecido, y fiado de mí todas sus cosas, ¿cómo podré yo (estando preso con tantas cadenas de beneficios) tener manos para ofender á tan buen señor? Y no se contentó con decir no debo, ó no es razón de ofenderle, sino, ¿cómo le podré ofenderle? dando á entender que la grandeza de los beneficios, no sólo quita la voluntad, sino también en su manera las fuerzas y la posibilidad para ofender al bienhechor, y ata al hombre de pies y manos para no hacer cosa contra él. Pues si esta manera de religión y agradescimiento merescían aquellos beneficios, ¿qué merescerán los beneficios de Dios? Aquel hombre puso en las manos de Josef cuanto tenía: Dios ha puesto en tus manos todo cuanto tiene. Mira pues cuánto es más lo que Dios tiene, que lo que aquél tenía: porque tanto más es lo que tú tienes recebido, que lo que aquél recibió. Si no, dime, ¿qué hacienda tiene Dios que no la haya puesto en tus manos? El cielo, la tierra, el sol, la luna, las estrellas, los ríos, los mares, las aves, los pesces, los árboles, los animales, y finalmente todo cuanto hay debajo del cielo en tus manos está puesto. Y no sólo cuanto hay debajo del cielo, sino también cuanto hay sobre el cielo, que es la gloria de allá, y las riquezas de allá, y los deleites de allá, y los

ángeles y los sanctos que estan allá, también sirven y militan para tu provecho. Todas las cosas (dice el Apóstol) son vuestras, sea Paulo, sea Apolo, sea Pedro, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo venidero: todo es vuestro, porque todo milita y sirve para vuestro bien. Y no sólo lo que está sobre los cielos, sino también el mismo Señor de los cielos se nos ha dado en mil maneras: en padre, en tutor, en salvador, en maestro, en médico, en precio, en mantenimiento, en remedio, en galardón, y en todas las cosas. El Padre nos dió á su Hijo, el Hijo nos meresció al Espíritu Sancto, y el Espíritu Sancto nos hace merescer al mismo Padre, de quien manan todos los bienes. Pues si este Padre (como el Apóstol dice) nos dió á su mismo Hijo (que era la mayor dádiva que nos podía dar) ¿cómo no nos dará con él todas las cosas?

Pues si es verdad que todo cuanto Dios tiene ha puesto en tus manos, si por tantas partes te tiene obligado y preso con tantos beneficios, ¿cómo es posible que tengas manos para ofender á tan larguísimo y piadosísimo bienhechor? Extremo mal parece que era no agradescer tan grandes bienes: pues ¿qué será añadir al desagradecimiento menosprecio y ofensas del bienhechor? Si aquel mancebo se hallaba tan cativo y tan impotente para ofender á quien le había puesto en las manos toda su casa, ¿cómo tienes tú fuerzas y corazón para ofender á quien el cielo, y la tierra, y á sí mismo se puso en tus manos? ¡Oh más ingrato que los brutos animales, oh más fiero que las fieras, oh más sensible que todas las cosas insensibles, si no sientes tan grande mal! Porque ¿qué fiera, qué león, qué tigre se desmandó jamás en hacer mal á quien bien le hiciese? De un perro escribe Sant Ambrosio que estuvo toda una noche llorando y aullando á su señor, porque se lo había muerto un su contrario: y como otro día por la mañana se llegase mucha gente á ver el muerto, y entre ellos también el matador, arremetió luego contra él y á bocados y ladridos dió á entender la culpa secreta del malhechor. Pues si los perros, por un pedazo de pan, tal amor y fe tienen con sus señores, ¿cómo serás tú tan ingrato, que en ley de razón y humanidad te dejes vencer de un perro? Y si aquel animal tanto se indignaba contra quien le mató su señor, ¿cómo no te indignarás tú contra los que mataron al tuyo? Y ¿quién son (si piensas) los que le mataron, sino tus pecados? Éstos fueron los que le prendieron, és-

tos los que le ataron, y azotaron, y pusieron en cruz. Porque no fueran los verdugos poderosos para esto, si tus pecados no lo fueran. Pues ¿porqué no te embravecerás contra este tan cruel homicida que quitó la vida á tu Señor? ¿Porqué, viéndole muerto ante ti y por ti, no crecerá más en ti el amor para con Él y el aborrecimiento contra el pecado que le mató?

Especialmente sabiendo que todo lo que en este mundo hizo, dijo y padesció, todo fué por causar en nuestros corazones aborrescimiento y apartamiento del pecado. Por matar el pecado murió, y por echarle clavos en pies y manos se dejó Él enclavar en la cruz. Pues ¿porqué quieres tú hacer vanos todos los trabajos y sudores de Cristo, pues te quieres quedar en aquella misma servidumbre de que él con su sangre te libró? ¿Cómo no temblarás de solo el nombre del pecado, pues ves á Dios hacer tan grandes extremos por destruirlo? ¿Qué más pudiera Dios hacer para retraer á los hombres de pecar, que ponérseles delante atravesado en una cruz? ¿Quién osaría ofender á Dios, si viese el paraíso y el infierno abierto delante sí? Pues sin dubda mayor cosa es ver á Dios puesto en una cruz, que todo esto. Por donde, á quien no mueve esta hazaña tan grande, no sé qué cosa haya en el mundo que le puede mover.

DE OTROS MUCHOS BIENES QUE DE PRESENTE ACOMPAÑAN Á LA VIRTUD

CAPÍTULO VII.

Y si por ventura dijeres que todas estas cosas susodichas son obligaciones de justicia, y bienes y males que para adelante se prometen, y que deseas ver algo de presente que te mueva el corazón (pues tanto suele mover la vista de los objectos presentes) también te daremos aquí las manos llenas de eso mismo que deseas. Porque dado caso que nuestro Señor tenga el mejor vino y los mejores bocados guardados para el fin del convite, mas no por eso deja á los suyos ayunos y boquisecos en este camino: porque sabe Él bien que desta manera no podrían durar en él. Por donde, cuando dijo él á Abraham: No temas, Abraham, porque soy tu defensor, y tu galardón será muy grande: dos cosas le prometió en estas palabras: una de presente (que era su tutela y amparo para todas las cosas desta vida) y otra de futuro, que es el galardón de la gloria, que se guardaba para la otra. Mas qué tan grande sea la primera promesa, y cuántas maneras de bienes y favores encierre en sí, no lo podrá entender, sino quien hobiere diligentemente leído las Escrituras sagradas, las cuales ninguna cosa más á menudo repiten y encarecen, que la grandeza de los favores, regalos y beneficios que nuestro Señor promete á los suyos en esta vida. Lee el Psalmo *Dominus regit me:* lee, *Qui habitat in adiutorio altissimi:* lee, *Diligam te dñe fortitudo mea:* lee las bendiciones y maldiciones del Deuteronomio, y lee finalmente todo el nuevo y viejo Testamento, y verás claro cuántas maneras de bienes y de favores se prometen á los justos en esta vida.

Oye lo que dice Salomón en sus Proverbios sobre este caso. Bienaventurado el varón que halló la sabiduría. Porque más vale la posesión de ella, que todos los tesoros de plata y oro, por muy subido y precioso que sea. Más vale que todas las riquezas del mundo: y todo cuánto el corazón humano puede desear, no

se puede comparar con ella. La longura de días está en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. Sus caminos son caminos hermosos, y todas sus sendas son pacíficas. Arbol de vida es para todos aquéllos que la han alcanzado: y el que perseverantemente la poseyere, será bienaventurado. Guarda pues, hijo mío, la ley de Dios y sus consejos, porque esto será vida para tu ánima, y dulzura para tu garganta. Entonces andarás seguro en tus caminos, y tus pies no hallarán en que tropezar. Si durmieres, no tendrás por qué temer: y si reposares, serte ha tu sueño reposado. Ésta es pues, hermano, la suavidad y descanso del camino de los buenos: mas del que los malos llevan, mira cuán diferentes nuevas nos dé la Escriptura: Quebrantamiento y desventura hay en los caminos de ellos, y nunca supieron qué cosa era camino de paz. Y en otro lugar: El camino de los malos (dice el Eclesiástico) está lleno de barrancos, y al cabo de la jornada les están aparejados infierno, tinieblas y pena. ¿Paréscete pues que es buen trueque dejar el camino de Dios por el del mundo, habiendo tanta diferencia del uno al otro, no sólo en el fin del camino, sino también en todos los pasos dél? Pues ¿qué mayor desatino, que querer más con un tormento ganar otro tormento, que con un descanso otro descanso?

Y para que aun más claro veas la grandeza deste descanso, y la muchedumbre de bienes que de presente acompañan este bien, ruégote que oyas atentamente lo que el mismo Dios y Señor nuestro promete por Isaías á los guardadores de su ley, cuasi por estas palabras, según que las declaran diversos intérpretes. Cuando hicieres (dice él) tales y tales cosas que yo mando, luego te amanecerá el alba del día claro (que es el sol de justicia) que deshaga todas las tinieblas de tus errores y tristezas: y luego comenzarás á tener entera y verdadera salud: y la justicia de tus buenas obras irá como una candela delante de ti, y la gloria del Señor por todas partes te cercará, para que seas honrado ante los ojos de Dios y de los hombres. Entonces invocarás el nombre del Señor, y oirte ha: clamarás, y dirá: vesme aquí presente para todo lo que te cumpliere. Entonces en medio de las tinieblas de las tribulaciones y angustias desta vida te resplandescerá la luz del favor divino que te consuele, y tus tinieblas serán como el medio día: porque las mismas calamidades, y aun las caídas de los pecados pasados, ordenará el Señor que te vengan á ser oca-

sión de mayor felicidad. Y darte ha él siempre verdadera paz y descanso en el ánima, y en el tiempo de la hambre y esterilidad te dará hartura y abundancia, y tus huesos serán librados de la muerte y de los fuegos eternos. Y serás como un jardín de regadío y como una fuente de agua que nunca deje de correr, y edificarse ha en ti lo que de muchos años estaba desierto, para que permanezca con sólidos fundamentos de generación en generación. Y si trabajares por sanctificar mis fiestas, no gastándolas en malos pasos, ni en hacer tu voluntad contra la mía, guardando muy delicadamente y con toda solicitud lo que yo mando en este día, entonces te deleitarás en el Señor (cuyos deleites sobrepujan á todos los deleites del mundo) y levantarte he sobre todas las alturas de la tierra (que es á un estado de vida felicísima adonde no puede llegar toda la facultad de la fortuna ni de la naturaleza humana) finalmente darte he después la hartura y abundancia de aquella preciosa heredad que prometí yo á Jacob tu padre, que es la bienaventuranza de la gloria: porque la boca del Señor ha hablado.

Éstos, pues, son los bienes que promete Dios á los suyos: de los cuales aunque algunos sean de futuro, los más dellos son de presente: como es aquella nueva luz y resplandores del cielo, aquella hartura y abundancia de todos los bienes, aquel arrimo y confianza en Dios, aquella asistencia divina á todas las oraciones y peticiones, aquella paz y tranquilidad de consciencia, aquella tutela y providencia divina, aquel jardín de regadío, que es el verdor y hermosura de la gracia, aquella fuente que nunca le faltan aguas, que es la provisión y suficiencia de todas las cosas, aquellos deleites divinos que sobrepujan á todos los humanos, y aquel levantamiento de espíritu á donde no puede llegar toda la facultad de la naturaleza criada. Todos éstos son favores que Dios promete á los suyos: todos son obras de su misericordia, efectos de su gracia, testimonios de su amor, y regalos de la providencia paternal que él tiene de los suyos. Sobre cada uno de los cuales había tanto que decir, que no sufre la brevedad deste volumen que de cada cosa destas se trate en particular. Pues de todos estos bienes gozan los buenos en esta vida y en la otra, y de todos ellos carescen los malos: para que por aquí veas la distancia que hay de los unos á los otros, pues tan ricos están los unos de favores del cielo, y tan pobres y necesitados los otros.

Porque si miras atentamente todas estas palabras susodichas, y miras también la condición y estado de los buenos y de los malos, hallarás que los unos están en gracia de Dios, y los otros en desgracia: los unos son amigos, los otros enemigos: los unos están en luz, los otros en tinieblas: los unos gozan de consolaciones de ángeles, los otros de deleites de puercos: los unos son verdaderamente libres y señores de sí mismos, los otros esclavos de Satanás: los unos viven en continua paz, los otros en cruelísima guerra: á los unos alegra el testimonio de la buena consciencia, á los otros remuerde siempre el gusano de la suya: los unos en la tribulación permanecen en su mismo lugar, los otros como paja liviana son arrebatados del viento: los unos están amarrados y y seguros con el áncora de la esperanza, los otros desamarrados y expuestos á los ímpetos de la fortuna: las oraciones de los unos son aceptas y agradables en los oídos de Dios, las de los otros aborrecidas y execrables: la muerte de los unos es quieta, pacífica y preciosa en el acatamiento divino: la de los otros inquieta, congojosa y llena de mil temores: finalmente los unos viven como hijos debajo de la tutela y amparo de Dios, y duermen dulcemente debajo la sombra de su providencia pastoral: los otros, excluídos desta manera de providencia, andan como ovejas descarriadas sin pastor y sin dueño, expuestas á todos los peligros y encuentros de la fortuna.

Pues si todos estos bienes acompañan á la virtud, dime, ¿qué es lo que te detiene para que no abraces tan grande bien? ¿Qué puedes alegar en descargo de tu negligencia? Decir que esto no es verdad, no ha lugar, pues lo ves todo fundado en palabras de Dios y testimonios de su Escriptura. Decir que éstos sean pequeños bienes, no ha lugar, pues exceden (como ya dijimos) todo lo que el corazón humano puede desear. Decir que eres enemigo de ti mismo y que no cobdicias estos bienes, tampoco esto se puede decir: pues el hombre naturalmente es amigo de sí mismo, y la voluntad humana tiene por objecto el bien, que es el blanco y paradero de su deseo. Decir que no entiendes ni gustas estos bienes, no basta para descargarte de culpa, pues tienes la fe de ellos, aunque no tengas el gusto, porque el gusto piérdese por el pecado, mas no la fe: y la fe es testigo más cierto, más seguro y más abonado que todas las otras experiencias y testigos del mundo. Pues ¿porqué no desmentirás con este testi-

go á todos los otros? ¿Porqué no creerás más á la fe, que á tu proprio parecer y juicio? ¡Oh, si quisieses acabar de determinarte, y arrojarte en los brazos de Dios, y fiarte dél, cómo verías luego en ti el cumplimiento destas profecías! Verías la grandeza destos tesoros: verías cuán ciegos andan todos los amadores deste siglo, pues no buscan este bien: y verías finalmente con cuánta razón nos convida el Salvador á esta manera de vida diciendo: Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio: tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras ánimas: porque mi yugo es muy suave, y mi carga liviana. No es Dios engañador, ni falso prometedor, ni grande encarescedor de las cosas que promete. Pues ¿porqué huyes el descanso? ¿Porqué desechas la paz y la suavidad? ¿Porqué desprecias el halago y la dulce voz de tu pastor? ¿Cómo osas despedir de ti la virtud, teniendo tal sobreescrito como éste, firmado de la mano de Dios? Menores cosas oyó la Reina Sabá de Salomón, y vino de los últimos fines de la tierra á probar lo que había oído. Pues ¿porqué oyendo tú tales y tan ciertas nuevas de la virtud, no te aventurarás á un poco de trabajo, siquiera por averiguar la verdad deste negocio? Fíate pues, hermano, fíate de Dios y de su palabra, y arrójate confiadamente en sus brazos, y suelta de las manos esa nonada que te detiene, y verás cómo queda vencida la fama de la virtud con sus merecimientos, y cómo es nada todo lo que se dice, en comparación de lo que es.

RESPONDE Á LAS EXCUSAS DE LOS MALOS

CAPÍTULO VIII.

CON todas estas cosas que justifican el partido de la virtud, no les faltan sus excusas á los malos con que defenderse: porque como está escrito, achaques busca el que quiere apartarse de su amigo: y quien esto hace, en todo tiempo será digno de reprehensión.

Algunos pues hay que con una sola palabra responden á todo esto, diciendo que adelante se emendarán y tomarán otro camino de vida, paresciéndoles que por agora les es muy dificultoso este negocio, y que adelante les será más fácil. Éste es uno de los grandes engaños que se pueden pensar. Porque si tú quieres todo este tiempo perseverar en esa mala vida que vives, y añadir pecados á pecados, ¿cómo podrás adelante más fácilmente dejarlos, estando más mal acostumbrado y habituado á ellos? Adelante (si ese adelante llegare y no se acabare mañana) estará la mala costumbre más confirmada, y la naturaleza más estragada, y el demonio más apoderado de ti, y tú más alejado de Dios, y por consiguiente más ciego y más arraigado en el mal. Pues ¿cómo te será más fácil este negocio, cresciendo en él todas estas nuevas dificultades con la perseverancia del pecar? Si cada vez que pecas te alejas como una jornada del camino de la virtud, ¿cómo te volverás á él más fácilmente, habiéndote alejado tantas jornadas cuantos pecados has cometido? Bien parece esta respuesta de quien tiene por maestro al padre de la mentira, pues te hace creer que mientra más tiempo hobiere gastado en aprender el vicio, y olvidar la virtud, y desandar el camino della, te será más fácil volver á él.

Pues ¿qué diré entre todas estas cosas del poder solo de la mala costumbre y de la fuerza que tiene para detenernos en el mal? Porque es cierto que así como los que hincan un clavo, con cada golpe que le dan, lo hincan más, y con otro golpe más, y así mientra más golpes le dan, más fijo queda y más dificultoso

de arrancar: así con cada obra mala que hacemos, como con una martillada se hinca más y más el vicio en nuestras ánimas, y así queda tan aferrado, que apenas hay manera para poderlo después arrancar. Por donde vemos que la vejez de aquéllos que gastaron la mocedad en tales y tales vicios, suele ser muchas veces amancillada con las disoluciones de aquella edad pasada, aunque la presente las rehuse, y la misma naturaleza las sacuda de sí: porque todo esto vence la tiranía y fuerza de la mala costumbre. Por lo cual se escribe en el libro de Job que los huesos del malo serán llenos de los vicios de su mocedad, y con él dormirán en la sepultura. De manera que los tales vicios no tienen otro término, sino el común término de todas las cosas, que es la muerte, la cual sola basta para curarlos. Y la causa de esto es, porque por razón de la vieja costumbre (que está ya convertida en naturaleza) tienen los apetitos de los vicios tan íntimamente arraigados en los huesos y medulas de su ánima, como una calentura lenta de tísicos, que está allá metida en las entrañas del hombre, que no espera cura ni medicina.

Esto mismo nos mostró también el Salvador en la resurrectión de Lázaro de cuatro días muerto, al cual resuscitó con tan grandes clamores y sentimientos: como quiera que los otros muertos resuscitase con tanta muestra de facilidad: para dar á entender cuán gran milagro sea resuscitar Dios al que está ya de cuatro días muerto y hediondo, esto es, de muchos días y de mucho tiempo acostumbrado á pecar. Porque (como declara San Augustín) entre estos cuatro días, el primero es el deleite del pecado, el segundo el consentimiento, el tercero la obra, el cuarto la costumbre de pecar: y el que á este punto llega, ya es Lázaro de cuatro días muerto, que no resuscita sino á fuerza de bramidos y lágrimas del Salvador.

Y ya que este bien viniese por tu casa (lo cual vemos cuán pocas veces acaesce) dime, ¿en qué ley cabe que habiéndote Dios amado ab æterno y criado para darte gloria para siempre, no quieras emplear en servicio de tan antiguo amador y bienhechor esa tan corta vida que tienes, sino que aun dese momento le quieras quitar tantas mitades?

Contra los que dilatan la penitencia á la muerte.

§. II.

Mas algunos hay tan ciegos y desvergonzados, que no se contentan con echar este negocio para adelante, sino aun lo reservan para el mismo punto de la muerte. Oh loco desvariado, ¿y con solo ese precio piensas comprar el reino de los cielos, y merecer la compañía y silla de los ángeles? ¿Tú no ves que todo lo que en esta hora se hace, por la mayor parte es necesidad y no voluntad, fuerza y no libertad, temor y no amor, y si amor, no amor de Dios, sino amor proprio, que naturalmente teme su daño? ¿Tú no ves que es contra todas las leyes de la divina justicia, que habiendo empleado toda la vida en servicio del demonio, vayas en cabo á pedir el galardón á Dios? ¿No miras en lo que pararon aquellas cinco vírgines locas del Evangelio, que aguardaron á aparejarse para la cuenta al tiempo que querían darla? Pues, ¿cómo esperas tú otro mejor suceso, después de avisado por este ejemplo, permaneciendo en el mismo descuido?

Poderoso es Dios para inspirar verdadera penitencia cuando él quisiere: mas, cuán pocas veces acaesca en esta hora y cuán pocos en ella hagan verdadera penitencia, pregúntalo á Sanct Augustín, á Sanct Ambrosio, á Sanct Gregorio, y finalmente á todos los sanctos, y verás cuán escrupulosamente hablan en esto, y entenderás cuán gran locura sea tener tú por segura la nevegación de un golfo de quien tan sabios marineros hablan con tan gran temor. Oficio es el bien morir, que conviene aprenderse toda la vida: porque en la hora de la muerte hay tánto que hacer en morir, que apenas hay espacio para aprender á bien morir.

General regla es que cual es la vida de cada uno, tal es su muerte, y por consiguiente, que si la vida fuere mala, también lo será la muerte, si Dios no quiere por especial privilegio hacer otra cosa. Esta sentencia no es mía, sino del Apóstol, el cual dice que el fin de los malos será conforme á sus obras: porque regularmente hablando, ni de malas obras se espera buen fin, ni de buenas malo.

Revuelve todas las Escripturas sagradas, y no hallarás en ellas otra sentencia más veces repetida que ésta, que lo que sembra-

re el hombre, eso cogerá, y que á la hora de la muerte vendrán los malos á coger el fructo de sus caminos, y que Dios ha de dar á cada uno según sus obras, y que el fin de cada uno será conforme á la vida que hobiere vivido, y que la justicia del justo estará sobre su cabeza, y la maldad del malo sobre la suya, y otras mil sentencias semejantes. Si toda la Escriptura divina se pudiese fundir para ver qué salía della, apenas saldría otra cosa más veces repetida que ésta. Pues si tus obras todas son malas, y la vida mala, ¿qué podemos prenosticar della (si echamos juicio por este astrolabio) sino tal fin, cuales han sido los medios, y cual ha sido la vida? ¿Qué podremos juzgar que cogerá en la otra vida sino corrupción, quien en ésta ninguna otra cosa sembró sino corrupción? ¿Por ventura (dice el Salvador) cogerán de las espinas cardos, ó de los cardos higos?

Y si la casa del malo (como dice Salomón) está inclinada á la muerte, y sus sendas van derechas al infierno, ¿qué se puede esperar deste camino sino este paradero? ¿Á dónde cairá el árbol, ó la pared que está inclinada á un lado, cuando caiga, sino hacia la parte que está inclinada? Pues aquél cuya vida, cuyas palabras, cuyas obras y pensamientos han estado siempre inclinados al infierno (porque todas han sido merecedoras dél) ¿adonde irá á parar después de todo esto, sino á él? ¿Adónde irá á parar sino á las tinieblas exteriores, el que siempre anduvo en las interiores? ¿Cómo quiéres tú que al cabo de la jornada venga á parar en el cielo quien anduvo siempre por el camino del infierno?

Contra los que se favorecen con la misericordia de Dios para el mal

§. III.

Si por otra parte dices que es grande la misericordia de Dios, y ésa te calienta de tal manera, que perseverando en tu mala vida, tengas por segura tu salvación, dime, ¿qué mayor ofensa puedes hacer á esa misericordia, que tomar de ella ocasión para más ofenderla? ¿Quién te enseñó á hacer esa consecuencia, que porque Dios es bueno, tengas tú licencia para ser más malo, y salir con ello? Á lo menos el Espíritu Sancto no enseña argüir desa manera, sino desta: Porque Dios es bueno, me-

rece ser honrado, y obedecido, y amado sobre todas las cosas. Porque Dios es piadoso y misericordioso, es razón que yo lo sea y esté confiado en él que me perdonará, por grande pecador que haya sido, si me apartare del pecado y me volviere de todo corazón á él. Mas si perseverando siempre en el mal, todavía crees que no se compadesce con su misericordia que te condenes, oye lo que con esa misericordia se compadece.

No me negarás sino que de cien partes del mundo, apenas es una de cristianos, y que de las noventa y nueve que quedan, ni una sola se salva. Porque así como fuera del arca de Noé no escapó ninguno en tiempo del diluvio, ni fuera de la casa de Raab se guareció ninguno de los moradores de Hiericó, así ninguno se salva fuera de la casa de Dios, que es su Iglesia. Pues lo que se llama cristiandad, mira de la manera que está en nuestros tiempos, y hallarás por cierto que en todo este cuerpo místico dende la planta del pie hasta la cabeza apenas hay en él cosa del todo sana. Saca afuera algunas cibdades principales (donde hay algún rastro de doctrina) y discurre por todo esotro carnaje de villas y lugares (donde no hay memoria della) y hallarás muchos pueblos de quien se puede verificar aquello que dijo Dios en un tiempo por Hierusalem: Rodead todas las calles y barrios de Hierusalem, y buscad un hombre que sea verdaderamente justo, y yo usaré de misericordia con él. Corre, no digo ya por todos los mesones y plazas, que éstos son lugares dedicados á mentiras y trampas, sino por todas las casas de vecinos, y (como dice Hieremías) pon la oreja á escuchar lo que hablan, y hallarás que apenas se oye palabra que buena sea: sino aquí oirás murmuraciones, allí torpezas, aquí juramentos, allí blasfemias, y rencillas, y cobdicias, y amenazas: y finalmente en toda parte el corazón y la lengua tratan de la tierra y de sus ganancias, y en muy pocas de Dios y de sus cosas, si no es para jurar y perjurar su nombre, que es aquella memoria de que se queja por el mismo Profeta diciendo: Acuérdanse de mí, mas no como debrían, jurando por mi nombre mentirosamente. De manera que á lo menos por las insignias que se ven de fuera, apenas podrás juzgar si aquel pueblo es de cristianos ó de gentiles, si no es por ventura por las torres de las campanas que asoman de lejos, ó por los juramentos y perjurios que se oyen de cerca: y cuasi todo lo demás de gentiles es. Pues ¿cómo pueden entrar

éstos en la cuenta de aquéllos de quien dice Isaías: Todos cuantos los vieren, luego los conocerán, porque éstas son las plantas á quien Dios echó su bendición? Pues si tal ha de ser la vida del cristiano, que todos cuantos le vieren, le juzguen por hijo de Dios, ¿en qué cuenta podremos tener á éstos, que más parecen burladores y despreciadores de Cristo, que cristianos? Pues si tal es la vida déstos, ¿qué se puede esperar de su salvación, según la regla general que arriba pusimos?

He dicho todo esto, para que entiendas que si con esta tan gran misericordia de Dios, que tú alegas, se compadesce que haya en el mundo tantos infieles, y en la Iglesia tantos malos cristianos, y que si de los infieles se pierden todos, y de los cristianos tántos, también se compadecerá que te pierdas tú también con ellos, si fueres tal como ellos. Por ventura riéronsete á ti los cielos cuando nascías, ó mudáronse entonces los derechos de Dios y las leyes de su Evangelio y de su justicia, porque para ti haya de ser un mundo y para los otros otro?

Con esta misma misericordia se compadesció también la caída de los ángeles, y el pecado de los primeros hombres y de todo el género humano con ellos, y de todo el mundo con las aguas del diluvio, y la destruición espantable de Hierusalem, y de Babilonia, y de Nínive, y de otras nobilísimas cibdades y provincias: y con ésa se ha compadescido que el infierno haya dilatado su seno, y que desciendan cada día millares de ánimas á él. ¿Y no se compadecerá que descienda también la tuya, si vivieres esa misma vida? Y porque no digas que entonces era Dios riguroso y agora manso, mira que con esa mansedumbre se compadesce toda esto que has oído: para que no dejes tú también de temer tu castigo, aunque seas cristiano, si eres malo, pues está claro que la fe ociosa no es instrumento de salud, sino causa de mayor condenación.

¿Perderá por ventura Dios su gloria, si tú solo dejares de entrar en ella? ¿Tienes tú algunas grandes habilidades de que Dios tenga particular necesidad, porque te haya de sufrir con todas tus tachas buenas y malas? Ó ¿tienes alguna cédula de seguro, para que contigo solo use deste nuevo privilegio? Pues á los hijos de David que fueron privilegiados por los méritos de su padre, no dejó Dios de dar su merecido cuando fueron malos, y así muchos de ellos acabaron desastradamente. ¿Y estás tú vana-

mente confiado, creyendo que con todo eso estás seguro? Yerras, hermano mío, yerras, si crees que eso sea esperar en Dios. No es ésa esperanza, sino presumpción: porque esperanza es creer que arrepintiéndote y apartándote del pecado, te perdonará Dios, por malo que hayas sido: mas presumpción es creer que perseverando siempre en la mala vida, todavía tienes tu salvación segura.

Contra los que se excusan con el amor del mundo.

§. IV.

Mas por ventura dirás que el amor del mundo y de sus cosas tiene preso tu corazón, y ése es el que te impide este camino. Esta excusa es de hombre que aun no ha probado por experiencia los bienes espirituales, y por eso estima en tanto los corporales. El rústico aldeano piensa que no hay otra cosa mejor que su aldea, cuando no ha visto los grandes y hermosos edificios de las ricas cibdades. El niño llora cuando sale del vientre de su madre, porque no conosce cuánto mejor mundo es este á donde viene, que aquel de donde sale. Aquellos primeros hombres del mundo estimaban en mucho la billota y las casas pajizas, antes que se descubriesen las mieses abundosas y los edificios de cantería seguros. Y desta manera, como los hombres carnales no hayan visto ni gustado los bienes espirituales, ni experimentado la suavidad, la dignidad, la nobleza y hermosura de ellos, precian mucho estos falsos y caducos bienes, porque no han conoscido los otros, porque si de verdad los hobiesen conoscido, no sería posible que no despreciasen éstos, según que lo significó el profeta Isaías cuando dijo: En aquel día escupirás y abominarás las planchas de oro y plata, y las imágines de los ídolos que adorabas, como paños sucios y manchados, y dicirlas has denodadamente: íos de mí, y salid de mi casa. De suerte que así como escupieron y desecharon los hombres á los falsos dioses, cuando conoscieron al verdadero Dios, así escupen y desechan todos los falsos bienes del mundo, después que comienzan á gustar los verdaderos bienes del cielo. Porque (como dice S. Bernardo) en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne

(que es todos los bienes y deleites del mundo) pierde su sabor. Ésta es, pues, una muy principal causa deste engaño en que viven los hombres.

Hay otra allende de ésta, la cual es, que no sólo no conoscen los bienes espirituales, mas ni aun conocen esos mismos temporales: porque no sería posible que los amasen como los aman, si de verdad los conosciesen. Porque, dime, ¿qué cosa es este mundo con todos sus bienes (si se mirase con buenos ojos, y se entendiesen bien sus telas, sus marañas, sus paraderos y sus engaños) qué es, digo, sino una arca de trabajos, una escuela de vanidades, una plaza de engaños, un labirinto de errores, una cárcel de tinieblas, un camino de salteadores, una laguna cenagosa y un mar de continuos movimientos? ¿Qué es este mundo, sino (como dice un sabio) tierra estéril, campo pedregoso, bosque lleno de espinas, prado verde y lleno de serpientes, jardín florido y sin fruto, río de lágrimas, fuente de cuidados, dulce ponzoña, fábula compuesta y frenesí deleitable? ¿Qué bienes hay en él que no sean falsos, y qué males que no sean verdaderos? Su sosiego es congojoso, su seguridad sin fundamento, su miedo sin causa, sus trabajos sin fructo, sus lágrimas sin propósito, sus propósitos sin suceso, su esperanza vana, su alegría fingida, su dolor verdadero, su orden y concierto lleno de confusión. Así que, hermano mío, ten por cierto que la paz y contentamiento que deseas, no se halla en el mundo, sino en Dios: ni en la posesión de las cosas, sino en el menosprecio y desestima de ellas. Cerca la mar y la tierra, y anda por do quisieres (dice S. Augustín) que á doquiera que fueres, serás miserable, si no vas á Dios.

Contra los que se excusan diciendo que es áspero el camino de Dios.

§. V.

OTROS hay que se excusan por otra manera, diciendo que es áspero el camino de Dios, por mandarse en él cosas dificultosas y contrarias á la inclinación y apetitos del hombre. Ésta es una de las principales excusas que á muchos hace desmayar en este negocio. Los que esto dicen (puesto caso que sean cris-

tianos y vivan en la ley de gracia) no han conocido la primera letra del a. b. c. desta ley, ni se han desayunado deste misterio. ¡Pobre de ti! Tú que dices que eres cristiano, dime, ¿para qué vino Cristo al mundo? ¿Para qué derramó su sangre? ¿Para qué instituyó los sacramentos? ¿Para qué envió el Espíritu Sancto? ¿Qué quiere decir Evangelio? ¿Qué quiere decir gracia? ¿Qué Jesús? ¿Qué significa ese nombre tan celebrado de ese mismo Señor que adoras? Y si no lo sabes, pregúntalo al Evangelista que dice: Ponerle has por nombre Jesús, porque Él hará salvo á su pueblo de sus pecados. Pues ¿qué es ser salvador y librador de pecados, sino merecernos el perdón de los pecados pasados, y alcanzarnos gracia para excusar los venideros? ¿Para qué vino Cristo al mundo, sino para ayudarte á ser salvo? ¿Para qué murió en la cruz, sino para matar el pecado? ¿Para qué resuscitó después de muerto, sino para hacerte resuscitar en esta nueva manera de vida? ¿Para qué derramó su sangre, sino para hacer della una medecina con que sanase tus llagas? ¿Para qué ordenó los sacramentos, sino para remedio y socorro de los pecados? ¿Cuál es el principal fructo de su pasión y de su venida, sino habérsenos allanado por ella el camino del cielo, que antes era áspero y dificultoso? Así lo significó Isaías cuando dijo que en la venida del Mesías los caminos torcidos se enderezarían, y los ásperos se allanarían. Finalmente ¿para qué sobre todo esto envió el Espíritu Sancto, sino para que de carne te hiciese espíritu, y para qué le envió en forma de fuego, sino para que como fuego te encendiese, y alumbrase, y fortaleciese, y alegrase, y transformase en sí mismo, y te subiese al cielo de donde él fué enviado? ¿Para qué es la gracia junto con las virtudes infusas que de ella proceden, sino para hacer suave el yugo de Cristo, para hacer ligero el ejercicio de las virtudes, para cantar en las tribulaciones, para esperar en los peligros y vencer en las tentaciones? Éste es el principio, y el medio, y el fin del Evangelio: conviene saber, que así como un hombre terrenal y pecador (que fué Adam) nos hizo pecadores y terrenos, así otro hombre celestial y justo (que vino del cielo) nos hizo celestiales y justos. ¿Qué otra cosa escriben los Evangelistas? ¿Qué otras promesas anunciaron los Profetas? ¿Qué otra predicaron los Apóstoles? No hay más teología que ésta. Ésta es la palabra abreviada que Dios hizo sobre la tierra, ésta es la consumación y abreviación que el profeta Isaías dice que oyó á Dios, de la cual se si-

guieron luego en el mundo tantas riquezas y abundancia de virtudes y de justicia.

Haz pues tú agora cuenta que vienes de nuevo á la religión cristiana, y que preguntas á algún sabio teólogo qué es lo que contiene y manda esta nueva religión, y responderte ha que manda al hombre ser bueno, y da ayuda para serlo: que manda al hombre carnal ser espiritual, y da al Espíritu Sancto, para que lo pueda ser. Grandísima miseria es que á cabo de tantos años como ha que eres cristiano, no sepas la diferencia que hay del cristiano al judío, ni de la ley de Escriptura á la de gracia. La diferencia está en esto (pues no lo sabes) que aquella ley mandaba al hombre ser bueno, y no le daba (cuanto era de su parte) fuerzas para serlo: mas ésta manda que seas bueno, y date gracia para ello: y por eso se llama ley de gracia. Aquélla mandaba pelear, y no daba armas para la pelea: mandaba subir al cielo, y no daba escalera para ello: mandaba á los hombres ser espirituales, y no daba el Espíritu Sancto para que lo fuesen. Agora es de otra manera (porque ya cesó aquel estado, y sucedió este otro tan diferente, por los méritos y por la sangre de Cristo) ¿y tú todavía, como si no hobiera cesado aquel estado ni venido Cristo al mundo, estás judaizando, creyendo que por tus fuerzas solas has de cumplir la ley, y por ella has de ser justificado?

Pues quienquiera que esto entendiere, verá luego claramente la concordia de muchas auctoridades della, de las cuales unas hacen este camino áspero, y otras suave: porque en un lugar dice el Profeta: Por amor de las palabras de tus labios yo anduve por caminos duros. Y en otro dice: En el camino de tus mandamientos me deleité, así como en todas las riquezas. Porque este camino tiene ambas estas cosas: conviene saber, dificultad y suavidad, la una por parte de la naturaleza, y la otra por virtud de la gracia: y así lo que era dificultoso por una razón, se hace ligero por otra. Lo uno y lo otro significó el Señor cuando dijo que su yugo era suave, y su carga liviana. Porque en decir yugo, significó el peso que aquí había, y en decir suave, la facilidad que por parte de la gracia se le daba.

Y si por ventura preguntares, ¿cómo es posible que sea yugo y sea suave, pues la condición del yugo es ser pesado? A esto se responde que la causa es, porque Dios lo alivia, y aun ayuda á tirallo, como él lo prometió por el profeta Oseas diciendo:

Yo les seré como quien levanta el yugo y lo quita de encima de las cervices. Pues luego ¿qué maravilla es que sea liviano el yugo que Dios alivia, y el que ayuda á levantar? Si la zarza ardía y no se quemaba, porque Dios estaba en ella, ¿qué mucho es que ésta sea carga y ser liviana, pues el mismo Dios está en ella ayudándola á llevar? ¿Quieres ver lo uno y lo otro juntamente en una misma persona? Oye lo que dice S. Pablo. En todas las cosas padescemos tribulaciones, y no nos angustiamos: vivimos en extrema pobreza, y no somos vencidos con ella: sufrimos persecuciones, y no somos desamparados: humíllannos, y no somos confundidos: abátennos hasta la tierra, y no somos por eso perdidos. ¿Ves pues aquí por un cabo la carga de los trabajos, y por otro el alivio y suavidad que hay en ellos por parte de la gracia? Pues aun más claro significó esto mismo el profeta Isaías cuando dijo: Los que esperan en el Señor, mudarán la fortaleza, correrán, y no trabajarán: andarán, y no desfallescerán. ¿Ves pues aquí el yugo deshecho por virtud de la gracia? ¿Ves trocada la fortaleza de la carne en fortaleza de espíritu, ó por mejor decir, la fortaleza del hombre en la de Dios? ¿Ves cómo el Profeta ni calló el trabajo, ni calló el descanso, ni la ventaja que había de lo uno á lo otro, cuando dijo: correrán, y no trabajarán: andarán, y no desfallescerán?

Así que, hermano mío, no tienes por qué desechar este camino por áspero y dificultoso, pues en él está Dios y está su gracia: porque no es razón que sea más poderosa la naturaleza que la gracia, ni Adam que Cristo, ni el demonio que Dios, ni la condición y naturaleza del mal que la del bien.

QUE NO DEBE EL HOMBRE DILATAR PARA ADELANTE SU CONVERSIÓN, PUES TIENE TANTAS DEUDAS QUE DESCARGAR

CAPÍTULO IX.

Pues si por una parte son tantas y tan grandes las causas que nos obligan á mudar la vida, y por otra no tenemos excusa alguna suficiente para no hacer esta mudanza, ruégote que me digas, ¿para cuándo aguardas á hacerla? Vuelve agora, hermano, un poco los ojos á la vida pasada, y mira (en cualquier edad que agora estés) que ya es tiempo, y pasa de tiempo, de comenzar á descargar algo de las deudas pasadas. Mira que siendo cristiano reengendrado con el agua del sancto bautismo, teniendo á Dios por padre y á la Iglesia por madre, y habiéndote criado con la leche del Evangelio (que es con la doctrina de los Apóstoles y Evangelistas) y (lo que más es) con el mismo pan de los ángeles (que es el Sacramento del altar) con todo esto has vivido con tanta licencia como si fueras un puro gentil que ningún conoscimiento tuvieras de Dios. Si no, dime, ¿qué linaje de pecado hay que no hayas cometido? ¿Qué árbol vedado hay en que no hayas puesto los ojos? ¿Qué prado verde hay donde á lo menos con el deseo no hayas hecho fiesta á tu lujuria? ¿Qué se ha ofrecido á esos ojos, que no lo hayas deseado? ¿Qué apetito dejaste de cumplir, acordándote que tenías Dios y que eras cristiano? ¿Qué más hicieras si no tuvieras fe, si no esperaras otra vida, si no temieras juicio? ¿Qué ha sido toda tu vida, sino una tela de pecados, un muladar de vicios, un camino de abrojos, y una perpetua desobediencia de Dios? ¿Con quién has vivido hasta aquí, sino con tu apetito, y con tu carne, y con tu honra, y con el mundo? Ésos han sido tus dioses, ésos los ídolos á quien has servido, y cuyas leyes has guardado. Cuenta con Dios, con su ley y con su obediencia, por ventura no la has tenido más que si fuera un Dios de palo. Porque es cierto que muchos cristianos hay, que con la misma facilidad que pecarían si creyesen que no hay Dios, con esa misma pecan creyendo que lo hay, y

ninguna cosa menos hacen creyendo lo uno, que harían creyendo lo otro. Pues ¿qué mayor injuria, qué mayor desprecio puede ser de tan alta majestad? Finalmente, creyendo todo lo que la religión cristiana cree, de tal manera has vivido como si creyeras ser la mayor fábula ó mentira del mundo.

Y si no te espanta la muchedumbre de los pecados pasados y la facilidad con que los heciste, ¿cómo no te espanta siquiera la majestad y grandeza de Aquél contra quien pecaste? Alza los ojos, y mira la inmensidad y grandeza de aquel Señor (á quien adoran los poderes del cielo, ante cuyo acatamiento está postrada la redondez del mundo, en cuya presencia todo lo criado no es más que una paja liviana que se lleva el viento) y mira cuán grande mal sea que un vilísimo gusanillo como tú se haya tantas veces atrevido á ofender y provocar á ira los ojos de tan grande majestad.

Mira la grandeza espantosa de su justicia y los castigos tan horribles que hasta hoy tiene hechos en el mundo contra el pecado, no sólo en particulares personas, sino también en cibdades, gentes, reinos y provincias, y en todo el universo mundo: y no sólo en la tierra, sino en el cielo: y no sólo en extraños y pecadores, sino en su mismo Hijo inocentísimo, porque se puso á pagar por ellos. Pues si esto se hace en el madero verde, y por pecados ajenos, en el seco y cargado de pecados propios ¿qué se hará? Pues ¿qué cosa puede ser más desatinada que ponerse á burlar un tan vil hombrecillo con un Señor que tiene la mano tan pesada, que si la carga sobre ti, de un golpe te arrojará en el profundo de los infiernos?

Mira otrosí la paciencia deste Señor, el cual ha tanto tiempo que te aguarda, cuanto ha que le ofendes: y que si después de tantas riquezas de longanimidad y paciencia con que te ha esperado, todavía perseveras en usar mal de su misericordia para provocar su ira, desarmará su arco, y sacudirá su aljaba, y lloverá sobre ti saetas de muerte.

Mira la profundidad de sus juicios tan altos, de los cuales leemos y vemos cada día tan grandes maravillas. Vemos un Salomón, después de aquella sabiduría tan grande y de aquellas tres mil parábolas y misterios profundísimos de los Cantares, desamparado de Dios y derribado ante las estatuas de los ídolos. Vemos uno de aquellos siete primeros diáconos de la Iglesia, que

estaban llenos del Espíritu Sancto, hecho no sólo hereje, sino heresiarca y padre de herejías. Vemos cada día muchas estrellas caer del cielo en la tierra con miserables caídas, y venir á revolcarse en el cieno, y comer manjar de puercos, los que asentados á la mesa de Dios se mantenían del pan de los ángeles. Pues si los justos por alguna secreta soberbia, ó negligencia, ó desagradecimiento que tuvieron, son así desamparados de Dios á cabo de tantos años de servicio, ¿qué esperas tú, que ninguna otra cosa has hecho en toda la vida sino multiplicar ofensas contra Dios?

Pues veamos, quien desta manera ha vivido, ¿no sería razón que cesase ya de añadir pecados á pecados, y deudas á deudas, y que comenzase ya aplacar á Dios y descargar su ánima? ¿No sería razón que bastase lo que hasta aquí se ha dado al mundo, y á la carne, y al demonio, y que se diese algo de lo que queda al que todo lo dió? ¿No sería razón temer á cabo de tanto tiempo y de tantas injurias la justicia divina, que cuanto sufre los malos con mayor paciencia, tanto los castiga después con mayor justicia? ¿No sería justo temer estar tanto tiempo en pecado y en desgracia de Dios, y tener contra sí un tan poderoso contrario como él, y de padre piadoso, hacello juez y enemigo? ¿No sería razón temer la fuerza de la mala costumbre, no venga á convertirse en naturaleza, y hacer del vicio necesidad, ó poco menos? ¿Cómo no temes de venir poco á poco á dar contigo en aquel despeñadero del sentido reprobado, al cual después que viene el hombre, ya no hace caso de nada?

Dijo el patriarca Jacob á su suegro Labán: Catorce años ha que te sirvo y que miro por tu hacienda: tiempo es ya que yo también mire por la mía, y comience á entender en las cosas de mi casa. Pues si tú tantos años ha que te has empleado en servicio deste mundo y desta vida, ¿no será razón comenzar ya á ganar algo para tu ánima y para la vida advenidera? No hay cosa más breve ni más frágil que la vida del hombre: pues ¿porqué proveyendo con tanto cuidado lo necesario para esta vida tan breve, no provees algo para aquella que durará para siempre?

CONCLUSIÓN DE TODO LO SUSODICHO

CAPÍTULO X.

PUES si todo esto es así, ruégote agora, hermano, por la sangre de Cristo que te acuerdes de ti mismo, y mires que eres cristiano, y que tienes por suma verdad todo lo que predica la fe. Pues esa fe te dice que tienes sobre ti un juez, ante cuyos ojos están presentes todos los pasos y momentos de tu vida, en que es cierto que ha de venir día en que te pida cuenta hasta de una palabra ociosa. Esa fe te dice que no se acaba del todo el hombre cuando muere, sino que después de esta vida temporal queda otra vida perdurable: y que no mueren las ánimas con los cuerpos, sino que quedándose el cuerpo en la sepultura, el ánima entrará en otra nueva región y en otro nuevo mundo, donde tal tendrá la suerte y la compañía, cuales tuvo aquí las costumbres y la vida. Esa fe te dice que así el galardón de la virtud, como el castigo del vicio, es una cosa tan grande, que aunque todo el mundo estuviese lleno de libros, y todas las criaturas fuesen escritores, antes se cansarían los escriptores, y se agotaría el mundo, que se acabase de declarar lo que cada cosa destas comprehende. Esa misma fe te dice que son tan grandes las deudas y beneficios que debemos á Dios, que aunque el hombre tuviese más vidas que arenas hay en la mar, era poco emplearlas todas en su servicio. Esa misma fe te dice que la virtud es un bien tan grande, que todos los tesoros del mundo, y todo cuanto el corazón humano puede desear, no se puede comparar con ella.

Pues si tantas y tan grandes cosas nos convidan á la virtud, ¿cómo son tan pocos los amadores y seguidores della? Si los hombres se mueven por interese, ¿qué mayor interese que vida perdurable? Si por temor de castigo, ¿qué mayor castigo que pena para siempre? Si por obligaciones de deudas y beneficios, ¿qué mayores deudas que las que se deben á Dios, así por ser él quien es, como por lo que dél tenemos recibido? Si nos mueve el te-

mor de los peligros, ¿qué mayor peligro que el de la muerte, cuya hora es tan incierta, y cuya cuenta tan estrecha? Si la paz, y la libertad, y el sosiego del espíritu, y la suavidad de la vida, son cosas que todo el mundo desea, claro está que se hallará mejor todo esto en la vida que se rige por virtud y por razón, que en la que se rige por antojo y por pasión: pues el hombre es criatura racional y no bestial. Y si todo esto es poco para tener en algo este negocio, ¿no bastará ver que por él bajó Dios del cielo á la tierra, y se hizo hombre, y (habiendo criado en seis días el mundo) gastó treinta y tres años en esta obra, y sobre ella perdió la vida? Dios muere porque el pecado muera, y con todo esto ¿queremos dar vida en nuestros corazones á quien Dios la quiso quitar con su muerte?

¿Qué más diré? Sobran ya razones, sobran, si por razón se hobiese de llevar este negocio. Porque no digo yo mirando á Dios en una cruz, mas á doquiera que volviéremos los ojos, hallaremos que todas las cosas nos dan voces y nos llaman á este bien: pues no hay criatura en el mundo (si bien se mira) que no nos llame al amor y servicio del común Señor. De manera que cuantas son las criaturas del mundo, tantos son los predicadores, tantos los libros, tantas las razones y finalmente tantas las voces que nos llaman á Él.

Pues ¿cómo es posible que tantas voces como estas, y tantas promesas y amenazas, no sean parte para llevarnos á Él? ¿Qué más había Dios de hacer de lo que hizo, ni prometer de lo que prometió, ni amenazar de lo que amenazó, para traernos á sí, y apartarnos de pecado? Y con todo esto, ¡que sea tan grande, no digo yo el atrevimiento, sino el encantamiento de los hombres! Y hombres que tienen esto por fe, ¡que no recelen estar todos los días de su vida en pecado, y acostarse con pecado, y levantarse con pecado, y derramarse por todo género de pecados, y esto tan sin temor, y tan sin escrúpulo, y tan sin perder por eso el sueño ni la comida, como si todo lo que creen fuese sueño, y todo lo que dicen los Evangelios mentira!

Di, traidor, di, tizón aparejado para arder en aquellas eternas y vengadoras llamas, ¿qué más harías de lo que haces, si tuvieses por mentira todo lo que crees? Porque veo que aunque por temor de la justicia del mundo refrenas algo de tus apetitos, mas por temor de Dios no veo que dejas de hacer lo que quieres, ni

tomar venganza de quien quieres, ni cumplir todo lo que deseas, si puedes. Dime, ciego y desatinado, entre tanta seguridad y confianza ¿qué hace el gusano de la consciencia? ¿Dónde está la fe? ¿Dónde el seso, y el juicio, y la razón, que sola te quedaba de hombre? ¿Cómo no temes tan grandes, tan ciertos y tan verdaderos peligros? Si te pusiesen un manjar delante, y algún hombre (aunque fuese mentiroso) te dijese que tenía ponzoña, osarías por ventura tocar en él, por sabroso que fuese el manjar, y mentiroso el denunciador? Pues si los Profetas, si los Apóstoles, si los Evangelistas, si el mismo Dios te da voces y te dice: La muerte está en esa olla, hombre miserable, la muerte está en esa golosina que el diablo te pone delante, ¿cómo osas tomar la muerte con tus manos, y beber tu perdición? ¿Qué hace esa fe en tu corazón? ¿Dónde está su luz? ¿Dónde sus aceros y sus filos, pues ninguna cosa corta de tus vicios? ¡Oh miserable frenético embaucado por el enemigo, sentenciado á perpetuas tinieblas interiores y exteriores, para que de las unas vayas á las otras: ciego para ver tu miseria, insensible para entender tu daño, y duro más que diamante para no sentir el martillo de las palabras divinas! ¡Oh mil veces miserable, digno de ser llorado no con otras lágrimas que con aquellas que lloraron tu perdición diciendo: Si conocieses en este día la paz, y el descanso, y las riquezas que Dios te ofrece, las cuales están agora escondidas de tus ojos! ¡Oh, miserable el día de tu nascimiento, y mucho más el de tu muerte, porque será principio de tu condenación! ¡Cuánto mejor te fuera nunca haber nacido, si has de ser para siempre condenado! ¡Cuánto mejor te fuera no haber sido bautizado, ni recibido la fe, pues de ninguna otra cosa allí te servirá, sino de que sea más inexcusable tu culpa! Porque si la lumbre sola de la razón bastó para hacer inexcusables á los filósofos, porque conosciendo á Dios en alguna manera, no le glorificaron ni sirvieron (como dice el Apóstol) ¿cuánto menos excusa tendrá quien recibió lumbre de fe, y agua del bautismo, y cada año abre su boca para recibir al mismo Dios, y cada día oye su doctrina, si ninguna cosa hace más que aquéllos?

Pues ¿qué podemos luego inferir de todo lo susodicho, sino concluir en breve que no hay otro seso, ni otra sabiduría, ni otro consejo en el mundo, sino que dejados á parte todos los embarazos y marañas desta vida, sigamos aquel único y verdadero

camino por do se alcanza la verdadera paz y la vida perdurable? Á ésto nos llama la razón, y la justicia, y la ley, y el cielo, y la tierra, y el infierno, y la vida, y la muerte, y la justicia, y la misericordia de Dios. Á esto señaladamente nos convida el Espíritu Sancto por boca del Eclesiástico diciendo así: Hijo, dende los primeros años de tu mocedad oye la doctrina, y en tus postrimerías gozarás del dulce fructo de la sabiduría. Así como el que ara y siembra, te llega á ella, y espera con paciencia los fructos que te dará. Poco será lo que trabajarás, y presto gozarás de grandes bienes. Oye, hijo mío, mis palabras, y no tengas en poco este consejo que te daré. Pon de buena gana tus pies en los grillos della, y tu cuello en sus cadenas. Abaja los hombros, y llévala sobre ti, y no te entristezcas con las ataduras della. Allégate á ella con todo corazón, y con todas tus fuerzas sigue sus caminos. Búscala con toda diligencia, y descubrírsete ha: y después que la hobieres hallado, no la desampares, porque por ella vendrás á hallar descanso en tus postrimerías, y lo que antes te parecía trabajoso, después se te hará deleitable. Y serte han sus grillos defensión de fortaleza y fundamentos de virtud, y sus cadenas vestidura de gloria, porque en ella hay hermosura de vida, y sus vínculos son atadura de salud. Hasta aquí son palabras del Eclesiástico: por las cuales en alguna manera entenderás qué tan grande sea la hermosura, los deleites, la libertad y riquezas de la verdadera sabiduría, que es la misma virtud y conoscimiento de Dios, de que hablamos aquí.

Y si aun todo esto no basta para vencer tu corazón, alza los ojos á lo alto, y no mires á las aguas del mundo que desvanecen: sino mira á aquel Señor que está en la cruz muriendo y satisfaciendo por tus pecados. Allí está en aquella figura que ves, clavados los pies para esperarte, y abiertos los brazos para recibirte, y inclinada la cabeza para darte (cuando vinieres) como al hijo pródigo besos de paz. Dende ahí te está llamando (si lo sabes oir) con tantas voces y clamores, cuantas llagas tiene en todo su cuerpo. Dende ahí pues imagina que habla á tu corazón, y le dice así: Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete á mí, que yo te recibiré. Bien sé que has fornicado con todos cuantos amadores has querido: mas con todo eso vuélvete á mí, que yo te perdonaré. Vuélvete á mí, que yo soy tu padre, tu Dios, tu hacedor, tu salvador, y tu verdadero amigo, y tu único bienhechor, y tu bien-

aventuranza cumplida, y tu último fin. En mí hallarás descanso, y alegría, y paz, y salud, y verdad, y sabiduría, y todos los bienes. En mí hallarás la vena de las aguas vivas, que matan la sed y levantan hasta la vida eterna. En mí estarás como árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que da su fructo en su tiempo, y nunca perderá su frescura: y todo lo que hicieres será prosperado.

Éstas son, hermano mío, las voces con que la Sabiduría eterna llama á los pecadores. Si tú quieres más creer á estas voces que á las de la antigua serpiente, y volverte á Dios, y mudar la vida (que es lo que en esta escriptura se pretende) cómo esto se haya de facer, el libro seguiente te lo dirá.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

COMIENZA EL LIBRO SEGUNDO

EN EL CUAL SE CONTIENEN

REGLAS DE BIEN VIVIR

CAPÍTULO I.

EL cristiano que tocado ya de la mano de Dios, y movido por la consideración de estas persuasiones susodichas, ó por cualesquier otras que el Espíritu Sancto lo haya querido mover, se ha determinado de mudar la vida, dos cosas le enseña el profeta David que debe hacer, que son, guardarse de mal y hacer bien: porque en estas dos cosas consiste la suma de toda justicia. Pues siguiendo esta orden y división del Profeta, partiremos esta Regla en dos partes: en la primera de las cuales trataremos de los males que debemos huir, y de sus remedios, y en la segunda, de los bienes que debemos hacer, que es de las virtudes de que debemos usar así para con Dios, como para con los prójimos, como también para con nosotros mismos. Mas antes que esto comencemos, será necesario poner dos preámbulos para todo este negocio.

DE DOS COSAS

QUE HA DE PRESUPONER EL QUE SE DETERMINA SERVIR Á DIOS.

CAPITULO II.

Pues el que de nuevo se determina de ofrecer al servicio de nuestro Señor, la primera cosa que le conviene hacer, es, que sienta bien desta nueva profesión que toma, y la estime en lo que ella merece ser estimada: entendiendo (lo que es suma verdad) que ésta es la mayor empresa, la mejor jornada, la mayor cordura, el mayor tesoro, la mayor sabiduría, y el mayor bien y mayor negocio de cuantos hay en el mundo: antes, que ni hay otro bien que sea verdadero bien, ni otro negocio que sea negocio, sino éste, que es fin de todos los bienes y de todos los negocios, pues (como dice el Salvador) una sola cosa es necesaria, que es amar y servir á solo Dios. Y lo mismo entendió Salomón en aquellas últimas palabras con que dió fin á su Eclesiastés diciendo: Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo hombre: quiere decir, éste es todo el ser y todo el bien del hombre, y para esto fué criado el hombre. Y todo lo que sale de aquí, es lo que dijo al principio deste libro, vanidad de vanidades y todo vanidad.

Para tener este concepto de la virtud y desta nueva profesión, te sirve todo el libro pasado, conviene saber, la consideración de la muerte, del juicio, del paraíso, del infierno, de los beneficios divinos, de tus proprios pecados, y de todos los otros bienes que de presente acompañan á la virtud, y de futuro se le prometen: porque todas estas cosas declaran la importancia de este negocio y la obligación grande que tenemos á él. Y aunque nada desto hubiera, bastaba haber bajado Dios del cielo á la tierra sobre este caso, y padescido muerte por matar y desterrar del mundo al pecado, que es la mayor hazaña de cuantas Dios ha hecho, ni hará jamás.

El segundo presupuesto sea, que entendida la dignidad y importancia deste negocio, y conosciendo que ninguna cosa hay en

el mundo grande, que no tenga un pedazo de dificultad aneja, te aparejes con esforzado corazón á todas las dificultades, contradiciones, persecuciones, murmuraciones y encuentros que sobre este caso se te ofrecieren, considerando que la joya por que militas, es de tan gran valor, y la margarita de tan grande precio, que de todo esto y mucho más es merecedora: aprovechándote para esto del ejemplo de Cristo y de todos los sanctos mártires, que por muy más caro precio la compraron.

Y para que no te haga desmayar este presupuesto, acuérdate que donde hay trabajos de mundo, hay favores del cielo, y donde hay contradiciones de naturaleza, hay socorros de gracia, que es más poderosa que la naturaleza. Porque (como en el libro precedente dijimos) lo uno y lo otro se halla en este camino. En él hay yugo, pero muy suave: en él hay carga, pero muy liviana: porque lo que la naturaleza hace pesado, el favor de la gracia hace ligero, como lo significó el Profeta cuando dijo que el yugo se pudriría por virtud del olio, dando á entender que la carga de la ley divina se quitaría ó aliviaría con la abundancia del olio de la divina gracia. De manera que hay trabajos y no hay trabajos, hay yugo y no hay yugo, porque el yugo se deshace con la virtud del olio. Así que, hermano mío, si lo uno te desmaya, lo otro te debe animar, y sobre todo (como dije) el valor de la joya, que aunque se diesen mil cuentos de vidas por ella, todavía se daba de gracia, pues ninguna cosa criada alcanza á merecer la gloria. Presupuestos estos dos preámbulos, comencemos ya la primera parte desta doctrina, que trata de los pecados y de sus remedios.

PRIMERA PARTE DESTA REGLA

QUE TRATA

DE LOS VICIOS Y DE SUS REMEDIOS

DEL PECADO MORTAL EN COMÚN

CAPÍTULO III.

PRESUPUESTOS ya estos dos preámbulos, el primer fundamento desta obra y la primera piedra deste edificio es asentar en tu corazón un muy firme y determinado propósito de morir mil muertes (si fuese necesario) antes que hacer un pecado mortal contra Dios. De manera que así como una mujer noble y virtuosa está aparejada para morir antes que hacer traición á su marido, así el cristiano debe ser tan fiel á Dios, y debe estar tan casado con él, que esté aparejado á padescer cualquier detrimento de vida, de honra y de hacienda (por grande que sea) antes que cometer esta manera de traición contra él. Para lo cual (entre otras muchas cosas) te aprovechará entender las pérdidas en que un hombre cae por un pecado mortal, las cuales son tántas y tan grandes, que quienquiera que atentamente las considerare, no podrá dejar de quedar atónito y espantado de ver la facilidad que muchos tienen en cometer este género de pecados.

Porque por este pecado se pierde primeramente la gracia del Espíritu Sancto (que es la mayor dádiva de cuantas Dios puede dar á una pura criatura en esta vida) porque no es otra cosa gracia sino una forma sobrenatural que hace al hombre (si decir se puede) pariente de Dios, que es consorte y participante de la naturaleza divina. Piérdese también la amistad y privanza con Dios, que anda siempre en compañía de la misma gracia: y si es mucho perder la de un príncipe de la tierra, bien se ve cuánto más

será perder la del Rey de cielos y tierra. Piérdense también las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto, con los cuales el hombre estaba hermoso y ataviado en los ojos de Dios, y armado y fortalecido contra todo el poder y fuerzas del enemigo. Piérdese el derecho del reino de los cielos (que también procede desa misma gracia) porque por la gracia se da la gloria, como dice el Apóstol. Piérdese el espíritu de adopción, que nos hace hijos de Dios y así nos da espíritu y corazón de hijos para con él: y junto con este espíritu se pierde el tratamiento de hijo y la providencia paternal que Dios tiene de aquéllos que así recibe por hijos, que es uno de los grandes bienes que en este mundo se pueden poseer, en el cual con grandísima razón se gloriaba el Profeta cuando decía: Alegrarme he, Señor, en verme puesto debajo la sombra de tus alas, que es debajo de la tutela y providencia paternal que tienes de los que recibes por tuyos. Piérdese también por aquí la paz y serenidad de la buena consciencia: piérdense los regalos y consolaciones del Espíritu Sancto: piérdese el fructo y mérito de todos cuantos bienes se han hecho en toda la vida hasta aquella hora. Piérdese la participación de los bienes de toda la iglesia, de los cuales no goza el hombre de la manera que antes gozaba, y sobre todo esto piérdese la participación de los méritos de Cristo nuestra cabeza, por no estar el hombre con él uñido (como miembro vivo) por caridad y por gracia. Todo esto se pierde por un pecado mortal: y lo que se gana es quedar condenado á las penas del infierno para siempre, quedar por entonces borrado del libro de la vida, quedar hecho en lugar de hijo de Dios, esclavo del demonio, y en lugar de templo y morada de la Sanctísima Trinidad, hecho cueva de ladrones y nido de serpientes y basiliscos. Finalmente queda el hombre como quedó el rey Sedequías en poder de Nabucodonosor, ó como Sansón después de perdidos los cabellos (en que estaba toda su fortaleza) flaco como todos los otros hombres, y en poder de sus enemigos, los cuales le arrancaron los ojos y le ataron á una atahona como á bestia, y así le hacían moler y entender en oficio de bestia. Pues en este mesmo estado queda el hombre miserable después que por el pecado pierde los cabellos (que es la fortaleza y ornamento de la divina gracia) flaco para todas las obras buenas, y ciego para el conoscimiento de las cosas divinas, y cativo en poder de los demonios, los cuales lo

ocupan siempre en oficios de bestia, que es en cumplir y poner por obra todos sus apetitos bestiales.

¿Parécete, pues, que es estado éste para desear? ¿Parécete que son pérdidas éstas para temer? ¿Parécete que es posible que tengan seso de hombres los que teniendo esto por fe, osan cometer con tanta facilidad tantos pecados? Verdaderamente ésta es una de las cosas de mayor asombro y espanto que hay en el mundo. Porque cosa es pecado mortal, que ni de un rayo que cayese par de nosotros, ni del mismo infierno que viésemos abierto ante los ojos, habíamos de tener tan grande espanto como de sólo oir este nombre de pecado mortal.

Pues de todas estas consideraciones te debes aprovechar cada vez que fueres solicitado del enemigo á pecar, pesando en una balanza por una parte todas estas pérdidas, y por otra el interese y golosina del pecado, y mirando si es razón que por una tan sucia y tan torpe ganancia pierdas todos estos tan grandes y tan inestimables tesoros. Porque el que esto hiciere, ninguna cosa le falta para ser hijo heredero de aquel profano Esaú: de quien dice la Escritura que vendió un tan rico mayorazgo que le pertenecía, por una tan baja golosina: y esto hecho, fuése, haciendo poco caso de haber vendido una heredad de tanto precio.

DE LOS PECADOS EN PARTICULAR

CAPÍTULO IV.

Y AUNQUE de todos los pecados mortales generalmente se debe el hombre apartar, pero señaladamente lo debe hacer de estos seis, que son los más ordinarios y en que más veces puede caer.

Entre los cuales el primero y el más grave de todos es la blasfemia, que es un pecado muy vecino á los tres mayores pecados del mundo, que son infidelidad, desesperación y odio de Dios (que es absolutamente el mayor de todos) al cual es muy semejante la blasfemia: porque el blasfemo, si pudiese en aquella hora tomar á Dios entre los dientes, parece que lo despedazaría con aquel espíritu de furor que el demonio le inspira. Por donde dijo S. Augustín que no menos pecaban los que blasfemaban de Cristo, que agora reina en el cielo, que los que le crucificaron cuando estaba acá en la tierra. Éste es un pecado que castiga Dios tan gravemente, que porque el rey Senaquerib blasfemó contra él, le mató en una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres que tenía puestos en campo, y de ahí á pocos días se levantaron contra él sus proprios hijos y le mataron: porque justa cosa era que los mismos hijos rebelasen contra el padre que había sido rebelde y blasfemo contra Dios.

Las mujeres no caen en este pecado comúnmente, pero caen en otro muy semejante á él, que es volverse contra Dios en los trabajos que les envía, y quejarse dél y de su providencia, y poner mácula en su justicia, y decir que no le agradescen la vida que les da, y maldecir al día de su nascimiento y el siglo de sus padres, y pedirse la muerte con la ira y rabia que tienen, y quejarse porque tanto tarda, y á veces ofrecerse al demonio y echar maldiciones sobre sí. Todo esto es linaje de blasfemia, y tódo lenguaje que propriamente se usa en el infierno entre los condenados, los cuales día y noche ninguna otra cosa hacen sino ésta: y déstos parece que han de ser compañeros los que agora usan este mismo oficio y hablan en esta misma lengua. Y por esto si tú temes ser deste número, trabaja por humillarte y abajar la cabeza en todos los trabajos que Dios te envía, tomándolos de su mano

como una purga ordenada por un sapientísimo médico para tu remedio, presuponiendo que Dios es la misma bondad y la misma rectitud y justicia, y que tan imposible es hacer cosa mal hecha, como dejar de ser el que es.

Y si dices que los trabajos son grandes, piensa cuerdamente que no los haces menores con la impaciencia, sino antes con ella los acrescientas y doblas. Y si quieres hacer que te parezcan pequeños, compáralos (como aconseja S. Bernardo) con cuatro cosas, conviene saber, con los beneficios que has recebido de Dios, y con los pecados que has hecho contra él, y con las penas del infierno que por ellos merces, y con la gloria del paraíso que por ellos esperas: y con cualquier cosa destas que los compares, te parecerán pequeños, cuanto más si los comparas con todas ellas juntas.

El segundo pecado, que tampoco está muy lejos de este, es jurar el nombre de Dios en vano: porque este pecado es derechamente contra Dios, y así de su condición es más grave que cualquier otro pecado que se haga contra el prójimo, por muy grave que sea. Y no sólo tiene esto verdad cuando se jura por el mismo nombre de Dios, sino también cuando se jura por la cruz, y por los sanctos, y por la vida propria: porque cualquiera destos juramentos (si cae sobre mentira) es pecado mortal, y pecado muy reprehendido en las Escripturas sagradas como injurioso á la divina Majestad.

Verdad es que cuando el hombre descuidadamente sin mirar en ello jura mentira, excusarse ha de pecado mortal: porque donde no hay juicio de razón ni determinación de voluntad, no hay esta manera de pecado.

Mas esto no se entiende en los que tienen costumbre de jurar á cada paso sin hacer caso ni mirar cómo juran, y no les pesa de tenerla, ni procuran hacer lo que es de su parte por quitarla: porque éstos no se excusan de pecado cuando por razón desta mala costumbre juran mentira sin mirar en ello, pudiendo y debiendo mirarlo, ni pueden alegar diciendo que no miraron en ello ni era su voluntad jurar mentira: porque supuesto que ellos quieren tener esta mala costumbre, también quieren lo que se sigue de ella, que es este y otros semejantes inconvenientes: y por esto no dejan de imputárseles por pecados y llamarse voluntarios.

Por esto debe trabajar el cristiano todo lo posible de des-

arraigar de sí esta mala costumbre, para que así no se le imputen estos descuidos por culpa mortal. Y para esto no hay otro mejor medio que tomar aquel tan saludable consejo que nos dió primero el Salvador, y después su apóstol Santiago diciendo: Ante todas las cosas, hermanos míos, no queráis jurar ni por el cielo ni por la tierra, ni otro cualquier juramento: sino sea vuestra manera de hablar, sí por sí, y no por no, porque no vengáis á caer en juicio de condenación. Quiere decir, porque no os lleve la costumbre á jurar alguna mentira, por donde seáis juzgados y sentenciados á muerte perpetua.

Y no sólo de su propria persona, sino también de sus hijos, y familia, y casa, trabaje por desterrar este tan peligroso vicio, reprehendiendo y avisando á todos sus familiares, cuando los viere jurar cualquier juramento que sea. Y cuando él mismo en esto se descuidare, tenga por estilo de dar alguna limosna, ó rezar siquiera un Pater noster y Ave María, para que esto le sea no tanto penitencia de la culpa, cuanto memorial y despertador para no caer más en ella.

El tercero pecado que debe huir después deste, es todo género de torpeza y carnalidad: en el cual pecado puede el hombre caer, ó por obra, ó por palabra, ó por pensamiento y deseo determinado de hacer algún mal recaudo, ó también por delectación morosa, que es otra manera de pecado mortal más subtil y menos conoscido. Y delectación morosa llamamos, cuando un hombre voluntariamente se quiere estar pensando y deleitando en un pensamiento torpe (aunque no le quisiese poner por obra) porque también esto es pecado mortal como lo demás. Esto se entiende, cuando el hombre ve lo que piensa, y quiere estarse en ello, ó no lo quiere apartar de sí: porque si esto fuese como á traición, y el hombre no echase de ver lo que hace, y cuando volviese en sí y se hallase con el hurto en las manos, trabajase por sacudirle de sí, ya esto no sería pecado mortal, por la falta que hubo de deliberación.

El cuarto pecado mortal es, cualquier odio y enemistad formada, que comúnmente viene acompañada con deseo de venganza. Digo esto, porque cuando es algún rancorcillo y desgusto entre personas, que no llega á deseos de venganza, ni á desear mal, ó pedirlo á Dios, ó procurarlo, no es pecado mortal: mas de la otra manera sí, y muy grave, como luego se verá.

El quinto pecado mortal es, retener lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Porque todo el tiempo que desta manera lo retiene, está en estado de condenación, como si estuviese enemistado, ó amancebado: porque no sólo es pecado mortal el tomar lo ajeno, sino también el retenerlo contra voluntad de cuyo es. Y no basta que tenga el hombre propósito de restituir adelante (como algunos hacen) si luego lo puede hacer, porque no sólo tiene obligación á restituir, sino también á luego restituir, si luego puede. Porque si no pudiese luego, ó del todo no pudiese, por haber venido á suma pobreza, en tal caso no sería obligado ni á uno ni á otro, porque Dios no obliga á nadie á lo imposible.

El sexto pecado mortal es, quebrantar cualquier de los mandamientos de la Iglesia que obligan debajo de precepto, como son oir misa entera con atención Domingos y fiestas, confesar una vez en el año, comulgar por Pascua, y ayunar los días que ella manda &c. Este ayuno obliga de XXI años arriba, á los que no son enfermos, ó muy flacos, ó viejos, ó trabajadores, ó mujeres que crían, ó están preñadas, y á los que no tienen para comer bastantemente una vez al día. Y así puede haber otros impidimentos semejantes.

En lo que toca al oir de las misas los días de obligación, hase de advertir que no cumple con este mandamiento el que está en la misa con solo el cuerpo, y mucho menos el que allí está parlando: sino es necesario que procure estar allí atento á la misa y á los misterios de ella, ó de alguno otro sancto pensamiento, ó á lo menos rezando alguna cosa devota.

Item, los que tienen esclavos, criados, hijos y familia, deben procurar con todo estudio y diligencia que éstos oyan misa los días de obligación, y si no pudierén acudir á la mayor (por haber de quedar en casa á aderezar la comida, ó á otras cosas necesarias) á lo menos procuren que ese día por la mañana oyan una misa rezada, para que así cumplan con esta obligación. En lo cual hay muchos señores de familia muy culpados y negligentes en esta parte, los cuales darán á Dios cuenta estrecha desta negligencia. Verdad es que cuando se ofreciese urgente y racionable causa por donde no se pudiese oir la misa (como es estar curando de un enfermo ó cosas semejantes) entonces no sería pecado dejar la misa, porque la necesidad caresce de ley.

DE OTRAS SEIS MANERAS
DE PECADOS QUE MUCHAS VECES PUEDEN SER MORTALES

CAPÍTULO V.

ESTAS seis maneras de pecados susodichos siempre son mortales. Hay otras seis que aunque no siempre sean mortales, muchas veces lo pueden ser, y comúnmente son pecados veniales graves y muy vecinos á mortales, por lo cual se deben también evitar con todo estudio y diligencia.

Entre los cuales el primero es la envidia, que aunque no todas veces sea pecado mortal (como cuando es de cosas pequeñas, ó cuando es más un movimiento en la parte sensitiva de nuestra ánima, que en la voluntad determinada por juicio de razón) mas muchas veces lo puede ser, cuando es en cosas graves y con juicio y determinación de la voluntad. Y ella misma de su linaje es pecado mortal: porque milita contra la caridad, en la cual consiste la vida del ánima. Y por tanto debe el hombre huir deste pecado como de la misma muerte.

El segundo pecado es ira, que aunque no siempre, ni las más veces, sea pecado mortal, algunas veces lo puede ser: como cuando llega á decir palabras, no sólo desentonadas y coléricas, sino también afrentosas y injuriosas al prójimo. Y cuando no es pecado mortal, á lo menos es pecado grave, y que desasosiega mucho el ánima, y turba la paz de la consciencia. Los señores que tienen esclavos y criados, bien pueden (cuando es razón) castigarlos por obra y por palabra: mas deben refrenar cuanto pudieren la ira del corazón, y guardarse de llamarles perros, ó moros, ó de encomendarlos al demonio, ó de echarles maldiciones, especialmente cuando son hijos.

El tercero pecado es murmuración, la cual algunas veces viene á parar en detracción: porque comenzando á decir de una

persona las culpas públicas y livianas, de ahí venimos poco á poco á parar en las secretas y graves, con que una persona queda infamada y publicada por mala: lo cual sin dubda es de grandísimo peligro y perjuicio, pues es contra la fama y la honra, la cual todos tienen en mas que la hacienda, y algunos aun en más que la misma vida.

El cuarto pecado es escarnecer y mofar del prójimo: el cual vicio tiene toda la fealdad que el pasado, y añade más sobre él soberbia, presumpción, menosprecio y desdén, que es una cosa muy aborrecible á Dios y al mundo. Por lo cual mandaba el mismo Dios en la ley diciendo: No serás maldiciente ni escarnecedor en los pueblos.

El quinto pecado es juzgar temerariamente los hechos y dichos de los prójimos, echando á mala parte lo que se podía echar á buena, contra aquello que el Salvador nos manda en el Evangelio diciendo: No juzguéis, y no seréis juzgados: no condenéis, y no seréis condenados. Esto también muchas veces puede ser pecado mortal, cuando lo que se juzga es cosa grave, y se juzga livianamente y con poco fundamento. Mas cuando la cosa fuese liviana, y el juicio fuese más sospecha que juicio, entonces no sería pecado mortal. En este pecado hay un grande y no conoscido peligro, algunas veces en hombres, y muchas más en mujeres, las cuales, cuando les falta algo de sus casas, ó tienen celos de sus maridos, con el dolor y escocimiento de lo uno ó de lo otro dan lugar á su corazón de sospechar, y á veces también de juzgar sobre hulano y hulana, por muy livianos indicios que tengan: y (lo que peor es) muchas veces sacan por la boca lo que tienen en el corazón: donde vienen á hacer á una ladrona, á otra mala mujer, á otra entrevenidera, ó hechicera: donde caen en dos grandes pecados: el uno juzgar al prójimo, y el otro levantarle falso testimonio: á quien después quedan obligadas á restituir su fama, que por maravilla restituyen.

El sexto pecado es mentira y lisonja, que también pueden ser pecados mortales, cuando lo uno ó lo otro cae en cosa grave y perjudicial al prójimo: lo cual es pecado mortal, y aun con cargo de restitución, cuando de aquí se siguió algún daño notable.

Éstos son los pecados más cuotidianos en que más veces suelen caer los hombres: de los cuales todos debemos siempre huir con suma diligencia, de los unos porque son mortales, y de

los otros porque están muy cerca de serlo, demás de ser de suyo más graves que los otros comunes veniales. Desta manera conservaremos la inocencia y aquellas vestiduras blancas que nos aconseja Salomón, cuando dice: En todo tiempo estén blancas tus vestiduras, y nunca jamás falte olio de tu cabeza, que es la unción de lo divina gracia, la cual nos da lumbre y fortaleza para todas las cosas, y nos enseña y esfuerza para todo bien.

DE LOS PECADOS VENIALES

CAPÍTULO VI.

Y AUNQUE éstos sean los principales pecados de que te debes guardar, no por eso pienses ya que tienes licencia para aflojar la rienda á todos los otros pecados veniales. Antes instantísimamente te ruego no seas del número de aquéllos que en sabiendo que una cosa no es pecado mortal, luego sin más escrúpulo se arrojan á ella con grandísima facilidad. Acuérdate que dice el Sabio que el que menosprecia las cosas menores, presto cairá en las mayores. Acuérdate del proverbio que dice que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Las casas que vienen á caer por tiempo, primero comenzaron por unas pequeñas goteras, y ésas poco á poco fueron pudriendo la madera: y así vinieron á arruinarse y dar consigo en tierra. Acuérdate que aunque sea verdad que no bastan siete ni siete mil pecados veniales para hacer un mortal, pero que todavía es verdad lo que dice S. Augustín por estas palabras: No queráis menospreciar los pecados veniales, porque son pequeños, sino temedlos, porque son muchos. Porque muchas veces acaesce que las bestias pequeñas (cuando son muchas) maten los hombres. ¿Por ventura no son muy menudos los granos del arena? Pues si cargáis un navío de mucha arena, presto se irá con ella á fondo. ¡Cuán menudas son las gotas del agua! ¿Por ventura no hinchen los caudalosos ríos, y derriban las casas soberbias? Esto pues dice S. Augustín: no porque muchos pecados veniales hagan un mortal (como ya dijimos) sino porque disponen para él, y muchas veces vienen á dar en él. Y no sólo esto es verdad, sino también lo que dice S. Gregorio, que muchas veces es mayor peligro caer en las culpas pequeñas, que en las grandes. Porque la culpa grande, cuanto más claro se conoce, tanto más presto se emienda: mas la pequeña, como se tiene en nada, tanto más peligrosamente se repite, cuanto más seguramente se comete.

Finalmente los pecados veniales, por pequeños que sean, hacen mucho daño en el ánima, porque quitan la devoción, turban la paz de la consciencia, apagan el fervor de la caridad, enflaquecen los corazones, amortiguan el vigor del ánimo, aflojan el rigor de la vida espiritual, y finalmente resisten en su manera al Espíritu Sancto, y impiden su operación en nosotros: por donde con todo estudio se deben evitar, pues nos consta cierto que no hay enemigo tan pequeño, que despreciado, no sea muy poderoso para dañar.

Y si quieres saber en qué géneros de cosas se cometen estos pecados, digo que en un poco de ira, ó de gula, ó de vanagloria, en palabras y pensamientos ociosos, en risas y burlas desordenadas, en tiempo perdido, en dormir demasiado, en mentiras y lisonjerías de cosas livianas, y así en otras cosas semejantes.

Tenemos pues aquí señaladas tres diferencias de pecados, unos, que comúnmente son mortales: otros, que comúnmente son veniales: otros, como medios entre estos dos extremos, que á veces son mortales y á veces veniales. De todos conviene que nos guardemos, pero mucho más de éstos que están como en el medio, y mucho más de los mortales, pues por ellos solos se rompe la paz y amistad con Dios, y se pierden todos aquellos bienes que arriba dijimos. Agora será bien que tratemos de los remedios generales que hay contra ellos.

DE LOS REMEDIOS GENERALES CONTRA TODO PECADO

CAPÍTULO VII.

Y PORQUE no basta descubrir las llagas, si no se provee de medicina contra ellas, señalaré aquí en breve doce maneras de remedios generales que hay contra todo género de pecados, especialmente contra los mortales.

Entre los cuales, el primero es considerar atentamente todas aquellas pérdidas que dijimos se perdían por un pecado mortal. Porque apenas puede haber hombre que tenga seso y se ponga á considerar todas aquellas pérdidas sobredichas, ó parte de ellas, que tenga manos ó corazón para cometer un pecado desta cualidad.

El segundo, huir las ocasiones de pecados, como son juegos, malas compañías, conversaciones, comunicaciones sospechosas, y vista y trato de mujeres: porque quien esto no evita, bien puede tenerse por caído y llorarse ya por muerto. Si un hombre estuviese tan flaco y enfermo que de su estado proprio cayese muchas veces en tierra, ¿qué seguridad tendría éste, si le tirasen por el brazo, ó le diesen un empellón? Pues si el hombre por el pecado quedó tan miserable y tan flaco, que muchas veces cae por su propria flaqueza, sin tener ocasión para caer, ¿qué hará ofreciéndosele ocasión para ello, pues es verdadera sentencia que en el arca abierta el justo peca?

El tercero es resistir al principio de la temptación con grandísima presteza, poniendo ante los ojos del ánima á Cristo crucificado, con aquella misma figura lastimera que tuvo en la cruz, todo hecho llagas y ríos de sangre, y acordarse que aquél es Dios, y que se puso allí por el pecado, y temblar de hacer cosa que fué parte para traer á Dios en tal estado. Y considerando esto, llamémosle de lo íntimo de nuestro corazón para que nos ayude y libre dese dragón infernal, y no permita que tan gran trabajo suyo haya sido tomado por nosotros en vano.

El cuarto es el uso de los sacramentos, que no son otra cosa sino remedios inventados por Dios para curar los pecados hechos y preservar de los venideros: y es el mayor beneficio que recibimos en la ley de gracia. Y aunque en todo tiempo tenga sazón el uso de los sacramentos, pero especialmente al tiempo de la temptación es grandísimo remedio acudir á la confesión. Y si alguna vez (lo que Dios no permita) cayeses en pecado, en ninguna manera te debes acostar con él, porque no sabes lo que será de ahí á la mañana: sino trabaja ese mismo día por confesarte y arrepentirte, porque como dice S. Gregorio, si el pecado no se quita luego por la penitencia, luego con su propria carga trae otro en pos de sí.

El quinto es el uso de la frecuente y devota oración: en la cual se pide fortaleza y gracia contra el pecado, y se gustan las consolaciones del Espíritu Sancto, con que fácilmente se desprecian las del mundo, y se alcanza el espíritu de la devoción esencial, que nos hace promptos y hábiles para todo bien.

El sexto es lición de buenos y sanctos libros: con la cual se ocupa bien el tiempo, y se alumbra el entendimiento con el conoscimiento de la verdad, y se enciende la voluntad en devoción, y así se hace el hombre más fuerte contra el pecado y más hábil para toda virtud.

El séptimo es ocupación en obras pías y ejercicios honestos: porque el hombre ocioso es como la tierra holgada, que no lleva otra cosa sino cardos y espinas: por donde con razón dijo el Sabio que muchos males enseñó al hombre la ociosidad.

El octavo es el ayuno y las asperezas corporales, y abstinencia de vino y de manjares calientes: porque entre otros loores que tiene el ayuno, éste es muy principal, que enflaqueciendo el enemigo doméstico, enflaquece también todos los ímpetus y pasiones dél. Y por esta causa, y también por satisfación de nuestros pecados y por imitación y honra de la pasión de Cristo, se da por muy saludable consejo que el cristiano procure cada día (y especialmente todos los viernes del año) hacer alguna manera de penitencia, aunque sea pequeña, ó en el comer, ó en el beber, ó en el dormir, ó en estar de rodillas, ó en sufrir algún pequeñuelo trabajo, ó en perdonar algún enojo, ó en negar su propria voluntad y apetito en cosas que mucho desea, ó en otra cualquier obra semejante: porque esto aprovecha no sólo para

remedio de los pecados, sino también para otros grandes provechos.

El nono es silencio y soledad: porque como dice Salomón, en el mucho hablar no pueden faltar pecados: y como dijo otro sabio, nunca entré en la compañía de otros hombres, que no saliese de allí menos hombre. Y por esto el que quiere quitar parte de sus armas al pecado, huya de conversaciones, de compañías no necesarias y de visitaciones y cumplimientos de mundo: porque por experiencia hallará (si esto no hace) cuál vuelve después á su posada, cuán desconsolado y descontento, y cuán llena la cabeza de imágines y representaciones de cosas, que le dan bien en qué entender al tiempo que quiere recogerse.

El décimo es examinarse cada noche antes que se acueste, y tomarse cuenta de lo que ha hecho aquel día, y de cómo ha gastado el tiempo. Y puede proceder en este examen por los mismos documentos desta regla, considerando si ha caído en alguno destos doce pecados que aquí habemos contado, y desfallescido en los remedios.

Desta manera podrá examinarse, y también acusarse ante Dios, de la soberbia y vanagloria, de la invidia, rancores, ó enemistades, de las sospechas y juicios temerarios, de la vana tristeza y vana alegría por las cosas del mundo, de los deseos desordenados de tener haciendas, ó estados, ó honras temporales, de las tentaciones contra la fe y contra la limpieza y castidad, de las mentiras y palabras ociosas, de los juramentos sin necesidad, de las burlas y palabras dichas en ofensas del prójimo, de la pereza y negligencia en las obras de virtud, de que eres tibio en el amor de Dios, desagradecido á su majestad, olvidado de los beneficios recebidos, seco como una arista en la oración, frío en la caridad con los pobres. Y de todo esto en particular te pese, y pide perdón á nuestro Señor con firme propósito de la emienda. Y después que así hubieres lavado con lágrimas tu lecho (según lo hacía David) dormirás con más sosegado sueño, y sentirás grande alivio de tu conciencia y espiritual consolación en tu alma.

Y para los que son particularmente tentados de algún vicio (como es ira, vanagloria, jactancia, ó otros semejantes) es muy gran remedio (demás deste examen y confisión de la noche) armarse cada día por la mañana con propósitos y oraciones contra este tal vicio, pidiendo instantemente al Señor especial ayuda contra

él: porque esta manera de prevención y reparo cuotidiano hace mucho al caso para ganar victoria del enemigo. Y no menos ayuda para esto tomar cada semana una especial empresa, ó de vencer un vicio, ó de alcanzar una virtud: porque desta manera poco á poco va el hombre ganando tierra, y alcanzando virtudes, y apoderándose de sí mismo.

El undécimo remedio es vivir con cuidado de evitar aun los pecados veniales: pues ellos son los que disponen para los mortales, de lo cual arriba ya tratamos. Porque el que está habituado á huir los menores males, mucho más se guardará de los mayores.

El duodécimo y último remedio es romper con el mundo y con todas sus leyes, vanidades y cumplimientos, y no hacer caso del decir de las gentes: porque éste es el primer capítulo que ha de aceptar el que trata de amistad con Dios, según aquello de Santiago que dice: Quienquiera que quisiere ser amigo de Dios, luego se ha de declarar por enemigo del mundo. Porque de otra manera (como dice el Salvador) imposible es servir á dos señores, especialmente siendo tan contrarios como son, pues Dios es la suma de todos bienes, y el mundo está todo (como dice S. Juan) armado sobre males. Y tenga por cierto quienquiera que no rompiere con el mundo, ni le perdiere la vergüenza en lo que debe perderse, que no podrá dejar de hacer muchos males por temor del mundo, y excusarse de muchos bienes por la misma causa: y esto basta para tenerse por siervo del mundo y no de Dios, pues por no descontentar al mundo, descontenta á Dios.

DE LOS REMEDIOS PARTICULARES CONTRA LOS VICIOS

CAPÍTULO VIII.

Estos son los remedios generales que se suelen dar contra los vicios. Hay otros particulares que militan contra cada uno de los vicios en particular. Y porque las raíces de todos cuantos vicios hay, son aquellos siete (que por esto se llaman capitales) contra éstos puedes aprovecharte destos brevísimos y eficacísimos remedios, con los cuales se defendía un religioso varón, diciendo así:

Contra la soberbia.

Cuando considero á cuán grande extremo de humildad se abajó aquel altísimo Hijo de Dios por mí, nunca tanto me pudo abatir alguna criatura, que no me tuviese por digno de mayor abatimiento.

Contra la avaricia.

Como entendí que con ninguna cosa podía mi ánima tener hartura sino con solo Dios, parescióme que era gran locura buscar otra cosa fuera dél.

Contra la lujuria.

Después que entendí la grandísima dignidad que mi cuerpo recibe, cuando recibe el sacratísimo cuerpo de Cristo, parecióme que era grande sacrilegio profanar el templo que él para sí consagró, con la torpeza de los pecados carnales.

Contra la ira.

Ninguna injuria de hombres bastará para turbarme, si me acordare de las injurias que yo tengo hechas contra Dios.

Contra el odio y invidia.

Después que entendí cómo Dios había recebido un tan gran pecador como yo, no pude querer á nadie mal, ni negarle perdón.

Contra la gula.

Quien considerare aquella amarguísima hiel y vinagre que en medio de sus tormentos se dió por último refrigerio al Hijo de Dios, que por ajenos pecados padecía, habrá vergüenza de buscar manjares regalados y exquisitos, teniendo tanta obligación á padescer algo por sus proprios pecados.

Contra la pereza.

Como entendí que después de tan brevísimo trabajo se alcanzaba gloria perdurable, parescióme que era muy pequeña cualquier fatiga que por esta causa se padesciese.

SEGUNDA PARTE DE ESTA REGLA

EN QUE SE TRATA

DEL EJERCICIO Y USO DE LAS VIRTUDES

CAPÍTULO IX.

PRUDENTÍSIMAMENTE dividió el profeta David la suma de toda la justicia en dos partes, que son, no hacer mal y hacer bien: á la primera de las cuales pertenece huir de los vicios, y á la segunda usar de las virtudes. Y pues habemos dicho ya brevemente de la una, será razón digamos agora con la misma brevedad de la otra.

Á esta segunda parte de justicia pertenece dar á cada uno lo que es suyo, especialmente á Dios, y al prójimo, y á sí mismo. Por que el cumplimiento desta parte consiste en estar el hombre bien ordenado para con estos tres géneros de personas: y esto hecho, no resta más que hacer, para que el hombre se llame enteramente justo. Pues si quieres saber en muy pocas palabras y por unas muy breves comparaciones cómo esto se deba hacer, digo que con estas tres obligaciones cumplirá el hombre perfectísimamente, si tuviere estas tres cosas: conviene saber, para con Dios corazón de hijo, y para con el prójimo corazón de madre, y para consigo espíritu y corazón de juez. Éstas son aquellas tres partes de justicia en que el Profeta constituyó la suma de todo nuestro bien, cuando dijo: Enseñarte he, oh hombre, en qué está todo el bien, y qué es lo que el Señor quiere de ti. Quiere que hagas juicio, y que ames la misericordia, y que andes solícito y cuidadoso con Dios. Entre las cuales partes el hacer juicio declara lo que el hombre debe hacer para consigo: y el amar la misericordia, lo que debe para con el prójimo: y el andar solícito con Dios, lo que debe á su servicio y obediencia. Y pues en estas tres cosas está todo nuestro bien, de ellas trataremos agora por la orden siguiente.

CAPÍTULO X.

PORQUE la caridad bien ordenada comienza de sí mismo, comencemos por donde el Profeta comenzó, que es por el hacer juicio, que pertenece al espíritu y corazón de juez. Pues al oficio del buen juez pertenece tener bien ordenada y reformada su república. Para lo cual necesariamente se requieren dos cosas, que son, prudencia y fortaleza: prudencia para entender todo lo que se debe facer, y fortaleza para ejecutarlo con todo rigor y severidad.

Y porque en esta pequeña república del hombre hay dos partes principales que reformar (que son el cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y el ánima con todos sus afectos y potencias) todas estas cosas conviene que sean reformadas y enderezadas al bien en la manera siguiente.

De la reformación del cuerpo

§. I.

PRIMERAMENTE el cuerpo conviene que sea tratado con rigor y aspereza, no con regalos ni blanduras: porque así como la carne muerta con la sal y con la mirra (que es amarguísima) se conserva, y sin ella luego se daña y se hinche de gusanos, así también este cuerpo con los regalos y blanduras se corrompe y se hinche de vicios, y con el rigor y aspereza se conserva en toda virtud.

Ejemplo tenemos en muchas cibdades famosísimas y en reinos y imperios que con regalos y delicias se perdieron y cayeron de la cumbre de su dignidad: porque ninguna cosa hay que haga á los hombres más mujeriles y efeminados y más inhábiles para toda virtud, que el uso y demasía destas cosas. Pues por esto

conviene que en todas las cosas se trate con aspereza: en el comer, en el beber, en el vestir, en la cama, en la mesa, en la casa, y finalmente en todas las cosas que pertenecen para conservación del cuerpo, en las cuales no se ha de tener respecto á su regalo, sino á la necesidad.

Á esta misma parte pertenece también la composición y disciplina del hombre exterior, guardando aquello que dice S. Augustín, que en el andar, y en el estar, y en el hábito, y en todos los otros movimientos corporales, ninguna cosa se haga que ofenda los ojos de nadie, sino lo que convenga á la sanctidad de nuestra profesión. Y por esto procure el siervo de Dios tratar con los hombres con tanta gravedad, y humildad, y suavidad, y mansedumbre, que todos cuantos con él trataren, queden siempre edificados y aprovechados con su ejemplo. Desta manera podrá conservar su espíritu quieto y reposado: porque de otra manera, por maravilla se puede hallar corazón recogido en cuerpo inquieto y desasosegado.

De la guarda de los sentidos

§. II.

CONCERTADO desta manera el cuerpo, mire luego por el concierto y guarda de los sentidos. Entre los cuales ponga señaladamente recaudo en los ojos, que son como unas puertas donde se desembarcan todas las vanidades que entran en nuestra ánima, y muchas veces suelen ser ventanas de perdición por donde se nos entra la misma muerte. Y pues el sancto Job con toda su inocencia ponía guarda en estas puertas, y el rey David con toda su sanctidad, por no ponerla, vino á tan grande mal, ¿quién de nosotros se podrá tener por seguro, si no pusiere aquí todo recaudo?

En los oídos también conviene poner el mismo cobro que en los ojos: porque por estas puertas entran también muchas cosas en nuestra ánima, que la inquietan, distraen y ensucian. Y primeramente conviene guardar aquello que nos aconseja el Sabio diciendo: Cerca tus orejas con espinas, y no quieras oir las malas lenguas. Donde no se contenta con que tapemos los oídos para no oir semejantes palabras, sino quiere que esto sea con espinas;

para significar que de tal manera y con tal semblante debemos oir las tales palabras, que el que las dice, quede pungido y lastimado como si pusiese las manos en espinas, según que él mismo más claramente lo significó en otro lugar diciendo: El viento cierzo esparce las nubes, y el rostro triste las palabras del que murmura. Porque (como S. Hierónimo dice á este propósito) la saeta no se hinca en la piedra dura, sino antes muchas veces de ahí resurte, y hiere al que tiró. Y no sólo nos debemos guardar de oir palabras perjudiciales, sino también de oir nuevas de cosas que pasan por el mundo, que no nos tocan: porque los que destas cosas no se guardan, después lo vienen á pagar al tiempo de la oración, donde se les ponen delante las imágines de las cosas que oyeron: las cuales de tal manera embarazan y ocupan sus corazones, que no les dejan puramente contemplar las cosas divinas.

Del sentido del oler no hay que decir: porque traer olores, ó ser amigo de ellos (demás de ser una cosa muy lasciva y sensual) es cosa infame, y no de hombres sino de mujeres, y aun no de buenas mujeres.

Del gusto hay más que decir, el cual conviene que sea mortificado con la memoria de la hiel y vinagre que el Señor en la cruz bebió, y con los ejemplos de todos los sanctos que tan extremados fueron en la virtud de la abstinencia: para que por este ejemplo huyamos de todo género de regalos, y sabores, y manjares exquisitos, y vinos preciosos, acordándonos que está escrito: El que es amigo de convites vivirá en pobreza, y el que se huelga con vinos preciosos y manjares delicados, nunca medrará. Acuérdate siempre que el rico glotón del Evangelio, por haber sido tan largo en esta parte, pide tantos mil años ha una gota de agua en el infierno, y no se la dan. ¡Desdichado gusto que durando por un tan breve momento, es castigado con eterno tormento!

De la lengua

§. III.

DE la lengua hay mucho que decir, pues dijo el Sabio: La muerte y la vida está en manos de la lengua. En las cuales palabras dió á entender que todo el bien y mal del hombre con-

sistía en la buena ó mala guarda deste órgano. Y no menos encaresció este negocio el apóstol Santiago cuando dijo que así como los navíos grandes se rigen por un pequeño gobernalle, y los caballos poderosos con un pequeño freno, así quienquiera que trajere muy bien gobernada y enfrenada su lengua, será poderoso para enfrenar y poner en orden todo lo demás de la vida.

Pues para el buen gobierno desta parte conviene que todas las veces que habláremos, tengamos atención á cuatro cosas: conviene saber, á lo que decimos, y á la manera en que lo decimos, al tiempo en que se dice, y al fin con que se dice.

Y primeramente en lo que se dice (que es en la materia de que hablamos) conviene guardar aquello que el Apóstol aconseja diciendo: Toda palabra mala no salga por vuestra boca, sino la que fuere buena y provechosa para edificar los oyentes. Y en otro lugar, especificando más las palabras malas, dice: Palabras torpes y locas, y chucarrerías, ó truhanerías, que no convienen para la gravedad de nuestro instituto, no se nombren entre vosotros. Por donde, así como dicen que los sabios marineros tienen marcados en la carta de marear todos los bajos en que las naos podrían peligrar, para guardarse de ellos, así el siervo de Dios debe también tener señaladas todas estas especies de palabras malas, de que siempre se deben guardar para no peligrar en ellas. Sean, pues, para ti como bajos ó como rocas de la mar todas las palabras torpes, mentirosas, lisonjeras, airadas, maliciosas y vanas, y especialmente las que fueran en alabanza tuya, ó en vituperio del prójimo: para que así estés lejos por una parte de jactancia, y por otra de murmuración, que son dos vicios muy comunes entre los hombres. Y no menos debes ser fiel en el secreto que te encomendaron, y tener por otra roca no menos peligrosa que las pasadas descubrir el secreto que de ti se confió.

En el modo del hablar conviene mirar qne no hablemos, ni con demasiada blandura, ni con demasiada desenvoltura, ni apresuradamente, ni curiosa y polidamente, sino con gravedad, con reposo, con mansedumbre, con llaneza y simplicidad. La buena agua dicen que no ha de tener ningún sabor, y la graciosa y buena manera de hablar no ha de tener resabio de cosa exquisita y afectada.

Á este modo pertenece también no ser el hombre porfiado, y cabezudo, y amigo de salir con la suya: porque muchas veces

por aquí se pierde la paz de la consciencia, y aun la caridad, y la paciencia, y los amigos. De largos y generosos corazones es dejarse vencer en semejantes contiendas, y de prudentes y discretos varones cumplir aquello que nos aconseja el Sabio diciendo: En muchas cosas conviene que te hayas como hombre que no sabe, y oye callando y preguntando á los que saben.

Lo tercero conviene mirar, demás del modo, que digamos también las cosas en su tiempo: porque (como dice el Sabio) de la boca del loco no es bien recibida la palabra sentenciosa, porque no la dice en su tiempo. Y por el contrario, es cosa tan hermosa decir cada cosa en su lugar, que dice el mismo Sabio: Así como parecen bien las manzanas de oro sobre las columnas de plata, así las palabras dichas con sazón y con tiempo.

Lo último, después de todo esto, conviene mirar el fin y la intención que tenemos cuando hablamos: porque unos hablan cosas buenas por parescer buenos, otros por parescer discretos, otros por venderse por agudos y bien hablados: de lo cual lo uno es hipocresía y fingimiento, y lo otro vanidad y locura. Y por esto conviene mirar que no sólo sean las palabras buenas, sino que también el fin sea bueno, pretendiendo siempre con purísima intención la gloria de solo Dios y el provecho de nuestros prójimos.

También conviene después de todo esto mirar quién habla: porque hablar mozos donde están viejos, y simples donde están sabios, y seglares en presencia de sacerdotes y religiosos, y finalmente dondequiera que no se recibirá bien lo que se dice, ó parescerá presumpción decirse, es muy loable y necesaria cosa callar.

Todos estos punctos y acentos ha de mirar el que habla, para que no yerre. Y porque no es de todos mirar todas estas circunstancias, por eso es gran remedio acogerse al puerto del silencio, donde con solo cuidado y atención de callar cumple el hombre con todas estas observancias y obligaciones. Por lo cual dijo el Sabio que aun el loco, si callase, sería tenido por sabio, y si cerrase sus labrios, á muchos parescería discreto.

De la mortificación de las pasiones.

§. IV.

Concertado desta manera el cuerpo con todos sus sentidos, quédanos agora la mayor parte deste negocio, que es el concierto del ánima con todas sus potencias. Donde primeramente se nos ofrece el apetito sensitivo, que comprehende todos los afectos y movimientos naturales, como son: amor, odio, alegría, tristeza, deseo, temor, esperanza, ira, y otros semejantes afectos. Ésta es la más baja parte de nuestra ánima, y por conseguiente la que más nos hace semejantes á bestias, las cuales en todo y por todo se rigen por estos apetitos y afectos. Ésta es la que más nos acevila y abate á la tierra, y más nos aparta de las cosas del cielo. Ésta es la fuente y el venero de todos cuantos males hay en el mundo, y la que es causa de nuestra perdición, porque (como dice S. Bernardo) cese la propria voluntad (que son los deseos deste apetito) y no habrá para quién sea el infierno. Aquí está todo el almacén, toda la fuerza y toda la munición del pecado: porque de aquí toma fuerzas y armas, y aquí toma todos sus filos y aceros para herirnos más agudamente. Ésta es otra nuestra Eva (que es la parte más flaca y más mal inclinada de nuestra ánima) por la cual aquella antigua serpiente acomete á nuestro Adam (que es la parte superior de nuestra ánima, donde está el entendimiento y voluntad) para que quiera poner los ojos en el árbol vedado. Ésta es donde más se descubren y señalan las fuerzas del pecado original, y donde más poderosamente empleó toda la fuerza de su ponzoña. Aquí son las batallas, aquí las caídas, aquí las victorias, aquí las coronas: quiero decir que aquí son las caídas de los flacos, aquí las victorias de los esforzados y aquí las coronas de los vencedores, y aquí finalmente toda la milicia y ejercicio de la virtud. Porque en domar estas fieras y en enfrenar estas bestias bravas consiste una muy gran parte del ejercicio de las virtudes morales. Ésta es la viña que habemos siempre de cavar, ésta la huerta que habemos de escardar, éstas las malas plantas que habemos de arrancar para plantar en su lugar las de las virtudes.

Pues según esto, el principal ejercicio del siervo de Dios es andar siempre por esta huerta con un escardillo en la mano, entresacando las malas hierbas de las buenas: ó por otra comparación, estar siempre como el gobernador de un carro sobre estas pasiones para reprimirlas, y regirlas, y enderezarlas, unas veces aflojando las riendas, otras recogiéndolas, para que no vayan al paso que ellas quisieren, sino al que quiere la ley de la razón. Éste es el ejercicio principal de los hijos de Dios, los cuales no se rigen ya por afectos de carne ni de sangre, sino por espíritu de Dios. En éste se diferencian los hombres carnales de los espirituales, que los unos á manera de bestias brutas se mueven por estos afectos, y los otros por espíritu de Dios y por razón.

Ésta es aquella mortificación y aquella mirra tan alabada en las Escrituras sagradas. Ésta es la muerte y la sepultura á que tantas veces nos convida el Apóstol. Ésta es la cruz y el negamiento de sí mismo que nos predica el Evangelio. Esto el hacer juicio y justicia, que tantas veces nos repiten los Psalmos y Profetas. Y por esto aquí principalmente conviene emplear todos nuestros trabajos, nuestras fuerzas, nuestras oraciones y ejercicios.

Y particularmente conviene que cada uno tenga muy bien entendida su natural condición y sus inclinaciones, y allí tenga siempre mayor recaudo, donde sintiere mayor peligro. Y aunque hayamos de tener siempre guerra con todos nuestros apetitos, pero especialmente la conviene tener con los deseos de honra, de deleites y de bienes temporales: porque éstas son las tres principales fuentes y raíces de todos los males.

Miremos también no seamos apetitosos, esto es, muy amigos de que se haga siempre nuestra voluntad y se cumplan todos nuestros apetitos, que es un vicio muy aparejado para grandes desasosiegos y caídas, y muy familiar á grandes señores y á todas las personas criadas y habituadas en hacer su voluntad. Para lo cual muchas veces aprovechará ejercitarnos en cosas contrarias á nuestros apetitos, y negar nuestra propria voluntad aun en las cosas lícitas, para que así estemos diestros y fáciles para negarla en las cosas ilícitas. Porque no menos se requieren estos ensayes y ejercicios para ser diestros en las armas espirituales, que para serlo en las carnales, sino tanto más, cuanto es mayor victoria vencer á sí y vencer demonios, que vencer todo lo demás. Debe también ejercitarse en oficios humildes y bajos, sin te-

ner cuenta con el decir de las gentes, pues tan poco es lo que el mundo puede dar ni quitar al que tiene á Dios por su tesoro y heredad.

De la reformación de la voluntad

§. V.

Para alcanzar esta mortificación, ayuda en gran manera la la reformación y ornamento de la voluntad superior (que es el apetito racional) la cual habemos de adornar con estas tres virtudes (entre otras muchas) que son, humildad de corazón, pobreza de espíritu y odio sancto de sí mismo. Porque estas tres virtudes hacen más fácil el negocio de la mortificación, demás de ser ellas por sí virtudes muy eminentes. La humildad es (como la difine S. Bernardo) desprecio de sí mismo, que nasce del profundo y verdadero conoscimiento de sí mismo. Á la cual virtud pertenece desterrar del ánima todos los ramos y hijos de la soberbia con todos los apetitos y deseos de honra, y ponerse en el más bajo lugar de las criaturas, creyendo que á cualquiera otra criatura que nuestro Señor diese los aparejos de bien vivir que ha dado á él, los agradescería mejor y se aprovecharía más de ellos que él.

Y no basta que tenga el hombre dentro de sí este reconoscimiento y desprecio: sino procure tratarse en lo de fuera lo más llana y húmilmente que le sea posible (según la cualidad de su estado) haciendo poco caso de los juicios y voces del mundo que á esto contradijeren. Para lo cual conviene que todas nuestras cosas den olor de pobreza, bajeza y humildad, subjectándonos por amor de Dios, no sólo á los mayores y iguales, sino también á los menores.

La segunda virtud es pobreza de espíritu, que es un menosprecio voluntario de las cosas del mundo y un contentamiento con la suerte que Dios nos dió (por muy pobre que sea) la cual corta de un golpe la raíz de todos los males (que es la cobdicia) y pone al hombre en tanta paz y sosiego de corazón, que osó decir della Séneca estas palabras: El que tiene cerrada la puerta á los deseos de su cobdicia, bien puede competir con Júpiter en la felicidad. Dando á entender que pues la felicidad del hombre es

sosiego de los deseos de su corazón, quien ha llegado á tener sosegados estos deseos, ya ha llegado á la cumbre de la felicidad, ó á lo menos tiene alcanzada gran parte de ella.

La tercera virtud es el odio sancto de sí mismo, de que dice el Salvador: El que ama su vida, ése la destruye, y el que la aborrece, ése la guarda para la vida eterna. Lo cual no se entiende de mal odio (como el que se tienen los hombres aburridos y desesperados) sino del que tuvieron los sanctos á su propria carne, como á quien les fué causa de muchos males y les es siempre estorbo de muchos bienes, tratándola no conforme á su gusto y apetito, sino conforme á lo que pide la ley de la razón, la cual muchas veces quiere que la trayamos arrastrada, y mal tratada, y hecha un estropajo del espíritu, para que á costa della se haga lo que conviene á él. Porque de otra manera vendrá á ser lo que dice el Sabio: El que cría regaladamente á su criado dende su niñez, después le hallará rebelde y contumaz, cuando se quiera servir dél. Por donde se nos amonesta en otro lugar que como á bestia mal domada le demos de palos y sofrenadas, y le tengamos preso con unas sueltas, y hagamos trabajar, porque no esté ocioso y así se haga soberbio y malicioso. Pues este sancto odio señaladamente aprovecha para el negocio de la mortificación, que es, para mortificar y cortar todos nuestros malos apetitos y deseos, aunque duela: porque de otra manera ¿cómo será posible herir de agudo, y sacar sangre, y dar grande golpe en cosa que mucho amamos? Por donde el brazo y fortaleza de la mortificación toma las fuerzas emprestadas no sólo del amor de Dios, sino también del odio de sí mismo, y con ellas tiene ánimo, no de piadoso, sino de severo zurujano para cortar por doquiera que lo pide la corrupción de los miembros dañados, sin alguna piedad.

De la reformación de la imaginación

§. VI.

DESPUÉS de estas dos potencias apetitivas hay otras dos (si se sufre decir) cognoscitivas, que son imaginación y entendimiento, las cuales corresponden á las dos precedentes, para que cada cual de los dos apetitos susodichos tenga su guía y conos-

cimiento proporcionado. Pues la imaginación (que es la más baja dellas) es una de las potencias de nuestra ánima que más desmandadas quedaron por el pecado, y menos subjectas á la razón. De donde nasce que muchas veces se nos va de casa como esclavo fugitivo sin licencia, y primero ha dado una vuelta al mundo, que echemos de ver adonde está. Es también una potencia muy apetitosa y cobdiciosa de pensar todo cuanto se le pone delante, á manera de los perros golosos que todo lo andan probando y trastornando, y en todo quieren meter el hocico, y aunque á veces los azoten y echen á palos, siempre se vuelven al regosto. Es también una potencia muy libre y muy cerrera, como una bestia salvaje que se anda de otero en otero, sin querer sufrir sueltas, ni cabestro, ni dueño que la gobierne.

Y demás de tener ella de suyo estas malas mañas, hay algunos que acrescientan su malicia con negligencia, tratándola como á un hijo regalado, al cual dejan discurrir por todas cuantas cosas quiere, sin contradición y sin freno: de donde nasce que después, cuando la quieren quietar en la consideración de las cosas divinas, no les obedesce, por el mal hábito que tiene cobrado. Por lo cual conviene que entendidas las malas mañas desta bestia, le acortemos los pasos y la atemos á un solo pesebre (que es á la consideración sola de las cosas buenas ó necesarias) poniéndole perpetuo silencio en lo demás. De suerte que así como atamos arriba la lengua, para que no hablase sino palabras buenas ó necesarias, así también atemos la imaginación á buenos y sanctos pensamientos, cerrando la puerta á todos los otros.

Para lo cual conviene que haya de nuestra parte grande discreción y vigilancia, para examinar cuáles pensamientos debemos admitir y cuáles desechar, para que á los unos recibamos como amigos, y á los otros desechemos como á enemigos. Porque los que en esto son desproveídos, muchas veces dejan entrar en su ánima cosas que le quitan no solamente la devoción y el fervor de la caridad, sino también la misma caridad en que está la vida del ánima. Durmióse la portera del rey Isbosef (que estaba limpiando el trigo á la puerta de su recámara) y entraron dos ladrones famosos y cortaron la cabeza al rey. Desta manera cuando se duerme la discreción, que tiene por oficio escoger y apartar la paja del grano (que es el buen pensamiento del malo) entran tales pensamientos en el ánima, que muchas veces le quitan la vida.

Y no sólo para conservar esta vida, sino también para el silencio y recogimiento de la oración vale mucho esta diligencia: porque así como la imaginación inquieta y corredora no deja tener oración sosegada, así la recogida y habituada á sanctos pensamientos fácilmente persevera y se quieta en ellos.

De la reformación del entendimiento

§. VII.

DESPUÉS de todas estas partes y potencias del hombre resta la más alta y más noble de todas (que es el entendimiento) el cual entre otras virtudes ha de ser adornado con aquella altísima y rarísima virtud de la prudencia y discreción. Esta virtud en la vida espiritual es lo que los ojos en el cuerpo, lo que el piloto en el navío, lo que el rey en el reino, y lo que el gobernador en el carro, que tiene por oficio llevar las riendas en la mano y guiar el carro por donde ha de caminar. Sin esta virtud la vida espiritual sería toda ciega, desproveída, desconcertada y llena de confusión. Por donde aquel bienaventurado padre Antonio en un ayuntamiento que tuvo con otros sanctos monjes (donde se trataba de la excelencia de las virtudes) vino á poner ésta en altísimo lugar, como á guía y maestra de todas las otras. Por donde todos los amadores de la virtud deben señaladamente poner sus ojos en ella, para que así puedan aprovechar más en todas las otras.

Esta virtud no tiene un oficio solo, sino muchos y diversos: porque no sólo es virtud particular, sino también general, que entreviene en los ejercicios de las otras virtudes, dando orden en todo lo que conviene. Y según este oficio general trataremos aquí de algunos actos que á ella pertenecen.

Porque primeramente á la prudencia pertenece conocer el fin de todas nuestras obras, que es Dios, y enderezar á él todo lo que hiciéremos, examinando subtilmente la intención que tenemos en las obras que hacemos, para ver si buscamos puramente á Dios, ó si buscamos á nosotros: porque la naturaleza humana (como dice un doctor) es muy subtil, y en todas las cosas busca á sí misma, aun en los muy altos ejercicios.

Prudencia es también saber tratar con los prójimos, para que les aprovechemos y no escandalicemos. Para lo cual conviene prudentemente tomar el pulso á la condición y espíritu de cada uno y llevarlo por aquellos términos y por aquellos medios por donde pueda ser mejor encaminado.

Prudencia es también saber sufrir los defectos de los otros, y dar pasada á las flaquezas ajenas, y no querer descarnar las llagas hasta el hueso, acordándose que todas las cosas humanas están compuestas de acto y potencia: esto es, de perfecto y imperfecto, y que no puede dejar de haber infinitas imperfecciones y defectos en la vida, especialmente después de aquella gran caída de la naturaleza por el pecado. De donde, así como dijo Aristótiles que no era de hombre sabio pedir igual certidumbre y averiguación en todas las materias (porque unas se pueden claramente averiguar, y otras no) así tampoco es de hombre prudente pedir que todas las cosas humanas estén tan sentadas por nivel, que no haya más que desear: porque unas pueden sufrir esto, y otras no. Y el que pusiese pies en pared por hacer violentamente lo contrario, causaría más daño con los medios que para esto tomase, que provecho con el fin que pretendiese, aunque saliese con él.

Prudencia es también conoscer el hombre á sí mismo y tener muy bien entendido todo lo que hay de sus puertas adentro, conviene saber, todos sus resabios, siniestros, apetitos y malas inclinaciones, y finalmente su poco saber y poca virtud, para que no presuma de sí vanamente, y para que mejor entienda con qué género de enemigos ha de tener guerra continua, hasta acabar de echarlos fuera de la tierra de promisión (que es su ánima) y con cuánta solicitud y atención le conviene velar sobre esto.

Prudencia es también saber gobernar la lengua, conforme á las leyes y circunstancias que arriba dijimos, y entender muy bien lo que se debe hablar y lo que se debe callar, y el tiempo de lo uno y de lo otro: porque (como dice Salomón) hay tiempo de hablar, y tiempo también de callar: pues nos consta que en la mesa, y en los convites, y en otras cosas semejantes, con mayor alabanza calla el sabio que habla.

Prudencia es no fiarse de todos, ni derramar luego todo su espíritu con el calor de la plática, ni decir luego todo lo que el hombre siente de las cosas, pues como dice el Sabio: Todo su

espíritu derrama el nescio, mas el sabio detiénese y guarda las cosas para adelante. Mas el que se fía de quien no se debe fiar, siempre vivirá en peligro, y será perpetuo esclavo de quien se fió.

Prudencia es saber el hombre repararse ante de los peligros, y sangrarse en sanidad, y oler dende lejos la guerra que se puede levantar en tales y tales negocios, y repararse primero con oraciones y consideraciones para lo que podrá suceder. Este aviso es del Eclesiático, que dice: Antes que venga la enfermedad, provéete de medicina. Por lo cual, cuando fueres á fiestas, á convites, ó á tratar con hombres rijosos y mal condicionados, ó á lugares donde se puede ofrecer alguna ocasión ó peligro, siempre debes ir prevenido y reparado para lo que podrá suceder.

Prudencia es también saber tratar el cuerpo con discreción y templanza, para que ni lo regalemos, ni lo matemos, ni le quitemos lo necesario, ni le demos lo superfluo, trayéndolo castigado y no mortificado, para que ni nos falte en el camino por la flaqueza, ni derribe al que va encima con la hartura y abundancia.

Prudencia es también, y muy grande, saber tomar las ocupaciones (por honestas que sean) con templanza, para que no ahoguemos el espíritu con el demasiado trabajo, á quien todas las cosas (como dice S. Francisco en su regla) deben servir, y para que de tal manera nos entreguemos á las cosas exteriores, que no perdamos las interiores, y así entendamos en los ejercicios del amor del prójimo, que no perdamos los del amor divino. Porque si los Apóstoles (que tanto espíritu y suficiencia tenían para todo) se desembarazaron de algunas cosas menores por no faltar en el ejercicio de las mayores, nadie debe presumir tanto de sus fuerzas, que piense bastar para todo, pues es cierto que por la mayor parte aprieta poco quien abarca mucho.

Prudencia es también entender las artes y celadas del enemigo, sus entradas, y sus salidas, y sus reveses, y no creer á todo espíritu, ni dejarse vencer de cualquier figura de bien: pues muchas veces Satanás se transfigura en ángel de luz y trabaja por engañar siempre á los buenos con especie de bien. Y por esto de ningún peligro nos debemos más recatar, que de aquel que viene con máscara de virtud. Á lo menos es cierto que á los muy determinados en el bien comúnmente acomete el demonio por esta vía.

Prudencia es también saber temer, y saber acometer: saber cuándo es ganancia perder, y cuándo es pérdida ganar, y sobre todo, saber despreciar los juicios y pareceres del mundo, y el decir de las gentes, y los ladridos de los gozques que nunca cesan de ladrar á bulto sin propósito, acordándose que está escrito: Si hiciese caso de agradar y contentar á los hombres, no me tendría por siervo de Cristo. Á lo menos esto es cierto, que ninguna mayor locura puede hacer un hombre, que regirse por una bestia de tantas cabezas como es el vulgo, que ningún tiento ni consideración tiene en lo que dice. Bien es no escandalizar á nadie y temer donde hay razón de temer, y bien es no moverse á todos vientos. Pues hallar medio entre estos dos extremos, oficio es de prudencia singular.

De la prudencia en los negocios

§. VIII.

No menos se requiere prudencia para acertar en los negocios y no caer en yerros que después no se puedan curar sin grandes inconvenientes, con que muchas veces se pierde la paz de la consciencia y se perturba la orden de la vida. Para lo cual podrán algún tanto aprovechar los avisos siguientes.

El primero de los cuales es del Sabio, que dice: Tus ojos estén siempre atentos á la rectitud, y tus párpados miren primero los pasos que has de dar. Donde nos aconseja que no nos arrojemos inconsideradamente á las cosas que se han de hacer, sino que ante toda obra preceda maduro consejo y deliberación. Para lo cual hallo ser cuatro cosas necesarias. La primera, encomendar á nuestro Señor los negocios. La segunda, pensarlos muy bien pensados con toda atención y discreción, mirando no solamente la substancia de la obra, sino también todas las circunstancias della: porque una sola que falte, basta para condenación de todo lo que se hace. Porque aunque sea muy acabada la obra y muy bien circunstancionada, sólo hacerse sin tiempo, basta para poner mácula en ella. La tercera, tomar consejo y tratar con otros lo que se ha de hacer: mas éstos sean pocos y muy escogidos, porque aunque es provechoso oir los pareceres de todos para

ventilar la causa, pero la determinación ha de ser de pocos, para no errar en la sentencia. La cuarta, y muy necesaria, es dar tiempo á la deliberación y dejar madurar el consejo por algunos días, porque así como se conocen mejor las personas con la comunicación de muchos días, así también lo hacen los consejos. Muchas veces una persona á las primeras entradas paresce uno, y después descubre otro: y así lo hacen á veces los consejos y determinaciones: que lo que á los principios agradaba, después de bien considerado viene á desagradar. La quinta cosa es guardarse de cuatro madrastas que tiene la virtud de la prudencia: que son, precipitación, pasión, obstinación en el proprio parecer y repunta de vanidad. Porque la precipitación no delibera, la pasión ciega, la obstinación cierra la puerta al buen consejo, y la vanidad (doquiera que entreviene) todo lo tizna.

Á esta misma virtud pertenece huir siempre de los extremos y ponerse en el medio: porque la virtud y la verdad huyen siempre de los extremos y ponen su silla en el medio. Por donde ni todo lo condenes, ni todo lo justifiques, ni todo lo niegues, ni todo lo concedas, ni todo lo creas, ni todo lo dejes de creer, ni por la culpa de pocos condenes á muchos, ni por la sanctidad de algunos apruebes á todos: sino en todo mira siempre el fiel de la razón, y no te dejes llevar del ímpeto de la pasión á los extremos.

Regla es también de prudencia no mirar á la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas ó condenarlas: porque muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas, y otras hay muy nuevas y muy buenas: y ni la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno, sino en todo y por todo hinca los ojos en los méritos de las cosas y no en los años. Porque el vicio ninguna cosa gana por ser antiguo, sino ser más incurable, y la virtud ninguna cosa pierde por ser nueva, sino ser menos conoscida.

Regla es también de prudencia no engañarse con la figura y aparencia de las cosas para arrojarse luego á dar sentencia sobre ellas: porque ni es oro todo lo que reluce, ni bueno todo lo que parece bien, y muchas veces debajo de la miel hay hiel, y debajo de las flores espinas. Acuérdate que dice Aristótiles que algunas veces tiene la mentira más aparencia de verdad que la misma verdad: y así también podrá acaescer que el mal tenga más aparencia de bien que el mismo bien.

Sobre todo esto debes asentar en tu corazón que así como la gravedad y peso en las cosas es compañera de la prudencia, así la facilidad y liviandad es de locura. Por lo cual debes estar muy avisado no seas fácil en estas seis cosas, conviene saber:

1. en creer,
2. en conceder,
3. en prometer,
4. en determinar,
5. en conversar livianamente con los hombres
6. y mucho menos en la ira.

Porque en todas estas cosas hay conoscido peligro en ser el hombre fácil y ligero para ellas. Porque creer ligeramente es liviandad de corazón: prometer fácilmente es perder la libertad: conceder fácilmente es tener de qué arrepentirse: determinar fácilmente es ponerse á peligro de errar (como hizo David en la causa de Mifiboseth): facilidad en la conversación es causa de menosprecio, y facilidad en la ira es manifiesto indicio de locura. Porque escrito está que el hombre que sabe sufrir, sabrá gobernar su vida con mucha prudencia: mas el que no sabe sufrir, no podrá dejar de hacer grandes locuras.

De algunos medios por do se alcanza esta virtud

§. IX.

PARA alcanzar esta virtud (entre otros medios) aprovecha mucho la experiencia de los yerros pasados, y también de los acertamientos y buenos sucesos, así proprios como ajenos: porque de aquí se toman ordinariamente muchos avisos y reglas de prudencia. Y por la misma razón se dice que la memoria de lo pasado es muy familiar ayudadora y maestra de la prudencia, y que el día presente es discípulo del pasado: pues (como dice Salomón) lo que será es lo que fué, y lo que fué es lo que será. Y por esto por lo pasado podremos juzgar lo venidero y lo presente, y por lo presente lo pasado.

Mas sobre todo ayuda para alcanzar esta virtud la profunda y verdadera humildad de corazón, así como lo que más la impide es la soberbia: porque escrito está que donde está la humildad,

ahí está la sabiduría. Y demás de esto, todas las Escrituras claman que Dios enseña á los humildes, y que es maestro de los pequeñuelos, y que á ellos comunica sus secretos. Mas con todo esto, no ha de ser tal la humildad, que se rinda á cualesquier pareceres y se deje llevar de todos vientos: porque ésta ya no sería humildad, sino instabilidad y flaqueza de corazón. En lo cual quiso proveer el Sabio cuando dijo: No quieras ser humilde en tu sabiduría: dando á entender que en las verdades que tiene el hombre con justos y católicos fundamientos asentados en su corazón, ha de ser constante y no se ha de mover á lumbre de pajas (como hacen algunos flacos) ni dejarse llevar de cualesquier pareceres.

Lo último que ayuda á alcanzar esta virtud es la humilde y devota oración: porque como uno de los principales oficios del Espíritu Sancto sea alumbrar el entendimiento con el don de la sciencia, sabiduría, consejo y entendimiento, cuanto el hombre con mayor devoción y humildad se presentare delante dél con corazón de discípulo y de niño, tanto será más claramente enseñado y lleno destos dones celestiales.

Mucho nos habemos alargado en tratar de esta virtud: porque como ella sea la guía de todas las otras, era necesario procurar que la guía no fuese ciega, porque no quedase á escuras y sin ojos todo el cuerpo de las virtudes. Y porque todo esto sirve para justificar y ordenar el hombre para consigo mismo (que es la primera parte de justicia que arriba pusimos) será bien que digamos ya de la segunda, que es de lo que debe hacer para con su prójimo.

PARA CON EL PRÓJIMO

CAPÍTULO XI.

La segunda parte de justicia es hacer el hombre lo que debe para con sus prójimos, que es usar con ellos de aquella caridad y misericordia que Dios nos manda. Qué tan principal sea esta parte, y cuánto nos sea encomendada en las Escrituras divinas (que son los maestros y adalides de nuestra vida) no lo podrá creer sino quien las hobiere leído. Lee los Profetas, lee los Evangelios, lee las Epístolas sagradas, y verás tan encarecido este negocio, que te pondrá admiración. En Isaías pone Dios la suma de toda la justicia en la caridad y buen tratamiento de los prójimos. Y así, cuando los judíos se quejaban diciendo: ¿Porqué, Señor, ayunamos y no miraste nuestros ayunos, y aflijimos nuestras ánimas y no heciste caso dello? respóndeles Dios: Porque en el día del ayuno vivís á vuestra voluntad y no á la mía, y apretáis y fatigáis á todos vuestros deudores. Ayunáis, mas no de pleitos y contiendas, ni de hacer mal á vuestros prójimos. No es pues ése el ayuno que me agrada á mí, sino éste: rompe las escrituras y contratos usurarios, quita de encima de los pobres las cargas con que los tienes opresos, deja en su libertad á los afligidos y necesitados, y sácalos del yugo que tienes puesto sobre ellos. De un pan que tuvieres, parte el medio con el pobre, y acoje á los necesitados y peregrinos en tu casa. Y cuando esto hicieres, y abrieres tus entrañas al necesitado, y le socorrieres y dieres hartura, entonces te haré tales y tales bienes: los cuales prosigue muy copiosamente hasta el fin del capítulo, según que en el libro precedente alegamos. Ves aquí pues, hermano, en qué puso Dios la suma de la verdadera justicia, y cuán piadosamente quiso que nos hobiésemos con nuestros prójimos en esta parte.

La misma sentencia hallarás en el profeta Zacarías, donde preguntando los judíos á Dios si habían de ayunar tales y tales días para agradarle y cumplir su ley, respóndeles Dios y declá-

rales con qué género de obras le habían de agradar, diciendo: Mirad que guardéis justicia, y juzguéis justamente las causas de vuestros prójimos, y que uséis de misericordia y de obras de piedad con vuestros hermanos, y no queráis buscar asillas para calumniar á la viuda, y al huérfano, y al extranjero, y al pobre: y nadie trate en su corazón de hacer mal á nadie, y desta manera me agradaréis y cumpliréis mi ley. Harto encarescido está aquí este negocio, pero mucho más lo encaresció el mismo Señor por Isaías cuando dijo: Éste es mi descanso, que refrigeréis y consoléis á los cansados: porque esto parece que era lo último que se podía encarecer este negocio, cuando el Señor se ponía en el lugar del pobre, y tomaba por su proprio descanso el que por él se daba á los cansados.

Mas sobre todo esto confieso que me maravillo de lo que leo en el capítulo XVI de Ezequiel, donde contando el mismo Dios los pecados por donde aquella infame cibdad de Sodoma vino á dar consigo en el extremo de tan grandes males, los resumió en cinco pecados diciendo: Ésta fué la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia, y hartura, y abundancia, y ociosidad, y no haber querido extender las manos para socorrer al pobre y al necesitado. Pues ¿qué más mal quieres tú oir deste vicio, que haberlo puesto Dios por el postrero de los escalones por donde subieron aquellos malaventurados al extremo de tan grande mal? ¿Dónde están los que atesoran ducados sobre ducados, y con todo esto se tienen por seguros, teniendo compañeros en esta culpa á los moradores de Sodoma?

Estas y otras cosas semejantes dicen los Profetas. Pues el Evangelio (que es ley de amor) ¿qué dirá? ¿Qué más se pudo decir en favor desta virtud, que poner el Señor toda la razón y fundamiento de la sentencia del juicio final en sólo haber usado ó no usado de obras de misericordia? ¿Qué más se puede decir que lo que se sigue después desto en el mismo contexto: Lo que á uno destos mis pequeñuelos hecistes, á mí lo hecistes? ¿Que más se puede decir que poner en solos estos dos mandamientos de amor de Dios y del prójimo la suma de la ley y de los Profetas? Pues en aquel postrer sermón de la cena ¿qué otra cosa más encomienda el Salvador que la caridad y bienquerencia para con los prójimos? Éste (dice él) es mi mandamiento, que os améis unos á otros así como yo os amé. Y más abajo: En esto (dice él) conos-

cerán todos que sois mis discípulos, si os amáredes unos á otros. Y no contento con encomendarles esto tan encarescidamente, hace luego oración al Padre por el cumplimiento desta ley diciendo: Ruégote, Padre, que ellos sean entre sí una misma cosa, así como tú y yo lo somos, para que conozca el mundo que tú me enviaste. Dando á entender que la caridad y amor entre los cristianos había de ser tan sobrenatural, y tan grande, y tan fuera de todo lo que se puede esperar de carne y de sangre, que había de bastar (como un manifiesto miraglo) para convencer los entendimientos de los hombres, y hacerles creer que no era posible que no fuesen hombres del cielo los que tal caridad entre sí tenían.

Pues ¿qué diré del Apóstol S. Pablo? ¿En cuál de sus Epístolas no es ésta la mayor de sus encomiendas? ¡Qué alabanzas predica de la caridad! ¡cuánto la engrandece! ¡cuán por menudo cuenta todas sus excelencias! ¡cómo la antepone á todas las otras virtudes y dones del Espíritu Sancto, diciendo que ella es el más excelente camino para ir á Dios! Y no contento con esto, en un lugar dice que la caridad es vínculo de perfección: en otro dice que es fin de todos los mandamientos: en otro, que el que ama á su prójimo tiene cumplida la ley. Pues ¿qué mayores alabanzas se podían esperar de una virtud, que ésta? ¿Cuál es el hombre deseoso de saber con qué género de obras agradará á Dios, que no quede admirado y enamorado desta virtud, y determinado de ordenar y enderezar todas sus obras á ella?

Pues aun queda sobre todo esto la Canónica de aquel tan grande amado y amador de Cristo S. Juan Evangelista, en la cual ninguna cosa más repite, ni más encaresce, ni más encomienda que esta virtud. Y lo que hizo en esta Epístola, eso mismo dice su historia que hacía toda la vida. Y preguntando por qué tantas veces repetía esta sentencia, respondió que porque sola ésta (si debidamente se cumpliese) bastaba para nuestra salud.

De los oficios de la caridad

§. I.

SEGÚN esto el que de veras desea acertar á contentar á Dios, entienda que el camino para esto es el cumplimiento deste mandamiento de amor, con tanto que este amor no sea desnudo y seco, sino acompañado de todos los efectos y obras que del verdadero amor se suelen seguir: porque de otra manera no merecería nombre de amor, como lo significó el mismo Evangelista cuando dijo: Si alguno tuviere de los bienes deste mundo, y viendo á su prójimo en necesidad no le socorre, ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras, sino con obras y con verdad.

Según esto debajo deste nombre de amor (entre otras muchas obras) se encierran señaladamente estas seis, conviene saber, amar, aconsejar, socorrer, sufrir, perdonar y edificar. Las cuales obras tienen tal conexión con la caridad, que el que más tuviere dellas, tendrá más de caridad, y el que menos, menos. Porque algunos aman, y no pasa más adelante este amor. Otros aman y ayudan con avisos y buenos consejos, mas no echarán mano á la bolsa ni abrirán el arca para socorreros. Otros aman, avisan y socorren con lo que tienen: mas no sufren con paciencia las injurias ni las flaquezas ajenas, ni cumplen con aquel dicho del Apóstol: Lleve cada uno la carga del otro, y así cumpliréis la ley de Cristo. Otros ya que sufren las injurias con paciencia, no las perdonan con misericordia: y aunque dentro del corazón no tienen odio, no quieren mostrar buena cara en lo de fuera. Éstos aunque aciertan en lo primero, todavía desfallecen en lo segundo, y no llegan á la perfección de esta virtud. Otros hay que tienen todo esto, mas no edifican á sus prójimos con palabras y ejemplos: que es uno de los más altos oficios de la caridad. Pues según esta orden, podrá cada uno examinar cuánto tiene y cuánto le falta de la perfección de esta virtud. Porque el que ama, podemos decir que está en el primer grado de caridad: el que ama y aconseja, en el segundo: el que ayuda, en el tercero: el que sufre, en el cuarto: el que perdona y sufre, en el quinto: y el que

sobre todo esto edifica con sus palabras y buena vida (que es oficio de varones perfectos y apostólicos) en el postrero.

Éstos son los actos positivos ó afirmativos que encierra en sí la caridad, en que se declara lo que debemos hacer con el prójimo. Hay otros negativos, donde se declara lo que no debemos de hacer, que son: No juzgar á nadie, no decir mal de nadie, no tocar en la hacienda, ni en la honra, ni en la mujer de nadie, no escandalizar con palabras injuriosas, ni descorteses, ni desentonadas á nadie, y mucho menos con malos ejemplos y consejos. Quienquiera que esto hiciere, cumplirá enteramente con todo lo que nos pide la perfección de este divino mandamiento.

Y si de todo esto quieres tener particular memoria, y comprehenderlo en una palabra, trabaja por tener (como ya dijimos) para con el prójimo corazón de madre, y así podrás cumplir enteramente con todo lo susodicho. Mira de la manera que una buena y cuerda madre ama á su hijo, cómo le avisa, cómo le acude en sus necesidades, cómo lleva todas sus faltas, unas veces sufriéndolas con paciencia, otras castigándolas con justicia, otras disimulándolas y tapándolas con prudencia: porque de todas estas virtudes se sirve la caridad como reina y madre de las virtudes. Mira cómo se goza de sus bienes, cómo le pesa de sus males, cómo los tiene y los siente por suyos proprios, cuán grande celo tiene de su honra y de su provecho, con qué devoción ruega siempre á Dios por él, y finalmente cuánto más cuidado tiene dél que de sí misma, y cómo es cruel para sí, por ser piadosa para con él. Y si tú pudieres arribar á tener esta manera de corazón para con el prójimo, habrás llegado á la perfección de la caridad: y ya que no puedas llegar aquí, á lo menos esto debes tener por blanco de tu deseo, y á esto debes siempre enderezar tu vida: porque mientras más alto pretendieres subir, menos bajo quedarás.

Y si me preguntas, ¿cómo podré yo llegar á tener esa manera de corazón para con un extraño? Á esto respondo que no has de mirar tú al prójimo como á extraño, sino como á imagen de Dios, como á obra de sus manos, como á hijo suyo y como á miembro vivo de Cristo: pues tantas veces nos predica San Pablo que todos somos miembros de Cristo y que por eso pecar contra el prójimo es pecar contra Cristo, y hacer bien al prójimo es hacer bien á Cristo. De suerte que no has de mirar al

prójimo como hombre, ni como á tal hombre, sino como al mismo Cristo, ó como á miembro vivo de este Señor, pues á la verdad lo es: y dado que no lo sea cuanto á la materia del cuerpo, ¿qué hace esto al caso, pues lo es cuanto á la participación de su espíritu y cuanto á la grandeza del galardón, pues él dice que así le pagará el beneficio como si él lo recibiera?

Considera también todas aquellas encomiendas y encarescimientos que arriba pusimos de la excelencia desta virtud, y de lo mucho que por el mismo Señor nos es encomendada: porque si hay en ti deseo vivo de agradar á Dios, no podrás dejar de procurar con suma diligencia una cosa que tanto le agrada.

Mira también el amor que tienen entre sí parientes con parientes sólo por comunicar en un poco de carne y de sangre, y avergüénzate que no pueda más en ti la gracia que la naturaleza, y la unión del espíritu que la de la carne. Si dices que ahí se halla unión y participación en una misma raíz y en una misma sangre que es común á entrambos, mira las uniones que el Apóstol pone entre los fieles: pues todos tienen un padre, una madre, un señor, un bautismo, una fe, una esperanza, un mantenimiento y un mismo espíritu que les anima y da vida. Todos tienen un padre, que es Dios: una madre, que es la Iglesia: un Señor, que es Cristo: una fe, que es una lumbre sobrenatural en que todos comunicamos y nos diferenciamos de todas las otras gentes: una esperanza, que es una misma heredad de gloria, en la cual seremos todos una ánima y un corazón: un bautismo, donde todos fuimos adoptados por hijos de un mismo padre y hechos hermanos entre nosotros: un mismo mantenimiento, que es el Sanctísimo Sacramento del cuerpo de Cristo, con que todos somos uñidos y hechos una misma cosa con él, así como de muchos granos de trigo se hace un pan, y de muchos granos de uvas un solo vino. Y sobre todo esto participamos un mismo espíritu, que es el Espíritu Santo, el cual mora en todas las ánimas de los fieles, ó por fe, ó por fe y gracia juntamente, y los anima y sustenta en esta vida. Pues si los miembros de un cuerpo (aunque tengan diversos oficios y figuras entre sí) se aman tanto, por ser todos animados con una misma ánima racional, ¿cuánta mayor razón será que se amen los fieles entre sí, pues todos son animados con este Espíritu divino, que cuanto es más noble, tanto es más poderoso para causar unidad en las cosas donde está? Pues

si sola unidad de carne y de sangre basta para causar tan grande amor entre parientes, ¿cuanto más todas estas unidades y comunicaciones tan grandes?

Sobre todo esto pon los ojos en aquel único y singular ejemplo de amor que Cristo nos tuvo: el cual nos amó tan fuertemente, tan dulcemente, tan graciosamente, tan perseverantemente y tan sin interese suyo ni merescimiento nuestro: para que esforzado tú con este tan noble ejemplo y obligado con tan grande beneficio, te dispongas según tu posibilidad á amar al prójimo desta manera: para que así cumplas fielmente aquel mandamiento que el Señor te dejó tan encomendado á la salida deste mundo, cuando dijo: Éste es mi mandamiento, que os améis unos á otros, así como Yo os amé.

PARA CON DIOS

CAPITULO XII.

DICHO ya de lo que debemos hacer para con nosotros y con nuestros prójimos, digamos agora de lo que debemos hacer para con Dios, que es la principal y la más alta parte de justicia que hay: á la cual sirven aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que tienen por objecto á Dios, y la virtud que los teólogos llaman religión, que tiene por objecto el culto de Dios.

Pues con todas las obligaciones que debajo de todas estas virtudes se comprehenden, cumplirá el hombre enteramente, si llegare á tener para con Dios el corazón que tiene un buen hijo para con su padre. De suerte que así como cumple consigo quien para consigo tiene corazón de buen juez, y con el prójimo quien para con él tiene corazón de madre (como ya dijimos) así también en su manera cumplirá con Dios quien tuviere corazón de hijo para con Él, pues uno de los principales oficios del espíritu de Cristo es darnos esta manera de corazón para con Dios.

Considera, pues, agora diligentemente el corazón que tiene un buen hijo para con su padre: qué amor le tiene, qué temor y reverencia, qué obediencia, qué confianza, qué celo de su honra, cuán sin interese le sirve, cuán confiadamente acude á él en todas sus necesidades, cuán húmilmente sufre sus reprehensiones y castigos con todo lo demás: y ten tú este mismo corazón para con Dios, y habrás cumplido enteramente con esta parte de justicia.

Pues para tener este corazón, ocho virtudes principalmente me parecen ser necesarias: entre las cuales la primera y la más principal es amor, la segunda temor y reverencia, la tercera confianza, la cuarta celo de honra divina, la quinta pureza de intención en las obras de su servicio, la sexta oración y recurso á Él en todas las necesidades, la séptima agradescimiento á sus beneficios, la octava obediencia y conformidad entera con su sancta voluntad.

§. I.

Según esta orden la primera cosa y la más principal que debemos hacer, es amar este Señor así como Él lo manda: que es, con todo nuestro corazón, con toda nuestra ánima, con todo nuestro entendimiento y con todas nuestras fuerzas. De suerte que todo cuanto hay en el hombre (cada cosa en su manera) ame y sirva á este Señor: el entendimiento pensando en Él, la voluntad amándole, los afectos inclinándose á lo que pide su amor, y las fuerzas de todos los miembros y sentidos empleándose en ejecutar todo lo que ordenare este amor. Á este amor nos llaman y compelen todas cuantas razones y motivos de amor se hallan en todas las criaturas: porque todas ellas están juntas en solo Dios, y todas en sumo grado de perfección, como adelante se verá, cuando desto se tratare en su lugar.

§. II.

La segunda cosa que debemos tener para agradar á Dios es temor: no temor servil (que es por miedo del castigo) sino temor filial, que es por no enojar á un tan amable y tan piadoso padre y Señor. Porque tal es el temor que enfrena á los buenos hijos para no hacer cosa que no deban, y tal es el que hace solícita á la buena mujer para no consentir que haya cosa en su casa que ofenda á los ojos de su marido. Este sancto temor (que es particular don del Espíritu Sancto) se cría en nuestra ánima considerando estas cuatro cosas, conviene saber, la alteza de la divina majestad, la profundidad de sus juicios, la grandeza de su justicia, la muchedumbre de nuestros pecados, y especialmente la resistencia que tenemos á las inspiraciones divinas. Por lo cual será necesario algunas veces ocupar el corazón en la consideración de estas cuatro cosas: porque ella es la que sirve para criar y fomentar en nuestras ánimas este sancto afecto, el cual echa fuera del ánima todo pecado.

Á este mismo temor pertenece que cuando estuviéremos en los oficios divinos y en las iglesias (mayormente donde está el Sanctísimo Sacramento) estemos allí, no parlando, ni paseando, ni derramando los ojos á diversas partes (como hacen mu-

chos) sino con grande temor y acatamiento de aquella imperial Majestad ante quien estamos, la cual por una especial manera asiste en aquel lugar.

§. III.

La tercera virtud es confianza: esto es, que así como un hijo en todas las tribulaciones y necesidades que se le ofrecen (si tiene el padre rico y poderoso) está muy seguro y confiado que no le ha de faltar el socorro y providencia de su padre, así el hombre ha de tener en esta parte un corazón tan de hijo para con Dios, que considerando cómo tiene por padre á Aquél en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, esté confiado en todas las tribulaciones que se le ofrecieren, que volviéndose á Él y confiando en su misericordia, le sacará de aquel trabajo, ó lo enderezará para mayor bien y provecho suyo. Porque si esta manera de confianza tiene un hijo en su padre, y con ella duerme seguro, ¿cuánto más se debe tener en Aquél que es más padre que todos los padres, y más rico que todos los ricos, y que verdaderamente no es menos padre que rico, ni menos rico que padre?

Y si dijieres que la falta de servicios y merescimientos y la muchedumbre de los pecados de la vida pasada te hace desmayar, el remedio es no mirar por entonces á esto, sino mirar á Dios, y mirar á su Hijo, nuestro único salvador y medianero, para cobrar esfuerzo en Él. De donde, así como los que pasan un río impetuoso (cuando se les desvanece la cabeza con la fuerza de la corriente) les damos voces y decimos que no miren á las aguas que desvanecen, sino que alcen los ojos á lo alto y caminarán seguros, así también se debe aconsejar á los flacos en esta parte avisándoles que no miren por entonces á sí ni á sus pecados pasados. Pues dirás: ¿En qué debo mirar para cobrar esa manera de esfuerzo y confianza? Á esto te respondo que mires primeramente á aquella inmensa bondad y misericordia de Dios, que se extiende al remedio de todos los males del mundo: que mires la verdad de su palabra, por la cual tiene prometido su favor y socorro á todos los que invocaren húmilmente su sancto nombre, y se pusieren debajo de su amparo: pues vemos que aun los mismos enemigos que traen bando unos con otros, no

niegan su favor á los que se van á meter por sus puertas, y guarescer en sus casas al tiempo del peligro. Mira también la muchedumbre de los beneficios que hasta agora tienes de su piadosa mano recibidos, y aprende de la misericordia experimentada en las mercedes pasadas á esperar las venideras. Y sobre todo esto mira á Cristo con todos sus trabajos y merescimientos, los cuales son nuestra justicia, nuestro derecho y el título que tenemos para pedir mercedes á Dios: pues nos consta que estos merescimientos por una parte son tan grandes, que no pueden ser mayores, y por otra son tan nuestros (si estamos unidos con Él por fe y amor) como si nosotros mismos los hobiéramos ganado por nuestra lanza. Éstos son los principales estribos de nuestra confianza, y éstos son los que hacían á los sanctos estar tan firmes en lo que esperaban, como lo estaba en su lugar el monte de Sión.

Mas es mucho de sentir que teniendo tan grandes motivos para confiar, somos muy flacos en esta parte: pues luego como vemos el peligro al ojo, desmayamos, y nos vamos á Egipto á buscar amparo en la sombra y carros de Faraón. De manera que hallaréis muchos siervos de Dios muy ayunadores, y rezadores, y limosneros, y llenos de otras virtudes: mas muy pocos que tengan aquella manera de confianza que tenía Sancta Susana, la cual estando sentenciada á muerte y sacándola ya para la ejecución de la sentencia, dice la Escriptura que estaba su corazón confiado en el Señor.

Autoridades para persuadir esta virtud, quien las quisiere traer, puede traer aquí toda la Escriptura Sagrada, mayormente Psalmos y Profetas: porque apenas hay en ellos cosa más repetida que la esperanza en Dios y la certenidad del socorro para los que esperan en Él.

§. IV.

La cuarta virtud es celo de la honra de Dios: esto es, que el mayor de nuestros cuidados y el mayor de nuestros deseos sea ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver sanctificado y glorificado su nombre, y hecha su voluntad en el cielo y en la tierra: y el mayor de todos nuestros dolores sea ver que esto no se hace así, sino muy al revés. Tal era el corazón y celo que

tuvieron todos los sanctos, en cuyo nombre fueron dichas aquellas palabras: El celo, Señor, de vuestra gloria tiene enflaquecidas y envejecidas mis carnes: porque era tan grande la aflicción que por esta causa sentían, que el dolor del ánima salía á la cara, y enflaquecía el cuerpo, y corrompía la sangre, y daba muestras de sí en todo el hombre exterior. Y si nosotros tal celo como éste tuviésemos, luego seríamos señalados con aquella gloriosa señal de Ezequiel en las frentes, por la cual estaríamos libres de todos los castigos y azotes de la justicia divina.

§. V.

La quinta virtud es pureza de intención, á la cual pertenece que en todas las obras que hiciéremos, no busquemos á nosotros, ni pretendamos algún interese nuestro eterno ni temporal, sino puramente la gloria y obediencia y beneplácito de este Señor, teniendo por cierto que así como los que juegan á la gana pierde, perdiendo ganan y ganando pierden, así mientra más sin interese tratáremos en esta parte con Dios, más ganaremos con Él, y al revés. Ésta es una de las cosas que más habemos de mirar y examinar en nuestras obras, y de que mayores celos habemos de tener, recelando no se nos vayan por ventura los ojos á mirar en ellas otra cosa que Dios: porque la naturaleza humana (como ya dijimos) es subtil y en todas las cosas busca á sí misma. Muchos hay muy ricos de buenas obras que por ventura, cuando sean examinadas en el contraste de la justicia divina, se hallarán faltas desta pureza de intención, que es aquel ojo del Evangelio, que si es claro, todo el cuerpo hace claro, y si escuro, todo lo hace también escuro.

Muchas personas hay constituídas en dignidad así en la república como en la Iglesia, que viendo cómo siempre la virtud en semejantes oficios es favorescida, trabajan por ser virtuosos y vivir á ley de hombres de bien, lavando sus manos de toda vileza y de toda cosa que pueda amancillar su honra: mas esto hacen por no caer de la reputación en que están, por ser bien quistos con sus príncipes, por ser favorescidos y acrecentados en sus oficios y llevados á otros mayores. De manera que estas obras no proceden de centella viva de amor y temor de Dios, ni tienen por fin su obediencia y su gloria, sino sólo el interese y la gloria propria

del hombre. Pues lo que así se hace, aunque á los ojos del mundo parezca algo, en los de Dios es todo humo y sombra de justicia, no verdadera justicia. Porque virtudes morales sin espíritu de amor y temor de Dios, muchas tuvieron los gentiles, como Sócrates, y Platón, y Catón, y otros nobles griegos y latinos: mas con todas ellas se fueron á los infiernos. Porque no agrada á Dios, ni la sciencia, ni la elocuencia, ni la alteza de ingenio, ni la nobleza de condición, ni tampoco las virtudes morales por sí solas, ni los trabajos corporales (aunque sea sacrificar los proprios hijos) sino sólo este espíritu de amor enviado del cielo, y lo que nasce desta raíz y procede de ella. No había en el templo cosa que no fuese, ó de oro ó dorada: ni hay cosa que agrade á los ojos de Dios en el templo vivo de nuestra ánima, que no sea caridad, ó vaya dorado con ella.

Por donde el siervo de Dios no ponga tanto los ojos en lo que hace, cuanto en lo que pretende con lo que hace: porque bajísimas obras con altísima intención son altísimas, y altísimas y provechosísimas con bajísima intención son bajísimas. Porque no mira Dios tanto al cuerpo de la obra, cuanto al ánima de la intención, que procede de la fuente del amor.

§. VI.

La sexta virtud es oración, mediante la cual como hijos recorramos á nuestro padre en el tiempo de la tribulación (como hacen hasta los niños chiquitos, que con cualquier miedo ó sobresalto luego acuden á sus madres) y para que mediante ella tengamos continua memoria de nuestro Padre, y andemos siempre en su presencia, y muchas veces platiquemos con Él: pues todo esto está anejo á la condición y obligación de los buenos hijos para con sus padres.

§. VII.

La séptima virtud es hacimiento de gracias y reconoscimiento de los beneficios paternales, que es una de las mayores deudas que debemos á Dios y que más mal solemos pagar. Desta virtud y de la pasada trataremos adelante en su proprio lugar.

§. VIII.

La octava virtud es obediencia general á todo lo que manda Dios, en la cual consiste el cumplimiento y la suma de toda justicia. Esta virtud tiene tres grados. El primero obedecer á los mandamientos divinos, el segundo á los consejos, el tercero á las inspiraciones y llamamientos de Dios. La guarda de los mandamientos del todo punto es necesaria para la salud: la de los consejos ayuda para la de los mandamientos, sin la cual muchas veces suele correr peligro. Porque el no jurar (aunque sea verdad) sirve para no jurar cuando sea mentira: el no pleitear, para no perder la paz y la caridad: el no poseer cosa propria, para estar más seguro de cobdiciar la ajena, y el hacer bien á quien nos hace mal, para estar más lejos de procurarle ó hacerle mal. Desta manera los consejos sirven como de antemuro á los preceptos, y por esto el que desea acertar, no se contente con la guarda de lo uno, sino trabaje (según le fuere posible y según la condición de su estado) por guardar lo otro. Porque así como el que lucha con otro, no se contenta con no dejarse derribar, sino trabaja por derribar si puede á su adversario (porque así está más seguro de no caer) y así como el que pasa un río impetuoso, no se contenta con atravesar por medio del río, sino antes sube hacia arriba, y corta el agua contra la corriente, para estar más seguro de no irse tras ella, así el siervo de Dios no sólo ha de poner los ojos en aquello que puntualmente basta para salvarse, sino tomar el negocio más de atrás: porque si no saliere con lo que pretende (que es lo mejor) á lo menos llegue á lo que cumple para su salud, que es lo que basta.

El tercero grado dijimos que era obedescer á las inspiraciones divinas: porque no es ésta menos obediencia que las pasadas, pues los buenos servidores no sólo obedecen á lo que su señor les manda por palabras, sino también á lo que les significa por señales. Y por esto conviene que el hombre esté atento á los movimientos y inspiraciones divinas, para que luego acuda con aquellos sanctos animales de Ezequiel al ímpeto y llamamiento del Espíritu Sancto.

Y porque en esto podría haber engaño, tomando por inspiración divina la que podría ser humana ó diabólica, por esto nos

conviene hacer aquí aquello que dice S. Juan: No queráis creer á todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios. Y para esto (demás del contraste de la Escriptura divina y de la doctrina de los sanctos, en el cual se han de examinar estas cosas) podrás guardar esta regla general, que como haya dos maneras de servicios de Dios, unos voluntarios y otros obligatorios, cuando éstos acaesciere encontrarse, siempre han de preceder los obligatorios á los voluntarios, por muy grandes y muy meritorios que sean. Y así se ha de entender aquella sentencia tan celebrada de Samuel, que dice: Más vale la obediencia que el sacrificio: porque primero quiere Dios que el hombre obedezca á su palabra, y después le haga todos los servicios que quisiere, sin perjuicio desta obediencia.

Y por servicios necesarios entendemos primeramente la guarda de los mandamientos de Dios, sin la cual no hay salud. Lo segundo, la guarda de los mandamientos de aquéllos que están en su lugar: pues quien á éstos resiste, resiste á la ordenación de Dios. Lo tercero, la guarda de todas aquellas cosas que están anejas al estado de cada uno: como son las obligaciones que tiene el perlado en su estado, y el religioso y el casado en el suyo. Lo cuarto, la de aquellas cosas que aunque no sean absolutamente necesarias, ayudan grandemente á la conservación de las necesarias: porque también éstas participan alguna manera de necesidad, por razón de las otras. Pongamos ejemplo. Tienes tú ya experiencia de mucho tiempo que cuando cada día tienes un pedazo de recogimiento (para entrar dentro de ti mismo y examinar tu conciencia y tratar con Dios del remedio della) traes la vida más concertada, y eres más señor de ti y de tus pasiones, y estás más hábil y prompto para toda virtud: y por el contrario, que cuando faltas en esto, luego desfalleces, y desvaras en muchas faltas, y te ves en peligro de volver á las costumbres pasadas, porque aun no tienes suficiente caudal de gracia, ni estás aun del todo fundado en la virtud, y por esto (como el pobre que el día que no lo gana, no lo come) así tú el día que no te dan este socorro de devoción, quedas ayuno, y flaco, y fácil para caer en las cosas menores, que disponen para las mayores. Pues en tal caso debes entender que Dios te llama á este ejercicio, pues ves que comúnmente por este medio te ayuda, y sin él sueles desfallecer. Esto digo, no para que entiendas aquí necesidad de pre-

cepto, sino necesidad de un muy conveniente medio para mejor responder á tu profesión.

Item, eres regalado y amigo de ti mismo y enemigo de cualquier trabajo y aspereza, y ves que por esto se impide mucho tu aprovechamiento, porque por esta causa dejas de entender en muchas obras virtuosas, por ser trabajosas, y desvaras en muchas culpables, por ser deleitables: en este caso entiende que el Señor te llama á la fortaleza, y á la aspereza y mal tratamiento de tu cuerpo, y al trabajo de la mortificación, y de todos tus gustos y apetitos, pues ves por experiencia lo que te importa este negocio.

Desta manera puedes discurrir por todas aquellas obras cuyo ejercicio te hace mayor provecho, y cuya falta te hace mayor falta, y á ésas entiende que te llama nuestro Señor: aunque en esto y en todas las cosas debes siempre seguir el consejo de los mejores.

De lo dicho parece que para acertar á escoger, no ha de poner el hombre los ojos en lo que de suyo es mejor, sino en lo que para él es mejor y más necesario: porque muchas obras hay altísimas y de grandísima perfección, que no serán por eso mejores para mí, aunque sean mejores en sí: porque no tengo yo fuerzas para ellas, ni soy llamado para eso. Y por tanto cada uno permanezca en su llamamiento, y se mida consigo mismo, y ponga los ojos en lo que más le arma, y no los extienda á lo que de todo en todo excede sus fuerzas, como lo aconseja el Sabio diciendo: No levantes los ojos á las riquezas que no puedes alcanzar, porque tomarán alas como de águila y volarán al cielo. Y á los que hacen lo contrario, reprehende el Profeta diciendo: Mirastes á lo más, y convertióse en menos: abarcastes mucho, y apretastes poco.

Ésta es la ley que se ha de guardar entre los servicios voluntarios y obligatorios: mas entre los que son voluntarios, podrás tener la siguiente. Entre esta manera de servicios, unos son públicos y otros secretos: de unos se nos sigue honra, interese y deleite, y de otros nada desto se sigue. Pues entre éstos (si quieres no errar) siempre debes tener un poco más de recelo de los públicos que de los secretos, y de los que traen algún interese que de los que no lo traen. Porque (como ya muchas veces dijimos) la naturaleza del amor proprio es muy subtil y siempre se busca á sí misma, aun en los muy altos ejercicios. Por lo cual

decía un religioso varón: ¿Sabéis dónde está Dios? Donde no estáis vos. Dando á entender que aquélla era más puramente obra de Dios, donde no se hallaba interese proprio: porque aquí no parece que se busca ni se pretende otra cosa que Dios. Y no digo esto para que de tal manera declinemos á este extremo, que siempre hayamos de acudir á él (porque en el otro puede haber y hay muchas veces mayor mérito y mayor razón de obligación con todos esos contrapesos) sino para dar aviso de las malicias y resabios del amor proprio, para que no todas veces el hombre se fíe dél, aunque venga con máscara de virtud.

Estos tres grados abraza en sí la obediencia perfecta, los cuales por ventura significó el Apóstol cuando dijo: No queráis, hermanos míos, ser imprudentes, sino discretos y avisados, para entender cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta: donde parece comprehender estos tres grados de obediencia: porque buena es la obediencia de los preceptos, y agradable la de los consejos, y perfecta la de las inspiraciones y llamamientos divinos: porque entonces habrá llegado el hombre á la perfección de la obediencia, cuando hobiere puesto por obra todo lo que Dios le manda, aconseja y inspira.

§. IX.

Á estos tres grados se añade el cuarto, que es una perfectísima conformidad con la divina voluntad en todo lo que ordenare de nosotros, dejándonos guiar (como ovejas) de su providencia pastoral por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama, por salud ó por enfermedad, por muerte ó por vida, abajando húmilmente y alegremente la cabeza á todo lo que Él ordenare de nos, y tomando con igual corazón los azotes y los regalos, los favores y los disfavores de su mano, no mirando lo que nos da, sino quién lo da, y el amor con que lo da: pues no con menor amor azota el padre á su hijo, que le regala, cuando ve que le conviene.

Para este grado sirve la paciencia en los trabajos y adversidades, en la cual ponen los doctores tres grados excelentes: entre los cuales el primero es llevar los trabajos con paciencia, el segundo desearlos por amor de Dios, el tercero alegrarse en ellos por esta misma causa. El primer grado se ve claramente en la paciencia del sancto Job: el segundo, en el deseo que tuvieron

algunos mártires del martirio: el tercero, en el alegría que recibieron los Apóstoles por haber sido merecedores de padecer injurias por el nombre de Cristo. Y este mismo tuvo el Apóstol cuando en una parte dice que se gloriaba en las tribulaciones: en otra, que se alegraba en sus enfermedades, en angustias, en azotes &c. por Cristo: en otra, donde (tratando de su prisión) pide á los Filipenses que le sean compañeros en el alegría que tenía por verse preso en aquella cadena por Cristo. Y esta misma gracia escribe él que fué dada en aquellos tiempos á los fieles de las iglesias de Macedonia, los cuales tuvieron abundantísima alegría en medio de una grande tribulación. Éste es uno de los altos grados de paciencia y de caridad y perfección adonde una criatura puede llegar: al cual grado llegan muy pocos, y por esto no obliga Dios á nadie debajo de precepto á él, así como ni al pasado.

Verdad es que no se entiende por esto que nos hayamos de alegrar en las muertes, y calamidades, y trabajos de nuestros prójimos, ni menos de nuestros parientes y amigos, y mucho menos de la Iglesia. Porque la misma caridad que nos pide alegría en lo uno, nos mueve á tristeza y compasión en lo otro, pues ella es la que sabe gozar con los que gozan, y llorar con los que lloran, como vemos que lo hacían los Profetas, los cuales gastaban toda la vida en llorar y sentir las calamidades y azotes de los hombres.

El que estos cuatro grados de obediencia tuviere, habrá alcanzado aquella resignación que tanto engrandecen los maestros de la vida espiritual, la cual de tal manera subjecta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de cera blanda ó de barro en las manos de un artífice, para que el Señor obre en él todo lo que quisiere sin resistencia. Porque resignada desta manera la propria voluntad (como cuando se resigna un beneficio en manos de un perlado) queda el hombre en aquel estado que significó el Profeta cuando dijo: El Señor me habló al oído, y yo no le contradigo, ni doy paso atrás, rehusando lo que me manda. Éste es el medio y el camino que hay para subir á altísima perfección, y para ser un hombre hecho á la voluntad de Dios, como se dice de David.

Pues quienquiera que estas ocho condiciones ó virtudes tuviere, tendrá para con Dios corazón de hijo, y habrá cumplido enteramente con esta postrera y suma parte de justicia, que da á Dios lo que se le debe.

DE LAS OBLIGACIONES DE LOS ESTADOS

CAPÍTULO XIII.

DICHO ya en general de lo que conviene á todo género de personas, convenía descender en particular á tratar de lo que á cada una conviene en su estado. Mas porque éste sería largo negocio, por agora bastará avisar brevemente que demás de lo susodicho debe tener cada uno respecto á las leyes y obligaciones de su estado, las cuales son muchas y diversas, según la diversidad de los estados que hay en la Iglesia. Porque unos son perlados, otros súbditos, otros casados, otros religiosos, otros padres de familia &c. Y para cada uno de éstos había de haber una ley por sí.

El perlado dice el Apóstol que ejercite su oficio con toda solicitud y vigilancia: y lo mismo le aconseja Salomón cuando dice: Fijo mío, si te obligaste y saliste por fiador de algún amigo tuyo, mira que has tomado sobre ti una grande carga, y por esto discurre, date priesa, despierta á tu amigo, no des sueño á tus ojos, ni dejes plegar tus párpados, hasta poner el negocio en tales términos que salgas bien de esa obligación. Y no te maravilles porque este sabio pida tanta solicitud sobre este caso: porque por dos causas suelen tener los hombres grande solicitud en la guarda de las cosas, ó porque son de grande valor, ó porque están en gran peligro: y ambas concurren en el negocio de las ánimas en tan subido grado, que ni el precio puede ser mayor, ni tampoco el peligro: por donde conviene que sean guardadas con grandísimo recaudo.

El súbdito ha de mirar á su perlado, no como á hombre, sino como á Dios, para reverenciarle y hacer lo que le manda, con aquella promptitud y devoción que lo hiciera si se lo mandara Dios. Porque si el señor á quien yo sirvo, me manda obedecer á su mayordomo, cuando obedezco al mayordomo, ¿á quién obedezco sino al señor? Pues si Dios me manda obedecer al perlado, cuando hago lo que el perlado manda, ¿á quién obedezco, al perlado

ó á Dios? Y si S. Pablo quiere que el siervo obedezca á su señor, no como á hombre, sino como á Cristo, al cual solamente subjectó la condición de la fortuna, ¿cuánto más el súbdito á su perlado, á quién subjectó el vínculo de la obediencia?

En esta sancta obediencia ponen tres grados: el primero, obedecer con sola obra: el segundo, con obra y con voluntad: el tercero, con obra, voluntad y entendimiento. Porque algunos hacen lo que les mandan, mas ni les paresce bien lo mandado, ni lo hacen de voluntad: otros lo hacen, y de buena voluntad, mas no les parece acertado lo que se les manda: otros hay que (cativando su entendimiento en servicio de Cristo) obedecen al perlado como á Dios, que es con obra, voluntad y entendimiento, haciendo lo que les manda voluntariamente y aprobando lo que se manda, húmilmente, sin querer hacerse jueces de aquéllos de quien han de ser juzgados.

Así que, hermano mío, con todo estudio trabaja por obedecer á tu perlado, acordándote que está escrito: El que á vosotros oye, á mí oye, y el que á vosotros desprecia, á mí desprecia. No pongas jamás la boca en ellos, porque no te sea dicho de parte del Señor: No es vuestra murmuración contra nosotros, sino contra Dios. No los tengas en poco, porque no te diga el mismo Señor: No despreciaron á ti, sino á mí, para que no reine sobre ellos. No trates con ellos con falsedad y doblez, porque no te sea dicho: No mentiste á los hombres sino á Dios, y así pagues con arrebatada muerte la culpa de tu atrevimiento como los que esto hicieron.

§. I.

La mujer casada mire por el gobierno de su casa, por la provisión de los suyos, por el contentamiento de su marido, y por todo lo demás: y cuando hobiere satisfecho á esta obligación, extienda las velas á toda la devoción que quisiere, habiendo primero cumplido con las obligaciones de su estado.

Los padres que tienen hijos, tengan siempre ante los ojos aquel espantoso castigo que recibió Helí, por haber sido negligente en el castigo y enseñanza de sus hijos, cuya negligencia castigó Dios, no sólo con las arrebatadas muertes dél y dellos, sino con la prisión del arca del testamento, y con privación per-

petua del sumo sacerdocio, y con la calamidad y muerte común de todo el pueblo. Mira que los pecados del hijo son pecados del padre, y la perdición del hijo es perdición del padre, y que no merece nombre de padre el que habiendo engendrado su hijo para este mundo, no lo engendra para el cielo. Castíguele, avísele, apártele de malas compañías, búsquele buenos maestros, críele en virtud, enséñele dende su niñez con Tobías á temer á Dios, quiébrele muchas veces la propria voluntad, y pues antes que naciese le fué padre del cuerpo, después de nascido séale padre del ánima. Porque no es razón que se contente el hombre con ser padre de la manera que los pájaros y los animales son padres, que no hacen más que dar de comer y sustentar sus hijos. Sea él padre como hombre, y como hombre cristiano, y como verdadero siervo de Dios, que cría su hijo para hijo de Dios, heredero del cielo, y no para esclavo de Satanás y morador del infierno.

Los señores de familia que tienen criados y esclavos, acuérdense de aquella terrible amenaza de S. Pablo que dice: Si alguno no tiene cuidado de sus domésticos y familiares, este tal negado ha la fe (ó la fidelidad que debiera guardar) y es peor que un infiel. Acuérdese que éstos son como ovejas de su manada, y que él es como pastor y guarda de ellas, mayormente de los que son esclavos, y piense que algún tiempo le pedirán cuenta de ellos, y le dirán: ¿Dónde está la grey que te fué encomendada, y el ganado noble que tenías á tu cargo? Y llámalo con mucha razón noble, por causa del precio con que fué comprado, y por la sacratísima humanidad de Cristo con que fué ennoblecido: pues que ningún esclavo hay tan bajo, que no sea libre y noble por la humanidad y sangre de Cristo.

Tenga pues el buen cristiano cuidado que los que tiene en su casa, estén libres de vicios conoscidos, como son enemistades, juegos, perjurios, blasfemias y deshonestidades. Y demás desto, que sepan la doctrina cristiana, y que guarden los mandamientos de la Iglesia, y señaladamente el de oir misa domingos y fiestas, y ayunar los días que son de ayuno, si no tuvieren algún legítimo impidimento, según que arriba fué declarado.

AVISO PRIMERO

DE LA ESTIMA DE LAS VIRTUDES PARA MAYOR ENTENDIMIENTO DESTA REGLA

CAPÍTULO XIV.

Así como al principio desta regla pusimos algunos preámbulos que para antes della se requerían, así después de ella conviene dar algunos avisos, para que mejor se entienda lo contenido en ella. Porque primeramente (como aquí se haya tratado de muchas maneras de virtudes) es necesario declarar la dignidad que tienen unas sobre otras, para que sepamos estimar cada cosa en lo que es, y dar á cada una su lugar. Porque así como el que trata en piedras preciosas, conviene que entienda el valor de ellas (porque no se engañe en el precio) y así como el mayordomo de un señor conviene que sepa los méritos de los que tiene en su casa, para que trate á cada uno según su merescimiento (porque lo contrario sería desorden y confusión) así el que trata en las margaritas de las virtudes, y el que (como buen mayordomo) ha de dar á cada una su derecho, conviene que para esto tenga muy entendido el precio de ellas: y para que cuando las cosas se encontraren, sepa cuáles ha de anteponer á cuáles, porque no venga á ser (como dicen) allegador de la ceniza y derramador de la harina, como á muchos acontesce.

Pues para esto es de saber que todas las virtudes de que hasta aquí habemos tratado, se pueden reducir á dos órdenes: porque unas son más espirituales y interiores, y otras más visibles y exteriores. En la primera orden ponemos las virtudes teologales, con todas las otras que señalamos para con Dios, y principalmente la caridad, que tiene el primer lugar (como reina) entre todas ellas. Y con éstas se juntan otras virtudes muy nobles y muy vecinas á éstas: que son, humildad, castidad, misericordia, paciencia, discreción, devoción, pobreza de espíritu, menosprecio del mundo, negamiento de nuestra propria voluntad, amor de la cruz y aspereza de Cristo, y otras semejantes á éstas,

que llamamos aquí (extendido este vocablo) virtudes. Y llamámoslas espirituales y interiores, porque principalmente residen en el ánimo: puesto caso que proceden también á obras exteriores: como paresce en la caridad y religión para con Dios, que aunque sean virtudes interiores, producen también sus actos exteriores para honra y gloria del mismo Dios.

Otras virtudes hay que son más visibles y exteriores: como son, el ayuno, la disciplina, el silencio, el encerramiento, el leer, rezar, cantar, peregrinar, oir misa, asistir á los sermones y oficios divinos, con todas las otras observancias y cerimonias corporales de la vida cristiana, ó religiosa. Porque aunque estas virtudes estén en el ánimo, pero los actos proprios de ellas, salen más afuera que los de las otras, que muchas veces son ocultos y invisibles: como son, creer, amar, esperar, adorar, contemplar, humillarse interiormente, dolerse de los pecados, juzgar discretamente, y otros actos semejantes.

Entre estas dos maneras de virtudes no hay que dudar sino que las primeras son más excelentes y más necesarias que las segundas con grandísima ventaja. Porque como dijo el Señor á la Samaritana: Mujer, créeme que es llegada ya la hora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre tales quiere que sean los que le adoran. Espíritu es Dios, y por eso los que le adoran, en espíritu y verdad conviene que le adoren. Esto es en romance claro lo que canta aquel versico tan celebrado en las escuelas de los niños: Pues que Dios es espíritu (como las Escripturas nos lo enseñan) por eso conviene que sea honrado con pureza y limpieza de espíritu. Por esto el profeta David, describiendo la hermosura de la Iglesia, ó del ánima que está en gracia, dice que toda la gloria y hermosura de ella está allá dentro escondida, donde está guarnecida con fajas de oro y vestida de diversos colores de virtudes. Lo mismo nos significó el Apóstol cuando dijo á su discípulo Timoteo: Ejercítate en la piedad, porque el ejercicio corporal para pocas cosas es provechoso, mas la piedad para todo vale: pues á ella se prometen los bienes desta vida y de la otra. Donde por la piedad entiende el culto de Dios y la misericordia para con los prójimos, y por el ejercicio corporal, la abstinencia y las otras asperezas corporales, como Sancto Tomás y Cayetano declaran sobre este paso.

Entendieron esta verdad hasta los filósofos gentiles: porque Aristóteles (que tan pocas cosas escribió de Dios) con todo eso dijo: Si los dioses tienen cuidado de las cosas humanas (como es razón que se crea) cosa verisímil es que se huelguen con la cosa más buena y semejante á ellos. Ésta es la mente ó el espíritu del hombre, y por esto los que adornaren este espíritu con el conoscimiento de la verdad y con la reformación de sus afectos, éstos han de ser muy agradables á Dios. Lo mismo sintió maravillosamente el príncipe de los médicos Galeno, el cual tratando en un libro de la composición y artificio del cuerpo humano, y llegando á un paso donde singularmente resplandecía la grandeza de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano, arrebatado en una profunda admiración de tan grandes maravillas, como olvidado de la profesión de médico y pasando á la de teólogo, exclamó diciendo: Honren los otros á Dios con sus hecatombas (que son sacrificios de cien bueyes) yo le honraré reconosciendo la grandeza de su sabiduría, que tan altamente supo ordenar las cosas: y la grandeza de su poder, que tan enteramente pudo poner por obra todo lo que ordenó: y la grandeza de su bondad, la cual de ninguna cosa tuvo envidia á sus criaturas, pues tan cumplidamente proveyó á cada una de todo lo que le cumplía, sin alguna manera de falta. Esto dijo este filósofo gentil. Dime, ¿qué más pudiera decir un perfecto cristiano? ¿Qué más dijera si hobiera leído aquel dicho del Profeta: Misericordia quiero y no sacrificio, y conoscimiento de Dios más que holocaustos? Muda las hecatombas en holocaustos, y verás la concordia que tuvo aquí el filósofo gentil con el Profeta.

Mas con todos estos loores que se dan á estas virtudes, las otras que pusimos en la segunda orden (dado caso que en la dignidad sean menores) pero son importantísimas para alcanzar las mayores y conservarlas, y algunas de ellas necesarias, por razón del precepto ó voto que en ellas entreviene. Esto se prueba claramente discurriendo por aquellas mismas virtudes que dijimos. Porque el encerramiento y la soledad excusa al hombre de ver, de oir, de hablar y de tratar mil cosas y tropezar en mil ocasiones, en las cuales se pone á peligro no sólo la paz y sosiego de la consciencia, sino también la castidad y la inocencia. El silencio ya se ve cuánto ayuda para conservar la devoción y excusar los pecados que se hacen hablando, pues dijo el Sabio que

en el mucho hablar no podían faltar pecados. El ayuno (demás de ser acto de la virtud de la temperancia, y ser obra satisfatoria y meritoria, si se hace en caridad) enflaquece el cuerpo, y levanta el espíritu, y debilita nuestro adversario, y dispone para la oración, lición y contemplación, y excusa los gastos y cobdicias en que viven los amigos de comer y beber, y las burlerías y y parlerías y porfías y disoluciones en que entienden después de hartos. Pues el leer libros sanctos, y oir semejantes sermones, y el rezar y cantar y asistir á los oficios divinos, bien se ve cómo éstos son actos de religión, y incentivos de devoción, y medios para alumbrar más el entendimiento y encender más el afecto en las cosas espirituales.

Pruébase también esto mismo por una experiencia tan clara, que si los herejes la miraran, no vinieran á dar en el extremo que dieron. Porque vemos cada día con los ojos y tocamos con las manos, que en todos los monesterios donde florece la observancia regular, y la guarda de todo lo exterior, siempre hay mayor virtud, mayor devoción, más caridad, más valor y ser en las personas, más temor de Dios, y finalmente más cristiandad: y por el contrario, donde no se tiene cuenta con esto, así como la observancia anda rota, así también anda la conciencia, y las costumbres, y la vida: porque como hay mayores ocasiones de pecar, así hay más pecados y desconciertos. De suerte que como en la viña bien guardada y bien cercada está todo seguro, y la que caresce de guarda y de cerca está toda robada y esquilmada, así está la religión cuando se guarda la observancia regular, ó no se guarda. Pues ¿qué más argumento queremos que éste, que precede de una tan clara experiencia, para ver la utilidad y importancia destas cosas?

Pues ya, si un hombre pretende alcanzar y conservar siempre aquella soberana virtud de la devoción (que siendo una sola virtud hace al hombre hábil y prompto para toda virtud y es como espuelas y estimulo no para un bien solo, sino para todo bien) ¿cómo será posible alcanzar y conservar este afecto tan sobrenatural y tan delicado, si se descuida en la guarda de sí mismo? Porque este afecto es tan delicado y (si sufre decirse) tan fugitivo, que á vuelta de cabeza no sé cómo luego desaparesce. Porque una risa desordenada, una habla demasiada, una cena larga, un poco de ira, ó de porfía, ó de otro cualquier distraimiento, un po-

nerse á querer ver, oir, ó entender en cosas no necesarias (aunque no sean malas) basta para agotar mucha parte de la devoción. De manera que no sólo los pecados, sino los negocios no necesarios y cualquier cosa que nos haga divertir de Dios, nos hace disminuir la devoción. Porque así como el hierro, para que esté hecho fuego, conviene que esté siempre ó cuasi siempre en el fuego (porque si lo sacáis de allí, de ahí á poco se vuelve á su frialdad natural) así este noble afecto depende tanto de andar el hombre siempre uñido con Dios por actual amor y consideración, que en desviándolo de allí, luego se vuelve al paso de la madre, que es á la disposición de su propria naturaleza.

Por donde el que trata da alcanzar y conservar este sancto afecto, ha de andar tan solícito en la guarda de sí mismo, esto es, de los ojos, de los oídos, de la lengua, del corazón, ha de ser tan templado en el comer y beber, ha de ser tan sosegado en todas sus palabras y movimientos, ha de amar tanto el silencio y la soledad, ha de procurar tanto la asistencia á los oficios divinos y todas aquellas cosas que le puedan despertar y provocar devoción, que mediante estas diligencias pueda conservar y tener seguro este tan precioso tesoro. Y si esto no hace, tenga por cierto que no le sucederá este negocio prósperamente.

Todo esto nos declara bastantemente la importancia de estas virtudes, dejando en su lugar y no derogando á la dignidad de las otras que son mayores. De lo cual todo se podrá colegir la diferencia que hay entre las unas y las otras, porque las unas son como fin, las otras como medio para este fin: las unas como salud, las otras como medicina con que se alcanza la salud. Las unas son como espíritu de la religión, las otras como el cuerpo de ella, que aunque es menor que el espíritu, es parte principal del compuesto y de que tiene necesidad para sus operaciones. Las unas son como tesoro, y las otras como llave con que se guarda este tesoro: las unas son como la fruta del árbol, y las otras como las hojas que adornan el árbol y conservan la fruta dél. Aunque en esto falta la comparación, porque las hojas del árbol de tal manera guardan el fruto, que no son parte del fruto: mas estas virtudes de tal manera son guarda de la justicia, que también son partes de justicia: pues todas éstas son obras virtuosas, que ejercitadas en caridad son merecedoras de gracia y gloria.

Ésta es pues, hermano, la estima que debes tener de las vir-

tudes de que en esta regla habemos tratado (que es lo que al principio deste capítulo propusimos) y con esta doctrina estaremos seguros de dos extremos viciosos, que es, de dos grandes errores que ha habido en el mundo en esta parte: el uno antiguo de los fariseos, y el otro nuevo de los luteranos. Porque los fariseos, como gente carnal y ambiciosa y como hombres criados en la observancia de aquella ley que aun era de carne, no hacían caso de la verdadera justicia (que consiste en las virtudes espirituales) como toda la historia del Evangelio nos lo muestra. Y así quedábanse (como dice el Apóstol) con la imagen sola de la virtud sin poseer la substancia de ella, paresciendo buenos en lo de fuera y siendo abominables en lo de dentro. Mas los luteranos agora por el contrario, entendiendo este engaño, por huir de un extremo vinieron á dar en otro, que fué, despreciar del todo las virtudes exteriores, cayendo (como dicen) en el peligro de Escila por huir el de Caribdis. Mas la verdadera y católica doctrina huye de estos dos extremos y busca la verdad en el medio: y de tal manera la busca, que dando su lugar y preeminencia á las virtudes interiores, da también el suyo á las exteriores, poniendo las unas como en la orden de los senadores, y las otras como en la de los caballeros y cibdadanos (que componen una misma república) para que se sepa el valor de cada cosa y se dé á cada una su derecho.

DE CUATRO DOCUMENTOS
QUE SE SIGUEN DESTA DOCTRINA SUSODICHA.

CAPÍTULO XV.

D.ESTA doctrina susodicha se infieren cuatro documentos muy importantes para la vida espiritual. El primero es que el perfecto varón y siervo de Dios no se ha de contentar con buscar solas las virtudes espirituales (aunque éstas sean las más nobles) sino debe también juntar con ellas las otras, así para la conservación de aquéllas como para conseguir enteramente el cumplimiento de toda justicia. Para lo cual debe considerar que así como el hombre no es ánima sola, ni cuerpo solo, sino cuerpo y ánima juntamente (porque el ánima sola sin el cuerpo no hace hombre perfecto, y el cuerpo sin el ánima no es más que un muladar de gusanos) así también entienda que la verdadera y perfecta cristiandad no es lo interior solo, ni lo exterior solo, sino uno y otro juntamente. Porque lo interior solo, ni se puede conservar sin algo ó mucho de lo exterior (según la obligación y estado de cada uno) ni basta para cumplimiento de toda justicia: mas lo exterior sin lo interior no es más parte para hacer á un hombre virtuoso, que el cuerpo sin ánima para hacerle hombre. Porque así como todo el ser y vida que tiene el cuerpo, recibe del ánima, así todo el valor y precio que tiene lo exterior, se recibe de lo interior, y señaladamente de la caridad.

Por donde el que quiere vivir desengañado, así como no apartaría el cuerpo del ánima si quisiese formar un hombre, así tampoco debe apartar lo corporal de lo espiritual si quiere hacer un perfecto cristiano. Abrace el cuerpo con el ánima juntamente, abrace el arca con su tesoro, abrace la viña con su cerca, abrace la virtud con los reparos y defensivos della (que también son parte de la misma virtud) porque de otra manera crea que se quedará sin lo uno y sin lo otro: porque lo uno no podrá alcanzar, y lo otro no le aprovechará, aunque lo alcance.

Acuérdese que así como la naturaleza y el arte (imitadora de naturaleza) ninguna cosa hacen sin su corteza y vestidura y sin sus reparos y defensivos para conservación y ornamento de las cosas, así tampoco es razón que lo haga la gracia, pues es más perfecta forma que éstas y hace sus obras más perfectamente. Acuérdese que está escrito que el que teme á Dios, ninguna cosa menosprecia, y que el que no hace caso de las cosas menores, presto cairá en las mayores. Acuérdese de lo que arriba dijimos, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, &c. Acuérdese de los peligros que allí señalamos de no hacer caso de cosas pequeñas, porque ése era el camino para no lo hacer de las grandes. Mire que en la orden de las plagas de Egipto tras de los mosquitos vinieron las moscas: para que por aquí entienda que el quebrantamiento de las cosas menores abre la puerta para las mayores: de suerte que el que no hace caso de los mosquitos que pican, presto vendrá á parar en las moscas que ensucian.

Documento segundo.

§. II.

POR aquí también se conoscerá en cuáles virtudes habemos de poner mayor diligencia, y en cuáles menor. Porque así como los hombres hacen más por una pieza de oro que por otra de plata, y más por un ojo que por un dedo de la mano, así conviene que repartamos la diligencia y estudio de las virtudes conforme á la dignidad y méritos de ellas. Porque de otra manera, si somos diligentes en lo menos y negligentes en lo más, todo el negocio espiritual irá desordenado. Por donde prudentísimamente hacen los perlados que así como en sus capítulos y ayuntamientos repiten muchas veces estas voces: silencio, ayuno, encerramiento, cerimonias, composición y coro, así y mucho más repiten éstas: caridad, humildad, oración, devoción, consideración, temor de Dios, amor del prójimo, y otras semejantes. Y tanto más conviene hacer esto, cuanto es más secreta la falta de lo interior que la de lo exterior, y por eso aun más peligrosa. Porque como los hombres suelen acudir más á los defectos que ven, que á los que

no ven, corre peligro no vengan por esta causa á no hacer caso de los defectos interiores, porque no se ven, y haciéndolo mucho de los exteriores, porque se ven.

Y demás desto las virtudes exteriores, así como son más visibles y manifiestas á los ojos de los hombres, así son más honrosas y más conoscidas dellos, como es la abstinencia, las vigilias, las disciplinas y el rigor y aspereza corporal. Mas las virtudes interiores, como es la esperanza, la caridad, la humildad, la discreción, el temor de Dios, el menosprecio del mundo, &c. son más ocultas á los ojos de los hombres: por donde, aunque sean de grandísima honra delante de Dios, no son de tanta honra en el juicio del mundo: porque como dijo el mismo Señor, los hombres ven lo que por de fuera parece, mas el Señor mira el corazón. Conforme á lo cual dice el Apóstol: No es agradable á Dios el que solamente en lo público es fiel y el que públicamente trae circuncidada su carne, sino el que en lo interior de su ánima es fiel y trae circuncidado su corazón, no con cuchillo de carne sino con el temor de Dios, cuya alabanza no es de los hombres (que no tienen ojos para ver esta espiritual circuncisión) sino de solo Dios. Pues como estas cosas exteriores sean tan aparentes y honrosas, y el apetito de la honra y de la propria excelencia sea uno de los más subtiles y más poderosos apetitos del hombre, corre gran peligro no nos lleve este afecto á mirar y celar más aquellas virtudes de que se sigue mayor honra, que de las que se sigue menor. Porque al amor de las unas nos llama el espíritu, mas al de las otras espíritu y carne juntamente, la cual es vehementísima y subtilísima en todos sus apetitos. Y siendo esto así, hay razón para temer no prevalezcan estos dos afectos contra uno y así le corran el campo. Contra lo cual se opone la luz desta doctrina, que aboga por la causa mejor y pide que sin embargo de todo esto se le dé su merecido, amonestando que se cele y encomiende con mayor diligencia lo que nos consta ser de mayor importancia.

Documento tercero.

§. III.

Por aquí también se entenderá que cuando alguna vez acaesciere encontrarse de tal manera las unas virtudes con las otras que no se pueda cumplir juntamente con ambas, que en

tal caso (conforme á la regla y orden que hay en los mismos mandamientos de Dios, cuando aciertan á encontrarse) dé lugar lo menor á lo mayor, porque lo contrario sería gran desorden y perversión. Esto dice S. Bernardo en el libro de la dispensación, por estas palabras: Muchas cosas instituyeron los padres para guarda y acrecentamiento de la caridad. Pues todo el tiempo que estas cosas sirvieren á la caridad, no se deben alterar ni variar. Mas si por ventura alguna vez acertasen á serle contrarias, ¿no está claro que sería muy justo que las cosas que se ordenaron para la caridad (cuando no se compadescen con ella) ó se dejasen, ó se interrumpiesen, ó se mudasen en otras por autoridad de aquéllos á quien esto incumbe? Porque de otra manera, perversa cosa sería si lo que se ordenó para la caridad, se guardase contra la ley de la caridad. Es pues la conclusión, que todas estas cosas deben permanecer estables y fijas en cuanto sirven y militan para esta virtud, y no de otra manera. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo, el cual alega para confirmación de lo dicho dos decretos, uno del papa Gelasio y otro de León. Por do parece (tornando á nuestro propósito) que si un sacerdote fuese idóneo para predicar y confesar, y hacer en esto mucho fructo, y él fuese de tal cualidad que no pudiese entender en esto sin que le dispensasen del coro, ó de los ayunos, ó de otras cosas semejantes, contra caridad sería si por ver el coro más lleno de cantores, ó por no dispensar en las cosas menores, se dejasen las mayores, cuales son los actos excelentes de la caridad. Porque esto sería tan gran desorden y perversión como si un hombre por amparar el brazo pusiese la cabeza á esperar el golpe del espada. Verdad es que este ejemplo particular no se debe entender en las órdenes monacales, que están dedicadas á la vida contemplativa (como es la Cartuja, &c.) porque éstas así como tienen otro instituto y otro fin, así tienen otras reglas y medios para conseguir su fin.

Cuarto documento.

§. IV.

De aquí también se puede colegir que hay dos maneras de justicia, una verdadera y otra falsa. Verdadera es la que abraza las cosas interiores con todas aquellas exteriores que para

conservación suya se requieren. Falsa la que retiene algunas de las exteriores sin las interiores, esto es, sin amor de Dios, sin temor, sin humildad, sin devoción, y sin otras semejantes virtudes, cual era la de los fariseos, á quien dijo el Señor: ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos, que pagáis muy escrupulosamente el diezmo de todas vuestras legumbres y hortalizas, y no hacéis caso de las cosas más importantes que manda la ley, que son juicio, y misericordia, y verdad! Y en otro lugar les dice que eran muy solícitos en los lavatorios de los platos y de las manos y en otras cosas semejantes, teniendo los corazones llenos de rapina y de maldad. Por donde en otro lugar les dice que eran como los sepulcros blanqueados, que de fuera parecían á los hombres hermosos, y dentro estaban llenos de huesos de muertos.

Ésta es la manera de justicia que tantas veces reprehende el Señor en las Escripturas de los Profetas: porque por uno dellos dice así: Este pueblo con los labios me honra, y su corazón está lejos de mí. Sin causa y sin propósito me honran, guardando las doctrinas y leyes de los hombres y desamparando la ley que yo les di. Y en otro lugar: ¿Para qué quiero yo (dice Él) la muchedumbre de vuestros sacrificios? Lleno estoy ya de los holocaustos de vuestros carneros y de las enjundias de vuestros ganados. No me ofrezcáis de aquí adelante sacrificios en balde. Vuestro encienso me es abominación, vuestros ayuntamientos son perversos, vuestras calendas (que son las fiestas que hacéis al principio de cada mes) y las otras festividades del año aborresció mi ánima: molestas me son y enojosas, y paso trabajo en sufrirlas. Pues ¿qué es esto? ¿Condena Dios lo que Él mismo ordenó y tan encarescidamente mandó, mayormente siendo éstos actos de aquella nobilísima virtud que llaman religión, que tiene por oficio venerar á Dios con actos de adoración y religión? No por cierto: mas condena los hombres que se contentaban con solo esto sin tener cuenta con la verdadera justicia y con el temor de Dios, como luego lo significa diciendo: Lavaos, sed limpios, quitad la maldad de vuestros pensamientos delante de mis ojos, cesad de hacer maldad y aprended á hacer bien &c. y entonces yo perdonaré vuestros pecados y desterraré la fealdad y tizne de vuestras ánimas.

Y en otro lugar aun más encarescidamente repite lo mismo por estas palabras: El que me sacrifica un buey, es para mí como

si matase un hombre: el que me sacrifica otra res, como el que me despedazase un perro: el que me ofrece alguna ofrenda, como si me ofreciese sangre de puercos: el que me ofrece encienso, como el que bendijese á un ídolo. Pues ¿qué es esto, Señor? ¿Porqué tenéis por tan abominables las mismas obras que vos mandastes? Luego da la causa desto diciendo: Estas cosas escogieron en sus caminos para agradarme con ellas, y con todo esto se deleitaron en sus maldades y abominaciones. ¿Ves, pues, cuánto valen todas las cosas exteriores sin fundamento de lo interior? Á este mismo propósito por otro Profeta dice así: Quita de mis oídos el ruido de tus cantares, que no quiero oir la melodía de tus instrumentos músicos. Y aun en otro lugar más encarescidamente dice que derramará sobre ellos el estiércol de sus solemnidades. Pues ¿qué más que esto es menester para que entiendan los hombres lo que montan todas estas cosas exteriores, por altísimas y nobilísimas que sean, cuando les falta el fundamento de justicia, que consiste en el amor y temor de Dios, y aborrescimiento del pecado?

Y si preguntares, ¿qué es la causa por que tanto afea Dios esta manera de servicios, comparando los sacrificios con homicidios, y el encienso con la idolatría, y llamando ruido al cantar de los psalmos, y estiércol á las fiestas de sus solemnidades? La respuesta es: porque demás de ser estas cosas de ningún merescimiento (cuando carescen del fundamento que ya dijimos) toman muchos de ellas ocasión para soberbia, y presunción, y menosprecio de los otros que no hacen lo que ellos hacen, y (lo que peor es) por aquí vienen á tener una falsa seguridad causada de aquella falsa justicia, que es uno de los grandes peligros que puede haber en este camino, porque contentos con esto no trabajan ni procuran lo demás. ¿Quieres ver esto muy claro? Mira la oración de aquel fariseo del Evangelio, que decía así: Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, robadores, adúlteros, injustos, como lo es este publicano. Ayuno dos días cada semana y pago fielmente el diezmo de todo lo que poseo. Mira, pues, cuán claramente se descubren aquí aquellas tres peligrosísimas rocas que dijimos. La presumpción, cuando dice: no soy yo como los otros hombres: el menosprecio de los otros, cuando dice: como este publicano: la falsa seguridad, cuando dice que da gracias á Dios por aquella manera de vida que

vivía, pareciéndole que estaba seguro en ella y que no tenía por qué temer.

De donde nasce que los que de esta manera son justos, vienen á dar en un linaje de hipocresía muy peligrosa. Para lo cual es de saber que hay dos maneras de hipocresía: una muy baja y grosera, que es la de aquéllos que claramente ven que son malos y muéstranse en lo de fuera buenos, para engañar el pueblo. Otra hay más subtil y más delicada, con que el hombre no sólo engaña á los otros, sino también engaña á sí mismo, cual era la deste fariseo, que realmente con aquella sombra de justicia, no sólo había engañado á los otros, sino también á sí mismo: porque siendo de verdad malo, él se tenía por bueno. Ésta es aquella manera de hipocresía de que dijo el Sabio: Hay un camino que parece al hombre derecho, y con esto va á parar en la muerte. Y en otro lugar, entre cuatro géneros de males que hay en el mundo, cuenta éste diciendo: La generación que maldice á su padre, y no bendice á su madre: la generación que se tiene por limpia, y con todo esto no está limpia de sus pecados: la generación que trae los ojos altivos, y levanta sus párpados en alto: la generación que tiene por dientes cuchillos, y se traga los pobres de la tierra. Estos cuatro géneros de personas cuenta aquí el Sabio entre las más infames y peligrosas del mundo, y entre ellas cuenta ésta de que aquí hablamos, que son los hipócritas para sí mismos, que se tienen por limpios siendo sucios, como lo era este fariseo.

Éste es un estado de tan gran peligro, que verdaderamente sería menos mal ser un hombre muy malo, y tenerse por tal, que ser desta manera justo, y tenerse por seguro. Porque cuanto quiera que sea un hombre malo, principio es en fin de salud el conoscimiento de la enfermedad. Mas el que no conosce su mal, el que estando enfermo no se quiere tener por tal, ¿cómo sufrirá la medicina? Por esta razón dijo el Señor á los fariseos que los publicanos y las malas mujeres les precederían en el reino de los cielos. Donde en el griego leemos preceden, de presente: por donde aun está más claro lo que decimos. Esto mismo nos representan muy á la clara aquellas tan escuras y temerosas palabras que dijo el Señor en el Apocalipsi: Ojalá fueses, ó bien frío, ó bien caliente: mas porque eres tibio, comenzarte he á echar de mi boca. Pues ¿cómo es posible que caya en deseo de Dios ser un

hombre frío? Y ¿cómo es posible que sea de peor condición el tibio que el frío, pues está más cerca del caliente? Oye agora la respuesta. Caliente es aquél que con el fuego de la caridad que tiene, posee todas las virtudes así interiores como exteriores, de que ya dijimos: frío es aquél que así como carece de caridad, así carece de lo uno y de lo otro, así de lo interior como exterior: tibio es aquél que tiene parte de ambos los extremos, porque tiene algo de lo exterior, y ninguna cosa de lo interior, á lo menos de caridad. Pues danos aquí á entender el Señor que este tal es de peor condición que el que está del todo frío, no por ventura porque tenga más pecados que él, sino porque es más incurable su mal, porque tanto está más lejos del remedio, cuanto se tiene por más seguro. Porque de aquella justicia superficial que tiene, toma ocasión para creer de sí que es algo, como quiera que á la verdad sea nada. Y que éste sea el sentido literal destas palabras, evidentemente se ve por lo que luego encontinente se sigue: porque explicando el Señor más claramente á quién llamaba tibio, dijo: Dices que eres rico y que no te falta nada para la verdadera justicia, y no entiendes que eres mezquino, y miserable, pobre, y ciego, y desnudo. ¿No te paresce que ves en estas palabras debujada la imagen de aquel fariseo que decía: Dios, gracias te doy que no soy yo como los otros hombres &c? Verdaderamente éste es el que se tenía en su corazón por rico de riquezas espirituales, pues por esto daba gracias á Dios: mas sin dubda él era pobre, ciego y desnudo, pues dentro estaba vacío de justicia, lleno de soberbia y ciego para no conocer su propria culpa.

Tenemos, pues, aquí ya declarado cómo hay dos maneras de justicia, una falsa y otra verdadera, y cuán grande sea la excelencia de la verdadera, y cuánto el peligro de la falsa. Y no piense nadie que se ha perdido tiempo en gastar en esto tantas palabras: porque pues el sancto Evangelio (que es la más alta de todas las Escrituras divinas, y la que singularmente es espejo y regla de nuestra vida) tantas veces reprehende esta manera de justicia, y lo mismo hacen tantas veces los Profetas (como arriba declaramos) no era razón que pasásemos en esta regla livianamente por lo que tantas veces repiten y encarecen las Escrituras divinas. Mayormente que los peligros claros y manifiestos quienquiera los conoce (porque son como las rocas que están en

la mar descubiertas) y por esto tienen menos necesidad de doctrina: mas los ocultos y disimulados (como los bajos que están cubiertos con el agua) ésos es razón que estén más claramente señalados y marcados en la carta del marear, para no peligrar en ellos.

Y no se engañe nadie diciendo que entonces era esta doctrina necesaria, porque reinaba mucho este vicio, y agora no: porque antes creo que siempre el mundo fué cuasi de una manera, porque unos mismos hombres, y una misma naturaleza, y unas mismas inclinaciones, y un mismo pecado original en que todos somos concebidos (que es la fuente de todos los pecados) forzado es que pára unos mismos delictos: porque donde hay tanta semejanza en las causas de los males, también la ha de haber en los mismos males Y así los mismos vicios que había entonces en tales y tales géneros de personas, ésos mismos hay agora, aunque alterados algún tanto los nombres de ellos: así como las comedias de Plauto ó de Terencio son las mismas que fueron mil años ha, puesto caso que cada día (cuando se representan) se mudan las personas que las representan.

De donde así como entonces aquel pueblo rudo y carnal pensaba que tenía á Dios por el pie, cuando ofrecia aquellos sacrificios, y ayunaba aquellos ayunos, y guardaba aquellas fiestas literalmente y no espiritualmente, así hallaréis agora muchos cristianos que oyen cada domingo su misa, y rezan por sus horas y por sus cuentas, y ayunan cada semana los sábados á nuestra Señora, y huelgan de oir sermones y otras cosas semejantes: y con hacer esto (que á la verdad es bien hecho) tienen tan vivos los apetitos de la honra, y de la cobdicia, y de la ira, como todos los otros hombres que nada desto hacen. Olvídansse de las obligaciones de sus estados, tienen poca cuenta con la salvación de sus domésticos y familiares, andan en sus odios y pasiones y pundonores, y no se humillarán ni darán á torcer su brazo por todo el mundo. Y aun algunos dellos hay que tienen quitadas las hablas á sus prójimos, á veces por livianas causas, y muchos también pagan muy mal las deudas que deben á sus criados y á otros. Y si por ventura les tocáis en un punto de honra, ó de interese, ó de cosa semejante, veréis luego desarmado todo el negocio y puesto por tierra. Y algunos de éstos son muy largos en rezar muchas coronas de Avemarías, y muy estrechos en dar limosna

y hacer bien á los necesitados. Y otros hallaréis que por todo el mundo no comerán carne el miércoles y otros días de devoción: y con esto murmuran sin ningún temor de Dios, y degüellan cruelísimamente los prójimos. De manera que siendo muy escrupulosos en no comer carne de animales (que Dios les concedió) ningún escrúpulo tienen de comer carnes y vidas de hombres, que Dios tan caramente les prohibió. Porque verdaderamente una de las cosas que más había de celar el cristiano, es la fama y honra de su prójimo: de que éstos tienen muy poco cuidado, teniéndolo tanto de cosas sin comparación menores.

Esto y otras cosas semejantes no me puede negar nadie sino que cada día pasan entre los hombres del mundo y entre los de fuera del mundo. Y pues éste es tan grande y tan universal engaño, necesaria cosa era dar este desengaño, mayormente pues no todos los que tienen por oficio darlo, lo dan. Y por esto convenía que con doctrina clara se supliese esta falta, para aviso de los que desean acertar este camino.

Y para que el cristiano lector se aproveche mejor de lo dicho y no venga á enfermar con la medicina, conviene que tome primero el pulso á su espíritu y condición, para ver á lo que es más inclinado. Porque hay unas doctrinas generales, que sirven para todo género de personas, como las que se dan de la caridad, humildad, paciencia, obediencia &c. Otras hay particulares, que son para remedios particulares de personas, que no arman tanto á á otras. Porque á un muy escrupuloso es menester alargarle algo la conciencia, mas al que es largo de conciencia, es menester estrechársela: al pusilánime y desconfiado conviene predicar de la misericordia, al presumptuoso de la justicia, y así á todos los demás, según nos lo aconseja el Eclesiástico, diciendo que tratemos con el injusto de la justicia, con el temeroso de la guerra, con el invidioso del agradescimiento, con el inhumano de la humanidad, con el perezoso del trabajo, y así con todos los demás.

Pues según esto, como haya dos diferencias de personas, unas que se acuestan más á lo interior, sin hacer tanto caso de lo exterior, y otras que se inclinan más á lo exterior, sin tener tanta cuenta con lo interior, á los unos conviene encarecer lo uno, y á los otros lo otro: para que así vengan á reducirse los humores á debida proporción. Nos en esta doctrina de tal manera templamos el estilo, que cada cosa pusiésemos en su lugar, levantando

las cosas mayores sin perjuicio de las menores, y encargando las menores sin agravio de las mayores. Y desta manera estaremos libres de aquellas dos peligrosísimas rocas que aquí habemos querido derribar: la una de los que precian tanto lo interior, que desprecian lo exterior: y la otra de los que abrazando mucho lo exterior, se descuidan en lo interior, mayormente en el temor de Dios y aborrecimiento del pecado.

La suma, pues, deste negocio sea fundarnos en un profundísimo temor de Dios, que nos haga tremer de solo el nombre del pecado. Y quien éste tuviere muy arraigado en su ánima, téngase por dichoso, y sobre este fundamento edifique lo que quisiere. Mas el que se hallare fácil para cometer un pecado, téngase por miserable, ciego y malaventurado, aunque tenga todas las aparencias de sanctidad que hay en el mundo.

SEGUNDO AVISO

CAPÍTULO XVI.

El segundo aviso sirve para no juzgar unos á otros en la manera de vida que cada uno tiene. Para lo cual es de saber que como sean muchas las virtudes que se requieren para la vida cristiana, unos se dan más á unas, y otros á otras. Porque unos se dan más á aquellas virtudes que ordenan al hombre para con Dios, que por la mayor parte pertenecen á la vida contemplativa: otros á las que nos ordenan para con el prójimo, que pertenecen á la activa: otros á las que ordenan al hombre consigo mismo, que son más familiares á la vida monástica.

Item, como todas las obras virtuosas sean medios para alcanzar la gracia, unos la procuran más por un medio, y otros por otro. Porque unos la buscan con ayunos y disciplinas y asperezas corporales, otros con limosnas y obras de misericordia, otros con oraciones y meditaciones continuas: en el cual medio hay tanta variedad, cuantos modos hay de orar y meditar: porque unos se hallan bien con un linaje de oraciones y meditaciones, y otros con otras: y así como hay infinitas cosas que meditar, así hay infinitos modos de meditación, entre los cuales aquél es mejor para cada uno, en que halla mayor devoción y más provecho.

Pues acerca desto suele haber un muy común engaño entre personas virtuosas: y es, que los que han aprovechado por alguno destos medios, piensan que como ellos medraron por allí, que no hay otro camino para medrar con Dios sino sólo aquél y ése querían enseñar á todos: y tienen por errados á los que por allí no van, pareciéndoles que no hay más de un camino solo para el cielo. El que se da mucho á la oración, piensa que sin esto no hay salud. El que se da mucho á ayunos, parécele que todo es burla sino ayunar. El que se da á la vida contemplativa, piensa que todos los que no son contemplativos, viven en gran-

dísimo peligro: y toman esto tan por el cabo, que algunos vienen cuasi á deshacer, ó á lo menos á tener en poco la vida activa. Por el contrario los activos, como no saben por experiencia qué es lo que pasa entre Dios y el ánima en aquel ocio de la contemplación, y ven el provecho palpable que se sigue de la vida activa, y como el Evangelio dice que en el día del juicio se ha de dar el reino de los cielos á los que se dan á esta vida, deshacen cuanto pueden la vida contemplativa, y apenas pueden aprobar vida contemplativa pura, si no es compuesta de la una y de la otra: como si esto fuese fácil de hacer á quienquiera. Asimismo el que se da á la oración mental, parécele que toda otra oración sin ésta es infructuosa: y el que á la vocal, dice que ésta es de mayor trabajo y que así será de mayor provecho.

De suerte que cada buhonero (como dicen) alaba sus agujas: y así cada uno con una tácita soberbia y ignorancia (sin ver lo que hace) alaba á sí mismo, engrandesciendo aquello en que él tiene más caudal. Y asi viene á ser el negocio de las virtudes como el de las sciencias: en las cuales cada uno alaba y levanta sobre los cielos aquella sciencia en que él reina, apocando y deshaciendo todas las otras. El orador dice que no hay otra arte en el mundo que iguale con la elocuencia: el astrólogo, que no la hay tal como la que trata del cielo y de las estrellas: el filósofo dice otro tanto: el que se da á la Escriptura divina dice mucho más, y con mayor razón: el que al estudio de las lenguas (porque sirven para la Escriptura) dice lo mismo: el teólogo escolástico no se contenta con el lugar de en medio, sino pone su silla sobre todos. Y á ninguno le faltan razones, y grandes razones, para creer que su sciencia es la mejor y más necesaria. Pues esto que se halla en las sciencias tan descubiertamente, se halla en las virtudes, aunque más disimuladamente: porque cada uno de los amadores de las virtudes por un cabo desea acertar en lo mejor, y por otro busca lo que más arma con su naturaleza, y de aquí nace que lo que á él está mejor, cree que es mejor para todos, y el zapato que á él viene justo, cree que también vendrá justo á todos los otros.

Pues desta raíz nascen los juicios de las vidas ajenas, y las divisiones y scismas espirituales entre los hermanos, creyendo los unos de los otros que van descaminados, porque no van por el camino que ellos van. Cuasi en este engaño vivían los de Corin-

to: los cuales habiendo recibido muchos y diversos dones de Dios, cada uno tenía el suyo por mejor, y así se anteponían unos á otros, preferiendo unos el don de las lenguas, otros de la profecía, otros la interpretación de las Escripturas, otros el hacer miraglos, y así todos los demás.

Contra este engaño no hay otra mejor medicina que aquélla de que el Apóstol usa en esta Epístola contra esta dolencia. Donde copiosísimamente declara cómo el Espíritu Sancto quiso que la Iglesia fuese un perfectísimo y hermosísimo cuerpo, digno de tal cabeza como es Cristo: por lo cual así como en un cuerpo conviene que haya diversos miembros, los cuales tengan entre sí diversísimas figuras y oficios, así conviene que en este cuerpo místico haya esta misma variedad en diversos grados y maneras de vidas, para que de todos ellos resulte una común fábrica deste cuerpo, y una común consonancia y armonía de diversas voces. En lo cual (demás de la hermosura de la obra) resplandece también la grandeza de la bondad y misericordia divina, que así como desea comunicarse á todos, y llevar á todos á su reino, así no quiso que hubiese para esto un solo camino, sino muchos y diversos, según la diversidad de las condiciones y corazones de los hombres: para que así les fuese más fácil este negocio, y nadie se pudiese excusar de andar este camino.

Pues quien esto atentamente considerare, dejará á cada uno en su llamamiento: esto es, dejará el pie ser pie, y á la mano ser mano, y no querrá ni que todos sean pies, ni todos manos. Esto es lo que tan largamente pretendió persuadir el Apóstol en la Epístola susodicha, y esto mismo es lo que nos aconseja cuando dice: El que no come, no menosprecie al que come. Porque por ventura aquél que no come tendrá por una parte necesidad de comer, y por otra quizá tendrá otra virtud más alta que ésa que tú tienes, de que tu carecerás: por donde en lo uno no tendrá culpa, y en lo otro te hará ventaja. Porque así como no menos sirven para el canto los puntos que están en regla, que los que están en espacio, así no menos sirven á la consonancia y música espiritual de la Iglesia el que come que el que no come, y el que parece que está ocioso que el que está ocupado, si en su ocio trabaja por alcanzar con qué pueda después edificar á su prójimo.

Esto mismo nos encomienda muy encarescidamente S. Ber-

nardo, avisando que excepto aquéllos á quien es dado ser jueces y presidentes en la Iglesia, nadie se entremeta en querer escudriñar ni juzgar la vida de nadie, ni comparar la suya con la de nadie: porque no le acaezca lo que al monje que tenía por agravio que su pobreza se igualase con las riquezas de Gregorio: á quien fué dicho que más rico era él con una gatilla que tenía, que el otro con tantas riquezas.

TERCER AVISO

CAPÍTULO XVII.

El postrer aviso sea éste, que porque en esta regla se han puesto muchas maneras de virtudes y documentos para reglar la vida, y nuestro entendimiento no puede comprehender muchas cosas juntas, para esto conviene procurar una virtud general que las comprehenda todas, y supla (según es posible) las veces de todas, que es, una perpetua solicitud y vigilancia y una continua atención á todo lo que hobiéremos de hacer y decir, para que todo vaya nivelado con el juicio de la razón. De suerte que así como cuando un embajador hace una habla delante de un grande senado, en un mismo tiempo está atento á las cosas que ha de decir, y á las palabras con que las ha de decir, y á la voz y á los meneos del cuerpo, y á otras cosas semejantes, así el siervo de Dios trabaje (cuanto le sea posible) por traer consigo una perpetua atención y vigilancia para mirar por sí y por todo lo que hace, para que hablando, callando, preguntando, respondiendo, negociando, en la mesa, en la plaza, en la iglesia, en casa y fuera de casa, esté como con un compás en la mano, midiendo y compasando sus obras, sus palabras y pensamientos, con todo lo demás: para que todo vaya conforme á la ley de Dios, y al juicio de la razón, y al decoro y decencia de su persona. Porque como sea tanta la distancia que hay entre el bien y el mal, y Dios haya impreso en nuestras ánimas una luz y conoscimiento de lo uno y de lo otro, apenas hay hombre tan simple, que si mira atentamente lo que hace, no se le trasluzga poco más ó menos lo que debe hacer: y así esta atención y solicitud sirve por todos los documentos desta regla, y de muchas otras.

Ésta es aquella solicitud que nos encomendó el Espíritu Sancto cuando dijo: Guarda, hombre, á ti mismo y á tu ánima solícitamente. Ésta es la tercera parte de las tres que señaló el profeta Miqueas (según que arriba alegamos) que es andar solícito

con Dios: la cual es un continuo cuidado y atención de no hacer cosa que sea contra su sancta voluntad. Esto nos significa la muchedumbre de ojos que tenían aquellos misteriosos animales de Ecequiel: con los cuales nos dan á entender la grandeza de la atención y vigilancia con que debemos militar en esta milicia, donde hay tantos enemigos y tantas cosas á que acudir y proveer. Esto nos representa aquella postura de los setenta caballeros esforzados que guardaban el lecho de Salomón, los cuales tenían las espadas sobre el muslo á punto de desenvainar: para dar á entender esta manera de atencion y vigilancia con que conviene que ande el que anda siempre entre tantos enjambres y escuadrones de enemigos.

La causa desta tan grande solicitud es (demás de la muchedumbre de los peligros) la alteza y delicadeza deste negocio, mayormente en aquéllos que anhelan y procuran arribar á la perfección de la vida espiritual. Porque conversar y vivir como Dios meresce, y guardarse limpio y sin mancilla deste siglo, y vivir en esta carne sin tizne de carne, y conservarse sin reprehensión y sin querella para el día del Señor (como dice el Apóstol) son cosas tan altas y tan sobrenaturales, que todo esto es menester y mucho más, y aun Dios y ayuda.

Mira pues la atención que tiene un hombre cuando está haciendo alguna obra muy delicada: porque ésta es la más delicada obra que se puede hacer, y la que pide mayor atención. Mira también de la manera que anda el que lleva en las manos un vaso muy lleno de un precioso licor, para que no se le vierta nada: mira el tiento que lleva el que pasa un río por unas piedras mal asentadas, para no caer ó no mojarse en el agua: y sobre todo mira el que lleva el que anda paseándose por una maroma, para no declinar un punto á la diestra ni á la siniestra por no caer: y desta manera trabaja siempre por andar (mayormente á los principios hasta hacer hábito) con tanto cuidado y atención, que ni hables una palabra, ni tengas un pensamiento, ni hagas un meneo que desdiga un punto (en cuanto fuere posible) de la línea de la virtud.

Para esto da Seneca un muy familiar y maravilloso consejo, diciendo que debía el hombre deseoso de la virtud imaginar que tiene delante sí alguna persona de grande veneración y á quien tuviese mucho acatamiento, y hacer y decir todas las cosas como las haría y diría si realmente lo tuviera delante.

Otro medio hay para esto mismo no menos conveniente que el pasado, que es pensar el hombre que no tiene más que solo aquel día de vida, y hacer todas las cosas como si creyese que aquel mismo día en la noche hobiese de parecer ante el tribunal de Cristo y dar cuenta de sí.

Pero muy más excelente medio es andar siempre (en cuanto sea posible) en la presencia del Señor, y traerlo ante los ojos, pues en hecho de verdad Él está en todo lugar presente) y hacer todas las cosas como quien tiene tal majestad, tal testigo y tal juez delante, pidiéndole siempre gracia para conversar de tal manera que no sea indigno de tal presencia. De suerte que esta atención que aquí aconsejamos, ha de tirar á dos blancos, el uno á mirar interiormente á Dios y estar delante dél adorándole, alabándole, reverenciándole, amándole, dándole gracias y ofreciéndole siempre sacrificio de devoción en el altar de nuestro corazón, y el otro, mirar todo lo que hacemos, pensamos y decimos: para que de tal manera hagamos nuestras obras, que en ninna cosa nos desviemos de la senda de la virtud. De suerte que con el uno de los dos ojos habemos de mirar á Dios pidiéndole gracia, y con el otro á la decencia de nuestra vida usando bien de ella. Y así habemos de emplear la luz que Dios nos dió, en la consideración de las cosas divinas y en la rectificación de las obras humanas, estando por una parte atentos á Dios, y por otra á todo lo que debemos hacer.

Y aunque esto no se pueda hacer siempre, á lo menos procuremos que sea con la mayor continuación que pudiéremos, pues esta manera de atención no se impide con los ejercicios corporales, antes en ellos está el corazón libre para hurtarse muchas veces de los negocios y esconderse en las llagas de Cristo.

CUARTO AVISO

DE LA FORTALEZA QUE SE REQUIERE PARA ALCANZAR LAS VIRTUDES

CAPÍTULO XVIII.

EL precedente aviso nos proveyó de ojos para mirar atentamente lo que debemos hacer: éste nos proveerá de brazos, que es, de fortaleza, para poderlo hacer. Porque como haya dos dificultades en la virtud, la una en distinguir y apartar lo bueno de lo malo, y la otra en vencer lo uno y proseguir lo otro, para lo uno se requiere atención y vigilancia, y para lo otro fortaleza y diligencia: y cualquiera destas dos cosas que falte, queda imperfecto el negocio de la virtud, porque ó quedará ciego, si falta la vigilancia, ó manco, si faltare la fortaleza.

Esta fortaleza no es aquélla que tiene por oficio templar los atrevimientos y temores (que es una de las cuatro virtudes cardinales) sino es una fortaleza general que sirve para vencer todas las dificultades que nos impiden el uso de las virtudes: y por esto anda siempre en compañía dellas como con la espada en la mano, haciéndoles camino por doquiera que van. Porque la virtud (como dicen los filósofos) es cosa ardua y dificultosa, y por esto conviene que tenga siempre á su lado esta fortaleza, para que le ayude á vencer esta dificultad. De donde, así como el herrero tiene necesidad de traer siempre el martillo en las manos, por razón de la materia que labra, que es dura de domar, así también el hombre virtuoso tiene necesidad desta fortaleza como de un martillo espiritual, por razón desta dificultad que en la virtud se halla. Por donde, así como el herrero sin martillo ninguna cosa haría, así tampoco el amador de las virtudes sin fortaleza, por la misma razón. Si no, dime, ¿cuál de las virtudes hay que no traiga consigo algún especial trabajo y dificultad? Míralas todas una por una, la oración, el ayuno, la obediencia, la templanza, la pobreza de espíritu, la paciencia, la castidad, la humildad: todas ellas finalmente siempre tienen alguna dificultad aneja ó

por parte del amor proprio, ó por parte del enemigo, ó por parte del mismo mundo. Pues quitada esta fortaleza de por medio, ¿qué podrá el amor de la virtud desarmado y desnudo? Por do parece que sin esta virtud todas las otras están como atadas de pies y manos para no poderse ejercitar.

Y por esto tú, hermano mío, que deseas aprovechar en las virtudes, haz cuenta que el mismo Señor de las virtudes te dice también á ti aquellas palabras que dijo á Moisén, aunque en otro significado: Toma esta vara de Dios en la mano, que con ella has de hacer todas las señales y maravillas con que has de sacar á mi pueblo de Egipto. Ten por cierto que así como aquella vara fué el instrumento de todas aquellas maravillas, y la que dió cabo á aquella jornada tan gloriosa, así esta vara de virtud y fortaleza es la que ha de vencer todas las dificultades que el amor de nuestra carne y el enemigo nos han de poner delante y hacernos salir al cabo con esta empresa tan gloriosa. Y por esto nunca esta vara se ha de soltar de la mano, pues ninguna destas maravillas se puede hacer sin ella.

Por lo cual me parece avisar aquí de un grande engaño que suele acaescer á los que comienzan de nuevo á servir á Dios. Los cuales como leen en algunos libros espirituales cuán grandes sean las consolaciones y gustos del Espíritu Sancto y cuánta la suavidad y dulzura de la caridad, creen que todo este camino es de deleites, y que no hay en él fatiga ni trabajo, y así se disponen para él como para una cosa fácil y deleitable: de manera que no se arman como para entrar en batalla, sino vístense como para ir á una fiesta. Y no miran qne aunque el amor de Dios de suyo es muy dulce, el camino para él es muy agro: porque para esto conviene vencer el amor proprio y pelear siempre consigo mismo, que es la mayor pelea que puede ser. Lo uno y lo otro significó el Profeta Isaías cuando dijo: Sacúdete del polvo, levántate y asiéntate, Hierusalem. Porque en el asentar es verdad que no hay trabajo, mas hailo en el sacudir el polvo de las afecciones terrenales y en levantarnos del pecado y sueño que dormimos, que es lo que se requiere para venir á esta manera de asiento.

Aunque también es verdad que provee el Señor de grandes y maravillosas consolaciones á los que fielmente trabajan y á todos aquéllos que trocaron ya los placeres del mundo por los

del cielo. Mas si este trueque no se hace, y el hombre todavía no quiere soltar de las manos la presa que tiene, crea que no le darán este refresco, pues sabemos que no se dió el maná á los hijos de Israel en el desierto hasta que se les acabó la harina de Egipto.

Pues tornando al propósito, los que no se armaren desta fortaleza, ténganse por despedidos de lo que buscan, y sepan cierto que mientras no mudaren los ánimos y el propósito, nunca lo hallarán. Crean que con trabajos se gana el descanso, y con batallas la corona, y con lágrimas el alegría, y con el aborrescimiento de sí mismo el amor suavísimo de Dios. Y de aquí nasció reprehenderse tantas veces en los Proverbios la pereza y negligencia, y alabarse tanto la fortaleza y diligencia (como en otra parte declaramos) porque sabía muy bien el Espíritu Sancto, autor desta doctrina, cuán grande impedimento para la virtud era lo uno, y cuán grande ayuda lo otro.

De los medios por donde se alcanzará esta fortaleza.

§. II.

MAS por ventura preguntarás: ¿qué medio para alcanzar esa fortaleza, pues también ella es dificultosa como las otras virtudes? Porque no en balde comenzó el Sabio aquel su abecedario tan lleno de doctrina espiritual, por esta sentencia: Mujer fuerte ¿quién la hallará? El valor de ella es sobre todos los tesoros y piedras preciosas traídas dende los últimos fines de la tierra.

Pues ¿por qué medios podremos alcanzar cosa de tan gran valor? Primeramente considerando este mismo valor, porque sin dubda cosa es de gran valor la que tanto ayuda para alcanzar el tesoro inestimable de las virtudes. Si no, dime: ¿qué es la causa por que los hombres del mundo huyen tanto de la virtud? No es otra sino la dificultad que hallan en ella: porque por lo demás ¿qué cosa hay más honesta, ni más honrosa, ni más hermosa, ni más provechosa que la virtud? Sola la dificultad que hay en ella, es la que hace desmayar á los cobardes y perezosos. Dice el perezoso: El león está en el camino, en medio de las plazas tengo de ser muerto. Y en otra parte añade el mismo Sabio di-

ciendo: El loco mete las manos en el seno y come sus carnes, diciendo: más vale un poquito con descanso que las manos llenas con aflicción y trabajo. Pues como no haya otra cosa que nos aparte de la virtud sino sólo esta dificultad, teniendo fortaleza con que vencer esta dificultad, luego es conquistado el reino de las virtudes. Pues ¿quién no tomará aliento y se esforzará á conquistar esta fuerza, la cual ganada, es ganado el reino de las virtudes, y con él el de los cielos, el cual no pueden ganar sino sólo los esforzados? Con esta misma fortaleza es vencido el amor proprio con todo su ejército: y echado fuera este enemigo, luego es allí aposentado el amor de Dios, ó por mejor decir, el mismo Dios, pues (como dice S. Juan) quien está en caridad, está en Dios.

Aprovecha también para esto el ejemplo de muchos siervos de Dios que agora vemos en el mundo pobres, desnudos, descalzos y amarillos, faltos de sueño, y de regalo, y de todo lo necesario para la vida. Algunos de los cuales desean y aman tanto los trabajos y asperezas, que así como los mercaderes andan á buscar las ferias más ricas, y los estudiantes las universidades más ilustres, así ellos andan á buscar los monesterios y provincias de mayor rigor y aspereza donde hallen no hartura sino hambre, no riquezas sino pobreza, no regalo de cuerpo sino cruz y mal tratamiento de cuerpo. Pues ¿qué cosa más contraria á los nortes del mundo y á los deseos de las gentes, que andar á buscar un hombre por tierras extrañas arte y manera cómo ande más hambriento, más pobre, más remendado y desnudo? Obras son éstas contrarias á carne y á sangre, mas muy conformes al espíritu del Señor.

Y más particularmente aprovecha y también condena nuestros regalos el ejemplo de los mártires, que con tales y tan crudos géneros de tormentos conquistaron el cielo. Apenas hay día que no nos proponga la Iglesia algún ejemplo déstos, no tanto por honrar á ellos con la fiesta que les hace, cuanto por aprovechar á nosotros con el ejemplo que nos da. Un día nos proponen un mártir asado, otro desollado, otro ahogado, otro despeñado, otro atenazado, otro desmembrado, otro aradas las carnes con sulcos de hierro, otro hecho un erizo con saetas, otro echado á freir en una tina de aceite, y otros de otras maneras atormentados. Y muchos dellos pasaron no por un solo género

de tormento sino por todos aquellos que la naturaleza y compostura del cuerpo humano podía sufrir. Porque á muchos de la prisión pasaban á los azotes, y de los azotes á las brasas, y de las brasas á los peines de hierro, y de allí al cuchillo, que sólo bastaba para acabar la vida, mas no la fe ni la fortaleza.

Pues ¿qué diré de las artes y invenciones que la ingeniosa crueldad, no ya de los hombres, sino de los demonios, inventó para combatir la fe y fortaleza de los espíritus con el tormento de los cuerpos? Á unos después de cruelísimamente llagados, hacían acostar en una cama de abrojos y de cascos de tejas muy agudas, para que por todas partes el cuerpo tendido recebiese en un punto mil heridas y padesciese un dolor universal en todos los miembros, y así fuese combatida la fe con un ejército de dolores extraños. Á otros hacían pasear con las plantas desnudas sobre carbones encendidos. Á otros arrastraban por cardos y rastrojos atados á las colas de caballos no domados. Para otros inventaban ruedas horribles cercadas de navajas muy agudas, para que estando en lo alto el cuerpo fijo, esperase el encuentro de toda aquella orden de navajas que lo despedazasen. Á otros tendían en unos ingenios de madera que para esto tenían hechos, y estirados allí fuertemente los cuerpos, los araban de alto á bajo con garfios de hierro. ¿Qué diré, sino que aun no contenta la ferocidad de los tiranos con todos estos ensayes de tormentos, vino á inventar otro más nuevo, que fué atar por los pies al mártir á las ramas de dos grandes árboles abajándolas violentamente hasta el suelo, para que soltándolas después y resurtiendo á sus lugares llevasen volando por los aires cada una su pedazo de cuerpo? Mártir hubo en Nicomedia (y como este hubo otros innumerables) á quien después de haber azotado tan crudamente que no sólo habían rasgado ya la piel y los cueros, sino que ya los azotes habían comido mucha parte de la carne y llegado á descubrir por muchas partes los huesos blancos entre las heridas coloradas: y acabado este tormento le regaron las llagas con vinagre y las polvorearon con sal, y no contentos con esto, viendo aun que todavía estaba el ánima en el cuerpo, le tendieron sobre unas parrillas al fuego, y allí le volteaban de una banda á otra con horcas de hierro, hasta que así asado ya y tostado el sagrado cuerpo envió el espíritu á Dios. De manera que los perversos homicidas pretendían otra cosa aun más cruel que

la muerte (que es la última de las cosas terribles) porque no pretendían tanto matar como atormentar con tantos y tan horribles martirios que sin herida ninguna de muerte hiciesen partir las ánimas de los cuerpos á poder de tormentos.

No eran, pues, estos mártires de otros cuerpos que los nuestros, ni de otra masa y composición que la nuestra, ni tenían por ayudador otro Dios que el que nosotros tenemos, ni esperaban otra gloria que la que todos esperamos. Pues si éstos con tales y tantas muertes compraron la vida eterna, ¿cómo nosotros por la misma causa no mortificaremos siquiera los malos deseos de nuestra carne? Si aquéllos morían de hambre, ¿por qué tú no ayunarás un día? Si aquéllos perseveraban enclavados en la cruz orando, ¿porqué tú no perseverarás un rato de rodillas en oración? Si aquéllos tan fácilmente dejaban cortar y despedazar sus miembros ¿porqué tú no cercenarás y mortificarás tus apetitos y pasiones? Si aquéllos estaban tanto tiempo encerrados en cárceles escuras, ¿y porqué tú no estarás siquiera un poco recogido en la celda? Si aquéllos así dejaban arar sus espaldas, ¿porqué tú alguna vez por Cristo no desciplinarás las tuyas?

Y si aun estos ejemplos no bastan, alza los ojos á aquel sancto madero de la Cruz, y mira quién es Aquél que allí está padesciendo tan crueles tormentos por tu amor. Mirad (dice el Apóstol) á Aquél que tan grandes encuentros recibió de los pecadores, porque no os canséis ni desmayéis en los trabajos. Espantoso ejemplo es éste por doquiera que lo quisieres mirar. Porque si miras los trabajos, no pueden ser mayores: si á la persona que los padece, no puede ser más excelente: si á la causa por que los padece, ni es por culpa suya (porque Él es la misma inocencia) ni por necesidad suya (porque Él es señor de todo lo criado) sino por sola caridad y amor. Y con ser esto así, padeció en su cuerpo y ánima tan grandes tormentos, que todas las pasiones de los mártires y de todos los hombres del mundo no igualan con ellos. Cosa fué ésta de que se espantaron los cielos, y tembló la tierra, y se despedazaron las piedras, y sintieron todas las cosas insensibles. Pues ¿como será el hombre tan insensible que no sienta lo que sentieron los elementos? Y ¿como será tan ingrato, que no procure de imitar algo de aquello que se hizo por su ejemplo? Porque por esto (como dijo el mismo Señor) convenía que Cristo padesciese y así entrase en su gloria, porque pues

había venido al mundo para guiarnos al cielo, que pues el camino para él era la cruz, que fuese Él en la delantera crucificado, para que así tomase esfuerzo el vasallo para pasar los menores trabajos, pues veía á su Rey cargado de los mayores.

Pues ¿quién será tan ingrato, ó tan regalado, ó tan soberbio, ó tan desvergonzado, que viendo al Señor de la majestad con todos sus amigos y escogidos caminar con tanto trabajo, que quiera él ir en una litera y gastar la vida en regalos? Mandaba el rey David á Urías, que venía de la guerra, ir á dormir y descansar á su casa y cenar con su mujer, y el buen criado respondió: El arca de Dios está en las tiendas, y los siervos del Rey mi señor duermen sobre la haz de la tierrra, ¿y iré yo á mi casa á comer y beber y descansar? Por la salud tuya y por la de tu ánima tal cosa no haré. ¡Oh fiel y buen criado, tan digno de ser alabado cuan indignamente muerto! Pues ¿cómo tú, cristiano, viendo de la manera que ves á tu Señor en la cruz, no tendrás este mismo comedimento? El arca de Dios hecha de madera de cedro incorruptible padece dolores y muerte: ¿y tú buscas regalos y descanso? Aquel arca donde estaba el maná y el pan de los ángeles escondido, gustó hiel y vinagre por ti: ¿y tú buscas deleites y golosinas? Aquel arca donde estaban las tablas de la ley (que son todos los tesoros de la sabiduría y sciencia de Dios) es vituperada y tenida por locura: ¿y tú buscas honras y alabanzas? Y si no basta el ejemplo desta arca mística para confundirte, junta con ella los trabajos de los siervos de Dios que duermen sobre la haz de la tierra: conviene saber, los ejemplos y pasiones de tantos sanctos, de tantos profetas, y mártires, y confesores, y vírgines, que con tantos dolores y asperezas pasaron esta vida, como lo cuenta uno dellos, diciendo así: Los sanctos padescieron escarnios, azotes, prisiones y cárceles: fueron apedreados, aserrados, tentados y muertos á cuchillo. Anduvieron pobremente vestidos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos, de los cuales el mundo no era merecedor. Vivían en las soledades y desiertos, en las cuevas y concavidades de la tierra, y todos ellos en medio destos trabajos fueron probados y hallados fieles á Dios.

Pues si ésta fué la vida de los sanctos y (lo que más es) del Sancto de los sanctos, no sé yo por cierto con qué título ni por cuál privilegio piensa alguno de ir á donde ellos fueron, si no va

por el camino que ellos caminaron, que fué de cruz y de trabajos. Y por tanto, hermano mío, si deseas ser compañero de su gloria, procura serlo de su pena: si quieres reinar con ellos, procura también de padecer con ellos.

Todo esto sirve para exhortarte á esta noble virtud de fortaleza, para que así seas imitador de aquella sancta ánima, de quien se dice que ciñó sus lomos con fortaleza y esforzó sus brazos para el trabajo: y para que trayas siempre este propósito en el corazón, escribe en las paredes de tu celda estas palabras del Salvador:

El reino de los cielos padesce fuerza, y los esforzados son los que lo arrebatan.

Item éstas del mismo Señor:

Quienquiera que quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame.

Item éstas del Sancto Job:

La cruz eligió mi ánima, y la muerte desearon mis huesos.

Para este mismo propósito sirve el segundo preámbulo que antes desta regla pusimos, y el capítulo en que hablamos de la mortificación de las pasiones y del odio sancto de sí mismo, para que con todas estas exhortaciones y socorros concibamos esta determinación y fortaleza, con la cual es luego allanado el camino de la virtud.

Esto es, cristiano lector, lo que por agora me paresció que te debía avisar para la institución y orden de tu vida: mas porque todo esto es poco, según lo mucho que en esta parte había que decir, quise añadir aquí estas breves Reglas que se siguen, para autorizar con ellas esta escritura y suplir con ellas todas las faltas y imperfecciones que por mi parte ha habido en ella.

FIN DE LA REGLA

SÍGUESE

UNA BREVE REGLA DE VIDA CRISTIANA

QUE EL REVERENDÍSIMO P. F. TOMÁS DE VILLANUEVA

ARZOBISPO DE VALENCIA

ENVIÓ Á UNA PERSONA NOBLE Y VIRTUOSA.

PRIMERAMENTE debe vuesa merced ante todas las cosas procurar la limpieza de su ánima, trabajando por traer la consciencia limpia de todo linaje de pecado mortal y venial grave, con todo cuidado, aviso y diligencia: sobre la cual limpieza se funda el espíritu, como sobre oro fino el rusicler. Esta pureza es el primer fundamento de todo bien, por la cual se asegura la consciencia y la salvación, y en ésta se ha de emplear todo nuestro cuidado y estudio. Valen para alcanzar esta pureza las cosas siguientes:

Clausura y recogimiento de cuerpo y de sentidos, apartar conversaciones de mundanos y visitaciones demasiadas y sin provecho, ocupación continua en buenas obras, limpiar muy á menudo el ánima con el escoba de la confesión, comulgar á menudo, tomarse cuenta á la noche de cómo ha vivido el día, pedir al Señor gracia para ello con lágrimas y gran deseo, y otras cosas desta manera. Ninguna persona debe reposar hasta haber alcanzado de Dios esta virtud, para contenerse de todo pecado mortal. Ésta es la mejor y mayor jornada para el cielo.

Lo segundo que debe hacer, es, ofrecer y resignar á sí mismo y á todas sus cosas (que es todo cuanto tiene y sabe y puede) á Dios, subjectándose á él de tal manera, que si supiese cuál es su voluntad y de qué es él más servido y agradado, luego lo haría y pondría por obra, aunque todo el mundo se lo estorbase. Esta manera de obediencia general es el fin y cumplimiento de toda justicia.

Lo tercero, debe conversar con Dios á menudo á solas en lugar apartado, abriéndole sus entrañas y derramando delante dél su corazón con palabras vivas y entrañables, con mucha re-

verencia y acatamiento, como criatura á su criador, descubriéndole sus faltas, quejándose de sus tibiezas y negligencias, considerando sus dones y beneficios y misericordias, su amor, su bondad, la gloria que le tiene aparejada, y razonando con Él más oyendo que hablando. Para esto basta recogerse á la oración, especialmente á las mañanas (que es cuando el sentido está más descansado y más vivo) por la puerta que le abrieren, que es, ó por la contrición y dolor de los pecados, ó por el agradescimiento de los beneficios divinos, ó por la meditación de la sagrada pasión. Tome lo que le dieren, y téngalo en mucho, porque se lo den otra vez. Esta familiaridad con Dios es el venero de toda riqueza espiritual y el tesoro de toda virtud.

Lo cuarto, tenga muy gran cuidado y aviso de no perder el tiempo y este momento de vida de que depende nuestra eternidad. Siempre esté ocupado en Dios, empleando el día en oir misa, y misas (si hay oportunidad para ello) y óigalas devotísimamente, y asimismo en rezar sus devociones, conversar con Dios á solas (como dicho es) á ratos en liciones espirituales y meditaciones profundas de sus pecados, de la pasión, del engaño de los mortales, de la brevedad y falacia desta vida, de la eternidad de la otra, y en leer ejemplos de sanctos, maravillándose de las virtudes que tuvieron: variando estos ejercicios, porque no le causen hastío. Otro rato será bien entender en obras activas, visitar hospitales y enfermos, curarlos y darles lo necesario con toda caridad, sirviendo á Cristo en cada uno dellos: otro rato en labor de manos para iglesias y altares, labrando ó cosiendo, & cætera. Otro rato hablando con alguna persona espiritual que le despierte á bien vivir, lo cual también sirve de una lícita y sancta recreación. Desta manera siempre faltará día. Y para que el valor del tiempo le dé espuelas á bien obrar, ponga en su oratorio estas palabras, y piénselas muy bien:

Momentum unde pendet æternitas.

Lo quinto, de tal manera abrace la vida contemplativa, que no deje la activa. Porque para todo hay tiempo: y no deje sus limosnas y piedad para con los pobres, dando por sus manos á Dios lo que sobra de lo necesario para su casa y persona.

Lo sexto, que mientras tuviere enfermedades, no siga asperezas corporales, porque no se haga inútil y más enfermo: báste-

le sufrir con paciencia sus enfermedades por agora: y cuando Dios le diere fuerzas, podrá con moderación llevar la cruz de la penitencia. Por agora procure aprovechar en las virtudes espirituales, que son las más perfectas: como son, caridad, humildad, paciencia, mansedumbre, paz de corazón, gozo en el Espíritu Sancto, menosprecio de sí y del mundo, recogimiento, y castidad, y otras semejantes, las cuales no estorba la enfermedad.

Lo séptimo, que rompa con el mundo, si quiere agradar á Dios: y huya las conversaciones de las gentes, si quisiere conversar con Dios: y desprecie todos los gozos y pasatiempos corporales, si quiere gustar de los espirituales: olvídese de quién es, y téngase por esclavo de Jesucristo. Huya de toda vanidad y cumplimiento de honra: no se le dé nada porque le reprehendan y tengan en poco por esto los amadores del mundo. Haga lo que cumple al servicio del eterno Dios: aquí ponga todo su corazón, y luego despreciará todo lo demás. Nunca se aparte de su memoria gloria y pena para siempre sin fin. Sea firme y constante en lo que comenzare, y no siervo tibio y perezoso.

Lo octavo, quite toda afición y amor demasiado de criatura: sobre todos los que ama, ame á Dios y por Dios, y deje siempre el corazón libre y desocupado para Él.

Lo último, tenga mucho cuidado (si tiene casa) que todos sus súbditos vivan bien, y que sean bien tratados. No siga muchos pareceres: asiente en un estilo de vida, y sígalo.

SÍGUESE

OTRA BREVE REGLA DE VIDA CRISTIANA

COMPUESTA POR

EL REVERENDO PADRE MAESTRO IOANNES DE AVILA

Lo primero que debe hacer el que desea agradar á nuestro Señor, es, tener dos ratos buenos entre día y noche diputados para oración. El de la mañana para pensar en el misterio de la pasión, y el de la noche para acordarse de la muerte, considerando muy despacio y con mucha atención cómo se ha de acabar esta vida y cómo ha de dar cuenta de la más chica palabra ociosa que hobiere hablado, con otras cosas semejantes. Y así cumplirá el consejo de la sancta Escritura que dice: Acuérdate de tus postrimerías, y no pecarás jamás.

Lo segundo sea, que trabaje por traer siempre su memoria en algún buen pensamiento, porque el demonio le halle siempre ocupado, y ande siempre con una memoria que Dios le mira, trabajando de andar siempre compuesto con reverencia delante tan gran Señor, gozándose de que su Majestad sea en sí mismo tan lleno de gloria como es. Desta manera le traían presente aquellos Padres del Testamento viejo, los cuales juraban diciendo: Vive el Señor delante de quien estoy. Por do parece que traían consigo esta memoria: y es mucha razón que así la traya él, pues trae consigo un ángel que está siempre delante de Dios, cuya Majestad hinche todo lo criado, diciendo el mismo Dios: Yo hincho el cielo y la tierra. Y pues en todo lugar está Dios tan poderoso y tan sabio y tan glorioso como en el cielo, en todo lugar es razón que nuestra alma le adore, para que ninguna criatura nos mueva á ofenderle.

El tercero sea, que trabaje de confesar y comulgar á menudo, por imitar aquel sancto tiempo de la primitiva Iglesia, cuando comulgaban de ocho á ocho días los fieles. De cuya memoria quedó agora el pan bendito que dan á los domingos con la paz:

para que cuando vea sacar aquel pan, se acuerde que la frialdad nuestra causó que se diese aquel pan bendito, y no el mismo Sanctísimo Sacramento, como antes daban, según parece por muchas historias.

El cuarto documento sea, que asiente en su corazón muy fijo que si al cielo quiere ir, que ha de pasar muchos trabajos y que ha de ser escarnecido y perseguido de muchos, conforme á aquel dicho de nuestro Redemptor: Si á mí persiguieron, á vosotros perseguirán: para que estando así armado, no le aparten de sus buenos ejercicios las malas lenguas, ni los contrarios que dondequiera ha de hallar, sino como hombre que ya lo sabe, no se le haga nueva una cosa tan cierta á todos los que sirven á Dios: sino mire á Cristo nuestro Redemptor y á todos los sanctos, que fueron por aquí: y baje la cabeza sin alboroto ninguno, dejando los perros que ladren cuanto quisieren.

Sea el quinto, que ponga siempre sus ojos en sus faltas, y deje de mirar las ajenas, conforme á aquel dicho de nuestro Señor: Hipócrita, ¿porqué miras la paja en el ojo de tu hermano, y no consideras tú la viga que tienes atravesada en el tuyo? No tenga cuenta más de con sus proprios defectos, y si algo viere en el prójimo digno de reprehensión, no se indigne contra él, sino compadézcase de él, porque la sanctidad verdadera dice S. Gregorio que es compadescerse de los pecados, y la falsa indignarse contra ellos. Si son personas que tomarán su corrección, corríjalas caritativamente, conociéndose por hombre de la misma masa de Adam: y si no lo son, vuélvase á Dios, suplicándole que los remedie, y dándole gracias porque ha guardado á él de pecado semejante, hallándose muy obligado á servir al Señor que de este mal le libró, en el cual él también cayera, si el Señor no le guardara.

Sea el sexto, que trabaje lo más que pudiere por hacer alguna caridad cada día á algún prójimo, acordándose de aquella sentencia del Redemptor que dice: En esto conocerán todos si sois mis discípulos, si os amáredes unos á otros. Y conforme á esto debe también tener memoria cada día de rogar á Dios por la Iglesia, que con tanta costa redimió.

Sea el séptimo, que pida siempre á Dios perseverancia, acordándose de el dicho de nuestro Redemptor, que el que perseverare hasta la fin, será salvo. Y así ponga sus ojos en la muer-

te, teniendo delante que si hasta allí no dura en la virtud, que todo lo que hiciere se perderá. Y así quite siempre los ojos del bien que hiciere, y póngalos en lo que le quedaba por hacer, para que lo hecho no le ensoberbezca, y lo por hacer le ponga humildad y cuidado de pedir á Dios gracia para cumplirlo. Y tema siempre no sea él uno de aquéllos que dijo el Salvador que se habían de resfriar en la caridad, porque había de abundar la malicia. Como vemos que muchos hacen, que la mucha maldad que ven por ese mundo en tanta abundancia, les es ocasión de dejar los buenos ejercicios que comenzaron, y saliéndose de Sodoma (como la mujer de Lot) por tornar la cabeza atrás se quedan hechos estatuas de sal, su alma endurecida para el bien, y sabrosa y apetitosa para el mal.

Sea el octavo, que en todas sus obras busque la gloria de Dios, y no su consuelo ni su provecho: para que aunque se halle seca su alma y desconsolada, no por eso deje sus sanctos ejercicios, con que Dios se glorifica y se sirve. Y así ordene cuanto hiciere á que Dios sea glorificado, conforme al consejo de S. Pablo que dice: Ora comáis, ó bebáis, ó hagáis otra cualquier cosa, todo lo haced para gloria de Dios. Y pues las obras naturales, como el comer y beber, dice el Apóstol que se hagan para gloria de Dios, mucha más razón es que se haga la oración y lo demás. Y así pretendiendo solo esto, no le desconsolará mucho la sequedad, que á muchos desconsuela y hace aflojar en el servicio de Dios, habiendo de ser entonces más diligentes en la guarda de sí mismos y más solícitos en escudriñar si han hecho algún pecado por el cual el Señor los dejase así desconsolados, y proveer en esto con diligencia, pues las más veces nace el tal desconsuelo de soberbia, ó murmuración, ó pláticas vanas, que aunque parecen pequeña culpa, todavía desconsuelan el alma.

Sea el nono, que huiga muy de raíz toda compañía que no le trajere provecho: porque della sale todo el mal que á nuestra ánima lastima, porque (como dice el Profeta) la garganta de los malos es como una sepultura abierta de donde siempre salen hedores de muerte. Y por esto, siempre debe huir la compañía de los tales: porque si en ello mira, nunca hablan sino palabras conformes á la muerte que sus ánimas dentro de sí tienen, y á mejor librar, cuando las palabras son cuerdas al parecer dellos, entonces son nocivas al prójimo, diciendo mal y murmurando. Lo cual

debe él con gran cuidado huir, reprehendiéndolo si es persona que aprovechará, y si no, mostrándole un semblante triste: porque dice S. Bernardo que dubda él cuál peca más, el que murmura, ó el que oye de buena gana murmurar. Debe luego, por no caer en este pecado, mostrar mala cara y no oir al murmurador: porque viendo su semblante, cesará su murmuración, porque (como dice San Hierónimo) pocas veces uno murmura, cuando ve que el oyente oye de mala gana.

El décimo y último sea, que de tal manera obre bien, que ponga sus ojos y confianza en los merecimientos de Jesucristo, no mirando á lo que hace, sino á la muerte y pasión del Redemptor: porque sin Él todo es poco lo que hacemos. Quiero decir, que el valor de nuestras obras nasce de los merecimientos de Jesucristo, y de la gracia que por Él se nos da: y así debe lanzar toda soberbia y vanagloria de su corazón, por muchas obras buenas que le parezca hazer, porque (si bien mira en ello) hallará que por la mayor parte todo cuanto hace va mezclado de mil imperfecciones, por donde más tenemos por qué pedir perdón al Señor por la mala manera de obrar, que por dónde esperar el galardón por la substancia de las obras. Porque mirada su majestad, delante cuyo acatamiento tiemblan los serafines, van nuestras obras tan tibias, tan sin reverencia y con tanta mezcla de imperfecciones, que está muy claro aceptarlas Dios por el amor de su unigénito Hijo. Y así quitada toda liviandad de corazón, acabada la buena obra, preséntese delante de Dios, pidiéndole perdón del desacato y poca reverencia con que la hizo, y ofrezca á Jesucristo al eterno Padre, confiando que por amor de aquel Señor el Padre eterno aceptará aquella obra con que le hobiere servido. De esta manera vivirá humilde y confiado: porque el verdadero camino para el cielo dice un doctor que es obrar bien y no presumir de sí, sino poner su confianza en Cristo.

SÍGUESE

EL SERMÓN DEL SEÑOR EN EL MONTE

CON ALGUNOS OTROS PEDAZOS DE DOCTRINA SACADOS

DEL SANTO EVANGELIO Y DE LAS EPÍSTOLAS DE S. PABLO

PRÓLOGO

SABIDA cosa es que entre todas las doctrinas que están escritas, la más alta y más divina es la que salió por la boca de aquella eterna Sabiduría que nos habla en el Evangelio: y entre todas las doctrinas del Evangelio, la más provechosa es aquélla que el Señor predicó en el monte (que recuenta el evangelista S. Mateo en tres capítulos de su evangelio) y la que predicó á los discípulos cuando los envió á predicar, y cuando se despidió dellos en el Sermón de sobrecena. Y por esto me pareció sería cosa conveniente, para mayor luz y cumplimiento desta doctrina, juntar con ella estas palabras de vida: pues está claro que cuanto fueron enseñadas por más alto Maestro, tanto son de mayor auctoridad y tanto serán merecedoras de mayor atención y reverencia. Así que, pues hasta aquí habemos oído á los ministros de Dios, oyamos agora al mismo Dios, que habla por boca de su unigénito Hijo: si hasta aquí habemos bebido de los chorrillos de la sabiduría humana, bebamos agora de la misma fuente de vida: y si teníamos en poco las palabras salidas del pecho de un hombre mortal, tengamos en mucho las que salieron de aquel almario donde están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y sciencia de Dios.

Entendía aquel gran filósofo Platón que Dios merecía ser venerado y honrado sobre todas las cosas, y decía que ninguna cosa había más excelente que aquella virtud que se llama religión, con la cual veneramos á Dios: mas no sabía él con qué manera de culto y veneración había de ser honrado: y por esto dice que deseaba ser discípulo de quien le enseñase con qué género de

ritos y cerimonia agradaría á aquella soberana Majestad: porque veía al mundo muy vario y perplejo en este negocio. Pues quienquiera que este deseo tuviere, aquí le presentamos el unigénito Hijo de Dios salido del pecho del eterno Padre, para dar nuevas al mundo de lo que allí dentro pasa, y para dar noticia á los hombres, de las cosas que más agradan y deleitan á aquellas beatísimas entrañas de donde él salió.

Ésta es la regla de las reglas, y la doctrina de las doctrinas, y la medida con que se han de reglar y medir todas las otras reglas y institutos de vida: porque cuanto más se llegaren á ésta y mejor encaminaren todos sus ritos y cerimonias á alcanzar el cumplimiento della, tanto serán más acertadas, y cuanto más se desviaren désta, tanto menos lo serán. Lo que aquí principalmente se enseña, es, caridad, humildad, castidad, mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, limosna, oración, pureza de intención, limpieza de corazón, pobreza de espíritu, menosprecio de mundo, mortificación de apetitos, y negamiento de sí mismo y de su voluntad, con otras virtudes semejantes que tan á menudo se predican y encarescen en el Evangelio. Pues cuanto las vidas de los hombres y las reglas humanas más se llegaren á esto, tanto serán más perfectas, y cuanto menos se allegaren, menos.

Resta luego que pues esta doctrina es de tanta dignidad, que todas las veces que nos llegáremos á leerla, nos lleguemos con aquel acatamiento y reverencia que llegaríamos á unas preciosas reliquias que hobiesen tocado en el mismo cuerpo de Cristo: porque pues estas palabras salieron de su mismo pecho, no menos se deben tener por reliquias, que las que tocaron en su sacratísimo cuerpo, sino mucho más. Acordémonos que está escrito: ¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde, y manso, y que tiembla de mis palabras? Y en otro lugar: Oíd (dice el Profeta) la palabra del Señor, los que treméis cuando la oís. Porque solo aquél digna y fructuosamente la oye, que desta manera la oye. Aparéjese, pues, el hombre cuando quisiere leer esta Escritura, haciendo primero oración al Señor, pidiendo lumbre para entenderla, espíritu para sentirla y fuerzas para obrarla: para que así le comprehenda aquella bendición del Señor que dice: Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.

§. I.

Por razón de la brevedad deste volumen no se pone aquí la declaración desta doctrina: bastará declarar algunos pasos que tienen necesidad de declaración, remitiendo lo demás al espíritu y devoción del que esto leyere.

En el número I, donde dice: Yo digo á vosotros, nota que por juicio entiende aquí el juzgado donde había pocos jueces, y era liviana la pena. Por concilio entiende el juzgado donde todos los jueces juzgaban, como en cosa de más calidad. Añade nuestro Redemptor sobre estos dos juicios el tormento del infierno.

En el número II, donde dice: Conciértate con tu adversario, nota que en esto se nos enseña con cuánta diligencia habemos de procurar que no se rompa la caridad, y el peligro que de no hacerlo, nos puede venir. Pónese por ejemplo señaladamente la materia de los pleitos, que suelen ser ocasiones de muchos males. Son en él particularmente reprehendidos los deudores avarientos que no quieren pagar lo que deben, sin pleitos y sin contiendas. Es ejemplo universal para otras muchas cosas.

En el número III, donde dice: Si tu ojo derecho, nota que aquí nos enseña con cuánto cuidado debemos excusar todas las ocasiones de pecados, aunque sea apartándonos de cosas de grande gusto y importancia, las cuales significó por nombre de ojos, y pies, y manos, mandándonos que no tengamos ley con nada desto, porque la tengamos con Dios: porque la naturaleza humana es tan flaca y tan inclinada al mal, que teniendo el objecto y la ocasión presente, es como milagro dejar de peligrar.

En el número IV, donde dice: Cuando oráredes, no gastéis muchas palabras, nota que no se reprehende aquí la oración larga y prolija (pues el Señor la hizo tal en el huerto) sino aquéllos que piensan que la razón total de ser oídos es mucho número de oraciones dichas sin espíritu y sin atención, creyendo que el valor de las oraciones es como el de los dineros, que cuando son muchos, valen más.

En el número V, donde dice: Cuando ayunas unge tu cabeza &c. no se entiende otra cosa más de que disimulemos y encubramos decentemente así el ayuno como cualquier otro bien que hiciéremos, por el peligro de la vanagloria.

En el número VI, donde dice: La candela de tu cuerpo es tu

ojo, nota que aquí habla de la intención en el bien obrar, la cual es lo que los ojos en el cuerpo: porque si los ojos están ciegos, todo el cuerpo y todos los miembros están ciegos, y por el contrario, si están claros y limpios. Así, pues, cuando la intención es pura y limpia, todo el cuerpo de la obra es limpio: mas si la intención es mala ó vana, tal es también el cuerpo de la obra que se hace con ella.

SÍGUESE
EL SERMÓN DEL SEÑOR EN EL MONTE
CONTENIDO
EN EL CAP. V, Y VI, Y VII DE S. MATEO



IENDO Jesús las compañas, subió en el monte: y como se hubiese asentado, llegáronse á Él sus discípulos, y abriendo su boca, enseñábalos, diciendo:

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque dellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos recibirán hartura.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por hacer lo que deben, porque dellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois cuando os injuriaren los hombres, y os persiguieren, y dijeren muchos males contra vosotros, y esto dijeren por mi causa y mintiendo. Alegraos y gozaos, porque vuestro premio es abundante en los cielos. Porque desta manera persiguieron á los Profetas que fueron ante vosotros.

Vosotros sois la sal de la tierra: y si la sal pierde su sabor, ¿con qué podrá ser salada? Para ninguna cosa aprovecha de ahí adelante, sino para que sea lanzada fuera y pisada de los hombres.

Vosotros sois luz del mundo. No puede la ciudad que está edificada en el monte, ser escondida: ni encienden la candela y la ponen debajo del almud, sino sobre el candelero, para que dé luz á todos los que están en casa. Desta manera resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria á vuestro Padre que está en los cielos.

No penséis que fué mi venida para destruir la Ley ó los Profetas. No vine para destruir la Ley, sino para cumplirla. Dígoos de verdad que antes pasará el cielo y la tierra que una jota ó un punto de la ley se deje de cumplir, hasta que todas las cosas sean hechas. Cualquiera, pues, que quebrantare uno de estos mandamientos pequeños, y así lo enseñare á los hombres, pequeño será llamado en el reino de los cielos. Mas el que obrare y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Dígoos de verdad que si no fuere mayor vuestra justicia que la de los escribas y fariseos, no podéis entrar en el reino de los cielos.

Oído habéis que fué dicho á los antiguos: no matarás, y cualquiera que matare quedará obligado á juicio. Yo digo á vosotros que cualquiera que se airare contra su hermano, será obligado á juicio. Y cualquiera que dijere contra su hermano apuntamiento de injuria, será obligado á concilio. Cualquiera que le dijere loco, será obligado á la llama del infierno.

Pues si llevares tu ofrenda al altar y ahí te viniere á la memoria que tu prójimo tiene alguna razón de enojo contra ti, deja allí la ofrenda delante del altar, y ve, y reconcíliate primero con tu hermano: y cuando esto hayas hecho, ve y ofrece tu ofrenda.

Conciértate con tu adversario de presto, entretanto que estuvieres en el camino con él, porque por ventura tu contrario no te lleve delante del juez, y el juez te entregue al ministro, y seas metido en la cárcel. Dígote de verdad que no saldrás de allí hasta que hayas pagado hasta el último cuatrín.

Oístes que fué dicho á los antiguos: No cometerás adulterio. Yo digo á vosotros que todo aquél que mirare á la mujer para codiciarla, ya cometió adulterio contra ella dentro de su cora-

zón. Pues si tu ojo derecho fuere escándalo para ti, sácalo y lánzalo fuera: porque mejor te será que uno de tus miembros perezca, que ser todo tu cuerpo echado en la llama del infierno. Y si tu mano derecha te escandalizare, córtala y alánzala de ti: porque mejor te será que perezca uno de tus miembros, que ser echado todo tu cuerpo en el infierno.

Dicho está: cualquiera que desechare á su mujer, déle carta de quitación. Yo digo á vosotros que todo aquél que dejare á su mujer, si no fuere por causa de fornicación, hace que ella sea adúltera, y el que se casare con ella comete adulterio.

Item, habéis oído que fué dicho á los antiguos: No te perjurarás, y cumplirás con el Señor lo que jurares. Yo digo á vosotros que en ninguna manera juréis: ni por el cielo, porque es trono de Dios: ni por la tierra, porque es estrado de sus pies: ni por Hierusalem, porque es ciudad del grande Rey. Ni tampoco jurarás por tu cabeza, porque no es en tu poder hacer un cabello blanco ó negro. Será, pues, vuestra habla sí por sí y no por no, porque lo que demás desto se añade, de mala raíz procede. Oído habéis que fué dicho: ojo por ojo y diente por diente. Yo digo á vosotros que no resistáis al mal: antes si alguno te diere una bofetada en tu maxila derecha, ofrécele la otra. Y al que quisiere contender contigo por pleito y llevarte tu sayo, déjale también la capa. Y si alguno te llevare por espacio de mil pasos, ve con él dos mil. Al que te pidiere, darás, y no desecharás al que te pidiere emprestado.

Oído habéis que fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Yo digo á vosotros: amad á vuestros enemigos, orad bien á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, haced oración por los que os perjudican y persiguen, porque seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual deja salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. Porque si solamente amáredes á los que os aman, ¿qué premio tenéis por esto? ¿Por ventura no hacen esto mismo los publicanos? Y si solamente saludáredes y tratáredes amigablemente á vuestros hermanos, ¿qué cosa de ventaja hacéis? ¿Por ventura no hacen esto mismo los publicanos? Seréis pues vosotros perfectos, como es perfecto vuestro Padre que está en los cielos.

Cap. vi.

MIRAD bien que no hagáis vuestra limosna en presencia de los hombres para ser vistos dellos, porque de otra manera no tenéis premio de mano de vuestro Padre que está en los cielos. De manera que cuando tú hicieres limosna, no vaya la trompeta pregonando delante de ti, de la manera que lo hacen los hipócritas en las congregaciones y conventículos, para ser de los hombres glorificados. Dígoos de verdad que ya tienen recibido su galardón. Mas tú cuando hicieres limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, porque tu limosna sea en secreto, y tu Padre que lo ve en secreto, te lo pagará en pública plaza.

Semejantemente cuando oráredes, no seréis como los hipócritas, que suelen estar orando en los ayuntamientos y rincones de las plazas, para que los vean los hombres. Dígoos de verdad que recibieron ya su galardón. Pues tú, cuando oras, entra en tu retraimiento y cerrada tu puerta haz oración á tu Padre en oculto, y tu Padre que lo ve en oculto, te dará en público el galardón.

Y cuando oráredes, no gastéis muchas palabras, como hacen los gentiles, pensando que por hablar mucho serán oídos. No seáis pues semejantes á ellos, porque bien sabe vuestro Padre lo que habéis menester antes que le pidáis. Oraréis pues en esta forma: Padre nuestro que estás en los cielos, tu nombre sea sanctificado. Venga el tu reino. Hágase en la tierra tu voluntad, así como se hace en el cielo. Nuestro pan de cada día dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos á nuestros deudores. Y no nos traigas en tentación, sino líbranos del mal. Amén. Porque si perdonáredes sus pecados á los hombres, el Padre celestial perdonará á vosotros. Mas si vosotros no perdonáredes á los hombres, ni vuestro Padre perdonará á vosotros los vuestros.

Cuando ayunáredes, no os hagáis tristes como los hipócritas, los cuales demudan sus gestos, para que los hombres vean que ayunan. Dígoos de verdad que tienen recebido ya su galardón. Mas tú cuando ayunares, unge tu cabeza y lava tu rostro, para que los hombres no vean que ayunas, sino tu Padre que está en oculto, y este Padre que lo ve en secreto te dará, la paga en público.

No alleguéis vuestros tesoros en la tierra, donde la carcoma y la polilla corrompen y donde los ladrones cavan y hurtan: mas poned vuestros tesoros en el cielo, donde ni la carcoma ni la polilla corrompen, y donde los ladrones no cavan ni hurtan: porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.

La candela del cuerpo es el ojo. De manera que si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será resplandeciente, mas si fuere malo tu ojo, todo tu cuerpo será tenebroso. Pues si la lumbre que es en ti, son tinieblas, las mismas tinieblas ¿qué tan grandes serán?

Ninguno puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó allegarse ha al uno y menospreciará al otro. No podéis servir á Dios y á las riquezas.

Por tanto os digo que no seáis solícitos para vuestra vida de lo que habéis de comer y beber, ni para vuestro cuerpo de lo que habéis de vestir. ¿Por ventura no vale la vida más que el manjar, y el cuerpo más que la vestidura? Volved los ojos á las aves del cielo, que ni siembran, ni cojen, ni amontonan en las trojes, y vuestro Padre celestial les da de comer. ¿Por ventura no sois vosotros más aventajados que ellas? ¿Quién de vosotros con su solicitud puede añadir un cobdo á su estatura? Pues de la vestidura también ¿para qué tenéis congoja? Parad mientes en los lirios del campo cómo crecen sin trabajar ni hilar. Dígoos de verdad que ni Salomón en toda su gloria se vestió como uno déstos. Pues si el heno del campo, que hoy es y mañana lo echan en el horno, así viste Dios, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? Ansí que no tengáis congoja, diciendo qué comeremos ó qué beberemos ó con qué nos cubriremos, porque todas estas cosas buscan los gentiles. Sabe bien vuestro Padre celestial que de todas estas cosas tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y estas cosas todas se os añadirán. Ansí que no seáis solícitos para mañana, porque el día de mañana amanescerá con su solicitud. Bástale á cada día su propria fatiga.

Cap. vii.

No juzguéis, porque no seáis juzgados. No condenéis, porque no seáis condenados. Porque de la manera que juzgáredes, seréis juzgados: y con la medida que midiéredes, seréis medi-

dos. ¿Porqué estás atento á la paja que está en el ojo de tu hermano, y no ves la viga que está en el tuyo? ¿Cómo, veamos, dirás á tu hermano, espera, sacaré una pajuela de tu ojo, teniendo tú una viga en el tuyo? Hipócrita, alanza primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la pajuela del ojo de tu hermano.

No deis lo que es sancto á los perros, ni alancéis vuestras piedras preciosas ante los puercos, porque por ventura no las pisen con sus pies, y los perros vueltos contra vosotros os despedacen.

Pedid y daros han, buscad y hallaréis, llamad y abriros han: porque todo aquél que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama le abren. ¿Por ventura hay entre vosotros algún hombre que pidiéndole su hijo pan, le dé una piedra, ó que si le pidiere un pez, le dé una serpiente? Pues si vosotros siendo malos sabéis dar buenos dones á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas á quien se las pidiere?

Todo aquello que queréis vosotros que los otros hombres hagan con vosotros, aquello mismo haced vosotros con ellos: porque esto es la Ley y los Profetas.

Entrad por la puerta angosta: porque ancho y espacioso es el camino que lleva á la perdición, y muchos son los que entran por él. Porque angosta es la puerta y estrecha la carrera que lleva á la vida, y pocos son los que la hallan.

Guardaos atentamente de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestiduras de ovejas, y dentro son lobos robadores. Por sus fructos los conosceréis. ¿Por ventura cojen uvas de las espinas, ó higos de los abrojos? Pues desta manera todo buen árbol da buenos fructos, y el árbol podrido da mal fructo. No puede el buen árbol dar malos fructos, ni el malo buenos. Todo árbol que no da buen fructo, será cortado y echado en el fuego. Por sus obras, pues, los conosceréis.

No todo aquél que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en ellos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en nombre tuyo? ¿No alanzamos en tu nombre demonios, y hecimos en tu nombre muchas maravillas? Entonces responderles he: Nunca os conoscí: apartaos de mí los que obráis maldad.

Pues todo aquél que oye estas mis palabras y las pone por obra, será semejante á un varón sabio que edificó su casa sobre

peña: y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y combatieron aquella casa, y no cayó, porque estaba fundada sobre piedra. Por el contrario, todo aquél que oye estas mis palabras y no las pone por obra, será semejante á un hombre loco que edificó su casa sobre arena: y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y embistieron sobre aquella casa, y cayó, y fué grande su caída.

Y aconteció que como estas palabras acabase Jesús, se espantaron las compañas de su doctrina: porque los enseñaba como quien tiene potestad, y no como los letrados de la ley.

¶ Item en el capítulo XXV de S. Mateo, hablando el Señor de las obras de misericordia, dice así:

Cuando venga el Hijo del hombre en su majestad, y todos los ángeles con él, entonces se asentará sobre la silla de su majestad: y juntarse han delante dél todas las gentes, y apartará los unos de los otros de la manera que el pastor aparta las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas á la diestra y los cabritos á la siniestra. Entonces dirá el Rey á los que estuvieren á su diestra: Venid, benditos de mi padre, y tomad el reino que os está aparejado dende el principio del mundo. Porque tuve hambre, y dístesme de comer: tuve sed, y dístesme de beber: era huésped, y recogístesme: estaba desnudo, y vestístesme: estaba enfermo, y visitástesme: estaba en la cárcel, y venistes á mí. Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos huésped, y te recogimos, ó desnudo, y te cubrimos? Ó ¿cuándo te vimos enfermo ó encarcelado, y venimos á ti? Y respondiendo el Rey, decirles ha: En verdad os digo que cuando esto hecistes á uno destos pequeñuelos hermanos míos, á mí lo hecistes. Entonces dirá también á los que estuvieren á su siniestra: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado al diablo y á sus ángeles: porque hube hambre, y no me distes de comer: y sed, y no me distes de beber: era huésped, y no me recogistes: andaba desnudo, y no me vestistes: estaba enfermo y en la cárcel, y no me visitastes. Entonces responderán los malos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te

proveímos? Entonces responderles ha, diciendo: En verdad os digo que cuando no lo hecistes á uno destos menores, ni á mí lo hecistes. Y irán éstos al tormento eterno, y los justos á la vida eterna.

¶ Item en el capítulo x de S. Mateo, envíando el Señor los discípulos á predicar, les dió esta regla de perfección y vida apostólica: en el cual dice así:

Y llamando Jesús sus doce discípulos, dióles poder para alanzar los espíritus sucios y curar toda manera de enferfermedades y dolencias en el pueblo. Y díjoles: Id, y predicad que es allegado ya el reino de los cielos. Curad los leprosos, lanzad los demonios, de balde lo recebistes, de balde lo dad. No queráis llevar oro, ni plata, ni dinero en vuestras bolsas, ni alforjas para el camino, ni vestiduras dobladas, ni zapatos, ni bordón: porque merecedor es el trabajador de su manjar. En cualquier ciudad ó castillo que entráredes, preguntad quién allí sea digno, y estad en su casa hasta que de allí os vais. Y entrando en la casa, saludadla diciendo: Paz sea en esta casa. Y si allí estuviere algún hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz: y si no, volverse ha con vosotros. Mirad que os envío como á corderos entre lobos. Y por esto, conviene que seáis prudentes como serpientes, y simples como palomas. Y parad mentes en los hombres: porque os han de entregar á los concilios, y azotar en sus sinagogas, y llevar ante los presidentes y reyes, para testimonio de ellos y de las gentes. Y cuando os entregaren á ellos, no os paréis á pensar qué ni cómo hablaréis: porque en aquella hora se os dará lo que habéis de hablar: porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el espíritu de vuestro padre que hablará en vosotros. Y entregará el hermano á su hermano á la muerte, y el padre á su hijo, y levantarse han los hijos contra los padres, y matarlos han, y seréis aborrecibles á todos los hombres por amor de mí: mas el que perseverare hasta la fin, será salvo. No es el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre su señor: basta al discípulo que sea como su maestro, y al siervo que sea como su señor. Pues si al padre de la familia llamaron Beelzebub, ¿cuánto más llamarán á los de su casa? No temáis á los que matan el cuerpo, y no pueden matar el ánima: sino temed Aquél que después de muer-

to el cuerpo, puede enviar el ánima al infierno. ¿Por ventura no se venden cinco pájaros por un muy bajo precio? Y con esto ni uno solo de ellos cae en el lazo sin consentimiento de vuestro padre. Pues tened por cierto que él tiene contados todos vuestros cabellos. Así que, no tenéis por qué temer, porque más valéis vosotros que muchos pájaros. En verdad os digo que quienquiera que me confesare delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi padre: y quien delante de ellos me negare, yo le negaré delante de mi padre. No penséis que vine á poner paz en la tierra, porque no vine á poner paz, sino cuchillo. Ca vine á apartar al hombre de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra: y enemigos del hombre serán los mismos de su casa. El que ama á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí. Y el que ama á su hijo ó á su hija más que á mí, no es digno de mí. Y el que no lleva su cruz á cuestas y va en pos de mí, no es digno de mí. El que ama su vida, ése la pierde: y el que la perdiere por amor de mí, ése la hallará en la vida eterna. El que recibe á vosotros, á mí recibe, y el que á mí recibe, recibe aquél que me envió. El que recibe al profeta porque es profeta, recibirá galardón de profeta. Y el que recibe al justo porque es justo, recibirá galardón de justo. Y quienquiera que diere á beber á uno déstos un solo jarro de agua fría porque es discípulo mío, en verdad os digo que no perderá su galardón.

SÍGUESE OTRO PEDAZO DE DOCTRINA SINGULAR

sacada del Sermón de sobrecena, que el Salvador predicó víspera de su pasión á los discípulos. Joan. 15, 16, 17.

ACABADOS los misterios de la cena, predicó el Señor un sermón de grande consolación y doctrina á sus discípulos, donde entre otras muchas cosas dice así.

Un nuevo mandamiento os doy, que os améis unos á otros así como yo os amé. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáredes unos á otros. Éste es mi mandamiento, que os améis unos á otros así como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que aquél que pone la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hiciéredes lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas á vosotros llamé amigos, porque os di parte de todo lo que supe

de mi padre. No me escogistes vosotros, sino yo os escogí y diputé para que vayáis, y fructifiquéis, y vuestro fructo permanezca: para que cualquier cosa que pidiéredes al padre en mi nombre, os sea concedida.

Esto os mando, que os améis unos á otros. Si el mundo os aborreciere, acordaos que primero me aborreció á mí. Si fuésedes del mundo, el mundo amaría lo que es suyo: mas porque no sois del mundo (por haberos yo escogido del mundo) por eso os aborrece el mundo. Acordaos de una palabra que os dije: No es mayor el siervo que su señor. Si á mí persiguieron, á vosotros perseguirán, y si á mí anduvieron mirándome á las palabras, también andarán mirando las vuestras.

En verdad, en verdad os digo que el que en mí creyere, hará las obras que yo hago: y aun mayores las hará: porque yo voy al padre, y cualquier cosa que le pidiéredes en mi nombre, yo la alcanzaré, para que así sea glorificado el padre en el hijo. Si alguna cosa pidiéredes al padre en mi nombre, yo la acabaré con él. Si me queréis bien, guardad mis mandamientos, y yo rogaré al padre, y daros ha otro consolador que permanezca con vosotros eternalmente, que es el espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recebir, porque no le ve ni le conosce: mas vosotros le conosceréis, porque en vosotros permanecerá y estará. No os tengo de dejar huérfanos: vendré á vosotros. De aquí á muy poco no me verá el mundo, mas vosotros me veréis: porque yo vivo, y vosotros viviréis. En aquel día conosceréis cómo yo estoy en mi padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama: y el que me ama, será amado de mi padre, y yo le amaré, y me le daré á conoscer.

¶ Y más abajo, avisándoles de los peligros y trabajos venideros, dice así:

En verdad os digo que lloraréis y plantearéis vosotros, y el mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis: mas vuestra tristeza se volverá en alegría. La mujer cuando pare, tristeza tiene, porque es llegada su hora: mas después que ha parido, ya no se acuerda del trabajo pasado, por el gozo que recibe de ver un hombre nascido en el mundo. Pues así vosotros agora tenéis tristeza: mas yo os volveré á ver otra vez, y gozarse ha vuestro corazón, y vuestro gozo nadie os le quitará.

En verdad, en verdad os digo que si alguna cosa pidiéredes al padre en mi nombre, que os la dará. Hasta agora no habéis pedido nada en mi nombre: pedid, y recebiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Estas cosas os he hablado escuramente: mas ya se llega la hora cuando no os hablaré escuramente, sino descubiertamente os hablaré de mi padre. En aquel día pediréis en mi nombre: y no digo yo que rogaré al padre por vosotros: porque el padre os ama, porque vosotros me amastes y creístes que salí dél. Salí del padre y vine al mundo: y otra vez vuelvo á dejar el mundo, y torno al padre.

¶Y más abajo, haciendo oración por los discípulos, dice así:

Padre sancto, guarda á éstos que me diste en tu nombre, para que así sean una misma cosa, así como nos lo somos. Cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre, y ninguno de ellos se perdió, sino solo el hijo de la perdición, para que se cumpliese la Escriptura. Mas agora yo vuelvo á ti, y hablo estas cosas en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les di tus palabras, y el mundo los aborresció, porque no son del mundo. No te ruego que los saques del mundo, sino que los guardes de mal. Sanctifícalos de verdad. Tu palabra es verdad. Así como tú me enviaste al mundo, así yo los envié al mundo. Y yo por ellos sanctifico á mí mismo, porque ellos sean sanctos de verdad. Y no ruego solamente por ellos, sino también por todos aquéllos que han de creer en mí mediante su palabra. Yo les he dado la claridad que tú me diste, para que ellos sean una cosa así como nos lo somos, yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en uno, y conozca el mundo que tú me enviaste, y amaste á ellos, así como á mí amaste. Padre, quiero que los que me diste, estén comigo adonde yo estuviere, para que vean la claridad que tú me diste.

SÍGUESE UN BREVE PARÁFRASI

sobre algunos Capítulos de las Epístolas de S. Pablo, y primero sobre el capítulo XII de la Epístola á los Romanos, donde concluye la Epístola, diciendo así:

RUEGOOS, hermanos míos, por la misericordia de Dios, que le ofrezcáis vuestros cuerpos así como un sacrificio vivo, sancto y agradable á Dios, y mirad que vuestro servicio sea re-

glado con la razón. Y no queráis conformaros con este siglo, sino reformaos con la novedad del conoscimiento que os es dado, para que con él entendáis cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. Y por esto aconsejo (por la gracia que me es dada) á todos los que están entre vosotros, que nadie quiera saber más de lo que conviene saber: sino procure saber lo que le basta, según la medida de la fe que le es dada. Porque así como en un cuerpo hay muchos miembros, mas no todos ellos tienen un mismo oficio, así todos nosotros (aunque muchos) somos una misma cosa en Cristo, y los unos somos miembros de los otros. Y así tenemos diferentes dones de Dios, según la diversidad de la gracia que nos es dada, de los cuales debe cada uno usar según su llamamiento: el que profetiza, mirando que su profecía sea conforme á la lumbre de la fe: el que recibió algún ministerio, en administrarlo: el que enseña, en el trabajo del enseñar: el que amonesta, en amonestar: el que da lo que tiene por Dios, que lo dé con simplicidad: el que preside sobre otros, que sea con solicitud: el que usa de misericordia, que sea con alegría. Teneos amor sin fingimiento, aborreced el mal, allegaos al bien. Amaos con amor de hermanos, y tomad siempre la delantera en honraros unos á otros. Sed solícitos, y no perezosos: sed fervientes en el espíritu, para servir al Señor. Estad gozosos con la esperanza, sed sufridos en la tribulación, daos con toda instancia á la oración, ó socorred á las necesidades de los sanctos, acoged en vuestra casa los peregrinos. Bendecid á los que os persiguen, bendecidlos, y no los queráis maldecir. Gozaos con los que se gozan, llorad con los que lloran. Sentid todos una misma cosa. No seáis altivos en vuestros pensamientos, sino antes os acomodad á los pequeñuelos y humildes. No os tengáis por prudentes en vuestra estimación. Á ninguno deis mal por mal, y proveed que viváis con tanta honestidad, que ni Dios ni los hombres tengan justa querella de vosotros. Y si fuere posible (á lo menos cuanto es de vuestra parte) trabajad por tener paz con todos los hombres. No os queráis defender, hermanos míos, sino dad lugar á la ira, pues está escrito: Á mí se deje la venganza, que yo daré á cada uno su merecido, dice el Señor. Antes, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer, y si sed, dale de beber. Porque haciendo esto, le pondrás carbones de fuego sobre la cabeza, para encenderle en tu amor. No te dejes vencer del mal, desistiendo de hacer virtud

por la culpa de otro, sino trabaja por vencer los males ajenos con beneficios.

¶ Síguese el capítulo iv, y v, y vi de la Epístola á los de Éfeso.

Ruegoos hermanos míos, yo preso en esta cadena por la gloria del Señor, que viváis conforme al llamamiento á que sois llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia soportándoos unos á otros con caridad, procurando conservar entre vosotros la unidad del espíritu, mediante el vínculo de la paz, á la cual pertenece conservar esta unidad. Seamos todos un mismo cuerpo y un mismo espíritu, pues somos llamados á la esperanza de un mismo galardón. Uno es el Señor que todos tenemos, una la fe, uno el bautismo, un Dios y Padre de todos, que es sobre todos, y por todas las cosas, y es en todos nosotros.

Y más abajo:

Esto, pues, os amonesto y testifico en el Señor, que ya no viváis de la manera que los gentiles, los cuales viven conforme á la vanidad de su entendimiento: el cual tienen escurescido con tinieblas, estando alejados de aquella manera de vida que Dios enseña, por la ignorancia que en sí tienen por razón de la ceguedad de su corazón. Los cuales perdida la esperanza de los bienes advenideros, se entregaron á toda deshonestidad, suciedad y avaricia. Mas vosotros no habéis aprendido esto de Cristo: si con todo esto le habéis oído y estáis por él enseñados en el camino de la verdad: por lo cual os conviene despojar el viejo hombre con toda su antigua conversación, el cual se corrompe y estraga con deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestro ánimo, vistiéndoos de otro nuevo hombre criado según Dios en justicia y sanctidad verdadera. Por lo cual despojándoos de toda mentira, trate verdad cada uno con su prójimo, porque somos únos miembros de otros. Airaos y no queráis pecar. Mirad que no se ponga el sol sobre vuestra ira. No queráis dar lugar al diablo. El que hasta aquí hurtaba, ya no hurte, sino trabaje con sus manos en cosa que sea honesta, para que tenga con qué poder socorrer á los que padescen necesidad. Toda palabra mala no salga por vuestra boca, sino la que fuere buena para edificación de la fe, y provecho de los oyentes, y no queráis entristecer al

Espíritu Sancto, con el cual estáis señalados para el día de la redempción, en el cual habéis de ser salvos. Toda amargura, ira, indignación, vocinglería y maledicencia, sea quitada de vosotros, con toda malicia. Y sed entre vosotros benignos y misericordiosos, perdonándoos unos á otros, así como Dios os perdonó por Cristo.

Cap. v.

SED, pues, imitadores de Dios así como hijos muy amados, y vivid siempre en amor, así como Cristo nos amó y se ofreció por nosotros á Dios en ofrenda y sacrificio de grande acepción y suavidad. Cosa de fornicación, ó suciedad, ó avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, así como conviene á sanctos: ni tampoco palabras torpes, ó desvariadas, ó chucarrerías, que no convienen para la gravedad de nuestro instituto: sino en lugar de esto haya hacimiento de gracias. Porque esto habéis de saber y entender, que todo fornicador, ó sucio, ó avariento (lo cual es servir á ídolos) no tienen parte en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con vanas palabras, porque por estos pecados vino la ira de Dios en los hijos de la desconfianza. No queráis, pues, tener que ver con ellos. Porque aunque algún tiempo érades tinieblas, agora sois luz en el Señor, y por eso conviene que viváis como hijos de luz. Y el fructo desta luz es vivir en toda bondad, y justicia, y sanctidad verdadera, mirando con atención lo que sea más agradable á Dios. Y no queráis seguir las obras infructuosas de las tinieblas, sino antes las reprehended.

Así que, hermanos míos, mirad que andéis con toda circunspección, no como hombres ignorantes, sino como discretos, trabajando por aprovecharos del tiempo y de cualquier oportunidad y ocasión que se os ofrezca para bien hacer: porque los días son malos. Y por tanto, no seáis imprudentes, sino avisados para entender cuál sea la voluntad de Dios. Y no queráis hinchiros de vino (en el cual está la lujuria) sino procurad de andar llenos del Espíritu Sancto, platicando en vuestros corazones con vosotros mismos en psalmos, y himnos, y cantares espirituales, cantando dentro de vuestros corazones á Dios, y dándole gracias en nombre de Cristo por todos sus beneficios, humillándoos y subjectándoos unos á otros con temor de Cristo.

Las mujeres estén subjectas á sus maridos así como al Señor, porque el varón es cabeza de la mujer, así como Cristo es de la Iglesia: el cual da salud al cuerpo de ella. Vosotros también los maridos, amad á vuestras mujeres, así como Cristo amó á la Iglesia, y ofreció á sí mismo por ella, alimpiándola con lavatorio de agua y palabra de vida, para juntar consigo una gloriosa Iglesia, que no tuviese mácula ni ruga, sino que fuese limpia y sin mancilla. Y así los maridos han de amar á sus mujeres como á sus proprios cuerpos. El que ama á su mujer, á sí mismo ama. Porque ninguno jamás tuvo odio á su propria carne, sino antes la cría y regala, así como Cristo amó la Iglesia, porque miembros somos de su cuerpo, carne de su carne, y huesos de sus huesos. Por esto dejará el hombre su padre y á su madre, y allegarse ha á su mujer, y serán dos en una carne. Este sacramento es grande, entendiéndolo de Cristo y de la Iglesia. Así que, cada uno de vosotros ame á su mujer como á sí mismo, y la mujer tema á su marido.

Cap. vi.

Hijos, obedesced á vuestros padres en el Señor, porque esto pide la ley de la justicia. Honra á tu padre y á tu madre (que es el primer mandamiento de aquéllos á quien se añade luego la promesa) para que te sucedan las cosas prósperamente y vivas largos días sobre la tierra. Y vosotros, padres, no queráis provocar á ira á vuestros hijos, sino criadlos con disciplina y enseñanza conforme á la ley del Señor. Los que sois siervos, obedesced á vuestros señores carnales con temor y temblor y con simplicidad de corazón, como si sirviésedes á Cristo, no mirando á sólo hacer lo que debéis cuando los tenéis presentes, como quien desea agradar á los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo en esto de todo corazón la voluntad de Dios, sirviéndoles con amor, como quien sirve á Dios y no á hombres, sabiendo que cada uno recibirá del Señor el galardón del bien que hiciere, ora sea siervo, ora libre. Y vosotros los que sois señores, tratadlos de la misma manera, templándoos en los castigos y amenazas, sabiendo que tenéis un común Señor en el cielo, en el cual no ha lugar la acepción de personas.

De aquí adelante, hermanos, esforzaos en el Señor y en el poder de su virtud, y vestíos las armas de Dios, para que podáis estar firmes contra las celadas del enemigo: porque no tenemos trabada pelea contra carne y contra sangre, sino contra los príncipes y potestades, y contra los regidores deste mundo tenebroso, y contra las espirituales malicias que están en este aire. Por tanto, tomad las armas de Dios, para que con ellas podáis resistir en el día malo y estar en todo perfectos. Estad, pues, ceñidos vuestros lomos con verdad, y vestidos de la loriga de justicia, y calzados los pies como aparejados para predicar el Evangelio de la paz, tomando en todas las cosas el escudo de la fe, con la cual podáis amatar todas las saetas encendidas de aquel malvado, y tomad el capacete de salud (que es la esperanza en Cristo nuestro Salvador) y el cuchillo del espíritu (que es la palabra de Dios) orando para esto en todo tiempo con fervor de espíritu con toda instancia y con toda oración y suplicación, y especialmente haciendo oración por todos los sanctos y por mí, para que me sean dadas palabras con que libre y confiadamente publique el misterio del Evangelio, por cuya predicación estoy preso en esta cadena, para que en él hable como me conviene hablar.

¶ Item, en el capítulo iii y iv de la Epístola á los Colosenses, dice así:

HERMANOS, si habéis ya resucitado con Cristo á otra nueva manera de vida, buscad las cosas que están en lo alto, donde está Cristo asentado á la diestra del Padre: éstas procurad de saber y traer en vuestro corazón, y no las que están sobre la tierra. Porque ya estáis muertos á todas éstas, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: porque Él solo conosce la dignidad desta vida, así como Él solo conosce la dignidad de Cristo. Y así cuando Cristo descubriere al mundo su gloria, entonces también se descubrirá la vuestra. Y por tanto, procurad de mortificar vuestros miembros que están sobre la tierra, que son fornicación, suciedad, lujuria, cobdicia mala y avaricia (la cual es una manera de idolatría) por los cuales pecados vino la ira del Señor sobre los hijos de la incredulidad, entre los cuales algún tiempo estuvistes, cuando viváades en ellos. Mas agora os conviene dejar todas estas cosas, conviene saber, ira, indignación, malicia, blas-

femia y toda palabra torpe, que nunca salga de vuestra boca. No queráis decir mentira unos á otros, pues habéis comenzado á despojaros del viejo hombre con todas sus obras, y á vestir el nuevo, el cual es renovado á imagen de Aquél que lo crió, mediante el conoscimiento de Dios: en el cual no se conosce macho ni hembra, gentil ni judío, circuncisión ni prepucio, bárbaro ni escita, pues todos son una misma cosa en Cristo. Y por tanto, como escogidos de Dios y como sanctos y amados suyos, vestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos unos á otros, perdonándoos unos á otros (si alguno tiene querella de otro) para que así como el Señor os perdonó, así vosotros perdonéis. Y sobre todas estas cosas tened caridad, la cual es vínculo de perfección, y la paz y concordia de Cristo triunfe en vuestros corazones y los rija, á la cual sois llamados en un mismo cuerpo de su Iglesia: por el cual beneficio le debéis ser agradescidos. Y la palabra de Cristo (que es su doctrina) more en vosotros abundantemente, en toda sabiduría enseñando y amonestando á vosotros mismos con psalmos y himnos y cantares espirituales, cantando alabanzas á Dios en vuestro corazón. Las palabras que habláredes, y las obras que hiciéredes, todas las haced para gloria de Cristo, dando gracias á Dios y al Padre eterno por él.

¶Y más abajo, después de haber encomendado en particular las obligaciones que cada uno tiene en su estado, como arriba se trató, añade y dice así:

Daos con toda instancia á la oración, velando en ella con hacimiento de gracias, haciendo oración también por mí, porque Dios me abra camino y me dé palabras para hablar el misterio de Cristo (por el cual estoy agora preso) para que lo publique y enseñe como me conviene hacer. Y mirad que tratéis avisadamente con los que están fuera (esto es, con los que no han entrado en el cuerpo de la Iglesia) buscando siempre ocasión para traerlos á Cristo. Y vuestras palabras vayan siempre saladas con suavidad y discreción, para que entendáis cómo habéis de responder á cada uno.

¶Item, para que veas, cristiano lector, cómo la perfección de la vida cristiana (con ser un paraíso del hombre interior) es una perpetua cruz del exterior, y por consiguiente, cuánta necesidad

tenemos de aquella fortaleza general que pusimos en el postrer aviso de nuestra regla, oye lo que este celestial enseñador dice en el sexto capítulo de la Epístola á los de Corinto.

Y para ayudaros, hermanos míos, en vuestro buen propósito, os amonestamos que no recibáis en balde la gracia del Señor, porque escrito está: En el tiempo acepto te oí y en el día de salud te ayudé. Veis aquí agora estamos en el tiempo acepto á Dios y en el día de la salud, y por tanto á nadie demos causa de ofensión ni de querella, para que no sea vituperado nuestro ministerio, sino que en todo nos hayamos como ministros de Dios en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en ser tenidos y tratados del mundo como hombres revoltosos, en trabajos, en vigilias, en ayunos, en castidad, en sciencia, en longanimidad, en suavidad, en el Espíritu Sancto, en caridad no fingida, en hablar verdad, en virtud de Dios, andando siempre armados con armas de justicia á la diestra y á la siniestra, esto es, pasando igualmente por honras y por deshonras, por infamia y por buena fama, siendo tenidos por engañadores, como quier que seamos verdaderos: siendo tenidos por no conocidos de Dios, como quier que seamos conoscidos: siendo reputados por muertos como quiera que estemos vivos: siendo castigados, mas no por eso mortificados ó muertos: paresciendo en lo defuera tristes, y estando siempre en el ánimo gozosos: siendo tenidos por pobres, como quiera que hagamos ricos á muchos: tratándonos como si nada tuviésemos, y poseyendo todas las cosas.

¶ Y porque no pienses, cristiano lector, que esto es decir y no hacer, oye lo que dice tras esto en el capítulo xi de la misma Epístola, dando cuenta de sus trabajos.

Heme visto por amor de Cristo en muchos trabajos y en muchas más cárceles, y sufrido muchos más azotes de los que se puede creer. Cinco veces fuí azotado de los judíos, dándome cada vez los cuarenta azotes que manda la ley, haciéndome gracia de solo uno. Otras tres veces fuí azotado con varas por los gentiles, una vez fuí apedreado, tres veces padescí naufragios, una noche y un día estuve en el profundo de la mar. En los caminos muchas veces padescí peligros de ríos, peligros de ladrones,

peligros de la gente de mi linaje, peligros de las otras gentes, peligros en la cibdad y peligros en la soledad, peligros en la mar y peligros en los falsos hermanos, con trabajo y molestia y con muchas vigilias, con hambre y sed, y con muchos ayunos, con frío y desnudez. Y entre otras cosas no cuento los otros trabajos que de fuera me vienen, que son la instancia y priesas de cada día y el cuidado de todas las iglesias de Dios. ¿Quién está enfermo, que yo no lo esté? ¿Quién se escandaliza, que yo no me abrase? Si es lícito al hombre gloriarse, en estos trabajos que por Cristo padescí me gloriaré. Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo (el cual es bendito en todos los siglos) sabe que no miento. El presidente de Damasco tenía puestas guardas en esta cibdad para prenderme, y en una espuerta me colgaron por el muro, y desta manera escapé de sus manos.

Y si es lícito gloriarme (aunque esto no conviene) vendré á las visiones y revelaciones del Señor. Conosco un hombre en Cristo Jesú que antes destos catorce años fué arrebatado hasta el tercero cielo (en cuerpo ó fuera de cuerpo no lo sé, Dios lo sabe) y sé que este hombre (en cuerpo ó fuera de cuerpo no lo sé, Dios lo sabe) fué arrebatado al Paraíso, y oyó allí tan grandes secretos, que no es lícito al hombre hablarlos. Y porque la grandeza de las revelaciones no me ensoberbezca, me fué dado un estímulo de mi carne, que es un ángel de Satanás, que me dé de bofetadas. Por lo cual rogué tres veces al Señor que me librase dél, y respondióme: Bástate para eso mi gracia, porque la virtud cresce con los trabajos, porque more en mí la virtud de Cristo. Por lo cual me alegro en mis fatigas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias por Cristo: porque cuando me veo en estos trabajos, entonces estoy más poderoso.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO

Este volumen, cristiano lector, cresció más de lo que se pensaba, y por esto lo que resta va en otro volumen.

AL RELIGIOSO LECTOR

YA que pusimos en este segundo libro, religioso lector, algunos avisos y reglas pertenescientes á diversas maneras y estados de personas, parescióme cosa conveniente poner también aquí alguna regla apropriada para religiosos y religiosas, que es uno de los principales estados de la Iglesia. Para lo cual no me paresció que había cosa más propria que una carta que el muy R. P. F. Hierónimo de Ferrara envió á una señora que quería entrar por monja en un monesterio: en la cual brevísima y religiosamente declara todo lo principal que á este estado pertenece. La cual hice trasladar á un religioso de lengua toscana en castellana, y añadir á este segundo libro, pidiendo á todos los religiosos y religiosas por honra de Cristo la quieran leer muchas veces atentamente y tener por un clarísimo espejo y dechado de su vida, para que por ella vean la obligación que sobre sí tienen, y el grande peligro y engaño en que viven, si con ella no cumplen.

TRATADO

QUE ENVIÓ

EL R. P. FR. HIERÓNIMO DE FERRARA

DE LA ORDEN DE LOS FRAILES PREDICADORES

Á LA SEÑORA MAGDALENA

CONDESA DE LA MIRÁNDULA

LA CUAL QUERÍA ENTRAR EN RELIGIÓN

HABIENDO sabido yo, carísima mía en el Señor, el deseo de vuestro corazón que tenéis de desamparar la vanidad del siglo y seguir la verdad del eterno Esposo, la caridad me fuerza á escribiros estas pocas palabras, para confirmaros en vuestro propósito y para mostraros el camino de Dios cerca deste estado que habéis sanctamente escogido, para que no sigáis los yerros de muchos y los malos usos de nuestro tiempo: porque muchos hay que creen que desamparan al siglo, mas á la verdad no lo desamparan, sino van de un siglo á otro, y muchas veces engañados del demonio pierden el uno y el otro. Pues será necesario á cada un religioso entender claramente, y entendiendo considerar continuamente, y considerando amar ardientemente, y amando obrar solícitamente aquello por lo cual entró en el monasterio. Muchos hay en estos días que no entienden á qué fin entraron en la religión, y por esto no pueden bien enderezar su vida: porque el conoscimiento del fin es la regla de nuestras obras. Otros hay que conocen el fin á que vinieron, pero no le consideran, y con esto viven en el monesterio sin fruto de buenas obras. Otros conociendo y considerando su fin, no le aman ardientemente, y con esto quedan tibios y hacen las obras de Dios con negligencia, no pensando aquel dicho del Profeta: Maldito el hombre que hace las obras de Dios negligentemente. Otros

conociendo y considerando y amando su fin, no le ponen en obra como conviene: y éstos caen del primer fervor, y muchas veces pierden el fruto de sus trabajos. Pues para que vos no perdáis vuestros trabajos en esta caballería en que entrastes, os es necesario claramente entender, y continuamente considerar, y ardientemente amar, y obrar diligentemente aquello que pertenece para el fin de la religión cristiana, y especialmente á aquéllos que por la excelencia de su estado son llamados singularmente religiosos. Pues dado que el fin de todos los cristianos sea el reino del cielo, mas con todo esto yo al presente no hablo del último fin, sino del fin más cercano que los sanctos religiosos trabajan por alcanzar en la presente vida. El cual no es otro que la caridad de Dios y del prójimo. Por esto los sanctos religiosos procuran y no pretenden otra cosa más que uñir su ánima por caridad con Cristo crucificado, hasta que lleguen á aquel término que puedan decir con el Apóstol: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo. Así que de día y de noche no piensa otra cosa su ánima, no sospira por otra su corazón, y su lengua otra cosa no habla, sino á Cristo crucificado. Por cuyo amor no solamente los trabajos y las tribulaciones no le son graves, mas antes le parece grande dignidad poder padecer algo por quien tuvo por bien ser por ellos crucificado. Tanto, que pueden decir con admirable fervor lo que el Apóstol osadamente decía: Guárdeme Dios que yo en otra cosa me glorie sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está para mí crucificado, y yo por Él al mundo. Pues á este fin y á este amor están atentos los ojos del buen religioso, y tanto le parece que crece ó falta en la religión, cuanto va adelante ó vuelve atrás en este deseo, sabiendo que el Apóstol Sant Pablo dice: El fin del precepto es la caridad de corazón puro, y consciencia buena, y fe no fingida. Y porque la perfección desta caridad no se alcanza sin la pureza del corazón, es necesario que quien quiere crecer en el amor divino, limpie su corazón de toda afición carnal y terrena, y arranque las malas raíces de la propria voluntad y sensualidad, las cuales ó por el principio de nuestro nascimiento, ó por la mala costumbre de nuestra vida, habemos acquerido. Esta pureza es la última disposición para el amor de Cristo. Porque luego que el hombre ha desamparado el siglo, y limpiado dentro de sí el corazón de toda mancilla de pecado y de toda afición de criatura, alcanza cum-

plidamente el amor del esposo eterno Cristo Jesú crucificado. Pues para alcanzar esta caridad y pureza (que siempre ha de pretender en todas sus cosas el verdadero religioso) es necesario (según dijimos) conozca claramente que no mora para otra cosa en el monesterio, sino para limpiar su corazón y hinchirlo de amor divino. Y porque la consideración hace al hombre enderezar el camino, es menester traer esto continuamente delante los ojos, y considerarlo continuamente, y procurarlo con ardiente deseo, y trabajar por obrarlo solícita y infatigablemente. Para esto se hacen en la religión los tres votos, para que por ellos se limpie el corazón de todo afecto terreno y perecedero.

Del primer voto de la pobreza.

El primer voto es de la pobreza, que limpia el corazón de la afición de los bienes terrenos: el cual voto no basta guardar solamente en las cosas de fuera, mas es menester amar tanto la pobreza, que el siervo ó la esposa de Cristo no quiera poseer sino aquello que le es necesario para pasar la vida, aun con fatiga y trabajo, sin poner la esperanza en cosa del mundo, sino en solo Cristo Jesú, el cual mantiene á todo el mundo. Este voto, hija mía, en nuestro tiempo es mal guardado de muchos religiosos, los cuales querrían ser pobres, mas de tal manera que nada les faltase. Dejan en el siglo cosas de mucho valor, y después en el monesterio envuelven sus corazones en cosas pequeñas, conviene saber, en el amor de una celda, ó de una túnica nueva, ó de un breviario polido, ó de otras cosas de niños, que les impiden la pureza del ánima, y inquietan á sí mesmos, y finalmente viven en el monesterio como los árboles estériles y sin fruto en la huerta. ¡Oh, miserable condición de hombres que han dejado el oro y plata y otras cosas preciosas, y después ensucian sus ánimas con la arena y con el polvo! Pues á vos conviene considerar que de la manera que en el siglo los desposados se deleitan en ver sus esposas ataviadas de oro y plata y piedras preciosas, así el Esposo celestial por el contrario desea ver su esposa despojada de todo ornamento terreno y vestida de lo que más propriamente conviene á su estado. Porque cuanto más pobre fuere de corazón y de obra, tanto más será á él semejante, y por consiguiente de él más amada. Del Abad Arsenio se lee

que siendo mayordomo en el palacio del Emperador, así como en aquella corte ninguno se vestía más preciosamente que él siendo lego, así después que se hizo monje, ninguno en el yermo vestía más pobremente. Tanto, que los otros monjes se afrentaban viendo que siendo ellos de más bajo estado, se vestían mejor que él, que había sido en el mundo grande y poderoso. Y así era espejo y ejemplo de humildad y pobreza á todos los ermitaños. Por tanto, queriendo vos despediros deste mundo por seguir á Cristo, y descendir de alto estado y de muchas riquezas á la pobreza de Cristo nuestro Salvador, cuanto estando en el mundo os vestiérades más rica y pomposamenre que vuestras compañeras, tanto holgad en el monesterio vestiros más despreciadamente que ellas. Porque justa cosa es que los que en la caballería del diablo procuraban de aventajarse á sus compañeros, después que vinieren á los reales de Cristo, procuren en esto también llevarles ventaja. Pues que así es, no os conviene traer vestido nuevo, ó de paño fino, ni cosillas de oro, ni breviarios dorados, ni otros libros de precio: ni conviene que las cosas que pertenecen á vuestro menester, sean de grande valor: porque no parezca que no habéis despreciado al mundo y que todavía se os acuerda de la dignidad de vuestros padres y de la pompa y trajes deste mundo maligno, como hacen algunas mal enseñadas en el camino de Cristo, las cuales queriendo entrar en el monesterio, se proveen de hábitos nuevos y preciosos, como si hubiesen de ir á casarse no con Cristo pobre, mas con algún príncipe deste siglo. Dejad, dejad, hija mía, esta mala costumbre, y entrad en el monesterio pobre y desnuda. Traed un vestido pobre y grosero y remendado, y todas las otras cosas sin las cuales no podréis vivir en tal estado, sean convenientes á la pobreza y no á la vanidad. El breviario sea bajamente encuadernado, sin hojas doradas ni iluminaciones, y sin cintas de seda, y sin otras gentilezas, cubierto de cuero ó de lienzo: y aun si pudiésedes pasar sin breviario, sería mucho mejor, y decir el oficio juntamente con las otras, ó cuando acaesciese que rezásedes á solas, con algún breviario común del monesterio. Vuestros libritos sean antes emendados que lozanos, y después que hubiéredes usado dellos, ponedlos en el lugar común para su guarda. Vuestra celda sea tal, y esté de tal manera proveída, que la podáis dejar abierta aun á los ladrones. No tengáis en ella sino apenas aquello que es necesario, la cama sim-

ple, la mesa simple, las imágines simples, y todas vuestras cosas finalmente de olor de pobreza. Muñecas labradas y vestidas no se hallen en vuestras celdas, las cuales son el día de hoy ídolos de las monjas, en que gastan muchos dineros con que podrían enriquecer á muchos pobres. De lo cual darán cuenta á Dios en el día del juicio, afuera del perdimiento de tiempo que pasan labrando inútilmente estas niñerías. Tened un crucifijo en vuestro oratorio, no de oro, ni de plata, ni curiosamente labrado, mas devoto y lastimero, que os despierte la devoción del alma: y sea de poco precio, para que siéndoos pedido, fácilmente le podáis dejar de las manos. No os dejéis engañar diciendo: Mis parientes son ricos, y á ellos se hace poco trabajo darme cosas preciosas: porque en el monesterio no habéis de mirar lo que es proporcionado á vuestros parientes, sino lo que conviene al estado de la servidumbre de Cristo. Porque no solamente habéis de buscar aquí la salvación de vuestras ánimas, sino también dar ejemplo á los otros con que se salven. Porque os afirmo y testifico que cuanto más amáredes esta pobreza, tanto más poseeréis la paz y pureza del corazón, y por consiguiente la caridad. Tampoco os dejéis engañar de algunos que dicen que esta pobreza no consiste en el carecer de las cosas exteriores, mas en la afición y propósito interior. Porque dado que esto sea así verdad, todavía es muy dificultoso y cuasi imposible poseer las cosas exteriores, y no amarlas. Por la cual razón los sanctos pasados (puesto que su afición fuese toda por Cristo) pero con esto se despojaban de toda cosa, sabiendo ellos que la posesión de las cosas terrenas es ocasión de muchos pecados. Y esto se ve claramente en muchos religiosos, los cuales tienen abundancia así en las cosas comunes del monesterio como en las particulares de sus celdas, los cuales son tibios en el amor de Cristo y poco llegados á la oración, ociosos, sensuales, parleros, murmuradores, airados, codiciosos, mudables, envidiosos, soberbios y desobedientes. Lo cual les viene, porque dejaron el primer fundamento de la pobreza verdadera, no entendiendo que quien sirve á Dios en el monesterio, conviene que sea pobre así en el espíritu como en los bienes exteriores. Pues no os mueva persuasión de algún hombre á lo contrario desta regla que yo os he dado. De otra manera, tened por cierto que no hallaréis contentamiento: porque ésta es doctrina de todos los sanctos, probada por continua experiencia.

Del segundo voto de castidad.

EL segundo voto limpia el corazón de todas las aficiones carnales, que es el de la castidad. El cual cuánto sea trabajoso para ser perfectamente guardado, muéstralo Sant Augustín cuando dice: Entre todas las batallas de los cristianos, la más dura es la de la castidad, donde es continua la guerra y muy rara la victoria. Y este combate es más terrible en la mocedad, y tanto más cuanto la castidad quiere ser guardada con el ánima y con el cuerpo juntamente. Y porque contra la castidad se levantan tres cosas, conviene saber, los encuentros que de fuera se ofrecen, la inclinación de la carne y los pensamientos interiores del ánimo, por esto los sanctos Padres proveyeron en la religión contra estas tres cosas de otras tres contrarias á ellas, que son, encerramiento, penitencia y continuo ejercicio, ó del ánima, ó del cuerpo. Las cuales cosas quien no tuviere, tenga por cierto que no tendrá victoria en esta batalla. Pero no basta para lo primero estar cerrada la puerta del monesterio, si la esposa de Cristo en el monesterio no está secreta. Porque muchas en este tiempo están encerradas entre cuatro paredes: mas todo el día están puestas á la reja ó al torno, y debajo de especie de espíritu y de piedad todo el día murmuran y parlan con sus amigos y parientes, á los cuales convidan á que vayan muchas veces á visitarlas: las cuales, si verdaderamente tuviesen espíritu, no los querrían ver de los ojos, antes los despedirían con palabras duras, no haciendo caso si por eso se enojasen. Vayan las tales á leer en las vidas de los sanctos Padres, y hallarán cómo los hijos no querían ver á sus proprias madres, ni los hermanos á sus hermanas, ni las hermanas á sus hermanos. Acordábanse éstos bien de lo que dice el Salvador: No vine á poner paz en la tierra, sino cuchillo: porque vine á apartar al hombre de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra, y á que tuviese el hombre por sus enemigos á los mismos de su casa. Así que, señora muy amada en Cristo Jesú, entrando en el monesterio, dejad afuera todos los vuestros, y de tal manera los dejad, que no los queráis más ver ni oir, especialmente á los hombres. De esta manera obedeceréis á la voz del Padre eterno que dice á la esposa de su amado Hijo Jesucristo: oye, hija, y ve, y inclina tu oreja, y olvídate de tu

pueblo y de la casa de tu padre, y codiciará el rey tu hermosura. Porque es imposible conversar al modo que conversan algunas monjas tibias, queriendo ser graciosas á los ojos de los seglares, y no hinchir la fantasía de muchas vanidades y de deseos carnales. Y después que desta manera os apartáredes del siglo (porque la carne nunca cesa de conquistar al espíritu, según que está escrito: la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne) tenéis necesidad de la segunda defensa, que es la penitencia. En la cual es menester tener templanza, de manera que no sea demasiada ni menor de lo que conviene. El cual medio es muy dificultoso de acertar, y no se puede dar mejor regla á los que comienzan, que ésta, conviene saber, que tomen consejo con los experimentados y discretos en la vida espiritual. Pero debe el siervo de Dios y la sierva de Cristo antes acostarse á la austeridad que al regalo, de tal manera que siempre sea estrecho un poco en el comer, y en el beber, y en el dormir, y en las otras cosas y necesidades corporales: las cuales ha de tomar como medicinas, considerando lo que dice el Apóstol: Vuestro servicio sea con discreción.

Después desto resta combatir con los pensamientos: para lo cual es necesaria la tercera arma, esto es, el continuo ejercicio, ó espiritual, ó corporal. Por tanto los sanctos nuestros padres ordenaron que en los monesterios estén siempre los religiosos ocupados, ó en ejercicios espirituales, esto es, en leer, cantar, decir psalmos, meditar, orar, ó en los corporales, como son obras de manos. De donde dice S. Hierónimo: Siempre haz alguna obra, porque el diablo siempre te halle ocupado. Pues si estas tres cosas diligentemente guardares, la flor de vuestra virginidad estará limpia y resplandeciente para el esposo de vuestra ánima Cristo Jesú.

Del tercero voto de obediencia.

EL tercero voto que alimpia el corazón de los desordenados deseos del ánimo, es el voto de la obediencia: la cual es acepta sobre todo sacrificio, como escribe el Profeta, diciendo: Mejor es la obediencia que los sacrificios. El cual voto (si le queréis guardar como conviene, por agradar á vuestro Esposo, que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz) es me-

nester que hagáis lo que hizo un monje, el cual por breve tiempo llegó por esta vía á grande santidad de vida. Porque entrando en el monesterio asentó consigo mismo, diciendo: Tú y el asno seréis una misma cosa. El asno va donde es llevado, lleva grande carga y sufre los palos que le dan, y con todo calla. Así conviene que olvidéis la gloria del siglo perecedero, y os acordéis que todos somos hijos de Adán, todos mortales, todos iguales en la naturaleza, y que siempre tengáis en la memoria la humildad de nuestro Salvador. El cual siendo Dios, se sujetó á la obediencia de los hombres, conviene saber, de la virgen María y de José, para que no se afrente el hombre de sujetarse á la obediencia de otro hombre. Pues así como entráredes en el monesterio, determinad que vais á servir, y no á ser servida: á obedecer, y no á mandar: y á sujectaros á aquéllas las cuales por ventura se tuvieran por dichosas de serviros en el siglo. Pues haced un propósito firme en vuestro ánimo, no sólo de ser subjecta y obediente á vuestras superiores, sino también á vuestras iguales, y aun á las más bajas: como el Hijo de la Virgen no vino para ser servido, sino para servir y para dar su ánima en redención por muchos, pensando siempre que toda su vida fué humildad y que la soberbia es principio y raíz de todos los males: por la cual Lucifer con sus compañeros cayó del muy alto cielo en los abismos. Porque quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado. Brevemente, entrando en el monesterio pensad que nada sabéis de bien ni de mal, sino lo que os enseñaren. No disputéis con alguna persona, ni contradigáis á alguno, ni os tengáis por sabia. Porque dice nuestro Salvador: Si no os volviéredes y hiciéredes como este pequeñuelo, no entraréis en el reino de los cielos. Estad en el monasterio en el lugar más bajo, y entrad en él como niña para aprender y no para enseñar. Porque todo religioso, mayormente mozo, que se tiene por sabio, va fuera del camino de Dios, y no sabe dónde camina.

Pues tornando á lo primero, digo que estos tres votos se instituyeron en la religión para purificar el ánima de los afectos y amor de las cosas criadas así exteriores como interiores, cual es el amor de la propria excelencia. Para que el corazón totalmente desnudo de su proprio amor, todo se vista de caridad y se encienda en el amor de Cristo crucificado, con el cual se haga una misma cosa. Y á este fin se ordenan todas las otras cosas de la

religión: á esto es los ayunos, las vigilias, los trabajos, el silencio y las oraciones. Por tanto, si el religioso no pone siempre los ojos en este blanco, no puede entender si aprovecha en la religión ó no. Pues si queréis ser bienaventurada en este siglo y en el venidero, yo os amonesto que dejéis este vano siglo, como habéis determinado: pero amonéstoos que le dejéis, no en parte sino en todo, y transpasaos toda á Dios, en cuyo solo amor se halla paz y reposo, como dice S. Augustín. Hecístenos, Señor, para ti, y nuestro corazón está desasosegado hasta que descanse en ti. Pues guardad diligentemente lo que yo os he aquí escrito, ayuntando á esto la continua oración, la cual es el principal estudio del religioso. Mas porque la oración no se puede bien hacer si no nace del silencio y del trabajo, conviéneos en todo caso refrenar la lengua: porque como dice Santiago Apóstol, quien piensa que es religioso, y no refrena su lengua, sino engaña su corazón, vana es su religión. Haciéndoos saber que en ninguna cosa puede el demonio más presto engañar á los religiosos, que en la lengua: porque debajo de color de alguna recreación, ó de otros bienes semejantes, trae á parlar demasiadamente, y muchas veces á murmurar del prójimo, no considerando aquella sentencia de Salomón, que dice: En el mucho hablar no faltará pecado: y que por el mucho hablar se pierde la fuerza de la oración. De la cual el demonio ha mayor miedo que de ninguna otra cosa, y sin la cual ningún temor tiene al religioso. Y si á todos los religiosos es necesario guardar la lengua, mucho más necesario es á las vírgines de Cristo, á las cuales conviene ser muy vergonzosas y apenas hablar cuando son preguntadas. Á las cuales la sagrada Virgen dió ejemplo desto cuando hablando con el Ángel, y diciéndole él muchas cosas, y de grande importancia, ella respondió poquísimas palabras, y solas aquellas que fueron necesarias á lo que el Ángel le propuso. Finalmente, por mucho parlar pierde el religioso el vigor de su ánimo, y inquieta á sí y á los otros. Pero es necesario acompañar el silencio con el trabajo, porque el uno no se sufre sin el otro, y ambos á dos engendran como padre y madre á la oración, que es la elevación del ánima en Dios, como dice el Profeta. Bueno es al varón que traya el yugo dende su mocedad. Sentarse ha solitario, y callará, y levantará su ánima sobre sí. Por esto debéis acostumbraros en la religión á estar muchas veces solitaria, ma-

yormente á los tiempos ordenados. Y no busquéis ni tengáis alguna amistad particular, mas sed común á todas: y mayormente huid la compañía de las hermanas murmuradoras y de las disolutas (si alguna hay en vuestra casa) y llegaos siempre á aquéllas que tienen espíritu y buen olor de devoción, y son ejemplares y graves en sus pláticas. Y llamo aquí graves, no á las que son soberbias, sino á las que son calladas y humildes en su conversación, de las cuales podáis siempre aprender y sacar fruto de virtud. Así que, como arriba es dicho, amad siempre la soledad, en la cual ejercitéis vuestro entendimiento en santas liciones de la Escritura sagrada y de santos doctores. Y especialmente os amonesto que después de las Escrituras sanctas os ejercitéis en el estudio de las Colaciones de los sanctos Padres, que escribió Juan Casiano, y de las vidas de aquellos Padres del yermo que escribió S. Hierónimo. Después de la cual lición debéis meditar y rumiar cómo podáis poner por obra lo que hubiéredes leído. Después de la cual meditación habéis de levantar el ánima á Dios y hacer oración, suplicándole os conceda las gracias que á ellos concedió, para que le podáis servir, así en las cosas prósperas cómo en las adversas, con corazón puro, sencillo y entero. Haciendo desta manera, siempre seréis ocupada en las obras divinas. Y lo mismo podréis también guardar en los ejercicios exteriores, conviene saber, que labrando, ó cosiendo con las manos, el entendimiento esté ocupado en las cosas espirituales, y vuestro celestial esposo os concederá la gracia de la contemplación, en la cual gustaréis una cosa que este mundo no conoce, y viviréis alegre, pareciéndoos cualquiera cosa ligera de hacer, por la dulzura del amor de Cristo, y así ganaréis la gloria del cielo. Rogaréis asimismo por mí pecador, para que Dios me dé gracia de llegar juntamente con vos al triunfo de su gloria soberana. El cual es bendito en todos los siglos de los siglos. Amén.

FIN

SEGUNDA PARTE DEL LIBRO LLAMADO

GUIA DE PECADORES

EN LA CUAL SE TRATA DE TRES MUY PRINCIPALES MEDIOS

CON QUE SE ALCANZA LA DIVINA GRACIA

QUE SON

ORACIÓN, CONFESIÓN Y COMUNIÓN

VA ENTRETEGIDO AQUÍ UN *VITA CHRISTI* MUY DEVOTO, Y UN PIADOSO EJERCICIO EN LA CONSIDERACIÓN DE LOS BENEFICIOS DIVINOS: CON OTRAS MUCHAS ORACIONES PARA DIVERSOS PROPÓSITOS Y AFECTOS

POR EL R. P. FRAY LUIS DE GRANADA

Provincial de la Orden de Sancto Domingo en la Provincia de Portugal.



IMPRESO EN LISBOA

EN CASA DE IOANNES BLAVIO DE COLONIA

1557

Con privilegio Real por diez años.

X—13

Fué examinado este segundo volumen del libro llamado Guía de Pecadores por el R. P. Maestro Fr. Gaspar de los Reyes, examinador de libros por el Reverendísimo y Serenísimo Cardenal Infante, Inquisidor general en estos reinos de Portugal.

Está tasado cada pliego á cinco blancas.

Y véndese en casa de Juan de Borgoña, librero del Rey.

Nos el Licenciado Don Pedro de Illanes, Maestrescuela de Oviedo, Canónigo de Lugo, Provisor y Vicario general en lo espiritual y temporal en la Iglesia y Obispado de Salamanca por el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don Francisco Manrique de Lara, Obispo de Salamanca, del Consejo de Su Majestad, por la presente damos licencia y facultad á cualquier impresor deste dicho Obispado, para que pueda imprimir y vender un libro llamado Guía de Pecadores, dividido en dos partes, primera y segunda, que hizo el Reverendo Padre Fray Luis de Granada, Provincial de la Orden de Santo Domingo en los reinos de Portugal: con que antes y primero sea el dicho libro visto y aprobado por el Reverendo Padre Maestro Fray Gaspar de Torres, Comendador del Monesterio de la Vera Cruz desta Ciudad de Salamanca, y con su cédula de aprobación damos la dicha licencia conforme al Decreto del Concilio Tridentino. Fecha en Salamanca á veinte días de Hebrero de mil y quinientos y cincuenta y siete años.=*El Licenciado Illanes*.

APROBACION DE LA OBRA

Por mandado y comisión del muy Reverendo Señor Don Pedro de Illanes, Vicario general y Provisor en el Obispado de Salamanca, leí con mucha atención dos partes que compuso el muy R. Padre Provincial Fray Luis de Granada, que tiene por título, Guía de Pecadores, las cuales contienen doctrina muy católica, consideraciones muy subidas y avisos muy provechosos. Y como sea el autor persona muy religiosa y tan ejercitada en cosas espirituales, con gran seguridad podemos (pues ninguno con verdad puede decir estar sin pecado) tomar su guía: y así me parece ser muy útil se imprima y comunique esta Guía de Pecadores para mejor atinar el camino del cielo. Fecha en Salamanca á tres de Marzo de 1557.=*Fray Gaspar de Torres*.

Después fué vista la presente obra por mandado de los Señores del Consejo Real de Su Majestad en Valladolid por el muy Reverendo Padre Fray Rodrigo de Vadillo, de la Orden de San Benito, predicador de Su Majestad, y aprobada por devota y católica, y de cuya lección redundaría gran provecho á los lectores, y tal, que era muy justo que se imprimiese.

EL REY.

Por cuanto por parte de vos Fray Luis de Granada, Provincial de la Orden de Sancto Domingo en el reino de Portugal, me ha sido fecha relación que vos habéis compuesto un libro llamado Guía de Pecadores, dividido en dos partes, primera y segunda, en el cual habéis tenido mucho trabajo, suplicándonos os diese licencia para que vos, ó la persona que vuestro poder hubiese, y no otra persona alguna, pudiésedes imprimir y vender el dicho libro, ó como la mi merced fuese, el cual visto y examinado en el mi consejo, fué acordado que debíamos mandar esta mi cédula en la dicha razón, y yo túvelo por bien, por lo cual vos doy licencia y facultad para que vos, ó la persona que vuestro poder hubiere, podáis imprimir el dicho libro que de suso se hace mención, y para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la data desta mi cédula en adelante, podáis vender el dicho libro, y mando y defiendo que persona alguna sin vuestra licencia durante el dicho tiempo de los dichos diez años no le pueda imprimir ni vender, so pena de perder los libros que dello hubiere imprimido y más diez mil maravedís para la mi cámara, con tanto que hayáis de vender y vendáis cada pliego de molde de la dicha impresión á cinco blancas y no más. E mando á los del mi consejo, presidente y oidores de las mis audiencias, alcaldes, alguaciles de la mi casa y corte y chancillerías, y á todos los corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes & otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y señoríos, y á cada uno dellos, ansí á los que agora son como á los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir esta mi cédula y merced que vos ansí hacemos, & que contra el tenor y forma della no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera so pena de la mi merced y de cincuenta mil maravedís para la mi cámara. Fecha en Valladolid á treinta días del mes de Marzo de mil y quinientos y cincuenta y siete años.=*La Princesa.*

Por mandado de Su Majestad, Su Alteza en su nombre =*Juan Vázquez.*

Por otros diez años está concedido semejante privilegio que éste para esta obra en los reinos de Portugal.

Á LA MUY ALTA

Y MUY PODEROSA SEÑORA

DOÑA CATALINA

REINA DE PORTUGAL &c.

NUESTRA SEÑORA

TRES cosas señaladamente se requieren, serenísima & cristianísima señora, para la perfecta sabiduría que nos enseña la religión cristiana. La primera es entender lo que nos importa guardar la ley de Dios. La segunda, saber qué es lo que contiene esa ley de Dios. Y la tercera, cómo alcanzaremos fuerzas para que la podamos guardar. De las dos cosas primeras tratamos en los dos libros pasados, y de la tercera tractaremos agora en el presente: que es, de los principales medios y ejercicios con que se alcanza la divina gracia (en la cual consiste toda nuestra fortaleza) que son (entre otros muchos) oración, confesión y comunión. De esto tiene V. A. no solamente la teórica, sino mucho más la prática: pues de tal manera se ocupa en estos tres sanctos ejercicios, que este solo ejemplo había de bastar para que todas las personas deste reino, y aun de todos los otros reinos, supiesen estimar estos piadosos ejercicios, y no perseguirlos, como á ratos lo suele hacer el mundo cuando se le antoja.

Y aunque de la oración tratamos en otro libro muy á la larga, pero aquí se trata della más compendiosamente, y se añaden muchas cosas que allí no se pusieron. Porque primeramente, aquí se ponen muchas oraciones vocales para diversos propósitos y afectos, que allí se prometieron, y aquí se escriben, las cuales por la mayor parte saqué de un muy religioso doctor llamado Ludovico Blosio, monje de S. Benito, á cuyas escrituras me dicen ser V. A. muy aficionada. Lo segundo, aquí se pone un muy devoto ejercicio en la consideración de los beneficios divinos (de que también V. A. con mucha razón es muy devota) porque

verdaderamente no hay cosa que más provoque al amor y servicio deste común Señor, que la profunda y devota consideración de sus beneficios y misericordias. Lo tercero (y más principal) aquí se pone un *Vita Christi,* donde se tratan todos los pasos principales de la vida de nuestro Salvador, dende el principio de su encarnación hasta el fin de su gloriosa ascensión, poniendo primero el texto de los Evangelistas, y después apuntando algunas consideraciones sobre los principales pasos del texto: de las cuales unas sirven para mover á compasión, otras á devoción, otras á amor de Cristo, otras á agradescimiento de sus beneficios, y otras también para sacar alguna doctrina con que se emiende nuestra vida.

Todo esto se trató con la mayor brevedad que me fué posible, no haciendo más que apuntar las cosas, dejando la dilatación de ellas á la piadosa meditación del que en esto se ejercitase: porque así suelen platicar esto los que más acertadamente lo saben enseñar. Ésta es la más excelente materia de consideración de cuantas hay, la más copiosa, más dulce, más moral y más provechosa. De la cual hasta agora no pienso que se ha escrito en lenguaje castellano cosa digna de lición, excepta los libros del Cartujano, que no son para traer en el seno, como esta celestial doctrina requería.

Reciba, pues, V. A. este pequeño presente con su acostumbrada serenidad: del cual si tomare algún pequeño gusto, placerá al Señor abrirme camino para que le pueda enviar este mismo argumento de la vida de Cristo tratado más copiosamente, para que por medio de V. A. participen y gozen deste fructo del árbol de vida todos sus vasallos y naturales.

Siervo de V. A.=*Fray Luis de Granada.*

DE DOCE SINGULARES PROVECHOS
Y EXCELENCIAS QUE TIENE LA VIRTUD DE LA ORACIÓN

CAPÍTULO I.

PARA que el siervo de Dios con más alegre corazón se mueva al trabajo y ejercicio de la oración, pondré aquí sumariamente algunos provechos y excelencias desta virtud, presuponiendo primero (como adelante se tratará) que no hablo aquí de cualquier manera de oración, sino de aquélla que es atenta y devota, y que va acompañada con la meditación y consideración de las cosas divinas. Y para más claro entendimiento desto, será bien hacer una comparación desta virtud á las otras, para que se vea claro lo que tiene común con ellas, y lo que tiene de más.

La primera cosa pues que tienen las otras virtudes, es ser merecedoras de gracia y de gloria (si se ejercitan con caridad) y esto también lo tiene la oración, aun en más subido grado que las otras virtudes morales: porque es acto de religión, que es la más excelente de todas estas virtudes, y más propincua á las teologales: y así, cuanto es de más noble casta tanto por esta parte es de mayor merecimiento.

La segunda cosa que tienen muchas de las otras virtudes, es ser satisfactorias por las penas que se deben por los pecados, en esta vida, ó en la otra: y esta excelencia tampoco falta á esta virtud. Porque la satisfación destas penas señaladamente se hace por ayunos, limosnas y oraciones, como está determinado en el Concilio Florentino. Estas dos cosas tiene la oración comunes con otras virtudes.

Tiene demás desto (lo tercero y proprio suyo) ser obra impetratoria: esto es, que es instrumento proporcionado para alcanzar de nuestro Señor no solo acrescimiento de gracia y gloria (que es lo que cae debajo de nombre de merescimiento) sino otras innumerables cosas que se piden y alcanzan por ora-

ción, como leemos en las Escripturas sagradas y vidas de sanctos. Porque, como dice el Profeta, los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos en las oraciones de ellos. Y qué tanto sea lo que por este medio se alcanza, el mismo negocio parece que de suyo se lo dice, si se mira con todas sus circunstancias. Porque siendo Dios (como lo es) infinitamente bueno y dadivoso, y llegándose un hombre á Él con entrañable deseo de hacer su voluntad, y reconosciendo por una parte húmilmente su miseria y la inhabilidad que para esto tiene, y confesando por otra su inefable bondad y misericordia, se derriba á sus pies, y persevera con la Cananea llamando á las puertas de su clemencia, pidiendo por las llagas y merescimientos de Cristo una migajuela de gracia para servir mejor con ella al mismo Señor que la pide: y esto hace á la mañana, y á la noche, y al mediodía, y cuasi toda la vida, y muchas veces persevera clamando dos y tres horas continuas: quien esto hace, ¿qué no alcanzará de aquella infinita largueza, á quien ninguna cosa es más natural ni más gloriosa que usar de misericordia y perdonar? Y si esta misericordia llega hasta oir á los pecadores (que son enemigos suyos) ¿qué hará á los justos, á los cuales ha recebido por hijos? Pues si los padres de la tierra, siendo malos, saben dar buenas dádivas á sus hijos, ¿cuánto más aquel Padre que está en los cielos, dará su espíritu bueno á los que se le pidieren? Y si los jueces siendo malos no pueden dejar de hacer justicia cuando son importunados por ella, ¿cómo no cumplirá Dios de justicia, y volverá por la causa de sus escogidos que claman á Él día y noche sobre ella? Ésta es, pues, la tercera y muy propria y singular excelencia desta virtud. Y para mayor verificación desto, lee todas las historias y toda la Escriptura del Testamento viejo, y hallarás por cierto que nunca jamás los hijos de Israel clamaron á Dios viéndose en alguna gran tribulación, que no fuesen oídos y socorridos por ella: por donde verás con cuánta razón canta la Iglesia diciendo que nadie hace oración á Dios en vano, esto es, sin esperanza de misericordia.

La cuarta es, que en ella muchas veces se gustan los deleites y consolaciones espirituales, que son grandísima ayuda, así para acometer cualesquier trabajos y dificultades por amor de Dios, como para despreciar todos los otros deleites carnales y mundanos. Y quien quisiere ver esto más á la larga, lea á S. Agustín en el capítulo 23 de sus Soliloquios y á S. Bernardo en el Sermón 35 de

los Cantares, y ahí verá cuánta parte sean estos espirituales deleites para todo lo susodicho.

La quinta es, que en la oración (mayormente cuando es atenta y devota como aquí presuponemos) se ejercitan en su manera los actos de muchas singulares y excelentes virtudes, como son, fe, esperanza, caridad, temor, dolor de pecados, agradescimiento de los beneficios divinos, conoscimiento de sí mismo, adoración y reverencia de la divina Majestad, propósitos y determinaciones de bien vivir y de padescer trabajos por amor del Señor, con otros semejantes actos virtuosos, como en otra parte declaramos. Y señaladamente aquí muchas veces entrevienen actos de caridad, y ejercicio en el amor divino, que es (como dice Sto. Tomás) la más alta obra y de mayor merescimiento de cuantas se pueden ejercitar en esta vida. Porque aquí muchas veces entreviene la consideración de las perfecciones de Dios y de sus beneficios (como adelante se dirá) que son las cosas cuya consideración más poderosamente enciende en nuestros corazones la llama deste divino amor. Quien quisiere ver esto más á la larga, lea á Fray Hierónimo de Ferrara, lib. I *De simplicitate vitæ christianæ* en la décima conclusión.

La sexta es, que la oración es singular remedio y escudo para contra todas las tribulaciones y tentaciones del enemigo: porque es un principal medio para implorar y atraer á sí el favor divino, que es el mayor escudo que hay para contra todo género de tentación. Y para prueba desto (demás del común ejemplo de todos los sanctos, que á esta sagrada áncora se acogían en el tiempo del peligro) basta que aquel Maestro desta espiritual milicia armó á sus discípulos con estas armas al tiempo de la mayor necesidad, diciéndoles: Velad y orad, porque no entréis en tentación. Esto mismo entendió el profeta David, cuando dijo: Si no fuera, Señor, porque tenía ocupado mi corazón en la consideración de tu ley, por ventura desfallescería mi ánima en el tiempo de la tribulación. Y en otro lugar: Mis ojos (dice él) tengo siempre puestos en el Señor, porque Él librará mis pies de los lazos.

La séptima es, que en esta manera de oración entreviene la consideración, así de los misterios de la vida de Cristo como del Símbolo de la fe, que son las primeras raíces y fundamentos de la vida cristiana: la cual consideración, cuanto es más larga y más profunda, tanto abre más los ojos del hombre para el conosci-

miento de la suma verdad, y tanto más le despierta al amor y temor de Dios y menosprecio del mundo. De cuyas alabanzas quien quisiere saber algo, lea el principio del primer libro de la Consideración, que escribió S. Bernardo al papa Eugenio, y allí verá los grandes provechos que desta consideración se siguen. Y para mejor entendimiento desto, es de saber que una de las mayores hermosuras y consonancias que tiene la religión cristiana, es (ya que nos manda vivir vida celestial) proveernos de singulares ayudas y ingenios para vivir esta manera de vida. Quiero decir, ya que nos manda edificar una obra tan alta, proveernos de suficientes andamios y coadjutores para ella. Éstos son los artículos y determinaciones de nuestra fe, la muchedumbre de los beneficios divinos, los misterios de la vida de Cristo, los ejemplos de innumerables sanctos y sanctas, y otras cosas semejantes: las cuales son tan grandes estímulos y motivos para bien vivir, que exceden todo lo que en este género se puede encarecer y pensar. Pues es cierto que el ánima que tiene consideración, es la que tiene la llave destos tesoros, y la que mediante este ejercicio lo ve todo, y gusta de todo, y se aprovecha de todo. Y así con las llaves desta consideración abre las puertas del infierno y desciende allá á ver lo que aquellos malaventurados padescen, y con estas mismas abre las puertas del paraíso, y sube allá á ver lo que aquellos bienaventurados gozan: y así, con lo uno se despierta al temor de tan horribles tormentos, y con lo otro, al amor de tan grande galardón: y con lo uno y con lo otro se mueve (como con dos espuelas) á andar este camino de la virtud. Mas por el contrario, al que ninguna manera de consideración tiene, todo le está cerrado y tapado, y así tan poco le presta todo esto, como si nada dello hubiera en el mundo. Porque así como la misma cuenta sería no haber medicina en el mundo, ó no querer usar della, aunque la hubiese, así lo mismo es no haber nada desto de por medio, ó no querer poner el hombre los ojos en considerarlo. Pues sin estos andamios ¿cómo se levantará este edificio? Sin estas espuelas ¿cómo se andará este camino? Sin estas ayudas y socorros de vida celestial ¿cómo se podrá vivir esta vida? Ves luego cuánta necesidad tiene el cristiano de alguna manera de consideración (aunque no sea con ejercicios limitados y ordenados) para despertarse al amor y temor de Dios y perseverar en el bien.

La octava es, que la persona que cada día tiene (como el profeta Daniel) sus tiempos determinados para oración, cada hora déstas entra en juicio consigo, y se tiene capítulo, y examina su consciencia, y se acusa de sus males, y propone la emienda de ellos, y pide al Señor gracia y favor para esto: y así, con esta cuenta que cada día se toma, y con esta renovación de buenos propósitos y deseos, cada hora se va disponiendo y aprovechando más y más en la vida espiritual.

La nona es, que la persona que se determina de tener esta manera de ejercicio y recogimiento, y se pone á querer mantener oración y devoción, por el mismo caso se obliga á todos aquellos medios sin los cuales esto no se puede sustentar: y el que esto no procura, ó no perseverará en la oración, ó será vano todo su trabajo, si no procura tener todas aquellas virtudes con que se conserva esta virtud. Y aun ésta es una de las cosas que más provocan y despiertan este sobredicho capítulo y examen que dijimos: porque faltando al ánima aquella ración ordinaria de devoción que el Señor le suele dar, luego cree que esto le acaescería por alguna culpa suya: y para esto examina su conciencia, y trabaja por emendar aquello que le fué causa de tan grande pérdida.

La décima es, que la oración es un medio convenientísimo para llegar al hombre á su último fin, que es hacerlo semejante á Dios: porque así como el aldeano, tratando con cortesanos, poco á poco se va haciendo cortesano, y el no sabio, tratando con sabios, se hace sabio, y el grosero, conversando con elocuentes, elocuente &c. así, y mucho más, el que trata y conversa muy á menudo con Dios, poco á poco se va haciendo divino: porque mucho más comunicativo es Dios de sí mismo, que ninguna destas criaturas lo pueden ser. Por donde dijo el Apóstol: El que se allega al Señor, un espíritu se hace con él.

La undécima es, que siendo esta virtud de tanta excelencia y eficacia para todo bien, es en gran manera acomodada á todo género de personas, lugares y tiempos: porque ningún lugar hay tan público, ningún tiempo tan embarazado, ningún ejercicio tan extraño y ninguna persona tan inhábil que no pueda (con el favor de Dios) en cualquier sazón déstas hurtar á ratos el corazón de los negocios, y levantarlo á Dios, que es la oración de que aquí hablamos: pues no es otra cosa oración sino levantamiento

de nuestro espíritu á Dios. De la limosna se excusa el pobre, porque no tiene qué dar: del ayuno el flaco, porque no puede ayunar: de la peregrinación el enfermo, porque no puede caminar: de la lición el ignorante, porque no sabe leer: de la frecuencia de los Sacramentos (que es lo que más ayuda para toda virtud) se excusan muchos por muchas maneras de impedimentos con que esto se impide, ó se dilata más de lo que la necesidad y devoción de los fieles requería. Mas la oración, como no depende más que de la voluntad del hombre, á nadie puede faltar en todo tiempo y lugar, si el hombre no quisiere faltar á sí mismo.

Todas estas excelencias se han dicho con suma brevedad, excepta la que se sigue, que porque hacía más al propósito de esta escriptura, se trató más copiosamente. Mas así con ésta como con las otras solamente pretendo probar la utilidad grande desta virtud, no la necesidad: porque ésta no la pongo mayor que en los otros preceptos afirmativos, los cuales no obligan más que en solos aquellos tiempos y artículos de necesidad que los doctores señalan. Verdad es que si uno (demás de la común obligación de la vida cristiana) quisiese vivir vida espiritual y aspirar á la perfección, esto no se podría hacer sin algún ejercicio de oración y consideración, aunque esto no fuese en tiempos limitados ni con ejercicios ordenados, sino con cualquier otra manera que el Espíritu Sancto le enseñase: porque yendo uno por la calle y entendiendo en los negocios familiares de su casa, puede traer á Dios ante sus ojos y ocuparse en sanctos pensamientos. Puesto caso que esto, regularmente hablando, no es de todos, sino de aquéllos que teniendo el pecho lleno, regüeldan, adoquiera que están, la abundancia de la devoción y suavidad divina que rebosa en su corazón. Porque así como una sala, regada muy bien por la mañana en el verano, echa de sí todo el día un frescor deleitable, así el corazón que á lo menos una vez al día es regado abundantemente con agua de lágrimas y devoción, siempre está echando de sí muchos sanctos pensamientos con que el ánima espiritualmente es refrigerada y consolada.

Pues tornando al propósito, la duodécima excelencia desta virtud (por la parte que abraza y comprehende también la meditación y consideración) es ser un grande estímulo y incentivo de la devoción, la cual hace al hombre prompto y hábil para toda virtud. Porque devoción propriamente hablando (como dice San-

to Tomás) es una virtud que hace al hombre prompto y aparejado para todo bien, y la que le despierta y habilita para toda obra virtuosa. De manera que con ser ella una simple virtud (como dice el mismo Sancto) es de tan maravilloso poder y fecundidad, que despierta y habilita al hombre para todas las virtudes y para todo aquello que entiende ser agradable á nuestro Señor.

Indicio tenemos desto, si consideramos cuál sale el hombre después que ha tenido una larga y profunda oración, cuán devoto, cuán alegre, cuán esforzado para el bien, cuán ganoso de poner luego las manos en algo por amor de Dios, cuán lleno de buenos propósitos y deseos, y sobre todo (si la oración ha sido tal) cuán deseoso de padescer trabajos y vituperios, y aun derramar sangre por Aquél que tan dulce y tan amable se le mostró en la oración, y tan digno de todo servicio. De manera que no sólo sale de allí con esfuerzo para llevar la carga de los mandamientos, sino también la sobrecarga de los consejos, con todo lo demás que se le puede ofrecer.

Y que la oración y consideración sean causa desta devoción, enséñalo claramente Sto. Tomás en el lugar alegado, donde dice que la devoción procede de dos causas, una exterior y otra interior. Y la exterior dice que es el Espíritu Sancto, el cual es autor y inspirador de la devoción, y la interior dice que es la meditación y consideración de las cosas espirituales, y señaladamente de dos, conviene saber, de las perfecciones y beneficios de Dios, y de los pecados y miserias del hombre. Porque con la profunda consideración destas cosas se despierta en la voluntad este buen afecto que llamamos devoción, el cual nos hace hábiles y promptos para toda virtud. Pues si de tan grande bien es causa la devoción, y ésta es hija y compañera de la meditación, ¿qué tal será el árbol que tal fructo produce, y la causa de donde nasce tal efecto?

Y para mayor declaración desto, no dejaré de referir aquí lo que el Cardenal Cayetano dice sobre este paso cuasi por estas palabras: En este artículo tercero debes notar dos causas intrínsecas que el sancto Doctor señala de la devoción, las cuales son, por una parte, la meditación de Dios y de sus beneficios, y por otra, la consideración de los proprios defectos. Á la primera parte pertenesce la consideración de la bondad, misericordia, justicia, caridad y hermosura de Dios con todos los atributos y per-

fecciones suyas, y señaladamente la de caridad y amor para con todos los hombres, y particularmente para con cada uno de ellos. Item, la consideración de los beneficios divinos, como son, la creación, la redempción, el bautismo, el Sacramento del altar, las inspiraciones divinas, los llamamientos y voces de Dios, ó por sí ó por otras causas segundas, el habernos esperado tanto tiempo á penitencia, el habernos misericordiosamente preservado de tantos peligros, así de cuerpo como de ánima, y el haber deputado sus mismos ángeles para nuestra guarda, con todos los otros beneficios divinos.

Á la segunda parte pertenesce la consideración de sí mismo, conviene saber, de los proprios defectos y miserias, así de las culpas presentes como de las pasadas: la facilidad y promptitud tan grande que tenemos por parte de nuestro apetito para todo género de pecado: el estrago de la propria hacienda (que es de las habilidades y bienes de naturaleza) por haber habituado las inclinaciones y potencias de nuestra ánima á mal obrar: la habitación en esta región tan distante y tan apartada de la conversación y amistad de Dios: la perversidad de nuestro apetito, que más siente los provechos y daños temporales que los espirituales: la desnudez y pobreza de las virtudes: las heridas y llagas espirituales de nuestra ánima, que son, ceguedad, malicia, concupiscencia y flaqueza: las cadenas con que estamos atados de pies y manos, que son los impedimentos grandes que por parte de nuestra carne tenemos para bien obrar: el estar en tinieblas y hedores y amarguras, y no sentirlo: no oir la voz del Pastor que nos llama de dentro: y sobre todo esto, haber hecho tantas veces á Dios nuestro capital enemigo, pecando mortalmente, y por consiguiente, haberle hecho tan grande injuria como si no lo quisiéramos tener por Dios, y haber puesto en su lugar y hecho dioses al vientre, y al dinero, y á la honra, y al deleite, y otras cosas semejantes, las cuales antepusimos y preciamos más que á Dios.

Pues destas meditaciones (las cuales habían de ser cuotidianas á los religiosos y á todas las personas espirituales, dejado á parte el mucho hablar de las oraciones vocales, cuando no son de obligación) se engendra la devoción, y con ella juntamente todas las otras virtudes. Y no merescen nombre de religiosos ni religiosas ni de personas espirituales los que á lo menos una vez al día no se ejercitan en esto. Porque así como no se puede alcan-

zar el efecto sin la causa, ni el fin sin el medio, ni el puerto sin la navegación que para él se ordena, así tampoco se puede alcanzar la verdadera religión sin frecuentar y repetir los actos de las causas y medios con que ella se alcanza.

Hasta aquí son palabras de Cayetano, en las cuales ves cuánto alaba y cuán encarescidamente encomienda aquí el ejercicio desta meditación. Porque, primeramente, dice que con la consideración cuotidiana destas cosas se engendra la devoción, y con ella consecuentemente todas las otras virtudes, cuyo estímulo es la devoción. Lo segundo, que no merecen nombre de religiosos ni de personas espirituales los que á lo menos una vez al día no se recogen un poco para vacar á este sancto ejercicio. Lo tercero, que así como no se puede conseguir el fin sin los medios (como es el puerto sin la navegación) así tampoco la pureza y perfección de la religión, sin los ejercicios de la oración y consideración, que son las causas della.

Y lo que dice, que para esto se debe dejar el mucho hablar de las oraciones vocales, no lo dice para condenar por esto el uso de la oración vocal: porque no es cosa que cabe en entendimiento de hombre de razón, alabando la oración mental, condenar la vocal. Porque, si es sancta cosa llamar á Dios con el corazón, ¿cómo puede ser no sancta añadir á la voz del corazón la de la boca y de la lengua que él crió para su alabanza? Mas dice esto para condenar no el uso, sino el abuso de las oraciones vocales de algunas personas que rezan tan apresuradamente, tan de corrida y tan sin atención y devoción, que ningún fructo, ó cuasi ninguno, sacan desta manera de rezar. Y aun algunas veces en lugar de fructo sacan daño, cuando, ya que se ponen á rezar y hablar con Dios, no hacen esto con la reverencia y atención y con las otras circunstancias que debrían, como lo declara este mismo doctor en la Suma de pecados. Y pluguiese á Dios no fuesen muchos los que en esta culpa caen: mas quien mira de la manera que muchos clérigos y sacerdotes el día de hoy rezan y cantan las horas y el oficio divino, así en público como en secreto, y el poco fructo y devoción que desto sacan, verá claramente con cuánta razón reprehende este doctor, no el uso, sino el abuso desta manera de orar.

Todas cuantas veces leo esta doctrina, confiésote, cristiano lector, que me maravillo mucho de ver en cuán pocas palabras

comprehendió aquí este doctor todos los ejercicios y cuasi toda la doctrina de cuantos libros espirituales hay: porque quienquiera que atentamente los leyere, verá que aunque en la manera de las palabras parezcan diferentes, pero en la substancia, ni dicen más ni pretenden más de lo que este doctor enseñó, ni aun encarescen y autorizan más sus ejercicios de lo que éste los encaresció. Por do paresce claro cómo la Iglesia se rige por un mismo espíritu, y cómo todos los siervos de Dios tienen un mismo Maestro, pues todos vienen á dar en un mismo fin y en un mismo camino. Haz tú lo que este doctor enseña (que es, señalar cada día un pedazo de tiempo para pensar en tus pecados y en los beneficios de Dios, entre los cuales el más principal es el de nuestra redempción, donde entran todos los misterios principales de la vida de Cristo) y trabaja como animal limpio por rumiar las palabras y obras de la vida de este Señor, que ni es otra cosa el Rosario de nuestra Señora, ni otra la que todos los libros devotos enseñan. Todo es un mismo manjar: mas como son diversos los gustos, unos lo guisan de una manera y otros de otra. Lea quien pudiere los opúsculos de S. Buenaventura, que fué un doctor tan señalado en letras, en devoción, en religión, en prudencia de gobernar (pues á los trece años de su profesión fué general de su orden, y después obispo y cardenal) y ahí verá cuántas maneras de potajes hace este sancto de la vida y pasión de Cristo, enseñándola á meditar, unas veces por las horas del día, otras por los días de la semana, otras reduciéndola á himnos y oraciones vocales, otras haciendo della un árbol de la vida del Crucificado. Y todo esto hacía el sancto varón, porque entendía, por una parte, cuánto nos importaba este sancto ejercicio, y por otra, cuán diferentes eran los gustos de los hombres. Y por esto guisaba este manjar de tantas maneras.

Para declaración del fructo que de aquí se sigue, no alegaré más de lo que este sancto doctor alegó, que es, la experiencia de muchas personas que él escribe, en su tiempo grandemente aprovechadas por medio destos ejercicios: y la misma podemos alegar agora: pues quienquiera que mirare este negocio con claros ojos, hallará por cierto que todas las personas que tienen sus tiempos deputados para emplearse en estas sanctas meditaciones y consideraciones, regularmente hablando están más aprovechadas en el servicio de Dios y en el camino de las virtudes: y que en ellas se halla más devoción, más fervor de espíritu, más lágrimas, más

silencio y recogimiento, más amor y temor de Dios, más aborrescimiento del pecado, más sentimiento de las cosas espirituales, más gusto de las palabras divinas, más piedad y misericordia para con los prójimos, y demás desto, tanto ejercicio de ayunos, vigilias, asperezas y disciplinas, que ninguna otra cosa vemos cada día, sino muchas cabezas, estómagos y cuerpos estragados, y otros semejantes excesos ocasionados del fervor de la devoción.

EJEMPLOS DE LOS SANCTOS
y especialmente de nuestro Padre Sancto Domingo.

PUES por estas y otras semejantes utilidades fueron todos los sanctos tan dados á los ejercicios de la oración y consideración como leemos en sus historias. Si no, dime, ¿qué otra cosa hacían aquellos sanctos Padres del desierto, aun cuando entendían en tejer sus canastillas de mimbres, sino vacar á la oración? ¿Qué hizo el primero de todos ellos (que fué S. Pablo) por todos aquellos sesenta años que estuvo en el desierto sin vista de hombre mortal, sino ocuparse día y noche en oración? ¿Para qué el bienaventurado Hilarión sobre diez veces mudó la celda que tenía, por esconderse de la gente que lo buscaba, sino para ocuparse (como escribe S. Hierónimo perpetuamente en ayunos, y psalmos, y oraciones? ¿Qué otra cosa hacían todos los otros que llamaban anacoritas (que quiere decir solitarios) sino entender siempre en oficio de ángeles, que es vacar á la contemplación de las cosas divinas? ¿Qué otra cosa leemos en los libros de Judith, de Ester, de Tobías, de los Reyes y de los nobles Macabeos, sino maravillas y grandezas alcanzadas por oración? ¿Quién esforzó el animo de aquella sancta Judith para emprender una tan gran hazaña (como fué cortar la cabeza de Holofernes) sino la virtud de la oración? Puesta la ciudad en tan grande estrecho por el ejército de los asirios, los sacerdotes oraban, la gente del pueblo oraba, los niños también oraban, la sancta Judith en su retraimiento oraba, y al tiempo que se partió para el campo de los enemigos, mandó que ninguna otra cosa se hiciese por ella sino oración: y estando entre ellos, cada noche salía fuera á hacer oración, y al tiempo que desenvainó el espada para herir la cerviz del tirano, es-

forzó el brazo flaco y femenil con la virtud de la oración: y así, cortada la cabeza del enemigo, dió fin á aquella tan memorable hazaña.

Y si por ventura dijeres que todos estos padres antiguos (mayormente los que moraban en los desiertos) tenían más aparejo para este ejercicio, porque carescían de todo negocio, para eso te quiero poner agora delante uno de los más ocupados hombres del mundo, que fué nuestro glorioso Padre Sto. Domingo el cual no por eso dejó de llegar á la cumbre de la perfecta oración y contemplación. De suerte que estando en medio de la plaza de todos los negocios que la caridad y misericordia le pedían, no por eso carescía de la oración y contemplación que los monjes en el desierto tenían. Por donde con mucha razón le compete aquella alabanza del Sabio que dice: Fué así como la oliva que comienza á brotar, y como el aciprés que se levanta á lo alto. Extraña cosa parece caber en una persona propriedades de dos cosas tan distantes, como son el aciprés alto y estéril y la oliva baja y fecunda. Sin dubda lo uno y lo otro conviene á este bienaventurado Padre, pues como oliva fructuosa daba olio de misericordia para socorro de los prójimos, ocupándose en obras de vida activa, y como aciprés que todo se va á lo alto, subía con excesos de amor á los ejercicios de la vida contemplativa: y así abrazaba en uno ambas hermosuras de oliva y de aciprés, tomando de la una la fecundidad, dejando la bajeza, y del otro la alteza, dejada la esterilidad.

Pues qué tan continuas hayan sido las oraciones de este Sancto, y de cuántas maneras de orar haya usado, es bien que lo oigan agora todos, y mucho más los que se glorían del nombre de sus hijos, á quien es más dulce y más eficaz la memoria de los ejemplos del padre. Pues de la continua oración de este Sancto, y de las maneras que tenía de orar, escribe S. Antonino en la tercera parte de sus historias así: Aunque toda la vida de este Sancto era una prolija y continua oración, todavía (demás de las siete horas canónicas) usaba de otros muchos modos de orar, para despertar más con algunos actos exteriores la devoción interior. De los cuales el primero era inclinándose profundamente ante el altar, presuponiendo que el altar era Cristo, acordándose que está escrito: La oración del que se humilla, penetra los cielos. Y así aconsejaba él á sus frailes que se humillasen profundamente cuan-

do pasasen ante la imagen del Crucifijo por nosotros humillado.

El segundo era prostrándose todo en tierra de largo á largo, de la manera que Cristo oró en el huerto: y así compungido en su corazón y como hombre confundido, dentro de sí decía: Señor Dios, apiádate de mí pecador. Y aquello del psalmo: Humillada está, Señor, en el polvo nuestra ánima, y nuestro vientre está pegado con la tierra. Y exhortando sus frailes á esta manera de orar, les alegaba el ejemplo de aquellos sanctos Magos, que prostrados en tierra adoraron al niño Jesús. Añadiendo que aunque ellos no tuviesen pecados por qué orar, debían orar por los pecados ajenos y por la conversión de sus prójimos.

El tercero era estando en pie y disciplinándose con una cadena de hierro, diciendo aquel verso del Profeta: Tu disciplina, Señor, me corregió hasta la fin, y tu disciplina me enseñará. Y en memoria de esto se ordenó después entre sus religiosos que los días feriales recibiesen todos en común disciplinas con unas varas, diciendo el psalmo de *Miserere mei Deus,* por sus pecados y por los ajenos.

El cuarto era hincándose muchas veces de rodillas, á imitación de aquel leproso de el Evangelio, que arrodillado ante la presencia del Salvador decía: Señor, si quieres, puédesme alimpiar: y á imitación del bienaventurado S. Esteban, que puesto de rodillas hizo oración por sus enemigos. Y en esta manera de orar, muchas veces era oído levantar la voz en alto y decir: Á ti, Señor, clamaré, Dios mío, no calles tú á mí. Otras veces hablaba con solo el corazón en gran silencio, donde le acontescía estar algunas veces como suspenso y espantado por un grande espacio, y allí paresce que pasaba de vuelo, y penetraba los cielos con el entendimiento: y después volvía en sí con mucha alegría, y limpiaba las lágrimas que de los ojos corrían, y tornaba con toda composición y presteza á levantarse en pie, y después á hincarse de rodillas como de antes.

El quinto era estando en pie delante del altar, las manos levantadas y un poco extendidas á manera de un libro abierto: y así estaba como delante de Dios, leyendo con grande devoción y reverencia, y meditando las palabras divinas, y platicándolas dulcemente consigo.

El sexto era poniéndose en cruz, como oró cuando resuscitó á un mancebo en la iglesia de S. Sixto en Roma, cuando fué visto

levantarse en el aire con grande admiración de los que presentes estaban. De esta manera oró el Salvador cuando estando crucificado, hizo oración por nosotros con grande clamor y lágrimas y fué oído por su reverencia.

El séptimo era algunas veces estando en pie y las manos extendidas y derechas al cielo, como saeta que sube á lo alto de un arco flechado: y créese que en esta manera de orar se le acrescentaba la gracia, y alcanzaba lo que pedía al Señor para su Orden. Y algunas veces, orando desta manera, le oían los frailes decir aquellas palabras del psalmo: Oye, Señor, mi voz, cuando clamo á ti, y cuando levanto mis manos á tu sancto templo.

El octavo era el que tenía después de las horas canónicas, ó de las gracias que se dan después de comer. Porque en estos tiempos el sancto varón lleno de espíritu de devoción con las palabras de los psalmos que había cantado, ó de las que había oído en la lición de la mesa, luego se recogía en la celda ó en algún lugar solitario, y hecha la señal de la cruz, abría un libro y comenzaba á leer por él con grande suavidad, paresciéndole que le hablaba el mismo Dios en aquel libro, y que él oía sus palabras atentamente, diciendo con el Profeta: Oiré lo que habla en mí el Señor Dios. Y era cosa maravillosa ver de la manera que el sancto varón se había en este ejercicio: porque algunas veces parescía que disputaba con otra persona, y que le hablaba con atención, y otras veces que le oía con gran silencio: unas veces se sonreía, otras lloraba, unas hincaba los ojos en un lugar, otras los abajaba. Y así en este ejercicio como en todos los demás tenía él por costumbre levantarse siempre de la lición á la oración y de la meditación á la contemplación: y así en un mismo rato de ejercicio subía por todos los pasos de aquella escalera mística que describe S. Bernardo. Y era tanta la reverencia que tenía á las palabras de Dios y á los libros de los sanctos, que cuando estaba solo, inclinaba la cabeza al libro, y lo tomaba en las manos, y lo besaba, especialmente si era de los Evangelios.

El nono era otra muy loable costumbre que el sancto varón tenía cuando andaba camino, que siempre iba dentro de sí orando y meditando: y para mejor hacer esto, decía á los compañeros que se fuesen delante ó se quedasen atrás, por quedarse él solo, alegándoles para esto dulcemente aquel dicho del Profeta

que dice: Llevarla he á la soledad, y hablarle he al corazón. Y tenía por costumbre en esta manera de oración mover algunas veces las manos, como si quisiese ojear algunas moscas de delante de sí, y signábase muchas veces con la señal de la cruz. Y creían los religiosos que por esta manera de ejercicio había alcanzado entendimiento de las Escripturas sagradas.

Hasta aquí son palabras de S. Antonino.

Éstos, pues, son los modos de orar, éstos los ejercicios y los ejemplos de este glorioso Padre. No sé aquí por cierto qué primero diga, ni de qué primero me maraville. Maravíllome cuando considero qué tan grande sería la suavidad y gusto que este bienaventurado Padre recibía, cuando así perseveraba en estos ejercicios, pues ni de día, ni de noche, ni andando, ni parado, ni comiendo, ni después de haber comido, se cansaba ni se hartaba de estar siempre ocupado en estos divinos coloquios. Maravíllome de ver tantas maneras de potajes y ensaladas como este sancto varón halló en una cosa tan simple como es la oración, para nunca empalagarse comiendo siempre de un mismo manjar, y para despertar más el apetito de las cosas espirituales con esta variedad. Sobre todo esto me maravillo de la destreza de este tan valeroso capitán, que no menos peleaba con la mano siniestra que con la diestra: pues tan continuo era en el socorro de los prójimos y tan continuo en el trato con Dios, sin impidirse el un ejercicio al otro. De ángeles es entender de tal manera en los negocios de los hombres, que no por eso dejen la contemplación de Dios: y este ángel de la tierra y hombre del cielo de tal manera tenía sus ojos puestos en Dios, que ni la gobernación de toda su Orden, ni el estudio de las letras, ni las ocupaciones del predicar y confesar y disputar con herejes y andar caminos y acudir á tantas cosas impedían aquella unión de su beatísimo espíritu con Dios. Y si algunas veces por algún breve momento le impidían, es de creer que luego (á semejanza de aquellos misteriosos animales de Ezequiel) iba y volvía al secreto de su recogimiento como un relámpago resplandeciente. Porque como varón perfecto, había llegado á aquel estado felicísimo donde las dos maneras de vida, activa y contemplativa, hacen úna compuesta de ambas, sin que la una perjudique á la otra, sino antes ayudándose una á otra. Porque el ejercicio de las buenas obras hacía su oración más eficaz y más acepta, y la devoción que

sacaba de la oración le hacía más prompto y ligero en el bien obrar. Y demás desto, con la oración guiaba mejor los negocios de la gobernación: porque los consultaba primero con Dios, y les pedía el buen suceso: y con ella también guiaba los de la predicación: porque por ella salían sus palabras teñidas con el espírito de la devoción y encendidas como hachas en la fragua del divino amor. Y de aquí fué que preguntándole una vez dónde había aprendido aquellas maravillas que predicaba, respondió que en el libro del amor. En el cual si estudiasen agora tanto los predicadores como estudian en los otros libros humanos, no hay dubda sino que sin comparación harían mucho mayor provecho del que hacen.

Resta, pues, avisar y suplicar á todos los que nos preciamos deste glorioso Padre, que pues somos hijos suyos según el espíritu y no según la carne, que no usurpemos este tan glorioso nombre sin causa: sino que ó dejemos el nombre de hijos, ó trabajemos por ser herederos del espíritu de nuestro Padre. Su espíritu fué apostólico, y su instituto, de vida apostólica: si nos agrada la gloria deste nombre, no nos desagraden los ejercicios por donde el nombre se merece. Los ejercicios de los Apóstoles fueron universales en todo género de virtud, y señaladamente (como ellos mismos lo testificaron) en oración y predicación. De los cuales usaban de tal manera, que del uno se ayudaban para el otro: porque en la oración cogían lo que en la predicación enseñaban, ejercitando en lo uno el oficio de la vida contemplativa, y en lo otro de la activa. Éste sea pues, muy amados hermanos, nuestro instituto, y á éste enderecemos la proa de todos nuestros ejercicios: para que á imitación deste bienaventurado Padre merezcamos pasar gloriosamente de el instituto y perfección de la vida monástica al de la apostólica, no perdiendo lo uno por lo otro, sino acrescentando lo uno á lo otro, que es una perfección mayor á otra menor.

DE TRES MANERAS DE HACER ORACIÓN

CAPÍTULO II.

PARA que mejor se entienda de qué linaje de oración tratamos en este libro, será necesario tratar primero de diversas maneras que hay de orar, y de la ventaja que hay de las unas á las otras. Y porque acerca desto suele haber alguna diversidad de pareceres entre la gente devota (por donde vienen á confundir y escurecer esta materia, que de suyo es clarísima) no será fuera de propósito poner aquí una breve resolución de todo este negocio. Y para mayor luz de lo que se dijiere, presupondré primero dos muy comunes sentencias de los doctores en esta materia.

La primera es: la oración de necesidad pide alguna manera de atención actual ó virtual (como adelante se declarará) y la que ninguna manera de atención tuviese, no merece nombre de oración. Esta sentencia es de Ioannes Casiano, que dice así: Poco ora el que solamente ora cuando está hincado de rodillas, y ninguna cosa ora el que, aunque esté hincado de rodillas, voluntariamente se distrae. Por do parece ser verdad lo que comúnmente se dice, que la atención es ánima de la oración: porque aunque la caridad sea ánima de la oración cuanto al ser meritoria, pero la atención se dice ánima de la oración cuanto al ser oración. Por donde, así como faltando la caridad, no será meritoria la oración, así faltando del todo la atención susodicha, no será oración.

El segundo fundamento sea, que entre las condiciones que ha de tener la fructuosa y perfecta oración, una de las principales es que se haga con espíritu y devoción, como nos lo aconseja el Apóstol cuando dice: Orad todo tiempo en espíritu. Y orar en espíritu es orar con entrañables deseos y sospiros del ánima, con los cuales el Espíritu Sancto hace orar á sus siervos: porque orar desta manera es especial del Espíritu Sancto. De donde se infiere que cuanto una oración se hiciere con mayor espíritu

y devoción, tanto será por esta cabeza más fructuosa. Destos dos fundamentos tan claros depende toda la resolución desta materia: porque por ellos podrá quienquiera juzgar cuál sea oración y cuál no, y cuál sea más provechosa y cuál menos.

Mas para mayor claridad de lo dicho, es de saber que hay tres maneras de hacer oración. Porque unos rezan por sus horas ó por sus cuentas muy apresuradamente, y muy de corrida, y con poca atención á lo que dicen. Esta manera de orar, así como se hace con poco espíritu y atención, así es de poco fructo, como se infiere claro de lo que acabamos de decir. Y tanta podría ser en esta parte la negligencia y el descuido, que la tal oración se convertiese en pecado, cuando el hombre se pusiese á orar sin ninguna manera de reverencia y atención. Porque dado caso (como el Cardenal Cayetano dice) que no sea el hombre obligado á orar, mas ya que ora (pues no es otra cosa orar sino hablar con Dios) ha de procurar de acompañar su oración con atención y reverencia de aquel Señor con quien está hablando: y si esto no quiere hacer, hace contra lo que debe á tan grande Majestad, lo cual no carece de pecado.

Y porque es innumerable la gente, así de clérigos y sacerdotes como de otros legos, que rezan desta manera, por eso es tantas veces reprehendida esta manera de orar de los sanctos: y por esto dijo Cayetano que se había de dejar el mucho hablar de las oraciones vocales, como arriba declaramos. Y que ésta sea muy común manera de orar del mundo, manifiéstalo su grande perdición: porque si el mundo estuviera más reformado en la manera del orar, también lo estuviera en la del vivir.

Segunda manera de orar

§. II.

OTRA manera de orar hay de mucho mayor provecho, que es cuando uno reza, ó por sus horas ó por sus cuentas, procurando (según le es posible) de estar entero y atento á aquello que hace, diciéndolo con todo reposo y sosiego, y habiéndose en ello como hombre que entiende que está hablando con Dios, que es con reverencia y atención.

Y porque esta atención es una de las principales cosas que se requerían para la oración, es de notar que hay tres maneras de atención: una á las palabras, procurando decirlas bien pronunciadas y con aquella reverencia y devoción que se debe á palabras sagradas, como hacen las personas que cantan ó rezan devotamente los psalmos en lengua que no entienden. Otra hay mejor que ésta, que es de aquéllos que entienden las palabras que dicen, y así trabajan por ir atentos al sentido dellas cuando las dicen, cumpliendo aquello que dice S. Augustín en su regla: Cuando con psalmos y himnos hacéis oración á Dios, procurad de tratar en vuestro corazón lo que pronunciáis por la boca. Hay aun otra mejor atención, que es la de aquéllos que aunque van rezando los psalmos con la boca, tienen el espíritu levantado y fijo en Dios, sin discurrir por la diversidad de los conceptos que aquellas palabras significan: porque éste es el fin de todos estos sanctos ejercicios, y el fin siempre es mejor que las cosas que se ordenan á él. Demás de ser verdad que mucho más aprovecha un misterio ó una palabra sancta profundamente considerada, que muchas pasadas así de corrida.

También aquí es de notar, acerca de la atención, que cuando el hombre se llega á orar con intención de hacer en esta parte lo que debe, si después, no por culpa suya, sino por la fragilidad humana, se derrama una vez y muchas en otros pensamientos, que no por eso caresce de muchos de los fructos de la oración. Porque la oración (como ya dijimos) es obra meritoria, satisfactoria y empetratoria: y ninguno destos fructos pierde en este espacio, por razón de aquel buen propósito y determinación que al principio tuvo. Porque así como la piedra, después de despedida de la mano, se mueve en virtud de aquel ímpeto que le puso el brazo cuando la despedió de sí, así también lo hace la oración en virtud de aquel primer buen propósito y determinación que el hombre tuvo cuando comenzó á orar. Solamente caresce por entonces (como dice Sto. Tomás) del gusto y consolaciones del Espíritu Sancto, las cuales dependen de la actual consideración y contemplación de las cosas divinas: y por eso faltando ésta, falta también lo que se sigue della. La cual doctrina sirve para consolación de las personas humildes y devotas, que suelen demasiadamente afligirse cuando ven que se les distrae el corazón en este tiempo: como quiera que esto sea natural á todo hom-

bre, y muchas veces sea más este vicio de naturaleza que de la persona.

Pues tornando al propósito, esta manera de oración susodicha, demás de ser muy provechosa, es muy fácil á todo género de personas. Porque la meditación y consideración no es para todos: porque presupone devoción y alguna inteligencia de las cosas espirituales: porque si ésta falta, luego falta la materia de la meditación, y si falta la devoción (como ésta sea la lengua del alma, según dice S. Bernardo) luego el hombre queda mudo, y ni sabe ni tiene que hablar con Dios. Mas en esta manera de orar no puede faltar materia, mientras no faltaren psalmos ó oraciones que rezar: y la devoción tiene grandes despertadores en las palabras dulces y devotas, que suelen ser unas espirituales saetas y brasas que encienden y hieren el corazón. Y así los que ni tienen materia de meditación ni caudal de devoción, vanse en pos de aquellas sentencias y palabras sanctas, y guían por allí su espíritu, como los niños que cuando no saben andar, los arriman á unas carretillas, y así se mueven al paso de ellas los que por sí solos no se podrían mover. Desta manera los que por razón de su espiritual infancia no saben aun hablar con Dios, háblanle con aquellas palabras ajenas, y con ellas provocan y despiertan su devoción.

Y no sólo para niños y principiantes, sino también para los aprovechados y perfectos ayuda muchas veces esta manera de oración, cuando por distraimiento de negocios, ó trabajo de caminos, ó fatiga de enfermedades, no pueden tan fácilmente levantar el espíritu á Dios: porque entonces es gran remedio ir poco á poco despertando y encendiendo la devoción con palabras sanctas y devotas. Conforme á lo cual leemos del bienaventurado S. Augustín que diez días antes que muriese mandó que le escribiesen los siete psalmos penitenciales, y los pusiesen en una pared enfrente dél, y allí los estaba leyendo y derramando muchas lágrimas cuando los leía. Y con este mismo intento la sancta madre Iglesia, llena de Espíritu Sancto, ordenó los cantares de los psalmos y de los otros oficios divinos, para despertar con aquellas celestiales voces la devoción de los que oran. Donde no sólo la virtud y sentido de las palabras, sino también la suavidad y melodía de las voces penetra el corazón y despierta la devoción, como leemos de S. Augustín, el cual derramaba muchas lágrimas

y sentía grande dulzura en su ánima, oyendo los cantos y la música de las voces de la Iglesia. Porque (como dice un filósofo) naturalmente es tan deleitable la música á nuestros sentidos, que hasta los niños en la cuna se adormecen y acallan con la suavidad de las voces de las madres que les están dulcemente cantando.

Mas así como las palabras sanctas y devotas ayudan á despertar la devoción cuando está dormida, así después que está ya despierta y encendida, muchas veces la podrían impedir. Porque cuando el ánima se levanta y suspende en algún grande afecto y sentimiento de amor ó temor de Dios, ó de la admiración de la grandeza de sus obras y maravillas, entonces querría el hombre estarse con S. Pedro en un mismo lugar, y no salir de allí (donde el Espíritu Sancto le da aquel sentimiento) y pensar ó hablar en otra cosa es sacarle de un muy deleitable paraíso y darle un grave tormento. Y cuanto más aquí se juntan las fuerzas del ánima á gozar desta fiesta que Dios le hace, tanto queda más envarada la lengua y todos los otros miembros y sentidos para menos poder usar de sus oficios, ni acudir á otra cosa.

Pues cuando algunas veces el hombre se viere en esta disposición, y sintiere que la pronunciación de las palabras le es algún impedimento de su devoción, debe dejar luego las palabras, como deja el marinero el navío cuando ha llegado al puerto, y el enfermo la medicina cuando ha alcanzado la salud: pues no es razón que lo que se ordenó para la devoción, milite contra esa misma devoción para quien se ordenó. Porque entonces ya no serviría el medio para el fin, sino el fin para el medio, lo cual es manifiesta desorden y perversión. Por do parece cuánto yerran algunas personas devotas que rezando algunas oraciones por sus horas ó por sus cuentas, y dándoles nuestro Señor alguna señalada devoción y sentimiento en ellas, y viendo que entonces el proceder y pasar adelante les impide el gusto y sentimiento de aquello que se les dió, todavía procuran cumplir con su tarea y llevar al cabo su oración, no mirando que esto es huir de lo que buscan y desechar lo que ya tenían hallado: pues nos consta que todo esto se ordena para la devoción, y que las palabras devotas tanto tienen de más ó menos provecho cuanto más ó menos sirven para este propósito.

Verdad es que esto no se entiende en las oraciones públicas, que se ordenaron para edificación del pueblo, ni en aquéllas á

que el hombre está obligado per razón de voto ó de otro vínculo semejante, sino en las que el hombre toma por su voluntad para despertar con ellas su devoción.

De la tercera manera de orar

§. III.

Hay aun otra manera de orar algo diferente de la pasada, que es no con palabras escritas ó decoradas, sino con aquellas que nos enseña la devoción, ó la tribulación, ó el Espíritu Sancto, que nos hacen pedir con gemidos que no se pueden explicar. Tal fué la oración que hizo Moisén á Dios cuando pecó el pueblo, y la de Ezequías cuando lo cercó Senaquerib, y la de Josafat cuando vinieron sobre él los moabitas y amonitas, y la de Mardoqueo cuando lo perseguía Amón, y la de Ester y de Judit y de Tobías y de todos los sanctos y sanctas del viejo Testamento, y así también las de todos aquéllos que en el nuevo con viva fe pedían al Salvador remedio de sus necesidades, no con palabras compuestas ó decoradas, sino con aquellas que el Espíritu Sancto y su tribulación les enseñaba.

Entre esta manera de oración y la pasada ninguna diferencia esencial hay ni puede haber: porque la una es oración, y la otra oracion: la una acto de religión, y la otra también. Y por eso, así como dar limosna Pedro y dar limosna Juan no difieren esencialmente, porque ambas son obras de una misma especie, así el orar de aquella manera ó désta, tampoco difieren esencialmente, pues ambos son actos de una misma especie, que es (como dije) religión. Solamente podrá aquí entrevenir alguna diferencia accidental por parte de las circunstancias con que se puede hacer esta ó aquella oración: porque siendo verdad que la devoción y espíritu con que oramos es como ánima de la oración, tanto una oración será más excelente que otra, cuanto se hiciere con mayor espíritu y devoción. Por donde si el que reza por unas cuentas ó por un libro, ora con mayor espíritu y devoción que el otro, ésa será mejor oración. Y si esto tuviere el que ora con las palabras que su devoción y tribulación le hacen decir, ésa oración será mejor.

Lo común es que los que desta postrer manera oran, suelen orar con mayor fervor y atención: porque la misma tribulación que los fatiga, es como pólvora que lleva sus oraciones al cielo y les hace clamar á Dios de todo su corazón, de quien sólo esperan su remedio. Porque así como el sermón decorado (como uno que se predica en latín) comúnmente no se dice con tanto fervor como aquel que va más profundamente considerado que decorado, así también ordinariamente suele acaescer en la oración que se dice de coro, ó en la que se dice dictándola y ordenándola el corazón, aunque algunas veces puede acaescer lo contrario. Y orar de esta manera es muy gran parte para ser oído, según aquello del psalmo que dice: Clamé con todo mi corazón, óyeme, Señor. Y aquello del mismo profeta: El deseo de los pobres oyó Dios: esto es, la oración que se hace con espíritu: porque no es otra cosa orar en espíritu, sino pedir con entrañables sospiros y deseos del corazón, como ya dijimos. Tal fué la oración de Ana, madre de Samuel, que viéndose acosada de su competidora, hizo oración á Dios con grande ansia de su corazón, de donde le vino que con la fuerza y embebecimiento del espíritu hacía tales gestos por defuera, que el sacerdote Helí creyó que estaba beoda: mas no era cierto del vino que él pensaba, sino del vino de la devoción que se había exprimido en el lagar de su ánima con husillo de la tribulación.

Tiene también otra cosa esta manera de orar, que suele causar menos hastío en el que ora. Porque aunque á los varones espirituales y perfectos nunca les dé en rostro ninguna oración escrita, por muchas veces que la repitan (porque siempre hallan en ella nuevo gusto) mas á los flacos y defectuosos muchas veces acaesce lo contrario, después que tienen muchas veces trillada y repetida una oración ó un psalmo. De donde nasce que mayor gusto toman en cualquier lectura y oración las primeras veces que la leen, que después de haberla pasado muchas veces. Y este hastío no menos se debe temer en las cosas espirituales que en las corporales: pues en ambos casos retrae á los hombres del remedio que les ha de venir por vía de mantenimiento espiritual ó corporal. Lo cual no ha tanto lugar en estotra manera de oración: porque cuando no tiene el hombre palabras señaladas para orar, ora con aquellas que le enseña la devoción, ó la tribulación, ó la disposición que de presente tiene: y como estas cosas sean cada día y

cada hora de su manera, así son diversísimas las palabras y las sentencias y afectos con que el hombre ora, y así hay menos ocasión para tener este hastío. De donde nasce que cuando el ánima está muy devota y muy enamorada de Dios, sabe decir cosas tan excelentes, que Tulio con toda su elocuencia no acertaría á las decir tales.

También es de notar que á esta manera de oración está aneja la meditación y consideración de las cosas espirituales, á la cual el uso tiene puesto nombre de oración mental: porque por ella se levanta la mente á Dios. Y esta manera de consideración no se puede negar sino que sea de inestimable provecho, como arriba tocamos, alegando para esto los libros de la Consideración de S. Bernardo. Porque así como la especulación y estudio de las sciencias humanas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría humana, así la consideración de las cosas divinas es un muy principal medio para alcanzar la verdadera y suma sabiduría, en la cual consiste todo nuestro bien.

De aquí se sigue también otro provecho, que es la digestión y sentimiento de las cosas espirituales. Porque el que reza por sus horas ó por sus cuentas, pasa por las cosas más ligeramente, hasta llegar al término de su oración y dar cabo á sus devociones ordinarias: mas el que considera no tiene cuenta con esto, sino con estarse en una palabra de la Escriptura ó en un misterio de la vida de Cristo todo el tiempo que halla que rumiar en ella, que á veces acaesce durar por grande espacio, como se lee de S. Francisco, que toda una noche entera se estuvo repitiendo estas dos palabras: Dios mío, conózcate á tí, y conózcame á mí. Y cónstanos claro que mucho más aprovecha un misterio desta manera considerado, que muchos y muy grandes misterios pasados apresuradamente y de corrida. Y esto que por una parte es tan provechoso, por otra es tan deleitable, que después que el ánima está embebecida y suspensa en algún paso déstos, á palos no la podrán echar de allí, ni hacer pensar en otra cosa sin mucho trabajo y desgusto suyo: porque la fuerza del deleite la llama y arrebata en pos de sí.

Bien es verdad que también el que reza por un libro podría hacer esto mismo, si todas las veces que llegase á un paso dulce y devoto, hiciese allí una estación y se pusiese á considerar despacio lo que allí el Espíritu Sancto le diese á entender: y así hay

algunas personas que se están una hora rezando la oración del Paternoster, ó el símbolo de la fe (que es el Credo) deteniéndose en la consideración de los misterios que allí se contienen, con grande gusto y provecho. Y esta manera de rezar (demás de ser muy fácil á todo género de personas) es de grande provecho, y es la misma que aquí enseñamos y encarecemos, que es la que tiene aneja á sí la consideración.

Y porque unos se aplican más á una manera de orar, y otros á otra, y unos sienten más provecho en una, y otros en otra, por eso me pareció sería cosa conveniente tratar aquí de entrambas: para que los que no están aun dispuestos y hábiles para la consideración (que requiere, como dijimos, mayor inteligencia de las cosas espirituales) ni tienen aun la lengua que S. Bernardo dice de la devoción, para hablar con Dios y alegar de su derecho, tengan aquí sus oraciones escriptas por donde puedan guiar su espíritu, y despertar sus afectos, y significar sus peticiones á Dios: para que después de ejercitados en esto, y ganada alguna devoción, pasen á la segunda parte, que trata de la consideración, donde ya el hombre no habla por boca ajena, sino bebe (como dicen) por su pico, y sabe hablar y negociar con Dios. Desta manera será más fácil de entrar en este camino de la oración, comenzando por lo más fácil, y procediendo por ahí á lo más dificultoso.

SUMA DE TODAS LAS ORACIONES

CONTENIDAS EN ESTA PRIMERA PARTE

Para dar materia competente á esta primera manera de orar, señalaré primero aquí cuatro maneras de oraciones que el siervo de Dios debe hacer cada día. La primera, para repentirse de sus pecados y pedir al Señor perdón dellos. La segunda, para darle gracia por los beneficios recebidos. La tercera, para ofrecer ante el acatamiento divino los méritos y trabajos de Cristo. La cuarta, para pedir al Señor por estos merecimientos remedio para todas nuestras necesidades y miserias, y también para las de nuestros prójimos y de toda su Iglesia.

Después de esto se pondrán tres muy devotas oraciones á la Virgen nuestra Señora, abogada y madre nuestra: de las cuales se podrá un día rezar una, y otro otra, para que con la variedad de las oraciones se renueve y despierte algún tanto la devoción. Y para los sábados especialmente (que es día diputado á la veneración de esta sacratísima Virgen) pondremos otra oración, en la cual se contiene una breve conmemoración de todos los pasos principales de su vida sanctísima.

Y después de todo esto pondremos siete oraciones, las cuales podrá cada uno repartir por los días de la semana, cada día la suya: en las cuales se tratan todos los principales misterios de la vida de nuestro Salvador, dende el misterio de su encarnación hasta la venida del Espíritu Sancto, pidiendo en cada misterio déstos alguna petición conforme á lo que se trata en él.

ORACIÓN PRIMERA

PARA PEDIR AL SEÑOR PERDÓN DE LOS PECADOS

Oh Padre todopoderoso, todo piadoso y misericordioso, yo miserable pecador, con cuanta humildad puedo y con entera confianza de tu infinita bondad y misericordia, derribado

ante tus pies, confieso húmilmente mis grandes y graves pecados, con los cuales hasta agora ofendí á ti mi benignísimo Padre. Confieso también mi muy grande desagradecimiento á tus infinitos beneficios: que es, á tanto amor y benignidad como comigo usaste, esperándome tanto tiempo á penitencia y no castigándome, ni echándome en los infiernos, donde merescía estar por mis malicias, sino antes muchas veces provocándome y convidándome con tu gracia. ¡Oh, cuántas veces, Señor mío, llamaste á las puertas de mi ánima con muchas inspiraciones! ¡Cuántas veces me provocaste con beneficios! ¡Cuántas me halagaste con regalos! ¡Cuántas me apretaste con afliciones! Pero con todas ellas te despedí de mí, y siempre te volví las espaldas, sosteniéndome tú todavía con inefable paciencia. ¡Oh cuán justamente me pudieras echar en el abismo del infierno, y por tu sola clemencia detuviste el ímpeto y furor de la ira que yo tenía merecida! Maravilla es por cierto, oh Padre dulcísimo, cómo mi corazón no revienta de dolor, cuando tales cosas considero. Verdaderamente ni el mismo infierno tiene tantos tormentos cuantos merece la culpa de mis pecados. Indigno soy de llamarme tu criatura, y de que la tierra me sustente y me dé fructos con que viva. Maravilla es, Señor, cómo no han tomado venganza todas las criaturas y todos los elementos de las injurias y desacatos que he hecho contra ti con mis continuas maldades. Pero ya, Padre misericordioso, ten misericordia de mí, y vuelve á mí desconsolado y miserable pecador los ojos de tu divina clemencia. Ábreme las entrañas de tu piedad y recíbeme graciosamente en ellas. Perdóname porque tanto dilaté convertirme á ti. Descúbreme ese benignísimo pecho de padre, y dame el mantenimiento y sustentación que sueles dar á tus hijos. Suplícote, Señor, obres agora en mí prestamente aquello para que tanto tiempo me esperaste, y para lo que eternalmente me tienes determinado. ¡Ay de mí, miserable pecador, que desamparé un Padre tan benigno y tan poderoso, que nunca comigo mostró sino amor, sino beneficios, sino gracia y fidelidad! ¡Ay de mí, porque te negué el corazón en que habías acordado fundar tu templo y morada, y le ensucié con mucha basura, y le hice vaso de maldad y cueva de los espíritus malignos! Claramente, Señor, confieso que soy el más vicioso de cuantos viciosos el mundo tiene: mas con todo esto confío en tu inmensa bondad. Porque dado que mis peca-

dos no tengan cuento, tampoco lo tiene la muchedumbre de tus misericordias. Oh Padre amantísimo, si tú quieres, sin dubda puedes alimpiarme. Sáname, Señor, y seré sano: pues claramente confieso que pequé contra ti. Acuérdate de la palabra de tanta consolación que pronunciaste por uno de tus profetas, diciendo: Tú fornicaste con muchos enamorados: pero vuélvete á mí, que yo te recebiré. Por lo cual, Padre piadoso, confiado en esta promesa, y de todo corazón, me vuelvo á ti, como si comigo solo hubieras hablado, y á mí solo quisieras llamar con voz tan amorosa. Porque yo soy aquella sucia y desleal ánima, aquel hijo pródigo y desperdiciado que desdichadamente me enajené de ti, Padre de las lumbres, de quien todos los bienes descienden, y como oveja modorra me perdí de tu rebaño y me alejé de tu cabaña, perdiendo y destruyendo tan largas mercedes cuantas con infinita liberalidad me habías concedido. Dejéte, fuente de aguas vivas, y cavé para mi beber pozos salobres de amargas consolaciones que súbitamente se agotan: es cierto que todos los temporales y carnales deleites más presto que humo desaparecen. Dejéte, pan de vida, y comí las bellotas desechadas y holladas de los puercos, siguiendo mis aficiones viciosas y mis apetitos bestiales. Desamparéte, sumo y perfectísimo bien, y fuíme tras los terrenos y perecederos bienes, y con ellos perecí. Porque desnudo, pobre, miserable y sucio fuí hecho, y en el estiércol de mis vicios me podrí. Mas agora, Padre mío, suplícote quieras olvidarte de la afrenta y deservicios que te hice, no por la penitencia que yo tengo hecha, sino por la que por ellos hizo tu unigénito Hijo.

Y tú, oh dulcísimo Hijo, Salvador y Señor mío Jesucristo, ten misericordia de mí. En tu divina clemencia, y en tu benigna gracia, y en las sacratísimas llagas que por mí recebiste, descargo todas mis maldades, todo mi desagradecimiento, mi deshonestidad, mi ira, mi soberbia, mi avaricia, mi desobediencia, mis solturas, mis desvergüenzas, mis atrevimientos, con todos los otros males míos. Y ruégote, Dios mío, que todos los quieras deshacer con tu preciosa sangre, de tal manera que ninguna memoria quede dellas. Oh amable Jesú, único consuelo mío, vesme aquí, vengo á ti con toda afición y deseo de te amar y de huir todo aquello que me pueda apartar de tu amor. Tú eres toda mi esperanza y toda mi consolación y mi amparo. Cuanto me turban y

enflaquecen mis pecados, tanto me alegra y esfuerza tu inmensa bondad y los merecimientos de tu pasión. Porque todo cuanto yo por mi culpa hice, por tu muerte cruel fué deshecho: y todo cuanto á mí falta, sobra al valor de tu sacratísima encarnación y pasión. Y dado que mis pecados sean grandes y inumerables, pero muy pequeños y pocos son, comparados á tu infinita misericordia. Por lo cual confio de tu bondad que no dejarás perecer á quien criaste á tu imagen y semejanza, y por quien te heciste consorte de nuestra misma naturaleza, nuestra carne y nuestra sangre. Finalmente espero que no seré de ti condenado, pues con tanto trabajo y por tan caro precio me redemiste. Tú que vives y reinas &c.

SEGUNDA ORACIÓN

PARA DAR AL SEÑOR GRACIAS POR LOS BENEFICIOS RECEBIDOS

GRACIAS te doy, dulce Jesú, porque me heciste y criaste á tu imagen y semejanza, y por este cuerpo que me diste con todos sus sentidos, y esta ánima con todas sus potencias, para que con ellas te conociese y amase. Dame, Señor, gracia para que de tal manera sirva yo á ti mi Criador y Padre celestial, que muertas todas mis pasiones y viciosas aficiones, vuelva á reformar en mí esta imagen que tú criaste, y á ser semejante á ti por inocencia de vida.

Gracias te doy por el beneficio de la conservación: porque tú mismo que me criaste, me estás siempre conservando en este ser que me diste, y porque para esta misma conservación criaste cuantas cosas hay en este mundo: el cielo, la tierra, la mar, el sol, la luna, las estrellas, los animales, los peces, las aves, los árboles, y finalmente, todas las otras criaturas, de las cuales unas heciste para mantenerme, otras para curarme, otras para recrearme, otras para enseñarme y otras también para castigarme. Suplícote, Señor, me concedas que sepa yo usar como debo de tus criaturas y aprovecharme dellas para lo que tú las criaste: esto es, para que por ellas venga yo en conoscimiento de ti mi verdadero Dios y Señor, y por ellas se encienda mi espíritu y arrebate en admiración y amor de tu sancto nombre.

Gracias te doy, dulce Jesú, por el beneficio de la redempción: que es, por aquella incomprehensible bondad y misericordia que comigo usaste, y por aquella profundísima humildad y ardentísima caridad con que me amaste y trabajaste á sufrir por mí tantas y tan grandes fatigas. Gracias te doy por todos los pasos y trabajos de tu vida sanctísima y de tu afligida y deshonrada muerte. Gracias te doy por la humildad de la encarnación, por la pobreza del nacimiento, por la sangre de la circuncisión, por el destierro de Egipto, por el ayuno del desierto, por las vigilias de las oraciones, por el cansancio de los caminos, por el discurso de las predicaciones, por el trabajo de las persecuciones, por las calumnias de tus adversarios y por la pobreza y humildad de toda tu vida sanctísima. Gracias te doy por todas las fatigas y deshonras que por mi causa padeciste en tu afligidísima y deshonradísima muerte. Gracias te doy por la oración del Huerto, por el sudor de sangre, por la prisión, por las bofetadas, por las blasfemias, por los azotes, por la corona de espinas, por la vestidura de púrpura, por los escarnios, por los vituperios, por la sentencia del juez, por la hiel y vinagre, por los clavos, por la muerte, por la sepultura y por la cruz, y demás desto por tu gloriosa resurreción y ascensión y venida del Espiritu Sancto: pues todos estos pasos y misterios ordenaste para mi salud.

Gracias te doy, dulce Jesú, que dende el nacimiento y principio de mi vida me recibiste en el gremio de tu Iglesia, y me criaste en la fe católica, y me heciste cristiano, y sustentaste y conservaste mi ánima y mi cuerpo hasta el día presente. Plega á tu piedad que tú solo seas manjar sabroso de mi corazón, y de ti solo, fuente de vida, tenga siempre sed mi ánima, hasta que acabado el curso desta peregrinación goce en tu bienaventuranza de aquel abundantísimo río de deleites que corre de ti, fuente de vida.

Gracias te doy, dulce Jesú, que hasta agora me has guardado y librado de muchos y grandes peligros así de cuerpo como de ánima, meresciendo yo por mis grandes y continuas maldades ser muchas veces de ti desamparado. Alumbra, Señor, mi corazón con la luz de tu gracia, para que conociendo enteramente la grandeza de esta piedad y de mi desagradescimiento, llore siempre mis pecados, y trabaje de aquí adelante por agradar á ti, único Señor y Salvador mío.

Gracias te doy, dulce Jesú, porque estando yo durmiendo en el sucísimo muladar de mis vicios, viviendo torpísimamente, me sufriste tanto tiempo con tanta paciencia y me esperaste á penitencia. Concédeme, Señor, que con verdadera y viva contrición y con buenas obras lave las heces de mis pecados pasados, y de aquí adelante con limpieza de corazón te ame con ardentísimo amor.

Gracias te doy, dulce Jesú, que caminando yo por el camino de la perdición, y estando ya en medio de las gargantas del infierno, no consentiste que pereciese: mas otra vez me trajiste al camino de la vida, no oyéndote yo, sino huyendo de ti, y resistiendo á tus sanctas inspiraciones. Concédeme que de aquí adelante te siga con humilde afición, y con toda presteza y obediencia abrace tus sanctas inspiraciones, y despida de mi corazón el amor de todas las cosas visibles, para que todo entero se emplee en ti, sin nunca jamás de ti se apartar.

Gracias te doy, dulce Jesú, porque has gobernado y defendido á mí vilísimo pecador, y de tal manera has mirado con los ojos de tu misericordia (y aun todavía pecando yo, tan benignamente me sostienes y tan continuamente me visitas y recreas) como si olvidado de todos los otros hombres, de mí solo tuvieses cuidado. Haz, Señor, que yo también ardentísimamente te ame, y todas las cosas perecederas por ti desampare, en ti solo piense y con ánimo promptísimo siga y cumpla siempre tu voluntad.

Gracias te doy, Señor, sobre todos estos beneficios, porque me redemiste con tantos trabajos, porque ordenaste para mi remedio tales y tan maravillosos sacramentos, porque me visitas con tantas inspiraciones, porque me has preservado de tantos males, y por otros muchos particulares y secretos beneficios que me has hecho, y por la bienaventuranza de la gloria que me tienes aparejada, si yo por mi grande culpa no me hiciere indigno de ella. Dame, Señor, que de tal manera use yo destos beneficios, que no me sean ocasión de soberbia y negligencia, sino de mayor humildad, agradescimiento y deseos de tu servicio.

TERCERA ORACION

EN LA CUAL OFRECE EL HOMBRE LOS TRABAJOS Y MÉRITOS DE CRISTO NUESTRO SALVADOR AL PADRE

¿Qué daré yo al Señor por todo lo que Él me ha dado? ¿Con qué le serviré tantos beneficios? ¿Qué le ofreceré por tantas misericordias? ¡Oh cuán mal he respondido á tan largo y tan piadoso bienhechor! Porque siempre fuí desagradescido á tus beneficios, siempre puse impidimento á tus inspiraciones, añadiendo culpas á culpas y pecados á pecados. Confieso que no merezco nombre de hijo: mas todavía te reconozco por Padre. Porque tú eres verdaderamente mi Padre y toda mi confianza, tú eres fuente de misericordia que no desechas á los sucios que corren á ti, sino antes los lavas y recreas. Pues ves aquí, oh suave socorro mío, cómo yo el más pobre de todas las criaturas vengo á ti sin traer cosa comigo más que la carga de mis pecados. Húmilmente me derribo á los pies de tu piedad, húmilmente pido á tu misericordia: perdóname, esperanza mía certísima, y sálvame por tu infinita bondad.

Dulce Jesú, yo en remisión de todos mis pecados te ofrezco aquella espantable caridad por la cual tú, Dios de infinita majestad, no te desdeñaste hacer hombre por nosotros y vivir en este mundo treinta y tres años con muchos trabajos, tristezas, persecuciones, contradiciones, cansancios y fatigas. Ofrézcote aquella congoja mortal, aquel sudor de sangre, aquella agonía que orando en el huerto al Padre, hincadas las rodillas, tu piadoso corazón afligía. Ofrézcote aquel ardiente deseo que de padecer tenías, cuando tan de voluntad te entregaste á tus enemigos y te ofreciste por nosotros en sacrificio. Ofrézcote las prisiones, los azotes, los denuestos, las injurias, las blasfemias, las bofetadas, los pescozones, las salivas de las torpes bocas de tus enemigos, con todos los otros linajes de tormentos que en la casa de Anás y Caifás toda aquella noche dolorosa por nuestra causa padeciste. Todas estas cosas te ofrezco, rogando á tu piedad sin medida que por estos merecimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Ofrézcote también aquella inefable humildad y paciencia que tuviste cuando te coronaban con espinas, y para mayor escarnio te vistieron una ropa colorada, y burlando te saludaban, y escupían, y herían con la caña que en la mano tenías. Ofrézcote aquel cansancio doloroso de tu sacratísimo cuerpo, aquellos tan cansados pasos de tus pies y aquella tan pesada carga de la cruz que llevabas en tus hombros. Ofrézcote aquel sudor y sed que en la cruz padeciste, con otras muchas penas que con mansísimo y prontísimo corazón sufriste. Todo esto te ofrezco, con las gracias que yo te puedo dar, rogando á tu piedad inmensa que por estos merecimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Dulce Jesú, por todas mis maldades te ofrezco los crudelísimos dolores que sufriste cuando quitándote la vestidura, que estaba pegada á las espaldas, se renovaron las llagas de tus azotes, cuando se enclavaron tus pies y manos en el sancto madero, cuando se descojuntaban tus miembros, cuando tu preciosa sangre (como arroyo de sus fuentes) corría de tus heridas. Ofrézcote cada gota de esa sangre preciosa, ofrézcote aquella benignidad y mansedumbre con que sufriste la contradición y vituperios de aquellos malvados que meneando sus cabezas te escarnecían, excusándolos tú benignamente y rogando al Padre por ellos. Todo esto te ofrezco junto con las gracias que yo te puedo dar, para que por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna.

Dulce Jesú, por todas mis liviandades y negligencias te ofrezco aquellos incomprehensibles tormentos que sufriste cuando dejado de todas partes á la fuerza de las angustias y desamparado de todo consuelo, miserablemente estabas colgado en la cruz entre dos ladrones. Ofrézcote la gran sed que allí padeciste, y aquella piedad y reverencia con que inclinada la cabeza al Padre le encomendaste tu espíritu. Ofrézcote aquella piadosa y saludable sangre que de tu costado herido y alanceado salió en tanta abundancia. Esto te ofrezco junto con las gracias que yo te puedo dar, suplicándote por estos merescimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la lleves á la vida eterna. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

CUARTA ORACIÓN

Á DIOS Y Á TODOS LOS SANCTOS PARA PEDIR TODO LO QUE ES NECESARIO ASÍ PARA NOS COMO PARA NUESTROS PRÓJIMOS.

PADRE benignísimo, Padre piadoso y misericordioso, habe misericordia de mí. Yo por todos mis pecados y por los de todo el mundo te ofrezco la vida, la pasión y la muerte de tu unigénito Hijo. Ofrézcote cuanto en este mundo hizo y padeció por nuestra causa. Ofrézcote todos sus trabajos, ayunos, cansancios, vigilias y oraciones. Ofrézcote sus lágrimas, su doctrina, su humildad, su mansedumbre, su caridad, su paciencia con todas sus virtudes. Ofrézcote su sanctísimo corazón hecho un panal de miel por la grandeza de su amor. Ofrézcote los merecimientos de su dulcísima madre y de todos los sanctos, para que por todos ellos me perdones y hayas misericordia de mí. Á tí sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

Piadoso Jesú, Redemptor y Señor mío, habe misericordia de mí. Gracias te doy por la infinita muchedumbre de tus misericordias. Gracias te doy por las mercedes sin cuento que á mí indigno has hecho y cada día haces. Gracias te doy por tu sacratísima encarnación, por tu limpiísimo nascimiento, por tu perfectísima conversación, por tu crudelísima pasión, por el derramamiento de tu bendita sangre y por tu tan afrentosa muerte. Ruégote, piadoso Señor, me quieras hacer particionero de todos tus merecimientos, para que encorporado en ti y hecho una cosa contigo por amor y imitación de tu vida sanctísima, merezca yo gozar de ti como el sarmiento de la vid: pues tú eres verdadera vid y vida de todos tus fieles. Á ti sea loor y imperio en los siglos de los siglos.

Espíritu Sancto consolador mío, ayúdame, Señor. Á ti encomiendo mi ánima, y mi cuerpo, y todas mis cosas. En tus manos dejo el proceso y fin de mi vida. Dame que acabe yo en tu servicio haciendo verdadera penitencia de mis pecados y doliéndome gravemente de ellos antes que parta deste cuerpo mortal. Yo ciego y enfermo, mientra en este mundo vivo, fácilmente cayo en el lazo de mis aficiones, fácilmente yerro, fácilmente soy en-

gañado y escarnecido. Por esto me entrego á ti y me pongo debajo de tu amparo. Defiende, Señor, á este pobre siervo tuyo de todos los males. Enseña y alumbra mi entendimiento, gobierna mi ánima, rige mi cuerpo, fortalece mi espíritu contra la desordenada flaqueza de mi corazón y contra los demasiados escrúpulos de mi consciencia. Dame cierta fe, firme esperanza, pura y perfecta caridad. Dame que con suavidad te ame, que mis entrañas se aficionen á ti, y que en todo lugar y tiempo cumpla yo tu sancta voluntad. A ti sea bendición y hacimiento de gracias en los siglos de los siglos. Amén.

Adoro, reverencio, glorifico á ti, Sancta Trinidad, Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Sancto. Ante tu divina majestad del todo me derribo, y á tu sanctísima voluntad irrevocablemente me entrego. Señor, aparta de mí y de todos los fieles todo lo que te desagrada, y concédenos todo aquello que contenta á tus beatísimos ojos, y haz que seamos tales cuales quieres que seamos. Encomiéndote toda esta nuestra compañía, todas las cosas deste lugar, todos sus negocios espirituales y temporales. Encomiéndote á mis padres, hermanos, parientes, bienhechores, amigos, familiares, y á todos aquéllos por quien debo rogarte, y á todos los que pidieron ó piden mis oraciones. Encomiéndote á toda tu Iglesia: haz que todos, Señor, te sirvan, todos te conozcan, todos te amen, y se amen entre sí. Á los errados vuelve al camino, apaga las herejías, y convierte á la fe á todos los que aun no tienen conoscimiento de tu sancto nombre. Danos paz y consérvanos en ella, así como tú lo quieres y á nosotros conviene. Recrea y consuela á todos los que viven en tristezas, tentaciones, desastres y aflicciones espirituales ó corporales. Finalmente debajo de tu fiel amparo encomiendo todas tus criaturas, para que á los vivos concedas gracia, y á los muertos eterno descanso.

Salúdote, resplandeciente lirio de la hermosa y sosegada primavera, Virgen sacratísima María. Salúdote, olorosísima violeta de suavidad divina. Salúdote, fresquísima rosa de celestiales deleites, de quien quiso nacer y mamar leche el Rey de los cielos Jesucristo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia. Alcánzame, Señora mía, de la mano de tu Hijo todo aquello que tú conoces ser necesario para mi ánima. Ayuda, piadosa Madre, á mi flaqueza en todas mis tentaciones y necesidades y en

la hora de mi muerte, para que por tu favor y socorro merezca estar seguro y confiado en aquel grande y postrero trabajo.

Oh bienaventurados espíritus angélicos, que con suave melodía á una voz glorificáis un común Señor y gozáis siempre de sus deleites, habed misericordia de mí. Y principalmente tú, sancto ángel guardador de mi ánima y de mi cuerpo, á quien especialmente soy encomendado, ten de mí fiel y diligente cuidado. Oh sanctos y sanctas de Dios, que después de navegado el turbio y tempestuoso piélago deste siglo y salidos deste destierro, llegastes al puerto de la ciudad celestial, sed mis medianeros y abogados, y rogad al Señor por mí, para que por vuestros merecimientos y oraciones sea yo favorescido agora y en la hora postrera de mi muerte. Amén.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACIÓN

PARA PEDIR Á NUESTRO SEÑOR SU AMOR

INCLINADAS las rodillas de mi corazón, postrado y sumido en el abismo de mi vileza, con todo el acatamiento y reverencia que á este vilísimo gusano es posible, me presento, Dios mío, delante ti, como una de las más pobres y viles criaturas del mundo Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero sol de justicia, que se derraman por toda la tierra y se comunican liberalmente á todos aquéllos que no les cierran las puertas. Aquí me pongo ante ti como una materia prima desnuda de todas las formas ante aquél que es acto puro, que da ser y virtud á todas las formas. Aquí se pone ante las manos del sapientísimo y clementísimo maestro una masa de barro y un tronco nudoso recién cortado del árbol con su corteza: haz dél, clementísimo Padre, aquello para que tú lo criaste. Criásteme para que te amase: dame gracia para que pueda hacer aquello para que tú me heciste. Grande atrevimiento es para criatura tan baja pedir un amor tan alto, y según es grande mi bajeza, otra cosa más humilde quisiera pedir: mas ¿qué haré, que tú mandas que te ame, y me criaste para que te amase, y me amenazas si no te amo, y moriste porque yo te amase, y me mandas que no te pida otra

cosa más principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame, que (viendo mi desamor) ordenaste un bocado de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor? Oh Salvador mío, ¿qué soy yo á ti, para que me mandes que te ame, y que para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones? ¿Qué soy yo á ti sino trabajos, y tormentos, y cruz? ¿Y qué eres tú á mí sino salud, y descanso, y todos los bienes? Pues si tú amas á mí, siendo el que soy para contigo, ¿porqué no amaré yo á ti, siendo el que eres para comigo?

Pues confiando, Señor, en todas estas prendas de amor y en aquel tan gracioso mandamiento con que al fin de la vida tuviste por bien mandarme tan encarescidamente que te amase, por esta gracia te pido otra gracia, que es darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin ti. No merezco yo amarte, mas tú mereces ser amado: y por esto no te oso pedir que tú me ames, sino que mes des licencia para que te ose yo amar. No huyas, Señor, no huyas: déjate amar de tus criaturas, amor infinito.

Oh Dios, que esencialmente eres amor, amor increado, amor infinito, amor sin medida, no sólo amador, sino todo amor, de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas, así como de la lumbre del sol la de todas las estrellas, ¿porqué no te amaré yo? ¿Porqué no me quemaré yo en ese fuego de amor, que abrasa todo el universo?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma bondad, por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas así como del mar todas las aguas, ante cuya sobreexcelente bondad no hay cosa en el cielo ni en la tierra que se pueda llamar buena, ¿porqué no te amaré yo, pues el objeto del amor es la bondad?

Oh Dios, que esencialmente eres la mesma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están embebidos los mayorazgos de todas las hermosuras criadas así como en el hombre están las perfecciones de todas las otras criaturas inferiores, ¿porqué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones?

Y si no te amo por lo que tú eres en ti, ¿porqué no te amaré por lo que eres para mí? El hijo ama á su padre, por dél recebir el ser que tiene. Los miembros aman á su cabeza y se ponen á

morir por ella, porque por ella son conservados en su ser. Todos los efectos aman á sus causas, porque dellas recibieron el ser que tienen, y por ellas esperan recibir lo que les falta. Pues ¿qué título déstos falta á ti, Dios mío, porque no te haya yo de de pagar todos estos derechos y tributos de amor? Tú me diste el ser que tengo, muy más perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este ser que me diste, mucho mejor que la cabeza conserva á los miembros. Tú has de acabar lo que falta desta obra comenzada, hasta llegarla al postrer punto de de su perfección. Tú eres el padre que me heciste, y la cabeza que me conservas, y el esposo que das á mi ánima cumplido contentamiento, y el último fin y bienaventuranza para quien dende ab æterno me criaste. Tú eres el hacedor desta casa, el pintor desta figura hecha á tu imagen y semejanza, que aun está por acabar. Lo que tiene, de ti lo recibió, y lo que le falta, de ti lo espera recebir: porque así como nadie le pudo dar lo que tiene sino tú, así nadie puede cumplir lo que le falta sino tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es. Pues ¿á quién otro ha de mirar sino á ti? ¿Con quién ha de tener cuenta sino contigo? ¿De cúyos ojos ha de estar colgada sino de los tuyos? ¿Cúyo ha de ser todo su amor sino de aquél cuyo es todo su bien? ¿Por ventura (dice Hieremías) olvidarse ha la doncella del más hermoso de sus atavíos y de la faja con que se ciñe los pechos? Pues si tú, Dios mío, eres todo el ornamento y hermosura de mi ánima, si tú eres toda mi gloria y mi esperanza, ¿cómo será posible olvidarme de ti?

Los amores, pues, que deben los hijos á sus padres, y los miembros á sus cabezas, y las esposas á sus esposos, y los efectos á sus causas, júntalos todos, ánima mía, en uno, y ofrécelos á este Señor: porque Él solo te es todas las cosas por muy más excelente manera que ellas te lo pueden ser. Pues ¿qué tengo yo que ver con el cielo, ni qué tengo que desear sobre la tierra? Desfallecido ha mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón, y mi sola heredad Dios para siempre. Íos, íos de mi casa todas las criaturas, robadoras y adúlteras de mi Dios, arredraos y alejaos de mí, que ni vosotras sois para mí, ni yo soy para vosotras. Mis esclavos sois y servidores, diputados por mi Señor para mi servicio: no es razón que yo sea adúltera y desleal á tal esposo, y haga traición con los mismos criados que Él deputó para mí.

Pues, oh Dios mío y todas las cosas, ¿porqué no te amaré yo con todos los amores? Tú eres Dios mío verdadero, Padre mío sancto, Señor mío piadoso, Rey mío grande, amador mío hermoso, pan mío vivo, sacerdote mío eterno, sacrificio mío limpio, lumbre mía verdadadera, dulcedumbre mía sancta, sabiduría mía cierta, simplicidad mía pura, heredad mía rica, misericordia mía grande, redempción mía cumplida, esperanza mía segura, caridad mía perfecta, vida mía eterna, alegría y bienaventuranza mía perdurable. Pues si tú, Dios mío, me eres todas estas cosas, ¿porqué no te amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazón? Oh alegría y descanso, oh gozo y deleite mío, ensancha mi corazón en tu amor, porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de tu amor. Un río de fuego arrebatado y encendido dice el Profeta que vió salir de la cara de Dios: hazme, Señor, nadar en ese río, ponme en medio de esa corriente para que me arrebate y lleve en pos de sí donde nnnca más parezca, y donde sea todo consumido y transformado en amor. ¡Oh amor no criado, que siempre ardes y nunca mueres! ¡Oh amor, que siempre vives y siempre hierves en el pecho divino! ¡Oh eterno latido del corazón del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor! Sea yo herido con ese latido, sea yo encendido en ese fuego, siga yo á ti, mi amado, á lo alto, cante yo á ti canción de amor, y desfallezca mi ánima en tus alabanzas con júbilos de inefable amor. Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, preciosísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, diviníssimo, admirable, inefable, inestimable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, incomprehensible, infinito, inmenso, todo poderoso, todo piadoso y todo amoroso, más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más deleitable que todos los deleites, más suave que todo licor suave, más precioso que el oro y piedras preciosas: y ¿qué digo cuando esto digo? Dios mío, vida mía, única esperanza mía, muy grande misericordia mía y dulcedumbre bienaventurada mía. ¡Oh todo amable! ¡Oh todo dulce! ¡Oh todo deleitable! ¡Oh sanctísimo Padre! ¡Oh clementísimo Hijo! ¡Oh amantísimo Espíritu Sancto! ¿Cuándo en lo mas íntimo de mi ánima y en lo más secreto della vos, Padre amantísimo, seréis lo más íntimo, y del todo me poseeréis? ¿Cuándo seré yo todo vues-

tro, y vos todo mío? ¿Cuándo, Rey mío, será esto? ¿Cuándo vendrá este día? ¡Oh! ¿Cuándo? ¡Oh! ¿Si será? ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh qué gran tardanza! ¡Oh qué penosa dilación! Date priesa, oh buen Jesú, date priesa: aguija, Señor, aguija, no te tardes: corre, amado mío, con la ligereza del gamo y de la cabra montés sobre los montes de Betel.

¡Oh Dios mío, esposo de mi ánima, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, paraíso de mi corazón, centro de mi ánima, prenda de mi gloria, compañía de mi peregrinación, alegría de mi destierro, medicina de mis llagas, azote piadoso de mis culpas, maestro de mis ignorancias, guía de mis caminos, nido en que mi ánima reposa, puerto donde se salva, espejo en que se mira, báculo á quien se arrima, piedra sobre que se funda y tesoro preciosísimo en que se gloría!

Pues si tú, Señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Si me olvidare yo de ti, sea echada en olvido mi diestra, pégueseme la lengua á los paladares, si no me acordare de ti y si no te pusiere yo, Señor, en la delantera de todas mis alegrías. No descansaré, oh beatísima Trinidad, no daré sueño á mis ojos, ni reposo á los días de mi vida, hasta que halle yo este amor, hasta que halle yo lugar en mi corazón para el Señor, y morada para el Dios de Jacob, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUENSE TRES MUY DEVOTAS ORACIONES

Á NUESTRA SEÑORA

ORACIÓN PRIMERA

Dios te salve, excelentísima Señora y después de Dios entre los sanctos sanctísima María, que con virginidad de madre y con maternidad de virgen maravillosamente engendraste á Jesucristo, Salvador del mundo. Tú eres graciosísimo templo de Dios, tú sagrario del Espíritu Sancto, tú recámara gloriosa de la sanctísima Trinidad. Por ti, Señora, vive la redondez de la tierra, con-

tigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las ánimas de los finados. Inclina, Señora, los oídos de tu piedad á las oraciones deste tu vil siervo, y con los rayos de tu sanctidad destierra la escuridad de mis vicios, para que así pueda yo agradar á tus purísimos y beatísimos ojos.

Dios te salve, benignísima Madre de misericordia. Dios te salve, reparadora de la gracia y del perdón. ¿Quién no te amará? ¿Quién no te honrará? ¿Quién no se encomendará á tí? Tú eres en las cosas dubdosas nuestra luz, en las tristezas consuelo, en las angustias alivio, y en los peligros y tentaciones fiel socorro. Tú eres, después de tu unigénito Hijo, cierta salud, esperanza nuestra. Tú eres la más excelente de las mujeres, la más graciosa y la más hermosa. Bienaventurados los que te aman y los que por sanctidad de vida se hacen tus familiares. Á tu piedad encomiendo, Señora, mi ánima y mi cuerpo: rige, enseña y defiéndeme en todas las horas y momentos, oh dulce amparo y vida mía.

Dios te salve, magnífica sala y resplandesciente palacio del Emperador eterno. Tú eres aquella hembra amable, piadosa, prudente, generosa, elegante y digna de ser honrada sobre todas las criaturas. Tú eres aquella Reina del cielo, que resplandeces como la mañana que se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible á los demonios como las haces de los reales bien ordenadas. Dame, Señora, que entre las tempestades desta vida siempre tenga los ojos en ti, para que despreciadas todas las cosas visibles, contemple aquellos hermosos deleites y deleitables hermosuras de las moradas de la gloria.

Dios te salve, estrella resplandesciente y clarísima lumbrera María, de quien nació el sol de justicia, Cristo nuestro Salvador. Tú eres virgen sobre toda hermosura hermosa, tú eres madre sobre toda honestidad graciosa, que con benignos ojos miras á los hijos de la Iglesia doquiera que están por todo el mundo. Tu dulce nombre recrea los cansados, tu sereno resplandor alumbra los ciegos, el suave olor de tus virtudes alegra los justos, el bendito fructo de tu virginal vientre harta los bienaventurados. Tú, después del Señor, eres la primera que mereces todos los loores de los ángeles y de los hombres. Ruega por mí, Señora, para que ayudado con tus ruegos merezca ver al Dios de los dioses y á ti, Señora de las señoras, en Sión: que es en la gloria perdurable.

Dios te salve, bienaventurada Madre de soberana clemencia y consolación, por quien descendió al mundo la bendición celestial y la gracia de la felicidad eterna. De ti tomó carne, y de tu virginal vientre salió aquel niño Jesú, único autor de nuestra salud, el más suave, el más hermoso, el más noble de todos los hijos de los hombres. Tu religiosa memoria consuela los tristes, tu casta contemplación alegra los sanctos, tu perfecta inocencia alimpia los pecadores. Todos los hijos de Dios hallan en ti reposado descanso. Alcánzame, Señora, perfecta limpieza de corazón para que me cuentes en el número de aquéllos que merecen ser amados de ti y de tu unigénito Hijo.

Dios te salve, María, virgen bellísima, virgen más clara que el sol, más luciente que las estrellas, más dulce que la miel, más suave que el bálsamo, más hermosa que las rosas, y más blanca que el azucena. Tú eres fuente del Paraíso, tú pozo de aguas vivas, tú trono del verdadero Salomón, tú vaso purísimo vacío de toda amargura y lleno de toda consolación. El Señor te crió virgen sin mancilla, el Señor te escogió por sierva humilde, el Señor te amó como esposa dignísima. Tú eres gloria del linaje humano y singular hermosura y ornamento de todo el universo. No vuelvas, Señora, los ojos de mí, pecador miserable: mas de sucio me haz limpio, de pecador justo, de perezoso diligente, y de tibio y seco ferviente y devoto.

Dios te salve, esperanza segura de los que de sí desesperan, y eficacísima ayudadora de todos los desamparados, á quien tanta honra hace tu Hijo, que todo cuanto le pides te concede, todo lo que quisieres se cumple. Tú tienes las llaves del tesoro celestial, tú eres más honrada que los querubines, más alta que los serafines, y tú gloria y honra del linaje humano. Todas las edades y generaciones te bendicen, y todas las criaturas alaban la gloria de tu nombre. Ensalzada eres, oh Señora, sobre los coros de los ángeles, y como á la primavera, te accompañan las flores y rosas y las frescuras de los valles. Sáname, oh bienaventurada, y seré sano: sálvame, y seré salvo, y bendecirte he en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén.

SEGUNDA ORACIÓN Á NUESTRA SEÑORA

Dios te salve, alegría del cielo y gozo de la tierra, María. Tú eres aquella serenísima madre de la luz, que amorosamente alumbras las ánimas de los que te aman. Tú eres aquella dulcísima madre de piedad, que dichosamente llevas á tus fieles siervos á las alegres moradas del cielo. Tú, hermosa como paloma, subes sobre los ríos de las aguas, cuyos vestidos son de inestimable suavidad. Á ti, Señora, levanto mi rostro, á ti miran los ojos de mi corazón, en ti confía mi ánima: habe misericordia de mí, porque después de tu unigénito Hijo, en ti está toda mi salud.

Dios te salve, entera y de todo pecado limpia virgen madre de Dios. Dios te salve, amparo certísimo de todos los que te llaman. Tú eres castillo fortísimo, dentro de cuyos muros están seguros los que á ti se acojen: tú eres fidelísima defensora de todos los que te alaban, tú resplandeciente nube que templas el ardor de nuestros apetitos, tú rocío deleitable que apagas el fuego encendido de nuestras cobdicias, tú llave esmaltada de perlas que abres las puertas del paraíso, tú flor entre las espinas y rosa de los valles, que alegras los ojos de todos los que te miran. Toda eres mansa, toda deleitable, toda resplandeciente y toda benigna. Socórreme, dulcísima abogada mía, y después de las ondas deste siglo llévame al puerto de la bienaventuranza perdurable.

Dios te salve, alabanza de los profetas, honra de los apóstoles, esfuerzo de los mártires, confesores y vírgines. Tú eres palma hermosísima de justicia, tú nardo olorosísimo de castidad, tú fresco jardín de celestiales deleites, tú arca del testamento donde está el maná escondido, tú tierra bendita que llevaste el fructo del árbol de vida, tú piedra espiritual de donde manaron arroyos de agua viva. ¡Oh María, cuán sancta eres tú y cuán malo yo, cuán humilde tú y cuán soberbio yo, cuán ilustre tú y cuán escuro yo! ¡Oh Virgen sin mancilla, cuán grande distancia hay entre tu pureza, mayor que la de ángeles, y mi suciedad, mayor que la de todos los pecadores! Alimpia, Señora, mi corazón de toda fealdad de pecado: quita de mí todo lo que desagrada á tus virginales ojos: libra mi ánima de los deseos terrenos, y levántala al amor de los bienes celestiales para gloria y honra tuya y de tu unigénito Hijo.

Dios te salve, preciosísima margarita y perla singular del linaje humano. Toda eres hermosa, oh sacratísima Virgen, y no hay en ti mácula alguna. Tú eres vaso de escogimiento y almario riquísimo de todas las gracias. Tú excedes en fe á los patriarcas, en sciencia á los profetas, en celo á los apóstoles, en paciencia á los mártires, en templanza á los confesores, en humildad y inocencia á las vírgines. Tú, adornada de preciosísimas joyas, levantas y suspendes en tu admiración á todos los cortesanos del cielo. Tú eres clarísimo sol que nunca se eclipsa: dende la tierra alumbrabas los cielos, y agora dende los cielos alumbras la tierra y deshaces las tinieblas del mundo. No me desprecies, oh esperanza mía, sino ayuda y socorre en todas sus necesidades á este vilísimo pecador.

Dios te salve, virgen sacratísima y entre las mujeres benditas singularmente dotada de insigne bendición. Tú valle deleitoso, hermoseado de flores eternas. Tú rosa hermosísima que da de sí olor de inestimable suavidad. Tú estrella de Jacob resplandeciente que aclaras los cielos. Tú vara de Jesé florida, que alegras el mundo. Todos los ángeles se maravillan de tu hermosura, y todos desean ver tu cara. ¡Oh mujer de toda belleza y sanctidad! ¡Oh Señora esclarecida, que sobre todos los ángeles tienes tu asiento! Atiende, Señora, á mis lágrimas y gemidos: visita y consuela este siervo inútil con tu gracia, y alcánzale perdón de sus pecados.

Dios te salve, singular ornamento del cielo y amparo de la tierra. Dios te salve, Madre mil veces dichosa del Rey eterno. Tú, Señora, después de tu unigénito Hijo, tienes el imperio de todas las cosas. Á ti todas las edades y todos los linajes de mujeres y hombres inclinan la cabeza, á tus pies se derriba toda la redondez de la tierra, porque después de la inefable y suma Trinidad no tiene el palacio del cielo otra cosa más hermosa que tú. Oyendo tu nombre, tiemblan los demonios: descubriéndose tu resplandor, huyen las tinieblas, y á tu querer se abren de par en par las puertas de los cielos. ¡Oh esperanza de los cristianos, después de Cristo tu Hijo! ¡Oh Reina de misericordia, dulzura de la vida, á ti suspiro desterrado en este valle de lágrimas, hijo de Eva! Ayúdame, Señora, en mis trabajos, defiéndeme en mis peligros, esfuérzame en mis desmayos, y después deste destierro, muéstrame al bendito fructo de tu vientre Jesucristo: el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Amén,

TERCERA ORACIÓN Á NUESTRA SEÑORA

Dios te salve, limpísima recámara del Espíritu Sancto y sagrado relicario del Verbo divino. Dios te salve, sanctísima madre y virgen María, que pariste al gozo de los ángeles y á la salud de los hombres Cristo Jesú, y en su niñez le envolviste en pañales, le apretaste en tus brazos, le acallaste en tu regazo, le criaste con la leche de tus pechos, y le regalaste con besos y abrazos. Ruégote, Señora, por ese misericordioso y virginal pecho y por la diligencia y solícito cuidado con que serviste y proveíste á la niñez de tu unigénito Hijo, que defiendas ante él mi causa, deshagas mis pecados, y me alcances perdón de todos ellos. Favoréceme, piadosa gobernadora mía, mientras en este peligroso mar navego, y principalmente en el término de mi vida, para que guiándome y alumbrándome tú, prósperamente llegue al puerto de la celestial Hierusalén, donde para siempre te alabe en los siglos de los siglos.

Dios te salve, serenísima y suavísima Madre del Rey y Salvador del mundo, María. Tú eres aquella tórtola castísima, cuya voz dulcísimamente sonó en los oídos del Todopoderoso. Tú eres aquella paloma honestísima, cuyo gemido agradó sumamente al Espíritu Sancto. Oh Virgen graciosa, Virgen de maravillosa hermosura, aclara las tinieblas interiores de mi ánima con el rayo de tu luz, para que quitada la escuridad de mis vicios, pueda yo contemplar la grandeza de tu hermosura.

Dios te salve, amable doncella y hija escogida de Dios. Oh Virgen honestísima, oh la más hermosa de todas las mujeres, muéstrame, yo te suplico, tu hermosa cara, con cuya vista se despierten en mí maravillosas afeciones de castidad. Suene tu dulce voz en mis oídos, por cuyo sonido resucite mi espíritu de la muerte del pecado y del sueño de la tibia conversación. Aquel inefable olor de tu limpieza recree siempre mi corazón, y ocupe todas mis entrañas, para que olvidado de todas las cosas transitorias, siempre sospire por ti.

Dios te salve, amiga de la sanctísima Trinidad. Oh virgen callada, virgen humilde, virgen graciosa, aclara el centro de mi ánima con el serenísimo resplandor de tu cara, para que en ti se deleite y alegre. Llévame en pos de ti, y corra yo ligeramente al

olor de tus ungüentos. Alegra mi espíritu, oh piadosa virgen, para que alegremente te sirva, perfectamente con todo mi corazón y con todas mis entrañas te ame. Visita al huérfano que gime, y toca las cuerdas de mi corazón, para que suavemente resuenen tus alabanzas.

Dios te salve, hija de Sión mil veces bienaventurada. Dios te salve, panar de miel celestial. ¡Oh virgen ante del parto, virgen en el parto, virgen después del parto! Oh serenísima reina, mira á este pobrecillo dende la cumbre de tu gloria. Acércate, Señora, á la región deste pecador miserable, y visita mi corazón con tu deseada presencia. Regocíjese contigo mi espíritu, alábente mis entrañas, y con la fuerza de tu sancto amor se derrita mi corazón.

Dios te salve, virgen piadosa y suave María. Dios te salve, puerta de oriente siempre cerrada, por la cual vino á nuestras tierras Aquél más hermoso que todos los hijos de los hombres. Vuelve, oh clarísima, vuelve á mí aquellos blandísimos ojos de tu virginal rostro, y destierra las tinieblas de mi ceguedad con la claridad de tu venida. Aparta, Señora, mi ánima de todas las cosas que están debajo del cielo, y suspéndela en la contemplación purísima de tu grandeza, haciéndola gustar aquellos dulcísimos licores de la felicidad eterna.

Dios te salve, amadora de la soledad y diligentísima guardadora de la quietud interior. Dios te salve, virgen dotada de maravillosa honestidad y de inefable sabiduría. Oh virgen escogida, virgen la más hermosa de las hijas de Hierusalén, recoje los pensamientos derramados de tu siervo, y haz reposar en ti mi espíritu derramado y distraído. Tú eres sacratísimo tabernáculo de la Divinidad, tú vergel cercado, donde se cogió aquella hermosísima y única flor Jesucristo, Salvador de nuestras almas.

Dios te salve, violeta de altísima humildad, rosa de caridad y lirio purísimo de castidad. Dios te salve, generosísima madre del Criador soberano. Oh virgen suave, llegue hasta mí el olor de tus perfumes aromáticos, siéntate mi espíritu en la noche, gócense contigo mis entrañas en el día. Á ti se aficione suavemente mi corazón, á ti ame entrañablemente mi ánima, y alegremente se ocupe en tus alabanzas. Tú eres florido tálamo del Esposo celestial, tú deleitable paraíso de los ángeles, tú recámara de divinos

sacramentos, tú madre, tú hija, tú esposa de Dios altísimo, tú eres y serás siempre mi esperanza y dulce consuelo de mi vida. Amén.

Síguense unas siete muy devotas oraciones, en las cuales brevemente se comprenden todos los principales misterios de la vida de Cristo: las cuales podrá cada uno repartir por los días de la semana, rezando cada un día la suya, y procurando de sentir y considerar atenta y sosegadamente lo que cada uno de estos misterios representa.

ORACIÓN PRIMERA DE LA VIDA DE CRISTO

GRACIAS te doy, dulce Jesú, que por mí tuviste por bien descendir de tu casa real y del altísimo seno del Padre á este valle de miserias, y tomar carne humana en el castísimo vientre de la sacratísima Virgen tu madre. Ruégote, Señor, quieras aparejar mi corazón para tu morada, y para esto le atavíes y adornes de virtudes para que tú solo perpetuamente le poseas. ¡Oh, si yo fuese tal que mereciese convidarte á él húmilmente, y recebirte en él amorosamente, y tenerte en él perseverantemente! ¡Oh, si con tan fuertes brazos de amor te abrazase, que nunca jamás ni con el afición ni con el pensamiento me desviase de ti!

Gracias te doy, dulce Jesú, que quesiste que la suavísima Virgen, habiéndote concebido, fuese á visitar á Elisabeth su parienta, para que la saludase y sirviese en su preñez. En cuyas limpísimas entrañas no te desdeñaste estar escondido por espacio de nueve meses. Dame gracia de verdadera humildad, y imprímela en lo más íntimo de mi corazón, para que con ella me halles siempre aparejado para las cosas de tu servicio. Haz, Señor, que mi corazón tenga siempre hastío de las cosas mundanas, y esté siempre hambriento y cobdicioso de tenerte dentro de sí por morador y poseedor.

Gracias te doy, dulcísimo Jesú, á quien la Virgen sacratísima parió sin dolor y sin menoscabo de su virginal pureza, y poniéndote como á pobre y pasible en un pesebre, humildemente te adoró y reverenció. Plega á tu misericordia que continuamente nascas dentro de mí por nuevo fervor de caridad, y plégate, Señor, ser de mi corazón único deseo, única suavidad y única esperan-

za mía. ¡Oh, si á ti solo buscase, en ti solo pensase y á ti solo amase con ardentísimo amor!

Gracias te doy, dulce Jesú, que no rehusaste, naciendo en el rigor del frío, ser envuelto en pobres pañales y mamar leche á los pechos de tu madre, como niño de teta. Dame, Señor, que sea yo siempre delante de ti verdadero humilde y verdadero pobre de espíritu. Dame que por tu nombre sufra de buena gana cualesquier cosas ásperas y trabajosas, y que ninguna cosa en este mundo ame fuera de ti, y ninguna quiera poseer sin ti.

Gracias te doy, dulce Jesú, que siendo recién nacido, fuiste con alegres cantares alabado de los ángeles, á quien los pastores devotamente buscaron y adoraron con grande admiración y alegría. Concédeme que en tus loores persevere yo alegremente, y te busque con los pastores diligentemente, y buscado, te halle y posea perdurablemente.

Gracias te doy, dulce Jesú, que en el día octavo quesiste (según la general costumbre de los otros niños) ser circuncidado, y siendo aun ternecico derramar sangre, y para nuestro maravilloso consuelo llamarte Jesús. Plégate, Señor, tenerme señalado y contado en el número de los tuyos, y circuncidar de mi ánima todos los excesos y demasías: esto es, todas las malas palabras, obras y pensamientos. Tú, Señor, te llamas Jesús, que quiere decir Salvador: porque á ti solo conviene dar salud. Pídote pues, Señor, que la memoria de este suavísimo y muy deseado nombre despida de mí toda desordenada pusilanimidad y flaqueza, y me dé firme confianza de tu misericordia, y con su virtud me defienda de todas las persecuciones y asechanzas del enemigo.

Gracias te doy, dulce Jesú, á quien los Magos, buscándote con entrañable devoción y fe, hallaron por la guía de una estrella, y derribados delante ti te ofrecieron oro, encienso y mirra. Concédeme que con estos dichosos varones te busque yo siempre en el pesebre de mi corazón, y dentro de él te adore en espíritu y en verdad, y con ellos te presente oro de resplandeciente caridad, encienso de devoción y olorosa mirra de perfecta mortificación, y finalmente que todas las fuerzas de mi ánima emplee y ocupe en hacer tu sancta voluntad.

Gracias te doy, Cristo Jesú, que por darnos ejemplo de obediencia y humildad quesiste por nosotros subjectarte á la ley, y ser llevado al templo en los brazos de tu sanctísima madre, y que

por ti se ofreciese ofrenda de pobres. Donde el justo Simeón y la profetisa Ana, alegrándose con tu presencia, dieron magníficos testimonios de tu persona. ¡Oh, si nunca tocase lo secreto de mi corazón ni un solo punto de vanagloria! ¡Oh, si de mí se desterrase mil leguas toda manera de presumpción, y muriese en mí todo apetito de favor y todo linaje de amor proprio! Concédeme, Señor, que yo huya toda honra de hombres y todo loor humano, y que á todos los hombres por ti me subjecte, y á todos obedezca de buena gana.

Gracias te doy, dulce Jesú, niño chiquito, que con tu tierna madre luego fuiste perseguido, y no te desdeñaste de huir y ser desterrado en Egipto. Concédeme que en todas las tempestades de mis persecuciones, en todas mis tribulaciones y tentaciones á ti solo me acoja, á ti solo busque, á ti solo llame, y cuanto de tu mano me veniere, alegremente lo reciba, y con manso corazón lo sufra, dándote siempre gracias por todo lo que de mí hicieres.

Gracias te doy, dulce Jesú, á quien tu piadosa madre (cuando te quedaste en el templo) con grande tristeza anduvo buscando tres días, y después de ellos con suma alegría te halló en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos sabiamente. ¡Oh, si de tal manera te me dieses, así te me comunicases, que nunca más de ti me desviases ni desamparases! Sacude, Señor, de mi corazón toda pereza, destierra dél toda tibieza, que á ti es muy desagradable, y dame perfecta devoción y ardiente sed de tu justicia, la cual de tal manera posea mi corazón y todo cuanto está dentro de mí, que nunca jamás me harte ni me canse de servirte. Paternoster. Avemaría.

SEGUNDA ORACION Á JESÚ

GRACIAS te doy, dulce Jesú, que entrando en el río Jordán, quesiste ser baptizado por la mano de tu siervo. Ten por bien, Señor, de purificarme en esta vida por tus merecimientos, y limpiarme de mis vicios, y embriagarme con tu amor y con el deseo de la patria celestial. Ten por bien, ante que mi alma salga desta carne, hacerme tal cual tú quieres que sea: para que partiendo desta peregrinación y destierro, luego me junte contigo donde te vea y goze en aquella bienaventurada gloria que durará para siempre.

Gracias te doy, dulce Jesú, que morando en el desierto antes de la predicación del Evangelio entre los animales fieros, y perseverando cuarenta días y cuarenta noches en ayunos, y velando á la continua en gemidos y oraciones, permitiste ser tentado de Satanás, y después de la victoria fuiste festejado y servido de ángeles. Dame que con tu gracia castigue yo y subjecte todas mis aficiones viciosas, y con perseverancia me ocupe en ayunos, vigilias, oraciones y en todos los otros espirituales ejercicios, y especialmente me concede que con el socorro de tu gracia sea yo librado del vicio de la gula y de todos los otros lazos y celadas del enemigo. Ninguna tentación me ensucie, ninguna me aparte de ti: mas antes todas ellas me sean ocasión de acudir siempre á ti y de juntarme y abrazarme contigo.

Gracias te doy, dulce Jesú, que por mí fuiste afligido en este mundo con muchas penas y necesidades, con frío y con calor, con sed y con hambre, y con cansancio y sudores. Dame, Señor, que todas las adversidades reciba yo alegremente, como dadas de tu mano, y con paciente corazón las sufra por tu honra, y en cualquier placer ó pesar, y en cualquier desastre ó acaescimiento persevere yo en ti sin moverme, procurando siempre que se haga tu voluntad y no la mía.

Gracias te doy, dulce Jesú, que sufriste muchos trabajos, buscando (como verdadero pastor y salvador del mundo) la conversión de las ánimas, desvelándote en oraciones, fatigándote en caminos, publicando la doctrina celestial, discurriendo de tierra en tierra, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea y de castillo en castillo. Dame, Señor, gracia para que nunca jamás empereze en las cosas de tu servicio: mas antes esté presto y ligero para todo lo bueno. Dame que con ardentísima sed codicie la salud de todos, y (cuanto en mí fuere) la procure, y siempre y en todo lugar tenga celo de tu honra, y en ella me emplee todo.

Gracias te doy, dulce Jesú, que conversando con los hombres quesiste benignísimamente consolarlos, y con muchos milagros curar misericordiosamente sus enfermedades. Dame corazón lleno de afición piadosa con todos, y de sancta compasión, para que me compadezca de las afliciones de todos, y sienta las miserias ajenas como las mías proprias, y sufra con igual corazón las imperfecciones de todos, y socorra alegremente cuanto pudiere á sus necesidades. Limpia, Señor, y sana mi ánima perfectamen-

te de todas las viciosas pasiones y malos deseos de que está enferma: para que curada de todos estos males, y suelta de todos estos impedimentos, se levante libremente á lo alto, y no descanse hasta que por amor purísimo merezca llegar á tus divinos abrazos.

Gracias te doy, dulce Jesú, que por mí padeciste muchas injurias, blasfemias, denuestos, calumnias y persecuciones, de aquéllos mismos á quien hacías tan grandes bienes. Dame corazón verdaderamente inocente y simple, para que puramente ame á mis enemigos, y me duela dellos en mis entrañas, y dentro de mí los excuse: para que dando bien por mal, sea imitador de tu perfecta caridad y paciencia.

Gracias te doy, dulce Jesú, que viniendo á Hierusalem manso y humilde, sentado sobre una asna, y cantando los que solemnemente te recibieron gloriosos loores, tú derramaste dolorosas lágrimas, sintiendo la destruición de aquella ciudad y la perdición de tantas ánimas. Concédeme, Señor, entrañable conocimiento de mí mismo, para que vea claramente mi indignidad, y así profundísimamente me humille y desprecie. ¡Oh, si nunca me deleitasen los favores y alabanzas de los hombres, mas entendiese siempre en llorar mis proprias miserias y pecados! ¡Oh, si los daños ajenos tuviese por míos, y por los pecados ajenos llorase como por los proprios! Paternoster. Avemaría.

TERCERA ORACIÓN Á JESÚ

GRACIAS te doy, dulce Jesú, que para dar fin á la ley comiste el cordero pascual en Hierusalem con tus discípulos, y dándoles ejemplo de inefable humildad y amor, lavaste sus pies hincado de rodillas, y los limpiaste con la toalla que estabas ceñido. Plégate, Señor, que este ejemplo penetre mi corazón y derribe cualquiera presunción y soberbia que haya en él. Dame, Señor, humildad profundísima, con la cual sin alguna alteración huelgue yo de subjectarme á todos. Dame perfecta obediencia, con que guarde enteramente tus mandamientos y los de aquéllos que nos gobiernan y mandan en tu nombre. Dame caridad ferventísima, con la cual puramente ame á ti y todos los hombres por amor de ti.

Gracias te doy, dulce Jesú, que con altísima caridad instituíste el sacramento de tu cuerpo y sangre, y con liberalidad espantosa te nos diste por manjar, y quedaste desta manera corporalmente con nosotros hasta la fin del mundo. Despierta, yo te suplico, dentro de mí deseos vivos y una encendida hambre deste venerable sacramento. Dame que con casto amor, con profunda humildad, con pureza de corazón me allegue á recibirte en esta mesa de vida, y tanta sed tenga de ti mi ánima, tanto esté llagada de tu amor, que después en tu reino merezca gozar de tus eternos deleites para honra y gloria de tu sancto nombre.

Gracias te doy, dulce Jesú, que queriendo partir deste mundo, amonestaste y consolaste á tus discípulos con palabras llenas de inefable amor, y con oración no menos encendida los encomendaste al Padre, declarando manifiestamente con cuán tiernas entrañas amabas á ellos y á todos los que por su doctrina habíamos de creer en ti. Haz que mi corazón tome sabor en tus palabras, y siempre las halle dulces más que la miel y el panal. Infunde, Señor, en mi pecho el espíritu de aquella tu abrasada amonestación, para que todo yo sea transformado con ella en tu amor. Enderézame, Dios mío, en todas las cosas, para que en mí y por mí se haga siempre tu sancta voluntad.

Gracias te doy, dulce Jesú, que cuando se acercó tu pasión, comenzaste á espantarte, y congojarte, y tener tristeza, significando en ti la flaqueza natural de tus espirituales miembros, para consolarlos y esforzarlos con esta ternura, cuando ellos temiesen ó esperasen la muerte. Defiéndeme, Señor, por este trabajo tuyo así de la viciosa tristeza como de la vana alegría. Dame que todas las penas y tristezas que hasta agora he tenido y adelante tendré, se enderecen á gloria de tu sancto nombre y á perdón de mis pecados. Aparta de mí toda desconfianza y toda desordenada pusilanimidad, y sustenta siempre contigo mi espíritu.

Gracias te doy, dulce Jesú, que derribado en tierra heciste oración al Padre, y te ofreciste todo á su disposición, diciendo que en todo se cumpliese su voluntad y no la tuya. Dame que en todas mis necesidades á ti me socorra por oración, y todo me entregue á tu providencia, sin elección de mi propria voluntad ni de algún interese proprio: nunca huya las adversidades,ni por ellas vuelva atrás del bien comenzado, mas todas las cosas reciba

con ánimo sosegado, como dadas de tu mano piadosa, y todas las sufra por tu amor con corazón manso y humilde.

Gracias te doy, dulce Jesú, que consentiste ser llevado con gente armada atado como ladrón y malhechor á casa de Anás y parecer en juicio delante de él. ¡Oh maravillosa mansedumbre de mi Redemptor! Siendo preso, siendo maltratado, siendo arrastrado, no te quejas, no murmuras, no resistes, mas callado sigues los pasos de los que te llevan, obedesces á los que te mandan y sufres con suma paciencia á los que te atormentan. Haz, Señor mío, que los ejemplos de tantas y tan excelentes virtudes resplandezcan en mí, para gloria y honra de tu sanctísimo nombre.

Gracias te doy, dulce Jesú, rey del cielo y de la tierra, que estando ante el soberbio pontífice como un hombrecillo vil y despreciado, sufriste con mansedumbre la cruel bofetada que uno de sus ministros te dió en la cara. Refrena, Señor, en mí todos los ímpetus de ira y braveza, amata todas las repuntas de indignación y rancor, y apaga todas las centellas de cobdicia de venganza, para que siendo yo injuriado, no por eso me turbe, ni riña, ni me altere, mas sufriéndolo todo mansamente, haga bien á todos los que mal me hicieren. Paternoster. Avemaría.

CUARTA ORACIÓN Á JESÚ

GRACIAS te doy, dulce Jesú, que por toda aquella noche fuiste por mi escarnecido y acosado de tus enemigos, y herido con bofetadas y puñadas, y con diversas maneras de injurias y baldones deshonrado. Bien sabes, Señor mío, cuán duro me es sufrir aun cosas muy pequeñas. Bien sabes que ninguna virtud tengo, que mi voluntad es perezosa, y mi deseo frío. Ayuda, Señor, misericordiosamente á mi flaqueza, y dame gracia para que ningún ímpeto de adversidad me derribe ni me espante. Dame que no resista á los males que me sobrevinieren, ni me altere por las injurias recebidas: mas dándote gracias en todas las cosas, todo lo refiera á gloria y honra de tu nombre.

Gracias te doy, dulce Jesú, que estando en la audiencia de Pilato, callabas á todas las falsas acusaciones y deshonras que te ponían, como manso cordero que no abre su boca ni resiste á los que le tresquilan. Concédeme, Señor, que no me turben las

murmuraciones y infamias que de mí se dijeren, mas callando venza á todos los que me hacen injuria. Dame gracia de perfecta humildad, por lo cual ni codicie ser loado, ni huya de ser disfamado por tu amor.

Gracias te doy, dulce Jesú, que con grande abatimiento y con grande ruido de pueblo fuiste llevado por medio de la ciudad á Herodes del juzgado de Pilato. Concédeme fortaleza para que no me quebranten las persecuciones de mis enemigos, ni me embravezcan sus injurias, ni me afrenten sus desprecios, mas todo lo sufra con mansedumbre, y callando pase por todo: para que conforme á la ley de tu sancto mandamiento, en mi paciencia posea mi ánima.

Gracias te doy, dulce Jesú, que preguntado por Herodes con muchas palabras, y acusado por los pontífices y sacerdotes de muchas maneras, á ninguna cosa respondiste, sino todo lo venciste callando. Dame, Señor, gracia para refrenar mi lengua, y no me consientas hablar palabras viciosas ni perder tiempo en fábulas ociosas: mas concédeme que siempre hable lo que es justo y honesto y provechoso, según tu voluntad. Dame que aborrezca el vicio de maldecir, y ame hablar y sentir bien de todos.

Gracias te doy, dulce Jesú, que siendo comparado con el famoso ladrón Barrabás, fuiste juzgado por más malo y menos digno de la vida, y así perdonaron al homecida, y á ti, autor de la vida, pidieron para la muerte. Bien parece, Señor, que tú eres aquella viva piedra que reprobaron los hombres y escogió Dios para sí. ¡Oh, si ninguna cosa yo antepusiese á ti, y por ninguna te trocase, mas todas las cosas tuviese por estiércol en comparación de ti! Concédeme, Señor, que el veneno de la envidia nunca inficione mi ánima, sino que en ti solo repose y en ti solo halle toda mi salud.

Gracias te doy, dulce Jesú, que consentiste desnudar tu sacratísima y virginal carne, y atarla á una coluna, y allí ser azotada con terribles azotes, para que con tus heridas sanases las nuestras. Desnuda, Señor, mi corazón de todo pensamiento feo, despójame del hombre viejo con todas sus obras, y vísteme del nuevo que á semejanza tuya es criado en justicia y verdadera sanctidad, y concédeme que sufra yo con toda humildad y paciencia los azotes de tu paternal corrección.

Gracias te doy, dulce Jesú, á quien después de tantos azotes

recebidos y tanta sangre derramada, injuriaron con diversas maneras de baldones y vituperios. Porque para mayor deshonra te vestieron una ropa colorada, y apretaron á tu divina cabeza una corona de espinas, y pusieron en tu mano una caña en lugar de cetro, y hincando fingidamente las rodillas delante de ti, te saludaban diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos. Enclava, Señor, en mi corazón la continua memoria de este paso doloroso, y hiérelo con las saetas agudas de tu ardentísima caridad. Dame que á ti solo ame, en ti solo piense y en ti solo seguramente repose: ninguna tribulación, ninguna angustia, ninguna persecución y ningún tormento me aparte de ti, ni tenga yo por mengua ser amenguado y despreciado contigo.

Gracias te doy, dulce Jesú, que demás de los otros denuestos y injurias que por mí sufriste, quesiste llevar la cruz hasta el monte Calvario con mucho trabajo y fatiga de tu cuerpo y de tus hombros muy quebrantados. Dame, Señor, que con esforzado y devoto corazón abrace yo tu cruz, negando á mí mismo, y imitando con ferviente caridad los ejemplos de tus virtudes, merezca húmilmente seguirte hasta la muerte.

Gracias te doy, dulce Jesú, que en aquel tristísimo camino (cuando ibas á ser crucificado) benignamente amonestaste á las mujeres que te lloraban, que por sí mismas y por sus hijos y no por ti llorasen. Dame, Señor, lágrimas de piadosa compasión y de sancto amor, que derritan la dureza de mi corazón y le hagan gracioso delante de ti. Concédeme también que encendido con tu ardentísimo amor, todas las cosas por ti me den en rostro, á ti solo ame, y en ti solo descanse perpetuamente. Paternoster. Avemaría.

QUINTA ORACIÓN Á JESÚ

GRACIAS te doy, dulce Jesú, que fatigados los hombros con el peso de la cruz, llegaste cansado al lugar del tormento, donde estando sediento y aflegido te dieron á beber vinagre mezclado con hiel. ¡Oh, si con esto matases en mí el regalo de la gula y los deleites de la carne, y hicieses que en ningún tiempo consintiese á ninguna fea delectación! Dame pues, Señor, aquella honestísima y muy necesaria virtud de la templanza en el co-

mer, para que refrenados todos los desordenados apetitos de la gula, de ti solo tenga hambre y sed, y en ti solo sean todos mis deleites.

Gracias te doy, dulce Jesú, que en los ojos de todo el pueblo consentiste que te desnudasen, donde al quitar de las vestiduras al redropelo, se renovaron tus llagas, y tornó á manar sangre de ellas y á renovarse tus dolores. Concédeme, Dios mío, verdadero amor de la pobreza, y dame gracia para que nunca me entristezca por cosa que me falte. Dame paciente sufrimiento de las necesidades y desastres de esta vida: desnuda mi corazón de todas imaginaciones y aficiones terrenas, y renueva cada día en mí sanctos propósitos y deseos verdaderos de tu sancto amor.

Gracias te doy, dulce Jesú, que no rehusaste ser estirado cruelmente en el madero, y ser descoyuntadas todas las junturas de tus sacratísimos miembros, y ser traspasado con agudos clavos y afijado en la misma cruz. Concédeme, Señor, que con ánima fiel y agradecida tenga yo siempre memoria de esta tu excesiva caridad, con la cual tan benignamente extendiste tus brazos y abriste tus manos, para que fuesen enclavadas, y entregaste tus pies para que fuesen barrenados. Ea pues, Señor, ensancha mi corazón con perfecta caridad, traspasa y enclava con el mismo clavo de tu amor todos mis sentidos, y encierra dentro de ti solo todos mis pensamientos y aficiones.

Gracias te doy, dulce Jesú, que tres horas estuviste colgado en el afrentoso madero de la cruz, y derramando copiosamente tu sangre, sentiste gravísimo dolor en todos tus miembros. Cuelga, Señor, dese mesmo madero esta miserable ánima que yace en la tierra, y límpiala de la suciedad de sus pecados y apetitos con los arroyos de esa sangre. ¡Oh sangre dadora de salud y dadora de vida! Ten por bien, Señor, ten por bien de lavarme con esa preciosa sangre, y purificarme y sanctificarme con ella. Ten por bien, Señor, ofrecerla á tu Padre para perfecta satisfación y remedio de todos mis males. Suplícote que con aficionadísimo amor merezca yo chupar con mi corazón y lamer con la lengua de mi ánima las preciosísimas gotas de esa sangre divina, y aquí guste yo cuán suave es tu espíritu y cuán dulce este precioso licor.

Gracias te doy, dulce Jesú, que por mí quesiste ser puesto en medio de dos ladrones, y tenido por uno dellos, para que con tu

increíble humildad y paciencia curases nuestra impaciencia y soberbia, y del todo la destruyeses. Levanta, Señor, mi espíritu á lo alto, para que dende allí desprecie todas las cosas que en este mundo se ven, y en ti solo ponga mis ojos, á ti solo ame, en ti solo piense, por ti solo suspire, de ti hable, á ti sueñe, á ti sepa y en ti me deleite, y fuera de ti no quiera tener otro contentamiento.

Gracias te doy, dulce Jesú, que tan bueno fuiste aun para con los muy malos, que por los mesmos que te crucificaron, heciste oración diciendo: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen. Dame, Señor, gracia de verdadera paciencia y mansedumbre, con la cual (conforme á tu ejemplo y mandamiento) ame yo á mis enemigos, y haga bien á los que me hicieren mal, y húmilmente te suplique por ellos, y los perdone de corazón.

Gracias te doy, dulce Jesú, á quien escarnecieron tus perversos enemigos con grandes blasfemias, mientras sufrías intolerables dolores y angustias en la cruz. Dame, Señor, que acordándome de la inefable humildad y paciencia con que sufriste tantos dolores y vituperios, pacientemente sufra cosas semejantes, y contigo persevere en la cruz de la paciencia hasta la muerte. Ningún ímpetu de tentaciones, ninguna tempestad de tribulaciones, ningún torbellino de injurias me desvíe del buen propósito comenzado, ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni alguna otra criatura me aparte de ti.

Gracias te doy, dulce Jesú, que sufriste á uno de los dos ladrones te escarneciese, y al otro que confesó su injusticia, y con piadosa fe te confesó, prometiste benignamente la gloria del paraíso. ¡Oh quién fuese tan dichoso, que mereciese ser mirado con aquellos misericordiosos ojos que miraste este dichoso ladrón, para que ayudándome tu gracia, viviese vida tan inocente, que en el término de la vida mereciese oir de ti esa tan dulce palabra: Hoy serás comigo en el paraíso! Paternoster. Avemaría.

SEXTA ORACIÓN Á JESÚ

GRACIAS te doy, dulce Jesú, que viendo dende la cruz á tu dulcísima madre llena de dolor y de lágrimas, compadesciéndose tu corazón de su angustia, la encomendaste á tu discípulo S. Juan, y luego á ella encomendaste al mismo discípulo,

y en él á todos nosotros. Pues concédeme que yo ame y honre á esta Señora con ardentísimo y castísimo amor, para que teniéndola yo por madre, merezca que ella me tenga por hijo, y me trate como á tal. Dámela, Señor, por ayudadora en todas mis necesidades, mayormente en la hora de mi fallecimiento. Amén.

Gracias te doy, dulcísimo Jesú, que aun teniendo tus llagas abiertas, y la cabeza rodeada de espinas, y colgado miserablemente de los brazos de la cruz, te quejaste protestando que eras desamparado del Padre. Dame que en todas mis adversidades, y tentaciones, y desamparos, me socorra á ti, padre piadoso, y desconfiando de mí, en ti solo confíe, y todo me ponga en tus manos. Llaga, Señor, lo interior de mi ánima con la memoria de tus llagas: imprímelas en lo íntimo de mi corazón, y embriágame de tal manera con tu sangre, que ninguna otra cosa piense ni busque sino á ti: á ti halle, y á ti tenga, y á ti posea perdurablemente.

Gracias te doy, dulce Jesú, que gastado y seco ya tu cuerpo por la grandeza de los tormentos y por el derramamiento de tanta sangre, y acezando con vehementísima sed y con ardor del deseo que tenías de nuestra salud, dijiste: Sed he. Dame, Señor, una sed encendidísima de tu honra y de la salvación de las ánimas, para que conforme á tu sancta voluntad me emplee todo en su provecho, en cuanto (según la medida de mi estado) me fuere concedido. Dame que ningún amor de las cosas perecederas me prenda, ninguna criatura me enlace: y las cosas que fueren para amar, en ti las ame, y á ti ame sobre todas ellas, y en ti solo sea todo mi descanso.

Gracias te doy, dulce Jesú, que á la hora de tu muerte quesiste que para matar la sed te pusiesen en la boca una esponja llena de vinagre, para que gustando en paso tan trabajoso ese tan amargo refrigerio, satisficiéses al Padre por todas nuestras golosinas y deleites, y nos dejases ejemplo maravilloso de pobreza y aspereza. Dame, Señor, que por tu amor desprecie yo cualesquier sabores de comeres y regalos exquisitos, y de lo que me concedes para sustentar este corpezuelo, use medidamente, dándote por ello muchas gracias. Limpia, Señor, y sana el paladar de mi ánima, para que todo lo que á ti agrada, me sea sabroso, y todo lo que te desagrada, desabrido.

Gracias te doy, dulce Jesú, amador ferventísimo del linaje humano, que tan cumplida y ordenadamente acabaste la obra de nuestra redempción, ofreciendo á ti mismo en sacrificio vivo en el altar de la cruz por los pecados del mundo. Dame, Señor, que tú solo seas el blanco y el paradero de todos mis pensamientos, palabras y obras, para que en todas las cosas con derecha y casta intención busque sola tu honra, y fuera de ti ninguna cosa busque ni desee. Dame que en tu servicio nunca afloje, nunca desmaye, mas renovando cada día el fervor del espíritu, me apresure más y más á servirte y alabarte.

Gracias te doy, dulce Jesú, que de tu voluntad llamaste la muerte, abajando tu venerable cabeza, y encomendando tu espíritu en las manos del Padre, le despediste de tu carne: donde claramente nos enseñaste cómo eras tú aquel buen pastor que posiste tu vida por tus ovejas. Concédeme, Señor, que muera yo á todos mis vicios y malos deseos, y á ti solo viva, á ti solo sienta, para que acabado el curso desta vida en caridad verdadera, luego entre en ti, que eres el verdadero paraíso de nuestras almas.

Gracias te doy, dulce Jesú, que con lanza de un caballero quesiste que tu suavísimo corazón fuese abierto, de donde manase agua y sangre para lavar y dar vida á nuestras ánimas. ¡Oh, si llagases mi corazón con la lanza de tu amor de tal manera que ninguna cosa pudiese ya querer sino lo que tú quieres! Entre, Señor, entre mi ánima por la llaga de tu costado al secreto de tu caridad y al tesoro de tu divinidad, para que allí adore á ti mi Dios verdadero por mí crucificado y muerto, y raídas de mi memoria todas las figuras de las cosas visibles, á ti solo entienda y vea siempre en todas las cosas.

Gracias te doy, dulce Jesú, que con grande llanto de tus amigos fuiste quitado de la cruz, y ungido con olorosos ungüentos, y envuelto en una sábana, y puesto en ajena sepultura. Entierra, Señor, contigo, entierra todos mis sentidos, todas mis fuerzas y aficiones, para que ayuntado contigo con fuerte vínculo de amor, quede como fuera de mí para todo lo que es á ti contrario, y á ti solo sienta, único Redemptor mío, único bien y tesoro mío. Paternoster. Avemaría.

SÉPTIMA ORACION A JESÚ

Gracias te doy, dulce Jesú, que poderosamente descendiste á los infiernos, donde quebrantando el poder del diablo, alegraste con tu presencia á los antiguos padres que estaban allí cativos, y sacándolos de sus tinieblas y prisiones, los llevaste á los deleites del paraíso. Pues decienda agora, yo te suplico, la virtud de tu sangre y de tu pasión sobre las ánimas de mis padres, parientes, amigos y bienhechores, y de todos los fieles defuntos, para que sueltas de las penas de purgatorio, sean recebidas en el seno de la eterna felicidad.

Gracias te doy, dulce Jesú, que saliendo victorioso del sepulcro cerrado con nobilísimo triunfo, vencida la muerte, resucitaste de entre los muertos, y volviendo su hermosísima claridad á tu cuerpo precioso, diste inestimable gozo con tu visitación á tus amigos. Dame, Señor, que resucitando yo de la muerte de los vicios y de la vieja conversación, ande de aquí adelante en novedad de vida, y busque las cosas altas y no las bajas, para que cuando tú mi vida aparecieres otra vez en la tierra, yo también aparezca contigo en la gloria.

Gracias te doy, dulce Jesú, que cumplidos cuarenta días después de tu resurrección, delante tus discípulos subiste glorioso triunfador á los cielos, donde asentado á la diestra del Padre vives y reinas por todos los siglos. ¡Oh si mi ánima estuviese enferma de tu amor! ¡Oh si de todas las cosas mundanas tuviese hastío, y por las celestiales siempre suspirase, y dellas tuviese un continuo y encendido deseo! ¡Oh si ninguna cosa me aficionase, ninguna me alegrase, sino tú solo, mi Señor y mi Dios!

Gracias te doy, dulce Jesú, que enviaste tu espíritu sobre tus escogidos, que perseveraban en oración, y los enviaste á enseñar las gentes por toda la redondez del mundo. Limpia, Señor, lo interior de mi corazón, dame verdadera pureza y limpieza de consciencia, para que el mismo consolador hallando en ella agradable posada, la hermosee con los abundantes dones de su gracia, y Él solo me consuele, me confirme, me ocupe, me rija y todo me posea.

Gracias te doy, dulce Jesú, que cuando volvieres en el día postrero á juzgar el mundo, darás á cada uno según sus obras, ó

galardón, ó castigo. Piadosísimo Señor Dios mío, concédeme que pasada inocentemente (según tu sancta voluntad) la carrera desta miserable vida, salga mi ánima de la cárcel deste cuerpo tan adornada de merescimientos y virtudes, que sea recebida misericordiosamente en las moradas de tu gloria, donde con todos los sanctos te alabe y bendiga en los siglos de los siglos. Amén. Paternoster. Avemaría.

Síguese una muy devota oración, en la cual brevemente se contiene toda la vida de Nuestra Señora, la cual podrá cada uno rezar todos los sábados, que son días dedicados á esta virgen.

Dios te salve, suavísima virgen María, á quien Dios escogió por madre suya ante de todos los siglos. Tú eres aquella bienaventurada hembra, de quien el Rey del cielo y de la tierra quiso tomar carne para redemir el linaje humano. Tú eres aquella piadosa medianera entre Dios y los hombres, por la cual se juntó el cielo con la tierra y las cosas altas con las bajas. Tú eres entrada de nuestra vida, tú puerta de la divina gracia, tú puerto deste siglo tempestuoso. Alcánzame, Señora, perfecto perdón de mis pecados, y perfecta gracia del Espíritu Sancto, para que con todo cuidado honre y ame á tu Hijo mi salvador, y á ti, Madre de misericordia.

Dios te salve, virgen suave, á quien los padres antiguos desearon con entrañables deseos, y representaron con diversas figuras, y prometieron con muchas revelaciones que les fueron hechas. Recíbeme, Señora, por tu siervo, y por tu hijo, Madre de gracia, y concédeme que sea yo del número de los que amas y tienes escritos en tu pecho virginal, á los cuales enseñas, enderezas, recreas y defiendes en todas las cosas.

Dios te salve, virgen suave, á quien Dios hermoseó maravillosamente en el vientre de tu madre, y adornó de todas las perfecciones y gracias. ¡Oh virgen clarísima, virgen resplandeciente, virgen purísima, escogida doncella entre millares! No me deseches, Señora, aunque sea el que tú sabes que soy: sino oye al miserable que te llama, consuela al que te desea servir, y ayuda al que en ti tiene puesta su esperanza.

Dios te salve, María suave, cuyo nacimiento esperado de tantos siglos, y deseado de tantas gentes, alegró el mundo con nueva luz y nuevo gozo. Oh virgen inocentísima, hazme de verdad inocente, y deshaz todo lo que en mí desagrada á tus limpísimos ojos. Habe misericordia de mí, pues dende tu niñez por todas las edades creció contigo la misericordia.

Dios te salve, María suave, en quien Dios derramó toda hermosura corporal y toda gracia espiritual, con la cual te hizo amable á todas las gentes. Oh elegantísima y bellísima virgen, atavía (yo te suplico) mi ánima con ornamentos espirituales: planta en mi corazón vivas aficiones de pureza y castidad, para que así te agrade yo en todas las cosas, y sea verdadero imitador y siervo tuyo.

Dios te salve, María suave, á quien tus sanctísimos padres trajeron al templo, y presentaron al Señor, y ofrecieron á su sancto servicio. Donde heciste vida de ángel, en todo humilde, en todo piadosa, en todo mansa, en todo benigna, en todo suave, en todo agradable al Señor. Concédeme que reciba yo el olor de tu sanctísima conversación, para que cuanto en mi fuere, á nadie sea pesado, á nadie escandalice, á nadie ofenda, mas á todos consuele y á todos provoque al amor de Dios y desprecio del siglo.

Dios te salve, María suave, alférez de las vírgines, que consagrándote toda para Dios heciste voto de virginidad con alegre y determinada voluntad. Tú eres perfecto dechado de castidad, tú eres aquella hermosísima de quien nadie sintió ni deseó sino toda honestidad: cuya sanctísima y castísima conversación penetraba los corazones de los que te miraban con una lumbre celestial, y criaba en ellos amor de limpieza y castidad. Alcánzame, Señora, verdadera limpieza del ánima y del cuerpo, de tal manera que ninguna fealdad me ensucie, ningún vicio me posea y á ningunos deleites consienta: mas despreciando todos los regalos de la carne y todas sus codicias, en solo Dios me deleite y descanse.

Dios te salve, María suave, á quien en sus sagrados estudios y ejercicios de contemplación consolaba Dios con familiar ministerio de los ángeles y con maravilloso gozo de la pura consciencia. Alcánzame por tus merecimientos amor del silencio y reposo, y ocupación en sanctas oraciones y sagrada lición, y en

otros espirituales ejercicios, con sinceridad y sosiego de mi ánima, y que éstos sean mis deleites todo el tiempo que fuere detenido en la miserable cárcel deste cuerpo.

Dios te salve, María suave, que siendo virgen fuiste desposada con el sancto virgen Josef por divino consejo. No me consientas, oh consoladora mía, no me consientas apartar de ti, mas mírame siempre con benignos ojos. Porque como no puede vivir para siempre aquél á quien tú mirares con ofendidos ojos, así no podrá perecer para siempre aquél á quien mirares con ojos benignos. Recibe, Señora mía, al ánima que te busca, endereza al que te ama, y conserva al que confía en ti. Sey comigo siempre piadosa, para que por ti halle gracia en los ojos del Señor que te escogió.

Dios te salve, María suave, á quien estando en altísima contemplación el ángel Gabriel saludó húmilmente dentro de tu secreto retraimiento, y ahí te dió parte de los misterios del consejo divino. ¡Oh si toda mi alegría fuese saludarte muy á menudo, y presentarte muy devotos servicios! ¡Oh si ninguna cosa en mí hubiese, que ofendiese tu vista más pura que de ángeles!

Dios te salve, María suave, que en tus castísimas entrañas concebiste al Hijo de Dios. ¡Oh la más dichosa de las mujeres! dime: ¿qué sentiste en aquella hora en lo secreto de tu corazón, con cuánta dulzura tu bienaventurada ánima se derritió, cuando aquella vena de aguas vivas y principio de toda dulcedumbre entró en tu sanctísimo tálamo, y se vestió de tu purísima carne? Alabo y glorifico, virgen gloriosa, y húmilmente reverencio tu sacratísimo vientre: y tú ten por bien de guardar y acrescentar siempre en mi ánima el don de la pureza y castidad.

Dios te salve, María suave, que llevando al Rey de la gloria encerrado en tu vientre, subiste á las montes de Judea, y visitaste y serviste á Elisabet tu parienta. Visita, Señora, mi ánima, y haz que en todos los días de mi vida fidelísimamente te sirva, y con afición castísima te ame.

Dios te salve, María suave, que con tu sanctísimo esposo Josef doncella delicada y preñada te partiste para Betlén á pagar el censo común que todos pagaban. Dame gracia para sufrir pacientemente las miserias deste destierro, y para anhelar siempre á la celestial Betlén, donde está el pan de vida Cristo Jesú nuestra salud.

Dios te salve, María suave, que cansada del camino cuando llegaste á la ciudad, no hallaste posada, y escogiste un establo donde morases y parieses al Rey de la gloria. Gobierna, Señora, todas las aficiones de mi ánima, para que ninguna cosa viciosamente ame, y ninguna me prenda, sino que como peregrino y extranjero en este mundo sospire con todos mis deseos por las eternas moradas, y en solo Dios ponga mi descanso.

Dios te salve, María suave, que sin dolor y sin detrimento de tu purísima virginidad pariste al Salvador del mundo y alegría del cielo. Tú eres virgen y juntamente madre, tú templo del verdadero Salomón, tú arca y sanctuario de Dios, tú la puerta cerrada que vió Ezequiel, tú el huerto cercado y fuente sellada del Esposo celestial. Hinche, Señora, mi corazón y todos mis sentidos de tu gracia, para que renovado con este socorro viva vida agradable á tu Hijo y á ti.

Dios te salve, María suave, que envolviste á Jesú, fructo de tu castísimo vientre, en pobres pañales y le reclinaste en un pesebre. ¡Oh si tu amor tanto ocupase mi espíritu, y tu pureza de vida tanto hermosease mi ánima, que viniese á ser como un niño recién nacido, para que en cualesquier tribulaciones meresciese ser de ti ayudado y recreado con tus beneficios!

Dios te salve, María suave, que al niño Jesú diste á mamar leche de tus virginales pechos, y teniéndole dulcemente en tus brazos, húmilmente le besaste y adoraste. Dame, Señora, que cuando viniere fatigado de los trabajos y miserias deste mundo, me socorra al seno de tu maternal piedad, y recreado por ti con leche de espiritual consolación, desprecie todas las otras consolaciones deste siglo.

Dios te salve, María suave, que á los cuarenta días presentaste el niño en el templo, y después huiste con él á Egigto, y á los doce años después de perdido le hallaste en el mismo templo con inestimable alegría. Dame gracia para que espiritualmente ande yo contigo todos estos caminos, que por ti sea presentado en el templo vivo, y contigo halle yo el niño perdido.

Dios te salve, María suave, que diligentemente curaste de la niñez y tierna edad del Salvador, y después en su juventud y edad de varón (cuando predicaba) devotamente le seguiste. Dame que despreciadas todas las cosas transitorias, á ti ame, á ti siga, y siempre sospire por tu presencia.

Dios te salve, María suave, que sentiste grave dolor por los crudelísimos dolores y persecuciones de tu amado Hijo, y en las entrañas de tu corazón te compadeciste de su terrible y afrentosa muerte. Dame que al mismo Dios mío siempre alabe por todas las cosas que por mí hizo y padesció, y por Él me compadezca de todos cuantos fueren puestos en trabajos y angustias.

Dios te salve, María suave, cuya ánima bienaventurada traspasó el cuchillo de dolor cuando estuviste bañada de lágrimas al pie de la cruz, mirando con piadosos ojos las heridas y la sangre del hijo que padecía. Dame, Señora, que yo fielmente persevere contigo al pie de la cruz, y con devoto corazón celebre la pasión y muerte de tu unigénito hijo mi Redemptor.

Dios te salve, María suave, á quien Jesús alegró con su triunfal resurrección, y después de su gloriosa ascensión á los cielos llevó consigo y asentó sobre todos los coros de los ángeles en trono real como reina y señora de todo lo criado. Rogámoste pues húmilmente, Señora y madre nuestra, quieras tener fiel cuidabo de nosotros, y abogar por nos ante el tribunal de tu muy amado Hijo, para que cuando viniere á juzgar vivos y muertos, seamos por tu intercesión librados de la muerte y colocados á su diestra en compañía de aquéllos que han de reinar en los siglos de los siglos. Amén. Paternoster. Avemaría.

SEGUNDA PARTE DESTE TERCERO LIBRO

EN LA CUAL SE TRATA

DE LA MEDITACIÓN Ó CONSIDERACIÓN

En el principio deste libro tocamos algo de los provechos grandes de la meditación y consideración, declarando cómo ella era causa de la devoción, que es estímulo de todas las otras virtudes y otras cosas semejantes. También dijimos que esta meditación no era fácil á todo género de personas, porque presuponía algún conoscimiento de las cosas espirituales (que es la materia de la meditación) y presuponía también alguna devoción, sin la cual apenas sabe el hombre hablar con Dios. Désta, pues, trataremos agora en la segunda parte deste libro, proponiendo sumariamente algunas meditaciones y consideraciones devotas, en que el hombre se pueda ejercitar. Para lo cual aprovechará muy mucho la lición de libros espirituales (que dan materia copiosa de meditar) y señaladamente la doctrina del Símbolo, que trata de los principales misterios de nuestra fe, cuya consideración es uno de los principales frenos y fundamentos de la vida cristiana.

Mas aquí es de notar que esta consideración á unos es enseñada por el Espíritu Sancto, maestro de los Apóstoles y Profefetas: el cual muchas veces levanta y suspende los corazones de los hombres en la consideración de las cosas celestiales, y los guía y enseña en este camino, como se dice en figura de aquellos misteriosos animales de Ezequiel, que donde los movía el ímpeto del espíritu, allí se movían. Éstos, pues, sin avisos y sin reglas humanas andan prósperamente por este camino, para los cuales no será tan necesaria la doctrina de este libro.

Otros hay que enseña Dios por ministerio de las causas segundas (que son los maestros de su Iglesia) los cuales suplen con doctrina la falta desta gracia, ó por mejor decir, ayudan á la gracia con la doctrina, así como se ayuda con arte la naturaleza.

Pues á éstos conviene declarar la materia desta consideración y el modo que en ella han de tener, para que con más provecho y devoción se ocupen en ella, y para que ni por demasiada flojedad y regalo dejen de aprovechar, ni por demasiada diligencia y trabajo indiscreto pierdan la salud y el fructo de sus trabajos.

La materia pues de la meditación son todas aquellas cosas cuya consideración nos puede mover á algún afecto devoto: como es amor ó temor de Dios, admiración de sus maravillas, agradescimiento de sus beneficios, dolor de nuestras culpas, aborrescimiento del pecado, menosprecio del mundo &c. Y como para esto sirva la materia de toda la Escriptura sagrada y toda la fábrica deste mundo, con todas las obras que hay en él, pero señaladamente sirve la consideración de los beneficios divinos y de todos los pasos y misterios de la vida de Cristo, que es la suma de toda esta filosofía celestial. Estas dos cosas son la principal materia desta consideración, de cuyas alabanzas están llenos los libros de todos los sanctos, y por eso no hay necesidad de gastar agora tiempo en alabar esta materia, pues tan aprobada es y tan recibida y celebrada de todos.

Y así como damos dos refecciones al cuerpo cada día, así será bien que los que más desocupados estuvieren, tengan dos tiempos señalados cada día, en los cuales se puedan ejercitar en la consideración destas dos cosas, con las cuales se pueden también juntar otras que están anejas á ellas. Porque antes de la consideración de los divinos beneficios, puede preceder una devota preparación, con que aparejemos el ánimo para orar: y después della se pueden seguir otras dos, que son: ofrecimiento y petición, de que trataremos en su lugar.

Esto decimos, no para hacer ley general, ni poner edictos públicos, que siempre se hayan de guardar, sino para introducir á los nuevos en este camino, porque después de una vez entrados en él, y admitidos á la recámara del esposo y á la bodega de sus vinos preciosos, la experiencia y la devoción les enseñará mejor lo que han de hacer. Porque por experiencia se sabe que si á un novicio principiante no hacéis más que alabarle en común la oración ó la meditación, sin imponerle en el camino y señalarle en particular la materia y la manera deste ejercicio, que con lo que responderá al fructo de vuestra exhortación, será con tomar unas cuentas y rezar seis ó siete mil Avemarías

muy de corrida, paresciéndole que todo el fruto de la oración está en el número de lo que se reza, ó á bien librar, responderos ha con ponerse á meditar ya esto, ya lo otro, con un corazón vagabundo, sin firmeza ni estabilidad en alguna cierta y piadosa inquisición. Lo cual, aunque sea consideración, no es de las más frutuosas y provechosas de que aquí queremos tratar.

Para lo cual es de saber (como dice Ricardo) que debajo deste nombre de consideración se comprehenden tres cosas: conviene saber, cogitación, meditación y contemplación, las cuales difieren entre sí desta manera, que la cogitación discurre sin trabajo y sin fructo, ó á lo menos con poco trabajo y poco fructo: la meditación insiste en una cosa con trabajo y con fructo: mas la contemplación permanece fija en una misma cosa sin trabajo y con fructo. Por la cual distinción se colige lo poco que aprovecha esta manera de cogitación, que es la que sin tener materia ni intento cierto discurre por diversos pensamientos, dejándose llevar ya de uno ya de otro, sin firmeza, sin estabilidad y sin atención solícita y diligente, estando ya aquí, ya allí, y tratando este negocio tan tibiamente, que fácilmente es llevada de cualesquier otros pensamientos peregrinos.

Por esto, pues, es cosa conveniente que haya á lo menos á los principios materia determinada para este ejercicio, y tiempos también señalados para esto, exemptos y secuestrados de las otras ocupaciones del día y deputados para Dios, así como los tiene la Iglesia para las oraciones públicas y oficios divinos. Aunque ni tampoco esto se pide con tanto rigor, que sea luego pecado hacer lo contrario. Porque fuera de aquellos tiempos y lugares señalados puede el hombre levantar su espíritu á Dios, así con aquellas meditaciones, como con otras que le muevan á devoción: porque como éste sea el fin principal que se pretende, cualquier cosa que sirva para esto no se ha de tener por extraña de este ejercicio. Por donde uno de los más comunes avisos que en esta parte se dan, es que cuando estando el hombre en una consideración, se le ofrece evidentemente más fructo y más miel en otra, que siempre debe preceder ésta á la otra, pues por ella se consigue mejor el fin que se pretende, que es la devoción.

Cómo se haya de enseñar esta doctrina.— §. I.

Y por tanto los confesores y padres espirituales ó maestros que desean enseñar esta manera de filosofía celestial y quieren entroducir en este sancto ejercicio á los deseosos de aprovechar en él, la manera que para esto podrán tener será ésta. Primeramente débenles ir poco á poco leyendo ó platicando esta segunda parte del presente libro (que trata de la materia de la consideración) y especialmente enseñarles la historia de todos los pasos principales de la vida de Cristo, y después los puntos sobre que podrán filosofar en esa misma historia, como adelante se platica. Y para que mejor esto se les quede en la memoria, es muy buen aviso pedirles cada día cuenta de la lición pasada, mandándoles que digan primero la historia del misterio y después los puntos sobre que podrán filosofar en él: porque desta manera se ha visto por experiencia que quedan los hombres en pocos días muy bien enseñados y aprovechados. Y así entroducidos por esta vía, fácilmente podrán ellos por sí advertir y notar algunos puntos y consideraciones sobre los dichos pasos, con que unas veces se muevan á imitación de los ejemplos de Cristo, otras á agradescimiento de sus beneficios, otras á compasión de sus trabajos, otras á amor y devoción de un Señor que tanto los amó, y otras á otros afectos y documentos semejantes.

Enseñada y platicada desta manera la materia de la consideración, proceda luego á enseñar el modo que se debe tener en ella para que se haga con más fructo y devoción, y para dar los avisos que para este camino son necesarios para evitar los engaños del enemigo, los peligros de las tentaciones y las indiscreciones que puede haber en él. De lo cual todo se trata sumariamente en el resto deste tercero libro.

Y después destos rudimentos podrá el piadoso lector nadar ya (como dicen) sin corteza, y extender más libremente la materia de la meditación á todas las Escripturas Sagradas y á todo aquello en que su ánima hallare más gusto y aprovechamiento.

Bien sé que otros añaden á esta materia otras algunas (como nos añadimos las meditaciones de la tarde en el Libro de la Oración) y así se podrían señalar otras muchas (pues la materia deste ejercicio es cuasi infinita) pero yo traté aquí de la materia más conveniente y del modo más fácil que se podía tener para en-

señarse esto á los que de nuevo quisiesen comenzar á filosofar en esta filosofía celestial.

Presupuesto este breve preámbulo, comenzaremos agora á tratar de los dos ejercicios susodichos: conviene saber, de la consideración de los beneficios divinos (que podrá servir para el tiempo de la mañana, porque es ejercicio más vehemente) y de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, que podrá servir para la tarde, porque es de mayor facilidad y menor trabajo, por razón de la variedad y suavidad que hay en el discurso y consideración destos misterios tan gloriosos.

EJERCICIO PRIMERO

EN LA CONSIDERACIÓN DE LOS BENEFICIOS DIVINOS, Y DE CUATRO PARTES QUE PUEDEN ENTREVENIR EN ÉL.

CAPÍTULO I.

TRES cosas señaladamente debe el hombre hacer en la oración. La primera, dar gracias á nuestro Señor por los beneficios recebidos. La segunda, ofrecer á sí y á todas sus cosas, junto con los trabajos y merescimientos de Cristo, en sacrificio por nuestros pecados. La tercera, pedir el socorro y favor divino así para todas sus necesidades espirituales y corporales, como para las de sus prójimos y de todo el mundo.

Entre estas tres partes la primera (que es el hacimiento de gracias) es una cosa muy debida, muy dulce y muy copiosa para meditar. Muy debida, porque ¿qué cosa más debida que dar gracias á nuestro Señor por tantos millares de beneficios como cada día llueve sobre nosotros? Muy dulce, porque cada uno destos beneficios bien considerados es como una saeta, ó como una brasa que nos enciende en el amor de Dios, que es el más dulce pasto que hay para nuestras ánimas. Muy copiosa, porque como estos beneficios sean tantos y tan grandes (especialmente el beneficio de la redempción, que incluye todos los pasos y trabajos de la vida de Cristo, y el de la glorificación, que comprehende todos los gozos de los bienaventurados) hay tanto que rumiar y que considerar en ellos, que si el hombre quisiere (á imitación de los sanctos) estarse la mayor parte de la noche ó del día en oración, nunca le faltara materia, ni cosas en que pensar.

La segunda parte (que es el ofrecimiento) es un linaje de sacrificio vivo que el hombre ofrece á Dios, entregando todas sus cosas y á sí mismo con ellas en sus manos, y resignándose todo en el beneplácito de su divina voluntad, para que Él haga de él y de todas sus cosas lo que fuere servido, y el hombre de ahí

adelante no viva ya para sí, sino para Dios, ni tenga más cuenta con su voluntad y provecho, sino con sola la voluntad y gloria de Dios. Hacer esto, es uno de los principales actos de aquella piedad y religión que debemos á Dios, y es una renovación cuotidiana de nuestra profesión y de la ley en que habemos de vivir, y es un freno con que nos podemos dar una gran sofrenada todas las veces que intentamos hacer nuestra voluntad contra la de Dios, acordándonos de aquel asiento y determinación que con él capitulamos, y de aquella ofrenda que le ofrecimos: contra la cual cometemos un linaje de furto espiritual, volviendo á tomar y enajenar lo que tantas veces le entregamos. Y porque todo esto en fin es poco (porque es nuestro) debemos también ofrecerle junto con esto todos los méritos y trabajos de Cristo, que es la mayor y más agradable ofrenda que le podemos ofrecer.

La tercera parte (que es la petición) es también acto desta misma religión: en la cual podemos ejercitar en su manera las obras de misericordia, rogando á Dios por las necesidades de la Iglesia, y podemos también ejercitar actos de amor de Dios, deteniéndonos en el fin de esta parte en la petición de este amor, pidiéndolo con muy entrañables y encendidos deseos.

Estas son las tres cosas más principales que debemos tratar en la oración. Mas porque el Sabio nos aconseja que aparejemos nuestra ánima antes de la oración, será necesario presuponer antes de estas tres partes la cuarta, que es una humilde y devota preparación para orar. Y así vendrán á ser cuatro partes las de este ejercicio, conviene saber: preparación, hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición, de las cuales trataremos aquí agora por su orden.

DE LA UTILIDAD DESTE EJERCICIO SUSODICHO Y DE LAS PARTES DÉL

CAPÍTULO II.

QUÉ tan grande sea la utilidad deste ejercicio susodicho, cristiano lector, no sé palabras con que te lo pueda explicar. Á lo menos, una cosa te puedo decir de cierto, que muchos años anduve buscando entre las escripturas de muchos libros devotos alguna manera y orden que se pudiese tener en esta sancta ocupación, para que se pudiese enseñar palpablemente á los que de nuevo comienzan á recogerse y tener comunicación y trato con Dios, y apenas hallé cosa que tanto me satisficiese como ésta, por razón de cinco comodidades que en ella hay.

La primera, porque aquí entrevienen expresamente muchos actos de aquellas altísimas virtudes que arriba dijimos: porque aquí entrevienen actos de amor, de temor, de dolor de los pecados, de agradescimiento de los beneficios divinos, de humildad, y reverencia, y obediencia, y religión, y de otras virtudes semejantes que en este ejercicio se platican, como en el proceso claramente se verá.

La segunda, por la orden que estos mismos actos llevan entre si: porque si bien lo miras, hallarás que cada uno déstos parece que demanda luego por su misma orden el que se sigue. Porque primeramente la preparación de suyo está que ha de preceder á todo este ejercicio, y que la más conveniente es la que comienza por la acusación de los pecados y por la humildad y abatimiento de sí mismo, que es como quien hace una profunda reverencia primero que se ponga á hablar con un señor de tanta majestad. Esto hecho, convenientísimo principio es para pedir nuevas mercedes, entrar reconosciendo y dando gracias por las viejas. Á la cual manera de entrada nos convida el Psalmista cuando dice: Comencemos á presentarnos ante la cara de Dios

con hacimiento de gracias, como traslada S. Hierónimo en este paso. Tras esto, parece que luego (como ya dijimos) se sigue aquel afecto que significó el mismo profeta cuando dijo: ¿Qué daré yo al Señor por todo lo que me ha dado? Al cual se responde con el ofrecimiento y resignación que luego se sigue.

Y tras de tal ofrecimiento (como son los trabajos y merescimientos de Cristo) ¿qué se puede mejor seguir, que pedir mercedes por ellos, que es la cuarta parte deste ejercicio?

Y en esta petición ¿en qué podemos mejor parar y reposar que en pedir el amor de Dios, que es la cosa que Él más huelga de dar, y más nos conviene recibir, la cual es de tal cualidad, que el mismo pedirla y desearla es ya principio de poseerla?

Pues ésta es una de las principales comodidades que tiene este ejercicio, que la una parte demanda á la otra, y el afecto que precede pide luego al que se sigue. Porque la condición de nuestro corazón es ésta, que cuando está tocado del afecto y sentimiento de alguna cosa, no querría soltarla de las manos, y tiene cuasi por tormento salir della para otra, si no es tan consecuente y tan vecina á ella, que salir á ella sea como quedarse en la misma que antes estaba.

La tercera comodidad es, que como sea verdad que todos los que cesan en estos ejercicios, principalmente cesen por falta de materia (que es por agotárseles y acabárseles el hilo de la meditación) aquí no ha lugar este inconveniente: porque en cada cosa déstas hay tanta materia de meditación, que si el hombre quisiere día y noche entender en esto, nunca le faltara materia que meditar. Si no, mira cuánto hay que pensar en la preparación acerca de la grandeza de Dios y de nuestra vileza: cuánto en los beneficios divinos, que son más que las arenas de la mar: cuánto en el ofrecimiento, especialmente de los trabajos y méritos de Cristo, que abrazan todos los pasos y misterios de su vida sanctísima: cuánto en la materia de la petición, que comprehende todos los vicios y virtudes, y todas las necesidades y miserias de nuestra vida, para las cuales pedimos aquí remedio: cuánto en el ejercicio del amor divino, donde tantas razones y consideraciones hay para despertarlo, y tantas maneras para desearlo y pedirlo. Verdaderamente cada una destas partes por sí sola basta para dar materia de meditación, á veces todo el tiempo del ejercicio: y aun así conviene hacerse, cuando el Espíritu Sancto

nos abriere más la puerta del sentimiento en una cosa que en otra, aunque se gaste en ella toda la hora.

La cuarta y muy principal comodidad es, que todo el ejercicio (si bien se mira) de tal manera va ordenado, que aunque vamos por todo él meditando, siempre podemos ir hablando con Dios: que es una de las cosas que más ayudan á tener el espíritu atento y levantado á lo alto. Porque la meditación (cuando de otra manera por sí sola discurre considerando diversas cosas con que despierte el afecto de la devoción) suele ser por parte de nuestra flaqueza natural muy instable, porque tiene mil salideros y prendederos, por donde unas veces desaparece, otras se prende en cosas que ya salen de la materia de meditación fructuosa, y á veces en lugar de meditar se pone el hombre á estudiar y especular, no tanto para encender la voluntad, cuanto por enseñar el entendimiento, que es cosa muy diferente del fin que aquí se pretende. Mas cuando de tal manera se ordena esto, que siempre vamos hablando y platicando con Dios, entonces va el espíritu con mayor devoción y elevación y con mayor acatamiento y reverencia de la divina majestad con quien va hablando, y así no va tan flojo, ni tan tibio, ni tan instable, no se derrama tanto por diversas cosas, como acaesce en la meditación. Por donde es mucho más provechosa esta manera de proceder, que la otra, por esta razón.

Lo quinto, tiene también otra cosa este ejercicio, que no menos conviene á perfectos que á principiantes: porque todas estas cosas generalmente son proporcionadas á todos, sino que á los principiantes conviene parar más en la preparación, que trata de la propria confusión y dolor de los pecados, y menos en la postrera, que trata del amor divino: mas á los que están ya de algunos días más ejercitados, conviene más el ejercicio de la postrera, que trata del amor divino, que es materia más conveniente para los tales: aunque ni el ejercicio de los penitentes ha de carecer de amor (pues el verdadero dolor nasce del amor) ni el de los más aprovechados ha de carecer de dolor, pues todos ofendemos cada día en muchas cosas, las cuales con amoroso dolor deben ser purgadas y lloradas.

Una sola cosa conviene aquí avisar, y es, que entre estas cinco partes susodichas, la más provechosa es el ejercicio en el amor divino, que se pone al cabo. Y por esto debemos mirar que de tal

manera partamos el tiempo con las otras, que siempre quede algo para ésta: porque así como la caridad es fin de todas las virtudes, así el ejercicio della es el fin de todos los otros ejercicios, y por esto, tratar de los otros y no déste, sería usar de los medios y no conseguir el fin. Presupuesto, pues, este pequeño preámbulo, comencemos á tratar de cada parte de éstas por su orden.

PREPARACIÓN Y PRINCIPIO DEL EJERCICIO

CAPÍTULO III.

PRIMERAMENTE, antes que comencemos á hablar con nuestro Señor, será muy bien aparejar el corazón para este negocio de tanta dignidad: para lo cual debemos hacer las tres cosas siguientes.

La primera (porque no pensemos que hablamos al aire, y que está muy lejos de nosotros el que nos ha de oir) pongamos ante los ojos la presencia de Dios, que hinche cielos y tierra, y está en todo lugar presente, no sólo por potencia y presencia, sino también por verdadera y real esencia. Porque dondequiera que hay algo que tenga ser, ahí está Él como causa y fuente del ser, dándolo á todas las criaturas: porque la causa y el efecto de necesidad han de estar juntos y tocarse uno á otro. Y por esto en todo lugar es necesario que esté Dios presente, y así lo contemplaba el profeta Elías cuando decía: Vive el Señor Dios de los ejércitos, en cuya presencia estoy.

Pues así has de presuponer que está Dios presente á tu oración tan entero y tan grande como está en el cielo, y pensar que no hablas á las paredes, sino á Dios que realmente está delante de ti, oyendo tus palabras, y mirando tu devoción y tus lágrimas, y delectándose y manteniéndose de ellas: porque aunque universalmente asista Él á todas las criaturas, mas particularmente asiste á los que oran, como expresamente nos lo denunció un profeta diciendo: No hay nación en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cercanos á sí, como nuestro Señor Dios asiste á todas nuestras oraciones. Pues ¿qué más bien quieres tú que saber tan de cierto (aunque no lo veas con ojos de carne) que te ve y te oye desta manera Aquél que tan piadoso y poderoso es para remediar tu vida?

La segunda cosa que debes hacer (después que así te veas en su presencia) es una profundísima reverencia de todo corazón. Y llamo aquí reverencia, un reconoscimiento de la majestad

de Aquél á quien vas á hablar, y de la bajeza de ti que le vas á hablar, como lo reconoscía aquel sancto patriarca que decía: Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza. Para esto debes levantar un poco los ojos de la consideración á pensar la grandeza, la majestad, la infinidad, la inmensidad, la omnipotencia, la sabiduría, la bondad, la hermosura y las otras perfecciones deste soberano Señor, las cuales son tan grandes y sobrepujan tanto el entendimiento así humano como angélico (que como dice un religioso doctor) si todo el universo mundo estuviese lleno de libros, y todas las criaturas dél fuesen escritores, y toda el agua de la mar fuese tinta, antes se acabarían todos los libros, y se agotaría la mar, y se cansarían los escritores, que pudiesen cumplidamente explicar una sola de sus perfecciones. Y añade más, diciendo que si de todos los corazones de los hombres se hiciese un solo corazón que tuviese la virtud y capacidad de todos, y éste llegase á sentir algo de cualquiera destas perfecciones como ella es en sí, no sería posible que á la hora no reventase, si por especial milagro de Dios no fuese para ello confortado. Finalmente, es tan grande la majestad y inmensidad deste Señor, que toda esta tan gran máquina del mundo con todo cuanto hay en ella, apenas es una pequeñita hormiga delante de él. Pues si todo el universo mundo no es más que esto en su presencia, tú que tan pequeña parte eres del mundo ¿qué parecerás delante dél? Pues este provecho (entre otros) te traerá esta consideración, que más claramente verás por ella lo que eres. Porque muchas veces en levantando los ojos á aquella beatísima luz, la primera cosa que verás será tu nada, y así verás cómo todas las cosas de suyo son nada, y cómo él les da todo el ser y hermosura que tienen, y cómo en él, y dél, y por él son y se conservan todas ellas.

Esta consideración basta para que el hombre se humille hasta el polvo de la tierra, y encoja sus alas, y se suma en los abismos en presencia de tan grande majestad. Y esta misma consideración bastará para hacerle estar con temor y temblor delante de este Señor: y cuanto su corazón estuviere más tomado deste temor, tanto menos se descuidará ni derramará en otros pensamientos peregrinos: porque el freno del temor no le consentirá desmandarse ni descuidarse en presencia de tan grande majestad.

Hecha esta reverencia, la tercera cosa que debe hacer es, que (porque el justo al principio es acusador de sí mismo) comience

luego á acusarse de todos sus pecados, trayendo á la memoria de la manera que vivió antes que el Señor le abriese los ojos, y de la que vive agora en el tiempo presente. Porque en aquel tiempo hallará haberse derramado por todos los vicios del mundo, y dejádose llevar (como una bestia bruta) de todos sus apetitos y pasiones, viviendo como un gentil que ningún conoscimiento tiene de Dios. Mas agora de presente considere cuán mal responde á las inspiraciones divinas, cuán mal se aprovecha de las oportunidades y aparejos que el Señor le dió para bien vivir, cuán fácilmente quebranta sus buenos propósitos por cualquier ocasión que se le ofrece, cuán amigo es de sí mismo y de su propria voluntad, cuán poco ha mortificado sus pasiones, cuán poco ha aprovechado en las virtudes, cuán subjecto está todavía á la vanagloria, y á la ira, y á la envidia, y á la gula, y á la liviandad de corazón, y á las risas demasiadas, y á las palabras vanas. Cuán poco amor y temor tiene para con Dios, cuán poca piedad para con los prójimos y cuán poco rigor para consigo: finalmente cuán poca guarda tiene en su corazón, en sus ojos, en sus oídos y en su lengua, y así en todo lo demás.

Considerando, pues, todas estas miserias y culpas, arrójese á los pies del Señor, y mirando la insuficiencia que de su parte tiene para presentarse delante dél, entre por aquellas rosadas y amorosas llagas de su sacratísimo cuerpo, para que con la eficacia de ellas y con aquella ardentísima sangre que de ellas mana, sean lavadas sus manchas y quede su espíritu limpio y hábil para parescer delante dél, arrojando todas sus miserias y imperfecciones y todo lo que hay en él (que desagrade á sus limpísimos ojos y le hace desemejante á él) en estas sacratísimas fuentes y en el abismo de su infinita bondad, para que allí sean consumidas y abrasadas, y él con ellas: porque su ánima sea purificada y limpia, y no haya en ella cosa que ponga impedimento á los rayos de su beatísima luz.

Desta manera, pues, se arrepienta de sus pecados y diga su culpa de ellos, y propuesta la enmienda de ellos, pida perdón al Señor, para que con estos actos de penitencia haga propicio al juez con quien ha de negociar sus negocios. Para lo cual podrá decir con toda devoción la confesión general, ó el Psalmo de *Miserere mei Deus*, ó otra cosa semejante, para despertar con estas sanc-

tas palabras la tibieza que el corazón suele tener al principio de la oración.

Y no sólo pida al Señor perdón de los pecados, sino también ayuda para que aquel poco de tiempo que quiere llegarse á hablar con él, esté allí con aquel temor y reverencia que se debe á tan alta majestad, y con aquella atención y humildad que se requiere para recebir el Espíritu Sancto y la gracia de la devoción que en aquel ejercicio se reparte á todos los que religiosamente perseveran en él. Esto basta para la preparación, en la cual puede el hombre extender las velas todo cuanto quisiere en el conoscimiento de sí mismo y de sus proprias miserias, según que adelante se declara.

También ayudará mucho para esta misma preparación (cuando el ánimo estuviere muy derramado) recojerlo con la lición de algún libro devoto, ó con algunas oraciones vocales, porque éstas devotamente dichas suelen ayudar mucho á recojer el corazón derramado.

HACIMIENTO DE GRACIAS

CAPÍTULO IV.

DESPUÉS de la preparación podemos luego comenzar á dar gracias á nuestro Señor por los beneficios recebidos, que es una de las principales partes deste ejercicio, como ya dijimos.

Y como sean innumerables los beneficios divinos, reducirémoslos aquí á diez maneras de beneficios, de los cuales podemos hacer un psalterio de diez cuerdas, en el cual con el profeta David cantemos y alabemos á Dios. Entre estos beneficios el primero es de la creación, el segundo de la conservación, el tercero de la redempcion, el cuarto del bautismo, el quinto del llamamiento, el sexto de las inspiraciones divinas, el séptimo de las preservaciones de males, el octavo de los Sacramentos, el noveno de los beneficios particulares, el décimo de la bienaventuranza de la gloria que nos está prometida. En cada uno destos beneficios había mucho que encarescer y que decir: mas yo no haré por agora más que correr sumariamente por todos ellos para que se entienda la importancia del beneficio y el agradescimiento que se debe por él.

§. I.

Pues entre estos beneficios el primero y el fundamento de todos es habernos Dios criado y hecho á su imagen y semejanza. De manera que hoy ha tantos años que (cuanto á la principal parte de ti, que es el ánima) eras nada: y fuiste ab eterno nada (que es menos que una hormiga, menos que una piedra, finalmente nada) y así pudieras ser eternalmente nada: y tan honrado se quedara el mundo que fueras tú en él como que dejaras de ser: y plugo á aquella divina bondad ante todo merescimiento tuyo, por sola misericordia y nobleza suya, sacarte de aquel abismo y de aquellas profundísimas tinieblas en que ab eterno morabas,

y darte ser, y hacerte algo, y no cualquier algo, esto es, no piedra, ni ave, ni serpiente, sino hombre, que es una de las más nobles criaturas del mundo. En el cual beneficio nos dió este cuerpo con todos sus miembros y sentidos (de los cuales cuánto valga cada uno, la falta dél lo muestra cuando la hay) y esta ánima racional con todas sus potencias, hecha á su imagen y semejanza, conviene saber: inmortal, incorruptible, intelectual y capaz del mismo Dios y de su misma hienaventuranza. Por donde verás que si tanto debes á los padres, porque fueron instrumentos de Dios para formar tu cuerpo, ¿cuánto más deberás al que con ellos formó tu cuerpo, y sin ellos crió tu alma, sin la cual el cuerpo no fuera más que una bestia muerta, ó un pedazo de carne podrida.

§. II.

El segundo beneficio es de la conservación: porque no sólo te sacó de no ser á ser mediante el beneficio de la creación, sino también te conserva en ese ser que te dió: de tal manera, que si un solo punto desviase sus ojos de ti, luego desfallecerías y te volverías en aquella misma nada de que fuiste criado. De suerte que así como el sol produce de sí los rayos de la luz en este aire, y el mismo que los produce los conserva en el ser que les dió, así también lo hace este mismo Señor con nosotros, sacándonos de no ser á ser, y después conservándonos en ese mismo ser: de manera que lo que una vez nos dió, siempre nos lo está dando y conservando, que es como si de nuevo siempre nos estuviese criando.

Para esto crió todas cuantas cosas hay en el mundo, pues todas vemos que sirven á la conservación del hombre, cada cual en su manera. Porque unas son para mantenerle, otras para vestirle, otras para curarle, otras para recrearle, otras para enseñarle, y otras para castigarle: porque de todo es razón que haya en la casa del buen padre: y es cosa muy para considerar, ver la largueza y abundancia con que este Señor nos proveyó de todo esto. ¡Qué de manjares crió para sustentarnos! ¡Qué de paños para vestirnos! ¡Qué de yerbas para curarnos! Y sobre todo, ¡que de diferencias de cosas para recrearnos! Porque unas sirven para recreación de la vista (que son todas las flores y colores) otras

para los oídos (que son todas las músicas y cantos de aves) otras para las narices (que son todos los olores y especies aromáticas) otras para el gusto (que son cuasi infinitas maneras de frutas, de pesces, y aves, y animales) porque todas estas cosas son más para el hombre que para sí mismas, pues más goza el hombre del servicio y usofructo dellas, que ellas mismas. Mira, pues, cuán largamente, y cuán regaladamente se hubo Dios contigo en esta parte, y cuántas maneras de beneficios te hizo en este beneficio. Porque en él se comprehenden todas las criaturas del mundo, que fueron criadas para tu servicio, pues Dios para el suyo no tenía de ellas necesidad. Y no sólo las de la tierra, sino también las del cielo (como son el sol y luna, estrellas y planetas) y aun las que están sobre los cielos, como son los ángeles que ven su cara, los cuales también diputó para nuestra guarda y compañía.

§. III.

El tercero beneficio es de la redempción: el cual excede todo lo que la lengua mortal puede encarescer y decir. Porque si consideras en él estas cinco cosas, conviene saber, lo que el Señor por este beneficio nos dió, el medio por donde lo dió, el amor con que lo dió, la persona que lo dió, y la persona que lo recibió, cada cosa déstas te pondrá nuevo espanto y admiración, y entenderás que ni la dádiva pudo ser mayor, ni el medio más excelente, ni el amor más subido, ni la persona que lo dió más digna, ni la que lo recibió (quitando aparte los demonios) más indigna.

En cada cosa déstas hay mucho que considerar, y particularmente en la grandeza del amor con que el Señor obró todo esto (que bastara para padescer mil veces más de lo que padesció, si nos fuera necesario) y asimismo, en el medio que escogió para hacer esta obra, que fué tomar sobre sí todos nuestros males, para hacernos gracia de sus bienes. Aquí entran todos los pasos y misterios de su muerte y de su vida sanctísima, los cuales todos son partes deste beneficio, y cada uno de ellos por sí grandísimo beneficio. Aquí entra la humildad de la encarnación, la pobreza del nascimiento, la sangre de la circuncisión, el destierro de Egipto, el ayuno del desierto, los caminos, las vigilias,

los trabajos y persecuciones de la vida, los dolores y afrentas de la muerte (que fueron tantas cuantas nunca jamás se vieron) por las cuales todas y por cada una en particular debemos dar infinitas gracias á este Señor que por tan ásperos caminos nos buscó, y por tan caro precio nos compró, para darnos más claro testimonio de lo mucho que nos amaba, y echar mayor cargo y obligación sobre nuestros hombros, para qne así le amásemos como nos amó.

§. IV.

El cuarto beneficio es del bautismo, por el cual aquel Señor de infinita piedad y misericordia, sin preceder algún merescimiento de nuestra parte, por sola bondad y misericordia suya, tuvo por bien lavarnos con aquella agua que salió de su precioso costado, y desterrar con ella la fealdad de nuestras ánimas, y librarnos de la tiranía de nuestros enemigos (que son pecado, infierno, demonio y muerte) y hacernos templo vivo y morada suya, y darnos allí espíritu de adopción (que es ser recibidos por hijos de Dios) y proveernos de todos los atavíos que para esta dignidad se requerían (que son la gracia y las virtudes infusas y dones del Espíritu Sancto) con las cuales parezcamos hermosos en los ojos de Dios, y cobremos nuevas fuerzas para triunfar del demonio, para que así podamos conseguir el fin para que fuimos criados, que es el reino de los cielos. Pues ¿con qué pagarás al Señor este beneficio?

¿Qué le darás, porque entre tanta muchedumbre de naciones bárbaras, de infieles, de turcos, de moros, de gentiles (que adoran piedras, y palos, y serpientes) quiso el Señor que fueses cristiano, y que te cupiese la suerte en el gremio de la Iglesia, y en la heredad y casa del Señor, y en el Arca del verdadero Noé, para que no perecieses con todo el otro restante del mundo en el diluvio de la infidelidad, donde tantos millones de ánimas cada día perecen? Mira cuántas ánimas crió Dios el día que crió la tuya, de las cuales unas cayeron en Turquía, otras en Guinea, otras en Berbería &c. y así pudiera caer la tuya, y no quiso este Señor que cayese sino en el paraíso y gremio de su Iglesia, que es la casa de los hijos de Dios y de sus predestinados. Pues ¿qué les darás por este beneficio?

§. V.

El quinto beneficio es del llamamiento: y entiendo aquí por llamamiento, si algún tiempo viviste rotamente sin ningún temor de Dios, y agora vives de otra manera, trabajando con todas tus fuerzas por evitar todo pecado mortal. Á esto pongo nombre de llamamiento: porque es grandísima conjectura para creer que eres llamado á la gracia, pues esta mudanza no parece de carne ni sangre, sino de la diestra del muy alto.

Pues si habiendo vivido algún tiempo en aquel estado miserable, te sacó Dios de allí con su piadosa y poderosa mano, y te puso en éste, ¿qué gracias será razón que le des por este beneficio? Porque no entra aquí un solo beneficio, sino otros muchos que andan en compañía de éste. Porque un beneficio fué esperarte tanto tiempo á penitencia, sin cortar el hilo de la mala vida, que por ventura se cortó á otros que quizá por esta causa estarán agora penando en el infierno. Otro fué sufrir tantos pecados, tantos atrevimientos, tantas torpezas, tantas desobediencias y tantas desvergüenzas como en aquel estado te sufrió con tan larga paciencia: otro fué en lugar de castigos enviarte tantos avisos, y maestros, y despertadores, y tantas buenas inspiraciones para despertarte y sacarte de aquel peligro. Otro fué llamarte con tan poderoso llamamiento, que bastase para romper las cadenas con que estabas preso, que eran el deleite del vicio, y el poder del demonio, y la fuerza de la mala costumbre, que es la soga de los tres ramales con que el demonio tiene preso á los suyos: la cual dificultosísimamente se rompe. Otro fué recebirte finalmente como al hijo pródigo en su casa, y perdonarte (si por ventura estás ya perdonado) tantos pecados, y hacerte llano el camino del cielo, y darte otro corazón con el cual te fuese dulce lo que antes era amargo, y te amargase lo que antes era dulce, para que así pudieses perseverar en el bien.

Y sobre todo esto es mucho más de notar haber hecho el Señor esto por pura gracia y misericordia, que es ante todo merecimiento tuyo, porque en aquel estado no se puede hacer cosa alguna que tenga mérito ni precio delante dél. ¿Cuántos millares de ánimas piensas que estarán agora penando en el infierno por no haber usado el Señor con ellas de tan grande beneficio, esto

es, ó porque no las esperó tanto tiempo, ó porque no las sufrió con tanta paciencia, ó porque no las llamó con tan poderoso llamamiento, ó porque no las confirmó con tan abundante gracia? Pues ¿qué heciste tú más que ellas? ¿Qué más mereciste que ellas, para que fueses tanto más dichoso que ellas? Si eres tú uno de los dos que estaban moliendo en una misma atahona, ó dormiendo en una cama (esto es, en el mismo deleite ó en la misma culpa) ¿porqué habías de ser tú más el que tomaron para la gloria, que el que dejaron para la pena, estando ambos en una misma culpa? ¿Porqué habías de ser tú escogido para vaso precioso de la mesa de Dios, y el otro dejado para vaso sucio de que se sirviese el demonio?

Corre por todas las edades pasadas, y acuérdate de los niños y de los mozos que tuviste ó por vecinos, ó por amigos, ó por compañeros de tus disoluciones y de tus vicios, los cuales permanescieron ó acabaron por ventura en aquel mismo estado de donde Dios á ti te sacó, y mira cuán gran misericordia fué que permanesciendo ellos en aquel mismo estado, sacase Dios á ti de tal peligro, habiendo perseverado con ellos en un mismo delicto. Vuélvete, pues, á Dios, y dile: Señor ¿qué vistes en mí? ¿Qué necesidad teníades Vos de mí? ¿Qué servicios os hice yo? ¿De dónde á mí tanto bien que dejando aquéllos en sus tinieblas, enviásedes á mí este rayo de luz? ¿Qué gracia os daré por este beneficio? ¿Con qué palabras os alabaré? Alabeos, Señor, mi lengua, y mi corazón, y todos mis huesos digan: Señor ¿quién es como vos? ¿Quién pudiera hacer esta mudanza sino vos? ¿Quién pudiera librarme de la garganta de aquella antigua serpiente sino vos? ¿Quién me pudiera hacer amargo lo dulce y dulce lo amargo sino vos? Alabad (dice el Profeta) al Señor, porque es bueno y porque su misericordia permanece en todos los siglos. ¿Quién quieres, Profeta, que le alabe? ¿Quién tendrá lengua para saber pronunciar sus alabanzas? Alábenlo (dice él) los que han sido redemidos del Señor, los que Él libró de la mano del enemigo: porque solos ésos tendrán lengua para alabarle, que tienen experiencia de ese tan grande beneficio.

§. VI.

El sexto beneficio es de las inspiraciones y buenos propósitos que el Señor nos envía, con que nos despierta siempre y nos

llama á todo bien. Porque así como el corazón está siempre enviando espíritus y calor á todos los miembros del cuerpo, así el Espíritu Sancto, que (según Sancto Tomás) es como corazón de la Iglesia, siempre está inspirando buenas inspiraciones y propósitos en el ánima donde mora. Pues según esto, todas cuantas buenas obras has hecho, cuantos buenos deseos y propósitos has tenido, cuantas lágrimas has derramado, cuantas consolaciones del Espíritu Sancto has recebido, cuantos pasos buenos has dado, cuantas lumbres y sentimientos de Dios has tenido, cuantos buenos pensamientos has pensado, en cuantos negocios has acertado, todos son beneficios de Dios: porque así como todas cuantas gotas de agua caen en la tierra, vienen de la mar (que es fuente de todas las aguas) así cuantas maneras de bienes suceden á los hombres, todos nascen del pélago de los bienes, que es Dios. Porque sentencia es de muchos teólogos que para hacer una obra meritoria (demás de la gracia habitual del Espíritu Sancto) es menester especial ayuda y tocamiento de Dios, que interiormente nos toque y nos despierte á bien obrar.

De donde, así como cuando un hombre enfermo de modorra está muy cargado de sueño, le ponemos otro al lado que de rato en rato le esté avisando que no se duerma, así habemos de imaginar que está el Espíritu Sancto á nuestro lado ejercitando con nosotros esto mismo: y esto por tantas vías y maneras y tan á la continua, que parece que no tiene otro oficio en que entender sino solo éste. Por donde cada vez si el hombre sintiese que interiormente le mueven acá dentro á que despierte y se acuerde de Dios, ó que ponga las manos en alguna buena obra, luego había de reconoscer la visitación y beneficio de la presencia divina, y hacerle una profunda reverencia en su ánima, y acudir luego á poner por obra lo que se le manda.

§. VII.

El séptimo beneficio es de las preservaciones de males, el cual comprehende todos los males del mundo, de que el Señor por su misericordia nos ha librado. Entre los cuales hay males de naturaleza, y males de fortuna, y males de culpa, que son todas las maneras de pecados que hay en el mundo.

Pues has de tener por cierto que ningún mal hay que tenga

un hombre, que no le pueda tener otro hombre, pues es hombre como él, y hijo de Adán como él, y concebido en pecado como él, y finalmente compañero de la misma naturaleza y de la misma culpa, y así subjecto á la misma miseria que él.

Según esta cuenta, todos cuantos males hay en el mundo, son beneficios tuyos, pues en todos ellos pudieras haber caído, si Dios por su misericordia no te hubiera preservado. Ves uno ciego, otro lisiado, otro tullido, otro loco, otro con los dolores de la gota, otro de la piedra, otro preso tantos años ha, otro cativo, otro condenado á las galeras, otro al cuchillo, con otros millones de males que ves á cada paso y á cada hora por ese mundo: cada vez que esto vieses, habías de hincar las rodillas del corazón á Dios y levantar las manos al cielo diciendo: Señor, esto os debo yo á vos. Sea para siempre bendito vuestro nombre, que yo pudiera ser como éste y como aquél, y si así me viera, quizá perdiera la paciencia, y deseara acabar la vida, y diera todos los tesoros del mundo por no verme así, y besara los pies á quien desto me librara, y ofreciéramele por esclavo perpetuo. Pues beso, Señor mío, vuestros pies y vuestros manos millares de veces, y ofrézcome por vuestro perpetuo esclavo, y doos infinitas gracias, porque por sola vuestra misericordia enderezastes mi vida de tal manera que no me viese en estos males.

§. VIII.

El octavo beneficio es el de los Sacramentos, y señaladamente de la confesión y comunión. Pues ¿cuánto debes al Señor por haberte dejado una fuente abierta en su precioso costado, para que en ella te bañases y lavases todas cuantas veces sintieses tu ánima amancillada con algún pecado? ¿Qué es el sacramento de la confesión, sino un baño limpísimo para lavar nuestras máculas, y una medicina perfectísima para sanar nuestras enfermedades, y un medio eficacísimo para reconciliarnos con Dios á costa de la sangre de Cristo? Dime, si estuvieses sentenciado á una muerte afrentosa, ó á cien azotes por las calles públicas, y un amigo tuyo por pura nobleza y misericordia se pusiese á pasar aquella vergüenza y recebir aquellos azotes por ti, y tú le vieses desta manera ir azotando por las calles con una soga á la garganta, ¿con qué ojos le mirarías? ¿Con qué corazón le agradecerías aquel

tan grande beneficio? Pues ninguna otra cosa pienses que es el sacramento de la confesión sino ésta. Porque tú estabas sentenciado á azotes y á muerte perpetua por tus pecados, y el Hijo de Dios movido de pura lástima y compasión, se atravesó de por medio y se puso á esperar los azotes y sentencia que tú merecías: y en virtud de esta satisfacción manda Dios al sacerdote qne te dé por libre, porque ya se entregó de la deuda que le debías, en las espaldas de su Hijo. Pues ¿con qué corazón, con qué amor, con qué ojos será razón que mires á quien tal hizo por ti? ¿Y qué no será razón que hagas tú por él?

Pues del sacramento de la comunión ¿qué diré? Éste es el sacramento de sacramentos, el misterio de misterios, el beneficio de beneficios y el memorial de todas las maravillas de Dios. Éste es sacramento de gracia, sacramento de amor, sacramento de unidad, sacramento de devoción y de remisión y de todos los bienes. Aquí es el hombre visitado de Dios, aquí es honrado con la presencia divina, aquí es hecho templo vivo de la Sanctísima Trinidad. Aquí se da la gracia en mayor abundancia que en los otros sacramentos, aquí se gusta la divina suavidad en su misma fuente, aquí se enciende el fuego del amor de Dios, aquí se abraza el ánima con su esposo, de donde resultan en ella maravillosos deleites. Éste es el viático con que se ha de andar este camino del cielo, y éste es el pan de trabajadores, con que se esfuerzan los que trabajan y cavan en la viña del Señor. Aquí se renuevan los buenos propósitos, aquí reverdecen los buenos deseos, aquí se acrescienta la devoción, aquí se abren las fuentes de las lágrimas, aquí se refresca la juventud del ánima, y aquí finalmente se mantiene y come de Cristo, que es el mayor bien que en esta vida se puede recebir. Porque no es otra cosa comer á Cristo, sino hacernos participantes de su espíritu, de su gracia y de su justicia, de sus merescimientos y de todas sus virtudes y trabajos. Porque así como el que come hace suyo proprio lo que come, y no como quiera suyo, sino su misma carne y su misma sangre, así comer á Cristo no es otra cosa que aplicar á nosotros y hacer nuestros los bienes de Cristo, para que así seamos mirados del Padre eterno con aquellos ojos que es mirado él, no ya como extraños y peregrinos, sino como partes y miembros de su mismo Hijo. Pues ¿qué mayor gracia, qué mayor misericordia que ésta?

§. IX.

Todos estos beneficios de que hasta aquí habemos tratado, por la mayor parte son comunes á todos los fieles: quedan después déstos los particulares y ocultos que cada uno por su parte habrá recibido, de los cuales así como nadie puede hacer suma, así el que los ha recibido no puede tener de ellos ignorancia. Discurre, pues, por todas aquellas tres maneras de bienes que se hallan en los hombres, que son bienes de naturaleza, de fortuna y de gracia, y mira en lo que te ha aventajado el Señor sobre otros muchos hombres, y reconosce que de todo eso le eres deudor. Mira (cuanto á los bienes de naturaleza) las habilidades naturales que te ha dado, el ingenio, la condición, la discreción natural, los padres, la patria, el linaje, las fuerzas, la salud, la vida, y otras cosas semejantes. Cuanto á los bienes de fortuna, mira la hacienda y el patrimonio que te dió, la honra, el lugar, el oficio, y otras cosas semejantes que no nascen con nosotros, sino nos vinieron después por la providencia de Dios. Cuanto á los bienes de gracia, mira si por ventura has recebido algunos particulares dones del Señor, como son lágrimas, devoción, castidad, caridad y misericordia para con los prójimos, menosprecio de hacienda, de oficios y dignidades, y contentamiento con lo que Dios te dió. Mira si ha mucho tiempo que te preservó de pecado mortal, que es una grande y singular prenda de la divina gracia. Mira los peligros y tentaciones que por su misericordia y providencia has vencido, y otras cosas semejantes.

Mira también con los bienes de gracia los aparejos que el Señor te ha dado para bien vivir, los maestros, los confesores, los predicadores, los compañeros, la doctrina, el oficio y el estado en que te puso. Si eres sacerdote, si bien casado, ó por ventura libre de las cargas del matrimonio, y con esto vives contento y seguro, que es mayor bien que el primero. Y sobre todo mira si eres religioso, mayormente en provincia ó monesterio donde florece la observancia regular: porque si hay cosa en el mundo que tenga imagen y semejanza del cielo, es la congregación observante de la vida religiosa, por razón de la paz y quietud interior y exterior que allí se halla, y de la buena compañía, que es el paraíso de la tierra, y de los aparejos y ayudas grandes para bien vivir, y de los votos esenciales, que hacen de hombre ángel.

Otros beneficios hay más ocultos que éstos, los cuales aun el mismo que los tiene no los conosce. Porque muchas veces infunde el Señor algunos dones y virtudes en el ánima tan secretamente, que el mismo que los recibe no los entiende, como lo significó el Santo Job cuando dijo: Si viniere á mí, no le veré, y si se fuere, también esto ignorará mi ánima. Y hacer él esto así, es doblada misericordia, porque esto es asegurarnos del peligro de la soberbia, para que así esté en nosotros más segura la gracia: que es como quien da el tesoro, y da también la llave para guardar el tesoro.

Y así como hay dones ocultos, así también hay preservaciones de males ocultos, que el mismo hombre preservado no entiende. ¿Qué sabes tú si estando alguna vez para pasar por una calle (donde por ventura se te ofreciera ocasión para alguna culpa semejante á la que David cometió por la ocasión que tuvo) te estorbó Dios ese camino, ó te puso en corazón que fueses por otra parte para excusarte de ese peligro? ¿Cuántas veces habrá hecho el Señor con nosotros aquello que hizo con S. Pedro cuando le dijo: Pedro, Satanás andaba muy solícito para acribaros y aventaros como á trigo, mas yo hice oración por ti porque no desfalleciese tu fe? ¿Cuántas veces, pues, habrá el Señor prevenido con su providencia paternal nuestros peligros, y atajado los pasos al demonio, y enflaquecido las fuerzas de nuestro adversario para que no prevaleciese contra nosotros? Pues por estos beneficios ocultos no menos le debemos gracias que por los manifiestos, sino muchas más. Porque así como por los pecados ocultos le debemos pedir perdón, así por los beneficios ocultos le debemos agradescimiento.

§. X.

El décimo beneficio es de la glorificación que adelante se nos promete por corona, y agora se posee por la esperanza. Aquí puede el hombre espaciarse cuanto quisiere en la consideración deste soberano bien, y aquí puede alargar la vista, y extender los ojos, y considerar la grandeza deste bien que nos está guardado. Sube pues, hermano, con el espíritu á esta noble región, y mira atentamente qué será ver la hermosura de aquella ciudad soberana, aquellos muros y puertas de piedras preciosas, aquellas plazas de

oro purísimo y aquellas arboledas y fuentes de agua viva. ¿Qué será ver aquellos nueve coros de ángeles repartidos en sus hierarquías, tan hermosos, tan gloriosos, tan bien ordenados y tan resplandescientes? ¿Qué será ver aquellas órdenes y sillas de vírgines, de confesores, de mártires, de apóstoles, de patriarcas y de profetas? ¿Qué será ver la sacratísima Virgen señora y abogada nuestra sobre todos los coros de los ángeles ensalzada? ¿Qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo Señor nuestro y hermano nuestro, asentada á la diestra del Padre, abogando por nosotros y haciendo nuestros negocios? ¿Qué será sobre todo esto ver Aquél á quien ver, es verlo todo, gozarlo todo, y poseerlo todo y saberlo todo de una vez? ¿Qué será ver aquella luz inmensa, aquella hermosura infinita, aquel piélago de riquezas, aquel abismo de deleites y aquella fuente de todos los bienes? ¿Qué será oir aquella música, asentarse á aquella mesa, pasear por aquellas plazas y conversar con aquellos ciudadanos tan nobles, tan sanctos, tan hermosos y tan discretos? Pues ¿qué debes al Señor que para tan grande bien te crió, y te redimió, y te ha esperado hasta agora, y te ayuda siempre para alcanzar esta corona?

Aviso de la manera del dar las gracias.

PUES por todos estos beneficios debes dar infinitas gracias á este Señor: y para que con mayor atención puedas hacer esto, es muy buen consejo proceder en este hacimiento de gracias hablando con el mismo Señor, y enderezando las palabras á Él, diciendo así, ó de otra manera semejante.

Gracias te doy, Señor, porque me heciste y criaste á tu imagen y semejanza, dándome este cuerpo con todos sus sentidos, y esta ánima con todas sus potencias para que te conociese y amase &c.

Gracias te doy por el beneficio de la conservación, porque tú mismo que me criaste, me estás siempre conservando en este ser que me diste, y porque para esta misma conservación criaste todas cuantas cosas hay en este mundo, el cielo, la tierra, la mar, el sol, la luna, las estrellas, los árboles, las aves, los pesces, los animales, y finalmente todas las otras cosas que criaste, unas para mantenerme, otras para curarme, otras &c.

Gracias te doy por el beneficio de la redempción, que es por aquella incomprehensible bondad y misericordia de que comigo usaste, y por aquella profundísima humildad y ardentísima caridad con que me amaste y te abajaste á sufrir por mí tantas y tan grandes fatigas. Gracias te doy por todos los pasos y trabajos de tu vida sanctísima y de tu afligida y deshonrada muerte. Gracias te doy por la humildad de la encarnación, por la pobreza del nascimiento, por la sangre de la circuncisión, por el destierro de Egipto, por el ayuno y tentación del desierto, por las vigilias de las oraciones, por el cansancio de los caminos, por el discurso de las predicaciones, por el trabajo de las persecuciones, por las calumnias de tus adversarios y por la pobreza y humildad de toda tu vida sanctísima. Gracias te doy por todas las fatigas y deshonras que por mi causa padeciste en tu afligidísima y deshonradísima muerte. Gracias te doy por la oración del huerto, por el sudor de sangre, por la prisión, por las bofetadas, por las blasfemias, por los azotes, por la corona de espinas, por la vestidura de púrpura, por los escarnios, &c.

Desta manera puede el hombre proceder por todos los otros beneficios susodichos: porque entendida la substancia de cada uno de ellos, fácil cosa será enderezar el hombre las palabras á Dios y darle gracias por ellos. Digo esto, porque (como arriba tocamos) más atento está el corazón, y más levantado el espíritu y más religioso cuando considera estas cosas hablándolas con Dios, que cuando las piensa consigo mismo, ó las habla con su propria ánima. Porque el hablar con aquella soberana majestad es una cosa que levanta y empina el espíritu del hombre, y así no está tan descaído, ni tan flojo, ni tan fácil para ser llevado de cualquier imaginación, porque el temor y reverencia de Aquél con quien está hablando, tiene más atento y más fijo su corazón.

Después de dadas las gracias por esta manera, podrá el hombre (si hallare en sí devoción para eso) convocar todas las criaturas del cielo y de la tierra, para que todas le ayuden á bendecir y alabar á este Señor que tan magníficamente lo ha hecho con él. Y para esto no hay mejor instrumento que aquel divino cántico que cantaron aquellos tres mozos que echó Nabucodonosor en el horno de Babilonia, porque no quisieron adorar su estatua de oro: á los cuales dice la Escriptura que no tocó el fuego, ni entristeció, ni dió alguna molestia. Y entonces todos ellos

tres, experimentada esta tan grande bondad y providencia del Señor para con sus siervos, como con una boca alababan y glorificaban al Señor en medio del horno diciendo:

BENDITO seáis vos, Señor Dios de nuestros padres, y alabado y ensalzado en todos los siglos. Y bendito sea el sancto nombre de vuestra gloria, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendito seáis, Señor, en el sancto templo de vuestra gloria, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendito seáis en el trono de vuestro reino, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendito seáis vos que estáis asentado sobre los querubines, y dende ahí veis los abismos, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendito seáis, Señor, en el firmamento del cielo, y alabado y ensalzado en todos los siglos.

Bendecid todas las obras del Señor al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Angeles del Señor, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Cielos, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Aguas que estáis sobre los cielos, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Todas las virtudes del cielo, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Sol y luna, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Estrellas del cielo, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Lluvias y rocío, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Todos los espíritus del Señor, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Fuego y calor, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Rocíos y heladas, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Invierno y estío, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Hielo y frío, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Nieves y heladas, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Noches y días, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Luz y tinieblas, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Relámpagos y nubes, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

La tierra bendiga al Señor, alábelo y ensálcelo en todos los siglos.

Montes y collados, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Todas las cosas que fructifican sobre la tierra, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Fuentes, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Mares y ríos, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Ballenas y todos los peces del mar, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Aves que voláis por el aire, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Todas las bestias y ganados, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Hijos de los hombres, bendecid al Señor, alabadlo y glorificadlo en todos los siglos.

Bendiga Israel al Señor, alábelo y ensálcelo en todos los siglos.

Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Siervos del Señor, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Espíritus y ánimas de los justos, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Sanctos y humildes de corazón, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

Ananía, Azaría y Misael, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos, porque nos libró del infierno, y de la muerte, y de medio de la llama, y del fuego.

Alabad al Señor, porque es bueno, porque para siempre dura su misericordia.

Todos los religiosos, bendecid á nuestro Dios, loadle y confesad su gloria, porque su misericordia permanece en todos los siglos.

OFRECIMIENTO

DESPUÉS deste hacimiento de gracias, se sigue el ofrecimiento y la resignación. Porque después que el hombre ha reconoscido la grandeza de las mercedes del Señor, luego se levanta en el ánima aquel afecto y deseo que tenía el Profeta cuando decía: ¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Pues á este afecto podemos luego responder con ofrecer al Señor eso que de nuestra parte podemos y tenemos (aunque todo sea suyo) porque así vuelvan las aguas al lugar de do salieron, para que tornen otra vez á correr. Y según esto podremos ofrecer tres cosas.

La primera, todos cuantos bienes con su ayuda hiciéremos, y males padesciéremos, todas nuestras palabras, obras y pensamientos, nuestros placeres y pesares, nuestros trabajos y descansos, nuestro ocio y nuestros negocios, y hasta las mismas obras necesarias para la vida (como son comer, beber y dormir) porque todo esto quiere el Apóstol que le ofrezcamos para gloria suya, para que así las estrellas luzgan con alegría al Señor que las crió. De manera que aunque al tiempo del obrar nos olvidemos de referir actualmente estas obras á Dios, dende agora las demos por ofrecidas y referidas á él.

Lo segundo, ofrezcámosle no sólo nuestras cosas, sino también á nosotros mismos, que es otra ofrenda mayor. Porque una cosa es ofrecer la fruta del árbol, y otra ofrecer el mismo árbol con su fructa para que de ahí adelante fructifique para aquél á quien se da. Ofrézcase, pues, el hombre á sí mismo, despose-

yéndose y desapropriándose de sí, y entregándose por esclavo en las manos de su criador, pues en hecho de verdad fué comprado y rescatado por él.

Pues así como el esclavo (en cuanto esclavo) no tiene licencia para hacer en nada su voluntad, sino la de su señor, así él se ofrezca por tal para nunca más hacer su propria voluntad en alguna cosa grande ni pequeña, buena ni mala, sino sola aquella que entendiere ser conforme á la voluntad de su Señor.

Item, así como el esclavo no trabaja para sí, ni adquiere para sí, sino para su señor, así él de aquí adelante ni trabaje para sí, ni se busque á sí, ni pretenda cosa suya propria, sino sola la honra, gloria y beneplácito de su Señor.

Item, así como del esclavo hace su señor todo lo que quiere, vendiéndolo, empeñándolo, enajenándolo, castigándolo &c. así él también se resigne y ofrezca como esclavo en las manos de su Señor, para que haga dél todo lo que fuere servido en tiempo ó en eternidad. Si quisiere que viva, que muera, que esté rico, que pobre, que sano, que enfermo, que honrado, que deshonrado, en todo y por todo se derribe á sus pies y se resigne en el beneplácito de su sanctísima voluntad. Éste es uno de los grandes sacrificios que podemos ofrecer á nuestro Señor, si lo ofrecemos con todo nuestro corazón y con una profunda y verdadera subjección y humildad.

Mas porque todo esto es poco para lo que Dios merece, ofrezcámosle lo tercero otra ofrenda de inestimable precio y acepción, que es la vida, la muerte, los trabajos y merescimientos de nuestro Salvador: pues ésta es nuestra justicia, nuestro derecho, nuestro mayorazgo, nuestro tesoro, nuestra herencia y todo nuestro bien.

Lleguemos pues (como dice el Apóstol) confiadamente al trono de su gracia, y ofrezcamos al Padre esta tan preciosa ofrenda, recontando todos los trabajos y méritos de su Hijo dende el pesebre hasta la cruz, no como hacienda ajena, sino como derecho y patrimonio nuestro.

De la manera del ofrecer.

§. I.

Yo acordémonos de hacer esto de la manera que antes dijimos, que es enderezando las palabras á nuestro Señor, y diciendo así, ó de otra manera.

Pues ¿qué te daré yo, Señor, por tantos beneficios? ¿Qué te podré ofrecer de mi parte? Tuyo es, Señor, todo lo que hay en nosotros, y lo que de tu mano habemos recibido te ofrecemos. Ofrézcote pues, Señor, primeramente, todas cuantas obras este día y de aquí adelante hiciere, y los trabajos que padesciere, el comer, el beber, el dormir, el hablar, el callar, para que todo ello sea para eterna gloria y alabanza tuya.

Ofrézcote no sólo todas mis cosas, sino á mí también con ellas por perpetuo esclavo tuyo, para que de hoy más no tenga que ver con mi voluntad, sino con la tuya, ni pretenda cosa mía, ni interese mío, ni contentamiento mío, sino sola tu gloria y solo el beneplácito de tu sancta voluntad. Y así como de un esclavo hace el señor todo lo que quiere, así yo postrado á tus pies me pongo en tus sanctísimas manos para que en esta vida y en la otra hagas de mí todo lo que fueres servido. Si quisieres que viva, que muera &c. como arriba.

Y porque todo esto es poco para lo que tú mereces y yo debo, ofrézcote sobre todo la más rica y más preciosa ofrenda que se te puede ofrecer en cielos y tierra, que es la vida, la muerte, la sangre, los trabajos, las virtudes y merescimientos de tu unigénito Hijo, los cuales aunque fueron suyos cuanto á la pasión, son más míos que suyos cuanto al usufructo y satisfación. Ofrézcote, pues, las lágrimas de su nascimiento, la dureza del pesebre, la pobreza del establo, la sangre de la circuncisión, el destierro de Egipto, la humildad de su bautismo, la tentación del desierto, los caminos del Evangelio, los trabajos del día, las vigilias de la noche, las contradiciones del mundo, las calumnias de sus contrarios, los dolores de su sacratísima pasión, los azotes á la columna, la corona de espinas, los vituperios, los clavos, la hiel y vinagre, la lanza, la sepultura y la cruz. Ofrézcote todas aquellas virtudes que resplandescieron en su vida sanctísima, con que tan-

to te honró y agradó, aquel celo de tu honra, aquel tan encendido deseo de tu gloria, aquella obediencia hasta la muerte, aquella lealtad y fidelidad para contigo, aquella caridad tan extendida para con nosotros, aquella humildad tan profunda, aquella paciencia inexpugnable, aquel silencio y mansedumbre entre tantas acusaciones y injurias, aquella desnudez y pobreza tan extremada, con todas las otras virtudes de su pasión y vida sanctísima: porque éstas son las flores más hermosas, y el encienso más suave, y el sacrificio más agradable que se puede ofrecer ante tu acatamiento divino. Y seas tú Dios bendito, que tal derecho nos diste y tal ofrenda nos entregaste, para que de nuestra parte te la pudiésemos ofrecer en olor de suavidad.

PETICION

OFRECIDA esta tan rica ofrenda, seguramente podemos pedir luego mercedes á este Señor. Y primeramente pidamos socorro y ayuda para todas las necesidades corporales y espirituales de nuestros prójimos, que es una de las principales obras de misericordia que les podemos hacer. Pidamos, pues, con gran afecto de caridad y con celo de la honra de nuestro Señor, que todas las gentes y naciones del mundo le conoscan, alaben y adoren como á su único y verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del Profeta: Confiésente los pueblos, Señor, confiésente los pueblos.

Roguemos también por todas las cabezas de la Iglesia, como son Papa, Cardenales, Obispos, con todos los otros ministros y Perlados inferiores, para que el Señor los rija y alumbre de tal manera, que lleven todos los hombres al conoscimiento y obediencia de su criador. Y asimismo debemos rogar (como lo aconseja S. Pablo) por los reyes y príncipes y por todos aquéllos que están constituídos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada, porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan en conoscimiento de la verdad.

Roguemos también por todos los miembros de su cuerpo místico, por los justos que el Señor los conserve, y por los pecados que los convierta, y por los defuntos que los saque mi-

sericordiosamente de tanto trabajo y los lleve al descanso de la vida perdurable.

§. II.

Después de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros: y qué sea lo que le habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará á cada uno, si bien se conosciere. Mas para mayor facilidad desta doctrina podemos pedir las mercedes siguientes.

Primeramente pidamos por los méritos y trabajos deste Señor perdón de todos nuestros pecados y emienda dellos, y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios á que somos más inclinados, descubriendo todas estas llagas á aquel celestial zurujano, para que Él las sane y las cure con la unción de su gracia.

Lo segundo pidamos aquellas altísimas y nobilísimas virtudes en que consiste la suma de toda la perfección, que son fe, esperanza, amor, temor, humildad, paciencia, obediencia, fortaleza para todo trabajo, pobreza de espíritu, menosprecio de mundo, discreción, pureza de intención, con otras semejantes virtudes que están en la cumbre deste espiritual edificio. Porque la fe es la primera raíz de toda la cristiandad: la esperanza es el báculo y remedio contra las tribulaciones desta vida: la caridad es fin de toda la perfección cristiana: el temor de Dios es principio de la verdadera sabiduría: la humildad es el fundamento de todas las virtudes: la paciencia es armadura contra los golpes y encuentros del enemigo: la obediencia es una muy agradable ofrenda, donde el hombre ofrece á sí mismo á Dios en sacrificio: la discreción es los ojos con que el ánima ve y anda todos sus caminos: y la fortaleza, los brazos con que hace todas sus obras: y la pureza de intención, la que refiere y endereza todas nuestras obras á Dios.

Lo tercero pidamos luego las otras virtudes que demás de ser ellas de suyo muy principales, sirven para la guarda de estas mayores: como son la templanza en comer y beber, la moderación de la lengua, la guarda de los sentidos, la mesura y composición del hombre exterior, la suavidad y buen ejemplo para con los prójimos, el rigor y aspereza para consigo, con otras virtudes semejantes.

Después desto, acabe con la petición del amor de Dios, y en ésta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta petición con entrañables afectos y deseos (pues en ella consiste todo nuestro bien) y podrá decir así.

Petición especial del amor de Nuestro Señor.

§. III.

SOBRE todas estas virtudes, dame, Señor, gracia para que te ame yo con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas y con todas mis entrañas, así como tú lo mandas. ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! ¡Oh el más amado de los amados! ¡Oh esposo florido, esposo suave, esposo melifluo! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh vida de mi ánima y descanso alegre de mi espíritu! ¡Oh hermoso y claro día de la eternidad, y serena luz de mis entrañas, y paraíso florido de mi ánima! ¡Oh amable principio mío y suma suficiencia mía!

Apareja, Dios mío, apareja, Señor, una agradable morada para ti en mí, para que según la promesa de tu sancta palabra vengas á mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrada á tus ojos, y hazme hombre según tu corazón. Hiere, Señor, lo más íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor, y embriágala con el vino de tu perfecta caridad. Oh, ¿cuándo será esto? ¿Cuándo te agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay contrario á ti en mí? ¿Cuándo seré del todo tuyo? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de ti vivirá en mí? ¿Cuando ardentísimamente te amaré? ¿Cuándo me abrasará todo la llama de tu amor? ¿Cuándo estaré todo derretido y traspasado con tu eficacísima suavidad? ¿Cuándo abrirás á este pobre mendigo y le descubrirás el hermosísimo reino tuyo, que está dentro de mí, el cual eres tú con todas tus riquezas? ¿Cuándo me arrebatarás, anegarás, y transportarás, y esconderás en ti donde nunca más parezca? ¿Cuándo, quitados todos los impedimentos y estorbos, me harás un espíritu contigo, para que nunca ya me pueda más apartar de ti?

¡Oh amado, amado, amado de mi ánima! ¡Oh dulzura, dulzura, dulzura de mi corazón! Oyeme, Señor, no por mis merescimientos, sino por tu infinita bondad. Enséñame, alúmbrame, enderézame y ayúdame en todas las cosas, porque ninguna cosa haga ni diga, sino lo que fuere á tus ojos agradable.

Y porque una de las cosas que más te agrada y más hiere tu corazón, es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, esos ojos con que te mire: conviene saber, ojos de paloma sencillos, ojos castos y vergonzosos, ojos humildes y amorosos, ojos devotos y llorosos, ojos atentos y discretos para entender tu voluntad y cumplirla, para que mirándote yo con estos ojos, sea de ti mirado con aquellos ojos con que miraste á S. Pedro, cuando le heciste llorar su pecado: con aquellos ojos con que miraste al hijo pródigo, cuando le saliste á recebir y le diste beso de paz: con aquellos ojos con que miraste al publicano, cuando él no osaba alzar las suyos al cielo: con aquellos ojos con que miraste á la Magdalena, cuando ella lavaba tus pies con las lágrimas de los suyos: con aquellos ojos finalmente con que miraste á la esposa en los Cantares, cuando le dijiste: Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres, los ojos tienes de paloma: para que agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, la acrescientes y le des aquellos arreos de virtudes y gracias con que siempre te parezca hermosa.

Oh altísima, clementísima, benignísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Sancto, un solo Dios verdadero, enséñame, enderézame, ayúdame, Señor, en todo. Oh Padre todopoderoso, por la grandeza de tu infinito poder asienta y confirma mi memoria en ti, y hínchela de sanctos y devotos pensamientos. Oh Fijo, por la eterna sabiduría tuya clarifica mi entendimiento y adórnalo con el conoscimiento de la suma verdad y de mi extremada vileza. Oh Espíritu Sancto, amor del Padre y del Fijo, por tu incomprehensible bondad traspasa en ti toda mi voluntad y enciéndela con un tan grande fuego de amor, que ningunas aguas lo puedan apagar. ¡Oh Trinidad sagrada, único Dios mío y todo mi bien! ¡Oh si pudiese yo alabarte y amarte tan perfectamente como te alaban y aman todos los ángeles y todos los sanctos! ¡Oh si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena gana te lo daría y lo traspasaría en ti, aunque ni éste bastaría á amarte como tú mereces! Tú solo te puedes dignamente amar y dig-

namente alabar, porque tú solo comprehendes tu incomprehensible bondad, y así tú solo la puedes amar cuanto ella merece: de manera que en solo ese tu divino pecho se guarda justicia de amor.

Oh María, María, María, virgen sanctísima, madre de Dios, reina del cielo, señora del mundo, sagrario del Espíritu Sancto, lirio de pureza, rosa de paciencia, paraíso de deleites, espejo de castidad, dechado de inocencia, ruega por este pobre desterrado y peregrino, y parte con él de las sobras de tu abundantísima gracia y caridad. Oh vosotros bienaventurados sanctos y sanctas, y vosotros bienaventurados espíritus que así ardéis en el amor de vuestro criador, y señaladamente vosotros bienaventurados serafines que abrasáis los cielos y la tierra con vuestro amor, no desamparéis este pobre y miserable corazón, sino alimpiadlo como los labrios de Isaías de todos sus pecados, y abrasadlo con la llama de ese vuestro ardentísimo amor, para que á este solo Señor ame, á Él solo busque, en Él solo repose y more en los siglos de los siglos. Amén.

¶ El que quisiere ver más oraciones para este propósito de amor de Dios, búsquelas adelante en el fin del cuarto libro.

Aviso acerca desta postrera parte de la petición.

§. I.

MAS aquí es de notar acerca desta postrera parte de la petición, que una de las principales condiciones con que ha de ir acompañada, es confianza en Dios, según aquello del Salvador que dice: Cualquier cosa que pidiéredes en la oración, creed que la recebiréis, y dárseos ha. Y Santiago dice: el que pide, mire que pida con fe, no dubdando que le darán lo que pide, &c.

Mas por ventura dirás: ¿cómo podrá tener esa confianza quien tiene tan pocos merescimientos? Á esto se responde que esta confianza no estriba en tan flaco fundamento como son los merescimientos del hombre (que son muy pequeños) sino en otros más firmes y más constantes, que son por una parte los merescimientos de Cristo y por otra la bondad y misericordia

de nuestro Señor. En ésta bondad confiaba el Profeta en su oración cuando decía: Señor, no presentamos nuestras oraciones ante tu acatamiento confiando en nuestros merescimientos, sino en tus grandes misericordias. Y qué tan grande sea esta misericordia, conócese por el tamaño de la grandeza divina: porque como dice el Sabio, cual es la grandeza de Dios, tal es la de su misericordia. Porque como es infinitamente grande, así es infinitamente misericordioso, y como tiene infinitas riquezas que repartir, así tiene infinita largueza para repartirlas. Ca de otra manera, grande imperfección y disonancia fuera en aquella divina substancia, si teniendo infinitos bienes que dar, no tuviera infinito ánimo y corazón para darlos.

Y aunque todas las perfeciones divinas sean en él una misma cosa, y así todas sean iguales, no se puede negar sino que en las obras de misericordia es más extremado y más copioso. Porque aunque haya hecho muchas y muy grandes obras para mostrar las otras virtudes y perfecciones suyas, mucho mayores las ha hecho para mostrar su bondad y misericordia. Porque para mostrar la grandeza de su poder y sabiduría, crió el mundo, y para mostrar la grandeza de su rigor y justicia, lo destruyó con las aguas del diluvio: mas para mostrar la grandeza de su bondad y misericordia, murió por él y derramó su sangre por él. Pues ¿cuánto mayor obra es morir Dios que matar los hombres, y padescer Dios por el mundo que criar el mundo? Por donde en aquella maravillosa visión en que Moisén vió la gloria de Dios en el monte, entre las grandes perfecciones y maravillas que allí le fueron descubiertas, ésta sola fué la que gritó y proclamó á grandes voces, diciendo: Misericordioso, piadoso, sufridor, de grande misericordia, que quitas los pecados y maldades de los hombres, y no hay quien delante ti por sí mismo sea inocente. Semejante testimonio es el del profeta Joel, que dice así: Convertíos á vuestro Señor Dios, porque benigno es y misericordioso, sufrido, y de grande misericordia, y pesaroso del mal que os ha de venir.

Por esto canta la Iglesia: Señor Dios, á quien es proprio haber misericordia y perdonar. Y esto dice, no porque no le sean también proprias todas las otras virtudes y perfecciones suyas, sino porque ésta es obra de bondad y misericordia, que es la cosa de que Él más se precia, y de que más quiere ser alabado,

y la que más conviene á la gloria de su majestad. Desta manera le alaba el profeta Miqueas, diciendo: ¿Quien es semejante á ti, Señor, que quitas las maldades y trasladas los pecados de las reliquias de tu heredad? No enviará más su furor sobre ellos, porque es amador de misericordia. Volverse ha, y habrá misericordia de nosotros, y perdonará todas nuestras maldades, y arrojará en el profundo de la mar todos nuestros pecados.

Pues por esto, hermano mío, cuando fueres á pedir á este Señor perdón y misericordia, no te acobardes ni desmayes, pensando que le vas á importunar ó á obligar á que haga cosa contraria á su honra ó á su naturaleza: antes cree que le vas á dar materia de alabanza, y ocasión de hacer una cosa muy honrosa, y muy gloriosa, y muy conforme á quien Él es. Porque así como es natural al sol alumbrar, y al fuego quemar, y á la nieve enfriar, así es natural á aquella infinita bondad usar de misericordia y perdonar. Antes sin ninguna comparación le es esto muy más natural, porque esas propriedades convienen accidentalmente á esas criaturas, mas á Dios esencialmente, pues Él es esencialmente la misma bondad.

§. II.

El segundo fundamento de esta confianza dijimos que eran los merescimientos de Cristo, que es nuestro Salvador, redemptor y abogado, cuya justicia es nuestra, cuya sanctidad es nuestra, cuyos trabajos, y sudores, y vigilias, y lágrimas, y tesoros son nuestros. Porque no es menos nuestra la justicia del segundo Adam que la culpa del primero, ni es menos parte la justicia del uno para salvarnos que la culpa del otro para condenarnos. Pues si el patriarca Jacob alcanzó la bendición que no se le debía, porque iba vestido de las vestiduras del primogénito á quien se debía, mucho más alcanzaremos nosotros la bendición de la gracia que no se nos debe, si fuéremos vestidos de la vestidura de justicia de aquel Unigénito á quien todo se debe. Pues alegando este derecho, y ofreciendo esta satisfación, y presentando estos merescimientos, y abogando el mismo Señor por nosotros, ¿qué temeremos? Dios es el que justifica, ¿quién será parte para condenarnos? ¿Quién osará poner acusaciones contra los escogidos de Dios, defendiéndolos el mismo Dios? Éste es Aquél á

quien todos los Profetas dan testimonio que por Él se da perdón de los pecados, y no hay debajo del cielo otro nombre so cuyo título y amparo podamos ser salvos, sino éste solo. Éste es el templo vivo de Salomón y el altar donde todas las peticiones que se ofrecen á Dios, le son agradables, como Él mismo lo testificó por su profeta, diciendo: Los holocaustos y sacrificios de ellos me serán agradables, ofreciéndolos en mi altar: el cual no es otro por cierto, que la sacratísima humanidad de Cristo. Porque por eso eran tan grandes los celos que Dios tenía sobre que no hobiese más que un solo altar en toda la tierra de Israel, y por consiguiente en todo el mundo, para dar á entender que no había más que un solo sacrificio, y un solo sacerdote, y un solo abogado, por quien todos nuestros sacrificios y oraciones le fuesen agradables, que era Cristo. Pues con tales prendas como éstas, confiadamente y húmilmente nos podemos llegar á pedir mercedes por él.

Y porque mejor entiendas, oh hermano, cuán grande sea este tesoro, para que sepas gloriarte en él, y preciarte dél, y dar gracias á Dios por él, ponerte he un ejemplo delante, que bastará para darte alguna manera de luz y conoscimiento deste tesoro. Pocos días ha que un hombre de bien queriendo pedir mercedes á un príncipe, escribió una petición, en la cual refería por su orden todos los servicios y jornadas que por su mandado había hecho un padre suyo en diversos tiempos y lugares: y después de referidos y amplificados estos méritos uno por uno, pedía con tan grande rigor la satisfación y premio de todos aquellos servicios, como si él mismo por su persona los hubiera hecho. Pues esta misma es la causa que tenemos agora con Dios, y ésta la manera que habemos de tener para negociar con él. Pues en hecho de verdad todos los que están en gracia son hijos adoptivos de Cristo, y él es nuestro padre (como lo llama Isaías) y nuestro segundo Adam (como lo llama S. Pablo) y por consiguiente, nosotros somos sus legítimos sucesores y herederos, y no ab intestato, sino por el testamento que él mismo el jueves de la Cena ordenó y confirmó, no con sangre de cabritos, sino con su misma sangre, la cual dijo que derramaba por nosotros, y así nos hacía herederos de ella. Por eso tenemos derecho para pedir con toda seguridad y confianza el galardón de sus trabajos, pues todo lo que él en este mundo lastó y padesció, y todos los pa-

sos que dió, no los dió para sí, sino para nosotros. Por nosotros encarnó, nasció, trabajó, ayunó, caminó, sudó, padesció, murió &c. Y de todo esto nos dejó por herederos en su testamento porque de nada desto tenía Él necesidad para pagar lo que debía, porque era inocente, ni para alcanzar la gracia y gloria que tenía, porque era Dios.

Pues éstos son, hermano mío, los principales estribos y fundamentos de la esperanza del cristiano (demás de la verdad de la palabra de Dios, con la cual tiene prometido su fiel socorro y amparo á todos los que se acogieren á él y húmilmente esperaren en él, como toda la Escriptura divina testifica) y en éstos señaladamente se ha de fundar la confianza con que habemos de hacer nuestras oraciones al Señor.

SÍGUESE

EL SEGUNDO EJERCICIO ESPIRITUAL

QUE TRATA DE LA CONSIDERACIÓN DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, REPARTIDO EN DOS SEMANAS.

Acabado el primer ejercicio de la consideración de los beneficios divinos, síguese el segundo que trata de los principales pasos de la vida de Cristo, de cuyas alabanzas no es necesario tratar al presente, pues todas las vidas y libros de los sanctos están llenos de ellas. Á lo menos esto es cierto, que así como entre todas las obras de Dios la más alta y más esclarecida fué la sacratísima humanidad de Cristo, así ella es la que más altamente nos levanta al conoscimiento de la divinidad, y la que más nos descubre la grandeza de las perfecciones divinas: conviene saber, la sabiduría, la omnipotencia, la bondad, la misericordia, la justicia, la caridad, la benignidad, y finalmente todas las otras perfecciones divinas. Porque ella es aquella escalera mística que vió el patriarca Jacob en sueños, por la cual los ángeles subían y descendían: porque por aquí suben los hombres al conocimiento de Dios y descienden al de sí mismos.

La orden que en la consideración destos pasos se puede tener, es la que á cada uno mejor armare y más sirviere para su gusto y devoción. Á mí paresció sería cosa muy conveniente para los principiantes repartir la consideración de todos estos sanctos misterios por los días de dos semanas, en la una de las cuales se pusiesen los principales pasos de la vida de nuestro Señor Jesucristo, y en la otra los de su pasión y muerte sanctísima, señalando para cada día dos ó tres pasos principales déstos, aunque ningún inconveniente sería algunas veces estarse en un paso muchos días (si el Señor diese mucho á sentir en él) ó considerar muchos en uno, cuando esto no sucediese.

La manera de tratar cada uno destos misterios es poniendo primero el texto del sancto Evangelio (que es la más alta y más dulce escriptura de cuantas hay en el mundo) y después notando algunos puntos morales y devotos sobre que se pudiese fundar esta consideración: de los cuales unos sirven para la imitación de las virtudes de Cristo, otros para el agradescimiento de sus beneficios, otros para compasión de sus trabajos, otros para devoción y otros también para despertar el amor de este soberano Señor, y otros para otros afectos y virtudes semejantes, según que el Señor nos diere á entender.

Y todos estos puntos puse con la mayor brevedad que me fué posible, lo uno para que más fácilmente se pudiesen tomar en la memoria, y lo otro para que el piadoso ejercitador puesto en el camino pusiese de su casa lo demás, porque siempre esto que sale del proprio pecho (por bajo que sea) es más dulce y provechoso que todo lo que viene de fuera. Y placerá al Señor darnos gracia para sacar presto á luz un libro de estos misterios donde todos estos puntos se traten más extendidamente, y se vea lo mucho que cada uno dellos comprehende.

Y porque la consideración destos misterios sea más acompañada, será bien que antes de la meditación preceda la misma preparación que arriba pusimos, y que después de ella se siga un devoto hacimiento de gracias por el beneficio que en aquel paso se nos representa, y por todos los otros beneficios divinos. Después de lo cual se puede seguir el mismo ofrecimiento y petición que arriba se puso. De manera que en este sancto ejercicio podrán alguna vez entrevenir estas cinco partes, conviene saber, preparación, meditación, hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición. De las cuales partes tratamos en el ejercicio pasado, sino que aquí se pueden praticar con más brevedad, porque así quede más tiempo para la meditación. Esto se dice, no porque sea esto siempre necesario, sino para que tenga el hombre muchas cosas de que echar mano, con que despierte la devoción, y tenga también copiosa materia de meditación, para que por falta désta no venga á dar en seco, y perder el hilo deste sancto ejercicio.

Presupuesto pues este pequeño preámbulo, comencemos á entrar ya en los misterios de la vida deste Señor.

EL LUNES I.

Este día hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba señalamos, pensarás la embajada del Ángel á Nuestra Señora, y en la visitación suya á Sancta Isabel.

El texto de los Evangelistas dice así.

FUÉ enviado el ángel Gabriel por Dios á una ciudad de la provincia de Galilea (que tenía por nombre Nazaret) á una virgen desposada con un varón llamado Josef, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel á ella, díjole: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. La cual oyendo esto, turbóse con estas palabras, y pensaba entre sí qué manera de salutación era ésta. Y respondió el ángel, y díjole: No temas, María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios. Mira que concebirás en tu vientre, y parirás un hijo, y ponerle has nombre Jesús. Éste será grande, y llamarse ha Hijo del muy alto, y darle ha el Señor Dios la silla del rey David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Dijo entonces María al ángel: ¿Cómo se hará esto? Porque no conozco varón. Y respondió el ángel, y díjole: El Espíritu Sancto sobrevendrá en ti, y la virtud del muy alto te cubrirá con su sombra, y por esto lo que de ti naciere, será una cosa sancta, y será llamado Hijo de Dios. Y (para esto) mira que Elisabet tu parienta ha concebido un hijo en su vejez, y aquélla que todos llamaban estéril, está agora en el sexto mes de su preñez: para que veas cómo no hay cosa imposible á Dios. Dijo (entonces) María: He aquí la sierva del Señor, sea hecho en mí según tu palabra.

Y levantándose María, subió á las montañas con grande priesa, y entró en la casa de Zacarías, y saludó á Elisabet. Y fué así, que como oyese Elisabet la salutación de María, gozóse el niño que estaba en su vientre, y fué llena del Espíritu Sancto Elisabet, y exclamó con una grande voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fructo de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tan grande bien que la madre de mi Señor venga á mí? Porque en el punto que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, se gozó

con alegría el niño en mi vientre. Y bienaventurada tú, porque creíste: porque en ti se cumplirán las cosas que de parte del Señor te fueron dichas. Dijo (entonces) María: Engrandesce mi ánima al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi salvador. Porque tuvo Él por bien de mirar á la humildad de su sierva, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque hizo en mí grandes cosas Aquél que es poderoso para hacerlas, cuyo nombre es sancto, y cuya misericordia corre de generación en generación para con aquéllos que le temen. Usó del gran poder de su brazo, y derribó los soberbios de los pensamientos de su corazón. Derrocó los poderosos de sus sillas, y levantó los humildes. Á los hambrientos hinchió de bienes, y á los ricos dejó vacíos. Recibió (benignamente) á Israel su siervo, acordándose de su misericordia. Así como lo prometió á nuestros padres Abraham y á sus hijos en los siglos.

Y estuvo María con Elisabet cuasi tres meses, y volvióse á su casa.

Consideraciones sobre estos pasos del texto, y primero de la Encarnación.

ACERCA deste sancto evangelio puedes primeramente considerar la inefable caridad de Dios, que al tiempo que nosotros dormíamos y menos cuidado teníamos de nuestra salud, y ni con oraciones ni con servicios procurábamos nuestro remedio, se acordó Él de remediarnos: y pudiendo hacer esto por otras muchas maneras, lo quiso hacer por ésta, que á Él le era tan costosa (que fué enviar su unigénito Hijo al mundo) por ser ésta la más conveniente que había para nuestra salud. De la cual caridad dijo el mismo Señor en el Evangelio: En tanta manera amó Dios al mundo, que le dió su unigénito Hijo, para que mediante la fe y amor que tuviésemos con Él, alcanzásemos la vida eterna.

II. Considera luego la excelencia, la manera de vida y las virtudes admirables desta Virgen que Dios escogió por madre: porque tal y tan grande fué su sanctidad, cual era la dignidad para que Dios la escogía, que después de la gracia de la unión del Verbo divino, es la mayor de cuantas se pueden entender. Porque ésta es la condición de Dios, hacer siempre las obras proporcionadas con los fines para que las ordena.

III. Considera los ejercicios en que estaría ocupada al tiempo que el Ángel la saludó. Porque es de creer que estaría á la sazón en su oratorio ó retraimiento, donde tendría sus libros devotos, su psalterio y sus profetas, con los otros libros sagrados, y allí gastaría la mayor parte de la noche en sanctos ejercicios de oraciones, contemplaciones y alabanzas divinas, con grandes arrebatamientos y júbilos de corazón, y con grande abundancia de lágrimas: y á la sazón es de creer que estaría ocupada en alguna altísima contemplación que perteneciese al propósito del presente misterio.

IV. Considera la maravillosa vergüenza y silencio desta Virgen, que apenas habló una palabra necesaria, después de muchas que el Angel le habló.

V. Considera también su grande humildad, pues teniendo tanta razón para temer viendo delante de sí un ángel en tan resplandeciente figura, no se hace mención deste temor, sino del que recibió en oirse alabar y llamar llena de gracia y bendita entre las mujeres: porque para el verdadero humilde ninguna cosa hay más nueva ni más temerosa que oir sus alabanzas: porque éstos son los ladrones y robadores del tesoro de la humilidad.

VI. Considera también el amor inestimable que esta Virgen tenía á la castidad, pues ella fué la primera que en el mundo fizo este nuevo voto sin tener ejemplo que imitar. Y qué tan grande haya sido el amor que tuvo á esta virtud, parece claro, pues ofreciéndole tan grande gloria como es ser madre de Dios, todavía trató de volver por la gloria desta virtud, y todavía (como San Bernardo dice) sintió mucho el pensar que para esto se había de dispensar el voto de su pureza virginal.

VII. Piensa también en la fe desta Señora, de la cual con mucha razón fué alabada de Sancta Isabel, pues creyó tantas maravillas juntas, y tan increíbles á todo humano entendimiento. Pues si tanto alaba el Apóstol la fe de Abraham, porque creyó que una mujer estéril pariría, ¿cuánto fué mayor la fe desta doncella que creyó que una virgen pariría, y que Dios encarnaría, y que todo esto sería por Espíritu Sancto, sin obra de varón? De donde aprenderás, ánima mía, á creer y fiarte de todas las palabras y promesas de Dios, aunque al seso humano parezcan increíbles.

VIII. Considera después de todo este tan dulce diálogo, con

cuánta humildad y obediencia se resignó esta Señora en las manos de Dios, diciendo: He aquí la esclava del Señor &c. para que tú aprendas de aquí á hacer otro tanto en todo lo que el Señor quisiere hacer de ti, así en esta vida como en la otra.

IX. Considera cómo dicha esta palabra se juntó el cielo con la tierra, que es la alteza del Verbo divino con la bajeza de nuestro lodo, y considera qué tan grandes serían las alegrías de aquel pecho virginal con esta sobrevenida del Espíritu Sancto: el cual de tal manera esclareció y adornó aquel tálamo celestial, que mereciese ser dignísima morada y hospedería del Señor de todo lo criado.

X. Considera también la inefable dignidad y gloria que nos vino por este misterio de la Encarnación: porque si tanto se precia y estima la hidalguía y parentesco de nobles, ¿cuánto nos debemos preciar de tener parentesco con Dios, y de que seamos ya una mesma carne y sangre con Él? Y si esta carne mía es ya carne suya, ¿cómo la osaré yo más ensuciar y injuriar con vicios y torpezas, pues esto es injuriar la carne del mismo Dios?

XI. Y si Él se hizo hombre por hacernos dioses, y se juntó con nuestra carne por ajuntarnos con su espíritu, ¿porqué no trabajaremos nosotros por levantarnos del polvo de nuestra bajeza y villanía á participar de tanta gloria? Si Él tanto descendió por juntarse con la bajeza de nuestra carne, ¿porqué no trabajaremos nosotros por juntarnos con la alteza de su espíritu? Y si Él se juntó con nosotros en la mayor unidad que podía ser (que fué unidad personal) ¿porqué no trabajaremos nosotros por juntar nuestro espíritu con el suyo en la mayor unidad que nos sea posible, que es por una continuada unión de entendimiento y voluntad? Indigna cosa es por cierto que hiciese Dios tanto por juntarse con las criaturas, y que las criaturas hagan tanto por apartarse de su criador. La conclusión, pues, deste soberano misterio es que el propósito y fin deste ayuntamiento divino fué querer ayuntarnos consigo: por lo cual no responde á la fe deste misterio ni á la confesión deste beneficio quien no trabaja por ajuntarse con Él en esta manera de unión espiritual.

De la Visitación de Nuestra Señora.

ACERCA de la Visitación de Nuestra Señora considera primeramente cómo esta sagrada virgen María después que se vió en cuerpo y en ánima llena de Dios, se puso luego en camino para ir á visitar y servir á Sancta Elisabet, dándonos en esto ejemplo, que cuanto más llenos y favorescidos nos viéremos con dones de Dios, tanto seamos para con los prójimos más humildes y más caritativos, considerando que la alteza de los dones que recibimos, no la recebimos por nosotros solos, sino también para nuestros prójimos, como la recibió aquél que dijo: Dístele señorío sobre toda carne, para que á todos los que tú le diste, les dé la vida eterna.

II. Aprendan también de aquí los contemplativos á descendir de la alteza de su contemplación á los trabajos de la acción, cuando la necesidad ó la caridad de los hermanos lo pide, pues esta Virgen al tiempo que quisiera ella estar toda suspensa en la admiración y contemplación de tan alto misterio, no por eso dejó de acudir á la obligación de este tan piadoso ejercicio.

III. Aprendan también á no interrumpir el mismo ejercicio de las obras interiores en el ejercicio exterior: pues la Virgen en este camino no por eso desvió los ojos de la consideración y admiración de este soberano misterio que Dios en ella había obrado.

IV. Aprendamos también todos á no hacer las obras de Dios perezosa y negligentemente: pues de la Virgen se dice que con gran apresuramiento iba á entender en esta obra de piedad. Porque por eso se dice que hace Dios á sus ministros como fuego encendido, que es el más ligero y más activo de los elementos: porque tales conviene que sean sus siervos, y con tal manera de fervor y diligencia conviene que entiendan en las obras de su servicio, no acelerando los pasos del cuerpo, sino avivando los deseos del espíritu y mortificando los cuidados del mundo, porque esto es no pararse á saludar á nadie en el camino. Primero la Virgen se detuvo en la contemplación y después se dió priesa en el camino, porque esos solos son diligentes en la acción, que se saben quietar en la contemplación.

V. Considera también de cuánta virtud fué la voz de la salutación desta Virgen (que sería, Dios os alumbre, ó Dios os salve) pues así como llegó á los oídos de la madre, alumbró al hijo y á la madre, y á ambos hinchió del Espíritu Sancto: para que entiendas cuánto te conviene servir á esta Señora y tenerla por abogada, pues tan dulce y tan poderosa es su voz, no sólo en los oídos de los hombres, sino mucho más en los de Dios. Estaba llena del Espíritu Sancto: por esto no me maravillo que tal eficacia tuviesen sus palabras, porque la suelen tener las de aquéllos que están llenos de este Espíritu.

VI. Considera también en el sentimiento maravilloso del niño: para que veas que cuando el Espíritu Sancto quiere obrar, no impide ni la edad, ni la insuficiencia de las cosas, ni el lugar, ni lo demás.

VII. Considera también cuán grande sería la admiración y alegría de aquella sancta mujer con el súbito resplandor de tan grande luz (que es con el nuevo conoscimiento de tan grandes maravillas) pues en aquel instante por una muy alta manera le fué hecha revelación cuasi de todos los misterios y discurso del Evangelio. Porque allí conosció cómo aquella doncella que tenía delante, era madre de Dios, y que había concebido del Espíritu Sancto, y que el Hijo de Dios había encarnado en sus entrañas, y que el Mesías era ya venido, y que el mundo con su venida había de ser reformado, y finalmente allí conosció todo lo que el Ángel con la misma Virgen había tractado. Pues si el estilo del Espíritu Sancto es dar el sentimiento de la voluntad conforme á la lumbre que da al entendimiento, ¿cuáles serían los ardores y sentimientos de su voluntad precediendo tal lumbre en el entendimiento? No hay palabras que basten para explicar esto como es: porque por aquí veas cuán grandes sean los dones y favores de Dios aun en esta vida mortal para con los suyos.

VIII. Entendido por esta vía el corazón de esta sancta mujer, trabaja (si pudieres) por entender el corazón de la Virgen, y las palabras de aquella maravillosa canción que cantó sobre este tan alto misterio. Mira cuán alabada es allí la humildad, cuán detestada la soberbia y cuán encarecida la misericordia, y la fidelidad, y la providencia paternal de Dios para con los suyos. Oh bienaventurada Virgen, ¿qué sentía tu piadoso corazón cuando decías: Engrandece mi ánima á Dios, y mi espíritu se alegró en Dios, y

hizo en mi grandes cosas el todopoderoso? ¿Qué grandezas y qué maravillas eran ésas? No es dado á nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos, y espantarnos, y quedar atónitos con la consideración de ellas. ¡Oh, dichosa suerte la de los justos, pues tan altamente son á veces visitados y consolados de Dios! Verdaderamente con mucha razón dijo el profeta: Voz de alegría y de salud en las moradas de los justos: porque en solos ellos está la verdadera salud y la verdadera alegría, como quiera que de los malos esté escrito: Quebrantamientos y desventura en los caminos dellos, y el camino de la paz nunca supieron atinarlo.

IX. Bendice la sancta Virgen á Dios, y Elisabet cuenta sus maravillas: para que veas el fructo de las pláticas y comunicación de los siervos de Dios, que todo es encenderse y despertarse á sus alabanzas.

EL MARTES I.

Este día hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba pusimos, se ha de pensar la revelación hecha al sancto Josef de la pureza de Nuestra Señora, y el nascimiento del Salvador.

El texto de los Evangelistas dice así:

Como estuviese desposada María madre de Jesú con Josef, primero que se juntasen en uno, fué hallada haber concebido en su vientre del Espíritu Sancto. Y Josef su esposo, como fuese varón justo y no quisiese infamarla, quiso secretamente dejarla. Y estando él en estos pensamientos, he aquí el Ángel del Señor le aparesció en sueños diciendo: José, hijo de David, no temas recebir á tu esposa María, porque lo que en su vientre ha nascido, del Espíritu Sancto es. Y parirá un hijo, y ponerle has por nombre Jesús: porque él hará salvo á su pueblo de sus pecados. Todo esto fué así hecho, para que se cumpliese lo que el Señor había dicho antes por el Profeta: Mirad que una virgen concebirá y parirá un hijo, y llamarle han por nombre Emanuel, que quiere decir, Dios con nosotros. Levantándose pues Josef del sueño, hizo lo que el ángel le había mandado, y recibió á su esposa María.

Y acaesció que en aquellos días se publicó un edicto del emperador César Augusto, en que mandaba que se encabezase todo el mundo. Este primer encabezamiento fué hecho por Cirino presidente de Siria. Iban todos cada uno á su tierra, para esta protestación. Pues conforme á esta ley subió Josef de la provincia de Galilea y de la ciudad de Nazaret á la provincia de Judea y á la ciudad de David, que se llama Betleem, porque era de la casa y familia de David, para protestar allí con María esposa suya que iba preñada. Y acaesció que estando allí, se cumplieron los días de su parto, y parió su hijo primogénito, y envolviólo en pañales, y acostólo en un pesebre, porque no había otro lugar en aquel mesón.

Y había en aquella región unos pastores que á la sazón estaban velando y guardaban las vigilias de la noche sobre su ganado. Y el Ángel del Señor vino á ellos, y la claridad de Dios resplandesció sobre ellos, y temieron con gran temor. Y díjoles el Ángel: No queráis temer: mirad que os denuncio unas nuevas de grande alegría que será para todo el pueblo, que os es nascido hoy un Salvador, que es Cristo nuestro Señor, en la ciudad de David. Y esto os doy por señal, que hallaréis un niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y luego á deshora se juntó con el Ángel una muchedumbre del ejército celestial, que alababan á Dios y decían: Gloria sea á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad.

Y como los ángeles se apartaron dellos y se fueron al cielo, los pastores hablaban entre sí diciendo: Pasemos hasta Betleem, y veamos este misterio que el Señor ha obrado y nos ha revelado. Y vinieron á grande priesa, y hallaron á María, y á Josef, y al niño puesto en el pesebre. Y viéndolo conoscieron lo que les había sido revelado acerca deste niño. Y todos los que lo oyeron, se maravillaron de las cosas que les habían sido dichas por los pastores.

Y María guardaba todos estos misterios conferiéndolos en su corazón. Y volviéronse los pastores alabando y glorificando á Dios por todo lo que habían oído y visto, y según que les fuera revelado.

Materia de consideración sobre estos pasos del texto, y primero sobre la revelación hecha al sancto Josef.

ACERCA de la revelación hecha al sancto Josef de la pureza virginal de Nuestra Señora, considera primeramente la grandeza del trabajo que padescería la Virgen viendo al esposo tan amado con tan grande turbación y aflición como consigo traía: que (para una mujer y tal mujer) es uno de los mayores trabajos que pueden ser: para que por aquí veas cómo á tiempos desampara el Señor á los suyos, y los ejercita y prueba con grandes angustias y tribulaciones.

II. Considera la paciencia, y el silencio, y la confianza con que la Virgen padescería este trabajo, pues ni por eso perdió la paz de su consciencia, ni descubrió el secreto de aquel gran misterio, ni perdió la confianza de que el Señor volvería por su inocencia, sino puesta en continua oración descubría y encomendaba al Señor su causa.

III. Piensa luego en la revelación hecha al sancto varón: para que por aquí entiendas cómo el Señor azota y regala, mortifica y da vida, derriba hasta los infiernos y saca dellos, y cómo finalmente es verdad lo que dice el Apóstol: Sabe muy bien el Señor librar á los justos de la tribulación.

IV. Considera también la grandeza de la misericordia deste santo varón, pues no quiso acusar á la Virgen, aun en caso donde la ley le daba el cuchillo contra ella, sino antes quiso ser cruel para sí que riguroso para con ella, pues escogió antes irse por esos mundos perdido, que poner la lengua ó las manos en ella. Por donde verás cuán familiar es á los justos la virtud de la misericordia, y con cuánta razón dijo el Sabio: El justo tiene lástima aun de las bestias de su casa, mas las entrañas de los malos son crueles.

V. Aquí puedes luego considerar qué tan grande sería el alegría deste varón cuando hallase inocencia en quien tanto deseaba hallarla, y qué tan grande sería el alegría de la Virgen, viendo por una parte el esposo dulcísimo despenado y vueltas sus lágrimas en alegría, y por otra considerando el socorro de la divina providencia, y la fidelidad que el Señor tiene para con

todos aquéllos que fielmente esperan en Él. El hombre cuerdo (dice el Sabio) cree á la ley de Dios, y la ley le será fiel. ¿Qué sería ver allí con cuántas lágrimas el esposo pediría perdón á la esposa de la sospecha pasada, y con qué ojos la miraría de ahí adelante, y con cuánta reverencia y acatamiento la trataría? Y ¿qué sería ver las lágrimas de la Virgen, y las alabanzas con que alabarían á Dios toda aquella noche por ese tan grande beneficio?

Del Nacimiento del Salvador.

PRIMERAMENTE antes de entrar en la consideración de este misterio, mira cómo hace mención el Evangelista del edicto de César Augusto, poniéndolo por causa de este camino: para que veas cómo todas las cosas sirven á la divina providencia, y cómo sin saber los hombres lo que hacen, hacen la voluntad de Dios.

II. Obedesció la Virgen á este edicto, y obedesce también el Hijo de Dios, que iba en sus entrañas: porque por aquí veas cuán obediente se ha hecho por nosotros el Señor de los ángeles, pues comienza á obedescer antes que nazca. Considera también el trabajo que la Virgen pasaría en este camino, pues el tiempo era tan contrario al caminar, y ella era tan delicada, y la despensa y provisión para el camino tan pobre. Camina, pues, tú con el espíritu en esta sancta romería, y sigue estos pasos piadosos, y sirve lo que pudieres á estos sanctos peregrinos, y mira cómo en todo este camino unas veces hablan de Dios, otras van hablando con Dios, unas veces orando, otras dulcemente platicando, y así alternando los ejercicios, vencían el trabajo del caminar.

III. Considera luego cómo venida la sacratísima Virgen á Betleem, y llegada ya aquella dichosa hora del parto virginal, puesta en alguna altísima contemplación (como siempre lo estaba) nos dió aquel fructo de su vientre virginal, y descubrió al mundo este nuevo sol de justicia. Imagina pues al mundo envuelto en unas escurísimas y muy espesas tinieblas, y míralo agora esclarescido con esta suavísima y hermosísima luz. Porque

(como dice la Escriptura) llegóse ya el tiempo en que se descubrió el sol, que hasta entonces estaba cubierto con los nublados. Pues con este nuevo resplandor ¿quién no se alegrará? ¿quién no se calentará? ¿quién no despertará del sueño de sus pecados? Huyan á la presencia de este sol las fieras infernales (que suelen andar de noche) y salga ya el hombre á entender en su obra, la cual no es otra que vivir conforme á razón, porque todo lo que es contra razón, contra natura es: y tal es todo pecado, como dice Sancto Dionisio.

IV. Parió la Virgen al hijo, y parióle sin dolor: para que entiendas que el ánima que á Dios concibe, á Dios pare sin alguna molestia. Solo este parto carece de dolor: todos los otros son dolorosos. Parióle también sin menoscabo de su integridad y pureza virginal, porque no era razón que quitase la integridad y pureza que halló en la madre, el que venía á hacernos enteros y puros á todos.

V. Considera luego cuál haya sido la causa de una tan grande maravilla y novedad como fué vestirse Dios de carne visible. Porque no fué otra que querer levantarnos por este medio al amor de las cosas invisibles, como lo canta la Iglesia. Por do parece que pues éste fué el fin del nascimiento de Cristo, que el que no ha conseguido este fin (esto es, el que no ha despojado su corazón del amor de las cosas visibles, y levantádolo al de las invisibles) para este tal aun no es nascido Cristo, pues no ha conseguido el fin para que él nasció. Si un médico entrase en un hospital, y curando todos los otros enfermos se dejase uno por curar, bien podíamos decir que para éste no vino el médico, pues éste no gozó del beneficio de su venida. ¡Malaventurado de ti que estás en pecado, pues para ti podemos decir que aun no es nascido Cristo! Pues en esta misma cuenta se deben tener todos los que no se quieren aprovechar del beneficio de Cristo.

VI. Piensa también en la causa de haber tomado este tan grande Dios figura de niño ternecico, que no fué otra que querer desterrar de tu corazón todo temor desordenado, toda pusilanimidad y desconfianza: porque ¿quién temblará de un niño chiquito? ¿Quién desmayará en su presencia? ¿Quién no presumirá de aplacarle (si estuviere ensañado) con pequeños presentes y halagos?

VII. Pon luego los ojos en la sacratísima Virgen, y mira con qué amor y reverencia abrazaría aquel sancto niño. ¡Cómo lo adoraría! ¡Con qué devoción lo arrimaría á sus pechos y le daría de la leche dellos! ¡Cuáles serían las alegrías de su corazón! ¡Cuántas las lágrimas de sus ojos, viéndose madre de tal Hijo, viéndose abrazada con tal tesoro, y viéndose, finalmente, parida sin dolor ni menoscabo de su pureza virginal!

VIII. Mira luego con cuánta devoción y compasión le acostaría en aquel pesebre, porque no tenía otro mejor aposento en aquel establo: donde hallarás maravillosos ejemplos de humildad, pobreza, aspereza y caridad? ¿Qué mayor humildad que nascer Dios en un establo? ¿Qué mayor pobreza que los pañales en que fué envuelto? ¿Qué mayor aspereza que ser en tan tierna edad reclinado en un pesebre? ¿Qué mayor caridad que ponerse á padecer todos estos trabajos por nuestra causa el Señor de todo lo criado? Y mira aquí cómo las cosas más bajas del mundo escogió Dios: luego éstas deben ser las mejores, aunque todo el mundo lo contradiga.

IX. Y el ponerlo la Virgen en este lugar, no responde al amor, sino al misterio. Porque si al amor mirara, ¿qué cosa más dulce para tal madre que tener á tal hijo entre sus pechos?

X. También tienes aquí que mirar (demás de aquellas dos resplandescientes lumbres Madre y Hijo) las lágrimas y alegrías del sancto Josef, los cantares de los ángeles y particularmente la devoción de los pastores. Y si tú quieres que te quepa alguna parte de esta fiesta como á ellos, trabaja por imitar la simplicidad, la humildad, la pobreza y las vigilias dellos, y serás visitado de los ángeles, y cercado de luz como ellos. No seas doblado, ni malicioso, ni ambicioso: conténtate con las riquezas de la simplicidad, vive según naturaleza, y luego este niño amador de simples y de niños te hará participante de sus misterios.

XI. En cabo de todo esto mira cómo la sacratísima Virgen meditaba y confería todos estos misterios en su corazón (como dice el Evangelista) para que veas cuán alto y cuán divino ejercicio sea la consideración de la vida de Cristo, pues aquélla que fué consumadísimo dechado de toda perfección y contemplación, tan á la continua se ejercitaba en él.

EL MIÉRCOLES I.

Este día hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba pusimos, se ha de pensar la Circuncisión del Señor y la adoración de los Reyes.

El texto de los Evangelistas dice así.

DESPUÉS de pasados los ocho días para haberse de circuncidar el niño, fuéle puesto por nombre Jesús: el cual nombre fué pronunciado por el Ángel primero que en el vientre fuese concebido.

Y como hubiese nascido Jesús en Betleem de Judea en tiempo del rey Herodes, he aquí donde vinieron unos sabios de Oriente á Hierusalem, diciendo: ¿Dónde está el que es nascido rey de los judíos? Porque vimos su estrella en Oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, fué turbado, y toda Hierusalem con él. Y ayuntando todos los príncipes y sacerdotes y letrados del pueblo, preguntábales dónde Cristo había de nacer. Ellos le dijieron que en Betleem de Judea, porque así estaba escrito por el Profeta: Tú, Betleem, tierra de Judea, no eres la menor entre las principales tierras de Judea: porque de ti saldrá un duque que rija á mi pueblo Israel. Entonces Herodes llamando secretamente los sabios, supo dellos diligentemente el tiempo en que la estrella les había aparescido. Y euviándolos á Betleem, dijo: Id, y preguntad diligentemente por este niño, y cuando le hobierdes hallado, hacédmelo saber para que yo también vaya á adorarle. Los cuales oído esto, se partieron su camino. Y he aqui la estrella que habían visto en Oriente, iba delante dellos hasta venir á ponerse sobre el lugar donde estaba el niño. Y viendo ellos la estrella gozáronse con un grande gozo muy mucho. Y entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre: y prostrados en tierra le adoraron, y abiertos sus cofres le ofrecieron presentes, oro, encienso y mirra: y siendo avisados en sueños que no volviesen á Herodes, por otro camino volvieron á su región.

Materia de consideración sobre estos pasos del texto, y primero de la Circuncisión.

DESPUÉS de los ocho días &c. Hácese mención del número de los días, para que se vea la obediencia que tuvo este Señor á la ley, y también para que se entienda cuán temprano comenzó á servir al hombre, para que movido el hombre por este ejemplo no dilate su conversión para adelante, sino dende luego comience á servir á Dios.

II. Aquí puedes luego considerar el dolor que padescería aquella delicadísima y ternísima carne con este nuevo martirio: el cual era tan grande (especialmente al tercero día) que algunas veces acaescía morir dél. Por donde verás lo que debes á este Señor, que tan temprano comenzó á padescer tan graves dolores y hacer tan dura penitencia por las demasías y torpezas en que tú caíste. Y mira cómo el primer día de su nascimiento derramó lágrimas, y el octavo sangre: para que veas cómo no se cansa la caridad de Cristo, y cómo le va costando el hombre de cada vez más.

III. Considera también el dolor y lágrimas del sancto Josef, que tan tiernamente amaba este niño (que por ventura fué el ministro desta circuncisión) y mucho más las de su sacratísima madre, que mucho más le amaba, y mira la diligencia que pondría en arrullar y acallar el niño (que como verdadero niño, aunque verdadero Dios, lloraba) y con qué reverencia recogería aquellas sanctas reliquias y aquella preciosa sangre, cuyo valor ella tan bien conoscía.

IV. Mira también cuán tarde comenzó el Hijo de Dios á predicar y cuán temprano á padescer, pues á los treinta años comenzó la predicación y á los ocho días padesció la circuncisión y comenzó á hacer oficio de redemptor. Mira cómo aquel esposo de sangre comienza ya á derramar sangre por su esposa la Iglesia: mira cómo el segundo Adam salido del paraíso de las entrañas virginales comienza ya á saber de bien y de mal, y mira cómo aquel caudaloso mercader y comprador del linaje humano comienza ya á dar señal de la paga advenidera, derramando agora esta poquita de sangre en prendas de la mucha que ade-

lante derramará. Por aquí, pues, verás con qué deseos viene al mundo, pues tan temprano comienza á dar por el hombre este tesoro. Adora pues, oh ánima mia, adora y reverencia esta preciosa gota de sangre, en la cual está todo el precio de tu salud, la cual sola bastara para nuestro remedio, si la superabundante misericordia de Dios no quisiera tan superabundantemente satisfacer por nuestras culpas.

V. Considera también el inestimable ejemplo de humildad que aquí te da el Hijo de Dios tomando por ti imagen de pecador: porque no era otra cosa la circuncisión sino un cauterio dado contra el pecado original, y por consiguiente, así como el hombre que anduviese desorejado ó ensambenitado tendría imagen de ladrón y de hereje, así el circuncidado tiene imagen de pecador. Pues ¿qué mayor humildad que tomar aquella suma inocencia tal figura y semejanza?

VI. Y no sólo tomó aquí imagen de pecador, sino también de esclavo: porque aquella misma señal era como hierro de esclavo y de hombre subjecto á la ley y servidumbre del pecado, y hacíase con cuchillo de piedra para dar á entender la dureza del corazón de aquel pueblo á quien se daba, de quien dijo Dios: Yo conozco muy bien tu rebeldía y tu durísima cerviz. Mira, pues, por qué medios tan costosos se puso este dulcísimo Señor á obrar tu salud. Tomó imagen de pecador para librarte de pecado, tomó hierro de esclavo para darte espíritu de libertad, subjectóse al yugo durísimo de la ley porque tú te subjectases al suavísimo yugo de Dios. Pues ¿con qué pagarás al Señor tal remedio como éste y tal manera de remediarte?

VII. Mira también cómo hoy le ponen por nombre Jesús, que quiere decir Salvador, para que si la señal de pecador te desmayaba, te esfuerce este dulcísimo y eficacísimo nombre de Salvador. Adora pues, oh ánima mía, abraza y besa ese dulcísimo nombre, más dulce que la miel, más suave que el olio, más medicinable que el bálsamo y más poderoso que todos los poderes del mundo. Éste es el nombre que deseaban los Patriarcas, por quien suspiraban los Profetas, á quien repetían y cantaban los Psalmos y todas las generaciones del mundo. Éste es el nombre que adoran los ángeles, que temen los demonios, y de quien huyen todos los poderes contrarios, y con cuya invocación se salvan los pecadores: porque no se ha dado otro nombre debajo de

los cielos á los hombres, por quien hayan de ser salvos, sino solo éste, y en otro ninguno hay salud. ¡Oh nombre dulce, nombre suave, nombre glorioso, quién te trajese siempre escrito con letras de oro en medio del corazón! Oh, pues, hombre flaco y desconfiado, si no bastó la blandura del niño recién nascido para hacerte llegar á él, baste la virtud y eficacia deste nombre, para que no huyas dél. Llégate confiadamente á él, y dile con el devotísimo Anselmo: Oh Jesús, por honra de tu sancto nombre sey para mí Jesús. Porque ¿qué quiere decir Jesús, sino Salvador? Muestra pues, Señor, en mí la eficacia deste sanctísimo nombre y dame por él cumplida y verdadera salud.

Sobre el Evangelio de los Magos.

§. I.

ACERCA de la adoración destos sanctos reyes considera primeramente cómo éstos fueron las primicias de la gentilidad: esto es, los primeros hombres que entre los gentiles recibieron la fe del Evangelio, y abrieron camino para todos los demás. De donde así como Abraham se llama padre de todos los creyentes, así éstos con mucha razón se pueden llamar padres de la Iglesia. Y por esto, así como dijo el Señor á los judíos: Si sois hijos de Abraham, haced obras de Abraham, así puede decir á nosotros que si somos hijos destos sanctos reyes, seamos imitadores suyos.

II. Mas ¿en qué los imitaremos? Primeramente imitémoslos en ir con ellos á buscar este Señor, aunque sea hasta el cabo del mundo. Caminemos con ellos á Betleem y juntémonos en su compañía, que por sus pajes podremos pasar y entrar adonde ellos entraren, para que con ellos veamos esta visión tan grande, como es la majestad de Dios en carne mortal.

III. Imitémoslos en salir para esto de nuestras casas y de nuestra región: esto es, del amor de las criaturas, y de los apetitos y objectos de nuestros sentidos, y de la región del amor propio: porque salidos deste lugar y purificados nuestros corazones de todos estos peregrinos amores, luego hallaremos en ellos el amor de Dios.

IV. Imitémoslos en el trabajo del camino, en la constancia de la fe, en la libertad de la confesión y sobre todo en la obediencia á la estrella que los guíaba, que son las inspiraciones y instinctos del Espíritu Sancto, que nos guía por este camino, de quien dice el profeta: El Espíritu tuyo bueno me guiará, Señor, á la tierra derecha.

V. Imitémoslos también en la virtud de la perseverancia, pues desamparándolos la guía celestial, no por eso desmayaron, ni se volvieron á sus casas, ni desistieron de su demanda, sino prosiguieron constantemente su camino, usando de toda buena industria, cuando les faltó la guía que los llevaba. Pues así nosotros no debemos desmayar ni aflojar en nuestros propósitos, cuando nos desampara el rayo de la devoción, ni el fervor de la suavidad interior, sino trabajar por pasar adelante haciendo lo que es de nuestra parte, teniendo por cierto que la estrella que primero vimos, volverá aparecernos, según aquello del sancto Job que dice: En sus manos esconde la luz, y mándale que torne á nascer &c.

VI. Imitémoslos en la fe, pues entrando en un tan pobre aposento y no viendo ningún aparato ni insignias de rey, no dubdaron ser Aquél señor y rey de todo lo criado, y así postrados por tierra con suma reverencia le adoraron. Así nosotros debemos captivar nuestro entendimiento en servicio de la fe, y fiarnos de todas las palabras y promesas de Dios, y esperar siempre favor y socorro, aunque nos lo nieguen todas las razones y prudencia del mundo.

VII. Imitémoslos finalmente en la ofrenda que ofrecieron, que fué oro, incienso y mirra, que es la más rica y más perfecta ofrenda de cuantas podemos ofrecer. Confieso que tres cosas deseo en todos aquéllos que tienen título ó hábito de siervos de Dios: que son, caridad cordial y entrañable para con los prójimos, rigor y aspereza para consigo y devoción y oración para con Dios. Donde estas tres cosas hay, creo que hay suma religión, y donde estas tres cosas faltan (aunque haya otras muestras y aparencias de virtud) confieso que no me hinchen el corazón. Si no veo esta centella viva de amor entrañable para con los prójimos con un ferviente deseo de su salvación, si no veo diligente estudio de oración y devoción, si no veo rigor y aspereza de vida, para otros podrán ser sanctos, mas para mí no lo son. Pues ésta es, herma-

no, la ofrenda que ofrecieron estos sanctos Reyes, conviene saber, oro de caridad, encienso de devoción y mirra de mortificación, que son las tres principales virtudes que el verdadero siervo de Dios debe tener asentadas en su corazón.

VIII. Imitémoslos finalmente en volver á nuestra región por otro camino, que es, dejando el camino del viejo Adam, que es de la carne y del mundo, y siguiendo el que nos enseña el nuevo, que es el camino del espíritu. De manera que no sólo no nos han de mover los juicios del mundo ni los apetitos de nuestra propria voluntad, sino antes cualquier cosa que desta parte procediere, por muy justificada que parezca, la debemos tener por sospechosa.

IX. Después de todo esto, desviando un poco los ojos destos sanctos Reyes, pongámoslos en la Reina de los ángeles, y consideremos cuál sería en este paso su alegría, su devoción, sus lágrimas y el ardor de su corazón, viendo sobre todos los testimonios pasados este nuevo testimonio de la gloria de su Hijo, viendo cómo ya comenzaba á reinar el conoscimiento de Dios en el mundo, cómo ya comenzaba á fundarse la Iglesia y cumplirse todas las maravillas que estaban profetizadas. Pues la que tanto deseaba la gloria de Dios y la salud de las ánimas, ¿qué tanto se alegraría con los nuevos preludios desta obra? Si tanto se alegró su espíritu con la promesa destas maravillas, ¿cuánto se alegraría con tan prósperos principios y prendas de ellas? Oh bienaventurada Señora, ¿quién podría sentir el gozo que recebistes en ver que era adorado de los reyes como Dios verdadero el Hijo que pocos días antes habíades parido? ¡Oh infancia maravillosa, á la cual sirven las estrellas! ¡Oh cuánto es alta la gloria y grandeza deste niño nuestro redemptor Jesú, á cuyos pañales velan los ángeles, sirven las estrellas, tremen los Reyes y se inclinan en tierra los seguidores de la sabiduría! ¡Oh bienaventurada choza! ¡Oh silla de Dios segunda del cielo, adonde no resplandecen antorchas encendidas, sino estrellas! ¡Oh palacio celestial, donde no mora rey coronado, mas Dios humillado, que tiene por estrado blando y muelle un duro pesebre, y por palacios dorados una choza ahumada, pero adornada y esclarecida con resplandor de la estrella! Espántome cuando por una parte veo los paños, y por otra miro á los cielos: maravíllome cuando veo en un pequeñuelo pesebre al que tiene señorío sobre las mismas estrellas.

Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición &c.

EL JUEVES I.

Este día hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba pusimos, se ha de pensar el misterio de la Purificación de Nuestra Señora y la Presentación del niño Jesús en el templo, con las profecías del sancto Simeón y de Ana.

El texto del evangelista S. Lucas dice así.

Después de cumplidos los días de la purificación de María según la ley de Moisén, llevaron al niño Jesús al templo para presentarlo al Señor, según que estaba escrito en la ley, la cual dice que todo hijo varón que abre el vientre de la madre, ha de ser sanctificado y ofrecido al Señor. Y asimismo para ofrecer la ofrenda que mandaba la ley, que era un par de tórtolas, ó un par de palominos. Y había un hombre en Hierusalem, que tenía por nombre Simeón, el cual era justo y temoroso de Dios, y vivía esperando al consolación de Israel, y el Espíritu Sancto moraba en él. Y había recebido respuesta del Espíritu Sancto que no vería la muerte hasta que viese al ungido del Señor. Y á la sazón movido del Espíritu Sancto vino al templo. Y como trajesen al niño Jesús sus padres para hacer lo que era costumbre según la ley, él lo tomó en sus brazos, y alabó á Dios, y dijo: Agora, Señor, dejas á tu siervo en paz, según la promesa de tu palabra. Porque ya han visto mis ojos tu salud, la cual aparejaste ante la cara de todos los pueblos. Lo cual sea lumbre para que sean alumbradas las gentes, y para gloria de tu pueblo Israel.

Y estaba el padre y la madre de Jesús maravillándose de las cosas que de él se decían. Y bendíjoles Simeón, y dijo á María su madre: Mira que este niño está puesto aquí para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y por una señal á quien ha de contradecir el mundo. Y tu ánima será atravesada con un cuchillo, para que sean descubiertos las pensamientos de muchos.

Y había una mujer profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, del tribu de Aser. Ésta era una mujer de muchos días, y había vi-

vido con su marido siete años dende su virginidad, y era ya viuda hasta las ochenta y cuatro años de su edad, la cual nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche: la cual sobrevino á esta misma hora, y alababa á Dios, y hablaba dél á todos los que esperaban la redempción de Israel. Y después que acabaron todo lo que habían de hacer según la ley de Dios, volviéronse á la provincia de Galilea, á su ciudad de Nazaret. Y el niño crescía y era confortado, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

Materia de consideración sobre estos pasos del texto, y primero de la Purificación.

ACERCA de la Purificación de Nuestra Señora considera primeramente la humildad profundísima desta Virgen, que habiendo quedado de aquel parto virginal más pura que las estrellas del cielo, no se desdeñó de subjectar á las leyes de la purificación y ser tenida por mujer no limpia. Donde verás cuán diferente camino llevan la madre y el hijo, del que llevamos nosotros. Porque nosotros queremos ser pecadores, y no queremos parecerlo: mas Cristo y su madre no quieren ser pecadores, y no se desdeñan de parecerlo. Porque del hijo se dice que después de los ocho días se subjectó al remedio de la circuncisión (que era señal de pecadores) y de la madre, que después de los cuarenta días se subjectó á la ley de la purificación, que era sacrificio de no limpias.

II. Considera también la humildad y caridad del Hijo de Dios, el cual en este mismo día se ofreció por nosotros en el templo, y se entregó por nuestra ofrenda suavísima ante los ojos del Padre, para que tuviésemos este nuevo título y derecho para alegar en todas nuestras peticiones delante dél. En el Evangelio pasado viste cómo las primicias de los judíos y gentiles se ofrecieron á este Señor: mas agora (como en pago desta ofrenda) se ofrece el mismo Señor al Padre por aquéllos mismos que se ofrecieron á él.

III. Y mira que así como con la ofrenda de las primicias se sanctificaban y ofrecían todos los otros fructos, así con la ofrenda de los primogénitos se ofrecían todos los otros hijos. Para que

por aquí entiendas que este día ofreciendo la Virgen en nombre de la Iglesia este primogénito á Dios, todos nosotros fuimos ofrecidos en él, para que de aquí adelante ya no sirvamos más al mundo ni al pecado, sino á solo Él.

IV. Y mira también que aquellos primogénitos eran redemidos, y nosotros no: porque mucho mejor nos está ser suyos que ser nuestros, porque desta manera quedando horros del pecado y hechos siervos de Dios, recibimos en esta vida en premio de nuestros trabajos la sanctificación de nuestras ánimas, y después la vida eterna.

V. Mira también cómo la Virgen acompañó esta ofrenda de tanto precio con otra de tan pequeño valor, como eran aquellas aves que mandaba ofrecer la ley: para que tú de aquí aprendas á ajuntar tus pobres servicios con los servicios de Cristo, para que con el valor y precio de los suyos sean recibidos y preciados los tuyos. La yedra por sí no sube á lo alto, mas arrimada á un árbol, sube cuanto el árbol sube: y no menos sube la bajeza de nuestras obras, si las ayuntamos á este árbol de vida. Junta, pues, tus oraciones con las suyas, tus lágrimas con las suyas, tus ayunos y vigilias con las suyas, y ofrécelas al Señor, para que lo que por sí es de poco precio, por él sea de mucho valor.

VI. Mira también que la ofrenda que se ofrece es de aves, y de aves que tienen el gemido por canto: para que por aquí entiendas que la vida de los sanctos en este destierro no es otra que gemir y volar: y de lo uno se sigue lo otro, porque del vuelo de la consideración se sigue el gemido de la compunción. Porque el que continuamente anda considerando las miserias deste siglo, la ausencia de Dios y la peregrinación deste destierro, ¿cómo puede dejar de vivir en continuo gemido? ¿Cómo puede dejar de decir con el profeta: Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientra le dicen á mi ánima, dónde está tu Dios?

VII. Considera también la grandeza del alegría que aquel sancto Simeón recebió con la vista y presencia deste misterio, la cual excede todo encarescimiento. Porque cuando este varón (que tanto celo tenía de la gloria de Dios y de la salud de las ánimas, y que tanto deseaba ver antes de su partida Aquél en cuya contemplación respiraban los deseos de todos los padres, y en cuya venida estaba la salud y remedio de todos los siglos) cuando le viese delante de sí, y le recibiese en sus brazos, y conociese por

la lumbre del Espíritu Sancto que dentro de aquel corpecico estaba encerrada toda la Majestad de Dios, y viese juntamente en presencia de tal hijo tal madre, ¿qué sentiría su piadoso corazón con la vista de dos tales lumbreras y con el conoscimiento de tan grandes maravillas? ¿Qué diría? ¿Qué sentiría? ¿Qué sería ver las lágrimas de sus ojos, y los colores y alteración de su rostro, y la devoción con que cantaría aquel suavísimo cántico, en que está encerrada la suma de todo el Evangelio? ¡Oh Señor, y cuán dichosos son los que os aman y sirven, y cuán bien empleados sus trabajos, pues aun antes de la paga advenidera tan grandemente son remunerados en esta vida!

VIII. Y mira bien de la manera que van las cosas espirituales encadenadas: porque de la caridad que este sancto varón tenía, procedía el deseo de la salvación de las ánimas, y del deseo la esperanza, y de la esperanza junto con el deseo la oración continua, y ésta es la que alcanzó aquella respuesta del Espíritu Sancto. Pues ¿porqué no aprenderemos de aquí á esperar en Dios y pedirle lo que esperamos, para recebir dél semejante respuesta?

De este sancto varón se dice que vino por el Espíritu Sancto al templo, y el que le movió á venir al templo, ése le dió conoscimiento de aquel Señor que venía al templo: para que entiendas que á los que obedecen fielmente á los primeros movimientos del Espíritu Sancto, suele Él dar parte de sus secretos y maravillas.

Cantó antes que muriese, aquella dulce canción: *Nunc dimittis* &c. Por do parece que tenía la muerte en deseo y la vida en paciencia, y si deseaba vivir, no era por amor de la vida, sino de la vista del Salvador. Pues ¿qué hiciera si pensara verlo después desta vida? ¿Cuánto más deseara la muerte el que aun así la deseaba? Pues ¿cómo nosotros tan al contrario aborrecemos la muerte y deseamos la vida, sabiendo que después de ella habemos de gozar desta misma vista?

De Ana profetisa.

DESPUÉS de todo esto hay mucho que considerar en las virtudes y manera de vida de aquella sancta viuda Ana, en sus ayunos y oraciones y servicios continuos, en la pureza de su

continencia y perpetua morada del templo: para que entiendas que á tal vida y á tales ejercicios se deben tales consolaciones y regalos de Dios, cuales ella este día recibió.

IX. Sobre todo esto es mucho de considerar aquella triste y dolorosa profecía que el sancto Simeón profetizó á la sacratísima Virgen. Porque es cierto que así como por lumbre de Dios entendió lo que estaba por venir, así por mandamiento de Dios lo denunció. Pues ¿porqué quesiste, Señor, que tan temprano se descubriese á esta inocentísima y amantísima esposa tuya una tal nueva, que le fuese perpetuo cuchillo y martirio toda la vida? ¿Porqué no estuviera este misterio debajo de silencio hasta el mismo tiempo del trabajo, para que entonces solamente fuera mártir, y no lo fuera toda la vida? ¿Porqué, Señor, no se contenta tu piadoso corazón con que esta doncella sea siempre virgen, sino también quieres que sea siempre mártir? ¿Porqué, Señor, afliges á quien tanto amas, á quien tanto te ha servido y á quien nunca te hizo por donde mereciese castigo? Ciertamente, Señor, por eso la afliges, porque la amas: conviene saber, por no defraudarle de la gloria, de la paciencia, y de la corona del martirio, y del ejercicio de la virtud, y de la imitación de Cristo, y del premio de los trabajos, que cuanto son mayores, tanto son dignos de mayor gratificación. Nadie, pues, infame los trabajos, nadie aborrezca la cruz, nadie se tenga por desfavorecido de Dios, cuando se viere atribulado, pues la más amada y favorecida de todas las criaturas fué la más lastimada y afligida de todas.

Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias, ofrecimiento y petición &c.

EL VIERNES I.

Este día hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba pusimos, se ha de pensar la huída del Salvador á Egipto, y cuando á los doce años se perdió en el templo.

El texto de los Evangelistas dice así:

DESPUÉS de idos á su región los Magos, el Ángel del Señor aparesció en sueños á Josef, diciendo: Levántate y toma al niño y á su madre, y huye á la tierra de Egipto, porque ha de

acaescer que Herodes busque el niño para lo matar. El cual levantándose tomó al niño y á su madre, y fuése á Egipto, y estábase allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el Profeta, que dice: De Egipto llamé á mi hijo. Entonces Herodes viendo que había sido burlado de los Magos, airóse mucho. Y enviando sus ministros, mató todos cuantos niños había en Betleem y en toda su tierra, de dos años abajo, según el tiempo que había preguntado á los Magos. Entonces se cumplió lo que había sido dicho por el Profeta que dice: Voces fueron oídas en Rama de mucho llanto y aullido, con que Raquel lloraba sus hijos: y no quiso recebir consolación por verlos muertos.

Después de la muerte de Herodes, he aquí el Ángel del Señor aparesció en sueños á Josef diciendo: Levántate y toma al niño y á su madre, y vuélvete á la tierra de Israel, porque ya son muertos los que querían matar al niño. El cual como se levantase, tomó al niño y á su madre y vino á tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba en Judea por Herodes su padre, temió ir á ella. Y amonestado en sueños fuése á la provincia de Galilea: y viniendo, moró en Nazaret, para que se cumpliese lo que estaba dicho por los Profetas, que sería llamado Nazareo.

Y iban sus padres á Hierusalem todos los años el día solemne de la Pascua. Y como fuese el niño de doce años, subiendo sus padres á Hierusalem según la costumbre de la fiesta, y acabados ya los días, como se volviesen, quedóse el niño Jesús en Hierusalem sin que lo supiesen sus padres. Y pensando que estaría entre la compañía, vinieron camino de un día buscándolo entre los parientes y conoscidos. Y como no le hallasen, volviéronse á Hierusalem en busca dél. Y sucedió que á cabo de tres días le hallaron en el templo, asentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos. Y estaban espantados todos los que le oían, viendo su prudencia y sus respuestas: y como le vieron sus padres, maravilláronse. Y díjole su madre: Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así? Véis á vuestro padre y á mí que en dolor os andábamos buscando. Y díjoles Él: ¿Para que me buscábades? ¿No sabíades que en estas cosas que son de mi Padre me conviene á mí estar? Y ellos no entendieron la palabra que les dijo. Y descendió con ellos, y vino á Nazaret, y era súbdito á ellos. Y su madre guardaba todas estas palabras en su cora-

zón: y Jesús aprovechaba en sabiduría y edad y gracia delante de Dios y de los hombres.

Materia de consideración sobre estos pasos del texto, y primero sobre la huída de Egipto.

ACERCA de la persecución de Herodes y huída del Señor á Egipto considera primeramente el temor y sobresalto que recibiría la Virgen cuando á la media noche le diesen este rebato, y le dijiesen que Herodes andaba con gran fervor en busca del niño para matarlo. Mira qué nueva ésta para quien tal amor tenía. Porque aunque ella tenía fuertemente amarrado su corazón con el áncora de la esperanza, mas no por eso dejaba de ser éste gran sobresalto para quien en tanto estimaba este tesoro. Mira, pues, con cuánta presteza se levantaría de la cama y se abrazaría con el niño, y cuán poco pararía en dejar la tierra, los parientes, los amigos y la casa con todas sus alhajas, por poner en cobro aquella tan preciosa margarita. Pues por aquí entenderá el verdadero cristiano el poco caso que debe hacer de todos los bienes y riquezas del mundo, cuando le fueren ocasión de perder por ellos á Cristo: lo cual hacen muy al revés los amadores deste siglo, pues por tan pequeños intereses se ponen á perder un tan inestimable tesoro.

II. Considera también los trabajos que pasaría la Virgen y el sancto Josef en este tan apresurado y peligroso camino, especialmente yendo tan mal proveídos así por razón de la pobreza como por la priesa de la partida, y mucho más los que padescerían en aquel destierro de siete años en tierra de idólatras y gentiles, donde sería tan poca la caridad y humanidad para con los extraños, cuan sobrada la maldad y inhumanidad aun para con los suyos. Estarían cierto allí como gente pobre, extranjera, arrinconada, mal aposentada, y desfavorecida del mundo, aunque alegre y contenta por tener en salvo su tesoro. Por aquí, pues, entenderás cómo trata nuestro Señor á sus muy grandes amigos en este mundo, cómo los atribula y prueba y ejercita en esta vida, para regalarlos y coronarlos en la otra.

III. Considera también la crueldad deste malvado Rey, que pudo acabar con su corazón derramar tanta sangre de inocen-

tes, y mira cuán furioso y pestilencial es el apetito de la ambición y avaricia, pues tanto pudo con ese cruel tirano, que le hizo descabezar tantos niños, por sólo matar á aquel uno, por quien imaginaba que se podía menoscabar algo de su imperio. Aprende pues aquí, hermano, á huir la honra y despreciar las falsas y engañosas riquezas, porque no te sean ocasión de semejantes despeñaderos.

IV. Mira también cómo apenas era nascido Cristo, cuando luego se levantó un Herodes para matarlo: para que por aquí entiendas que apenas habrá nascido Cristo en tu corazón, cuando luego se levanten otros muchos Herodes que lo quieran matar. Porque luego el mundo con sus persecuciones, y la carne con sus halagos, y los falsos amigos con sus consejos, y el demonio con todos sus artificios, han de trabajar por apartarte de tu buen propósito: lo cual no es otra cosa que matar en ti á Cristo recién nascido.

V. Huye pues entonces con aquella sancta mujer del Apocalipsi al desierto (que es á la soledad y apartamiento de los hombres) mayormente aquéllos que te puedan dañar. Y mira que más seguro estuvo Cristo en Egipto que en Judea (esto es, en tierra de infieles que de fieles) porque á veces está más seguro el cristiano entre paganos, que entre los carnales y malos cristianos. Porque menos peligroso es el enemigo público que el traidor secreto, y menos daño hace el lobo en figura de lobo, que debajo de piel de oveja. Por donde dice el Apóstol: Escrebíos en una carta que no tuviésedes comunicación con los hombres carnales y fornicadores: no entendáis que hablo de los fornicadores deste mundo (porque para eso era menester salir deste mundo) sino que si alguno de los que tienen nombre de hermanos, es fornicador, ó sucio, ó avariento, que déste os apartéis, de tal manera, que ni aun á comer os asentéis con él.

VI. Finalmente á cabo de los siete años muerto Herodes, volvióse el niño y la madre á su tierra: para que veas cómo en muy breve espacio se acaba la prosperidad de los malos y los trabajos de los buenos: sino que la prosperidad de los unos pare tristeza eterna, y el trabajo de los otros alegría perdurable. Así lo dice el Señor por su Profeta: Por un punto y por un breve espacio de tiempo te desamparé, mas con misericordia eterna me acordaré de ti.

De cuando se perdió el Niño de doce años en el templo.

TODOS los años subía Jesús al templo, y después de perdido se halló en el templo, y cuando entraba en Hierusalem luego se iba al templo: para que por aquí entiendas que toda la vida del cristiano ha de ser morar y conversar en el templo. En el templo, ó hablamos con Dios, ó hablamos de Dios, unas veces orando, y otras escuchando, pues quienquiera que esto hace (doquiera que esté) siempre está en el templo.

II. En este paso una de las principales cosas que hay que considerar, es la grandeza del dolor con que la sacratísima Virgen andaría en busca del niño todo este tiempo. Porque no hay amor sin dolor, ni es menor el dolor de lo que se pierde, que el amor de lo que se posee. Pues la que tanto amaba y preciaba este tesoro, ¿qué tanto sentiría el haberle perdido? Tres días se dieron de tiempo al patriarca Abraham antes del sacrificio de su hijo, para que en este espacio luchase el amor de la carne con el del espíritu, y la afición de padre con la obediencia de Dios. Pues ¡cuál sería el martirio desta sacratísima Virgen, cuando en aquel pecho virginal comenzase á luchar por una parte el amor y dolor del hijo perdido, y por otra el temor y esperanza de hallarlo! ¡Cuál sería la diligencia que tendría esta piadosa mujer buscando la dragma perdida, y con cuánta diligencia preguntaría por ella en todos los barrios y plazas de la ciudad! Pues en todo este tiempo ¿si comería, si bebería, si dormiría, si daría sueño á sus ojos, y descanso á sus días, hasta hallar al amado de su ánima? ¡Cuáles serían allí sus lágrimas, sus gemidos, sus discursos, su diligencia, y sus oraciones y peticiones á Dios! Señor, ¡y que habéis de afligir á los que amáis! ¡Qué cuidado tenéis de probarlos, y ejercitarlos, y darles tantas ocasiones de sufrir, de padescer, de orar, de temer, de esperar, de humillarse, y de acudir siempre en todas sus necesidades á Vos!

III. Buscó la Virgen al niño entre parientes y conoscidos, y no le halló: para que tú por aquí entiendas que no se halla Cristo en los afectos y regalos de carne y de sangre, sino en la renunciación y mortificación de todas estas ternuras. ¿Á quien (dice el profeta) enseñará Dios su sabiduría, á quién revelará sus misterios? Á los destetados de la leche y á los apartados de los pe-

chos. Por eso se dice á la hija del rey: oye, hija, y ve, y inclina tu oreja, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y cobdiciará el rey tu fermosura.

IV. Considera las palabras que dice la madre al Hijo: Hijo, ¿porqué lo habéis hecho así con nosotros? Mira que vuestro padre y yo con dolor os habemos buscado. Pues tú que buscas al niño perdido, quiero decir, que buscas el fervor de la devoción pasada y la dulcedumbre de la divina familiaridad ya gustada, no pienses que la podrás todas veces hallar, si no la buscas con dolor. El profeta David primero repitió muchos versos dolorosos, y dió muy grandes gemidos en aquel famoso psalmo de la penitencia, y después al cabo vino á decir: Vuélveme, Señor, el alegría de tu salud, y confórtame con espíritu principal. Prudentísimamente dijo un religioso doctor: Lo que nada cuesta, nada vale: y así, lo que mucho vale, mucho es lo que nos ha de costar. Aquella gloriosa mujer del Apocalipsi no pare sin grandísimos dolores: para que por aquí entiendas que no conseguirás el fructo glorioso de la perfección, sino con el doloroso parto de la aflición. Por donde dice S. Buenaventura, que regularmente hablando, ninguna notable gracia es comunicada á las ánimas sino por aflición y oración.

Vase el niño con sus padres, y obedece con toda humildad y subjección á dos criaturas el Señor de todo lo criado. Humíllate pues, polvo y ceniza, y aprende por este ejemplo á obedecer no sólo á los mayores y iguales, sino también á los menores por amor deste Señor.

V. Mas ¿qué quiere decir que por una parte les obedece con tanta humildad, y por otra les responde con tanta libertad? ¿Para qué me buscábades (dice Él) no sabíades? &c. Para que por aquí entiendas cómo la filosofía cristiana sabe juntar en uno muchas virtudes que parecen entre sí contrarias, como son humildad y magnanimidad, gravedad y suavidad, subjección y libertad, fervor y discreción, rigor y misericordia, con otras semejantes. Y por esto, cuando la razón ó la honra de Dios lo pide, debe el verdadero cristiano trascender todas las cosas humanas y poner debajo los pies todas las criaturas: como lo hacía el Apóstol, el cual (según la cualidad de los negocios) unas veces se hacía mosquito, otras elefante, unas se ponía debajo los pies de los hombres, otras se subía sobre todo el mundo.

EL SÁBADO I.

Este día hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba pusimos, se ha de pensar el baptismo y ayuno del Salvador y el misterio de su gloriosa transfiguración.

El texto de los Evangelistas dice así.

ENTONCES vino Jesús de Galilea al río Jordán, donde S. Juan bautizaba, para ser bautizado dél. Mas Sant Juan lo estorbaba diciendo: Yo tengo de ser bautizado de ti, ¿y tú vienes á mí? Y respondiendo Jesús díjole: deja ora, porque así nos conviene cumplir toda justicia. Entonces le dejó, y bautizado Jesús, luego salió del agua, y allí se le abrieron los cielos, y vió el Espíritu de Dios que descendía como paloma y venía sobre él. Y veis aquí una voz del cielo que decía: Éste es mi amado Hijo, en quien yo me agradé.

Entonces fué Jesús llevado al desierto por espíritu, para que fuese tentado del demonio. Y como ayunase cuarenta días y cuarenta noches, después hobo hambre. Y llegándose el tentador, díjole: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan. El cual respondiendo le dijo: Escrito está que no vive el hombre con solo pan, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el demonio le tomó y llevó á la sancta Ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está que á sus ángeles, tiene Dios mandado de ti que te traigan en las manos, porque no tropiecen tus pies en una piedra. Díjole entonces Jesús: Escripto está: No tentarás á tu Señor Dios. Otra vez el demonio le tomó y llevó á un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y díjole: Todas estas cosas te daré, si cayendo en tierra me adorares. Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás, porque escrito está: Á tu Señor Dios adorarás y á Él solo servirás. Entonces le dejó el demonio. Y luego los ángeles se allegaron á Él, y le servían. Y acabada toda la tentación, apartóse el demonio dél hasta su tiempo.

Y tomó Jesús á Pedro, á Jacobo y Sant Juan su hermano, y llevólos á un monte alto á solas. Y acaesció que estando Él

haciendo oración, se le mudó la figura del rostro, y resplandeció su cara como el sol, y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Y aparescieron allí Moisén y Elías con majestad hablando con Él, y hablaban de la muerte con que había de acabar en Hierusalem. Y respondiendo Pedro dijo: Maestro, bueno es que nos estemos aquí. Si quieres, hagamos aquí tres moradas, una para ti, y otra para Moisén, y otra para Elías. Y estando Él hablando esto, veis aquí aparesció una nube resplandesciente, y una voz dende la nube que decía: Éste es mi Hijo muy amado, en quien yo mucho me agradé, á Él oíd. Y oyendo esto los discípulos, cayeron en tierra y temieron mucho. Y allegóse Jesús, y tocóles diciendo: Levantaos y no queráis temer. Y alzando sus ojos, no vieron más que á solo Jesús. Y descendiendo ellos del monte, mandóles Jesús diciendo: Á nadie deis cuenta desta visión, hasta que el Hijo del hombre resuscite de la muerte.

Materia de consideración sobre estos pasos del texto, y primero del bautismo de Cristo.

PRIMERAMENTE acerca del bautismo de Cristo considera la profundísima humildad deste Señor, que habiendo callado por espacio de treinta años, escogió solos tres para predicar: para que veas cuánto tiempo dedicó al recogimiento del silencio, y cuán poco al oficio de la predicación. Nosotros (como dice Sant Bernardo) estamos llenos de bocas, y por todas querríamos hablar. Si algo pensamos que sabemos, no podemos callar, ni nos tenemos por sabios, si los otros no saben lo que sabemos. Todas nuestras habilidades (por pequeñas que sean) querríamos que fuesen publicadas en las plazas.

II. Considera también cómo vino el Señor de Galilea á Judea donde bautizaba S. Juan, y mira cuán pobre, cuán solo y cuán desacompañado viene por aquellos caminos (pues aun no tenía discípulos) y sobre todo míralo cómo viene al bautismo en compañía de publicanos, de pecadores, y de soldados, y de fariseos, como si fuera uno dellos, esperando que le cupiese la vez para ser con ellos bautizado. Mira cómo se llega á S. Juan como discípulo á maestro, como pecador á sancto, como no limpio al limpio. Pues ¿quién considerando esto, osará justificarse, y ensoberbecerse, y anteponerse á los otros?

III. Treme el Bautista, y no osa tocar aquella sagrada cabeza, mas el Señor responde que así conviene cumplir toda justicia. Donde dió brevemente á entender que en la perfecta humildad está la perfecta justicia. Conforme á esto dijo S. Augustín que aquél es verdaderamente perfecto, que es verdaderamente humilde, y aquél perfectísimo que humilísimo.

IV. Mira cómo orando Jesú se abrieron los cielos, y descendió sobre Él el Espíritu Sancto, y sonó la voz del Padre: para que por aquí entiendas el valor y eficacia de la oración, pues toda esta manera de favores y beneficios hace el Señor á los que húmilmente perseveran en ella.

Del ayuno y tentación.

§. I.

DESPUÉS del sacro misterio del bautismo, y del magnífico testimonio del cielo, es llevado Jesús por el Espíritu Sancto al desierto, para que allí sea tentado del enemigo. ¿Qué consecuencia tienen entre sí estos misterios? ¿Cómo dicen en uno los trabajos y tentaciones del desierto con los pregones del cielo y con los favores del Espíritu Sancto? Primeramente por aquí entenderemos que el regalar Dios á sus siervos no es para asegurarlos, sino para esforzarlos y disponerlos para mayores trabajos. Así da de comer el caminante á su caballo para esforzarlo en el camino, y así arma el capitán á su soldado para ponerle en el mayor peligro. Y por esto el que así se viere visitado de Dios, no por eso se tenga por más seguro, sino antes por citado y emplazado para mayor peligro.

II. Mira también cómo el Señor antes que diese principio á la predicación del Evangelio, se aparejó con ayuno de cuarenta días y con la soledad y ejercicios del desierto: para que por aquí entiendas qué tan grande sea el negocio de la salud de las ánimas, pues Aquél que era sumamente perfecto (sin tener deso necesidad) se aparejó con tan grandes aparejos para él. Y por aquí también entenderán los oficiales deste oficio con qué género de rudimentos se han de ejercitar antes que comiencen este negocio. Porque ninguno debe salir á lo público de la predicación, si primero no se hobiere ejercitado en el secreto de la con-

templación. Porque (como dice S. Gregorio) ninguno sale seguro fuera, si primero no se ejercitó de dentro.

III. Tres maneras de vida ponen los sanctos: una puramente activa, que principalmente entiende en obras de misericordia, otra puramente contemplativa (más perfecta que ésta) que solamente entiende en ejercicios de oración y contemplación (si no es cuando la obediencia ó la necesidad de la caridad lo impide) otra hay más perfecta que éstas (que es compuesta de ambas) que tiene lo uno y lo otro, sin que por esto pierda uno ni otro, cual fué la vida de los Apóstoles, y cual debía de ser la de todos los predicadores. Pues la orden que se ha de tener en estas vidas (según S. Buenaventura) es ésta, que regularmente hablando, ninguno debe pasar á la segunda vida, sino después de ejercitado en la primera: y ninguno debe pasar á la tercera (que pertenece á los predicadores) si primero no se ha ejercitado en la segunda. Porque (como dice S. Gregorio) los verdaderos predicadores recogen en la oración lo que en la predicación derraman. De manera que no la plaza, sino la soledad es maestra de los predicadores, donde Dios habla al corazón palabras que salgan del corazón, y revela los secretos de su sabiduría.

IV. Amemos pues la soledad, la cual el Señor sanctificó con su ejemplo: porque el que no conversa con los hombres, forzado es que converse con Dios. ¡Oh miseria del siglo presente! ¿Dónde están agora aquellos dichosos tiempos, donde los desiertos estaban llenos de Anacoritas? ¿Dónde está el desierto de Egipto, de Tebas, de Escitia y de Palestina? ¿Dónde está aquel desierto de quien anunciaron los Profetas: Hará el Señor que el desierto esté lleno de deleites, y la soledad que sea como un vergel de Dios? ¿Dónde están aquellas flores siempre verdes, aunque plantadas en tierra desierta, y sin camino, y sin agua? Ya los hombres desampararon los desiertos, y se entregaron á la vida carnal y llena de cuidados. Por donde (si por estar ya cubierto de yerba este camino) no tienes aparejo para ir al desierto, á lo menos haz dentro de ti un espiritual desierto, recoje tus sentidos y entra dentro de ti mismo, porque por aquí entrarás á Dios. Entra con perseverancia en el desierto del ejercicio interior, y así verás con Moisés grandes visiones, y recebirás grandes consolaciones como él.

V. Mas perseverando en esta soledad, conviénete volar á lo

alto: para lo cual es necesario el ayuno: porque el vientre cargado de mantenimiento no está hábil para subir á lo alto. Y por esto dos alas te son necesarias para este vuelo, una de ayuno y otra de oración: porque si permanesciendo en el desierto careces destas alas, ya puedes entender la parte que te cabrá de aquella sentencia del Filósofo que dice: El hombre que vive en soledad, ó es divino, ó bestial. Ayunó aquella carne sanctísima, que no sabía qué cosa era rebelar contra el espíritu, porque ayune la tuya perversísima, que á manera de aquel horno de Babilonia siempre levanta llamas para quemarlo. Y mira que entre las obras exteriores comenzó el Señor por el ayuno: porque la primera batalla del cristiano es contra el vicio de la gula, la cual el que no venciere, en vano trabaja contra las otras.

VI. Después de ayunados cuarenta días, dice el Evangelista que hubo hambre. Dos cosas hay en el ayuno, la una es privación del gusto que hay en el comer, y la otra el tormento de la hambre: la una padesció el Señor cuarenta días, y la otra por pequeño espacio de tiempo: para que entiendas que siempre has de procurar la privación de este deleite (porque éste no es necesario á la naturaleza) mas no siempre la hambre, sino según que lo requiere la virtud de la templanza.

VII. Estuvo el Señor miraculosamente sin comer cuarenta días: y deste milagro te cabrá mucha parte, si te ocupares en lo que Él se ocupó, que es en continua oración y contemplación. Así leemos de aquellos Padres del desierto que perseveraban las semanas enteras sin mantenimiento, porque se ocupaban siempre en este ejercicio.

De la Transfiguración.

§. II.

ACERCA de la transfiguración del Señor considera el artificio que tuvo este suavísimo Señor para traernos á sí. Vió Él que los hombres se movían más por los gustos de los bienes presentes, que por las promesas de los advenideros, conforme á aquella sentencia del Sabio, que dice: Más vale ver lo que deseas que desear lo que no sabes. Pues por esto, después de haberles predicado muchas veces que su galardón sería grande en

el reino de los cielos, y que estarían asentados sobre doce sillas, &c. agora les dió á gustar una pequeña parte destos bienes, para que mostrando al luchador el palio de la victoria, le hiciese cobrar nuevo aliento para el trabajo de la pelea.

II. Ni mostró aquí la mejor parte desta promesa (que es la gloria esencial) porque ésta sobrepuja todo sentido, sino sola una parte de la accidental (que es la claridad y hermosura de los cuerpos gloriosos) y esto con mucha razón. Porque esta carne es la que nos impide en este camino, ésta es la que nos aparta de la imitación de Cristo y ésta la que nos estorba el llevar su cruz: y por esto convenía que para despertarla y sacarla de harona le mostrasen la grandeza desta gloria, para que así se esforzase más al trabajo de la carrera. Por lo cual si desmayas oyendo que te mandan crucificar y mortificar la carne, esfuérzate oyendo lo que dice el Apóstol: Al Salvador esperamos nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará el cuerpo de nuestra humildad, haciéndolo semejante al cuerpo de su gloriosa claridad.

III. Transfiguróse el Señor en un monte solitario y apartado. Bien pudiera transfigurarse si quisiera en el valle y en lo poblado, mas no quiso, para que por aquí entiendas que no conseguirán los hombres este beneficio de la transfiguración en lo público de los negocios, sino en la soledad de la oración, ni en el valle lodoso de los apetitos bestiales, sino en el monte de la mortificación, que es en la victoria de las pasiones sensuales. Pues en este monte solitario se ve Cristo transfigurado, en éste se ve la hermosura de Dios, en éste se reciben las arras del Espíritu Sancto, en éste se da á probar una gota de aquel río que alegra la ciudad de Dios, y en éste finalmente se da la cata de aquel vino precioso que embriaga los moradores del cielo. ¡Oh, si una vez llegases á la cumbre deste monte, cuán de verdad dirías con San Pedro: Bueno es, Señor, que nos estemos aquí! Como si dijiera: Troquemos, Señor, todo lo demás por este monte, troquemos todos los otros bienes y regalos del mundo por la soledad y bienes de este desierto.

IV. No sabía Pedro lo que se decía: para que por aquí entiendas cuánta sea la grandeza deste deleite y cuánta la fuerza deste vino celestial, pues de tal manera roba los corazones de los hombres, que del todo los enajena y los hace salir de sí.

V. En medio de la gloria de la transfiguración trataban con

Cristo los Profetas del exceso de la pasión: para que veas cuáles hayan de ser los propósitos y determinaciones del hombre, cuando más favorescido y regalado se viere de Dios. Porque no han de ser otros que desear padescer mil cruces por Aquél que tan dulce y tan amable se les ha mostrado, y tan digno de ser servido.

EL DOMINGO I.

Este día, después de hecha la preparación que arriba dijimos, pensarás en la doctrina del Salvador, y en las virtudes de su vida sanctísima, y en los trabajos y discursos de su predicación, y lo que particularmente le acaesció con aquellas cuatro mujeres pecadoras, Samaritana, Cananea, Magdalena y mujer adúltera.

El texto de los Evangelistas dice así.

Y volviendo Jesús en virtud del espíritu á Galilea, la fama de Él corrió por toda aquella región: y rodeaba toda la tierra de Galilea enseñando en las sinagogas della, y predicando el Evangelio del reino, y sanando todas las enfermedades y males que había en el pueblo. Y corrió la fama dél por toda la Siria, y ofreciéronle todos los dolientes y todos los tocados de diversas enfermedades y tormentos, y los endemoniados, y lunáticos, y paralíticos, á los cuales todos dió salud: y siguiéronle muchas compañas de Galilea y Decapoli, y de Hierusalem, y de Judea, y de la otra banda del río Jordán.

De la Samaritana.

VINO Jesús á una ciudad de Samaria que se llama Sicar, junto á la heredad que dió Jacob á Josef su hijo. Estaba allí una fuente de Jacob. Y Jesús fatigado del camino estaba asentado así sobre la fuente, y era hora cuasi de medio día. Vino entonces una mujer de Samaria á coger agua, á la cual dijo Jesús: Dame de beber: porque sus discípulos habían ido á la ciudad á comprar de comer. Díjole pues la mujer samaritana: ¿Cómo tú siendo judío me pides de beber, que soy mujer samaritana? Por-

que no tienen comunicación entre sí los judíos con los samaritanos. Respondióle Jesús y díjole: Si conocieses el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, tú por ventura le pidirías á él, y darte hía agua viva. Díjole la mujer: Señor, no tenéis en qué coger el agua, y el pozo es hondo, ¿pues dónde tenéis vos agua viva? ¿Por ventura sois vos mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo, y él bebió de aquí, y sus hijos, y sus ganados? Respondió Jesús y díjole: Todo aquél que bebiere de esa agua, tendrá sed otra vez: mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca más terná sed, sino el agua que yo le daré se hará en él una fuente de agua que suba hasta la vida eterna. Díjole entonces la mujer: Señor, dame de esa agua para que no tenga sed, ni venga más aquí por agua. Díjole Jesús: Ve, y llama á tu marido, y ven aquí. Respondió la mujer y díjole: No tengo marido. Díjole Jesús: Bien dijiste, no tengo marido, porque cinco maridos tuviste, y éste que agora tienes no es tuyo. En esto la verdad dijiste. Díjole la mujer: Señor, paréceme que sois profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que Hierusalem es lugar de adoración. Díjole Jesús: Mujer, créeme que vendrá tiempo cuando ni en este monte ni en Hierusalem adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis: nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud de los judíos es. Mas llegada es la hora, y ésta presente es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad: porque el Padre desta manera quiere ser adorado. Espíritu es Dios, y por esto los que le adoran, en espíritu y verdad conviene que le adoren. Díjole entonces la mujer: Bien sé que el Mesías ha de venir, que se llama Cristo, y cuando Él venga, enseñarnos ha todas las cosas. Díjole Jesús: Yo soy que hablo contigo. Y luego vinieron los discípulos y rogábanle diciendo: Maestro, come. Y Él les dijo: Yo tengo un manjar que comer, de que vosotros no sabéis. Decían pues los discípulos entre sí: ¿Por ventura trájole alguien de comer? Díjoles entonces Jesús: Mi manjar es hacer la voluntad de Aquél que me envió, y dar cabo de la obra que me encomendó.

De la Cananea.

Y llegando Jesús á la tierra de Tiro y de Sidón, he aquí una mujer Cananea, saliendo de aquella tierra, daba voces y decía: Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí, que mi hija es malamente atormentada del demonio. El cual no le respondió palabra. Y allegándose los discípulos rogábanle diciendo: Déjala, Señor, porque viene dando voces en pos de nosotros. Y Él respondiendo dijo: No soy enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Mas ella vino y adoróle diciendo: Señor, ayúdame. El cual respondiendo dijo: No es bien tomar el pan de los hijos y darlo á los perros. Mas ella respondió: Sí, Señor, porque los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Entonces respondiendo Jesús, díjole: Oh mujer, grande es tu fe: hágase así como tú lo quieres. Y luego fué sana su hija de aquella hora.

De la mujer tomada en adulterio.

EN aquel tiempo trajeron los letrados y fariseos una mujer tomada en adulterio, y pusiéronla en medio delante de Jesús, y dijéronle: Maestro, esta mujer fué agora tomada en adulterio, y Moisén nos mandó en la ley apedrear á las tales. Á Ti ¿qué es lo que te paresce? Esto decían tentándole para que le pudiesen acusar. Mas Jesús inclinándose hacia bajo escrebía con el dedo en la tierra. Y como ellos perseverasen preguntándole, levantóse y díjoles: El que de vosotros está sin pecado, ése le tire la primera piedra. Y otra vez inclinándose escribía en tierra. Oyendo esto, íbanse uno en pos de otro, comenzando dende los más ancianos. Y quedó solo Jesús, y la mujer en medio delante dél. Y levantándose Jesús, díjole: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te condenó? Respondió ella: Nadie, Señor. Díjole entonces Jesús: Pues ni yo te condenaré: vete en paz, y de aquí adelante no ofendas más á Dios.

De la conversión de la Magdalena.

Y rogaba á Jesús un fariseo que comiese con él: y entrando en casa del fariseo, asentóse á la mesa. Y veis aquí donde viene una mujer pecadora que estaba en la ciudad, la cual después que supo que Jesús comía en la casa del fariseo, trajo un bote de alabastro lleno de ungüento oloroso, y llegándose por las espaldas á los pies de Jesú, comenzó á regarlos con lágrimas y enjugarlos con sus cabellos, y besaba sus pies, y ungíalos con ungüento. Viendo esto el fariseo que le había convidado, decía dentro de sí: Si éste fuese profeta, sabría quién y cuál es esta mujer que le toca, pues es mujer pecadora. Y respondiendo Jesús, díjole: Simón, un poco tengo que decirte. Respondió él: Maestro, di. Dos deudores tenía un acreedor: el uno le debía quinientos dineros, y el otro cincuenta. Y no teniendo ellos con qué pagarle, hízoles gracia de la deuda. ¿Cual déstos te parece que amará más al acreedor? Respondió Simón y dijo: Pienso que aquél á quien más perdonó. Respondióle el Señor: Bien lo has determinado. Y volviéndose á la mujer, dijo á Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para lavar los pies, y ésta regó mis pies con lágrimas y alimpiólos con sus cabellos. No me diste beso de paz, y ésta dende que entró no ha cesado de besar mis pies. Por lo cual te digo que le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho. Mas á quien menos se perdona, menos ama. Y dijo entonces á la mujer: Tus pecados te son perdonados. Y comenzaron los que estaban á la mesa á decir entre sí: ¿Quién es éste que perdona los pecados? Dijo entonces Jesús á la mujer: Tu fe te hizo salva, vete en paz.

Materia de consideración sobre estos pasos del texto, y primero de la vida del Salvador.

DESPUÉS de considerados en particular los sobredichos misterios de la infancia de Cristo, resta considerar en común algo de su vida sanctísima. Donde señaladamente se nos ofrecen cuatro cosas de grande consideración: conviene saber, la alteza de su doctrina, los ejemplos de sus virtudes, los discursos y traba-

jos de sus caminos y los beneficios que á los hombres hizo en ellos.

I. Cuanto á lo primero es mucho de considerar la alteza de la doctrina de Cristo. Para lo cual es de saber que así como en la república hay diversas maneras de estados de personas, unas más bajas y otras más altas, así entre las virtudes (aunque todas sean de grande precio por razón del principio de donde nascen, que es la gracia, y del fin adonde nos llevan, que es la gloria) pero todavía hay entre ellas mucha diferencia. Porque unas son menores, y otras mayores, y otras altísimas y nobilísimas, que están en la cumbre de la perfección. Pues déstas señaladamente trata la doctrina del Evangelio, cuales son primeramente aquellas tres altísimas virtudes, fe, esperanza y caridad, y después déstas humildad, castidad, mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, limosna, oración, pureza de intención, limpieza de corazón, pobreza de espíritu, menosprecio de mundo, mortificación de apetitos, amor de la cruz y negamiento de sí mismo y de la propria voluntad, con otras virtudes semejantes. De éstas, pues, trata por la mayor parte la doctrina del Evangelio, y éstas debe procurar sobre todas las otras el que desea ser verdadero discípulo y imitador de Cristo.

II. Y para salir mejor con esto, ponga luego el hombre los ojos en los ejemplos de la vida de Cristo, donde hallará todas estas virtudes más explicadas por sus obras que por sus palabras: porque sabía muy bien este Señor cuánto más compendioso camino para la virtud era el de la vida, que el de la doctrina. Y aunque todos los ejemplos de virtudes resplandezcan en su vida sanctísima, pero señaladamente resplandece la profundidad de su humildad, la grandeza de su caridad, la suavidad de su mansedumbre, la dulzura de su conversación, la benignidad de sus palabras y la medida y moderación en todas las cosas. ¡Qué severidad tenía para con los grandes, qué suavidad para con los pequeños, qué blandura para con los enfermos y qué benignidad para tratar con sus discípulos y para sufrir las ignorancias y groserías que tenían en aquel tiempo!

III. También hay mucho que considerar en los discursos y trabajos de sus caminos, mirando de la manera que este Señor anduvo por el mundo procurando la salud de las ánimas, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, de villa en villa y de

aldea en aldea: y esto con tantos trabajos, cansancios, sudores, vigilias, persecuciones, calumnias, hambre, sed, frío, calor, y con otras innumerables fatigas, declarándonos por aquí la grandeza de su amor, y enseñando á nunca cesar ni aflojar en el servicio de Dios.

IV. Y no menos son de considerar los beneficios que al mundo hizo en estos caminos, sanando los enfermos, alumbrando los ciegos, alimpiando los leprosos, restituyendo los paralíticos, lanzando los demonios, resuscitando los muertos y (lo que más es) sacando de poder del enemigo los pecadores. Desta manera conversó el Señor con los hombres, y así corrió toda la tierra, haciendo bien á todos y sanando todos los opresos del diablo, porque la virtud de Dios estaba con él. Así convenía por cierto que conversase con los hombres el que se hizo hombre por ellos, y así convenía que viviese en el mundo el que descendió del cielo á la tierra á visitar el mundo. Tal convenía que fuese su doctrina, su vida, sus ejemplos, sus obras y sus beneficios, en los cuales se declarase la grandeza de su poder y la grandeza de su bondad. Si Dios había de encarnar y conversar entre los hombres, tales convenía que fuesen las entradas y salidas de su vida y tal el suceso y paradero de toda ella.

De la Samaritana.

Y aunque todas las obras y beneficios de este Señor sean mucho para considerar, señaladamente sirve para esto lo que pasó con aquellas cuatro mujeres pecadoras, Samaritana, Cananea, Magdalena y mujer adúltera.

I. Cerca de la Samaritana se nos ofrece primeramente que considerar aquella ardentísima sed que el Salvador tenía de nuestra salud: la cual excede todo lo que se puede encarecer. De Sancta Caterina de Sena se escribe que cuando veía pasar por la calle algunos Religiosos Predicadores, que salía de su casa y besaba la tierra que hollaban, con grande devoción. Y preguntada por qué hacía esto, respondió que le había dado nuestro Señor conoscimiento de la hermosura de las ánimas que estaban en gracia, y que por esto tenía por tan dichosos á los hombres que entendían en este negocio, que no podía dejar de poner la boca y

besar la tierra que hollaban. Pues si tal celo tenía esta sancta mujer por aquella poca de luz y gracia que tenía, ¿cuál sería el celo de Aquél que era la misma fuente de gracia, de Aquél tan grande amador de las ánimas, de Aquél que venía á ser padre del siglo advenidero, y de Aquél cuyas entrañas comía el celo de la gloria de Dios?

II. Pues este tan grande amor hizo á este Señor descendir del cielo á la tierra. Éste le hacía andar caminos y carreras, procurando la salud de las ánimas. Éste le fatigaba, y le desvelaba, y le hacía sudar, y trabajar, y andar de tierra en tierra y de lugar en lugar, entendiendo en este negocio.

III. Andando pues en estos pasos, llegó una vez á la ciudad de Samaria, á hora de medio día, cansado, asoleado, sudado, con mucha hambre y mucha sed y fatiga. De manera que aquí por nuestra causa se cansó el descanso de los ángeles, sudó el refrigerio de los bienaventurados, padeció hambre el pan de vida, y sed la fuente de la hartura. Asiéntase par de la fuentecilla la fuente de agua viva, y asiéntase así como cualquiera de los otros hombres de por ahí, sin poner silla ni estrado, como lo merecía el que era rey y príncipe del cielo. Ni pienses que se asentó para beber (porque no se hace mención allí de que bebiese) sino para esperar oportunidad para cazar un ánima que allí había de venir: y armóle un lazo en aquellos bebederos.

IV. Cansado estaba del camino, mas descansado para dar salud: y así llegando una mujer pecadora á aquella fuente, pedióle agua como cansado, y ofrecióle gracia como deseoso y sediento de su salud. Mujer (dice Él) dame de beber. Considera aquí la pobreza del Salvador, que siendo rico se hizo tan pobre por nosotros, y considera juntamente su humildad, su facilidad, su benignidad y tractabilidad: finalmente tal muestra dió de sí, que de ahí tomó la mujer ocasión de estarse allí hablando y filosofando con Él. De aquí aprendió aquel buen dispensador á hacerse todo á todos los hombres, para hacer á todos salvos.

V. Á esta demanda respondió ella diciendo: ¿Cómo siendo tú judío me pides agua? &c. Esquiva es para Dios el alma que está en pecado. Sacude de sí los beneficios y visitaciones divinas, y extraña todos los buenos movimientos.

VI. Si supieses (dice el Señor) el don de Dios, tú por ventura le pedirías &c. ¡Cuán bien dice, si supieses! El no saber, el

no considerar, el no estudiar y meditar las obras y maravillas de Dios, es causa de no pedir, no llorar y no importunar á Dios continuamente. Por eso lloraba el Señor aquella desconocida ciudad diciendo: ¡Si conocieses agora tú! Por eso (dice el Señor) fué llevado captivo mi pueblo, porque no tuvo sciencia. Por eso clamaba el profeta diciendo: Gente es sin consejo y sin prudencia: pluguiese á Dios que supiesen, y entendiesen, y echasen los ojos adelante para mirar por lo futuro.

VII. Si supieses (dice) quién es el que te dice, dame de beber. Saber quién es Dios, cuán bueno, cuán dadivoso, cuán largo y cuán piadoso para los que se encomiendan á Él, hace á los hombres perseverar día y noche en oración y acudir á Él en toda tribulación, porque saben cuán cierto tienen por esta vía su remedio. Mas la ignorancia desto hace á los hombres tibios y flojos en la oración, porque así como esta ignorancia les hace tener por flaco este remedio, así los hace tardíos y perezosos en este ejercicio.

VIII. Señor (dice ella) dadme de esa agua &c. Provocada la mujer con la suavidad desta dulce voz de agua viva, pide con gran deseo que le den della. Pues nosotros que tantas veces oímos al Señor clamar en el Evangelio: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba, ¿cómo no nos encendemos con esta voz en el deseo de tan grande bien? Y si los hombres de este siglo tanto hacen por los charquillos del agua turbia deste mundo (que más son para atizar la sed que para matarla) ¿cómo no sospiramos nosotros por aquella fuente de agua viva que sola basta para dar cumplida hartura?

De la Cananea.

AQUÍ también se nos ofrece que considerar la caridad del Señor, y el ardor que tenía de nuestra salud (como en el Evangelio pasado) pues así como aquel camino se ordenó para convertir la Samaritana, así éste para dar salud á la Cananea. Porque aunque se hubo diferentemente con la una que con la otra, pero todo fué obrar una misma salud, aunque por medios diferentes: para que por aquí entendamos la diversidad de los caminos de Dios, y aprendamos á esperar en Él en todo tiempo.

II. Saliendo Cristo de los fines de Judea, y saliendo esta mujer de su tierra, se obró la salud que deseaba: para que entiendas que haciendo el hombre lo que es de su parte, y Dios lo que es de la suya, se alcanza la verdadera salud. Ni basta que el hombre obre, si Dios no ayuda: ni basta que Dios ayude, si el hombre no obra. Porque lo uno y lo otro es necesario, según lo significó el Profeta cuando dijo: Si el Señor no edificare la ciudad, en vano trabajan los que la edifican.

III. Dice más el Evangelista, que no quiso el Señor que nadie supiese desta jornada. Y con todo esto no pudo ser encubierta: para que entiendas cuán piadosamente se nos encubre el Señor, y cómo no se aleja de nosotros más que un tiro de piedra (que es hasta donde lo podemos alcanzar) y cómo finalmente aunque á veces se encubre á sus siervos en la oración, pero de tal manera se encubre. que lo puedan sacar por rastro los que diligentemente le buscaren.

IV. Y si quieres saber cómo le has de buscar, mira cómo lo buscó esta mujer. Clamó, siguió, importunó, perseveró, sufrió, confió, humillóse y postróse á sus pies, y así halló lo que deseaba. Busca tú á Dios desta manera, y ten por cierto que aunque hayas sido idólatra y cananeo, que finalmente le hallarás. Hallarme heis (dice el Señor) si me buscardes con todo corazón. Y buscarle con todo corazón es buscarle con fe, con humildad, con paciencia, con perseverancia y con continua oración, como esta mujer le buscó.

V. Oh mujer, grande es tu fe &c. Palabra es ésta no sólo de admiración, sino también de grande contentamiento. Pues si tú deseas sumamente agradar á Dios, haz lo que esta mujer hizo, búscale como ella lo buscó, y darle has este mismo contentamiento, y alcanzarás lo que deseas.

De la Magdalena.

En la conversión de la Magdalena tienes que considerar la grandeza de su arrepentimiento, la muchedumbre de sus lágrimas, la manera de su servicio, la amargura de su dolor y el menosprecio del mundo. ¡Qué tan grande fué su arrepentimiento, pues así la hizo despreciar el mundo! ¡Cuántas sus lágrimas,

pues bastaron para lavar los pies de Cristo! ¡Cuánto su amor, pues con sus proprios cabellos enjugó los pies del que amaba! ¡Qué tan ciega la había hecho la luz del cielo, pues así cerró los ojos al mundo, cuando se entró en medio día en el convite del fariseo!

II. Con todo esto la condena el fariseo, mas absuélvela Dios callando ella: para que veas cuán diferentes sean los juicios de los hombres de los de Dios, y cuán buena defensa callar el hombre para hacer á Dios su defensor.

De la mujer adúltera.

En el Evangelio de la mujer adúltera tienes que considerar la incomprehensible suavidad y misericordia deste Señor, la cual dió lugar á esta calunia de sus adversarios. Porque tal era su vida, su modestia, sus obras y sus palabras, que pareció cosa imposible á sus contrarios poder salir por aquella suavísima boca palabra de condenación. No hallaron los adversarios de Daniel aparejo para calumniarle, sino procurando impidirle la oración que él tanto usaba: ni los de el Salvador, sino atravesándole y poniéndole á peligro la misericordia que Él tanto encarescía. Tales pues conviene que sean tus entrañas, tales tus palabras y tu rostro, si quieres ser un hermosísimo traslado de Cristo. Por esto no se contenta el Apóstol con mandarnos que seamos misericordiosos, sino dice que nos vistamos en entrañas de misericordia. Mira pues tú, cuál estaría el mundo, si todos los hombres vistiesen este vestido.

PREÁMBULO PARA LA SEMANA SIGUIENTE

DE LAS COSAS QUE SE HAN DE CONSIDERAR EN LOS MISTERIOS DE LA SAGRADA PASIÓN.

La pasión de nuestro Salvador no es otra cosa que un epílogo y recapitulación de toda su vida y doctrina, y una palabra abreviada, en la cual nos quiso Él enseñar toda la sabiduría del Evangelio. Y por esto quiso padescer en una ciudad populosa, y en tiempo que había grande ajuntamiento de gentes, y ser levantado en una cruz en alto para que así fuese visto y oído de todo el mundo, pues aquí se trataba el común negocio de todos, y de que pendía la salud de todos. Y pues tantas cosas están encerradas en este misterio, no se debe contentar el que lo considera, con poner los ojos en una cosa sola, sino en todas aquellas para que hallare salida y motivo en él. Y como éstas sean muchas y diversas, reducirlas he yo agora aquí á cierto número, para que así sea más fácil esta doctrina.

I. Porque primeramente debe el hombre poner los ojos en la acerbidad y grandeza de los dolores que aquel delicatísimo Señor en su cuerpo y ánima padesció, para compadescerse tiernamente dél, como es razón que se compadescan los miembros de su cabeza.

II. Debe también considerar cómo de todos estos dolores fueron causa nuestros pecados: para que por esta vía se mueva á dolor y aborrescimiento dellos, como cosa que fué causa de tan grandes y espantosos tormentos: pues está claro que si no hobiera pecados de por medio, no padeciera este Señor lo que padesció.

III. Otras veces debe considerar la grandeza de las virtudes de Cristo, que señaladamente resplandecen en su sacratísima pasión: especialmente su caridad, su humildad, su paciencia, su obediencia, su fortaleza, su mansedumbre, su silencio y discreción &c.

para que por esta vía se incline á imitar algo de lo que allí se le representa.

IV. Otras veces debemos poner los ojos en la grandeza del beneficio que el Señor aquí nos hizo, pensando en lo mucho que nos dió, y en lo mucho que le costó lo que nos dió, con todas las otras circunstancias deste negocio, para que así nos inclinemos á darle infinitas gracias y alabanzas por él.

V. Otras veces conviene levantar por aquí los ojos al conoscimiento de Dios, esto es, al conoscimiento de la bondad, de la misericordia, de la justicia y de la benignidad de Dios, y señaladamente de su ardentísima caridad, la cual en ninguna otra obra resplandece más que en la de su sagrada pasión. Porque como sea mayor argumento de amor padecer males por el amigo, que hacerle bienes, y Dios podía lo uno y no lo otro (por donde no tenían los hombres entera noticia de su amor) plugo á su divina bondad vestirse de naturaleza en que pudiese padescer males, y tan grandes males, para que así estuviera el hombre del todo seguro de su amor.

VI. Otras veces, finalmente, podemos levantar los ojos á considerar por aquí la alteza del consejo divino y la proporción y conveniencia deste medio que la sabiduría de Dios escogió para sanar nuestra miseria, que es, para satisfacer por nuestras culpas, para curar nuestra soberbia, nuestra avaricia, nuestra pusilanimidad y desconfianza, y para plantar en nuestras ánimas la caridad, la humildad, la paciencia, la obediencia, el menosprecio del mundo, el aborrecimiento del pecado y el amor de la cruz, con otras virtudes semejantes.

De suerte que tenemos aquí seis maneras de que podemos meditar la sagrada pasión. La primera, por vía de compasión, la segunda, de arrepentimiento, la tercera, de imitación, la cuarta, de agradescimiento, la quinta, de amor, la sexta, de admiración de la sabiduría y consejo divino. Pues para todas estas seis cosas hallaremos camino en cualquier paso de la pasión, y así en todas ellas debemos poner los ojos de la consideración, ya en unas, ya en otras, según que el Espíritu Sancto nos abriere camino.

Verdad es que algunas destas cosas pertenecen más á un linaje de personas que á otras: porque á los principiantes está muy bien la segunda manera de consideración, que es por vía de dolor y arrepentimiento de los pecados, y á los más aprovechados

la cuarta y quinta, que sirven para despertar y encender más el amor de Dios: aunque lo uno y lo otro sea también común á todos.

Presupuesto pues agora este pequeño preámbulo, comenzaremos á proseguir con la misma brevedad estos sagrados misterios.

EL LUNES II.

Este día, hecha la preparación que arriba pusimos, se deben meditar estos tres misterios, conviene saber: la entrada del Salvador en Hierusalem domingo de Ramos, y el lavatorio de los pies, y la institución del Sanctísimo Sacramento.

El texto de los Evangelistas dice así.

Como se acercase el Señor á Hierusalem, y viniese á una villa que se llama Betfagé, que está junto al monte Olivete, envió á dos de sus discípulos, diciendo: Id á un castillo que está enfrente de vosotros, y ahí hallaréis una asna atada y un pollino: desatalda y traédmela aquí. Y si alguno os dijere algo, decilde que el Señor tiene necesidad destas bestias, y luego os dejará. Caminando pues los discípulos, hicieron lo que el Señor les había mandado, y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestiduras, y hiciéronle asentar sobre ellos. Y mucha gente de los que le salieron á recebir, tendían sus ropas en el camino, y otros cortaban ramos de árboles y echábanlos por el camino, y las compañas que iban delante, y quedaban atrás, daban voces, diciendo: Sálvanos, hijo de David. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Sálvanos en las alturas.

Del lavatorio de los pies
y de la institución del Sanctísimo Sacramento.

Y antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era ya llegada su hora para pasar de este mundo al Padre, como Él amase á los suyos que tenía en este mundo, en la fin los amó. Y aparejada la cena, como el demonio hubiese puesto en el corazón de Judas que le vendiese, sabiendo que todas las co-

sas había el Padre puesto en sus manos, y que de Dios había venido y á Dios volvía, levantóse de la mesa y quitóse las vestiduras. Y como tomase un lienzo, ciñióse con él, y echó agua en un baño, y comenzó á lavar los pies de sus discípulos y alimpiarlos con el lienzo que se había ceñido. Llegó pues á Simón Pedro, y díjole Pedro: Señor, ¿tú me quieres lavar los pies? Respondióle Jesús y díjole: Lo que yo hago no sabes tú agora, saberlo has después. Díjole Pedro: Nunca jamás me lavarás los pies. Respondióle Jesús y díjole: Si no te lavare, no ternás parte en mí. Díjole Simón Pedro: Señor, desa manera, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza. Dícele Jesús: El que está lavado no tiene necesidad que le laven más que los pies, porque todo lo demás está limpio. Y vosotros ya estáis limpios, aunque no todos. Sabía Él quién era el que le había de vender. Y por esto dijo, no todos. Pues como acabó de lavarles los pies, tomó sus vestiduras, y tornándose á asentar, díjoles: ¿Entendéis esto que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y bien decís, porque de verdad lo soy. Pues si yo os he lavado los pies siendo vuestro Señor y Maestro, vosotros debéis también unos á otros lavaros los pies. Porque ejemplo os he dado, para que así como yo lo hice, así vosotros lo hagáis.

Acabado el lavatorio, tomó el pan, y bendíjolo, y partiólo, y diólo á los discípulos, diciendo: Tomad y comed, que éste es mi cuerpo. Y tomando también el cáliz, dió gracias, y entregóselo diciendo: Bebed todos deste cáliz, porque ésta es mi sangre del nuevo testamento, que por vosotros será derramada en remisión de los pecados. Y cada vez que esto hiciéredes, haceldo en memoria de mí.

Materia de consideración sobre estos pasos del texto, y primero del Domingo de Ramos.

En la manera de entrar el Señor en la ciudad de Hierusalem con tanta pompa y alegría, puedes ver el alegría y promptitud de ánimo con que iba á ofrecerse por nosotros en sacrificio, y puedes también entender que si hasta allí vivió sin gloria, no fué porque no pudo, sino porque no la quiso, pues la tuvo tan copiosa cuando la quiso.

II. En los ramos con que la gente devota le recibe, verás

cuán fácilmente halla la devoción qué poder ofrecer á Dios. Si no, dame un hombre devoto, que aunque sea pobre y lisiado, la devoción le ministrará luego de qué pueda hacer á Dios sacrificio.

III Los niños imitando el ejemplo de los hombres clamaban y servían en aquella fiesta en lo que podían: para que veas cuán cierta cosa es imitar los menores el ejemplo de los mayores, especialmente los niños, y también para que entiendas cuán cierta cosa es aposentarse luego la divina gracia donde mora la inocencia.

IV. Hacíanle esta fiesta (dice el Evangelista) porque se acordaban de las maravillas que había obrado en aquella tierra. Donde verás que el traer á la memoria, el filosofar, el rumiar y considerar las obras de Dios, es causa de dar gloria al mismo Dios. Por donde con mucha razón está creído de los sabios que falta de consideración es la que tiene tan ciego y tan perdido el mundo.

V. Reprehendían los fariseos á los que esta fiesta hacían, á los cuales dijo el Señor: Si éstos callaren, las piedras hablarán. Pues si esto es así, no callemos, hermanos, porque no seamos peores que piedras, ni nos dejemos de aparejar siempre para la gracia, pues aun á las piedras no se niega.

Del lavatorio de los pies.

La principal cosa que hay que considerar y que imitar en este Evangelio, es el ejemplo de aquella inefable caridad y humildad que el Hijo de Dios nos dejó á la salida desta vida: en la cual nos enseñó á amar unos á otros, y á servir unos á otros y humillarnos unos á otros, no sólo á los mayores y iguales, sino también á los menores, pues el mayor de los mayores (que era el Hijo de Dios) se humilló á los menores, que eran aquellos rústicos y groseros pescadores.

II. Y no sólo esta obra singular, mas todas las palabras de este Evangelio son mucho para considerar. Al fin, dice el Evangelista que amó los suyos el Salvador. Para que en esto veas cuán perseverante, cuán firme y verdadero es el amor de Cristo, y cómo (cuanto es de su parte) nunca cesa hasta poner en salvo á los que ama. En víspera estaba de su pasión: la muerte, la cruz y los azotes tenía ante los ojos: mas ni esto ni todo lo demás bastó para que dejase de enseñar y ordenar allí todo lo que convenía para nuestra salud.

III. Como el demonio (dice) hubiese puesto en corazón á Judas que le vendiese. Tan grande y tan espantoso maleficio no bastó para que el Señor lo excluyese de aquel beneficio, ni echarle fuera de la cena, sino antes con oficios de caridad y humildad pretendió curar su rebeldía. Nosotros como flacos y pusilánimes por cualquier cosilla quitamos la habla, y cerramos luego las puertas de la misericordia, y dejamos de hacer el bien que solíamos á los hermanos.

IV. Sabiendo (dice) que todas las cosas puso el Padre en sus manos: para que veas que ni el poder, ni la sabiduría, ni la majestad, ni la grandeza, fueron parte para que no se inclinase á una obra de tanta humildad como fué lavar los pies de los pescadores.

V. Quitóse (dice) las vestiduras &c. ¡Oh ingratitud y miseria del linaje humano! Dios quita todos los impedimentos para servir al hombre: pues ¿porqué no los quitará el hombre para servir á Dios? Si el cielo así se inclina á la tierra, ¿porqué no se inclinará la tierra al cielo? Si el abismo de la misericordia así se inclina al de la miseria, ¿porqué no se inclinará el de la miseria á la misma misericordia?

VI. Él mismo fué el que se ciñió, y el que echó agua en el baño, y el que lavó los pies de los discípulos: para que por aquí entiendan los amadores de la virtud y los que tienen cargo de ánimas, que no han de cometer á otros los oficios de piedad, sino ellos por sí mismos han de poner las manos en todo. Porque si el hombre desea el galardón en sí y no en otro, por sí mismo ha de hacer las obras de virtud y no por otro.

VII. Respóndele Pedro: ¿Tú, Señor, lavas á mí los pies? Bien parece cuán grosera es la razón del hombre para penetrar las obras de Dios, y por consiguiente cómo es necesario descalzar los zapatos, esto es, despojarse de todos los juicios y pareceres humanos y vestirse de humildad y fe para tratar con él y considerar sus maravillas.

VIII. Respóndele Cristo: Si no te lavare, no tendrás parte en mí. Esta palabra había de traer el cristiano siempre en su corazón, y ésta sola le debría bastar por escudo contra todas las tentaciones del enemigo. Señor, ¿que si esto hago, no tendré parte en vos? ¿Que estaré descomulgado de vos? ¿Que estaré fuera de vuestra amistad y gracia, y fuera del amparo de vuestra pro-

videncia? Pues ¿qué será de mí sin vos? Antes me vea yo, Señor, sumido en los abismos, que consienta estar un solo momento apartado de vos.

De la institución del Sanctísimo Sacramento.

MUCHO se nos descubrió la grandeza del amor de Cristo en la obra del lavatorio, mas mucho más se descubre en la instituición del Sanctísimo Sacramento. Si no, pide al Señor ojos para saber mirar esta obra por todas partes, porque por todas ellas está echando llamas de amor. Si miras lo que se da, y á quien se da, y el fin para que se da, y la manera en que se da, y aun el tiempo en que se da, cada cosa de éstas por sí es un grande incentivo de amor.

II. Mira el tiempo en que se da, que es (como lo notó el Apóstol) en aquella noche en que el mundo le hacía el más mal tratamiento que podía, porque en ésa se puso él á hacerle el mayor bien que podía, que era darse á sí mismo. Mira, pues, cuánto resplandece aquí la inmensidad de la largueza y bondad de Dios.

III. Y ya que la dádiva era tan grande, si la diera á quien la mereciera, ó á quien la agradeciera, ó á quien supiera aprovecharse de ella, no fuera tanto: mas darla á quien tan mal la conosce, y tan poco la agradece, y tan mal se sabe della aprovechar, esto es de bondad y misericordia singular. Quisiste, Señor, declarar la grandeza de tu bondad al mundo, y supístelo muy bien hacer, porque para esto buscaste la más ingrata y más indigna de las criaturas, para que tanto más resplandeciese la grandeza de tu gracia, cuanto más indigna era la persona.

IV. Los pintores cuando pintan una imagen blanca, suelen ponerla en medio de un campo negro, para que salga mejor el un contrario par del otro. Pues así tú, Señor, usaste de esta tan maravillosa gracia con una tan indigna criatura, para que la indignidad de esa criatura descubriese más la grandeza de tu gracia.

V. Ni es menos de notar la especie en que este Señor quiso quedar acá con nosotros: porque si en su propria forma quedara, quedara solamente para ser venerado: mas quedando en forma

de pan, queda para ser amado y venerado. Venerándolo se ejercita la fe, amándolo la caridad. Y así este divino manjar es nutrimento de fe y amor.

VI. Llámase pan de vida, porque es la misma vida en figura de pan, y por esto esotro pan poco á poco va dando vida á quien lo come, después de muchas digestiones: mas el que dignamente come este pan, en un momento recibe vida, porque come la misma vida. De manera que si tienes horror deste manjar porque es vivo, allégate á él porque es pan: y si lo tienes en poco porque es pan, estímalo en mucho porque es vivo.

VII. Sobre todas estas cosas mueve el fin para que este misterio fué instituído, que fué para transformar, abrasar y unir los hombres con Dios por amor y hacerlos una misma cosa con Él. Oh rey de gloria, ¿qué tiene este hombre, porque tanto le amas y tanto quieres ser amado dél? ¡Oh cosa de grande admiración! Si todo tu ser y tu gloria y bienaventuranza dependiera del hombre (así como toda la del hombre pende de ti) ¿qué más hicieras de lo que heciste para ser amado dél? Cosa es por cierto maravillosa, que estando toda mi salud, toda mi gloria y bienaventuranza en ti, huya de ti, y teniendo tú tan poca necesidad de mí, hagas tantos extremos por mí.

EL MARTES II.

Este día, hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba pusimos, pensarás en estos tres pasos, conviene saber, en la oración del huerto, y en la prisión del Salvador, y en el desamparo de sus discípulos.

El texto de los Evangelistas dice así:

ACABADA la cena, vino el Señor con sus discípulos al huerto que se dice de Getsemaní, y díjoles: Esperad aquí hasta que vaya allí, y haga oración. Y tomando consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, comenzó á temer y entristecerse, y díjoles: Triste está mi ánima hasta la muerte: esperadme aquí, y velad comigo. Y adelantándose un poquito dellos, postróse: y caído sobre su rostro, oró y dijo: Padre mío, si es posible, pase este cáliz de mí: mas no se haga como yo lo quiero, sino como

tú. Y vino á los discípulos, y hallólos durmiendo, y dijo á Pedro: ¿Así no pudiste una hora velar comigo? Velad y orad, porque no entréis en tentación. El espíritu está prompto, mas la carne flaca. Y otra vez volvió, y hizo la misma oración, diciendo: Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que lo haya de beber, hágase tu voluntad. Y vino otra vez, y halló los discípulos durmiendo, porque estaban sus ojos cargados de sueño, y dejándolos así, volvió tercera vez, y hizo la misma oración. Y aparescióle allí un ángel del cielo que lo confortaba: y puesto en agonía, hacía más larga su oración. Y hízose el sudor dél así como gotas de sangre, que corrían hasta el suelo. Entonces vino á sus discípulos, y díjoles: Dormid ya y descansad: veis aquí llegada la hora, y el hijo de la Virgen será entregado en manos de pecadores. Levantaos y vamos: catad que agora vendrá el que me ha de entregar.

Aun Él estaba hablando esto, y he aquí á Judas uno de los doce, vino, y con él mucha compañía de gente con espadas y lanzas, y hachas, y armas, y lanternas, enviados por los princípes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. Y el que lo traía vendido, dióles esta señal diciendo: A cualquiera que yo besare, prendedle vosotros y llevadlo á buen recaudo. Y luego allegándose á Jesú, dijo: Dios te salve, Maestro. Y dióle paz en el rostro. Y díjole Jesús. ¿Amigo, á qué veniste? Pues Simón Pedro como tuviese una espada, desenvainóla, y hirió á un criado del Pontífice, y cortóle la oreja derecha. Y llamábase el criado Malco. Dijo pues entonces Jesús á Pedro: Mete la espada en su vaina. El cáliz que me dió mi padre, ¿no quieres que le beba? Y como le tocase la oreja, sanólo. En aquella hora dijo Jesús á los príncipes de los sacerdotes, y á los oficiales del templo, y á los ancianos que habían venido á Él: ¿Como á ladrón salistes á mí con espadas y lanzas? Y habiendo yo cada día estado con vosotros en el templo, no pusistes las manos en mí. Mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Entonces los soldados y el tribuno y los ministros de los judíos pusieron las manos en Jesús, y atáronle, y así atado le trajeron primero á casa de Anás, por que era suegro de Caifás, el cual era pontífice de aquel año. Entonces todos los discípulos dejaron al Señor y huyeron.

Materia de consideración sobre estos pasos del texto.

Acerca de la sacratísima pasión del Salvador primeramente considera cómo acabados los misterios de la cena, dió el Señor licencia á todos los dolores y pasiones que entrasen en su ánima y le comenzasen á entristecer: y la tristeza fué tan grande, que le hizo decir aquellas dolorosas palabras: Triste está mi ánima hasta la muerte: conviene saber, llena de tristeza mortal, bastante para causar la muerte, si Él miraculosamente no reservara la vida para mayores martirios.

II. Mira cómo cercado de esta tristeza, se fué al huerto á hacer oración y dar cuenta al Padre de sus trabajos, para enseñarnos que en todas nuestras tribulaciones y fatigas debemos recurrir confiadamente al eterno Padre con afecto y corazón de hijos, para ser socorridos. El cual socorro es tan grande, tan cierto y tan verdadero, que si tuviésemos una poca de luz del cielo, á lo menos por esta causa habíamos de desear siempre tribulaciones, por tener ocasión de acudir muchas veces á este Padre. Y mira cómo cuanto más crescía el agonía de su pasión, tanto más prolijamente oraba, para enseñarnos que mientra más cresciere nuestra tribulación, mas ha de crecer el ejercicio de la oración. De manera que el crescimiento de una fuerza ha de ser causa del crescimiento de la otra. Y así en lo primero nos enseña á orar, y en lo segundo á perseverar en la oración. Pues, oh alma mía, ¿para qué andas buscando remedios vanos y infieles en tus necesidades? ¿Porqué no te socorres al Padre celestial diciendo: Señor, si es posible, pase este cáliz de mí, y si no, hágase vuestra sancta voluntad?

III. Considera el agonía espantosa que el Señor padeció en aquella oración, la cual bastó para hacerle sudar gotas de sangre, cosa nunca jamás vista ni oída en el mundo. Y la causa deste tan extraño sudor fué la aprehensión vehementísima de todos los dolores y martirios que le estaban aparejados, y de la causa de ellos, que fueron nuestros pecados. De manera que allí fué interiormente azotado, escupido, abofeteado, coronado, reprobado y crucificado, aprehendiendo en su delicatísima imaginación todas las imágines destos tormentos, y sintiendo en la parte afectiva dolores conformes á las dichas imágines. Y todo esto sin mezcla

de ningún consuelo ni alivio, ni del cielo, ni de la tierra, ni de sus amigos, ni de sí mismo.

IV. Considera, pues, de la manera que estaba allí aquella sacratísima humanidad agonizando, yendo y volviendo de los discípulos al Padre, y del Padre á los discípulos, buscando consolación, y no hallándola, como el más desamparado hombre del mundo, y más indigno de consolación. Porque el Padre no óía la oración que por parte de la inocentísima carne se le hacía: los discípulos amados (que con su presencia y compañía pudieran algún tanto aliviar la carga de aquella noche tristísima) dormían: Judas y los príncipes de los sacerdotes, armados de mil engaños y malicias, velaban. Y sobre todos estos desamparos era aun mayor el desamparo de sí mismo: porque ni de la parte superior de la razón, ni de la divinidad, recebía algún linaje de consuelo. De manera que á solo el amantísimo Hijo dió el Padre á beber el cáliz de todas las iras que había concebido contra el mundo, y éste puro sin alguna mezcla de consolación. Por donde vino á decir el Hijo dulcísimo aquellas palabras: Por mí, Señor, pasaron todas tus iras, y tus espantos me conturbaron. Y dice muy bien pasaron, y no, permanecieron: porque no merecía Él la ira como pecador, sino como fiador y remediador de pecadores.

V. Pues, oh Cordero inocentísimo, ¿quién puso sobre vos esa tan pesada carga, que sólo imaginarla os hace sudar gotas de sangre? ¿Quién os hirió, Señor? ¿Qué sangre es ésa que está goteando de todo vuestro cuerpo? No veo aun agora verdugos, ni parecen aquí señales de azotes, ni de clavos ni espinas: entiendo, Señor, que vuestra grande caridad quiere ser la primera en sacaros sangre sin hierro y sin cuchillo, para que se entienda que ella es la que abre camino á todos los otros perseguidores.

De la prisión del Salvador.

CONSIDERA luego cómo acabada la oración vino todo aquel escuadrón de gente armada, y con ellos también muchos de los príncipes de los sacerdotes y fariseos, para prender al Cordero. Porque no se atrevieron á fiar este negocio de los ministros y soldados mercenarios (porque no les acaesciese lo que

otra vez, cuando la predicación del Señor los convertió y los hizo volver sin él) sino ellos mismos vinieron en persona, como gente tan confiada de su malicia, que ni por sermones ni por cosas que viesen, esperaban desistir de su demanda. De manera que los que eran mayores en la dignidad, ésos fueron mayores en la maldad, cuando vinieron á estragarse. De donde aprenderás que así como el mejor vino se hace el más fuerte vinagre (cuando se viene á corromper) así aquéllos que por razón de su estado ó dignidad están más altos y más llegados á Dios (como son los sacerdotes y religiosos) cuando se dañan, vienen á ser peores que todos los otros hombres, así como del mayor ángel se hizo el mayor diablo.

II. Venía Judas por adalid y capitán de este ejército de Satanás, caído ya (como otro Lucifer) del más alto estado de la Iglesia (que es el apostolado) en el más profundo abismo de maldad, que era ser el primer conjurado en la muerte de Cristo. Mira, pues, á qué extremo de males llegó este miserable, por no resistir á los principios de sus malas afeciones y cobdicias. ¡Ay de ti, si no resistes á las tuyas! Porque ¿qué se podrá esperar de ti, que no tienes tantos aparejos y defensivos como éste tuvo? No aprendes en tal escuela, no conversas con tal maestro ni con tales condiscípulos, ¿pues qué puedes esperar de ti, si por todas partes no te velas?

III. Habíales este traidor dado señal diciendo: Á quienquiera que yo besare &c. El Maestro dulcísimo, y fuente de caridad y amor, ¿con qué otro cebo le habían de armar lazos, con qué otra señal le habían de prender, sino con señal de amor? Aceptó el Señor este cruel beso, por quebrantar siquiera con la dulzura de esta mansedumbre la dureza de aquel rebelde corazón: mas al ánimo obstinado y pervertido por demás son los remedios. Mas tú, ánima mía, considera que si este dulcísimo y mansísimo cordero no desechó el engañoso beso del que tan cruelmente le vendía, ¿cómo desechará el beso interior del que entrañablemente le ama?

IV. Considera también la virtud de aquellas palabras que el Señor dijo á Pedro, cuando hirió al criado del Pontífice: El cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que le beba? Éste es el escudo general con que se ha de defender el cristiano en todos los trabajos y tribulaciones. Venga por quien viniere, sea hombre,

sea demonio, todo ello viene por parte de Dios, todo es cáliz que nos da el eterno Padre. Así lo confesó el sancto Job, cuando viéndose tan afligido y mal tratado del demonio, dijo: Diosl o dió, y Dios lo quitó: como al Señor plugo, así se hizo, sea el nombre del Señor bendito. Así lo confesó también el rey David cuando le maldecía Semeí, diciendo que Dios le había mandado que le maldijese. Y pues todos éstos son cálices del Padre, no hay por qué temer la purga ordenada por mano de físico tan piadoso, que tiene nombre de padre, ni tampoco hay por qué recelar el amargura del vaso, después que aquellos dulcísimos labrios del Hijo (en quien toda la gracia fué derramada) quedaron impresos en él.

V. Huyen los discípulos y desamparan al Señor. Siguiéronle hasta la cena, y desamparáronle en el camino de la cruz. Todos somos en esta parte imitadores de los discípulos, todos huímos los trabajos y dejamos de seguir á Cristo cuando camina á la cruz, deseándole seguir cuando camina á los cielos. Y si por ventura le seguimos, seguímosle dende lejos (como los discípulos le siguían) que es poniéndonos á muy pequeños trabajos por su amor. Mas ¡ay de mí, que ellos huían de ti por el peligro que vían: mas yo sin peligro huyo, y no sólo sin peligro, mas antes viendo el peligro que se me sigue de apartarme de ti: pues apartarme de ti es apartarme de la luz, de la vida, del descanso, de la consolación y de todos los bienes! ¡Cuánto es, pues, mayor mi culpa que la suya!

EL MIÉRCOLES II.

Este día se ha de contemplar la presentación del Señor á los pontífices y jueces: la primera á Anás, la segunda á Caifás, la tercera á Herodes, la cuarta á Pilato: y después de esto los azotes á la columna.

El texto de los Evangelistas dice así.

PUES como el Señor fuese presentado al pontífice Anás, preguntóle el Pontífice por sus discípulos y doctrina. Respondió Jesús: Yo públicamente he hablado al mundo, yo siempre enseñé en públicos ayuntamientos y en el templo, donde todos

los judíos se juntan, y en secreto no he hablado nada. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que la han oído, que ellos saben lo que yo he dicho. Como él dijese esto, uno de los ministros que asistían al Pontífice, dió una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Respondió Jesús: Si mal hablé, muéstrame en qué, y si bien, ¿porqué me hieres?

Y envióle Anás atado á Caifás, donde los letrados de la ley y los ancianos estaban ayuntados. El Príncipe de los sacerdotes y los letrados buscaban algún falso testimonio contra Jesús, por donde le condenasen á muerte, y no lo hallaban, aunque se juntaron allí muchos falsos testigos. En fin vinieron dos falsos testigos, y dijeron: Éste dijo: Yo puedo destruir el templo de Dios y volverlo á reedificar después de tres días. Y levantándose el Príncipe de los sacerdotes díjole: Conjúrote de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios. Díjole Jesús, Tú lo dijiste. Mas en verdad os digo que presto veréis al hijo del hombre asentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo. Entonces el Príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras y dijo: Blasfemado ha. ¿Qué necesidad tenemos aquí de testigos? Catad aquí habéis oído la blasfemia, ¿qué os parece? Ellos respondieron: Merecedor es de muerte. Entonces escupieron en su rostro, y diéronle de pescozones, y otros le daban en la cara bofetadas y decían: Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?

El día siguiente por la mañana, toda la muchedumbre de los príncipes del pueblo llevaron á Jesús á Pilato, y comenzaron á acusarle, diciendo: Á este hombre hallamos que pervertía nuestra gente y vedaba que no se pagase tributo á César, diciendo que Él era el rey Mesías. Y Pilato preguntóle, diciendo: ¿Tú eres rey de los judíos? Y Él respondió: Tú lo dices. Y siendo acusado de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos, no respondía nada. Entonces le dijo Pilato: ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti? Y Él no le respondió á ninguna palabra, tanto que el juez estaba maravillado en gran manera. Dijo pues Pilato á los príncipes de los sacerdotes y á la gente: No hallo culpa en este hombre. Mas ellos daban voces y porfiaban diciendo: Ha alborotado el pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando dende Galilea hasta aquí.

Pilato, oyendo que se hacía mención de Galilea, preguntó si

por ventura el Señor fuese de Galilea. Y como supo que era de la jurisdición de Herodes, envióle á él, el cual en aquellos días estaba en Jerusalem. Y Herodes viendo á Jesú, gozóse mucho, porque había mucho tiempo que le deseaba ver, y había oído muchas cosas dél, y esperaba ver algún milagro que hiciese delante dél. Estaban allí los príncipes de los sacerdotes y letrados de la ley acusándole fuertemente: y menospreciólo Herodes con toda su corte, y hizo burla dél. Y vestiéndole de una vestidura blanca, volvióle á enviar á Pilato.

Y por razón del día solemne de la Pascua tenía por costumbre el presidente soltarles un preso, cual ellos le pidiesen. Y tenía entonces preso un malhechor famoso que se decía Barrabás. Pues ayuntándolos á todos en uno, díjoles Pilato: ¿Á quién queréis que os suelte de los dos, á Barrabás, ó á Jesús que se llama Cristo? Y ellos respondieron: No á éste sino á Barrabás: el cual estaba en la cárcel por un alboroto que había levantado en la ciudad, en el cual había muerto un hombre. Díjoles entonces Pilato: Pues ¿qué haré de Jesús que se llama Cristo? Dicen todos: Sea crucificado. Entonces tomó Pilato á Jesús y azotólo.

Meditación sobre estos pasos del texto.

TODOS estos pasos y estaciones que el Salvador anduvo, están llenos de doctrina y ejemplos, y por esto en todos ellos conviene que le sigamos y acompañemos, para sentir y agradescer todo lo que padece por nuestra causa.

I. Pues primeramente considera aquella tan grande afrenta que el Señor recibió en casa del primer juez con la bofetada que allí le dieron, y mira cómo el Pontífice y los circunstantes se ríen de ver al Señor tan duramente herido, y por el contrario cómo los que eran de su parte se entristecerían, no pudiendo sufrir tan grande injuria en persona de tan grande majestad. Mira otrosí con cuánta caridad y mansedumbre corrigió al que le había herido, diciendo: Si mal hablé, muéstrame en qué, y si bien, ¿porqué me hieres? Como si claramente dijera: Mal me has injuriado sin habértelo merecido.

II. Considera luego cómo fué llevado á casa de Caifás, y las injurias que allí recibió cuando respondió á la pregunta del Pontífice que le preguntaba quién era. Porque allí no uno solo, sino

todos cuantos presentes estaban, arremetieron al cordero como lobos rabiosos, y todos á una le herían sin ninguna piedad. Unos le daban de bofetadas y pescozones, otros escupían en su rostro, otros arrancaban sus venerables cabellos, y otros hacían y decían contra Él muchos denuestos y escarnios. Pero lo que entonces más sentía el Salvador, era la ofensa que se hacía á su eterno Padre, compadesciéndose mucho más de la culpa de sus enemigos, que de sus proprios trabajos.

III. Lo tercero considera las fatigas que toda aquella noche padesció en poder de los soldados que le tenían á cargo, y cómo luego por la mañana fué presentado por todo el concilio de los sacerdotes ante el presidente Pilato, y acusado con falsos testimonios, y cómo por él fué mandado llevar al rey Herodes para que él conosciese de la causa. Mira pues al Señor en todos estos pasos y caminos cómo es llevado y traído por las calles públicas y plazas de Hierusalem con grande alboroto y concurso de pueblo, y con gente de armas y ministros de justicia que le iban guardando como á un malhechor. Y juntamente con esto considera la grandeza de la injuria que en casa de aquel rey inicuo recibió, donde fué burlado dél y de toda su corte, y vestido como loco de una vestidura blanca, y traído con ella otra vez por los mismos lugares por do había venido. Aquí aprenderás á ser humilde, cuando fueres menospreciado ó curiosa y vanamente preguntado, y con esto verás cuántos pasos y caminos será razón dar á veces por amor de Dios y de los prójimos, pues tantos y tan trabajosos dió el Criador del mundo por nosotros.

IV. Sobre todo esto considera aquellos cruelísimos azotes que el Salvador recibió á la columna. Porque como el juez vió la furia con que aquellos malaventurados pidían al Salvador la muerte, por satisfacer en algo á su rabioso apetito, mandólo cruelmente azotar, creyendo que con solo esto se aplacarían.

V. Pues si quieres, oh ánima mía, saber lo que por ti padesció el Salvador en este paso, entra con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás. Allí desnudan de sus vestiduras al que viste los campos de hermosura, y atan á la columna á las manos que los cielos criaron. Atado pues ya, y desnudo el Salvador, y aparejado para los azotes, aparéjanse por otra parte los ministros malvados, y desnúdanse también ellos para mejor ejecutar

en Él su crueldad. Comienzan de dos en dos á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas carnes virginales. Unos caen sobre las espaldas, otros sobre los pechos, otros lo ciñen por la cintura y por el vientre. Levántanse por todas partes las ronchas y cardenales: por otra rásganse los cueros y las venas, y comienza á reventar aquella sangre divina. Comienza luego el cuerpo á teñirse de diversos colores y pinturas: mas después cayendo unos azotes sobre otros, ensánchanse unas llagas con otras, y rásgase por todas partes la carne bendita, y ya entonces el cuerpo no parecía pintado como de antes, porque todo estaba desollado y hecho una grande llaga que por todas partes manaba sangre. Entonces se cumplió aquella profecía de Isaías que dice: Perdido ha su parecer y hermosura: vímosle, y no tenía figura de hombre, y deseamos verle el más despreciado y abatido de todos los hombres, varón de dolores y que sabe de enfermedades. Y nosotros tuvímoslo por leproso, y herido de Dios, y humillado: mas Él fué herido por nuestras maldades y atormentado por nuestros pecados. La disciplina de nuestra paz cayó sobre Él, pagando Él lo que nosotros merescíamos, y con sus llagas y dolores fuimos curados.

VI. Á todo esto el inocente Cordero estaba sosegado y mudo, y en medio de tan grandes dolores estaba aquel sagrado corazón pacífico, y aquel precioso y sancto cuerpo quedo y fijo mucho más que la columna. Si no fueran más que las sogas las que lo tenían atado, no pudieran las carnes dejar de hacer su sentimiento al caer de tales golpes: mas como eran otras prisiones más fuertes las que allí le tenían preso (que eran las de nuestro amor) éstas fueron bastantes para que su preciosísimo cuerpo estuviese tan sosegado, y su lindo rostro tan sereno, y su corazón tan pacífico y reposado. Los cielos se entristecían de dolor, los ángeles de la paz lloraban de compasión, y el mismo que padescía no se acuita, ni se queja, ni ruega que den un poco de alivio á tal dolor. Los brazos de los verdugos estaban ya cansados atormentando, y el atormentado no desfallecía ni se cansaba de padescer.

VII. Acabado ya el martirio de los azotes, desatan al Salvador de la columna: donde puedes, ánima mía, considerar cuán debilitado quedaría, y cómo apenas se podría sostener en los miembros, por estar todos tan lastimados, y tan desangrados, y sobre

todo tan pasmados por el grande frío que hacía, y por haber estado el sancto cuerpo tanto tiempo desnudo y despojado, no solamente de las vestiduras, sino también de los cueros y de la sangre. No hubo allí unturas para las heridas del disciplinado, no lavatorio para sus llagas, no conservas ni letuarios para quien tal noche y tal día había llevado.

VIII. Ni tampoco hubo quien movido á piedad le diese las vestiduras que estaban por el pretorio derramadas, sino Él mismo desnudo ya, y avergonzado, y temblando de frío las anduvo recogiendo con toda humildad y mansedumbre, y así se las vistió delante de aquellos carniceros, como si fuera un esclavo que ellos hobieran azotado ó castigado por algún delicto ¿Cómo no tiemblan los hombres deste juicio? ¿Cómo no entienden por aquí la severidad de aquella divina justicia, que tal satisfación pidió por los pecados del mundo? Suelen los que tienen cargo de criar príncipes azotar un esclavillo delante dellos ásperamente, para hacerlos temer con esto: y aun hasta los leones temen cuando ven azotar un cachorrillo delante sí. Pues si teme el león, ¿cómo no teme el cabrito? Si teme el hijo del rey cuando ve azotar delante de sí al esclavillo, ¿cuánta razón es que tema el esclavo malo cuando ve azotar y tratar así al Hijo del Rey del cielo? Si esto se hace con el que paga por pecados ajenos, ¿qué se hará con el que fuere castigado por los proprios? Pues, oh rey mío y misericordia mía, dame gracia para que atado yo contigo á esta columna, aprenda de aquí no sólo á amarte viendo lo que padesces por mí, sino también á temerte viendo lo que se paga por el pecado.

Acabada la meditación, &c.

EL JUEVES II.

Este día podrás pensar en la coronación de espinas y el Ecce Homo, y cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas.

El texto de los Evangelistas dice así.

ENTONCES, conviene saber, después de haber azotado al Señor, los soldados del presidente recibiendo á Jesús en el audiencia, llamaron allí toda la gente de guerra, y desnudándo-

le de sus vestiduras, cubriéronle con una ropa colorada, y tejiendo una corona de espinas pusiéronla sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha, y hincadas las rodillas burlaban dél, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos. Y escupiendo en Él, tomaban la caña que tenía en la mano, y hiríanle con ella en la cabeza, y dábanle de bofetadas.

Salió pues otra vez Pilato, y díjoles: Veislo, aquí os lo traigo fuera, para que conozcáis que no hallo en Él causa para lo justiciar. Salió pues Jesús fuera, puesta la corona de espinas en la cabeza, y vestida la ropa de púrpura. Y díceles: Ecce Homo. Pues como lo viesen los pontífices y ministros del pueblo, daban voces diciendo: Crucifícalo, crucifícalo. Díceles Pilato: Tomadlo vosotros y crucificadlo, porque yo no hallo causa para lo crucificar. Respondieron los judíos: Nosotros tenemos ley, y según la ley ha de morir, porque se hizo hijo de Dios. Pues como oyese Pilato estas palabras, temió más. Y entrando otra vez en el audiencia, dijo á Jesús: ¿De dónde eres tú? Y Jesús no le respondió. Dícele Pilato: ¿Á mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y poder para soltarte? Respondió Jesús: No ternías poder ninguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Y por tanto el que me entregó en tus manos, mayor pecado tiene sobre sí. Desde entonces procuraba Pilato de soltarle. Mas ellos daban grandes voces pidiendo que fuese crucificado, y prevalecían las voces dellos, y Pilato determinó que se compliese su petición, y soltóles al que por razón del homicidio y escándalo había sido echado en la cárcel, y entregó á Jesús á la voluntad dellos. Y tomaron á Jesús y sacáronlo fuera, y llevando Él sobre sí la cruz, salió al lugar que se decía Calvario. Seguíalo en este camino mucha compañía del pueblo y de mujeres que iban llorando y lamentando en pos dél. Y volviéndose á ellas díjoles: Hijas de Hierusalem, no lloréis sobre mí, sino sobre vosotras llorad, y sobre vuestros hijos. Porque presto vernán días en que digan: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros, y á los collados: Cubridnos: porque si esto hacen en el madero verde, ¿en el seco qué se hará?

Meditación sobre estos pasos del texto.

ACABADO el martirio de los azotes, comiénzase de nuevo otro no menos injurioso, que fué la coronación de espinas. Habían menester nuestras galas y atavíos especial medicina, pues tan especialmente con ellas ofendimos á Dios, y borramos la imagen que Él puso en nuestras ánimas, y pusimos en su lugar la que el demonio nos enseñó. Pues para satisfacer por esta culpa, es aquí afeada la hermosura del cielo, y es pungida con crueles espinas aquella cabeza de oro. Llegan, pues, los soldados del presidente, y llaman toda la otra gente de su compañía, para que gozasen desta tan inhumana fiesta y les ayudasen con sus cerimonias y reverencias á celebrarla: y tejiendo primeramente una corona de juncos marinos, híncansela por el sagrado celebro para que así padeciese con ella por una parte sumo dolor, y por otra sumo escarnio. Muchas de las espinas se quebraban al entrar por la cabeza, otras llegaban (como dice S. Bernardo) hasta los huesos. Y no contentos con este tan doloroso escarnio, vístenle de una púrpura vieja y rasgada, y pónenle por ceptro real una caña en la mano, y hincándose de rodillas, dábanle de bofetadas, y escupíanle en la cara, y tomábanle la caña de las manos, y hiríanle con ella en la cabeza, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos.

II. No parece que era posible caber tantas invenciones de crueldades en corazones humanos. Porque cosas eran éstas que si en un perro de la calle se hicieran, bastaran para enternecer cualquiera corazón. Mas como era el demonio el que las inventaba, y Dios el que las padescía, ni aquella tan grande malicia se hartaba con ningún tormento, según era grande su odio, ni á aquella divina piedad bastaban todos estos trabajos, según era grande su amor.

III. Mas tú, ánima mía, deja de considerar agora la crueldad de los hombres y la malicia de los demonios, y vuelve los ojos á considerar la figura tan lastimera que allí ternía el más hermoso de los hijos de los hombres. Oh pacientísimo y clementísimo Redemptor, ¿qué figura es ésta tan dolorosa, qué martirio tan nuevo, qué mudanza tan extraña? ¿Eres tú Aquél que poco antes discurrías por las ciudades predicando y haciendo tantas maravillas? ¿Eres tú Aquél que poco antes en el monte Tabor res-

plandeciste con figura celestial y vestiduras de nieve? ¿Eres tú Aquél testificado con voces del cielo por Hijo de Dios y maestro del mundo? Pues ¿cómo se perdió aquella hermosura tan grande? ¿Qué se hizo aquel resplandor de tu cara? ¿Dónde están las vestiduras de nieve? ¿Qué es de la gloria del Hijo? ¿Qué es de la dignidad y pompa de rey? ¿Ése es el reino que te tenían aparejado? ¿Ésa es la corona, ésa la púrpura, y el ceptro y las cerimonias de rey? ¿Ése el reino tan cantado por los Profetas, tan predicado en los Psalmos, tan esperado de las gentes? ¡Oh nueva manera de reino! ¿Quién escogerá ese reinado? ¿Quién alzará esa corona, aunque la hallare en el suelo?

IV.. Deleitábase antes mi ánima cuando te miraba muy más hermoso que aquel tan afamado Absalón, que dende la punta del pie hasta la cabeza no tenía mácula, y agora veo que desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en ti cosa sana. Véote el más abatido de los hombres, sin hermosura, sin honra y sin figura, no solamente de rey, mas ni de hombre. La sangre que de la cabeza deciende, ha cubierto la imagen del rostro, las salivas han borrado la figura del hombre. Gusano pareces y no hombre, oprobrio de los hombres y desecho del mundo. Ésta es, Señor, la cura de mi soberbia, ésta la satisfación de mis atavíos y regalos, éste el dechado de la verdadera humildad y paciencia, éste el camino de la cruz para el reino, y éste el ejemplo del menosprecio del mundo. Esto me predican tus llagas, esto me enseñan tus deshonras, esto es lo que leo en el libro de tu pasión.

V. Pues como el presidente tuviese claramente conoscida la inocencia del Salvador, y viese que no su culpa, sino la invidia de sus enemigos le condenaban, procuraba por todas vías librarle de sus manos. Para lo cual le pareció bastante medio sacarlo así como estaba á vista del pueblo furioso: porque Él estaba tal, que bastaba la figura que tenía (según él creyó) para amansar la furia de sus rabiosos corazones.

VI. Tú, ánima mía, procura hallarte presente á este espectáculo tan doloroso, y como si allí te hallaras, mira con grande atención la figura que trae Aquél que es resplandor de la gloria del Padre, por restituir la que tú perdiste. Mira cuán avergonzado estaría allí en medio de tanta gente con su vestidura de escarnio colorada y mal puesta, con su corona de espinas en la cabeza, con su caña en la mano, con el cuerpo todo quebrantado y mo-

lido de azotes y temblando de frío. Mira cuál estaría aquel divino rostro hinchado de los golpes, afeado con las salivas, rascuñado con las espinas, arroyado con la sangre, por unas partes reciente y fresca, y por otras fea y denegrida. Y como el sancto Cordero tenía las manos atadas, no podría con ellas alimpiar los hilos de la sangre que por los ojos caían, y así estarían aquellas dos lumbreras del cielo eclipsadas y ciegas, y hechas un pedazo de carne y de sangre. Finalmente tal estaba su figura, que ya ni parecía quién era, y aun apenas parecería hombre, sino un retablo de dolores pintado por las manos de aquel cruel presidente, á fin de que así como los oradores de Roma (para mover los jueces) ponían delante á los reos con un hábito y rostro muy doloroso, así el Señor saliese con tales y tan lastimeras insignias, que abogase por él ante sus enemigos su cuerpo tan despedazado y su lastimera figura.

VII. Mas como todo esto ninguna cosa aprovechase, dióse por sentencia que el inocente fuese condenado á muerte, y muerte de cruz. Y para que por todas partes creciese su tormento y su deshonra, ordenaron sus enemigos que él mismo llevase el madero en que había de ser justiciado.

Toman, pues, aquellos crueles carniceros el sancto madero (que según se escribe, era de quince pies en largo) y cárganlo sobre los hombros del Salvador, el cual según los trabajos de aquel día y de la noche pasada, y la mucha sangre que con los azotes había perdido, apenas podía tenerse en pie y sostener la carga de su proprio cuerpo: y sobre ésta le añaden tan grande sobrecarga como era el peso de la cruz. Aquí pues, oh ánima mía, lleva el Señor sobre sí la carga de tus pecados y el peso de todas tus maldades. Dale gracias por ese tan grande beneficio, y ayúdale á llevar esa cruz por imitación de su ejemplo, y síguelo con las lágrimas de esas piadosas mujeres que lo van acompañando, y mira sobre todo esto que si eso se hace en el madero verde, en el seco ¿qué se hará?

EL VIERNES II.

Este día, hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba pusimos, se ha de meditar cómo el Salvador fué enclavado en la cruz, con todo lo que pasó acerca de este misterio.

El texto de los Evangelistas.

VINIERON (dice el Evangelista) al lugar que se dice Gólgota, que es al monte Calvario, y allí dieron á beber al Señor vino mezclado con hiel: y como lo gustase, no lo quiso beber. Era entonces hora de tercia, y crucificáronlo, y con él crucificaron dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y allí se cumplió la Escriptura que dice: Con los malos fué reputado. Escribió también un título Pilato, y púsolo sobre la cruz. Y estaba escrito en él: Jesús Nazareno Rey de los judíos. Este título leyeron muchos de los judíos, porque el lugar donde Jesús fué crucificado, estaba cerca de la ciudad. Y estaba escrito con letras hebreas, griegas y latinas. Decían pues á Pilato los príncipes de los judíos: No escribas Rey de los judíos, sino que Él dijo, Rey soy de los judíos. Respondió Pilato: lo escrito, escrito.

Mas los soldados después que le hobieron crucificado, tomaron sus vestiduras, y repartiéronlas en cuatro partes, para que les cupiese á cada uno su parte. Y tomaron también la túnica, la cual no era cosida, sino tejida de alto á bajo. Dijeron pues entre sí los soldados: No partamos esta túnica, sino echemos suertes sobre quién se la llevará. Para que se cumpliese la Escriptura que dice: Partieron mis vestiduras entre sí, y sobre mi vestidura echaron suertes. Esto fué lo que hicieron los soldados.

Y los que pasaban por aquel camino, blasfemaban del Señor, meneando las cabezas y diciendo: Ah, que destruyes el templo de Dios, y en tres días lo vuelves á reedificar, hazte salvo á ti mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Ansimismo los príncipes de los sacerdotes escarnecían dél, con los letrados de la ley y con los ancianos, y decían: Á otros hizo salvos, y á sí no puede salvar. Pues que es rey de Israel, descienda de la cruz, y creeremos en Él. Tiene su esperanza en Dios, líbrelo si quiere librarlo, pues Él dijo: Hijo soy de Dios. Y con aquellas mismas palabras le daban en cara los ladrones que estaban crucificados con Él.

Meditación sobre estos pasos del texto.

CONSIDERA pues, oh ánima mía, cómo el viernes cuasi á la hora de sexta (que es cerca del medio día, cuando el verdadero sol de justicia había llegado ya por su curso á lo más alto del cielo, que es á la mayor muestra de su caridad) vino el Salvador al monte Calvario á ofrecerse en sacrificio por la salud de los hombres. Piensa, pues, agora con qué entrañas de amor miraría aquella cruz tendida á la larga, tan amada y deseada todo el tiempo de su vida. Árbol de vida es el cumplimiento del deseo (dice el Sabio). Pues si tan grande era el deseo que el Salvador tenía de esta cruz, cuando viese ya cumplido este deseo, ¿cuán de veras le parecería lo que era, pues verdaderamente era árbol de vida? Y si al patriarca Jacob le parecían poco los siete años de servicio, por la grandeza del amor que tenía á su esposa Raquel, ¿cuánto menor parecería este trabajo á quien tanto más noble esposa alcanzaba por este medio que Raquel, y tanto más la quería?

I. Llega pues el manso Jesú, y él mismo por su paso se va á la cruz, y tiéndese de espaldas en aquella cama que el mundo le tenía aparejada, y alzando sus ojos al cielo, abre los brazos de su muy ancha y extendida caridad, y ofrécese á sí mismo sacrificio vivo y verdadero sobre el altar de la cruz, haciendo oración al Padre, y diciendo así: Oh Padre eterno, gracias doy á vuestra infinita bondad por todas las obras que en todo el discurso de la vida pasada habéis obrado por mí. Agora fenecido ya con vuestra obediencia el número de mis días, vuelvo á vos no por otro camino que por la cruz. Vos mandastes que yo padeciese esta muerte por amor de los hombres: yo vengo á cumplir esta obediencia y á ofrecer aquí mi vida en sacrificio por su amor.

II. Tendido pues el Salvador en esta cama, llega uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano, y puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comienza á dar golpes con el martillo y á hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador. Los oídos de la sacratísima Virgen oyeron estas martilladas y recibieron estos golpes en medio del corazón, y sus ojos pudieron ver tal espectáculo como éste

sin morir. Verdaderamente aquí fué su corazón traspasado con esta mano, y aquí fueron rasgadas con este clavo sus entrañas y su pecho virginal.

III. Con la fuerza del dolor de la herida todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hacia la parte de la mano clavada, y llevaron en pos de sí todo el peso del cuerpo. Y estando así cargado el buen Jesú hacia esta parte, tomó el ministro la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla tan fuertemente, que hizo desencajarse los huesos de los pechos, y desabrocharse toda aquella compostura y armonía del cuerpo divino, y así quedaron sus huesos tan distinctos y señalados, que (como el Profeta dice) los pudieron contar. ¡Oh cruel ministro! ¡Oh crueles clavos! ¡Oh martillo cruel! ¿Cómo? ¿Y no bastaba la primera crueldad, sin que añadiérades una herida sobre otra herida, y un dolor sobre otro dolor? Mas los clavos, si pudiesen hablar, responderían: El criador nos manda esto, y somos obligados á obedecer. Este cruel ministro hace lo que hace por su crueldad, mas nosotros por obediencia de nuestro criador, el cual quiere que seamos duros y crueles contra Él, y que penetremos su carne, y rompamos sus nervios, y no usemos con Él de ninguna piedad, porque se muestre la suya para con los hombres, y así se les descubran las entrañas de su amor. Tú te quejas, ánima, de nuestra dureza: entiende pues que por tu amor somos tan duros, porque el Señor te ama y quiere sufrir nuestra dureza por tu amor. Mas si quieres volver los ojos á ti misma, hallarás que eres más cruel y más dura que nosotros. Porque tú ves este dulcísimo esposo tuyo hecho un piélago de dolores por tu causa, tú ves ese sancto cuerpo tan despedazado y tan mal tratado, que si á un grande enemigo tuyo vieras de esa manera, te movieras á compasión: y en todo esto tienes el corazón tan duro, que ni sientes lo que padesce, ni derramas una sola lágrima de dolor. Pues ¿qué dureza es ésta tan extraña? ¿Cómo no se rompen aquí tus entrañas de dolor? ¡Oh esposa cruel! ¡Oh esposa de hierro! Éste había de ser tu pan de noche y de día, y éstas tus continuas consideraciones y lamentaciones, repitiendo muchas veces aquellas palabras de la esposa que dice: Manojico de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará.

IV. Enclavadas ya las manos en la forma susodicha, llegan luego los crueles ministros á los pies para enclavarlos de la mis-

ma manera. Y es cosa muy creíble, que al tiempo del herir el clavo con el martillo, algunas veces errarían con su furia y desatino los golpes, ó desviaría el martillo del clavo, y iría á descargar sobre los dedos y huesos de los sagrados pies, lo cual sería cosa de gravísimo dolor.

V. Cata aquí pues, oh ánima mía, tu Salvador en la cruz, donde duerme y donde apascienta sus cabritos al medio día. Aquí tienes pues el pasto de tu vida, aquí la medicina de tus llagas, aquí el remedio de tus ignorancias, y aquí la satisfación de tus culpas, y aquí el espejo en que puedas ver todas tus faltas. Éste es el espejo que mandó Dios poner en el templo, donde los sacerdotes se mirasen cuando hobiesen de entrar á ministrar en el templo: porque aquí el ánima devota mirándose en esta cruz, y contemplando las virtudes y perfeciones del que en ella está crucificado, ve más claro que en un espejo todas las fealdades y defectos de su vida. ¡Oh espejo limpio y hermoso de todas las virtudes, y cuán á la clara descubres dende esa cruz todos mis vicios y pecados! Esa cruz dolorosa condena todos mis desordenados apetitos y deleites, esa desnudez tan extremada todas mis superfluidades y demasías, esa corona de espinas todas mis galas y atavíos, esa hiel y vinagre tan amarga mi demasiado y curioso comer y beber. Esos brazos tan extendidos para abrazar á amigos y enemigos, condenan mis odios y mis pasiones: esa oración que heciste por tus enemigos, reprehende las iras que yo tengo contra los míos: ese corazón abierto para todos, y para los mismos que lo alancearon, condena la dureza del mío tan cerrado para las necesidades de mis prójimos: esos ojos desmayados y llorosos por mis pecados, castigan la vanidad y disolución de los míos, y esos oídos que con tanta paciencia oyeron tantas injurias, descubren la grandeza de mi impaciencia, que con una paja se perturba. De manera que tú todo de pies á cabeza me eres un espejo de perfección y un dechado singular de toda virtud. Aquí señaladamente resplandescen aquellas cuatro nobilísimas virtudes, caridad, paciencia, obediencia y humildad. Con estas cuatro piedras preciosas quisiste adornar los cuatro brazos de la cruz. La caridad está en lo alto, la humildad (fundamento de todas las virtudes) en lo bajo, la obediencia á la mano diestra, y la paciencia á la siniestra. Con esas cuatro esmeraldas enriqueciste esa gloriosa bandera, mostrándote en ella tan paciente en

las heridas, tan humilde en las injurias, tan amoroso para con los hombres y tan obediente para con Dios.

VI. Aquí pues tienes, ánima mía, dónde aprender, y con qué te reprehender, y también con qué te consolar: porque todos estos oficios hacen las virtudes y llagas de Cristo. Enseñan á los diligentes, corrigen á los negligentes, curan á los enfermos y esfuerzan á los flacos y desconfiados. Satisfaga pues, oh eterno Padre, ante tu divino acatamiento su obediencia por mi desobediencia, su humildad por mi soberbia, su paciencia por mi impaciencia, su largueza por mi avaricia, y sus trabajos y asperezas por mis deleites y regalos. Su preciosa y no debida muerte te ofrezco por la muerte que yo te debo, y sus penas por las penas que yo merezco, y su cumplida satisfación por todas las deudas de mis pecados, pues todo lo que por mi parte faltó, Él perfectísimamente lo suplió. Y pues tú, Señor, no castigas una cosa dos veces, ya que en él castigaste mis culpas, no las quieras otra vez eternalmente castigar en mí.

EL SÁBADO II.

Este día, hecha la señal de la cruz, con la preparación que arriba pusimos, pensarás en las siete palabras que el Salvador habló en la cruz, y en el descendimiento della y oficio de la sepultura.

El texto de los Evangelistas dice así.

ESTANDO pues los príncipes de los sacerdotes y los ladrones blasfemando del Señor, Él por el contrario hacía por ellos oración, y decía: Padre, perdónales, que no saben lo que hacen.

Y uno de los ladrones que estaban colgados, blasfemaba diciendo: Si tú eres Cristo, salva á ti y á nos. Y respondiendo el otro decía: ¿Ni aun tú temes á Dios, que estás en la misma condenación? Nosotros por cierto justamente padescemos, pues que recibimos las pagas de nuestras obras. Mas éste no ha hecho mal ninguno. Y decía á Jesús: Señor, acuérdate de mí, cuando estuvieres en tu reino. Y díjole Jesús: En verdad te digo, hoy serás comigo en el paraíso.

Y estaba en pie junto á la cruz de Jesú su madre, y una hermana de su madre, que se decía María, mujer de Cleofás, y María

Magdalena. Pues como viese Jesús á la madre y al discípulo que Él amaba, que asimismo estaba allí, dijo á su madre: Mujer, cata ahí tu hijo. Y luego dijo al discípulo: Cata ahí tu madre. Y dende aquella hora el discípulo la tomó por suya.

Y á la hora de nona exclamó Jesús con gran voz diciendo: Eli, Eli, lamasabatani: que quiere decir, Dios mío, Dios mío, ¿porqué me desamparaste? Y algunos de los circunstantes decían: Espera, veamos si viene Elías á librarlo. Después desto sabiendo Jesús que ya todas las cosas eran cumplidas, porque se cumpliese la Escriptura: dijo: Sed tengo. Y estaba allí á la sazón un vaso lleno de vinagre, y ellos tomando una esponja llena de vinagre, y atándola en una caña con una rama de hisopo, pusiéronla en la boca. Y como tomase Jesús el vinagre, dijo: Acabado es.

Y clamando otra vez con una voz grande, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, inclinada la cabeza, dió el espíritu. Y desde la hora de sexta fueron hechas tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona, y el velo del templo se partió en dos partes de alto abajo, y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y muchos cuerpos de sanctos que durmían, resuscitaron. Y estaban todos sus amigos y conoscidos y las mujeres mirándolo dende lejos, entre las cuales estaba María Magdalena, y María madre de Santiago el menor y de Josef, y de Salomé (que cuando el Señor estaba en Galilea, le seguían y proveían de lo necesario de sus haciendas) y otras muchas mujeres que juntamente habían subido con Él á Hierusalem.

Después desto rogó á Pilato Josef de Arimatea (porque era discípulo de Jesú, aunque secreto por temor de los judíos) que le diese licencia para quitar el cuerpo de Jesú de la cruz. Y concediósélo Pilato. Vino también Nicodemus, aquel que había venido á Jesú de noche, trayendo cuasi cien libras de ungüento hecho de mirra y aloe. Tomaron pues el cuerpo de Jesú, y atáronlo con lienzos, ungiéndolo con aquellos olores, de la manera que los judíos tienen por costumbre de sepultar los muertos. Y había en el lugar donde el Señor fué sepultado un huerto, y en este huerto un sepulcro nuevo, donde hasta entonces nadie había sido sepultado. Allí, pues, por razón de la fiesta de los judíos (porque estaba cerca el lugar) pusieron á Jesús.

Materia de consideración sobre estos pasos del texto.

Las palabras que los hombres hablan al tiempo que parten desta vida (cuando más de cerca miran las cosas de la otra) suelen ser muy notadas y encomendadas á la memoria, mayormente cuando son de padres, ó amigos, ó de varones sabios y prudentes. Y pues el más sabio de los sabios, y más amigo de los amigos, y más padre que todos los padres, habló siete palabras al fin de la vida, justo es que nosotros que somos sus espirituales hijos, las tengamos siempre en la memoria y que en ellas estudiemos noche y día.

I. Mira, pues, con cuánta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre, con cuánta misericordia recibió al ladrón que le confesaba, con qué entrañas encomendó la piadosa madre al amado discípulo, con cuánta sed y ardor mostró que deseaba la salud de los hombres, con qué dolorosa voz derramó su oración y pronunció su tribulación ante al acatamiento divino, cómo llevó hasta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre, y cómo finalmente le encomendó su espíritu y se resignó todo en sus benditísimas manos.

II. Por do parece cómo en cada una destas palabras está encerrado un singular documento de virtud. En la primera se nos encomendó la caridad para con los enemigos: en la segunda, la misericordia para con los pecadores: en la tercera, la piedad para con los padres: en la cuarta, el deseo de la salud de los prójimos: en la quinta, la oración en las tribulaciones y desamparos de Dios: en la sexta, la virtud de la obediencia y perseverancia: y en la séptima, la perfecta resignación en las manos de Dios, que es la suma de toda nuestra perfección.

III. Considera luego aquella cruel herida que el Señor recibió en su precioso y sagrado pecho, para dejarnos por allí el camino abierto para su piadoso corazón. Mandaba Dios en la ley que se señalasen en la tierra de promisión ciertas ciudades de refugio, para que en ellas se pudiesen guarecer los que hobiesen cometido algún delicto: mas en la ley de gracia, en lugar destas ciudades de refugio tienen todos los pecadores estas preciosísimas llagas de Cristo, en las cuales se puedan guarecer de todos los peligros y contradiciones del mundo.

IV. Y para esto señaladamente sirve la de su preciosísimo costado, figurada en aquella ventana que mandó Dios hacer á Noé á un lado de la arca, para que por ella entrasen todos los animales á guarecerse de las aguas del diluvio. Pues, oh todos los afligidos y atribulados con las aguas del diluvio deste siglo tempestuoso, todos los deseosos de la verdadera paz y tranquilidad de vuestras ánimas, acogeos á este puerto, entrad en esta arca de seguridad y reposo, y entrad por la puerta que está abierta de su precioso costado. Ésta sea vuestra morada, vuestro paraíso y vuestro templo, donde para siempre reposéis.

V. Tras desto resta considerar con cuánta devoción y compasión desclavarían y quitarían aquellos sanctos varones el sacratísimo cuerpo de la cruz: con qué lágrimas y sentimiento lo recebiría en sus brazos la afligidísima madre: cuáles serían allí las lágrimas del amado discípulo, de la Sancta Magdalena y de las otras piadosas mujeres: cómo lo envolverían en aquella sábana limpia, y cubrirían su rostro con un sudario, y finalmente lo llevarían en sus andas, y lo depositarían en aquel huerto donde estaba el sancto sepulcro. En el huerto se comenzó la pasión de Cristo, y en el huerto se acabó: para que entiendas cómo por esta vía nos libró el Señor de la culpa cometida en el huerto del paraíso, y por ella finalmente nos lleva al huerto de la bienaventuranza de su gloria.

VI. Ésta es, hermano mío, la suma de la sagrada pasión, éstas son las heridas y llagas que por nosotros recibió el Hijo de Dios. Ésta, pues, sea nuestra gloria, nuestra guarida, nuestras canciones y lamentaciones todo el tiempo de nuestra vida, como lo eran de aquel religiosísimo y devotísimo sancto que dice así: ¡Oh pasión amable! ¡Oh muerte deleitable! Si yo fuera el madero de aquella sancta cruz, y en mí fueran enclavados los pies y manos del buen Jesú, dijera á aquellos sanctos varones que lo descendieron de la cruz: No me apartéis de mi Señor, sino sepultadme con Él, para que nunca jamás me vea yo apartado dél. Mas lo que no puedo hacer con el cuerpo, quiero lo hacer con el corazón. ¡Oh, qué buena cosa es estar en Jesucristo crucificado! Quiero hacer en Él tres moradas, una en los pies, otra en las manos, y otra perpetua en su corazón. Aquí quiero sosegar, y descansar, y dormir, y orar. Aquí hablaré á su corazón, y concederme ha todo cuanto le pidiere. ¡Oh muy amables llagas de nuestro Salvador y Redemptor

Jesucristo! Entrando una vez por ellas los ojos abiertos, la sangre que dellas salía, cegóme la vista, y después que ya otra cosa no pude ver sino sangre, atentando con las manos entré dentro hasta las entrañas de su caridad, en las cuales así me hallé envuelto, que ya más no pude salir. En ellas moro, y de sus manjares me sustento, y bebo de su dulce licor, el cual es tan grande, que ni lo sé ni lo puedo decir. Mas he gran temor de salir desta tan deleitable morada y perder la consolación en que vivo: mas tengo firme esperanza que pues sus llagas están siempre abiertas, que por ellas me volveré á entrar, porque mi morada sea para siempre en Él. ¡Oh bienaventurada lanza y bienaventurados clavos, que nos abristes el camino de la vida! Si yo fuera el hierro de aquella lanza, nunca quisiera de aquel divino pecho salir, sino antes dijera: Éste es mi descanso en los siglos de los siglos, aquí moraré, porque esta morada escogí.

Hasta aquí son palabras de S. Buenaventura.

EL DOMINGO II.

Este día podrás pensar la descendida del Señor al limbo, y en el aparescimiento á Nuestra Señora y á la Sancta Magdalena y á los discípulos, y después el misterio de su gloriosa ascensión.

El texto de los Evangelistas dice así.

EL domingo siguiente después del viernes de la cruz, vino María Magdalena muy de mañana antes que esclaresciese al sepulcro, y vió quitada la piedra dél, y que no estaba allí el cuerpo. Pues como no le halló, estaba allí fuera de la casa del monumento en el huerto llorando. Y estando así llorando, enclinóse, y miró en el monumento, y vió dos ángeles asentados y vestidos de blanco, uno á la cabecera y otro á los pies del lugar adonde fuera puesto el cuerpo de Jesú. Los cuales le dijeron: Mujer, ¿porqué lloras? Y respondió: Porque han llevado á mi Señor, y no sé dónde lo pusieron. Y como dijo esto, volvió el rostro y vió al Señor y no lo conosció. Díjole pues el Señor: Mujer, ¿para qué lloras? ¿Á quién buscas? Ella creyendo que era el hortelano de aquel huerto, díjole: Señor, si tú le tomaste, dime dónde le pu-

siste, que yo le llevaré. Dijo entonces el Señor: María. Respondió ella: Maestro. Dícele el Señor: No toques á mí, sino ve y di á mis hermanos que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Vino luego María Magdalena y dió cuenta desto á los discípulos, diciendo: Vi al Señor, y díjome esto y esto que os dijese.

De cómo el Señor apareció á sus discípulos.

ESTANDO ellos hablando esto, apareció Jesús en medio de sus discípulos, y díjoles: Paz sea con vosotros. Mas ellos conturbados y espantados, pensaban que vían algún espíritu, y Él díjoles: ¿De qué os turbáis? Mirad mis pies y mis manos, que yo mismo soy. Palpad y ved, porque el espíritu no tiene carne como veis que yo tengo. Y dicho esto, mostróles las manos y los pies. Estando ellos así, que por una parte no creían y por otra se maravillaban de alegría, díjoles: ¿Tenéis aquí algo que comer? Y ellos ofreciéronle un pedazo de pesce asado y un panal de miel. Y como comiese delante dellos, tomando las sobras de lo que quedaba, dióselas, y díjoles: Éstas son las palabras que yo os decía cuando estaba con vosotros, que era necesario cumplirse todas las cosas que de mí están escriptas en la ley de Moisén y en los profetas y psalmos. Entonces les abrió el sentido para entendiesen las Escripturas. Y díjoles: Así está escripto, y así convenía que Cristo padeciese y resucitase de los muertos al tercero día, y se predicase en su nombre penitencia y perdón de pecados en todas las gentes, comenzando de Hierusalem. Y vosotros sois testigos de todo esto. Y yo enviaré sobre vosotros la promesa de mi Padre, y entretando estad quietos en la ciudad hasta que seáis vestidos de la virtud de lo alto.

De la Ascensión del Señor.

Y llevólos á Betania, y levantadas sus manos en alto, bendíjoles. Y acaesció que estándolos bendiciendo, apartóse de ellos, y subióse al cielo, tomándolo una nube delante de sus ojos. Y como ellos estuviesen mirando cómo iba al cielo, veis aquí dos varones vestidos de ropas blancas se llegaron á ellos, y les dije-

ron: Varones de Galilea, ¿qué hacéis aquí mirando al cielo? Este Jesús que es llevado al cielo de entre vosotros, de esta misma manera volverá, como le visteis ir al cielo.

Materia de consideración sobre estos pasos del texto.

Acerca de la resurrección del Señor considera primeramente qué tan grande sería el alegría que aquellos sanctos padres del limbo recibirían este día con la visitación y presencia de su libertador, y qué gracias y alabanzas le darían por esta salud tan deseada y esperada. Dicen los que vuelven de las Indias orientales en España, que tienen por bien empleado todo el trabajo de la navegación pasada, por el alegría que reciben el día que vuelven á su tierra. Pues si esto hace la navegación y destierro de un año ó de dos años, ¿qué haría el destierro de tres ó cuatro mil años el día que recibiesen tan gran salud y viniesen á tomar puerto en la tierra de los vivientes?

II. Considera también el alegría que la sacratísima Virgen recibiría este día con la vista del Hijo resuscitado: pues es cierto que así como ella fué la que más sintió los dolores de su pasión, así ella fué la que más gozó del alegría de su resurrección. Pues ¿qué sintiría cuando viese ante sí su Hijo vivo y glorioso, acompañado de todos aquellos sanctos padres que con Él resuscitaron? ¿Qué diría? ¿Cuáles serían sus abrazos y besos, y las lágrimas de sus ojos piadosos, y los deseos de irse tras Él, si le fuera concedido?

III. Considera el alegría de aquellas sanctas Marías, y especialmente de aquella que perseveraba llorando par de el sepulcro, cuando se derribase ante los pies del Señor y le viese en tan gloriosa figura. Y mira bien que después de la madre, á aquélla primero apareció, que más amó, más perseveró, más lloró y más solícitamente le buscó: para que así tengas por cierto que hallarás á Dios, si con estas mismas lágrimas y diligencia le buscares.

IV. Considera también por una parte la flaqueza de los discípulos, que tan presto desfallecieron y perdieron la fe con solo el escándalo de la pasión, teniendo tantas prendas de milagros para no desmayar, y entiende por aquí cuán grande sea nuestra mi-

seria y cuán pocas cosas bastan para hacernos perder la fe y la confianza, por mayores prendas y firmezas que tengamos. Y considera por otra la bondad y providencia paternal de nuestro Señor, que no deja á los suyos por mucho tiempo estar penando, sino luego los socorre con el regalo de su visitación. Conoce muy bien nuestra flaqueza, sabe la masa de que somos compuestos, y por esto no permite que seamos tentados más de lo que podemos. Cinco veces les apareció el mismo día que resucitó, y los tres días del sepulcro abrevió en cuarenta horas (que aun no hacen dos días naturales) y en lugar destas cuarenta horas de tristeza les dió cuarenta días de alegría: para que veas cuán piadoso y cuán benigno es este Señor para con los suyos, y cuánto más largo es en darles consolaciones que trabajos.

V. Considera de la manera que aparesció á los dos discípulos que iban á Emaús, en hábito de pelegrino, y mira cuán afable se les mostró, cuán familiarmente los acompañó, cuán dulcemente se les disimuló, y en cabo cuán amorosamente se les descubrió, y los dejó con toda miel y suavidad en los labrios. Sean, pues, tales tus pláticas cuales eran las de éstos, y trata con dolor y sentimiento lo que trataban éstos (que eran los dolores y trabajos de Cristo) y ten por cierto que no te faltará su presencia y compañía, así como á éstos no faltó.

De la Ascensión del Señor.

ACERCA del misterio de la Ascensión considera primeramenmente cómo dilató el Señor esta subida á los cielos por espacio de cuarenta días, en los cuales aparesció muchas veces á sus discípulos, y los enseñaba, y platicaba con ellos del reino de Dios. De manera que no quiso subir á los cielos, ni apartarse de ellos, hasta que los dejó tales que pudiesen con el espíritu subir al cielo con Él. Donde verás que á aquéllos desampara muchas veces la presencia corporal de Cristo (esto es, la consolación sensible de la devoción) que pueden ya con el espíritu volar á lo alto, y están más seguros del peligro. En lo cual maravillosamente resplandesce la providencia de Dios, y la manera que tiene en tratar á los suyos en diversos tiempos, cómo regala á los flacos y ejercita los fuertes, da leche á los pequeñuelos y desteta los

grandes, consuela los unos y prueba los otros, y así trata á cada uno según su condición. Por donde ni el regalado tiene por qué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza, ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza.

II. Mandó á los discípulos que estuviesen todos á una en la ciudad esperando la virtud y socorro del cielo: para que entiendas cuánto hace al caso la concordia para alcanzar la gracia, según aquello del Psalmista que dice: Mirad cuán buena cosa es y cuán alegre morar los hermanos en uno &c. Porque sobre los tales enviará el Señor la misericordia y la vida en los siglos.

III. En presencia de los discípulos, y viéndolo ellos, subió al cielo: porque ellos habían de ser testigos destos misterios, y ninguno es mejor testigo de las obras de Dios, que el que las sabe por experiencia. Si quieres saber de veras cuán bueno es Dios, cuán dulce y cuán suave para con los suyos, cuánta sea la virtud y eficacia de su gracia, de su amor y de sus consolaciones, pregúntalo á los que lo han probado, que ésos te darán dello suficiente testimonio.

IV. Quiso también que le viesen subir á los cielos, para que le siguiesen con los ojos y con el espíritu, para que sintiesen su partida, para que les hiciese soledad su ausencia, porque éste era el más conveniente aparejo para recibir la divina gracia. Pedió Eliseo á Elías su espíritu, y respondióle el buen maestro: Si vieres cuando me parto de ti, será lo que pediste. Pues aquéllos serán herederos del espíritu de Cristo, á quien el amor hiciere sentir la partida de Cristo, los que sintieren su ausencia, y quedaren en este destierro sospirando siempre por su presencia. Porque el Espíritu Sancto ama á los amadores de Cristo: y de tal manera los ama, que no les pide otro más conveniente aparejo que amor, para comunicarles su gracia. Así lo hizo con aquella sancta pecadora de quien se dijo: Fuéronle perdonados muchos pecados, porque amó mucho.

V. Pues ¡qué sería la soledad, el sentimiento, las voces y las lágrimas de la sacratísima Virgen, del amado discípulo, y de la sancta Magdalena, y de todos los Apóstoles, cuando viesen írseles y desaparecer de sus ojos Aquél que tan robados tenía sus corazones! Y con todo esto se dice que volvieron á Hierusalem con grande gozo, por lo mucho que le amaban. Porque el mismo

amor que les hacía sentir tanto su partida, por otra parte les hacía gozarse mucho más de su gloria: porque el verdadero amor no se busca á sí, sino al que ama.

VI. Resta considerar con cuánta gloria, con qué alegría y con qué voces y alabanzas sería recebido aquel noble triunfador en la ciudad soberana, cuál sería la fiesta y el recibimiento que le harían, qué sería ver allí ayuntados en uno hombres y ángeles, y todos á una caminar á aquella noble ciudad, y poblar aquellas sillas desiertas de tantos años, y subir sobre todos aquella sacratísima Humanidad, y asentarse á la diestra del Padre. Todo esto es mucho de considerar, para que se vea cuán bien empleados son los trabajos por amor de Dios, y cómo el que se humilló y padeció más que todas las criaturas, es aquí engrandecido y levantado sobre todas ellas.

TERCERO EJERCICIO

DE LA MEMORIA CONTINUA DE DIOS

Demás destos dos ejercicios de la consideración de los beneficios divinos y de los misterios de la vida de Cristo, hay otro perpetuo que nos enseñó el profeta David cuando dijo: Ponía yo al Señor siempre delante de mis ojos, porque Él anda á mi diestra para que no pueda yo ser movido. Y en otro lugar: Mis ojos (dice) tengo siempre puestos en el Señor, porque Él librará mis pies de los lazos.

Debe, pues, el cristiano (conforme á este ejemplo) trabajar cuanto le sea posible por no perder á Dios de vista, y por andar siempre en su presencia y hacer y decir todas sus cosas como quien las hace en presencia de Aquél que todo lo ve. Esto es una de las cosas que más ayuda á conservar la devoción, y á entretener el hombre en toda virtud y justicia, y hacerle andar humilde, recogido y compuesto dentro y fuera de sí mismo. Y porque nuestro corazón es tan instable, que no puede siempre permanecer en esto, á lo menos trabaje el hombre de acudir muchas veces á este puerto y tomar ocasión así de los artículos y tiempos del día, como de los mismos negocios que se le ofrecieren, para levantar su corazón á Dios y perseverar en este ejercicio. Porque primeramente á la mañana, en despertando en la cama, puede luego poner los ojos en el paso que ha de meditar aquel día, para ocupar luego la posada con buenos pensamientos antes que los contrarios la ocupen: porque después son dificultosísimos de echar de casa.

En levantándose debe luego dar gracias al Señor por la noche quieta que le dió, y por todos los otros beneficios recibidos, y ofrecer todo lo que aquel día hiciere, dijere ó padesciere, que todo sea para su gloria, y pedirle gracia contra todas aquellas culpas y negligencias á que se siente más inclinado, y en que suele caer más á menudo.

Tras desto, cuando comenzare á obrar y poner las manos en algo, siempre anteponga la oración á todas sus obras, para

que todas comiencen por Dios, y vengan finalmente á acabarse por Él.

Á la hora de tercia, cuando oye tañer á misa, acuérdese que aquella hora vino el Espíritu Sancto sobre los discípulos, y pida húmilmente al Señor una centella siquiera de aquel divino fuego que Él vino á poner al mundo.

Antes y después de haber comido y cuando come, extienda su corazón á pensar en la variedad y infinidad de cosas que la divina largueza y providencia crió para sustentación de los hombres, y en la ingratitud y olvido dellos para con Él, y en la particular merced que á él hace, proveyéndole tan sobradamente y tan sin trabajo suyo de lo que otros tienen tanta necesidad. Y para que la comida sea con más templanza, puede traer á la memoria la hiel y vinagre de Cristo, y las abstinencias espantosas de aquellos Padres del yermo, y la sed que padesce aquel rico glotón hasta hoy en el infierno, por haber sido en esta parte demasiadamente regalado.

Á medio día acuérdese que el Señor expiró en esta hora: á las vísperas, que entonces fué quitado de la cruz: y á las completas, que en esta hora fué sepultado en el sepulcro: y á la media noche, que en esa misma hora nasció y resuscitó para nuestro bien: y déle gracias por todos estos beneficios, pidiéndole que le haga siempre participante de estos misterios.

Antes que se acueste, examine su consciencia (como ya se dijo y adelante se dirá) y cuando se acostare en la cama, cruce sus brazos y póngase en la manera que estará en la sepultura, y mire en qué ha de parar toda la gloria del mundo, y en cabo diga un responso sobre sí, como sobre un defunto, y pida al Señor entonces socorro para aquella postrera necesidad. Y todas cuantas veces despertare de noche, siempre sea con la memoria de Dios y con la boca llena de sus alabanzas, diciendo el Gloria Patri &c. Jesu, nostra redemptio &c. ó alguna cosa semejante.

Todas las veces que el reloj diere la hora, acuérdese de la hora de su muerte, que á más andar se va llegando, y de la hora que Dios por él murió, y diga: Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo nasció y murió por mí. Señor Dios mío, á la hora de mi muerte acuérdate de mí.

Todas las veces que hobiere de entrar en algún negocio, moyormente si es perplejo, peligroso ó dificultoso, ármese primera

solícita y fuertemente con oraciones, consideraciones y fuertes propósitos, para salir bien de aquel peligro, sin remordimientos de consciencia y materia de descontentos.

Y aunque muchas veces haciendo todas estas cosas no sienta gusto ni devoción, ni le parezca que esto sirve de nada, no por eso desista deste piadoso cuidado, porque todavía esto es de mucho más provecho de lo que él piensa. Y crea cierto que una de las cosas que más sirven para hacer al hombre andar como un reloj muy concertado, es traer siempre el corazón con este continuo recogimiento. Y porque desto tratamos en otra parte más copiosamente, por agora bastará lo dicho, pues entendido el intento de este negocio, fácilmente inventará luego la devoción otras maneras de oraciones y meditaciones con que levantar muchas veces el espíritu á Dios.

CUARTO EJERCICIO

EN EL EXAMEN DE SÍ MISMO

DEMÁS déstos hay otro muy principal ejercicio, que es como fin de todos estotros, el cual también nos enseñó el mismo profeta David, cuando dijo: Púseme á meditar de noche en mi corazón, y allí me ejercitaba y barría mi espíritu. En las cuales palabras da á entender el ejercicio que tenía de recogerse en el tiempo más quieto y oportuno de la noche, para escudriñar su vida, y examinar su consciencia, y barrer y echar fuera toda la inmundicia de vicios que hallase en ella.

Pues para esto es mucho de notar que lo que principalmente pretendemos alcanzar por todos estos ejercicios sobredichos, es el cumplimiento de la ley de Dios, y la mortificación de todos nuestros apetitos y malas inclinaciones, y la ejecución de las obras de las virtudes. Porque para alcanzar esto aprovecha señaladamente la lición, la consideración, la oración, y también el silencio, el recogimiento, el ayuno, la misa, el oficio divino, las cerimonias sagradas y el uso de los sacramentos, y otras cosas semejantes. De manera que así como el comer sirve para vivir, y la medicina para la salud, así todos estos sanctos ejercicios (demás de ser muy gran parte de la virtud) son medios eficacísimos para alcanzar la perfección de las virtudes, cada uno en su manera. Entre los cuales uno de los más principales (como ya dijimos) es la oración y consideración: por donde si encomendamos mucho esta virtud en diversos lugares, no la encomendamos solamente por lo que ella es en sí, sino mucho más por lo que ayuda para las otras virtudes.

Y con ser esto así, hay muchas personas muy engañadas: las cuales engolosinadas con la miel que hallan en estos ejercicios, y atemorizadas con la dificultad del fin á que se ordenan, emplean todo su caudal en lo uno, porque es dulce, y dejan lo otro, porque es amargo. ¡Pobres de vosotros! ¿Qué os aprovecha cavar

la tierra, si no sembráis? ¿Qué ablandar el fuego en la fragua, si no lo labráis? ¿Qué tomar purgas y medicinas, si no sanáis? Pues si todo esto se ordena para alcanzar la virtud, ¿qué os pueden aprovechar todos estos y otros muchos ejercicios, si no la alcanzáis?

Pues para no caer en este engaño diabólico (en que muchas personas el día de hoy están caídas) el remedio es que así como el que navega por la mar, tiene los ojos y el corazón siempre puestos en el puerto, y á él endereza todos los pasos de su navegación, así el varón devoto enderece todos sus ejercicios al puerto de las virtudes, y éstas pretenda alcanzar en todos ellos: y cuando esto no le sucediere, tenga por mal empleados todos sus trabajos, pues sabe que está escripto: No todo aquél que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.

Pues por esta causa dije que el principal destos ejercicios ha de ser el examen de la vida, que es estudiar en la purificación de la consciencia, y en la mortificación de las pasiones, y en la ejecución y plática de las virtudes. Para lo cual debe el hombre tener por estilo tomar cada día un pedazo de tiempo, y entrar en juicio consigo mismo, y meter la mano en su seno, y examinar con todo rigor primeramente la intención que tiene en las obras que hace, si es Dios, si mundo, si algún interese proprio: porque infinitas veces acaesce perderse todo el mérito de las obras que hacemos, por la dañada intención que en ellas tenemos.

Examine también sus aficiones, y mire si está secretamente enlazado en el amor de alguna criatura, sea persona, sea otra cosa cualquiera: como vemos muchos cativos del afición de su celda, de sus libricos, de sus imágines, de sus parientes, de su quietud que llaman, y de otros idolillos semejantes en que están enlazados sus corazones. Los cuales ordinariamente son cadenas que impiden á las personas espirituales el vuelo de la oración y contemplación.

Examine también sus afectos y pasiones, para ver qué tanto es lo que tiene ya vencido y mortificado dellas. Mire si todavía vive en él el afecto de la ira, de la vanagloria, de la envidia, de la tristeza perezosa, de la vana alegría, de la ambición, de la presumpción, del amor proprio, de los apetitos del regalo y buen tratamiento de su cuerpo, y de otras cosas semejantes.

Examine también los pensamientos de su corazón, y mire la

guarda que tiene puesta en él, y de la manera que resiste á los malos pensamientos, si por ventura se detiene algo en despedirlos de sí, &c.

Examine también sus palabras y su lengua (que es uno de los mayores monstruos que hay, y más dificultoso de domar) y mire si es muy hablador, si jura sin necesidad, si miente, si lisonjea, si dice bien de sí, ó mal de otro, si es precipitado en hablar, si mal compuesto, ó desentonado, ó atronado en sus palabras, si muy desenvuelto, ó muy polido, ó por el contrario muy efeminado en la manera del hablar, &c.

Examine también sus obras, y principalmente mire lo que ha alcanzado en las virtudes: cuánto tiene de misericordia, de obediencia, de paciencia, de humildad, de mansedumbre, de prudencia, de esperanza, de menosprecio de mundo, y de amor y temor de Dios, &c. Mire, pues, lo que ha aprovechado en el ejercicio de las virtudes y en la victoria de sus pasiones, que es el fin de todo este negocio, como ya dijimos.

Mire el tiempo cómo lo gasta, pues de cada momento ha de dar cuenta, y mire finalmente todo lo demás que desta materia tratamos en el libro pasado, donde también hablamos deste mismo ejercicio. El cual es muy breve de decir y muy largo de hacer: y aunque hinche pocas hojas de escriptura, debe ocupar mucha parte de la vida, pues toda ella ha de ser un perpetuo examen y escrutinio de la consciencia.

Acabado este examen, llore todos estos males que en sí hallare, y pida húmilmente al Señor el perdón y remedio dellos: mas de tal manera los llore, que nunca por eso desespere, antes si mil veces al día cayere, mil veces se levante y se vuelva á su criador, y cuanto más viere que le sufren, y le esperan, y le perdonan, tanto más conozca y ame la paciencia y nobleza de su perdonador. Desta manera hará medicina de la ponzoña, y tomará ocasión para más amar de donde otros la toman para desmayar.

QUINTO EJERCICIO

DE LA MANERA DE DECIR EL OFICIO DIVINO

Estos cuatro ejercicios susodichos son comunes á todos: hay otro especial para las personas eclesiásticas y religiosas, que es el cantar psalmos y asistir á las siete horas del oficio divino, el cual también nos enseñó el sobredicho rey David, grande enseñador de todos estos espirituales ejercicios, cuando en uno de sus Psalmos dijo: Siete veces en el día te di, Señor, alabanzas sobre los juicios de tu justicia.

Pues qué tan grandes sean las utilidades deste tan sancto y canónico ejercicio, apenas se puede explicar con palabras. Porque primeramente, aquí entreviene el espíritu y la doctrina de los Psalmos, de cuyas alabanzas dice un religioso doctor así: Muchos dijeron muchas cosas excelentemente en alabanzas de la psalmodia, mas ninguno hasta agora la alabó según su dignidad y merescimiento, ni la alabará jamás. Porque tanta es la virtud de ella, que no se puede explicar con palabras. Si la entendiésemos y tratásemos dignamente, sola ella podría bastar para todos los espirituales ejercicios, ora quisiésemos leer, ó meditar, ó orar, ó alabar á Dios. Porque ella es un tesoro infinito, en quien está encerrado todo lo que para la purificación, ó salud, ó enseñanza, ó atavío, ó consolación de nuestras ánimas es necesario. Torre es, yelmo es, cuchillo es, medicina es, mantenimiento es, ungüento es, corona es y lumbre es. Libra á los que peligran, sana á los enfermos, alumbra los ciegos, despierta los perezosos, inflama los fríos, consuela los tristes, esfuerza los flacos, cría aborrecimiento del pecado, engendra menosprecio del mundo, enciende en el amor de Dios, causa deseo de la vida eterna, confirma la fe, fortalece la esperanza, acrescienta la caridad, esfuerza la paciencia, enseña la templanza, imprime la castidad, purifica los corazones, pacifica las consciencias, alegra las ánimas, renueva y trasforma todo el hombre interior, y lo deja con una ma-

ravillosa dulcedumbre rociado y recreado. De manera que ninguna oración puede ser compuesta por humano ingenio tan perfecta, ni tan alta, ni tan sagrada como ésta es. Y por esto el ánima que no tiene estragado el paladar interior, siente maravillosos y inefables deleites en ella. Finalmente la psalmodia es cantar del cielo: así hace celestiales á todos los que se dan á ella, y los hace de hombres ángeles. Dejadas, pues, todas las vanidades deste siglo, exhortémonos (según el consejo del Apóstol) unos á otros en psalmos, himnos y cantares espirituales, cantando en nuestros corazones á Dios, y adornando nuestras ánimas con las alabanzas divinas.

Todas estas palabras declaran cuán divino sea este ejercicio: con lo cual también se junta la suavidad del canto eclesiástico y de las voces de la Iglesia, que ayudan mucho á despertar el gusto y devoción de lo que se canta. Y ayuda también la cuantidad y variedad del tiempo en que esto se hace: porque así como en esto se gastan muchas horas del día, así hay mucho aparejo para embriagar las ánimas con este licor celestial. Y con esto también se junta la reverencia del lugar y la presencia del sanctísimo Sacramento, ante quien se celebran los oficios divinos: que es una cosa muy poderosa para despertar la devoción. Y júntase con esto también el ejemplo y compañía de los otros que cantan, que hace más cierta la asistencia de los sanctos ángeles y más eficaz nuestra oración, según aquello del Salvador que dice: Si dos de vosotros consintieren sobre la tierra en cualquier cosa que pidieren á mi Padre, serles ha concedida.

Todas estas cosas declaran la alteza y dignidad deste sancto ejercicio, si se hiciese como debe. Mas hay de nuestra parte un grande impedimento, que es la poca atención y devoción con que asistimos á los oficios divinos, parte por nuestra culpa y negligencia, y parte también por la flaqueza y inconstancia de nuestro corazón. Porque no hay hoja de árbol tan inconstante, tan instable y tan movediza como es el corazón humano, pues apenas hay momento que permanezca en un mismo ser, si no está fuertemente aferrado con alguna grande pasión ó devoción.

Pues el que desea no carecer del fructo deste divinísimo ejercicio, lo que debe hacer es lo siguiente.

Primeramente procure de tener sus oraciones y devociones particulares, como arriba se ha tratado: porque (como dice Jer-

són) ninguno asiste mejor á las oraciones públicas, que aquél que está mejor ejercitado en las oraciones secretas, porque en las unas se dispone y apareja el corazón para las otras.

Lo segundo que debe hacer, es aparejarse antes que vaya al coro, con todas aquellas consideraciones y preámbulos que arriba señalamos en la preparación para orar, y junto con esto suplicar al Señor quiera recoger todos los derramamientos de su corazón y le dé gracia para asistir á los oficios divinos con aquella atención y devoción, y con aquel gusto y sentimiento, y con aquel acatamiento y reverencia que conviene tener delante de su Majestad y de toda la corte celestial que allí existe, y no permita Él que entristezcamos á los sanctos ángeles y los dejemos ir vacíos de nuestras oraciones, ni permita que asistamos en compañía de los otros que cantan, en la manera que asistía Satanás entre los hijos de Dios: ni que seamos del número de aquéllos que habiendo pisado en los lagares (donde se exprime el vino del Espíritu Sancto) quedemos muertos de sed.

Y demás de esto, en llegando á la puerta del coro (como aconseja Sant Bernardo) mandemos á todos nuestros pensamientos y cuidados que nos queden allí aguardando entretanto que estamos negociando con Dios. De manera que sólo Abraham y Isaac (que es figura del gozo espiritual) suban á lo alto del monte, mas todos los otros criados y familia se queden á las raíces dél.

Lo tercero, después de entrado en el coro, trabaje por recoger sus pensamientos y cumplir aquello de Sant Augustín, que dice: Cuando con los psalmos y himnos hacéis oración á Dios, trabajad que lo que pronunciáis por la boca, eso tengáis en el corazón. Para lo cual conviene mucho considerar que aquel lugar de las alabanzas divinas es también lugar de juicio, donde cada uno recibirá la luz y el sentimiento de las cosas espirituales según su merecido y según la manera de su aparejo. Y para mayor acrecentamiento de este temor, debe el hombre afear la culpa de su distraimiento por todas las vías que pudiere. Para lo cual, imagine que esto es un linaje de apostasía espiritual, tener el cuerpo en el coro y andar con el corazón por el mundo. Imagine también que esto es un linaje de hurto y de sacrilegio, con que defraudamos á Dios del sacrificio que por nuestra parte le debemos. Imagine que esto es ofrecer á Dios los huesos roídos de la vianda, y dar al mundo la pulpa y la médula del corazón. Imagine

que esto es ofrecerle sacrificio con levadura (cosa tan defendida en la ley) cuando con pensamientos y cuidados terrenos contaminamos y ensuciamos las alabanzas que le ofrecemos. Y sobre todo esto imagine que en hecho de verdad las personas eclesiásticas están obligadas so pena de pecado mortal á decir el oficio divino: lo cual no ha de ser sin alguna manera de atención, que es cosa que se había mucho de encarecer y avisar, por el grandísimo descuido y peligro que en esto hay.

Pues para esto conviene estar allí con grandísima vigilancia y proveer que esta anguila tan deleznable de nuestro corazón no se nos cuele por entre los dedos sin sentirlo. Imagine que el corazón humano está como un pedazo de carne con cinco ó seis alanos hambrientos al derredor: porque por un cabo están los cuidados, por otro los negocios, por otro las aficiones, por otro las indevociones, las cuales como unos alanos hambrientos están rabiando por dar bocados en el corazón y llevárselo en pos de sí, y no á pedazos sino todo entero: y por esto conviene velar con grandísima diligencia sobre la guarda dél.

Los que entienden latín, pueden ayudar á la atención con los misterios que van diciendo: mas los que no lo entienden, pueden ocuparse en algún sancto pensamiento con que se sustente y cebe la devoción. Y es muy buen consejo repartir los pasos de la sagrada Pasión por las siete horas canónicas: y no sólo esto, mas toda la vida de Cristo y todos los beneficios divinos (de que arriba tratamos) y cualquiera otro pensamiento puede ser materia de consideración en este sancto ejercicio. Y el que esto hiciere, tenga por cierto que aprovechará muy mucho en poco tiempo, y que recibirá tan grandes lumbres y consolaciones del Espíritu Sancto, que le parecerá muchas veces que no está ya en la tierra, sino en el cielo. Y si cuando así estuviere, entendiere que la pronunciación de las palabras le es impedimento de la devoción y elevación del espíritu en Dios, podrá entonces dejar de pronunciarlas, si hay otros que suplan por Él, ó si la obediencia no le manda lo contrario: y después de acabada la hora podrá suplir aquello que faltó.

TERCERO TRACTADO DE ESTE LIBRO

EN EL CUAL SE TRATA DE LA FORMA QUE SE PODRÁ TENER EN EL EJERCICIO DE LA CONSIDERACIÓN.

TODO lo que hasta aquí se ha dicho, sirve para dar materia de consideración, que es una de las principales partes deste negocio: porque la menor parte de la gente tiene suficiente materia de consideración, y así por falta de ella, faltan muchos en este ejercicio. Agora diremos sumariamente de la manera y forma que en esto se podrá tener.

I. Sea pues el primero aviso éste, que cuando nos pusiéremos á considerar alguna cosa de las susodichas en sus tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados á ella, que tengamos por mal hecho salir de aquélla á otra, cuando halláremos en ella más devoción, más gusto ó más provecho. Porque como el fin de todo esto sea la devoción, lo que más sirviere para la devoción, eso se ha de tener por lo mejor. Aunque esto no se debe hacer por livianas causas, sino con ventaja conocida.

II. Sea el segundo, que los misterios de la vida de nuestro Salvador, y todos aquellos que se pueden figurar y debujar con la imaginación (como es el lugar del paraíso, del infierno, de la sepultura, &c.) debe el hombre procurar de figurarles allí delante de sí, ó dentro de su mismo corazón, para que esta presencia de los objetos le despierte más la devoción. Desta manera cuando meditare el misterio del nascimiento, ó el paso de la columna, &c. podrá figurar dentro de sí ó delante de sí aquel establo ó aquel pretorio, con todo lo demás que allí pasó, como un pintor lo debujaría en una tabla: porque mientra más al proprio lo pintare, más afectuosamente se moverá su corazón.

III. Sea el tercero y muy principal, que en esta representación y consideración se contente con una simple y sosegada vista de las cosas y con un moderado afecto y sentimiento dellas, tal cual el Señor quisiere dar. De manera que ni fatigue el enten-

pimiento con demasiada especulación y vehemente atención (porque no estrague la cabeza y desfallezca á medio camino) ni fatigue tampoco la parte afectiva del ánima con demasiados afectos y sentimientos sacados y exprimidos á fuerza de brazos, porque esto más suele impedir que ayudar la devoción. De manera que aunque este negocio sea más de voluntad que de entendimiento, pero ni en lo uno ni en lo otro conviene que haya demasiada ni forzada violencia, sino sosegada y quieta atención. Por do parece que ni aciertan los que son muy parleros con el entendimiento, ni tampoco los que quieren exprimir las lágrimas y la devoción y compasión á fuerza de brazos: porque lo uno y lo otro es extremo del cual huye siempre la virtud, que está en el medio.

IV. Sea el cuarto, que no se congoje cuando en la oración le perseguieren diversos pensamientos, ni cuando le faltaren las consolaciones espirituales. Porque lo uno es natural condición de nuestra flaqueza, y lo otro muchas veces permisión divina, la cual quiere por esta vía probar y ejercitar nuestra humildad, nuestra fidelidad, nuestra paciencia y perseverancia. Así lo hizo con la Cananea, y cuanto más ásperamente parece que la trató á los principios, tanto más gloriosamente la honró y consoló al fin.

V. Y muy particularmente debe estar avisado que no se congoje cuando esto señaladamente le acaesciere al principio del ejercicio: porque (regularmente hablando) no puede súbitamente el corazón humano pasar del extremo de la sequedad al extremo de la devoción sino pasando por los medios. Verdad es que así como cuando está más seca la leña, más presto se enciende el fuego en ella, y cuanto más verde más tarde, así también lo hace la llama de la devoción en la leña de nuestro corazón. Espere, pues, el hombre á los principios con toda humildad y paciencia, porque de toda esta dilación es merecedora la divina gracia. Negocio es éste de corazones sosegados y flemáticos, no de coléricos y bulliciosos. Y si después desta dilación y esperanza el Señor le diere algo, tómelo con mucha humildad y agradecimiento: y si no, haga también lo mismo, no agraviándose de lo que se le niega, pues no lo merece, sino agradesciendo lo que le dan, pues se lo dan de gracia. Esto hecho, levántese contento y alegre, y piense que no ha perdido tiempo en esto, pues hizo lo que era de su parte, que es lo que el Señor pide á una tan flaca y miserable criatura como es el hombre.

DE LAS COSAS QUE AYUDAN Á LA DEVOCIÓN

CAPÍTULO II.

PARA este mismo negocio hace mucho al caso procurar todas aquellas cosas que ayudan á la devoción, y evitar todas aquellas que la impiden: porque (como arriba dijimos) así como la consideración ayuda á la devoción, así también la devoción á la misma consideración de donde nace: lo cual es común á todas las virtudes, que tienen esta manera de conexión, porque las unas se ayudan á las otras como madre á hija y hija á madre.

I. Las cosas, pues, que ayudan á la devoción, son muchas. Porque primeramente ayuda tomar estos sanctos ejercicios muy de veras y muy á pechos, con un corazón muy determinado y ofrecido á todo lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por arduo y dificultoso que sea.

II. Ayuda también la guarda del corazón de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y amores peregrinos, y de todas las turbaciones y movimientos apasionados, pues está claro que cada cosa de éstas impide la devoción, y que no menos conviene tener el corazón templado para orar y meditar, que la vihuela para tañer.

III. Ayuda también la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos, y de los oidos, y de la lengua: porque por la lengua se derrama el corazón, y por los ojos y oídos se hinche de diversas imágines de cosas con que se perturba la paz y sosiego del ánima. Por donde con razón se dice que el contemplativo ha de ser sordo, y ciego, y mudo, para que no derramándose nada por defuera, esté todo recogido de dentro.

IV. Ayuda para esto mismo la soledad, porque no sólo quita las ocasiones de distraimiento á los sentidos y al corazón, sino también convida al hombre á que more dentro de sí mismo y trate con Dios y consigo.

V. Ayuda otrosí la lición de los libros espirituales y devotos, porque dan materia de consideración, y recogen el corazón, y

despiertan la devoción, y hacen que el hombre de buena gana piense en aquello que le supo dulcemente.

VI. Ayuda la memoria continua de Dios y el uso de aquellas breves oraciones que S. Augustín llamó jaculatorias, porque éstas guardan la casa del corazón y conservan el calor de la devoción, como arriba se platicó.

VII.. Ayuda también la continuación y perseverancia en los buenos ejercicios en sus tiempos y lugares ordenados, mayormente á la noche ó á la madrugada, que son los tiempos más convenibles para la oración, como toda la Escriptura nos enseña.

VIII. Ayudan las asperezas y abstinencias corporales, la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la disciplina, y otras cosas semejantes: porque todas estas cosas así como nascen de la devoción, así despiertan, conservan y acrecientan la raíz de donde nascen.

IX. Ayudan finalmente las obras de misericordia, porque nos dan confianza para parecer delante de Dios, y acompañan nuestras oraciones con servicios, porque no se puedan llamar del todo ruegos secos, y merecen que sea misericordiosamente recebida la oración, pues procede de misericordioso corazón.

DE LAS COSAS QUE IMPIDEN LA ORACIÓN.

CAPÍTULO III.

Y así como hay cosas que ayudan á la devoción, así también hay cosas que la impiden: entre las cuales la primera son los pecados, no sólo los mortales sino también los veniales, porque éstos aunque no quitan la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es cuasi lo mismo que devoción, ó causa della muy propincua.

II. Impide también el remordimiento de la consciencia, que procede de los mismos pecados (cuando es excesivo y demasiado) porque trae el ánima inquieta, caída y desmayada para todo buen ejercicio.

III. Impiden también los escrúpulos, por la misma causa: porque son como espinas que punzan la consciencia, y la inquietan y perturban, y no la dejan reposar y sosegar en Dios.

IV. Impide también cualquier amargura y desabrimiento de corazón y tristeza desordenada, porque con esto muy mal se puede compadescer el gusto y suavidad de la buena consciencia.

V. Impiden otrosí los cuidados demasiados, los cuales son aquellos mosquitos de Egipto que inquietan el ánima y no la dejan dormir este sueño espiritual que se duerme en la oración.

VI. Impiden también las ocupaciones demasiadas, porque ocupan el tiempo y ahogan el espíritu, y así dejan al hombre sin tiempo y sin corazón para vacar á Dios.

VII. Impiden los regalos y consolaciones sensuales, cuando el hombre es demasiado en ellas: porque el que se da mucho á los consolaciones del mundo, no merece las del Espíritu Sancto, como dice S. Bernardo.

VIII. Impide el regalo y demasiado comer y beber, mayormente las cenas largas, porque éstas hacen muy mala la cama á los espirituales ejercicios y á las sagradas vigilias.

IX. Impide el vicio de la curiosidad así de los sentidos como del entendimiento y voluntad, que es querer oir y ver y saber muchas cosas, y desear cosas polidas, curiosas y bien labradas:

porque todo esto ocupa el tiempo, embaraza los sentidos y inquieta el ánima, y así impide la devoción.

X. Impide finalmente la interrupción de estos sanctos ejercicios (si no es por causa de alguna piadosa ó justa necesidad) por ser (como lo es) muy delicado el espíritu de la devoción, el cual después de ido, ó no vuelve, ó con mucha dificultad. Y por esto así como los árboles y los cuerpos humanos quieren sus riegos y mantenimientos ordinarios, y en faltando esto luego desfallecen y desmedran, así también lo hace la devoción cuando le falta el riego y mantenimiento de la consideración.

Todo esto se ha dicho así sumariamente para que mejor se pudiese tener en la memoria,la declaración de lo cual podrá ver quien quisiere en la primera y segunda parte del Libro de la Oración y Meditación, á donde remitimos al cristiano lector.

Síguese una breve manera de aparejarse para la confesión.

TRES medios dijimos arriba que servían para alcanzar la divina gracia: conviene saber, oración, confesión y comunión. Dicho pues ya en este tercero libro del primero, resta que sumariamente digamos algo de los otros que se siguen, y primero de la confesión.

Para lo cual es de saber que hay dos maneras de confesión, unas de personas que han ya mudado la vida y se confiesan á menudo, y otras de las que de nuevo comienzan á mudarla y hacer penitencia de las culpas pasadas.

Á éstas pues se suele dar un muy saludable consejo, que es hacer al principio desta mudanza una confesión general, para barrer con ella todos los defectos y negligencias de las confesiones pasadas. Para lo cual es bien tomar cinco ó seis días de espacio para examinar la consciencia y hacer un inventario de toda la vida pasada. Y para mejor hacer esto, aprovechará mucho tomar alguno de esos Confesionales que hay, y discurriendo por las principales partes dél, traer á la memoria todas sus culpas y negligencias y ponerlas brevemente por escrito (si es persona que sabe escrebir) para dar mejor cuenta dellas.

Y porque este examen se ha de hacer de la manera que el Profeta dice (que es, con dolor y amargura de corazón) por esto

debe en los tales días ejercitarse en todas aquellas maneras de oraciones y consideraciones que le puedan provocar á dolor y arrepentimiento de sus culpas, y temor y vergüenza dellas, cuanto le sea posible. Para lo cual aprovecha mucho la consideración de la muerte, y del juicio final, y de las penas del infierno, y de la pasión de Cristo, considerándola en cuanto fué causada por nuestros pecados, pues está claro que si no hobiera pecados de por medio, no padesciera Él lo que padesció. Ésta es una de las consideraciones que más nos puede mover á dolor y aborrecimiento del pecado (que es la principal parte de la penitencia) en la cual el hombre se debe ejercitar, no por cinco ni por seis días, sino cuasi todo el tiempo de la vida. En lo cual se engañan muchos penitentes, que siendo diligentísimos en examinar sus pecados, son negligentísimos en llorarlos. Porque aunque lo uno y lo otro sea necesario, pero mucho más lo segundo que lo primero, y creo que la causa de estarse muchos en el camino de la virtud muy desmedrados y caídos y no arribar en mucho tiempo á la perfección (y aun á veces de dejar el camino comenzado) es no haberse fundado bien ni echado raíces altas en este ejercicio. Porque como éste sea el fundamento de todo el edificio espiritual, cuando el fundamento fuere flaco, no podrá ser firme ni seguro el edificio.

Por lo cual debe el hombre diputar algunos días (cada uno más ó menos, según que el Espíritu Sancto le enseñare) en los cuales como dije se ejercite en todas aquellas maneras de oraciones y consideraciones que le puedan inducir á este dolor. Y porque entre todas éstas la principal es la memoria de la pasión de Cristo (considerada en aquella manera que dijimos) en ésa principalmente se debe ejercitar los ratos que pudiere. Y para que esto se hiciese con mayor facilidad, puse aquí una oración sacada en sentencia de Serafino de Fermo, donde se tratan cuasi todos los pasos de la pasión por esta vía. Ésta pues trabaje el verdadero penitente por rezar con la mayor devoción que pudiere, deteniéndose más en aquellos pasos en que el Espíritu Sancto le diere más á sentir. De las otras cosas que se requieren para la perfección de la penitencia, no es mi intención hablar en este tratado, porque no pretendí escribir aquí más de lo que buenamente se sufría en un devocionario, dejando lo demás para los otros autores.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACIÓN

para alcanzar dolor de los pecados,

la cual se puede muchas veces rezar antes y después de la confesión.

SEÑOR Dios y Salvador mío, ¿con qué cara pareceré yo agora delante tu acatamiento, habiendo sido el verdugo y la causa de tu pasión? Verdaderamente, si no me pusiera esfuerzo la grandeza de tu bondad, no osara parecer delante ti. Mas pues sufriste ser abrazado y besado del mismo que te vendió, y perdonaste y excusaste á los que te crucificaron, sufre agora un poco las palabras deste miserable pecador, que peor que todos ésos te ha tratado.

Señor mío, ¡qué tan grande fué la pena que recebiste, viendo á tu proprio discípulo ir á contratar con los fariseos en qué manera y por qué precio te vendería, haciendo almoneda de tu sangre, y poniéndola en precio como se pornía una bestia en el mercado! Bien pudieras entonces quejarte dél y decirle: Oh discípulo mío, ¿qué malas obras has recibido de mí, porque así te has encruelecido contra mí? Mas deja, Señor, de quejarte dél, porque el que eso hizo, no conoscía quién tú eras, y por eso te vendió. Yo soy el verdadero traidor y vendedor tuyo, que creyendo ser tú verdadero Dios, no por eso dejé de hacer este mismo trato con el demonio, consintiendo voluntariamente en el pecado, por el cual muchas veces te vendí. Pues por esto te daré siempre infinitas gracias, porque habiéndole seguido en la primera culpa, no permitiste que le siguiese en la segunda, para que desesperase y me perdiese como él desesperó.

¡Qué tan grande fué, Señor mío, aquel dolor que traspasó tu ánima, cuando para haber de ir á padecer tan cruda muerte, te despediste de tu bendita Madre, á la cual amabas más que á tu propria vida! ¡Y qué tan grande fué la pena della cuando vió partir de sí Aquél que era toda su bienaventuranza! Mis pecados fueron, Señor, la causa así del uno como del otro dolor, pues por librarme dellos, dejaste primero el cielo y después la Madre y todo lo que amabas, hasta tu misma vida. Oh Virgen, yo soy

la causa de tanto mal: bien puedes quejarte de mí como de causador de tus dolores.

¿Qué es esto, Señor, que tu Padre se ha vuelto contra ti como cruel, pues habiéndole rogado ya dos veces en un caso de tanta necesidad, que te tiene puesto en agonía de muerte, no te oye? ¿Por cuál pecado tuyo así te ha cerrado las puertas de su acostumbrada misericordia? Mas en cabo veo que te ha oído y enviado un ángel para que te esfuerce: mas el esfuerzo no es otro que morir en cruz. De manera que no se ha diminuído con el esfuerzo este trabajo, sino crecido, pues te veo puesto en tan grande agonía, que te hace sudar gotas de sangre. ¡Ay de mí, Señor mío doloroso, que estás caído en tierra, desamparado de los discípulos y también de tu mismo Padre, esperando que así como yo con mis pecados te puse en ese conflicto, así con mi penitencia te diese algún refrigerio, y con todo esto no lo doy!

Oh discípulos, grande fué vuestra cobardía, pues desamparastes á vuestro Maestro, el cual poco antes os había lavado los pies, y dado su sacratísimo cuerpo, y avisado de todo lo que os había de acontecer. Mas podríades dar alguna excusa, diciendo que por temor ó flaqueza le desamparastes. Mas yo miserable ¿qué excusa terné delante dél, que no una sino muchas veces, y no por temor de la muerte (porque nadie me amenazaba con ella) sino por mi propria malicia le desamparé? Vosotros luego os volvistes con la penitencia: yo ha tanto tiempo que le ofendo, y todavía persevero en mi pecado. Vosotros con la fe recobrastes al doble lo que perdistes: yo no crezco en esa fe, sino cada día la diminuyo.

¿Porqué no huyes, Señor, de ese traidor que viene con tan crueles ministros á prenderte y á entregarte con beso de falsa paz? Gran paciencia fué por cierto la que aquí mostraste: pero muy grande es también la que has usado comigo, que tantas veces con beso de paz te he recebido en el Sacramento, y dando á entender con las palabras que era tuyo, después con las obras te negaba y te vendía.

Yo, Señor, soy aquél que con mi ingratitud y desobediencia y con mi obstinación até tus manos, aquellas manos que tan piadosamente me criaron, aquellas manos que tan fielmente obraron mi salud. Yo te eché la soga á la garganta cuando menosprecié la gracia recebida: yo te di de bofetadas en la cara cuan-

do blasfemé tu sancto nombre. Y con todas estas buenas obras no reviento de dolor, sino todavía persevero en mis pecados.

Allende desto, véote, Señor, toda esa noche estar en pena entre enemigos y soldados, escarnecido, escupido y abofeteado dellos, y no veo quién te consuele, ni quién enjugue ese divino rostro de lágrimas y de sangre bañado. Pues ¿quién te ha así tan mal tratado, sino yo? Tú no quieres recibir consuelo, porque yo sea tu consolador: mas ¡ay de mí, que siempre te ofendo, y de mí no tienes que recebir otro consuelo sino pecados!

Oh Pedro, que si tú negando al buen Maestro, le entristeciste, á lo menos cuando Él te miró y oíste la voz del gallo, volviste sobre ti y lloraste amargamente tu pecado. Mas yo miserable soy tal, que cuando Él me mira, cierro los ojos, y cuando me hace oir la voz de su Evangelio, hágome sordo, y cuando me llama á penitencia, vuélvome á la vida pasada. Así que, Señor mío, de mí no recibes consuelo sino acrescentamiento de trabajos.

Corazón mío, ¿cómo no te despedazas? ¿Cómo no te resuelves en lágrimas, viendo al Hijo de Dios por tu causa llevado ante la presencia de Anás, donde (queriendo Él mansamente dar cuenta de su doctrina) le fué puesto silencio con una gran bofetada? ¿Cómo no ves de la manera que lo llevan por las plazas públicas á unos y á otros jueces, ya á Caifás, ya á Pilato, ya á Herodes, señalándole con el dedo y llamándole engañador y blasfemo? ¡Oh, cuán grande es aquella culpa que al Inocentísimo hace ser tenido por tan malo, y al Profeta de los profetas por hereje, y al Señor de los señores por abatido y blasfemo!

Bien pudiera bastar esto, Señor mío, para que por aquí se conociera tu paciencia y mi malicia. Mas ¿qué es esto, que te veo desnudo y atado á una coluna, y por mano de cruelísimos verdugos azotado? ¡Ay de mí, que á doquiera que vuelvas los ojos, no hallas consolador! Pues ¿quién son tus verdugos y quién tus azotes sino mis pecados? No es maravilla que estés todo herido y despedazado, ni que todos tus delicadísimos miembros lluevan sangre, pues es tanta la muchedumbre de los pecados por quien padeces. Porque ¿qué otra cosa ha sido añadir yo pecados á pecados, sino añadir azotes á tus azotes y heridas á tus heridas? Y con todo esto tú, corazón mío, no revientas, sino antes todavía perseveras en herir á este Señor.

¡Cuán crueles fueron aquéllos, Señor mío, que viéndote todo

despedazado, y de espinas agudísimas coronado, y con la púrpura y caña en la mano por escarnio, no sólo no se movieron á compasión, mas antes dieron voces y dijeron: Crucifícalo, crucifícalo! Bien pudieras en aquella hora decir: Pueblo mío, ¿qué te he hecho yo, porque así te has vuelto contra mí? Bien pudieras quejarte de que la vida de Barrabás, público ladrón, fuese tenida en más precio que la tuya. Mas yo, Señor, podré en alguna manera excusar esta gente, porque si ellos del todo conocieran quién tú eras, no cometerían una tan grande maldad. Mas ¿qué excusa tendré yo, que sabiendo que eres Dios, y creyendo que con un pecado mortal eres otra vez crucificado, y que por él se derrama y desperdicia tu sangre (pues se pierde un ánima comprada por ella) con todo eso he vuelto tantas veces á crucificarte con mis pecados? ¡Ay de mí, que tantas veces he pedido que viva Barrabás y mueras Tú, cuantas he pecado contra Ti, pues por el pecado muere Dios en el ánima y vive en ella Satanás!

¡Oh Señor mío, y cómo veo que la sentencia está ya dada contra Ti, y ya caminas al lugar de la justicia con la cruz á cuestas, acompañado de enemigos! ¡Ay de mí, que tu rostro no es ya el que solía: tu sagrada cara (entre las salivas y lágrimas escondida) no parece ya de hombre, y mucho menos de Dios y hombre: tu hermosura se ha vuelto en fealdad, tu crédito en infamia, y tu alegría en amargura! Tu piadosa Madre no pudiendo socorrerte, te da mayor pena con tu presencia. Toda ley reclama y dice que no eres digno de muerte, los ángeles de la paz lloran amargamente, todas las criaturas se quejan: solo mi pecado pide tu muerte, solo él te ha despojado de tus fuerzas y te sigue hasta la cruz. Por donde parece que es mayor mi maldad que la bondad de todas las criaturas, pues más parte es ella sola para traerte á la muerte, que la bondad de todas ellas para darte la vida.

Señor, pues que siempre hasta agora te he acompañado con mis pecados, dame gracia para que agora te acompañé en la cruz, no para satisfacer aquí por ellos (porque esto á ti solo pertenece) sino para poner ya fin á mi continuo pecar. Oh ánima mía, á lo menos agora puedes bien claro ver en esta pena la graveza de tu culpa, pues es cierto que cuando tú extendías las manos á tus torpezas y deshonestidades, entonces enclavabas las suyas en la cruz, y tanto le dabas mayor pena cuanto era más crecido tu de-

leite. Y cuando con vestiduras preciosas y collares de oro te ataviabas para agradar al mundo, entonces le desnudabas y le sacabas á la vergüenza. Y ¿qué piensas tú que haya sido el deshonesto mirar de tus ojos, sino lágrimas de los suyos? ¿Qué otra cosa el ataviar tu cabeza, y pintar las mejillas, y preciarte de suaves olores, sino traspasar su cabeza con espinas y abofetear su rostro y pelarle la sagrada barba? ¡ Oh fructo amarguísimo de mi pecado, por el cual veo morir al Dios de mi vida! Oh cruz, no fué la naturaleza la que así te hizo yerta y dura para sostener al que sostiene todo el mundo, sino la rebeldía y dureza de mi propria obstinación. Oh clavos, no fué el venero de la tierra el que así os hizo tiesos y duros (porque ya que lo fuérades, luego os tornáredes blandos por no lastimar á Aquél que os había criado) sino la dureza y rebeldía de mi corazón. Oh hiel y vinagre, si el amargura de mi pecado no os hobiera hecho tan amargos, muy presto os hiciérades dulces, por dar algún refrigerio á aquella extrema sed de vuestro Dios y Señor. Mas es tan grande mi maldad y desconocimiento, que dándome Él voces de la cruz hasta la hora presente y diciéndome: Yo muero aquí de sed por el gran deseo de tu salud, no quiero inclinar mis orejas á su voz, ni otra cosa tiene que recibir de mí sino hiel de pecados. Así que primero morirá Él allí de sed, que yo (con la enmienda de mi vida) le dé algún refrigerio.

No sé ya más qué poder decir, pues no hallo en todo el mundo otra mayor dureza que la mía. Veo cubrirse el mundo de tinieblas y escurecerse los cielos de dolor, y yo no me duelo: veo despedazarse las piedras y los muros y las montañas, y yo no me despedazo: veo llorar con la piadosa Madre los ángeles y todas las criaturas, y yo no lloro: veo temblar la tierra con todo lo que en ella es, y yo no tiemblo: veo al Centurión y á los otros soldados herir sus pechos y volver á sus casas arrepentidos, y yo aun con todo esto le ofendo. Oh todas las criaturas del mundo, si yo soy la causa de vuestra turbación, ¿porqué no os volvéis contra mí? ¿Porqué no tomáis venganza de las injurias de vuestro Señor? Yo os requiero que no tengáis piedad de mí, pues yo nunca la he tenido de vuestro Señor. No penséis que podréis ser en algo demasiadas y crueles contra mí, porque nunca podrá ser tanta la pena que me daréis, cuanta fué la gravedad de mis culpas. Oh Virgen dolorosa, oh bienaventurado Juan, y Magdale-

na, y vosotras sanctas mujeres que yacéis al pie de la cruz llorando, ¿qué será dè mí malvado, ó por mejor decir, única fuente de todos los males? Yo soy la causa de vuestra pena y de la de todas las criaturas, y para mayor colmo de mi malicia no puedo con las otras criaturas dolerme de tanto mal, por donde con mucha razón me tengo por digno de ser descomulgado y apartado de la compañía de todas ellas.

Oh Señor mío, ¿qué será de mí? Tú rogaste al Padre que perdonase á los que te crucificaban, excusándolos con su ignorancia: mas yo no peco ya por ignorancia sino por malicia, y por eso no me debe alcanzar parte desa oración. Tú perdonaste allí al buen ladrón y le prometiste el Paraíso: mas yo no soy merecedor desta promesa, porque ni tengo la fe que él tuvo, ni sus lágrimas y contrición. Tú allí encomendaste la Madre al discípulo amado: mas yo ¿á quién debo ser encomendado, viviendo tan obstinado en el mal? Tú dejaste las vestiduras á los soldados, y el cuerpo á Nicodemus: mas á mí no me puedes dejar otra cosa por vía de justicia sino el infierno, el cual yo acepto de buena voluntad. Y pues habiendo cometido contra ti tan grandes pecados, no te he honrado con mi penitencia, yo te honraré de aquí adelante en el infierno con mi pena, y seré materia de alabanza á todas tus criaturas.

SÍGUESE OTRA ORACIÓN

para antes de la confesión.

SOBERANO Hacedor de todas las cosas, pensando comigo mismo cuánto he ofendido con mis pecados á tu infinita Majestad, espántome de mi locura: considerando cuán benigno y magnífico Padre he desamparado, maldigo mi desagradecimiento: viendo de cuán noble libertad caí en tan miserable servidumbre, condeno mi desatino, y no sé qué pueda poner delante de mis ojos sino infierno y desesperación, porque tu justicia (de quien no puedo huir) espanta mi consciencia. Mas por el contrario, cuando considero aquella tu grande misericordia, que (según el testimonio de tu Profeta) va delante de todas tus obras, y con la cual en cierta manera vences á ti mismo (puesto que de nadie puedes ser vencido) luego un frescor alegre de esperanza recrea

y esfuerza mi ánima entristecida. Porque ¿cómo desesperaré yo de hallar perdón en Aquél que por la Escritura de sus profetas tantas veces convida los pecadores á penitencia, diciendo que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva? Y allende desto tu unigénito Hijo nos manifestó por muchas comparaciones cuán aparejado está tu perdón á todos los arrepentidos. Esto nos significó por la joya perdida y hallada, y por la oveja descarriada y traída sobre los hombros de su pastor, y mucho más por la comparación del hijo pródigo, cuya imagen en mí conozco. Porque yo soy el que injustísimamente desamparé á ti, mi amantísimo Padre, y el que desperdicié malamente toda mi hacienda, y obedeciendo á los apetitos de mi carne, huí de la subjección de tus mandamientos, y caí en el torpísimo cativerio de los pecados, y quedé puesto en extrema miseria, de la cual no sé otro que me pueda sacar, sino solo Aquél que desamparé. Reciba pues, Señor, tu misericordia al humilde que te pide perdón, á quien hasta agora has esperado tan blandamente. No merezco levantar á ti los ojos, ó llamarte Padre: mas tú que verdaderamente eres Padre, ten por bien mirarme con tales ojos. Porque tu vista sola resuscita los muertos, y ella es la que hace volver en sí á los desatinados, pues aun hasta el mismo pesar que de mí tengo, no lo pudiera tener si tú no me hobieras mirado. Cuando lejos de ti andaba perdido, mirásteme dende el cielo, y abriste mis ojos para que me mirase y me hallase metido en tantos males, y agora me sales á recebir, dándome el conocimiento y memoria de la inocencia perdida. No pido tus abrazos ni besos, no demando la vestidura rica que solía vestirme, ni el anillo de mi antigua dignidad, ni te suplico me recibas á la honra de tus hijos: asaz me irá bien, si me contares entre tus esclavos herrados con tu señal y atados con tus cadenas como á fugitivos, para que no pueda ya más apartarme de ti. No me pesará ser en esta vida uno de los más desechados, ni ser azotado con azotes de penitencia, ni vestirme de cilicio y de jerga, con tanto que para siempre no me vea yo apartado de ti. Óyeme pues, Padre piadoso, y dame el favor de tu unigénito Hijo y el remedio de su muerte. Dame tu espíritu que purifique mi corazón y le confirme en tu gracia, porque no torne á volver por mi ignorancia al destierro de donde me revocó tu clemencia. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA MUY DEVOTA ORACIÓN

para después de haber confesado.

QUIÉN es el hombre, oh Padre de las misericordias, á quien tanto amaste, que por él dieses tu preciosísimo y amantísimo Hijo? Porque nosotros viviésemos, Él murió: porque nosotros nos alegrásemos, Él se entristeció: porque nosotros sanásemos, Él fué llagado, y porque fuésemos limpios, Él derramó su sangre preciosa. ¿Qué hallaste, Señor, en el hombre, porque tanto le ames y tanto hagas por él? Porque según veo, todo el riquísimo tesoro y todo lo que tu paternal corazón pudo dar, diste por su rescate, que fué Jesucristo tu amado Hijo, verbo de tu corazón, con quien nos declaras el amor que como verdadero Padre dende ab eterno nos tienes. Oh clementísimo Padre, por el amor y humilísimos ruegos de tu amado Hijo perdona las culpas deste tu desleal esclavo. Acuérdate del dignísimo sacrificio de tu Hijo, y olvídate del desacato de tu vilísimo siervo, pues mucho más es lo que Él te pagó por mí, que lo que yo te puedo deber. ¡Oh, si tuvieses por bien poner en una balanza mi malicia y su bondad, mis vicios y sus heridas, sin dubda ellas pesarían mucho más! Porque ¿qué delicto puede ser tan grave, por quien no pueda satisfacer tal tristeza, tal afición, tal obediencia, tal humildad, tan vencedora paciencia y sobre todo tan inmenso amor? ¿Qué crimen habrá tan enorme, que no pueda ser lavado con aquel fervoroso y sangriento sudor, y con aquel abundoso río de su sangre? ¿Qué pecado habrá tan abominable, á quien no sobrepuje la muerte de Cristo? Oh Padre celestial, ofrézcote yo agora al mismo salvador y redemptor mío Jesucristo tu muy querido hijo, ayuntando mi pobre devoción y agradecimiento con aquel tan grande amor y caridad con que tú le enviaste al mundo, para que se vistiese de mi carne y me librase de la eterna damnación. Ofrézcote sus dolores extraños y sus incomprehensibles angustias (las cuales tú solo cumplidamente conoces) por todos mis pecados, en lugar del dolor y contrición que yo soy obligado á tener por ellos. Ofrézcote su sangriento sudor por las lágrimas que yo hubiera de tener, y no tengo, ni puedo derramar por la dureza grande de mi corazón. Ofrézcote sus humilí-

simas y muy inflamadas oraciones, por toda la tibieza, pereza y negligencia mía. Finalmente ofrézcote todos sus gravísimos trabajos y ejercicios de virtudes, su áspera y rigurosa vida, y todo cuanto en ella obró, y los crudelísimos tormentos que sufrió, junto con todos los loores de los soberanos espíritus, y con los merecimientos de todos los sanctos, en sacrificio digno de tu gloria, por todos los pecados con que yo en toda mi vida te he ofendido, y por las buenas obras que dejé de hacer, y asimismo por todos los vivos y defunctos, por los cuales tú, mi Dios, quieres ser rogado, y me mandas rogar, para que á todos ellos des por los merecimientos de este Señor lo que tú sabes que les conviene, para que fielmente te sirvan en aquel estado á que por tu misericordia fueron llamados. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE UNA BREVE MANERA DE CONFESAR

para las personas que se confiesan á menudo.

UNO de los trabajos que padescen las personas que se confiesan á menudo, es no hallar á veces cosas de que echar mano para haberse de confesar. Porque como por una parte creen y saben cierto que no carecen de pecados, y por otra al tiempo del confesar no los hallan, congójanse por esto demasiadamente y creen de sí que nunca jamás se confiesan á derechas.

De esto podríamos señalar dos causas. La una, que en hecho de verdad es dificultoso negocio conoscer el hombre á sí mismo y entender muy bien todos los rincones de su consciencia. Porque no en balde dijo el Profeta: Los delictos ¿quién los entiende? De mis pecados ocultos líbrame, Señor. La otra causa es, porque los pecados de los justos (los cuales dice el Sabio que caen siete veces al día) más son pecados de omisión que de comisión, los cuales son muy dificultosos de conoscer. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los pecados se cometen por una de dos vías: conviene saber, ó por vía de comisión (que es haciendo algunas obras malas, como es hurtar, matar, deshonrar &c.) ó por vía de omisión, que es, dejando de hacer algunas buenas, como es dejando de amar á Dios, ayunar, rezar &c. Pues entre estas dos maneras de pecados

los primeros (como consisten en hacer) son muy sensibles y muy fáciles de conoscer: mas los segundos (como no consisten en hacer, sino en dejar de hacer) son más dificultosos, porque lo que no es, no tiene tomo para echarse de ver. Por donde no es de maravillar que las personas espirituales (mayormente cuando son simples) no hallen á veces pecados de que acusarse: porque como las tales personas no caen tantas veces en aquellos pecados de comisión (que dijimos) y los otros que son por vía de omisión, no los entienden, de aquí nace no hallar de qué confesarse, y el afligirse por esto.

Pues para remedio desto me paresció ordenar este memorial para las tales personas, en el cual principalmente se trata deste género de pecados. Y porque los tales pecados pueden ser, ó contra Dios, ó contra nos, ó contra nuestros prójimos, por eso va el memorial repartido en tres partes, que destas tres maneras de negligencias tratan. Muchas de las cuales á veces no serían ni aun pecados veniales, mas todavía son imperfecciones y desfallecimientos, y muchas veces podrán ser pecados veniales: por donde los que caminan á la perfección, no del todo deben dejar la acusación de ellas. Aunque esto no conviene que se haga siempre, sino algunas veces (especialmente en las fiestas señaladas) porque no se cansen los confesores con nuestra demasiada prolijidad. Mas las otras veces ordinarias podrá cada uno tomar de aquí lo que le paresciere que más hace para descargo de su conciencia.

SÍGUESE EL MEMORIAL.

DICHA la confesión general, antes que entre en la acusación particular de sus culpas, acúsese de estas cuatro cosas siguientes.

Primeramente, de no venir tan aparejado á este sacramento, ni haber puesto tanta diligencia en examinar su consciencia, como debiera.

Lo segundo, de no traer tanto dolor y arrepentimiento de sus culpas, ni tan firme y verdadero propósito de apartarse dellas, cuanto debiera.

Lo tercero, de no haberse llegado al sancto sacramento de la Comunión con aquella pureza de consciencia y con aquella re-

verencia y devoción que convenía, y después de haber comulgado, no haber tenido aquel recogimiento que para tan alto huésped se requería.

Lo cuarto, de no haber puesto tanta diligencia en la enmienda de su vida, y procurado de aprovechar cada día más en el servicio de nuestro Señor, sino antes permanescido en una misma tibieza y negligencia, y aun vuelto atrás. Dicho esto, comience á acusarse por la orden siguiente.

Para con Dios.

PARA con Dios, acúsese primeramente de la caridad: conviene saber, de no haber amado á Dios con todo su corazón y ánima, como era obligado, sino antes puesto su amor desordenadamente en las criaturas y vanidades deste siglo, olvidándose de su Criador.

De la fe se acuse, si no ha tenido tan firme fe como debiera, y si no ha desechado de sí tan presto las fantasías y pensamientos que el demonio acerca desto le ha traído.

De la esperanza se acuse, si en los trabajos y necesidades que se le han ofrecido, no ha recorrido á nuestro Señor con aquella seguridad y confianza que debiera, y si ha desmayado y congojádose demasiadamente con ellos: porque esto nasce de flaqueza de confianza.

De la pureza de intención, acúsese que las obras del servicio de nuestro Señor no las hace con aquella pureza de intención, por solo Dios, como debría, sino algunas veces por cumplimiento, otras por sola costumbre, otras porque son conformes á su gusto y apetito, y otras por otros semejantes intereses y respectos.

Acúsese también de haber sido muy flojo y negligente en responder á las inspiraciones de nuestro Señor y á sus llamamientos, resistiendo en esto muchas veces al Espíritu Sancto, por no hacerse fuerza y ponerse á un poco de trabajo. Ésta es una culpa muy espiritual, y muy secreta, y muy digna de hacer siempre consciencia della.

Asimismo, de no haber sido tan agradescido á los beneficios divinos como debiera, ni dado tantas gracias por ellos, ni aprovechádose de ellos para amar & servir más al dador de todo, sino

á veces para ensoberbecerse con ellos y tener en menos á los otros.

También se acuse del olvido de nuestro Señor, trayéndolo muchas veces como desterrado de su corazón, habiendo siempre de andar en su presencia y traerlo ante los ojos.

También se acuse de la poca reverencia que ha tenido á nuestro Señor estando en las iglesias delante el sanctísimo Sacramento, especialmente oyendo la misa, estando allí con mucho menor temor y reverencia que estaría delante un príncipe de la tierra, que es un vil gusanillo como él.

De la paciencia en las adversidades, acúsese si por ventura no ha tenido aquel sufrimiento en los trabajos que Dios le envía, ni conocido que son enviados de su mano para su bien, ni dádole aquellas gracias que se deben á tal médico por tal medicina, sino antes por ventura quejándose y murmurando della. Esto se puede especificar más, si particularmente nos remuerde la consciencia de algo.

Para consigo mismo.

ACERCA de sí mismo, se acuse primeramente de no tener aquella prudencia y consideración que debría en todas las cosas, mayormente en las palabras que ha de hablar, y en todo lo demás. De donde viene á caer en muchos yerros, por arrojarse tan presto y tan sin consideración á las cosas, y ser en ellas muy precipitado y liviano.

De la negligencia en la oración, acúsese si ha dejado algunas veces de cumplir con sus oraciones y ejercicios acostumbrados, por livianos impedimentos que se le hayan ofrecido.

Item, de estar en la oración flojo y tibio, y derramado el corazón con diversos pensamientos y cuidados, y de no estar allí con la atención y reverencia que debía tener quien está delante de Dios y habla con Él.

De la constancia y perseverancia en los buenos propósitos, acúsese gravemente de haber sido muy liviano y muy inconstante en los buenos propósitos que propone, proponiendo agora y quebrantando luego lo que propuso, y siendo en esto más movible y más inconstante que la foja del árbol que se menea á cada viento.

De la mortificación de la propria voluntad, acúsese de no tener su voluntad tan mortificada y tan quebrada como debiera, y tan subjecta á la de nuestro Señor, sino antes muy viva y muy entera para todo lo que quiere hacer, procurando siempre de salir con sus apetitos adelante.

De la mortificación de la propria sensualidad y de la carne, acúsese de no tratarse con aquel rigor y aspereza que debía, sino antes amarse mucho y tratarse regaladamente, siendo demasiadamente piadoso para sí y para todas sus necesidades.

De la mortificación de la curiosidad, acúsese si por ventura es amigo de saber nuevas y historias, ó de estudios y libros curiosos, ó de alhajas, y vestidos, y otras cosillas polidas y bien labradas, y cosas semejantes, con que tiene preso, cautivo y embarazado su corazón.

De la paz del corazón, acúsese de no haber tenido aquella paz y sosiego interior que debía, sino antes turbádose muchas veces con los accidentes de todas las cosas que se ofrecen, y dejándose llevar por doquiera de sus pasiones, sin tener dentro de sí ninguna firmeza ni estabilidad.

De la guarda de los sentidos, acúsese de no traerlos tan recogidos como era razón, sino muy placeros y derramados por muchas partes, y ser por esto causa que el corazón se vaya también tras ellos, y se derrame.

De la composición del hombre exterior, acúsese de no andar tan compuesto en todas sus cosas y movimientos exteriores, ni ser tan disciplinado en sus palabras y obras y en todos sus pasos y movimientos como debría.

También se acuse aquí del tiempo perdido y mal gastado, y de muchas palabras, y obras, y pensamientos ociosos en que lo habrá ocupado, pudiendo con él granjear bienes eternos.

Para con el prójimo.

ACERCA del prójimo, se acuse de no tener para con los prójimos aquella caridad y amor que Dios manda, ni alegrándose tanto de sus bienes, ni compadeciéndose tanto de sus males como de los suyos propios, según que lo pedía la ley de la caridad.

De no haberlos tenido en aquella estima y reputación que debiera, sino antes muchas veces desestimándolos y despreciándolos en su corazón, teniéndose á sí en mucho, y á los otros en poco, como lo hacía el fariseo con el publicano.

De no haber sofrido con paciencia los defectos ajenos, ni compadecídose dellos, sino antes indignándose contra ellos, y despreciándolos.

De no haber tenido aquel celo y deseo de la salud de las ánimas, ni aquel dolor y sentimiento por tantas caídas y males como hay en el mundo, ni tanto cuidado de rogar á Dios por ellas como requería tan grande necesidad.

De no haber dado á los prójimos aquel ejemplo que debría en todas sus cosas, sino antes escandalizándolos muchas veces con palabras y obras desordenadas.

De no haber tratado á los prójimos con aquella humanidad y blandura que debiera, sino muchas veces con aspereza, y sequedad, y desabrimiento, y desgracia, &c.

En cada cosa destas susodichas debe el hombre cargar la mano más ó menos, según se hallare culpado en ella. Y si es la negligencia tal, que se puede especificar cuántas veces cayó en ella, también se debe hacer: como es el poco sufrimiento en las adversidades, y el dejar los ejercicios de devoción acostumbrados sin causa. Porque aunque esto no sea cosa de obligación, todavía es imperfección dejarse de hacer.

De los pecados de comisión.

DESPUÉS de haberse acusado desta manera de los pecados de omisión, puede luego acusarse de los demás, discurriendo por los diez mandamientos, y pecados capitales, y obras de misericordia, como se suele hacer.

Y cuanto á los diez mandamientos, particularmente puede detenerse en cinco dellos, conviene saber, en el segundo de no jurar, si por ventura ha jurado, &c.

Y en el tercero de sanctificar las fiestas, de cómo las sanctificó, &c.

Y en el cuarto de honrar los padres, de cómo cumplió con las obligaciones de su estado y familia, con el castigo y doctrina de sus hijos, criados y esclavos, &c.

Y en el sexto, de cómo desechó de sí los pensamientos deshonestos, &c.

Y en el octavo, de los juicios temerarios, murmuraciones, mentiras y sospechas, &c.

Cuanto á los pecados mortales, puede parar señaladamente en otros cinco, conviene saber, en el primero de la soberbia, acusándose de la falta de humildad interior y exterior, y de las especies más comunes de la soberbia, que son vanagloria, presumpción, ambición, jactancia, &c. si en alguna de éstas ha caído.

Y también en el segundo de el avaricia, de no tener tan despegado de su corazón todo amor y cobdicia de bienes temporales, y no ser tan pobre de espíritu como debiera.

Y en el cuarto de la gula, si en el comer y beber no ha tenido la templanza y medida que era razón.

Y en el quinto de la ira, si se ha desmandado en palabras airadas ó injuriosas. Si ha echado maldiciones. Si ha ofrecido al demonio &c.

Y en el séptimo, de la pereza y tibieza en las cosas del servicio de nuestro Señor.

Asimismo cuanto á las obras de misericordia se acuse de no haber socorrido á los prójimos, ni compadecídose de sus trabajos, ni rogado á Dios por ellos, ni amonestádolos y corregídolos con caridad, cuando era menester.

Discurriendo, pues, desta manera por todos estos pasos, no habrá ninguno tan justo, ni tan limpio, que no halle dentro de sí muchas culpas y miserias de que se deba acusar.

Y tenga aviso que no vaya cada vez por todas estas cosas á hecho leyéndolas por el libro, ó rezándolas de coro como oración de ciego (según que hacen muchos con grande sequedad de espíritu y con muy poco reconoscimiento de sus yerros) sino discurriendo por las cosas susodichas, eche mano de aquéllas en que se hallare más culpado, y de ésas se acuse, no por las palabra que aquí van escritas, sino por las que el conoscimiento de su culpa y la cualidad della le enseñaren.

Después destas acusaciones generales, debe cada uno descendir á las particulares de su proprio estado: conviene saber, el casado del suyo, y el clérigo, y el religioso, y el perlado, y el señor de familia, y el mercader, y el oficial, y así todos los demás,

mirando atentamente las obligaciones de su estado, y acusándose de todo lo que en ellas hobiere desfallecido.

Examinada, pues, la consciencia por esta orden susodicha, debe antes que se confiese y después de haberse confesado, rezar aquellas oraciones que poco antes señalamos para pedir al Señor perdón de sus pecados, y despertar su corazón al dolor y arrepentimiento dellos.

Síguese una breve manera de aparejarse para el Sacramento de la Comunión.

PORQUE el sanctísimo Sacramento del altar es vida de los que dignamente le reciben, y juicio de los que le reciben indignamente, por esto conviene mucho mirar con qué manera de aparejo nos llegamos á él.

Para lo cual es de saber que (según se colige de la doctrina de los sanctos) cinco cosas se requieren para comulgar dignamente, conviene saber, limpieza de consciencia, limpieza de cuerpo, pureza de intención, actual devoción y memoria de la sacratísima Pasión: de las cuales cosas diremos aquí sumariamente.

§. I.

La primera cosa pues que se requiere, es limpieza de consciencia, conviene saber, de todo pecado mortal. Porque por esto dijo el Profeta: Lavaré mis manos entre los inocentes y cercaré, Señor, tu altar: donde primero dice que lavará sus manos, que son las culpas de sus obras, y después que se acercará al altar, que es á la mesa de este Señor. Y por esto mismo nos amenazó tan espantosamente el Apóstol, cuando dijo: Quienquiera que comiere el pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo contra el cuerpo y sangre del Señor. En las cuales palabras da á entender que los que se llegan en pecado mortal á este misterio, cometen una culpa semejante á la que cometieron aquéllos que crucificaron á Cristo, pues los unos y los otros pecan contra el mismo cuerpo y sangre de Cristo, aunque sea en diferente manera.

Y demás desto, ¿qué se puede seguir de juntarse en uno dos cosas tan contrarias, como son Cristo y el pecador, sino corrupción de la una á la otra? Porque las cosas semejantes fácilmente

se juntan unas con otras, como un hierro con otro hierro y un licor con otro licor. Mas las contrarias (como son el agua y el fuego) en ninguna manera se pueden juntar sin corromper la una á la otra. Pues como por medio de este sanctísimo Sacramento especialmente se junte el hombre con Cristo, ¿qué se puede esperar de esta junta sino corrupción de la parte más flaca? ¿Cómo se juntará en uno el bueno con el malo, el limpio con el sucio, el humilde con el soberbio, y el manso con el airado, y el misericordioso con el crudo? Pues por esto conviene que haya alguna manera de semejanza entre el cristiano y entre Cristo, ó en la obra, ó en la voluntad, para llegarse dignamente á este misterio. Lo cual todo destruye el pecado cuando no se ha purgado por penitencia.

Y como quiera que todos los pecados mortales hagan esto, señaladamente lo hacen dos (que más particularmente repugnan á este sacramento) que son, enemistad y deshonestidad. El primero, porque como éste sea sacramento de unión (con que los fieles comiendo un mismo manjar, se hacen un ánima y un corazón) ¿qué cosa puede ser más contraria á esta unión, que la división de los corazones que se causa con el odio? Y no menos impide el segundo, que es la deshonestidad: porque si este sacramento no sólo se recibe en el ánima sino también en el cuerpo, ¿qué cosa más contraria para esto que aquel linaje de pecado, que (como dice el Apóstol) no sólo ensucia el ánima sino también el cuerpo? Y por esto de todos y más destos ha de ir limpio el que se llega á este misterio, arrepintiéndose con todo corazón de estos y de todos los otros males, y proponiendo la emienda dellos, y lavando con lágrimas y dolor la fealdad de sus culpas, y confesándose enteramente dellas.

Y no sólo de las mortales, mas también de las veniales debe tener arrepentimiento verdadero, porque aunque éstas no quiten la caridad, quitan el fervor de la caridad y el fervor de la devoción, que es una de las cosas que se piden para este aparejo. Y trabaje porque este arrepentimiento sea verdadero, y no así superficial y como por cumplimiento, cual es el de aquéllos que cada día se confiesan, más por costumbre y cerimonia que con verdadero dolor y arrepentimiento. De donde nasce que siempre vivan en perpetua tibieza y negligencia, sin emendarse ni aprovechar un día más que otro, y esto cuasi toda la vida.

§. II.

La segunda cosa que se requiere, es limpieza corporal, conviene saber, que aquella noche antes no haya tenido algún torpe sueño con lo que dél se suele seguir, porque esto comúnmente hace botos los sentidos y el entendimiento, y así hace al hombre menos devoto y menos hábil para este misterio. Verdad es que cuando esto acaesciese sin pecado, como muchas veces acaece, ó por obra del demonio, ó por flaqueza, ó otra cualquier disposición de naturaleza, y por otra parte hobiese alguna señalada fiesta, ó otra alguna causa racionable para comulgar, no debe el hombre abstenerse por solo esto de la comunión, mayormente no hallándose pesado y boto para ella, que es la causa por donde impide esta manera de ilusión. Mas fuera desta necesidad dice Sancto Tomás que aunque esto acaesciese sin ninguna culpa, es loable cosa abstenerse por aquel día deste sacramento.

Y por la misma razón deben abstenerse los casados del uso del matrimonio la víspera de la comunión. Porque si para vacar á la oración les da el Apóstol este consejo, ¿cuánto más para la sagrada comunión, que requiere mayor pureza? Verdad es que cuando esto no viene por parte del que ha de comulgar, y si aguardase esta sazón, ó nunca comulgaría, ó muy pocas veces, no se le debe por esto poner entredicho en este misterio (como dice S. Gregorio) porque no es razón privar á un inocente de tan grande beneficio por hacer lo que debe á su estado, especialmente cuando la persona es tal que ninguna pesadumbre ni menoscabo de devoción recibe por eso (como á muchas acaesce) y cuando de tal manera usa del matrimonio, que estando en el fuego, no se quema, como dice el mismo Sancto.

§. III.

La tercera cosa que se requiere, es pureza de intención: de la cual carescen los que se llegan á comulgar, ó por sola costumbre, ó por pura necesidad, ó por sólo hallar un poco de gusto y suavidad en la comunión, ó por ventura por alguna ostentación de virtud (como hacen los que sirven á la vanidad y ojos del mundo) ó por cobdicia de dinero, como hacen algunos malos sacerdotes. Pues quitados estos fines á parte, comulgue el hombre

por aquel fin para que fué instituído este sacramento, que es para unirse el ánima con Cristo por amor, y para sustentarse en la vida espiritual con este manjar, y para crescer con él de virtud en virtud, y para alcanzar por él perdón de sus pecados, y para ofrecer al Padre esta divina Hostia por la salud del mundo, y para hacerse participante de los méritos del Hijo, y para recebir por Él al Espíritu Sancto, y también para gustar cuán suave es el Señor, no por razón de solo el gusto, sino por el esfuerzo que con él se recibe para toda virtud. Pues el que con estos y otros semejantes fines se llegare á este misterio, éste tendrá aquella pureza de intención que para comulgar se requiere.

§. IV.

La cuarta cosa que se ha de tener, es actual devoción: la cual tendrá el que se llegare con actual amor y temor del que en este sacramento se encierra: porque estos dos afectos y virtudes señaladamente se requieren para llegar á él. Para lo cual (después de la divina gracia) una de las cosas que más ayuda, es la consideración. Porque para el temor y reverencia aprovecha mucho la consideración de la majestad de Dios, y de nuestra vileza y miseria, porque cualquiera destos dos extremos profundamente considerado, hace al hombre humilde y temeroso, cuando piensa llegarse á este tan alto Sacramento. Mas para el amor y deseo sirve la consideración de la bondad y misericordia de nuestro Señor, y de las causas y efectos deste divino Sacramento, que no fueron otras que las de su venida al mundo. Porque así como el amor fué el que le trajo del cielo á la tierra, y el que no paró hasta ponerlo en manos de pecadores, así el amor es el que agora le hace venir otra vez al mundo, y el que otra vez le deposita en nuestras manos: y lo que entonces obró en aquella primera venida, eso mismo es lo que obra agora en ésta. Porque este venerable Sacramento perdona los pecados pasados, esfuerza contra los venideros, enflaquece las pasiones, diminuye las tentaciones, despierta la devoción, alumbra la fe, enciende la caridad, confirma la esperanza, fortalece nuestra flaqueza, repara nuestra virtud, alegra la consciencia, hace al hombre participante de los merescimientos de Cristo, y dale prendas de la vida perdurable. Éste es aquel pan que confirma el cora-

zón del hombre, que sustenta los caminantes, levanta los caídos, esfuerza los flacos, arma los fuertes, alegra los tristes, consuela los atribulados, alumbra los ignorantes, enciende los tibios, despierta los perezosos, cura los enfermos, y es común socorro de todos los necesitados. Pues si tales y tan maravillosos son los efectos deste sacramento, y tal la bondad y amor del que nos lo da, ¿quién no será cobdicioso de tales riquezas? ¿Quién no tendrá hambre de tan excelente manjar?

Y puesto caso que este sacramento sea de tanta dignidad, no por eso debe el hombre apartarse de él, considerando su indignidad y pobreza, porque para pobres se proveyó este tesoro, y para enfermos se ordenó esta medicina, y para necesitados se dió este socorro, y para hambrientos se aderezó este manjar. Verdad es que él es pan de ángeles: mas también es pan de penitentes. Verdad es que es manjar de sanos: mas también es medicina de enfermos. Verdad es que es convite de reyes: mas también es pan de trabajadores. Verdad es que es manjar de robustos: mas también es leche de niños. Así que para todos es todas las cosas, y ninguno por imperfecto que sea se debe abstener de esta medicina si de todo corazón desea sanar. No tienen los sanos necesidad de médico sino los enfermos, y pues para éstos señaladamente vino Cristo al mundo, para éstos señaladamente viene agora en este sacramento.

Con estas consideraciones se despiertan el amor y temor deste sanctísimo Sacramento, para lo cual sirve una devota meditación que adelante se pone.

Y para esto será bien que el hombre tome unos tres días antes de la sagrada comunión á honra de la sanctísima Trinidad (como lo aconseja en un tratado suyo el religiosísimo duque de Gandía) para que en este tiempo se ejercite en estas y otras semejantes consideraciones, invocando el primer día el favor del Padre, el segundo del Hijo, el tercero del Espíritu Sancto, y todos ellos el de nuestra Señora, para que por todas partes reciba ayuda para un tan gran negocio como es aparejarse dignamente para este misterio.

Y en todo este tiempo debe andar con especial cuidado de mirar por sí y particularmente procurar que esté limpia la casa del corazón, donde se ha de aposentar este huésped celestial, y asimismo la puerta de la boca, por donde ha de entrar en ella,

pues no es justo que salgan palabras torpes ni maldicientes por el lugar por donde ha de entrar la palabra de Dios eterna y el Señor de toda criatura.

Y el mismo cuidado que tuviere antes de la comunión, ese mismo conviene tener después, para que por todas partes le sea ocasión de enriquescer este divino sacramento, y por todas se habilite más y más á las influencias dél.

§. V.

La quinta cosa que se requiere, es memoria de la sagrada Pasión: por la cual fué instituído este venerable sacramento, para que cada vez que lo recibiésemos, nos acordásemos de aquella inmensa caridad con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz, y de todos los trabajos que por nuestro amor pasó dende el pesebre hasta la sepultura, para que de todos ellos tuviésemos aquel reconoscimiento y diésemos aquellas gracias que merescía un tan grande beneficio. Y por esto la mañana ó la noche antes de la comunión debemos gastar un pedazo de tiempo en esta piadosa meditación, dando gracias al Señor por este beneficio, que es, por todos los dolores y trabajos que en su muerte y vida sanctísima por nosotros padesció.

§. VI.

Después de todo esto, cuando se llegare á comulgar, lléguese con gran temor y temblor, diciendo de corazón aquellas palabras del Centurión: *Domine, non sum dignus &c.* Y cuando recibiere la hostia, deténgala un poquito en la boca hasta que se humedezca en ella, porque no se le pegue á los paladares. Y después que hobiere comulgado, no escupa luego de ahí á un pedazo de tiempo, si no fuere habiendo necesidad, y en lugar limpio y honesto, ni tampoco se vaya luego á comer, porque no junte con aquella divina Hostia otro manjar corruptible.

Y porque todo el tiempo en que la hostia está entera en nuestro pecho, es tiempo en que el Sacramento influye gracia en el ánima (como dice Cayetano) en ninguna manera conviene que salga luego de la iglesia, ni se divierta en pláticas ni pensamientos de cosas terrenas, sino que entonces (más que en otro tiempo) emplee todo su espíritu y todas las fuerzas de su devoción y amor

en dar gracias al Señor por aquella visitación y extender los brazos de su afición al que tiene dentro de sus entrañas. Y trabaje por acompañar todo aquel día con este amor y reconoscimiento al huésped que le vino del cielo, no desamparándolo y dejándolo solo acabándolo dé recibir, como hacen algunos. Y tenga por cierto que muchas veces en media hora destas se alcanza más luz, más devoción y más espíritu y fortaleza, que en muchos otros muy largos y espaciosos ejercicios. Porque en estos obra sola la devoción del que ora, mas aquí obra el Sacramento junto con la devoción: y entonces parece que navega el hombre á solo remo, mas aquí á velas y remos juntamente.

SÍGUESE UNA MEDITACION

para antes de la sagrada comunión, para despertar en el ánima temor y amor deste Sanctísimo Sacramento,

QUIÉN eres tú, Señor mío, y quién soy yo, para que me ose llegar á ti? ¿Qué cosa es el hombre para que pueda recebir en sí á Dios su hacedor? ¿Qué es de sí el hombre sino vaso de corrupción, muladar de vicios, manjar de gusanos, hijo del demonio, heredero del infierno, menospreciador de Dios, y una criatura inhabilísima para todo lo bueno, y poderosísima para todo lo malo? ¿Qué es el hombre sino un animal en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus pensamientos loco, en sus obras vano, en sus apetitos sucio, y finalmente en todas las cosas pequeño, y en sola su estima grande? Cata aquí, Señor mío, quién soy yo: mas ¿quién eres Tú? Tú eres sin cantidad grande, sin calidad bueno, sin medida sabio y sin mutación eterno. Tú eres en la grandeza infinito, en la virtud omnipotente, en la sabiduría inmenso, en los consejos admirable, en los juicios terrible y en todas las virtudes acabado. Pues ¿cómo una tan vil y sucia criatura se osará llegar á un Dios de tan grande majestad? Las estrellas no están limpias delante de tu acatamiento, las colunas del cielo tiemblan delante ti, los más altos de los serafines encogen sus alas en tu presencia: pues ¿cómo te osará recebir dentro de sí una tan baja criatura? El sancto Baptista dende las entrañas de su madre sanctificado, no osa tocar tu cabeza: el príncipe de los Apósto-

les da voces y dice: Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador: ¿y osaré yo llegarme á ti tan cargado de pecados?

Si aquellos panes que estaban sobre la mesa del templo delante Dios (que no eran más que una sombra de este misterio) no podía comer sino quien estuviese limpio y sanctificado, ¿cómo me atreveré yo á comer del pan de los ángeles, estando tan ajeno de toda sanctidad? Aquel cordero pascual (que era figura de este sacramento) mandaba Dios que se comiese con pan cenceño y con lechugas amargas, calzados los zapatos y ceñidas las renes: pues ¿cómo osaré yo llegarme al verdadero Cordero pascual sin llevar este aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cenceño sin levadura de pecado? ¿Qué es de las lechugas amargas de la verdadera contrición? ¿Dónde está la pureza de las renes y la limpieza de los pies, que son los deseos? Temo, y mucho temo, cómo seré rescebido en esta mesa, si me falta este aparejo. Desta mesa fué desechado aquél que no se halló con ropa de bodas, y atado de pies y manos fué mandado echar en las tinieblas exteriores. Pues ¿qué otra cosa espero yo, si de esta manera me hallare en este convite? Oh divinos ojos, á los cuales están abiertos y desnudos todos los rincones de nuestras ánimas, ¿qué será de la mía, si ante ellos paresciere así desnuda?

Tocar el arca del testamento (que no era más que figura deste misterio) fué cosa tan grave, que el sacerdote que la tocó llamado Oza, fué luego castigado con arrebatada muerte. Pues ¿cómo no temeré yo el mismo castigo, si recibiere indignamente al que por aquella arca era figurado? No hicieron los Betsamistas más que mirar curiosamente esta misma arca, cuando pasaba por su tierra, y por solo este atrevimiento dice la Escriptura divina que mató Dios cincuenta mil hombres de aquel pueblo. ¡Oh cosa para temer! No menospreciaron el arca, no la recibieron con mala cara, antes se alegraron, y le hicieron fiesta, y le ofrecieron sacrificios: y sólo haber querido curiosamente mirarla, fué culpa digna de tan grande pena. ¿Quién temiera tal castigo por tal delicto, de un Dios tan piadoso? Pues ¡oh misericordioso y terrible Dios, cuánto mayor cosa es tu sacramento que aquel arca, y cuánto mayor cosa es rescebirte que mirarte! Pues ¿cómo no temblaré yo, cuando me llegare á rescibir un Dios de tan grande majestad y justicia, y que quiere ser tratado con tanta revevencia?

Y si tanta razón tengo para temer considerando tu grandeza,

¡cuánto más debo temer considerando mi indignidad y sinjusticia! Acuérdome, Señor, de muchas y muy graves culpas que tengo en este mundo cometidas contra ti. Tiempo hubo (y plega á tu misericordia no lo sea también ahora) cuando la cosa más olvidada y menos amada eras tú, hermosura infinita, y cuando el polvo de las criaturas tenía en más que el tesoro de tu gracia y la esperanza de tu gloria. La ley de mi vida eran mis deseos, la obediencia tenía dada á mis apetitos: no tenía cuenta contigo más que si nunca te conosciera. Yo soy aquel necio que dijo en su corazón: No hay Dios, porque de tal manera viví un tiempo como si creyera que no lo había. Nunca por tu amor trabajé, nunca por tu justicia temí, nunca por tus leyes me aparté de lo malo, nunca por tus beneficios te di las gracias que debía, nunca por saber que tú estabas en todo lugar presente, dejé de pecar contra ti. Todo lo que mis ojos desearon les concedí, y no fuí á la mano á mi corazon para estorbarle alguno de sus deleites. ¿Qué género de maldades hay, por donde no haya pasado mi malicia? ¿Qué otra cosa fué toda mi vida sino una perpetua guerra contra ti, y una renovación de todos los martirios que pasaste por mi? ¡Cuántas veces por la golosina de un deleite, ó de un poco de dinero, como otro Judas te vendí! Pues ¿qué será allegarme yo agora á recebirte, sino darte paz con el mismo Judas, después de haberte vendido? ¿Qué hice las otras veces que comulgué, y acabando de comulgar te ofendí, sino escarnecerte con los soldados, que por una parte hincadas las rodillas te adoraban, y por otra con la caña te herían? Pues, oh Salvador y Juez mío, ¿cómo te osaré recibir en una tan sucia posada? ¿Cómo depositaré tu sagrado cuerpo en la cama de los dragones y en el nido de las serpientes? ¿Qué cosa es el ánima llena de pecados sino una casa del demonio, un establo de bestias, un cenagal de puercos y un muladar de todas las inmundicias? Pues ¿cómo estarás tú, pureza virginal y fuente de hermosura, en lugar tan abominable? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas, y la compañía de Dios con la de Belial? Oh flor del campo y azucena de los valles, ¿cómo quieres tú agora ser hecho manjar de bestias? ¿Cómo se ha de dar ese divino manjar á los perros, y esa tan preciosa margarita á los puercos? Oh amador de las ánimas puras y limpias, que te pascientas entre los lirios mientras dura el día y se inclinan las sombras, ¿qué pasto te podré yo dar en este

corazón, donde no nascen estas flores, sino solamente cardos y espinas?

Tu lecho es de madera de Líbano, las columnas tiene de plata, y el reclinatorio de oro, y la subida colorada. No hay en esta casa ninguno de estos colores: pues ¿qué silla te daré yo cuando entrares en ella? Tu sagrado cuerpo fué envuelto en una sábana limpia y sepultado en un sepulcro, donde nadie había sido sepultado: pues ¿qué parte hay en mi ánima que sea limpia y nueva, donde te pueda yo sepultar? ¿Qué ha sido mi boca sino sepultura abierta, por donde salía el hedor de mis pecados? ¿Qué mi corazón, sino fuente de vicios? ¿Qué mi voluntad, sino casa y cama del enemigo? Pues ¿cómo osaré yo llegarme con estos labios sucios á rescibirte y darte paz? Ninguna parte hay en mi ánima que esté pura y limpia y que no haya sido muchas veces corrompida por el pecado: pues ¿qué es del sepulcro nuevo y limpio, donde te haya de sepultar?

Oh Redemptor y Salvador mío, confúndome de verme tal. Avergüénzome de ver cuál voy á la cama y á los brazos del Esposo del cielo, que de nuevo me quiere recibir. ¿Hasta aquí ha llegado tu piedad, que no te afrentes, Rey de gloria, de recibir en tu casa y tomar por esposa á la desechada y deshonrada por un tal vilísimo rufián? Llevóse el demonio la flor de mi honestidad, ¿y conténtaste tú con los desechos del enemigo? Tú (dices) has fornicado con todos cuantos amadores has querido: pero con todo eso vuélvete á mí, que yo te recibiré.

Conozco, Señor, mi indignidad y conozco tu gran misericordia. Ésta es la que me da atrevimiento para llegarme á ti tal cual aquí estoy. Porque mientra más indigno fuere yo, más glorificado quedarás tú en no desechar y tener asco de tan sucia criatura. No desechas, Señor, los pecadores, antes los llamas y los atraes á ti. Tú eres el que dijiste: Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio. Tú dijiste: No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos. Y: no vine á buscar los justos, sino á los pecadores. De ti públicamente se decía que recibías los pecadores y comías con ellos. No has mudado, Señor, la condición que tenías entonces, y por eso creo que agora también llamas dende el cielo á los que entonces llamabas en la tierra. Pues yo, movido por este piadoso llamamiento, vengo á ti cargado de pecados, para que me descargues, y tra-

bajado con mis proprias miserias y tentaciones, para que me des refrigerio. Vengo como enfermo al médico, para que me sane, y como pecador al justo y fuente de justicia, para que me justifique.

Dicen que recibes los pecadores y comes con ellos, y que tu manjar es la conversación de los tales. Si tanto te deleita ese convite, cata aquí un pecador con quien puedas comer de ese manjar. Bien creo, Señor, que te deleitaron más las lágrimas de aquella pública pecadora que el convite soberbio del fariseo, pues no menospreciaste sus lágrimas ni la desechaste por pecadora, sino antes la recebiste, y la perdonaste, y la defendiste, y por unas pocas de lágrimas le perdonaste muchos pecados. Aquí se te pone, Señor, agora otra nueva ocasión de mayor gloria, que es un pecador con más pecados y menos lágrimas. No fué aquélla la última de tus misericordias, ni la primera. Otras muchas tales tenías hechas, y otras muchas te quedaban por hacer. Entre agora ésta en la cuenta de ellas, y perdona á quien más te ha ofendido y menos llora porque te ofendió. No tiene tantas lágrimas que basten para lavar tus pies: mas Tú tienes derramada tanta sangre, que basta para lavar todos los pecados del mundo.

No te indignes, Dios mío, porque estando tal cual estoy, me oso llegar á ti. Acuérdate que no te indignaste cuando aquella pobre mujer que padescía flujo de sangre, se llegó á recibir el remedio de su enfermedad tocando el hilo de tu vestidura, antes la consolaste y esforzaste diciendo: Confía, hija, que tu fe te hizo salva. Pues como yo padezca otro flujo de sangre más peligroso y más incurable que éste, ¿qué puedo hacer sino llegarme á ti para recibir el beneficio de mi salud?

No has mudado, Señor mío, la condición ni el oficio que tenías en la tierra, aunque te subiste al cielo. Porque si así fuera, otro evangelio fuera menester, que nos declarara la condición que tienes allá, si fuera diferente la de acá. Leo pues en tus evangelios que todos los enfermos y miserables se llegaban á tocarte, porque de ti salía virtud y sanaba á todos. Á ti se llegaban los leprosos, y Tú extendías tu bendita mano y los alimpiabas. Á Ti venían los ciegos, á Ti los sordos, á Ti los paralíticos, á Ti los mismos endemoniados, á Ti finalmente acudían todos los monstruos del mundo, y á ninguno dellos te negaste. En Ti solo

está la salud, en Ti la vida, en Ti el remedio de todos los males. Tan piadoso eres para querer dar salud, cuan poderoso para darla. Pues ¿á dónde iremos los necesitados sino á Ti?

Conozco, Señor, verdaderamente que este divino Sacramento no sólo es manjar de sanos, sino medicina de enfermos: no sólo es fortaleza de vivos, sino resurrección de muertos: no sólo enamora y deleita los justos, sino también sana y purifica los pecadores. Cada uno se llegue como estuviere, y tome dél la parte que le pertenezca. Lléguense los justos á comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de su confesión y alabanza en este convite: yo me llegaré como pecador y enfermo á recibir este cáliz de mi salud. Por ninguna vía puedo pasar sin este misterio, y por ninguna parte me puedo dél excusar. Si estuviere enfermo, aquí me curarán, y si sano, aquí me conservarán. Si estuviere vivo, aquí me sustentarán, y si muerto, aquí me resuscitarán. Si ardiere en el amor divino, aquí me abrasarán, y si estuviere tibio, aquí me calentarán. No desmayaré por verme ciego, porque el Señor alumbra ciegos: no por verme caído, porque el Señor levanta los caídos. No huiré dél (como hizo Adán) por verme desnudo, porque él es poderoso para cubrir mi desnudez: no por verme sucio, porque él es fuente de misericordia: no por verme pobre, porque él es Señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria, antes le doy ocasión (mientra más miserable fuere) para que resplandezca más en mí la grandeza de su misericordia. Las tinieblas del ciego dende su nascimiento sirvieron para que resplandesciese más la gloria de Dios, y la torpeza de mis culpas servirá para que se vea cuán bueno es Aquél que siendo tan alto, no desdeña un tan miserable pecador. Especialmente que no se tiene aquí respecto á mí, sino á los merescimientos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el eterno Padre ha por bien de tomarme por hijo y tratarme como á tal.

Pues por esto te suplico, clementísimo Dios y Padre de este Señor, que pues el sancto rey David asentaba á su mesa á un hombre tullido y lisiado, porque era fijo de aquel grande amigo suyo Jonatás (queriendo en esto honrar al hijo por los méritos de su padre) así tú, eterno Padre, tengas por bien asentar á este tan pobre y disforme pecador á tu sagrada mesa, no por él, sino por los meritos de aquel tan grande amigo tuyo Jesucristo nuestro verdadero Señor y Padre, que con tantos dolores y trabajos

nos engendró en la cruz: el cual contigo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE OTRA MEDITACIÓN

para después de haber comulgado.

OH Dios mío y misericordia mía, ¿qué gracias te podré yo dar, porque tú, Rey de los reyes y Señor de los señores, has querido hoy visitar mi ánima, y entrar en mi pobre posada, y hacerte una cosa comigo mediante la virtud inestimable deste Sacramento? ¿Con qué te pagaré esta honra? ¿Con qué te serviré este beneficio? ¿Qué gracias te podrá dar una criatura tan pobre, por una dádiva tan rica?

Mas no es sola ésta la dádiva que nos das, sino otras innumerables que se juntan con ella. Porque no te contentaste con hacernos aquí participantes de tu soberana deidad, sino también nos haces de tu sancta humanidad y de todos los merescimientos que nos ganaste con ella. Porque aquí nos das tu carne y tu sangre, y con esto nos hace participantes de todos los tesoros y merescimientos que con esa misma carne y sangre nos ganaste. ¡Oh maravillosa comunicación! ¡Oh preciosa dádiva mal conoscida de los hombres, y digna de ser agradescida con perpetuos loores! Oh clementísimo Reparador de nuestras ánimas, ¿con qué mayores riquezas las pudieras enriquecer que con éstas? Bien dijiste, Señor, hablando en tu oración al Padre: Yo, Padre, me sanctifico por ellos, porque ellos sean sanctos de verdad. ¡Oh nueva manera de sanctificar, tan costosa para el sanctificador y tan fácil para el sanctificado! Tuya es la sanctidad, y mío es el fructo: tuyo el trabajo, y mío el provecho: tuya la costa, y mía la ganancia: tuya la disciplina, y mío el perdón de la culpa. Finalmente tuya es la purga y la sangría, y mía es la salud y la vida que se alcanza con ella.

Según esta cuenta, Salvador mío, tu sanctidad es nuestra, tus virtudes nuestras, tus merescimientos nuestros, y finalmente todos los trabajos de tu vida nuestros son, y en todos ellos tenemos nuestra parte, la cual se nos comunica por este sacramento. Por aquí se nos comunica la humildad de tu encarnación, la pobreza del pesebre, la sangre de la circuncisión, el destierro de

Egipto, el cansancio de los caminos, el merescimiento de las predicaciones, la paciencia de las injurias, y finalmente todos los trabajos de tu sagrada pasión. Míos son aquellos azotes, y aquellos clavos, y aquellas bofetadas y espinas, y aquella sangre preciosa que por mí se derramó. Á mí lavaron aquellas lágrimas, á mí sanaron aquellas heridas, y por mí satisficieron aquellos azotes. ¡Oh dichosa comunicación! ¡Oh carta de maravillosa hermandad! ¡Oh compañía de inefables tesoros! ¿Qué caudal pusimos nosotros, Señor, de nuestra parte para esto? ¿Qué te dimos porque tal dádiva nos dieses? Ninguna cosa hubo cierto de por medio más que tu sola bondad. ¿Porqué alumbra el sol? ¿Porqué calienta el fuego? ¿Porqué enfrían las aguas? Porque es natural propriedad destas criaturas producir tales efectos. Pues á ti, Dios mío, es proprio haber misericordia y perdonar, y (lo que más es) perdonar á los otros y no perdonar á ti. Tu misma naturaleza es bondad, y no cualquiera bondad, sino suma bondad. Pues así como á la bondad pertenesce comunicarse, así á la suma bondad sumamente comunicarse, y así lo heciste Tú con nosotros, pues en todo te nos diste. Nasciendo te nos diste por hermano, comiendo por mantenimiento, muriendo te nos das en precio, y reinando en galardón?

Finalmente si quieres, ánima mía, en una palabra comprehender los bienes que consigo te trae este divino Sacramento, considera los que trajo este Señor al mundo cuando á él vino. Pues así como cuando vino al mundo, dió al mundo vida de gracia (con todo lo demás que se sigue della) así cuando por este medio viene al ánima, le da esta misma vida. ¡Oh manjar divino, por quien los hijos de los hombres se hacen hijos de Dios, y por quien nuestra humanidad se mortifica para que Dios viva en ella! ¡Oh pan dulcísimo, digno de ser adorado, que mantienes el ánima, y no el vientre: confirmas el corazón, y no cargas el cuerpo: alegras el espíritu, y no embotas el entendimiento: con cuya virtud muere nuestra sensualidad, y la voluntad propria es degollada, para que se cumpla en nosotros la voluntad divina!

Mas ya, Señor, que así determinabas de comunicarnos tu gracia y hacernos participantes de ti, pudieras hacer esto de muchas maneras y por otros muchos medios. Mas esto fué cosa de suma caridad, que inventaste para ello un medio tan alto y tan honroso para el hombre, que excede todo lo que se puede desear. To-

maste por medio para darnos parte de ti, abrazarte con nosotros y entrar tú mismo en nuestras ánimas debajo de especie de mantenimiento, para obrar en ellas esta unión tan admirable. Dime, Señor, ¿qué pudieras hacer con que más humillaras á ti y levantaras á los hombres, pues á los hombres hiciste dioses y á ti heciste manjar de hombres?

¿Qué quieres, Salvador mío, que infiera yo deste misterio y desta entrada tan familiar, sino que entrañablemente nos amas y que así quieres ser amado de nosotros? Si tú así nos previenes, así nos echas los brazos encima, así te juntas con nosotros, ¿qué puedo yo colegir de aquí, sino que de corazón nos amas y que tus deleites son estar con los hijos de los hombres? Pensaba yo, Señor, que tus deleites eran estar entre los ángeles: y agora entiendo que también tienes tus deleites en la tierra, y acá en este desierto tienes también (como otro Salomón) tu casa de solaz en el monte Líbano, donde vas á recrearte.

Pues ¿qué gracias, qué alabanzas te daré yo, Señor, por este beneficio? Si el agradecimiento ha de responder á la dádiva, ¿qué linaje de agradescimiento bastará para esta dádiva? En el Éxodo leemos que dijiste á Moisén: Toma un vaso de oro, y hínchelo de maná, y ponlo dentro del arca del amistad, y esté ahí guardado siempre: para que sepan las generaciones advenideras con qué linaje de mantenimiento sustenté yo á vuestros padres cuarenta años en el desierto. Pues si en tanto quesiste que se estimase aquel manjar corruptible, que lo mandaste guardar por memoria en lugar de tanta veneración, ¿en cuánto será razón que se tenga este manjar incorruptible, que da vida eterna á quien lo come? Veo claramente que lo que va de manjar á manjar, eso va de beneficio á beneficio, y eso ha de ir de agradescimiento á agradescimiento. Aquel manjar era de la tierra, éste del cielo: aquél era manjar de cuerpos, éste de ánimas: aquél no daba verdadera vida á los que le comían, éste es vida eterna de quien le come. Mas ¿qué hay que hacer comparación de uno á otro, pues lo que va de criador á criatura, eso va de manjar á manjar? Pues si tal memoria y agrasdecimiento pediste por haber mantenido á aquel pueblo con aquel manjar mortal y corruptible, ¿qué pedirás por habernos mantenido con tanto más excelente manjar cuanto es Dios mejor que su criatura? No hay agradescimiento ni alabanzas que basten para esto.

Pues como desafuciado ya de poder pagar esta deuda, no me queda otro remedio sino recibir con el Profeta el cáliz de mi salud y invocar el nombre del Señor. Esto es, no pagar los beneficios con beneficios, sino pedir beneficios sobre beneficios y mercedes sobre mercedes. Pídote pues, Señor, recibas este venerable Sacramento para satisfación de todas mis culpas y pecados y para complida emienda de mi vida. Por él repara todas mis caídas y suple todas las faltas de mi pobreza. Por él mortifica en mí todo lo que desagrada á tus divinos ojos, y hazme hombre según tu voluntad. Por él conforma mi espíritu, ánima y cuerpo con el espíritu, ánima y cuerpo de tu sacratísima humanidad, y esclarésceme todo con la lumbre de tu divinidad. Por él me concede que en ti esté siempre firme, y á ti perfecta y perseverantemente ame, y contigo esté siempre unido y incorporado para gloria y honra de tu sancto nombre.

Convierte, Señor, á los miserables pecadores. Vuelve á tu Iglesia los herejes y scismáticos. Alumbra á todos los infieles que no te conoscen. Socorre á todos los que están puestos en tribulaciones y necesidades. Ayuda á todos aquéllos por quien yo soy obligado á rogarte. Consuela á todos mis padres, parientes, amigos, y enemigos, y bienhechores. Ten misericordia de todos aquéllos por quien derramaste tu preciosa sangre. Da perdón y gracia á los vivos, y á todos los defunctos descanso y gloria perdurable. Que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN

PARA DESPUÉS DE HABER ALZADO EN LA MISA

de diversas palabras de S. Augustín.

CLEMENTÍSIMO y soberano Criador del cielo y de la tierra, yo el más vil y miserable de los pecadores, te ofrezco juntamente con la Iglesia este preciosísimo sacrificio (que es tu unigénito y amantísimo Hijo) por todos los pecados que yo he hecho, y por todos los beneficios que de tu mano he recebido. Mira, clementísimo Rey, al que padesce, y acuérdate benignamente de aquél por quien padesce. ¿Por ventura no es éste, Señor, el Hijo que entregaste á la muerte por remedio del siervo? ¿Por ventura no es éste el autor de la vida, el cual llevado como oveja al mata-

dero, no rehusó padescer un tan cruelísimo linaje de muerte? Vuelve, Señor Dios mío, los ojos de tu Majestad sobre esta obra de inefable piedad. Mira el dulce Hijo extendido en un madero, y sus manos inocentes corriendo sangre, y ten por bien perdonar las maldades que cometieron las mías. Considera su pecho desnudo, herido con un cruel hierro de lanza, y renuévame con la sagrada fuente que de ahí creo haber salido. Mira esos pies sin mancilla, que nunca estuvieron en el camino de los pecadores, atravesados con duros clavos, y ten por bien de enderezar los míos en el camino de tus mandamientos. Ruégote, Rey de los sanctos, por este Sancto de los sanctos, por este redemptor mío, que sea yo uñido con él en espíritu, pues no tuvo horror de juntarse con mi carne. ¿Por ventura no consideras, piadoso Padre, la cabeza descaecida del amantísimo Hijo, su blanca cerviz inclinada y caída con la presencia de la muerte? Mira, clementísimo Criador, cuál está el cuerpo del Hijo amado, y ten misericordia de tu miserable siervo. Mira cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo están secas sus entrañas estiradas, cómo están descaídos sus ojos hermosos, cómo está amarilla su real figura, cómo están yertos sus brazos tendidos, cómo están colgadas sus rodillas de alabastro, y cómo riega sus atravesados pies el río de su sangre preciosa. Mira, glorioso Padre, los miembros despedazados del amantísimo Hijo, y acuérdate de la miseria de tu vil criado. Mira la pena de Dios humanado, y remedia la miseria del hombre culpado. Mira el tormento del Redemptor, y perdona la culpa del redemido. Éste es nuestro fiel abogado delante de ti, Padre todopoderoso. Éste es aquel sumo Pontífice que no tiene necesidad de ser sanctificado con sangre ajena, pues Él resplandece rosciado con la suya propria. Ruégote pues, piadoso Padre, que por esta oración lo merezca yo tener por ayudador, pues de gracia, sin que yo te lo mereciese, me lo diste por Redemptor.

FIN

TRATADO

DE LA

ORACIÓN Y MEDITACIÓN

TRATADO

DE LA

ORACIÓN Y MEDITACIÓN

RECOPILADO POR

EL R. P. F. PEDRO DE ALCÁNTARA

FRAILE MENOR

DE LA ORDEN DEL B. S. FRANCISCO

Añadióse al cabo una breve Introducción, para los que comienzan á servir á Dios, y un Tratado de los tres votos de la Religión, compuesto por F. Hierónimo de Ferrara.

IMPRESO EN LISBOA
EN CASA DE IOANNES BLAVIO DE COLONIA
Con Real privilegio.

EL IMPRESOR AL CRISTIANO LECTOR

ESTE tratado, cristiano lector, vino á mis manos con algunos vicios que había sacado de la impresión. Y por parecerme libro muy provechoso á todo fiel cristiano, y demás de esto, ser breve para poderse leer de cualquier hombre, aunque estuviese muy ocupado, y fácil para ser comprado de quienquiera, aunque fuese muy pobre, rogué al principal autor de él quisiese tomar un poco de trabajo para emendarlo, siquiera porque no anduviese en las manos de los hombres tan vicioso: y su Reverencia lo hizo tan bien, que no sólo lo emendó, sino cuasi lo hizo de nuevo, añadiendo y quitando muchas cosas, de tal manera que el libro que venía en solos cinco pliegos impreso, sale agora con doblado volumen, para que así tenga el piadoso lector esta recopilación más copiosa, y así pueda mejor aprovecharse de esta doctrina. Vale.

AL MUY MAGNÍFICO Y MUY DEVOTO

SEÑOR RODRIGO DE CHAVES

VECINO DE CIUDAD-RODRIGO

CARTA DEL AUTOR

Muy magnífico y muy devoto Señor: Nunca yo me moviera á recopilar este breve tratado, ni á consentir que se imprimiese, si no fuera por las muchas veces que vuestra merced me mandó escribiese alguna cosa de oración breve y compendiosa, y con claridad, cuyo provecho fuese más común, pues siendo de pequeño volumen y precio, aprovecharía á los pobres, que no tienen tanta posibilidad para libros más costosos, escribiéndose con más claridad, aprovechará á los simples, que no tienen tanto caudal de entendimiento. Y paresciéndome que no es de menor mérito obedescer en este caso á quien pide cosa tan piadosa y sancta, que el fructo que se puede sacar della, quise poner por obra tan sancto mandamiento, bien certificado que para mí no puede este pequeño trabajo dejar de ser de provecho, si la mucha afición y voluntad que tengo al servicio de vuestra merced y de la señora doña Francisca vuestra benedicta compañera (no menos ligada con vuestra merced con el vínculo de la caridad y amor en Jesucristo nuestro Señor, que con el del matrimonio) no me lleva alguna parte del merescimiento. Aunque si es verdad, como lo es, que todo el bien que hacen nuestros hermanos, de que nos gozamos los cristianos, resulta en mérito particular del que se huelga, bien podré yo decir que soy participante, y de todas vuestras buenas obras, pues como con hijos muy queridos en el Señor (que así quiero llamar á vuestras mercedes, pues me tenéis por padre) nunca ha faltado la pobreza de mi doctrina y industria para ayudar á la riqueza de vuestros

sanctos propósitos y altos pensamientos. Y habiendo leído, entre otros libros de romance devotos, el Libro de la Oración que nuevamente compuso el muy Reverendo Padre Provincial Fray Luis de Granada, de la Orden de los Predicadores, y paresciéndome que era el mejor de los que en nuestra lengua he leído (por poner de mejor manera en prática el ejercicio de la oración, con muy buenas meditaciones y avisos muy provechosos, ansí para principiantes como para aprovechados y perfectos) determiné favorescerme dél, poniendo en este tratado brevemente y lo más claro que yo supe, todo lo que aquél tiene necesario para la oración, y otras cosas para algunos más aprovechados en ella para el efecto ya dicho, y aun para que los que tienen el libro de aquel Padre, lo puedan mejor tomar y retener en la memoria, viendo más recopilado y breve lo que el otro tiene más á la larga. Plega al Señor que así aproveche á todos los que le buscan (pues no es para los demás) que consiga vuestra merced el interese espiritual de su buen deseo y el de mi voluntad: todo á honra y gloria de Jesucristo nuestro bien, cuyo es todo lo que es bueno.

DEL FRUCTO QUE SE SACA DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN.

CAPÍTULO I.

PORQUE este breve tratado habla de la oración y meditación, será bien al principio decir en pocas palabras el fructo que de este sancto ejercicio se puede sacar, porque con más alegre corazón se ofrezcan los hombres á él.

Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza, es la mala inclinación de su corazón y la dificultad y pesadumbre que tiene para bien obrar: porque á no estar ésta de por medio, facilísima cosa le sería correr por el camino de las virtudes, y alcanzar el fin para que fué criado. Por lo cual dijo el Apóstol: Huélgome con la ley de Dios según el hombre interior, pero siento otra ley y inclinación en mis miembros, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva tras sí captivo á la ley del pecado. Ésta es, pues, la causa más universal que hay de todo nuestro mal. Pues para quitar esta pesadumbre y dificultad, y facilitar este negocio, una de las cosas que más aprovechan, es la devoción. Porque (como dice Sancto Tomás) no es otra cosa devoción, sino una promptitud y ligereza para bien obrar: la cual despide de nuestra ánima toda esta dificultad y pesadumbre, y nos hace prontos y ligeros para todo bien. Porque es una refección espiritual, un refresco y roscío del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Sancto, y un afecto sobrenatural: el cual de tal manera regala, esfuerza y trasforma el corazón del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo desgusto y aborrescimiento de las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada día: porque al tiempo que una persona espiritual sale de alguna profunda y devota oración, allí se le renuevan todos los buenos propósitos, allí son los fervores y determinaciones de bien obrar, allí el deseo de agradar y amar á un Señor tan bueno y tan dulce como allí se le ha mos-

trado, y de padecer nuevos trabajos y asperezas, y aun derramar sangre por Él, y allí finalmente reverdece y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

Y si me preguntas por qué medios se alcanza este tan poderoso y tan noble afecto de devoción, á esto responde el mismo Sancto Doctor diciendo que por la meditación y contemplación de las cosas divinas: porque de la profunda meditación y consideración de ellas redunda este afecto y sentimiento en la voluntad (que llamamos devoción) el cual nos incita y mueve á todo bien. Y por eso es tan alabado y encomendado este sancto y religioso ejercicio de todos los Sanctos: porque es medio para alcanzar la devoción, la cual aunque no es más que una sola virtud, nos habilita y mueve á todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas. Y si quieres ver cómo esto es verdad, mira cuán abiertamente lo dice Sanct Buenaventura por estas palabras: Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias desta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu propria voluntad con todas sus aficiones y apetitos, seas hombre de oración. Si quieres conoscer las astucias de Satanás, y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegremente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción, y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios, y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de oración: porque en ella se rescibe la unión y gracia del Espíritu Sancto, la cual enseña todas las cosas. Y demás desto, si quieres subir á la alteza de la contemplación, y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración, porque éste es el camino por do sube el ánima á la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y para prueba de todo lo dicho (dejado aparte el testimonio de las Escripturas Divinas) esto baste agora por suficiente probanza, que

habemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas, y otras mayores, mediante el ejercicio de la oración. Hasta aquí son palabras de Sant Buenaventura. ¿Pues qué tesoro, qué tienda se puede hallar más rica ni más llena de todos los bienes que ésta? Oye también lo que dice á este propósito otro muy religioso y sancto Doctor, hablando de esta misma virtud. En la oración (dice él) se alimpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, certifícase la fe, fortaléscese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del Cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oración, grandes son sus privilegios. Á ella están abiertos los cielos, á ella se descubren los secretos, y á ella están siempre atentos los oídos de Dios.

Esto baste agora para que en alguna manera se vea el fructo de este sancto ejercicio.

DE LA MATERIA DE LA MEDITACIÓN.

CAPITULO II.

Visto de cuánto fructo sea la oración y meditación, veamos agora cuáles sean las cosas que debemos meditar. Á lo cual se responde que por cuanto este sancto ejercicio se ordena á criar en nuestros corazones amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, aquélla será más conveniente materia deste ejercicio, que más hiciere á este propósito. Y aunque sea verdad que todas las cosas criadas y todas las Escripturas sagradas nos muevan á esto, pero generalmente hablando, los misterios de nuestra fe (que se contienen en el Símbolo, que es el Credo) son los más eficaces y provechosos para esto. Porque en él se trata de los beneficios Divinos, del Juicio final, de las penas del Infierno y de la gloria del Paraíso, que son grandísimos estímulos para mover nuestro corazón al amor y temor de Dios: y en él también se trata la vida y pasión de Cristo nuestro Salvador, en la cual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tra-

tan en el Símbolo, y éstas son las que más ordinariamente rumiamos en la meditación: por lo cual, con mucha razón se dice que el Símbolo es la materia propriísima de este sancto ejercicio, aunque también lo será para cada uno lo que más moviere su corazón al amor y temor de Dios.

Pues según esto, para introducir á los nuevos y principiantes en este camino (á los cuales conviene dar el manjar como digesto y mastigado) señalaré aquí brevemente dos maneras de meditaciones para todos los días de la semana: unas para la noche, y otras para la mañana, sacadas por la mayor parte de los misterios de nuestra fe: para que así como damos á nuestro cuerpo dos refecciones cada día, así también las demos al ánima, cuyo pasto es la meditación y consideración de las cosas divinas. De estas meditaciones, las unas son de los misterios de la sagrada pasión y resurrección de Cristo, y las otras de los otros misterios que ya dijimos. Y quien no tuviere tiempo para recogerse dos veces al día, á lo menos podrá una semana meditar los unos misterios, y otra los otros: ó quedarse con solos los de la pasión y vida de Jesucristo (que son los más principales) aunque los otros no conviene que se dejen al principio de la conversión, porque son más convenientes para este tiempo, donde principalmente se requiere temor de Dios, dolor y detestación de los pecados.

SÍGUENSE LAS PRIMERAS SIETE MEDITACIONES *para los días de la semana.*

EL LUNES.

Este día podrás entender en la memoria de los pecados y en el conocimiento de ti mismo, para que en lo uno veas cuántos males tienes, y en lo otro cómo ningún bien tienes que no sea de Dios, que es el medio por do se alcanza la humildad, madre de todas las virtudes.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que hiciste en el tiempo que menos conocías á Dios. Porque si lo sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil que no sabe qué cosa es Dios. Discurre, pues, brevemente por todos los

diez mandamientos y por los siete pecados mortales, y verás que ninguno dellos hay en que no hayas caído muchas veces por obra, ó por palabra, ó pensamiento.

Lo segundo, discurre por todos los beneficios divinos y por los tiempos de la vida pasada, y mira en qué los has empleado, pues de todos ellos has de dar cuenta á Dios. Pues dime agora: ¿en qué gastaste la niñez? ¿En qué la mocedad? ¿En qué la juventud? ¿En qué, finalmente, todos los días de la vida pasada? ¿En qué ocupaste los sentidos corporales y las potencias del ánima, que Dios te dió para que lo conocieses y sirvieses? ¿En qué se emplearon tus ojos, sino en ver la vanidad? ¿En qué tus oídos, sino en oir la mentira? ¿En qué tu lengua, sino en mil maneras de juramentos y murmuraciones, y en qué tu gusto y tu oler y tocar, sino en regalos y blanduras sensuales?

¿Cómo te aprovechaste de los Sacramentos que Dios ordenó para tu remedio? ¿Cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿Cómo respondiste á sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud, y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste del prójimo que Dios te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él? Pues ¿qué responderás en aquel día de la cuenta, cuando Dios te diga: Dame cuenta de tu mayordomía y de la hacienda que te entregué, porque ya no quiero que trates más en ella? ¡Oh árbol seco y aparejado para los tormentos eternos! ¿Qué responderás en aquel día, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida, y de todos los punctos y momentos della?

Lo tercero, piensa en los pecados que has hecho y haces cada día, después que abriste más los ojos al conoscimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en ti Adán con muchas de las raíces y costumbres antiguas. Mira cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato á sus beneficios, cuán rebelde á sus inspiraciones, cuán perezoso para los cosas de su servicio, las cuales nunca haces, ni con aquella presteza y diligencia, ni con aquella pureza de intención que debrías, sino por otros respectos y intereses del mundo.

Considera otrosí cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo, cuán amigo de tu propria voluntad, y de tu carne y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira cómo to-

davía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones y conversaciones y risas y parlerías. Mira otrosí cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveído en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo cuarto, considerada ya por esta orden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad dellos, para que veas cómo por todas partes es crescida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada, conviene á saber: contra quién pecaste, porqué pecaste, y en qué manera pecaste. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas de la mar. Mas ¿por qué causa pecaste? Por un puncto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interese, y muchas veces sin interese, por sola costumbre y desprecio de Dios. Mas ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y á veces con tanta facilidad y contentamiento, como si pecaras contra un Dios de palo, que ni sabe ni ve lo que pasa en el mundo. Pues ¿ésta era la honra que se debía á tan alta Majestad? ¿Éste es el agradescimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por ti? ¡Oh, miserable de ti por lo que perdiste, y mucho más por lo que heciste, y muy mucho más, si con todo esto no sientes tu perdición! Después de esto, es cosa de grandísimo provecho detener un poco los ojos á la consideración en pensar tu nada, esto es, cómo de tu parte no tienes otra cosa más que nada y pecado, y cómo todo lo demás es de Dios. Porque claro está que así los bienes de naturaleza como los de gracia (que son los mayores) son todos suyos: porque suya es la gracia de la predestinación (que es la fuente de todas las otras gracias) y suya la de la vocación, y suya la gracia concomitante, y suya la gracia de la perseverancia, y suya la gracia de la vida eterna. Pues ¿qué tienes de que te puedas gloriar, sino nada y pecado? Reposa, pues, un poco en la consideración de esa nada, y pon esto solo á tu cuenta, y todo lo demás á la de Dios, para que clara y palpablemente veas quién

eres tú y quién es Él, cuán pobre tú y cuán rico Él, y por consiguiente, cuán poco debes confiar en ti y estimar á ti, y cuánto confiar en Él, amar á Él y gloriarte en Él.

Pues consideradas todas estas cosas susodichas, siente de ti lo más bajamente que te sea posible. Piensa que no eres más que una cañavera que se muda á todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de ser. Piensa que eres un Lázaro de cuatro días muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices y los ojos por no verlo. Parézcate que desta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes, y del aire que recibes.

Derríbate con aquella pública pecadora á los pies del Salvador, y cubierta tu cara de confusión con aquella vergüenza que parescería una mujer delante de su marido cuando le hobiese hecho traición, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazón pídele perdón de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte á recebir en su casa.

EL MARTES.

ESTE día pensarás en las miserias de la vida humana, para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo y cuán digna de ser menospreciada, pues se funda sobre tan flaco cimiento como esta tan miserable vida: y aunque los defectos y miserias desta vida sean cuasi innumerables, tú puedes agora señaladamente considerar estas siete.

Primeramente considera cuán breve sea esta vida, pues el más largo tiempo della es de setenta ú ochenta años, porque todo lo demás (si algo queda, como dice el Profeta) es trabajo y dolor: y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que más es vida de bestias que de hombres, y el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos ni de la razón (que nos hace hombres) hallaremos ser aun más breve de lo que paresce. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apenas te parecerá un punto. Por do verás cuán desvariados son

los que por gozar deste soplo de vida tan breve, se ponen á perder el descanso de aquella que para siempre ha de durar.

Lo segundo, considera cuán incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada) porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida, no está seguro sino dubdoso. Porque ¿cuántos llegan á esos setenta ó ochenta años que dijimos? ¡Á cuántos se corta la tela en comenzándose á tejer! ¡Cuántos se van en flor (como dicen) ó en agraz! No sabéis (dice el Salvador) cuándo vendrá vuestro Señor, si á la mañana, si al mediodía, si á la media noche, si al canto del gallo.

Aprovecharte ha, para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conoscido en este mundo, especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilustres y señaladas, á las cuales salteó la muerte en diversas edades y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas.

Lo tercero, piensa cuán frágil y quebradiza sea esta vida, y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es: pues un aire, un sol, un jarro de agua fría, un vaho de un enfermo, basta para despojarnos della, como parece por las experiencias cuotidianas de muchas personas, á las cuales en lo más florido de su edad bastó para derribar cualquier ocasión de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es y cómo nunca permanesce en un mismo ser. Para lo cual debes considerar cuánta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca permanescen en una misma salud y disposición: y cuánta mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados con diversos vientos y olas de pasiones, y apetitos, y cuidados, que á cada hora nos perturban: y finalmente, cuántas sean las mudanzas que dicen de la fortuna, que nunca consiente mucho permanecer ni en un mismo estado ni en una misma prosperidad y alegría las cosas de la vida humana, sino siempre rueda de un lugar en otro. Y sobre todo esto considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues día y noche nunca pára, sino siempre va perdiendo de su derecho. Según esto, ¿qué es nuestra vida sino una candela que siempre se está gastando, y mientras más arde y resplandesce, más se gasta? ¿Qué es nuestra vida, sino una flor que se abre á la mañana, y al medio día se marchita, y á la tarde se seca?

Pues por razón desta continua mudanza dice Dios por Isaías: Toda carne es heno, y toda la gloria de ella es como la flor del campo. Sobre las cuales palabras dice S. Hierónimo: Verdaderamente quien considerare la fragilidad de nuestra carne, y cómo en todos los puntos y momentos de tiempos crescemos y descrecemos, sin jamás permanescer en un mismo estado, y cómo esto que agora estamos hablando, trazando y escudriñando, se está quitando de nuestra vida, no dubdará llamar á nuestra carne heno, y toda su gloria como la flor del campo. El que agora es niño de teta, súbitamente se hace muchacho, y el muchacho, mozo, y el mozo muy aína llega á la vejez, y primero se halla viejo, que se maraville de ver cómo ya no es mozo. Y la mujer hermosa, que llevaba tras sí las manadas de los mozuelos locos, muy presto descubre la frente arada con arrugas, y la que antes era amable, de ahí á poco viene á ser aborrescible.

Lo quinto, considera cuán engañosa sea (que por ventura es lo peor que tiene, pues á tantos engaña, y tantos y tan ciegos amadores lleva tras sí) pues siendo fea nos parece hermosa, siendo amarga nos parece dulce, siendo breve á cada uno la suya le parece larga, y siendo tan miserable parece tan amable, que no hay peligro ni trabajo á que no se pongan los hombres por ella, aunque sea con detrimento de la vida perdurable, haciendo cosas por do vengan á perder la vida perdurable.

Lo sexto, considera cómo demás de ser tan breve, &c. (según está dicho) eso poco que hay de vida está subjecto á tantas miserias, así del ánimo como del cuerpo, que todo ello no es otra cosa sino un valle de lágrimas y un piélago de infinitas miserias. Escribe S. Hierónimo que Jerjes, aquel poderosísimo rey que derribaba los montes y allanaba los mares, como se subiese á un monte alto á ver dende allí un ejército que tenía ayuntado de infinitas gentes, después que lo hubo bien mirado, dice que se paró á llorar: y preguntado por qué lloraba, respondió: Lloro porque de aquí á cien años no estará vivo ninguno de cuantos aquí veo presentes. ¡Oh si pudiésemos (dice S. Hierónimo) subirnos á alguna atalaya, que dende ella pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros pies! Dende ahí verías las caídas y miserias de todo el mundo, y gentes destruídas por gentes, y reinos por reinos. Verías cómo á unos atormentan, á otros matan: unos se ahogan en la mar, otros son llevados captivos. Aquí verías

bodas, allí planto: aquí matar unos, allí morir otros: unos abundar en riquezas, otros mendigar. Y finalmente, verías no solamente el ejército de Jerjes, sino á todos los hombres del mundo que agora son, los cuales de aquí á pocos días acabarán. Discurre por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las afliciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay, así en todos los estados como en todas las edades de los hombres, y verás aun más claro cuántas sean las miserias desta vida, para que viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, más fácilmente menosprecies todo lo que hay en él.

Á todas estas miserias sucede la última, que es el morir, la cual así para lo del cuerpo como para lo del ánima, es la última de todas las cosas terribles: pues el cuerpo será en un puncto despojado de todas las cosas, y del ánima se ha de determinar entonces lo que para siempre ha de ser.

Todo esto te dará á entender cuán breve y miserable sea la gloria del mundo (pues tal es la vida de los mundanos sobre que se funda) y por consiguiente cuán digna sea ella de ser hollada y menospreciada.

EL MIÉRCOLES.

ESTE día pensarás en el paso de la muerte, que es una de las más provechosas consideraciones que hay, así para alcanzar la verdadera sabiduría como para huir el pecado, como también para comenzar con tiempo aparejarse para la hora de la cuenta.

Piensa, pues, primeramente cuán incierta es aquella hora en que te ha de saltear la muerte: porque no sabes en qué día, ni en qué lugar, ni en qué estado te tomará. Solamente sabes que has de morir, todo lo demás está incierto: sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está más descuidado y olvidado della.

Lo segundo, piensa en el apartamiento que allí habrá, no sólo entre todas las cosas que se aman en esta vida, sino también entre el ánima y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires

en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas, de la casa, y de la hacienda, y de los amigos, y del padre, y de la madre, y de los hijos, y desta luz y aire común, y finalmente de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando lo apartan de otro buey con quien araba, ¿qué bramido será el de tu corazón, cuando te aparten de todos aquéllos con cuya compañía trajiste á cuestas el yugo de las cargas desta vida?

Considera también la pena que el hombre allí recibe, cuando se le representa en lo que han de parar el cuerpo y el ánima después de la muerte. Porque del cuerpo ya sabe que no le puede caber otra suerte mejor que un hoyo de siete pies en largo, en compañía de los otros muertos: mas del ánima no sabe cierto lo que será, ni qué suerte le ha de caber. Ésta es una de las mayores congojas que allí se padescen, saber que hay gloria y pena para siempre, y estar tan cerca de lo uno y de lo otro, y no saber cuál destas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Tras desta congoja se sigue otra no menor, que es la cuenta que allí se ha de dar, la cual es tal, que hace temblar aun los muy esforzados. De Arsenio se escribe que estando ya para morir, comenzó á temer. Y como sus discípulos le dijesen: Padre, ¿y tú agora temes? respondió: Hijos, no es nuevo en mí ese temor, porque siempre viví con él. Allí, pues, se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada como un escuadrón de enemigos que vienen á dar sobre él, y los más grandes y en que mayor deleite recibió, ésos se representan más vivamente y son causa de mayor temor. ¡Oh cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo parescía tan dulce! Por cierto con mucha razón dijo el Sabio: No mires al vino cuando está rubio y cuando resplandesce en el vidrio su color, porque aunque al tiempo del beber paresce blando, mas á la postre muerde como culebra y derrama su ponzoña como basilisco. Éstas son las heces de aquel brebaje ponzoñoso del enemigo, éste es el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia por defuera dorado. Pues entonces el hombre miserable viéndose cercado de tantos acusadores, comienza á temer la tela deste juicio, y á decir entre sí: Miserable de mí, que tan engañado he vivido y por tales caminos he andado, ¿qué será de mí agora en este juicio? Si Sanct Pablo dice que lo que el hombre hobiere sembrado, eso cojerá, yo que

ninguna otra cosa he sembrado sino obras de carne, ¿qué espero coger de aquí sino corrupción? Si Sanct Juan dice que en aquella soberana ciudad, que es toda oro limpio, no ha de entrar cosa sucia, ¿qué espera quien tan sucia y tan torpemente ha vivido?

Después desto suceden los sacramentos de la Confesión y Comunión y de la Extrema-Unción, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo: y así en éste como en los otros debes considerar las ansias y congojas que allí el hombre padescerá por haber vivido mal, y cuánto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haría entonces si le diesen tiempo para eso, y cómo allí se esforzará á llamar á Dios, y los dolores y la priesa de la enfermedad apenas le darán lugar.

Mira también aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuán espantosos son, y cuán para temer. Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los pies, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, párase el rostro difuncto, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio, y finalmente, con la priesa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y su virtud. Mas sobre todo, el ánima es la que allí padesce mayores trabajos: porque está batallando y agonizando, parte por la salida, y parte por el temor de la cuenta que se le apareja: porque ella naturalmente rehusa la salida, y ama la estada, y teme la cuenta.

Salida ya el ánima de las carnes, aun te quedan dos caminos por andar: el uno, acompañando el cuerpo hasta la sepultura, y el otro, siguiendo el ánima hasta la determinación de su causa, considerando lo que á cada una destas partes acaescerá. Mira, pues, cuál queda el cuerpo después que su ánima lo desampara, cuál es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento con todo lo que en él pasará, el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos, y finalmente todas las particularidades que allí suelen acaescer, hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido.

Dejado el cuerpo en la sepultura, vete luego en pos del ánima, y mira el camino que llevará por aquella nueva región, y en

lo que finalmente parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente á este juicio, y que toda la Corte del cielo está aguardando el fin desta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recebido, hasta el cabo del agujeta. Allí se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo, de la sangre de Cristo, y allí será cada uno juzgado según la cuenta que diere de lo recebido.

EL JUEVES.

ESTE día pensarás en el juicio final, para que con esta consideración se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fiel cristiano, conviene saber, temor de Dios y aborrecimiento del pecado.

Piensa, pues, primeramente cuán terrible será aquel día, en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adán, y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia difinitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel día abrazará en sí los días de todos los siglos presentes, pasados y venideros, porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues ¡qué tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso río de la indignación Divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña cuantos pecados se han hecho dende el principio del mundo!

Lo segundo, considera las señales espantosas que precederán este día: porque (como dice el Salvador) antes que venga este día, habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra. Porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán á caer primero que caigan. Mas los hombres dice que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquí las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo con tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos y antes del juicio sen-

tenciados, midiendo los peligros con sus proprios temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque sea padre ó hijo. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo.

Lo tercero, considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del Juez, y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el Arcángel, para convocar todas las generaciones del mundo á que se junten en un lugar y se hallen presentes en juicio, y sobre todo, la majestad espantable con que ha de venir el Juez.

Después de esto, considera cuán estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá. Verdaderamente (dice Job) no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios. Y si se quisiere poner con Él en juicio, de mil cargos que le haga, no le podrá responder á solo uno. Pues ¿qué sentirá entonces cada uno de los malos, cuando éntre Dios con él en este examen, y allá dentro de su consciencia diga así: Ven acá, hombre malo, ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te crié á mi imagen y semejanza. Yo te di la lumbre de la fe, y te hice cristiano, y te redimí con mi propria sangre. Por ti ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre. Por ti sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras, tormentos y cruz. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parescen, testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron, testigos el cielo y la tierra delante quien padescí. Pues ¿qué heciste desa ánima tuya, que yo con mi sangre hice mía? ¿En cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? Oh generación loca y adúltera, ¿porqué quisiste más servir á ese enimigo tuyo con trabajo, que á mí, tu Redemptor y Criador, con alegría? Llaméos tantas veces, y no me respondistes: toqué á vuestras puertas, y no despertastes: extendí mis manos en la cruz, y no las mirastes: menospreciastes mis consejos y todas mis promesas y amenazas. Pues decid agora vosotros, ángeles, juzgad vosotros, jueces, entre mí y mi viña, ¿qué más debí yo hacer por ella de lo que hice?

Pues ¿qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron más cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron

sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandamientos rebeldes, y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no había Dios, y los que con ninguna ley tuvieron cuenta, sino con solo su interese? ¿Qué haréis los tales (dice Isaías) en el día de la visitación y calamidad que os vendrá de lejos? ¿Á quién pediréis socorro, y qué os aprovechará la abundancia de vuestras riquezas?

Lo quinto, considera después de todo esto la terrible sentencia que el Juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará retiñir las orejas de quien la oyere. Sus labios (dice Isaías) están llenos de indignación, y su lengua es como fuego que traga. ¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras: Apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles? En cada una de las cuales palabras tienes mucho que sentir y que pensar en el apartamiento, en la maldición, en el fuego, en la compañía y sobre todo en la eternidad.

EL VIERNES.

ESTE día meditarás en las penas del infierno, para que con esta meditación también se confirme más tu ánima en el temor de Dios y aborrecimiento del pecado.

Estas penas dice Sant Buenaventura que se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los Sanctos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno (según él mismo dice) como un lago escuro y tenebroso puesto debajo de la tierra, ó como un pozo profundísimo lleno de fuego, ó como una ciudad espantable y tenebrosa que toda se arde en vivas llamas, en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crujir de dientes.

Pues en este malaventurado lugar se padescen dos penas principales, la una que llaman de sentido, y la otra de daño. Y cuanto á la primera, piensa cómo no habrá allí sentido alguno dentro ni fuera del ánima, que no esté penando con su proprio tormento: porque así como los malos ofendieron á Dios con to-

dos sus miembros y sentidos, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará Él que cada uno dellos pene con su proprio tormento y pague su merescido. Allí los ojos adúlteros y deshonestos padescerán con la visión horrible de los demonios. Allí las orejas que se dieron á oir mentiras y torpedades, oirán perpetuas blasfemias y gemidos. Allí las narices amadoras de perfumes y olores sensuales serán llenas de intolerable hedor. Allí el gusto que se regalaba con diversos manjares y golosinas, será atormentado con rabiosa hambre y sed. Allí la lengua murmuradora y blasfema será amargada con la hiel de dragones. Allí el tacto amador de regalos y blanduras andará nadando en aquellas heladas que dice Job del río Cocito, y entre los ardores y llamas de fuego. Allí la imaginación padecerá con la aprehensión de los dolores presentes, la memoria con la recordación de los placeres pasados, el entendimiento con la representación de los males advenideros, y la voluntad con grandísimas iras y rabias que los malos ternán contra Dios. Finalmente, allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar: porque (como dice San Gregorio) allí habrá frío que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, visión de demonios, confusión de pecados y desesperación de todos los bienes. Pues dime agora, si el menor de todos estos males que aquí hay, se padesciese por muy pequeño espacio de tiempo, sería tan recio de llevar, ¿qué será padescer allí en un mismo tiempo toda esta muchedumbre de males en todos los miembros y sentidos interiores y exteriores, y esto no por espacio de una noche sola ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentidos, qué palabras, qué juicio hay en el mundo que pueda sentir ni encarecer esto como es?

Pues no es ésta la mayor de las penas que allí se pasan: otra hay sin comparación mayor, que es la que llaman los teólogos pena de daño, la cual es haber de carecer para siempre de la vista de Dios y de su gloriosa compañía: porque tanto es mayor una pena, cuanto priva al hombre de mayor bien, y pues Dios es el mayor bien de los bienes, así carecer de él será el mayor mal de los males, cual de verdad éste es.

Éstas son las penas que generalmente competen á todos los condenados. Mas allende destas penas generales, hay otras par-

ticulares que allí padescerá cada uno conforme á la calidad de su delicto. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del envidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así las demás. Allí se tasará el dolor conforme al deleite recebido, y la confusión conforme á la presumpción y soberbia, y la desnudez conforme á la demasía y abundancia, y la hambre y sed conforme al regalo y á la hartura pasada.

Á todas estas penas sucede la eternidad del padescer, que es como el sello y la llave de todas ellas: porque todo esto aun sería tolerable si fuese finito: porque ninguna cosa es grande si tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinación, ni diminución, ni hay esperanza que se acabará jamás, ni la pena, ni el que la da, ni el que la padesce, sino que es como un destierro preciso y como un sanctbenito irremisible, que nunca jamás se quita, esto es cosa para sacar de juicio á quien atentamente lo considera.

De aqui nasce aquel odio rabiosísimo que los malaventurados tienen contra Dios, y aquellos reniegos y blasfemias que arrojan contra Él diciendo: Maldito sea Dios, porque nos hizo, y porque nos condenó á muerte, y porque no nos quiere acabar de matar. Maldito sea su poder, pues tan fuertemente nos azota: y maldito su saber, pues ninguna culpa nuestra se le encubre: y maldita su justicia, pues por culpas temporales nos condenó á tormentos eternos. Sea también maldita la cruz, pues nada nos aprovechó su remedio, y maldita la sangre que en ella se derramó, pues clama contra nosotros pidiendo justicia. Sea también maldita la Madre de Dios, que para todos fué piadosa, y para nosotros cruel: y malditos cuantos Sanctos hay en el cielo, pues así se huelgan de nuestro mal. Éstas serán sus perpetuas canciones noche y día, y éstos sus perpetuos maitines y psalmos en los siglos de los siglos.

EL SÁBADO.

Este día pensarás en la gloria de los bienaventurados, para que por aquí se mueva tu corazón al menosprecio del mundo, y deseo de la compañía dellos. Pues para entender algo deste bien, puedes considerar estas cinco cosas, entre otras que hay en

él: conviene saber, la excelencia del lugar, el gozo de la compañia, la visión de Dios, la gloria de los cuerpos y finalmente el cumplimiento de todos los bienes que allí hay.

Primeramente considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza dél, que es admirable: porque cuando el hombre lee en algunos graves autores que cualquier de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra, y aun que hay algunas de ellas de tan notable grandeza, que son noventa veces mayores que toda ella, y con esto alza los ojos al cielo, y ve en él tanta muchedumbre de estrellas, y tantos espacios vacíos, donde podrían caber otras tantas muchas más, ¿cómo no se espanta? ¿Cómo no se queda atónito y fuera de sí, considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho más la de aquel soberano Señor que lo crió?

Pues la hermosura dél no se puede explicar con palabras: porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar, que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos los deleites?

Después de la excelencia del lugar, considera la nobleza de los moradores dél, cuyo número, cuya sanctidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar. Sanct Juan dice que es tan grande la muchedumbre de los escogidos, que nadie basta para poder contarlos. Sanct Dionisio dice que es tan grande el número de los ángeles, que excede sin comparación al de todas cuantas cosas materiales hay en la tierra. Santo Tomás, conformándose con este parescer, dice que así como la grandeza de los cielos excede á la de la tierra sin proporción, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede á la de todas las cosas materiales que hay en este mundo, con esta misma ventaja. Pues ¿qué cosa puede ser más admirable? Por cierto cosa es ésta, que si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos todos los hombres. Y si cada uno de aquellos bienaventurados espíritus (aunque sea el menor dellos) es más hermoso de ver que todo este mundo visible, ¿qué será ver tanto número de espíritus tan hermosos y ver las perfecciones y oficios de cada uno dellos? Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados, alégranse las potestades, enseñorean

las dominaciones, resplandescen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines y arden los serafines, y todos cantan alabanzas á Dios. Pues si la compañía y comunicación de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, comunicar con los mártires y con todos los escogidos?

Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de Aquél á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles y todos aquellos espíritus soberanos? ¿Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos, y á Aquél que siendo uno, es todas las cosas, y siendo simplicísimo, abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fué oir y ver al rey Salomón, que decía la reina Sabá: Bienaventurados los que asisten delante ti, y gozan de tu sabiduría, ¿qué será ver aquel sumo Salomón, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar della para siempre? Ésta es la gloria esencial de los Sanctos, éste el último fin y puerto de todos nuestros deseos.

Considera después desto la gloria de los cuerpos, los cuales gozarán de aquellas cuatro singulares dotes, que son subtileza, ligereza, impasibilidad y claridad, la cual será tan grande que cada uno de ellos resplandecerá como el sol en el reino de su Padre. Pues si no más de un sol, que está en medio de el cielo, basta para dar luz y alegría á todo este mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandescerán? Pues ¿qué diré de todos los otros bienes que allí hay? Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conoscimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza, y honra sin contradición. Allí será (dice Sanct Augustín) verdadera la gloria, donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al digno, ni se concederá al indigno. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado. El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud y se prometió por galardón della, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío,

y se alabará sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandesciente y seguro, la compañía muy buena y agradable, el tiempo de una manera, no ya distincto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Sancto siempre floresce. Allí todos se alegran, todos cantan y alaban á aquel sumo Dador de todo, por cuya largueza viven y reinan para siempre. ¡Oh ciudad celestial, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita, pueblo sin murmuración, vecinos quietos, y hombres sin ninguna necesidad! ¡Oh si se acabase ya esta contienda! ¡Oh si se concluyesen los días de mi destierro! ¿Cuándo llegará este día? ¿Cuándo vendré y paresceré ante la cara de mi Dios?

EL DOMINGO.

Este día pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos y encenderte más en el amor de quien tanto bien te hizo. Y aunque estos beneficios sean innumerables, mas puedes tú á lo menos considerar estos cinco más principales, conviene saber, de la creación, conservación, redención, vocación, con los otros beneficios particulares y ocultos.

Y primeramente, cuanto al beneficio de la creación considera con mucha atención lo que eras antes que fueses criado, y lo que Dios hizo contigo y te dió ante todo merescimiento, conviene saber, ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa tan excelente ánima con aquellas tres tan notábiles potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad. Y mira bien que darte esta tal ánima fué darte todas las cosas, pues ninguna perfección hay en alguna criatura que el hombre no la tenga en su manera. Por do paresce que darnos esta pieza sola fué darnos de una vez todas las cosas juntas.

Cuanto al beneficio de la conservación mira cuán colgado está todo tu ser de la Providencia divina: cómo no vivirías un punto, ni darías un paso, si no fuese por Él: cómo todas las cosas del mundo crió para tu servicio, la mar, la tierra, las aves, los pesces, los animales, las plantas, hasta los mismos ángeles del cielo. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimiento, con todos los otros socorros temporales. Y so-

bre todo esto pondera mucho las miserias y desastres en que cada día ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú también haber caído, si Dios por su piedad no te hobiera preservado.

Cuanto al beneficio de la redempción puedes considerar dos cosas. La primera, cuántos y cuán grandes hayan sido los bienes que nos dió mediante el beneficio de la redempción, y la segunda, cuántos y cuán grandes hayan sido los males que padesció en su cuerpo y ánima sanctísima, para ganarnos estos bienes. Y para sentir más lo que debes á este Señor por lo que por ti padesció, puedes considerar estas cuatro principales circunstancias en el misterio de su sagrada pasión, conviene saber: quién padesce, qué es lo que padesce, por quién padesce, y por qué causa lo padesce. ¿Quién padesce? Dios. ¿Qué padesce? Los mayores tormentos y deshonras que jamás se padescieron. ¿Por quién padesce? Por criaturas infernales, y abominables, y semejantes á los mismos demonios en sus obras. ¿Por qué causa padesce? No por su provecho ni por nuestro merescimiento, sino por las entrañas de su infinita caridad y misericordia.

Cuanto al beneficio de la vocación, considera primeramente cuán grande merced de Dios fué hacerte cristiano, y llamarte á la fe por medio del baptismo, y hacerte también participante de los otros Sacramentos. Y si después deste llamamiento, perdida ya la inocencia, te sacó de pecado, y volvió á su gracia, y te puso en estado de salud, ¿cómo le podrás alabar por este beneficio? ¡Qué tan grande misericordia fue aguardarte tanto tiempo, y sufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inspiraciones, y no cortarte el hilo de la vida, como se cortó á otros en ese mismo estado, y finalmente llamarte con tan poderosa gracia que resuscitases de muerte á vida, y abrieses los ojos á la luz! ¡Qué misericordia fué después de ya convertido darte gracia para no volver al pecado, y vencer al enemigo, y perseverar en lo bueno! Éstos son los beneficios públicos y conoscidos: otros hay secretos, que no los conosce sino el que los ha rescebido, y aun otros hay tan secretos, que el mismo que los recibió no los conosce, sino solo Aquél que los hizo. ¡Cuántas veces habrás en este mundo merescido por tu soberbia, ó negligencia, ó desagradescimiento, que Dios te desamparase, como habrá desamparado á otros muchos por alguna destas causas, y no lo ha hecho! ¡Cuántos males y oca-

siones de males habrá prevenido el Señor con su providencia, deshaciendo las redes del enemigo, y acortándole los pasos, y no dando lugar á sus tratos y consejos! ¡Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que Él dijo á Sanct Pedro: Mira que Satanás andaba muy negociado para aventaros á todos como á trigo, mas yo he rogado por ti que no desfallezca tu fe! Pues ¿quién podrá saber estos secretos sino Dios? Los beneficios positivos bien los puede á veces conoscer el hombre, mas los privativos, que no consisten en hacernos bienes sino en librarnos de males, ¿quién los conoscerá? Pues así por éstos como por los otros es razón que demos siempre gracias al Señor, y que entendamos cuán alcanzados andamos de cuenta, y cuánto más es lo que debemos de lo que le podemos pagar, pues aun no lo podemos entender.

DEL TIEMPO Y FRUCTO DESTAS MEDITACIONES SUSODICHAS.

CAPÍTULO III.

Estas son, cristiano lector, las primeras siete meditaciones en que puedes filosofar y ocupar tu pensamiento por los días de la semana, no porque no puedas también pensar en otras cosas y en otros días allende de éstos: porque (como ya dijimos) cualquier cosa que induce nuestro corazón á amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, es materia de meditación. Pero señálanse estos pasos que tengo dichos: lo uno, porque son los principales misterios de nuestra fe, y los que (cuanto es de su parte) más nos mueven á lo dicho, y lo otro, porque los principiantes (que han menester leche) tengan aquí cuasi masticadas y digestas las cosas que pueden meditar, porque no anden como peregrinos en extraña región, discurriendo por lugares inciertos, tomando unas cosas y dejando otras, sin tener estabilidad en alguna.

También es de saber que las meditaciones de esta semana son muy convenientes (como ya dijimos) para el principio de la conversión (que es cuando el hombre de nuevo se vuelve á Dios) porque entonces conviene comenzar por todas aquellas cosas que nos puedan mover á dolor y aborrescimiento del pecado, temor

de Dios y menosprecio del mundo, que son los primeros escalones de este camino. Y por esto deben los que comienzan, perseverar por algún espacio de tiempo en la consideración de estas cosas, para que así se funden más en las virtudes y afectos susodichos.

DE LAS OTRAS SIETE MEDITACIONES DE LA SAGRADA PASIÓN, Y DE LA MANERA QUE HABEMOS DE TENER EN MEDITARLA.

CAPÍTULO IV.

DESPUÉS de éstas se siguen las otras siete meditaciones de la sagrada pasión, resurrección y ascensión de Cristo, á las cuales se podrán añadir los otros pasos principales de su vida sacratísima, que se trata en la segunda parte de la Guía de Pecadores, y en otros lugares.

Aquí es de notar que seis cosas se han de meditar en la pasión de Cristo: la grandeza de sus dolores, para compadescernos dellos: la graveza de nuestro pecado, que la causó, para aborrecerlo: la grandeza del beneficio, para agradescerlo: la excelencia de la divina bondad y caridad, que allí se descubre, para amarla: la conveniencia del misterio, para maravillarnos dél: y la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandescen, para imitarlas. Pues conforme á esto, cuando vamos meditando debemos ir inclinando nuestro corazón unas veces á compasión de los dolores de Cristo, pues fueron los mayores del mundo, así por la delicadeza de su cuerpo como por la grandeza de su amor, como también por padescer sin ninguna manera de consolación, como en otra parte está declarado. Otras veces debemos tener respecto á sacar de aquí motivos de dolor de nuestros pecados, considerando que ellos fueron la causa de que Él padesciese tantos y tan graves dolores como padesció. Otras veces debemos sacar de aquí motivos de amor y de agradescimiento, considerando la grandeza del amor que Él por aquí nos descubrió, y la grandeza del beneficio que nos hizo, redimiéndonos tan copiosamente, con tanta costa suya y tanto provecho nuestro.

Otras veces debemos levantar los ojos á pensar la conveniencia del medio que Dios tomó para curar nuestra miseria, esto es,

para satisfacer por nuestras deudas, para socorrer á nuestras necesidades, para merecernos su gracia y humillar nuestra soberbia y inducirnos al menosprecio del mundo, al amor de la cruz, de la pobreza, de la aspereza, de las injurias y de todos los otros virtuosos y honestos trabajos.

Otras veces debemos poner los ojos en los ejemplos de virtudes que en su sacratísima vida y muerte resplandecen, en su mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, pobreza, aspereza, caridad, humildad, benignidad, modestia, y en todas las otras virtudes que en todas sus obras y palabras más que las estrellas en el cielo resplandescen, para imitar algo de lo que en Él vemos, porque no tengamos ocioso el espíritu y gracia que de Él para esto recebimos, y así caminemos á Él por Él. Ésta es la más alta y la más provechosa manera que hay de meditar la pasión de Cristo, que es por vía de imitación, para que por la imitación vengamos á la transformación, y así podamos ya decir con el Apóstol: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo.

Demás de esto, conviene en todos estos pasos tener á Cristo ante los ojos presente, y hacer cuenta que le tenemos delante cuando padesce, y tener cuenta, no sólo con la historia de la pasión, sino también con todas las circunstancias de ella, especialmente con estas cuatro: quién padesce, por quién padesce, cómo padesce, por qué causa padesce. ¿Quién padesce? Dios todopoderoso, infinito, inmenso, &c. ¿Por quién padesce? Por la más ingrata y desconocida criatura del mundo. ¿Cómo padesce? Con grandísima humildad, caridad, benignidad, mansedumbre, misericordia, paciencia, modestia, &c. ¿Por qué causa padesce? No por algún interese suyo ni merescimiento nuestro, sino por solas las entrañas de su infinita piedad y misericordia. Demás de esto no se contente el hombre con mirar lo que por defuera padesce, sino mucho más lo que padesce de dentro: porque mucho más hay que contemplar en el ánima de Cristo, que en el cuerpo de Cristo, así en el sentimiento de sus dolores, como en los otros afectos y consideraciones que en ella había.

Presupuesto pues agora este pequeño preámbulo, comencemos á repetir y poner por orden los misterios de esta sagrada Pasión.

SÍGUENSE LAS OTRAS SIETE MEDITACIONES DE LA SAGRADA PASIÓN

EL LUNES.

ESTE día hecha la señal de la cruz, con la preparación que adelante se pone, se ha de pensar el lavatorio de los pies y la instituición del Sanctísimo Sacramento.

Considera pues, oh ánima mía, en esta cena á tu dulce y benigno Jesú, y mira el ejemplo inestimable de humildad que aquí te da, levantándose de la mesa y lavando los pies á sus discípulos. Oh buen Jesú, ¿qué es eso que haces? Oh dulce Jesú, ¿por qué tanto se humilla tu Majestad? ¿Qué sintieras, ánima mía, si vieras allí á Dios arrodillado ante los pies de los hombres y ante los pies de Judas? Oh cruel, ¿cómo no te ablanda el corazón esa tan grande humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo Cordero? ¿Es posible que no te hayas agora compungido con este ejemplo? Oh blancas y hermosas manos, ¿cómo podéis tocar pies tan sucios y abominables? Oh purísimas manos, ¿cómo no tenéis asco de lavar los pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? Oh Apóstoles bienaventurados, ¿cómo no tembláis viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el Señor de la majestad te lave los pies? Maravillado y atónito Sanct Pedro como viese al Señor arrodillado delante sí, comenzó á decir: ¿Tú, Señor, lavas á mí los pies? ¿No eres Tú Hijo de Dios vivo? ¿No eres Tú el criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? ¿Pues Tú me quieres á mí lavar los pies? Tú, Señor de tanta majestad y gloria, ¿quieres entender en oficio de tan gran bajeza? &c.

Considera también cómo acabando de lavar los pies, los alimpia con aquel sagrado lienzo que estaba ceñido: y sube más arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el misterio de nuestra Redempción. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de los pies sucios: así allí ellos quedaron limpios, y el lienzo quedaría manchado y sucio después de hecho este oficio. ¿Qué cosa más sucia que el hombre concebido en peca-

do, y qué cosa más limpia y más hermosa que Cristo concebido de Espíritu Sancto? Blanco y colorado es mi amado (dice la Esposa) y escogido entre millares. Pues este tan hermoso y tan limpio quiso recebir en sí todas las manchas y fealdades de nuestras ánimas, y dejándolas limpias y libres dellas, Él quedó (como lo ves) en la cruz amancillado y afeado con ellas.

Después desto considera aquellas palabras con que dió fin el Salvador á esta historia diciendo: Ejemplo os he dado, para que como Yo lo hice, así vosotros lo hagáis. Las cuales palabras no sólo se han de referir á este paso y ejemplo de humildad, sino también á todas las obras y vida de Cristo, porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de la que en este lugar se nos representa.

De la institución del Sanctísimo Sacramento.

Para entender algo deste misterio, has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene á su Esposa la Iglesia, y por consiguiente á cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una dellas es también esposa suya. Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse desta vida y ausentarse de su esposa la Iglesia (porque esta ausencia no le fuese causa de olvido) dejóle por memorial este Sanctísimo Sacramento (en que se quedaba Él mismo) no queriendo que entre Él y ella hobiese otra prenda que despertase su memoria, sino solo Él. Quería también el Esposo en esta ausencia tan larga dejar á su Esposa compañía, porque no se quedase sola, y dejóle la deste Sacramento, donde se queda Él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar. Quería también entonces ir á padescer muerte por la Esposa, y redemirla, y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella pudiese (cuando quisiese) gozar deste tesoro, dejóle las llaves dél en este Sacramento: porque (como dice Sant Crisóstomo) todas las veces que nos llegamos á él, debemos pensar que llegamos á poner la boca en el costado de Cristo, y bebemos de aquella preciosa sangre, y nos hacemos participantes dél. Deseaba otrosí este celestial Esposo ser amado de su Esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado con

tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido deste amor.

Quería también aseguralla y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que con la esperanza deste bien pasase alegremente por todos los otros trabajos y asperezas desta vida. Pues para que la Esposa tuviese cierta y segura la esperanza deste bien, dejóle acá en prendas ese inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

Quería también á la hora de su muerte hacer testamento y dejar á la Esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejóle ésta, que era la más preciosa y provechosa que le pudiera dejar, pues en ella le deja á Dios. Quería finalmente dejar á nuestras ánimas suficiente provisión y mantenimiento con que viviesen, porque no tiene menor necesidad el ánima de su proprio mantenimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Pues para esto ordenó este tan sabio médico (el cual tan bien tenía tomados los pulsos de nuestra flaqueza) este Sacramento, y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento, para que la misma especie en que lo instituía, nos declarase el efecto que obraba, y la necesidad que nuestras ánimas dél tenían, no menor que la que los cuerpos tienen de su proprio manjar.

EL MARTES.

ESTE día pensarás en la Oración del Huerto, y en la prisión del Salvador, y en la entrada y afrentas de la casa de Anás.

Considera pues, primeramente, cómo acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte Olivete á hacer oración antes que entrase en la batalla de su pasión, para enseñarnos cómo en todos los trabajos y tentaciones desta vida habemos siempre de recorrer á la oración (como á una sagrada áncora) por cuya virtud, ó nos será quitada la carga de la tribulación, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Para compañía deste camino tomó consigo aquellos tres más amados discípulos Sanct Pedro, Santiago y Sant Juan, los

cuales habían sido testigos de su gloriosa transfiguración, para que ellos mismos viesen cuán diferente figura tomaba agora por amor de los hombres el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima, que los que por defuera comenzaba á descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: Triste está mi ánima hasta la muerte: esperadme aquí, y velad comigo. Acabadas estas palabras, apartóse el Señor de los discípulos cuanto un tiro de piedra, y prostrado en tierra con grandísima reverencia comenzó su oración diciendo: Padre, si es posible, traspasa de mí este cáliz: mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú. Y hecha esta oración tres veces, á la tercera fué puesto en tan grande agonía, que comenzó á sudar gotas de sangre, que iban por todo su sagrado cuerpo hilo á hilo hasta caer en tierra. Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que había de padescer, y aprendiendo perfectísimamente tan crueles dolores como se aparejaban para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo (por los cuales padescía) y el desagradescimiento de tantas ánimas que no habían de reconoscer este beneficio ni aprovecharse de tan grande y tan costoso remedio, fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar á la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia, que corriese hasta la tierra. Y si la carne, que de sola recudida padescía estos dolores, tal estaba, ¿qué tal estaría el ánima, que derechamente los padescía? Mira después cómo acabada la oración, llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del apostolado, y hecho adalid y capitán del ejército de Satanás. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegado al buen Maestro lo vendió con beso de falsa paz. En aquella hora dijo el Señor á los que le venían á prender: Así como á ladrón salistes á mí con espadas y lanzas, y habiendo Yo estado con vosotros cada día en el templo, no extendistes las manos en mí: mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Éste es un misterio de grande admiración. ¿Qué cosa de mayor espanto que ver al Hijo de Dios tomar imagen, no solamente de pecador, sino tam-

bién de condenado? Ésta es (dice Él) vuestra hora y el poder de las tinieblas. De las cuales palabras se saca que por aquella hora fué entregado aquel inocentísimo Cordero en poder de los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus ministros ejecutasen en Él todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Piensa, pues, agora tú hasta dónde se abajó aquella alteza divina por ti, pues llegó al postrero de todos los males, que es á ser entregado en poder de los demonios. Y porque la pena que tus pecados merecían, era ésta, Él se quiso poner á esta pena, porque tú quedases libre della.

Dichas estas palabras, arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos con aquel manso Cordero, y unos lo arrebataban por una parte, otros por otra, cada uno como más podía. ¡Oh cuán inhumanamente le tratarían! ¡Cuántas descortesías le dirían! ¡Cuántos golpes y estirones le darían! ¡Qué gritos y voces alzarían, como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa! Toman aquellas sanctas manos, que poco antes habían obrado tantas maravillas, y átanlas muy fuertemente con unos lazos corredizos, hasta desollarle los cueros de los brazos y hasta hacerle reventar la sangre, y así lo llevan atado por las calles públicas con grande ignominia. Míralo muy bien cuál va por este camino, desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, la color mudada, y el rostro ya encendido y sonroseado con la priesa del caminar. Y contempla en tan mal tratamiento de su persona tánta mesura en su rostro, tánta gravedad en sus ojos, y aquel semblante divino, que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser escurecido.

Luego puedes ir con el Señor á la casa de Anás, y mira cómo allí respondiendo el Señor cortésmente á la pregunta que el pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados que presentes estaban, dió una gran bofetada en su rostro diciendo: ¿Así has de responder al pontífice? Al cual el Salvador benignamente respondió: Si mal hablé, muéstrame en qué: y si bien, ¿porqué me hieres? Mira pues aquí, oh anima mía, no solamente la mansedumbre desta respuesta, sino también aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella mesura de ojos tan serenos y tan sin turbación en aquella afrenta, y aquella ánima sanctísima en lo interior tan humilde y

tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo demandara.

EL MIÉRCOLES.

Este día pensarás en la presentacion del Señor ante el pontífice Caifás, y en los trabajos de aquella noche, y en la negación de Sanct Pedro y azotes á la columna.

Primeramente considera cómo de la primera casa de Anás llevan al Señor á la del pontífice Caifás, donde será razón que lo vayas acompañando, y ahí verás eclipsado el Sol de justicia, y escupido aquel divino rostro, en que desean mirar los ángeles. Porque como el Salvador, siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondiese á esta pregunta lo que convenía, aquéllos que tan indignos eran de tan alta respuesta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, volviéronse contra Él como perros rabiosos, y allí descargaron sobre Él todas sus iras y rabias. Allí todos á porfía le dan de bofetones y pescozones, allí le escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro, allí le cubren los ojos con un paño, y dándole bofetadas en la cara, juegan con Él diciendo: Adevina quién te dió. ¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡Oh hermosura de los ángeles! ¿Rostro era ése para escupir en él? Al rincón más despreciado suelen volver los hombres la cara, cuando quieren escupir: y ¿en todo ese palacio no se halló otro lugar más despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza?

Después de esto considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa: porque los soldados que lo guardaban, escarnecían dél (como dice Sanct Lucas) y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche, estar burlando y jugando con el Señor de la majestad. Mira pues, oh ánima mía, cómo tu dulce Esposo está puesto como blanco á las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban. ¡Oh noche cruel! ¡Oh noche desasosegada, en la cual, oh buen Jesú, no dormías, ni dormían los que tenían por descanso atormentarte! La noche fué ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del día descansasen: y ésta toman agora los malos para atormentar todos tus

miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro y atormentando tus oídos, porque en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en ti penasen y trabajasen. ¡Qué maitines éstos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los ángeles en el cielo! Allá dicen: Sancto, Sancto. Acá dicen: muera, muera, crucifícalo, crucifícalo. Oh ángeles del paraíso, que las unas y las otras voces oíades, ¿que sentíades viendo tan mal tratado en la tierra Aquél á quien vosotros con tanta reverencia tratáis en el cielo? ¿Qué sentíades viendo que Dios tales cosas padescía por los mismos que tales cosas hacían? ¿Quién jamás oyó tal manera de caridad, que padezca uno muerte, por librar de la muerte al mismo que se la da?

Crescieron sobre esto los trabajos de aquella noche dolorosa con la negación de Sanct Pedro. Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la transfiguración, aquel entre todos honrado con el principado de la Iglesia, ése primero que todos, no una sino tres veces, en presencia del mismo Señor, jura y perjura que no lo conosce ni sabe quién es. Oh Pedro, ¿tan mal hombre es ése que ahí está, que por tan gran vergüenza tienes aun haberle conoscido? Mira que eso es condenarle tú primero que los pontífices, pues das á entender que Él sea persona tal, que tú mismo te deshonras de conocerlo. Pues ¿qué mayor injuria puede ser que ésa? Volvióse entonces el Salvador, y miró á Pedro, y vánsele los ojos tras aquella oveja que se le había perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y éstas sí. Mas no solamente hablan, sino también obran los ojos de Cristo, y las lágrimas de Pedro lo declaran, las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro, cuanto de los ojos de Cristo.

Después de todas estas injurias, considera los azotes que el Salvador padesció á la columna: porque el juez, visto que no podía aplacar la furia de aquellas infernales fieras, determinó hacer en Él un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer á la rabia de aquellos tan crueles corazones, para que contentos con esto dejasen de pedirle la muerte. Entra pues agora, ánima mía, con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas

aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tánta inhumanidad, y cómo Él se deja desnudar dellos con tánta humildad, sin abrir la boca ni responder palabra á tántas descortesías como allí le harían. Mira cómo luego atan aquel sancto cuerpo á una columna, para que así lo pudiesen herir más á su placer donde y como ellos más quisiesen. Mira cuán solo estaba allí el Señor de los ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos ni valedores que hiciesen por Él, ni aun siquiera ojos que se compadesciesen dél. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí verías luego ceñirse aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre y correr á hilos por todas partes. Mas sobre todo esto, ¡qué sería ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaría abierta, donde principalmente caían todos los golpes!

Considera luego, acabados los azotes, cómo el Señor se cubriría, y cómo andaría por todo aquel pretorio buscando sus vestiduras en presencia de aquellos crueles carniceros, sin que nadie le sirviese, ni ayudase, ni proveyese de ningún lavatorio ni refrigerio de los que se suelen dar á los que así quedan llagados. Todas éstas son cosas dignas de grande sentimiento, agrasdescimiento y consideración.

EL JUEVES.

ESTE día se ha de pensar la coronación de espinas, y el Ecce Homo, y cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas. Á la consideración destos pasos tan dolorosos nos convida la Esposa en el libro de los Cantares por estas palabras: Salid, hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la corona que le coronó su madre en el día de su desposorio y en el día del alegría de su corazón. Oh ánima mía, ¿qué haces? Corazón mío, ¿qué piensas? Lengua mía, ¿cómo has enmudescido? Oh dulcísimo Salvador mío, cuando yo abro los ojos, y miro este retablo tan doloroso que aquí se me pone delante, el corazón se me parte de dolor. Pues ¿cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera,

y tánta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas la sangre de la cabeza, á quien los azotes perdonaron? Pues para que sientas algo, ánima mía, deste paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imagen antigua deste Señor y la gran excelencia de sus virtudes, y luego vuelve á mirar de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la mesura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneración.

Y después que así lo hobieres mirado y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos á mirallo tal cual aquí lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, aquellos ojos mortales, aquel rostro defuncto, y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo de dentro y fuera, el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano. Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente: no como dolor ajeno, sino como tuyo proprio. Á ti mismo te pon en lugar del que padesce, y mira lo que sentirías si en una parte tan sensible como es la cabeza, te hincasen muchas y muy agudas espinas, que penetrasen hasta los huesos. Y ¿qué digo espinas? Una sola punzada de un alfiler que fuese, apenas lo podrías sufrir. Pues ¿qué sentiría aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormentos?

Acaba la coronación y escarnios del Salvador, tomólo el juez por la mano así como estaba tan maltratado, y sacándolo á vista del pueblo furioso, díjoles: Ecce Homo. Como si dijera: Si por invidia le procurábades la muerte, veislo aquí tal que no está para tenerle envidia sino lástima. ¿Temíades no se hiciese rey? Veislo aqui tan disfigurado, que apenas paresce hombre. Destas manos atadas ¿qué os teméis? Á este hombre azotado, ¿qué más le demandáis?

Por aquí puedes entender, ánima mía, qué tal saldría entonces el Salvador, pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traía, para quebrar el corazón de tales enemigos. En lo cual pue-

des bien entender cuán mal caso sea no tener un cristiano compasión de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales que bastaban (según el juez creyó) para ablandar aquellos tan fieros corazones.

Pues como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel sancto Cordero, para amansar el furor de sus enemigos, entró en el pretorio y asentóse en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya á las puertas aparejada la cruz y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando á la cabeza del Salvador. Dada pues ya y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad á otra, que fué cargar sobre aquellas espaldas tan molidas y despedazadas con los azotes pasados el madero de la cruz. No rehusó con todo esto el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor.

Camina, pues, el inocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndolo mucha gente y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no había de derramar lágrimas, viendo al Rey de los ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra Él?

Entretanto, ánima mía, aparta un poco los ojos deste cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen, y cuando á ella llegares, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh Señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del Paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los sanctos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia y suma de toda perfección! ¡Ay de mí, Señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vista para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir, habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para qué son más palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á cuestas, para ser en ella justiciado.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó ese do-

lor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubrióse la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acaballe la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y también para mayor corona.

Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye dende lejos el ruido de las armas, y el tropel de las gentes, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto. Halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo y guiarla sin otra guía. Acércase más y más á su amado Hijo, y tiende sus ojos escurescidos con el dolor y sombra de la muerte, para ver (si pudiese) al que tanto amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente llegada ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas: mas al corazón de la Madre hablaba el del Hijo dulcísimo y le decía: ¿Para qué veniste aquí, paloma mía, querida mía y madre mía? Tu dolor acrescienta al mío, y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, madre mía, vuélvete á tu posada, que no pertenesce á tu vergüenza y pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones.

Estas y otras más lastimeras palabras se hablarían aquellos piadosos corazones, y desta manera se anduvo aquel trabajoso camino hasta el lugar de la cruz.

EL VIERNES.

ESTE día se ha de contemplar el misterio de la cruz y las siete palabras que el Señor habló.

Despierta pues agora, ánima mía, y comienza á pensar el misterio desta sancta cruz, por cuyo fructo se reparó el daño de aquel venenoso fructo del árbol vedado. Mira primeramente cómo llegado ya el Salvador á este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese más vergonzosa su muerte) lo desnudan de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto á bajo, sin costura alguna. Mira pues aquí con cuánta manse-

dumbre se deja desollar aquel inocentísimo Cordero, sin abrir su boca ni hablar palabra contra los que así lo trataban. Antes de muy buena voluntad consentía ser despojado de sus vestiduras, y quedar á la vergüenza desnudo, porque con ellas se cubriese mejor que con las hojas de higuera la desnudez en que por el pecado caímos.

Dicen algunos doctores que para desnudar al Señor esta túnica, le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenía en la cabeza, y después de ya desnudo se la volvieron á poner y á hincalle otra vez las espinas por el celebro, que sería cosa de grandísimo dolor. Y es de creer cierto que usarían desta crueldad los que de otras muchas y muy extrañas usaron con Él en todo el proceso de su pasión, mayormente diciendo el Evangelista que hicieron en Él todo lo que quisieron. Y como la túnica estaba pegada á las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la desnudaron (como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados) despegáronsela de golpe y con tanta fuerza, que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera, que el sancto cuerpo quedó por todas partes abierto y como descortezado y hecho todo una grande llaga, que por todas partes manaba sangre.

Considera pues aquí, ánima mía, la alteza de la divina bondad y misericordia que en este misterio tan claramente resplandece: mira cómo Aquél que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Considera el frío qne padescería aquel sancto cuerpo estando como estaba despedazado y desnudo, no sólo de sus vestiduras, sino también de los cueros y de la piel, y con tantas puertas de llagas abiertas por todo Él. Y si estando Sanct Pedro vestido y calzado la noche antes, padescía frío, ¿cuánto mayor lo padescería aquel delicadísimo cuerpo estando tan llagado y desnudo?

Después desto considera cómo el Señor fué enclavado en la cruz, y el dolor que padescería al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las más sentibles y más delicadas partes del más delicado de todos los cuerpos. Y mira también lo que la Virgen sentiría cuando viese con sus ojos, y oyese con sus oídos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan á menudo caían: porque verdaderamente

aquellas martilladas y clavos al Hijo pasaban las manos, mas á la Madre herían el corazón.

Mira cómo luego levantaron la cruz en alto, y la fueron á hincar en un hoyo que para esto tenían hecho, y cómo (según eran crueles los ministros) al tiempo del asentar la dejaron caer de golpe, y así se estremecería todo aquel sancto cuerpo en el aire, y se rasgarían más los agujeros de los clavos, que sería cosa de intolerable dolor.

Pues, oh Salvador y Redemptor mío, ¿qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor (pues en este día se partieron las piedras) considerando lo que padesces en esta cruz? Cercádote han, Señor, dolores de muerte, y envestido han sobre ti todos los vientos y olas de la mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, Señor, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazón, tu ánima está afligida y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero, no hay quien sostenga tu cuerpo sino tres garfios de hierro, dellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio. Cuando cargas el cuerpo sobre los pies, desgárranse las heridas de los pies con los clavos que tienen atravesados. Cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. Pues la sancta cabeza atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sostenía? ¡Oh cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán agora allí los vuestros, sino los de la cruz. Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar, y el refrigerio que dellos recibirá, será hincarse más las espinas por el celebro.

Crescieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para ti, oh buen Jesú, en este día: una para el cuerpo, y otra para el ánima: la una es de pasión, la otra de compasión: la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima sanctísima con clavos de dolor. ¿Quién podría, oh buen Jesú, declarar lo que sentías, cuando considerabas las angustias de aquella ánima sanctísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada en

en la cruz: cuando veías aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor: cuando tendías los ojos sangrientos y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánimo sin muerte ya más que muerto, y aquellos ríos de lágrimas que de sus purísimos ojos salían, y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho exprimidos con el peso de tan gran dolor?

Después desto puedes considerar aquellas siete palabras que el Señor habló en la cruz. De las cuales la primera fué: Padre, perdona á éstos, que no saben lo que se hacen. La segunda al ladrón: Hoy serás comigo en el Paraíso. La tercera á su Madre sanctísima: Mujer, cata ahí á tu Hijo. La cuarta: Sed he. La quinta: Dios mío, Dios mío, ¿porqué me desamparaste? La sexta: Acabado es. La séptima: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Mira pues, oh ánima mía, con cuánta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre, con cuánta misericordia recibió al ladrón que le confesaba, con qué entrañas encomendó la piadosa Madre al amado discípulo, con cuánta sed y ardor mostró que deseaba la salud de los hombres, con cuán dolorosa voz derramó su oración y pronunció su tribulación ante el acatamiento divino, cómo llevó hasta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre, y cómo finalmente le encomendó su espíritu y se resignó todo en sus benditísimas manos. Por do paresce cómo en cada una destas palabras está encerrado un singular documento de virtud. En la primera se nos encomienda la caridad para con los enemigos: en la segunda, la misericordia para con los pecadores: en la tercera, la piedad para con los padres: en la cuarta, el deseo de la salud de los prójimos: en la quinta, la oración en las tribulaciones y desamparos de Dios: en la sexta, la virtud de la obediencia y perseverancia: y en la séptima, la perfecta resignación en las manos de Dios, que es la suma de toda nuestra perfección.

EL SÁBADO.

ESTE día se ha de contemplar la lanzada que se dió al Salvador, y el descendimiento de la cruz, con el llanto de Nuestra Señora, y oficio de la sepultura.

Considera, pues, cómo habiendo ya expirado el Salvador en la cruz, y cumplídose el deseo de aquellos crueles enemigos, que tanto deseaban verle muerto, aun después de esto no se apagó la llama de su furor: porque con todo esto se quisieron más vengar y encarnizar en aquellas santas reliquias, que quedaron partiendo, y echando suertes sobre sus vestiduras, y rasgando su sagrado pecho con una lanza cruel. ¡Oh crueles ministros! ¡Oh corazones de hierro? ¿Y tan poco os paresce lo que ha padescido el cuerpo vivo, que no le queréis perdonar aun después de muerto? ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande, que no se aplaque cuando ve al enemigo muerto delante sí? Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos defunctos, aquel caimiento de rostro y aquella amarillez y sombra de muerte, que aunque seáis más duros que el hierro, y que el diamante, y que vosotros mismos, viéndolos os amansaréis. Llega, pues, el ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh río que sales del Paraíso y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres, que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, sanctuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomón! ¡Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones, herida que hieres las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable!

Después desto considera cómo aquel mismo día en la tarde llegaron aquellos dos sanctos varones Josef y Nicodemus, y arrimadas sus escaleras á la cruz, descendieron en brazos el cuerpo del Salvador. Como la Virgen vió que acabada ya la tormenta de la pasión, llegaba el sagrado cuerpo á tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recebirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide, pues, con grande humildad á aquella noble gente que pues no se había despedido de su Hijo, ni recibido dél los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su

partida, que la dejen agora llegar á Él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, agora los amigos se lo quitan muerto.

Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? Oh ángeles de la paz, llorad con esta sagrada Virgen, llorad cielos, llorad estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos (para solo esto le quedaban fuerzas) mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la sacratísima Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿Y es ése por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ése el que concebistes con tanta gloria y paristes con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirábades? Lloraban todos los que presentes estaban, lloraban aquellas sanctas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraba el cielo, y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el sancto Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro decía: Oh buen Maestro y Señor mío, ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿Á quién iré con mis dudas? ¿En cúyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido ésta tan extraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos, dándome alegría de vida: ¡y agora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los míos muerto! ¿Éste es el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? ¿Ésta es aquella figura más clara que el sol de medio día?

Lloraba también aquella sancta pecadora, y abrazada con los pies del Salvador decía: Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi ánima, si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién responderá por mí? ¿Quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos pies, y los lavé, cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas, quién me diese agora que yo muriese contigo! Oh vida de mi ánima, ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto?

Desta manera lloraban y lamentaban toda aquella sancta compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada pues ya la hora de la sepultura, envuelven el sancto cuerpo en una sábana limpia, atan su rostro con un sudario, y puesto encima de un lecho, caminan con él al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazón de la Madre con una escura niebla de tristeza. Allí se despide otra vez de su Hijo, allí comienza de nuevo á sentir su soledad, allí se ve ya desposeída de todo su bien, allí se le queda el corazón sepultado, donde quedaba su tesoro.

EL DOMINGO.

ESTE día podrás pensar la descendida del Señor al limbo, y el aparescimiento á Nuestra Señora y á la sancta Magdalena y á los discípulos, y después el misterio de su gloriosa Ascensión.

Cuanto á lo primero considera qué tan grande sería el alegría que aquellos sanctos Padres del limbo recibirían este día con la visitación y presencia de su libertador, y qué gracias y alabanzas le darían por esta salud tan deseada y esperada. Dicen los que vuelven de las Indias Orientales en España, que tienen por bien empleado todo el trabajo de la navegación pasada, por el alegría que reciben el día que vuelven á su tierra. Pues si esto hace la navegación y destierro de un año ó de dos años, ¿qué haría el destierro de tres ó cuatro mil años el día que recibiesen tan gran salud, y viniesen á tomar puerto en la tierra de los vivientes?

Considera también el alegría que la sacratísima Virgen recibiría este día con la vista del Hijo resuscitado, pues es cierto que así como ella fué la que más sintió los dolores de su pasión, así fué la que más gozó del alegría de su resurrección. Pues ¿qué sentiría cuando viese ante sí su Hijo vivo y glorioso, acompañado de todos aquellos sanctos Padres que con Él resuscitaron? ¿Qué haría? ¿Qué diría? ¿Cuáles serían sus abrazos y besos, y las lágrimas de sus ojos piadosos, y los deseos de irse tras Él, si le fuera concedido?

Considera el alegría de aquellas sanctas Marías, y especialmente de aquella que perseveraba llorando par del sepulcro, cuando viese al Amado de su ánima, y se derribase á sus pies,

y hallase resuscitado y vivo al que buscaba y deseaba ver siquiera muerto. Y mira bien que después de la Madre á aquella primero apareció, que más amó, más perseveró, más lloró, más solícitamente le buscó: para que así tengas por cierto que hallarás á Dios si con estas mismas lágrimas y diligencia lo buscares.

Considera de la manera que aparesció á los díscípulos que iban á Emaús, en hábito de peregrino, y mira cuán afable se les mostró, cuán familiarmente los acompañó, cuán dulcemente se les disimuló, y en cabo cuán amorosamente se les descubrió, y los dejó con toda la miel y suavidad en los labios. Sean, pues, tales tus pláticas, cuales eran las de éstos, y trata con dolor y sentimiento lo que trataban éstos (que eran los dolores y trabajos de Cristo) y ten por cierto que no te faltará su presencia y compañía, si tuvieres siempre esta memoria.

Acerca del misterio de la Ascensión, considera primeramente cómo dilató el Señor esta subida á los cielos por espacio de cuarenta días, en los cuales aparesció muchas veces á sus discípulos, y los enseñaba y platicaba con ellos del reino de Dios. De manera que no quiso subir á los cielos, ni apartarse dellos, hasta que los dejó tales, que pudiesen con el espíritu subir al cielo con Él. Donde verás que aquéllos desampara muchas veces la presencia corporal de Cristo (esto es, la consolación sensible de la devoción) que pueden ya con el espíritu volar á lo alto, y están más seguros del peligro. En lo cual maravillosamente resplandece la providencia de Dios, y la manera que tiene en tratar á los suyos en diversos tiempos: cómo regala los flacos, y ejercita los fuertes: da leche á los pequeñuelos, y desteta á los grandes: consuela los unos, y prueba los otros, y así trata á cada uno según el grado de su aprovechamiento. Por donde ni el regalado tiene por qué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza, ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza.

En presencia de los discípulos, y viendo ellos, subió al cielo: porque ellos habían de ser testigos destos misterios, y ninguno es mejor testigo de las obras de Dios, que el que las sabe por experiencia. Si quieres saber de veras cuán bueno es Dios, cuán dulce y cuán suave para con los suyos, cuánta sea la virtud y eficacia de su gracia, de su amor, de su providencia y de sus consolaciones, pregúntalo á los que lo han probado, que ésos te da-

rán dello suficientísimo testimonio. Quiso también que le viesen subir á los cielos, para que le siguiesen con los ojos y con el espíritu, para que sintiesen su partida, para que les hiciese soledad su ausencia, porque éste era el más conveniente aparejo para recibir su gracia. Pidió Eliseo á Elías su espíritu, y respondióle el buen maestro: Si vieres cuando me parto de ti, será lo que pediste. Pues aquéllos serán herederos del espíritu de Cristo, á quien el amor hiciere sentir la partida de Cristo, los que sintieren su ausencia, y quedaren en este destierro sospirando siempre por su presencia. Así lo sentía aquel sancto varón que decía: Fuístete, consolador mío, y no te despediste de mí: yendo por tu camino bendijiste á los tuyos, y no lo vi. Los ángeles prometieron que volverías, y no lo oí, &c.

Pues ¡cuál sería la soledad, el sentimiento, las voces y las lágrimas de la sacratísima Virgen, del amado discípulo, y de la santa Magdalena, y de todos los Apóstoles, cuando viesen írseles y desaparecer de sus ojos Aquél que tan robados tenía sus corazones! Y con todo esto se dice que volvieron á Hierusalem con grande gozo, por lo mucho que le amaban. Porque el mismo amor que les hacía sentir tanto su partida, por otra parte les hacía gozarse de su gloria: porque el verdadero amor no se busca á sí, sino al que ama.

Resta considerar con cuánta gloria, con qué alegría y con qué voces y alabanzas sería recibido aquel noble triunfador en la ciudad soberana, cuál sería la fiesta y el recebimiento que le harían, qué sería ver allí ayuntados en uno hombres y ángeles, y todos á una caminar á aquella ciudad, y poblar aquellas sillas desiertas de tantos años, y subir sobre todos aquella sacratísima Humanidad, y asentarse á la diestra del Padre. Todo es mucho de considerar, para que se vea cuán bien empleados son los trabajos por amor de Dios, y cómo el que se humilló y padesció más que todas las criaturas, es aquí engrandescido y levantado sobre todas ellas: para que por aquí entiendan los amadores de la verdadera gloria el camino que han de llevar para alcanzarla, que es descender para subir, y ponerse debajo de todos para ser levantados sobre todos.

DE SEIS COSAS QUE PUEDEN ENTREVENIR EN EL EJERCICIO DE LA ORACIÓN.

CAPÍTULO V.

Estas son, cristiano lector, las meditaciones en que te puedes ejercitar los días de la semana, para que así no te falte materia en que pensar. Mas aquí es de notar que antes desta meditación pueden preceder algunas cosas y seguirse después otras, que están anejas y son como vecinas de ellas.

Porque primeramente, antes que entremos en la meditación, es necesario aparejar el corazón para este sancto ejercicio, que es como quien templa la vihuela para tañer.

Después de la preparación se sigue la lición del paso que se ha de meditar en aquel día, según el repartimiento de los días de la semana (como arriba lo tratamos). Lo cual sin duda es necesario á los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar.

Después de la meditación se puede seguir un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recebidos, y un ofrecimiento de toda nuestra vida y de la de Cristo nuestro Salvador, en recompensa de ellos.

La última parte es la petición, que propriamente se llama oración, en la cual pedimos todo aquello que conviene así para nuestra salud como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

Estas seis cosas pueden entrevenir en la oración, las cuales, entre otros provechos, tienen también éste, que dan al hombre más copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que si no pudiere comer de uno, coma de otro, y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditación, éntre luego en otra, donde se le ofrezca otra cosa en que meditar.

Bien veo que ni todas estas partes ni esta orden es siempre necesaria: mas todavía servirá esto á los que comienzan, para que tengan alguna orden y hilo por donde se puedan al principio regir. Y por esto de ninguna cosa que aquí dijere, quiero que se haga ley perpetua ni regla general: porque mi intento no fué hacer ley, sino introdución, para emponer á los nuevos en este

camino, en el cual después que hobieren entrado, el uso, y la experiencia, y mucho más el Espíritu Sancto, les enseñará lo demás.

DE LA PREPARACIÓN QUE SE REQUIERE PARA ANTES DE LA ORACIÓN.

CAPITULO VI.

AGORA será bien que tratemos en particular de cada una destas partes susodichas, y primero de la preparación, que es la primera de todas.

Puesto en el lugar de la oración de rodillas, ó en pie, ó en cruz, ó prostrado, ó sentado, si de otra manera no pudiere estar, hecha primero la señal de la cruz, recogerá su imaginación, y apartarla ha de todas las cosas de esta vida, y levantará su entendimiento arriba considerando que lo mira Nuestro Señor. Y estará allí con aquella atención y reverencia como que realmente le tuviese presente: y con un general arrepentimiento de sus pecados (si es la oración de la mañana) dirá la confesión general, y si es la oración de la noche, examinará su consciencia de todo lo que aquel día ha pensado, hablado, y obrado, y oído, y del olvido que de Nuestro Señor ha tenido: y doliéndose de los defectos de aquel día y de todos los de la vida pasada, y humillándose delante la divina Majestad ante quien está, dirá aquellas palabras del sancto Patriarca: Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza: y luego dirá aquellos versos del Psalmo: Á ti levanté mis ojos, que moras en los cielos. Así como los ojos de los siervos están puestos en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora, así están puestos nuestros ojos en nuestro Señor, esperando que haya misericordia de nosotros.

Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros. Gloria Patri, &c. Y porque no somos, Señor, poderosos para pensar cosa buena de nuestra parte, sino que toda nuestra suficiencia es de Dios, ni nadie puede invocar dignamente el nombre de Jesús, sino con favor del Espíritu Sancto, por tanto ven, oh dulcísimo Espíritu, y envía dende el cielo los rayos de tu luz. Ven, oh Padre de los pobres: ven, oh dador de las lumbres: ven, lumbre de los corazones: ven, consolador muy bueno, y dulce huésped de nuestra ánima, y dulce refrigerio de ella. En el tra-

bajo su descanso, en el ardor del estío su templanza, y en las lágrimas su consuelo. Oh luz beatísima, hinche lo íntimo del curazón de tus fieles.

Ver. *Emitte spiritum tuum. &c.*

Res. *Et renovabis.*

Oratio. Deus qui corda, &c.

Dicho esto, suplicará luego á nuestro Señor que le dé gracia para que esté allí con aquella atención y devoción, y con aquel recogimiento interior, y con aquel temor y reverencia que conviene para estar ante tan soberana Majestad, y que ansí gaste aquel tiempo de la oración, que salga della con nuevas fuerzas y aliento para todas las cosas de su servicio, porque la oración que no pare luego este fructo, muy imperfecta es y de muy bajo valor.

DE LA LICIÓN.

CAPÍTULO VII.

ACABADA la preparación, se sigue luego la lición de lo que se ha de meditar en la oración. La cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino atenta y sosegada, aplicando á ella no sólo el entendimiento para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad, para gustar lo que se entiende. Y cuando hallare algún paso devoto, deténgase algo más en él, para mejor sentirlo: y no sea muy larga la lición, porque se dé más tiempo á la meditación, que es tanto de mayor provecho cuanto rumia y penetra las cosas más de espacio y con más afecto. Pero cuando tuviere el corazón tan destraído que no pueda entrar en la oración, puédese detener algo más en la lición, ó ayuntar en uno la lición con la meditación, leyendo un paso y meditando sobre él, y luego otro y otro de la mesma manera: porque yendo desta manera atado el entendimiento á las palabras de la lición, no tiene tanto lugar de derramarse por diversas partes como cuando va libre y suelto. Aunque mejor sería pelear en desechar los pensamientos, y perseverar y luchar (como otro Jacob toda la noche) en el trabajo de la oración. Porque al fin, acabada la batalla, se alcanza la victoria, dando nuestro Señor la devoción, ó otra gracia mayor, la cual nunca se niega á los que fielmente pelean.

DE LA MEDITACIÓN.

CAPÍTULO VIII.

DESPUÉS de la lición se sigue la meditación del paso que habemos leído. Y ésta, unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginación, como son todos los pasos de la vida y pasión de Cristo, el juicio final, el infierno y el paraíso: otras es de cosas que pertenescen más al entendimiento que á la imaginación, como es la consideración de los beneficios de Dios y de su bondad, justicia y misericordia, ó cualquier otra de sus perfecciones.

Esta meditación se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, según que la materia de las cosas lo requiere. Y cuando la meditación es imaginaria, habemos de figurar cada cosa destas de la manera que ella es, ó de la manera que pasaría, y hacer cuenta que en el proprio lugar donde estamos, pasa todo aquello en presencia nuestra: porque con esta representación de las cosas sea más viva la consideración y sentimiento dellas. Y aun imaginar que pasan estas cosas dentro de nuestro corazón, es mejor: que pues caben en él ciudades y reinos, mejor cabrá la representación destos misterios, y ayudará esto mucho para traer el ánima recogida, ocupándose dentro de sí misma (como abeja dentro de su corcho) en labrar su panal de miel: porque ir con el pensamiento á Hierusalem á meditar las cosas que allí pasaron en sus proprios lugares, es cosa que suele enflaquecer y hacer daño á las cabezas: y por esta misma razón no debe el hombre hincar mucho la imaginación en las cosas que piensa, por no fatigar con esta vehemente aprehensión la naturaleza.

DEL HACIMIENTO DE GRACIAS.

CAPÍTULO IX.

DESPUÉS de la meditación se sigue el hacimiento de gracias: para lo cual se debe tomar ocasión de la meditación pasada, haciendo gracias á nuestro Señor por el beneficio que en

aquello nos hizo. Como si la meditación fué de la Pasión, debe dar gracias á nuestro Señor porque nos redimió con tantos trabajos: y si fué de los pecados, porque lo esperó tanto tiempo á penitencia: y si de las miserias desta vida, por las muchas de que lo ha librado: y si del paso de la muerte, porque lo libró de los peligros della y esperó á penitencia: y si de la gloria del paraíso, porque lo crió para tanto bien, y así de los demás.

Con estos beneficios juntará todos los otros de que arriba tratamos, que son el beneficio de la creación, conservación, redempción, vocación, &c. Y así dará gracias á nuestro Señor, porque lo hizo á su imagen y semejanza, y le dió memoria para que se acordase dél, entendimiento para que lo conociese, voluntad para que le amase: y porque le dió un angel que lo guardase de tantos trabajos y peligros, y de tantos pecados mortales, y de la muerte cuando estaba en ellos, que no fué menos que librarlo de la muerte eterna, y porque tuvo por bien de tomar nuestra naturaleza y morir por nosotros: y porque le hizo nascer de padres cristianos, y le dió el sagrado Baptismo, y en él le dió su gracia, y prometió su gloria, y le recibió por hijo adoptivo: y porque le dió armas para pèlear contra el demonio, y el mundo, y la carne, en el Sacramento de la Confirmación: y porque le dió á sí mesmo en el Sacramento del altar: y porque le dió el Sacramento de la Penitencia, para tornar á cobrar la gracia perdida por el pecado mortal, y por las muchas buenas inspiraciones que siempre le ha enviado y envía, y por el ayuda que le dió para orar, y bien obrar, y perseverar en el bien comenzado. Y con estos beneficios junte los demás beneficios generales y particulares que conosce haber rescibido de nuestro Señor. Y por éstos y por todos los otros, así públicos como secretos, dé todas cuantas gracias pudiere, y convide á todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, para que le ayuden á este oficio. Y con este espíritu podrá decir (si quisiere) aquel cántico: *Benedicite omnia opera Domini Domino, laudate et superexaltate,* &c. Ó el psalmo: *Benedic anima mea Domino, et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus. Benedic anima mea Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus. Qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis, qui sanat omnes infirmitates tuas. Qui redimit de interitu viam tuam, qui coronat te in misericordia et miserationibus,* &c.

DEL OFRECIMIENTO.

CAPÍTULO X.

DADAS de todo corazón al Señor las gracias por todos estos beneficios, luego naturalmente prorrumpe el corazón en aquel afecto del profeta David, que dice: ¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Á este deseo satisface el hombre en alguna manera, dando y ofreciendo á Dios de su parte todo lo que tiene y puede ofrecerle.

Y para esto primeramente debe ofrecer á sí mismo por perpetuo esclavo suyo, resignándose y poniéndose en sus manos, para que haga dél todo lo que quisiere, en tiempo y en eternidad, y ofrecer juntamente todas sus palabras, obras, pensamientos y trabajos, que es todo lo que hiciere y padesciere, para que todo sea á gloria y honra de su sancto nombre.

Lo segundo ofrezca al Padre los méritos y servicios de su Hijo, y todos los trabajos que en este mundo por su obediencia padesció dende el pesebre hasta la cruz, pues todos ellos son hacienda nuestra y herencia que él nos dejó en el Nuevo Testamento, por el cual nos hizo herederos de todo este gran tesoro. Y así como no es menos mío lo dado de gracia, que lo adquirido por mi lanza, así no son menos míos los méritos y el derecho que Él me dió, que si yo los hubiera sudado y trabajado por mí. Y por esto no menos puede ofrecer el hombre esta segunda ofrenda que la primera, recontando por su orden todos estos servicios y trabajos y todas las virtudes de su vida sanctísima, su obediencia, su paciencia, su humildad, su fidelidad, su caridad, su misericordia, con todas las demás: porque ésta es la más rica y más preciosa ofrenda que le podemos ofrecer.

DE LA PETICIÓN.

CAPÍTULO XI.

OFRECIDA tan rica ofrenda, seguramente podemos pedir luego mercedes por ella. Y primeramente pidamos con gran afecto de caridad y con celo de la honra de nuestro Señor que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y

adoren como á su único y verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del profeta: Confiésente los pueblos, Señor, confiésente los pueblos. Roguemos también por las cabezas de la Iglesia, como son Papa, Cardenales, Obispos, con todos los otros ministros y perlados inferiores, para que el Señor los rija y alumbre de tal manera que lleven todos los hombres al conoscimiento y obediencia de su criador. Y asimesmo debemos rogar (como lo aconseja S. Pablo) por los reyes y príncipes y por todos los que están constituídos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada: porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan al conoscimiento de la verdad. Roguemos también por todos los miembros de su cuerpo místico: por los justos, que el Señor los conserve, y por los pecadores, que los convierta, y por los defunctos, que los saque misericordiosamente de tanto trabajo y los lleve al descanso de la vida perdurable.

Roguemos también por todos los pobres, enfermos, encarcelados, captivos, &c. que Dios, por los méritos de su Hijo, los ayude y libre de mal.

Y después de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros. Y qué sea lo que le habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará á cada uno, si bien se conosciere. Mas para mayor facilidad desta doctrina, podemos pedir las mercedes siguientes.

Primeramente, pidamos por los méritos y trabajos deste Señor perdón de todos nuestros pecados y emienda dellos, y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios á que somos más inclinados y más tentados, descubriendo todas estas llagas á aquel médico celestial, para que Él las sane y las cure con la unción de su gracia.

Lo segundo, pidamos aquellas altísimas y nobilísimas virtudes en que consiste la suma de toda la perfección cristiana, que son: fe, esperanza, amor, temor, humildad, paciencia, obediencia, fortaleza para todo trabajo, pobreza de espíritu, menosprecio de mundo, discreción, pureza de intención, con otras semejantes virtudes que están en la cumbre deste espiritual edificio: porque la fe es la primera raíz de la cristiandad, la esperanza es el báculo y remedio contra las tentaciones desta vida, la caridad es fin de

toda la perfección cristiana, el temor de Dios es principio de la verdadera sabiduría, la humildad es el fundamento de todas las virtudes, la paciencia es armadura contra los golpes y encuentros del enemigo, la obediencia es una muy agradable ofrenda donde el hombre ofrece á sí mesmo á Dios en sacrificio, la discreción es los ojos con que el ánima ve y anda todos sus caminos, y la fortaleza los brazos con que hace todas sus obras, y la pureza de intención la que refiere y endereza todas nuestras obras á Dios.

Lo tercero, pidamos luego las otras virtudes que demás de ser ellas de suyo muy principales, sirven para la guarda destas mayores, como son la templanza en comer y beber, la moderacion de la lengua, la guarda de los sentidos, la mesura y composición del hombre exterior, la suavidad y buen ejemplo para los prójimos, el rigor y aspereza para consigo, con otras virtudes semejantes.

Después desto, acabe con la petición del amor de Dios, y en ésta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos (pues en ella consiste todo nuestro bien) y podrá decir así.

Petición especial del amor de Dios.

SOBRE todas estas virtudes, dame, Señor, gracia para que te ame yo con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas y con todas mis entrañas, así como tú lo mandas. ¡Oh toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! ¡Oh el más amado de los amados! ¡Oh Esposo florido, Esposo suave, Esposo melifluo! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh vida de mi ánima y descanso alegre de mi espíritu! ¡Oh hermoso y claro día de la eternidad, y serena luz de mis entrañas, y paraíso florido de mi corazón! ¡Oh amable principio mío y suma suficiencia mía!

Apareja, Dios mío, apareja, Señor, una agradable morada para ti en mí, para que según la promesa de tu sancta palabra vengas á mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrada á tus ojos, y hazme hombre según tu corazón. Hiere, Señor, lo más íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor, y embriágala con el vino de tu perfecta caridad. ¡Oh! ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo te agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará muerto todo

lo que hay contrario á ti en mí? ¿Cuándo seré del todo tuyo? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de ti vivirá en mí? ¿Cuándo ardentísimamente te amaré? ¿Cuándo me abrasará toda la llama de tu amor? ¿Cuándo estaré todo derretido y traspasado con tu eficacísima suavidad? ¿Cuándo abrirás á este pobre mendigo, y le descubrirás el hermosísimo reino tuyo, que está dentro de mí, el cual eres tú con todas tus riquezas? ¿Cuándo me arrebatarás, anegarás, y transportarás, y esconderás en ti, donde nunca más parezca? ¿Cuándo quitados todos los impedimentos y estorbos, me harás un espíritu contigo, para que nunca ya me pueda más apartar de ti?

¡Oh amado, amado, amado de mi ánima! ¡Oh dulzura, dulzura de mi corazón! Óyeme, Señor, no por mis merescimientos, sino por tu infinita bondad. Enséñame, alúmbrame, enderézame y ayúdame en todas las cosas, para que ninguna cosa se haga ni diga, sino lo que fuere á tus ojos agradable. ¡Oh Dios mío, amado mío, entrañas mías, bien de mi ánima! ¡Oh amor mío dulce! ¡Oh deleite mío grande! ¡Oh fortaleza mía, oh vida mía, valedme: luz mía, guiadme!

Oh Dios de mis entrañas, ¿porqué no te das al pobre? ¿Hinches los cielos y la tierra, y mi corazón dejas vacío? Pues vistes los lirios del campo, y guisas de comer á las avecillas, y mantienes los gusanos, ¿porqué te olvidas de mí, pues á todos olvido por ti? Tarde te conoscí, bondad infinita: tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva. ¡Triste del tiempo que no te amé! ¡Triste de mí, pues no te conoscía! ¡Ciego de mí, que no te veía! Estabas dentro de mí, y yo andaba á buscarte por defuera. Pues aunque te hallé tarde, no permitas, Señor, por tu divina clemencia, que jamás te deje.

Y porque una de las cosas que más te agradan y más hieren tu corazón, es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, esos ojos con que te mire: conviene saber, ojos de paloma sencillos, ojos castos y vergonzosos, ojos humildes y amorosos, ojos devotos y llorosos, ojos atentos y discretos para entender tu voluntad y cumplirla, para que mirándote yo con estos ojos, sea de ti mirado con aquellos ojos con que miraste á Sanct Pedro cuando le heciste llorar su pecado: con aquellos ojos con que miraste al hijo pródigo cuando le saliste á recebir y le diste beso de paz: con aquellos ojos con que miraste al publicano, cuando él no osa-

ba alzar los ojos al cielo: con aquellos ojos con que miraste á la Magdalena, cuando ella lavaba tus pies con las lágrimas de los suyos: finalmente, con aquellos ojos con que miraste á la Esposa en los Cantares, cuando le dijiste: Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres, tus ojos son de paloma: para que agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, le des aquellos arreos de virtudes y gracias con que siempre te parezca hermosa.

¡Oh altísima, clementísima, benignísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Sancto, un solo Dios verdadero! Enséñame, enderézame y ayúdame, Señor, en todo. Oh Padre todopoderoso, por la grandeza de tu infinito poder asienta y confirma mi memoria en ti, y hínchela de sanctos y devotos pensamientos. Oh Hijo sanctísimo, por la eterna sabiduría tuya clarifica mi entendimiento y adórnalo con el conoscimiento de la suma verdad y de mi extremada vileza. Oh Espíritu Sancto, amor del Padre y del Hijo, por tu incomprehensible bondad traspasa en mí toda tu voluntad, y enciéndela con un tan grande fuego de amor, que ningunas aguas lo puedan apagar! ¡Oh Trinidad sagrada, único Dios mío y todo mi bien! ¡Oh si pudiese yo alabarte y amarte como te alaban y aman todos los ángeles! ¡Oh si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena gana te lo daría y traspasaría en ti, aunque ni éste bastaría para amarte como tú meresces! Tú solo te puedes dignamente amar y dignamente alabar, porque tú solo comprehendes tu incomprehensible bondad, y así tú solo la puedes amar cuanto ella meresce: de manera que en solo ese divinísimo pecho se guarda justicia de amor.

¡Oh María, María, María, Virgen sanctísima, Madre de Dios, Reina del cielo, Señora del mundo, sagrario del Espíritu Sancto, lirio de pureza, rosa de paciencia, paraíso de deleites, espejo de castidad, dechado de inocencia! Ruega por este pobre desterrado y peregrino, y parte con él de las sobras de tu abundantísima caridad. Oh vosotros bienaventurados Sanctos y Sanctas, y vosotros bienaventurados espíritus, que así ardéis en el amor de vuestro Criador, y señaladamente vosotros Serafines, que abrasáis los cielos y la tierra con vuestro amor, no desamparéis este pobre y miserable corazón, sino alimpiadlo como los labrios de Esaías de todos sus pecados, y abrasadlo con la llama de ese vuestro ardentísimo amor, para que á solo este Señor ame, á Él solo busque, en Él solo repose y more en los siglos de los siglos. Amén.

DE ALGUNOS AVISOS QUE SE DEBEN TENER EN ESTE SANCTO EJERCICIO.

CAPÍTULO XII.

TODO lo que hasta aquí se ha dicho, sirve para dar materia de consideración, que es una de las principales partes deste negocio: porque la menor parte de la gente tiene suficiente materia de consideración, y así por falta de ella faltan muchos en este ejercicio. Agora diremos sumariamente de la manera y forma que en esto se podrá tener. Y aunque de esta materia el principal maestro sea el Espíritu Sancto, pero todavía la experiencia nos ha mostrado ser necesarios algunos avisos en esta parte: porque el camino para ir á Dios es arduo y tiene necesidad de guía, sin la cual muchos andan mucho tiempo perdidos y descaminados.

§. I.

Sea pues el primer aviso éste, que cuando nos pusiéremos á considerar alguna cosa de las susodichas en sus tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados á ella, que tengamos por mal hecho salir de aquella á otra, cuando halláremos en ella más devoción, más gusto ó más provecho: porque como el fin de todo esto sea la devoción, lo que más sirviere para este fin, eso se ha de tener por lo mejor. Aunque esto no se debe hacer por livianas causas, sino con ventaja conoscida. Asimismo, si en algún paso de su oración ó meditación sintiere más gusto ó devoción que en otro, deténgase en él todo el espacio que le durare este afecto, aunque todo el tiempo del recogimiento se le vaya en eso. Porque como el fin de todo esto sea la devoción (como dijimos) yerro sería buscar en otra parte con esperanza dubdosa lo que ya tenemos en las manos cierto.

§. II.

Sea el segundo, que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento, y procure de tratar este negocio más con afectos y sentimientos de la voluntad, que con discursos y especulaciones del entendimiento.

Porque sin dubda no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración á meditar los misterios divinos, como si los estudiasen para predicar: lo cual más es derramar el espíritu que recogello, y andar más fuera de sí, que dentro de sí. De donde nasce que acabada su oración, se quedan secos, y sin jugo de devoción, y tan fáciles y ligeros para cualquier liviandad, como lo estaban antes. Porque en hecho de verdad los tales no han orado, sino parlado y estudiado, que es un negocio bien diferente de la oración. Debrían los tales considerar que en este ejercicio más nos llegamos á escuchar que á parlar. Pues para acertar en este negocio, lléguese el hombre con corazón de una vejecica ignorante y humilde, y más con voluntad dispuesta y aparejada para sentir y aficionarse á las cosas de Dios, que con entendimiento despabilado y atento para escudriñarlas, porque esto es proprio de los que estudian para saber, y no de los que oran y piensan en Dios para llorar.

§. III.

El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento y entregar todo este negocio á la voluntad: mas el presente pone también su tasa y medida á la misma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber que la devoción que pretendemos alcanzar, no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos (como algunos piensan) los cuales con demasiados ahincos y tristezas forzadas y como hechizas procuran alcanzar lágrimas y compasión, cuando piensan en la pasión del Salvador: porque esto suele secar más el corazón, y hacerlo más inhábil para la visitación del Señor, como enseña Casiano. Y demás desto suelen estas cosas hacer daño á la salud corporal, y á veces dejan el ánima tan atemorizada con el sinsabor que allí recibió, que teme tornar otra vez al ejercicio, como á cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Conténtese, pues, el hombre con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente á lo que el Señor padesció, mirando con una vista sencilla y sosegada y con un corazón tierno, y compasivo, y aparejado para cualquier sentimiento que el Señor le quisiere dar, lo que por él padesció, más dispuesto para recibir el afecto que su misericordia le diere, que

para exprimirlo á fuerza de brazos. Y esto hecho, no se congoje por lo demás, cuando no le fuere dado.

§. IV.

De todo lo susodicho podremos colegir cuál sea la manera de atención que debemos tener en la oración: porque aquí principalmente conviene tener el corazón no caído ni flojo, sino vivo, atento y levantado á lo alto. Mas así como es necesario estar aquí con esta atención y recogimiento de corazón, así por otra parte conviene que esta atención sea templada y moderada, porque no sea dañosa á la salud, ni impida á la devoción: porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos á lo que piensan (como ya dijimos). Y otros hay, que por huir deste inconveniente, están allí muy flojos y remisos y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir destos extremos conviene llevar tal medio que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza, ni con el mucho descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por do quisiere. De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa, que lleve la rienda tiesa, conviene saber, ni muy apretada, ni muy floja, porque ni vuelva atrás, ni camine con peligro, así debemos procurar que vaya nuestra atención, moderada y no forzada, con cuidado y no con fatiga congojosa.

Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditación no fatiguemos la cabeza con demasiada atención, porque cuando esto se hace, suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante, cuando al principio de la jornada se da mucha priesa á caminar.

§. V.

Mas entre todos estos avisos, el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio, cuando no siente luego aquella blandura de devoción que él desea. Necesario es con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque á la gloria de su Majestad, y á la bajeza de nuestra condición, y á la grandeza del negocio que tratamos, pertenesce que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su palacio sagrado.

Pues cuando desta manera hayas aguardado un poco de tiempo, si el Señor viniere, dale gracias por su venida: y si te paresciere que no viene, humíllate delante dél, y conosce que no meresces lo que no te dieron, y conténtate con haber allí hecho sacrificio de ti mismo y negado tu propria voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado con el demonio y contigo mismo, y hecho á lo menos eso que era de tu parte. Y si no adoraste al Señor con la adoración sensible que deseabas, basta que lo adoraste en espíritu y en verdad, como Él quiere ser adorado. Y créeme cierto que éste es el paso más peligroso desta navegación y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que si deste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

Finalmente, si todavía te paresciese que era tiempo perdido perseverar en la oración y fatigar la cabeza sin provecho, en tal caso no tendría por inconveniente que después de haber hecho lo que es en ti, tomases algún libro devoto, y trocases por entonces la oración por la lición, con tanto que el leer fuese no corrido ni apresurado, sino reposado y con mucho sentimiento de lo que vas leyendo, mezclando muchas veces en sus lugares la oración con la lición, lo cual es cosa muy provechosa y muy fácil de hacer á todo género de personas, aunque sean muy rudas y principiantes en este camino.

§. VI.

Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario, avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halla en su oración, como hacen algunos, que en derramando una lagrimilla ó sintiendo alguna ternura de corazón, piensan que han ya cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta para que la tierra frutifique, un pequeño rocío de agua, que no hace más que matar el polvo y mojar la tierra por defuera, sino que es menester tanta agua, que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje harta de agua para que pueda fructificar, así también es acá necesaria la abundancia deste roscío y agua celestial para dar fructo de buenas obras. Pues por esto con mucha razón se aconseja que tomemos para este sancto ejercicio el más largo espacio que pudiéremos. Y mejor sería un rato largo que dos cortos,

porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginación y quietar el corazón, y después de ya quieto levantámonos del ejercicio cuando lo hobiéramos de comenzar.

Y descendiendo más en particular á limitar este tiempo, parésceme que todo lo que es menos de hora y media ó dos horas, es corto plazo para la oración, porque muchas veces se pasa más que media hora en templar la vihuela y en quietar (como dije) la imaginación, y todo el otro espacio es menester para gozar del fructo de la oración. Verdad es que cuando este ejercicio se tiene después de algunos otros sanctos ejercicios, como es después de maitines, ó después de haber oído ó dicho misa, ó después de alguna devota lición ó oración vocal, más dispuesto se halla el corazón para este negocio, y (así como en leña seca) muy más presto se enciende este fuego celestial. También el tiempo de la madrugada sufre ser más corto, porque es el más aparejado de cuantos hay para este oficio. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su cornadillo con la pobre viuda en el templo, porque si esto no queda por su negligencia, Aquél que todas las criaturas provee conforme á su necesidad y naturaleza, proveerá á él también según la suya.

§. VII.

Conforme á este documento se da otro semejante á él, y es que cuando el ánima fuere visitada en la oración ó fuera della con alguna particular visitación del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofresce: porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora, que sin él en muy muchos días. Así se dice que lo hacía Sanct Francisco, de quien escribe Sanct Buenaventura que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitación, hacía ir delante los compañeros, y él estábase quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venía del cielo. Los que así no lo hacen, suelen comúnmente ser castigados con esta pena, que no hallen á Dios cuando lo buscaren, pues cuando Él los buscaba, no los halló.

§. VIII.

El último y más principal aviso sea, que procuremos en este sancto ejercicio de juntar en uno la meditación con la contemplación, haciendo de la una escalón para subir á la otra: para lo cual es de saber que el oficio de la meditación es considerar con estudio y atención las cosas divinas, discurriendo de unas en otras, para mover nuestro corazón á algún afecto y sentimiento de ellas, que es como quien hiere un pedernal para sacar alguna centella dél. Mas la contemplación es haber ya sacado esta centella, quiero decir, haber ya hallado ese afecto y sentimiento que se buscaba, y estar con reposo y silencio gozando dél, no con muchos discursos y especulaciones del entendimiento, sino con una simple vista de la verdad. Por lo cual dice un sancto Doctor que la meditación discurre con trabajo y con fructo, mas la contemplación sin trabajo y con fructo: la una busca, la otra halla: la una rumia el manjar, la otra lo gusta: la una discurre y hace consideraciones, la otra se contenta con una simple vista de las cosas, porque tiene ya el amor y gusto de ellas: finalmente, la una es como medio, la otra como fin: la una como camino y movimiento, y la otra como término de este camino y movimiento.

De aquí se infiere una cosa muy común que enseñan todos los maestros de la vida espiritual (aunque poco entendida de los que la leen) conviene saber, que así como alcanzado el fin cesan los medios, como tomado el puerto cesa la navegación, así cuando el hombre mediante el trabajo de la meditación llegare al reposo y gusto de la contemplación, debe por entonces cesar de aquella piadosa y trabajosa inquisición, y contento con una simple vista y memoria de Dios (como si lo tuviese presente) gozar de aquel afecto que se le da, ora sea de amor, ora de admiración, ó de alegría, ó cosa semejante. La razón por que esto se aconseja, es porque como el fin de todo este negocio consista más en el amor y afectos de la voluntad, que en la especulación del entendimiento, cuando ya la voluntad está presa y tomada de este afecto, debemos excusar todos los discursos y especulaciones del entendimiento en cuanto nos sea posible, para que nuestra ánima con todas sus fuerzas se emplee en esto, sin derramarse por los actos de otras potencias. Y por esto aconseja

un doctor que así como el hombre se sintiere inflamar del amor de Dios, debe luego dejar todos estos discursos y pensamientos (por muy altos que parezcan) no porque sean malos, sino porque entonces son impeditivos de otro bien mayor: que no es otra cosa más que cesar el movimiento llegado al término, y dejar la meditación por amor de la contemplación. Lo cual señaladamente se puede hacer al fin de todo el ejercicio, que es después de la petición del amor de Dios, de que arriba tratamos: lo uno, porque se presupone ya entonces que el trabajo del ejercicio pasado habrá parido algún afecto y sentimiento de Dios, pues (como dice el Sabio) más vale el fin de la oración que el principio: y lo otro, porque después del trabajo de la meditación y oración es razón que el hombre dé un poco de huelga al entendimiento y le deje reposar en los brazos de la contemplación. Pues en este tiempo deseche el hombre todas las imaginaciones que se le ofrecieren, acalle el entendimiento, quiete la memoria y fíjela en nuestro Señor, considerando que está en su presencia, no especulando por entonces cosas particulares de Dios. Conténtese con el conoscimiento que de Él tiene por fe, y aplique la voluntad y el amor, pues éste solo le abraza, y en él está el fructo de toda la meditación, y el entendimiento es cuasi nada lo que de Dios puede conocer, y puédele la voluntad mucho amar. Enciérrese dentro de sí mismo en el centro de su ánima, donde está la imagen de Dios, y allí esté atento á él, como quien escucha al que habla de alguna torre alta, ó como que le tuviese dentro de su corazón, y como que en todo lo criado no hobiese otra cosa sino sola ella y solo él. Y aun de sí misma y de lo que hace, se había de olvidar, porque (como decía uno de aquellos Padres) aquella es perfecta oración, donde el que está orando, no se acuerda que está orando. Y no sólo al fin del ejercicio, sino también al medio, y en cualquier otra parte que nos tomare este sueño espiritual, cuando está como adormecido el entendimiento y vela la voluntad, debemos hacer esta pausa, y gozar deste beneficio, y volver á nuestro trabajo, acabado de digerir y gustar aquel bocado, así como hace el hortolano cuando riega una era, que después de llena de agua detiene el hilo de la corriente, y deja empapar y difundirse por las entrañas de la tierra seca la que ha recibido: y esto hecho, torna á soltar el hilo de la fuente, para que aun reciba más y más, y quede mejor regada. Mas lo que

entonces el ánima siente, lo que goza, la luz, y la hartura, y la caridad y paz que recibe, no se puede explicar ccn palabras pues aquí está la paz que excede todo sentido, y la felicidad que en esta vida se puede alcanzar.

Algunos hay tan tomados del amor de Dios, que apenas han comenzado á pensar en Él, cuando luego la memoria de su dulce nombre les derrite las entrañas: los cuales tienen tan poca necesidad de discursos y consideraciones para amarle, como la madre ó la esposa para regalarse con lá memoria de su hijo ó esposo, cuando le hablan dél: y otros, que no sólo en el ejercicio de la oración, sino fuera dél, andan tan absortos y tan empapados en Dios, que de todas las cosas y de sí mesmos se olvidan por Él. Porque si esto puede muchas veces el amor furioso de un perdido, ¿cuánto mas lo podrá el amor de aquella infinita hermosura, pues no es menos poderosa la gracia que la naturaleza y que la culpa? Pues cuando esto el ánima sintiere, en cualquier parte de la oración que lo sienta, en ninguna manera lo debe desechar, aunque todo el tiempo del ejercicio se gastase en esto sin rezar ó meditar las otras cosas que tenía determinadas, si no fuesen de obligación: porque así como dice S. Augustín que se ha de dejar la oración vocal, cuando alguna vez fuese impedimento de la devoción, así también se debe dejar la meditación, cuando fuese impedimento de la contemplación.

Donde también es mucho de notar que así como nos conviene dejar la meditación por la afección, para subir de menos á más, así por el contrario á veces convendrá dejar la afección por la meditación, cuando la afección fuese tan vehemente, que se temiese peligro á la salud perseverando en ella, como muchas veces acaesce á los que sin este aviso se dan á estos ejercicios, y los toman sin discreción, atraídos con la fuerza de la divina suavidad. Y en tal caso como éste dice un doctor que es buen remedio salir algún afecto de compasión, meditando un poco en la pasión de Cristo, ó en los pecados y miserias del mundo, para aliviar y desahogar el corazón.

SEGUNDA PARTE

DESTE TRATADO

QUE HABLA DE LA DEVOCIÓN

QUÉ COSA SEA DEVOCIÓN.

CAPÍTULO I.

El mayor trabajo que padescen las personas que se dan á la oración, es la falta de devoción que muchas veces en ella sienten: porque cuando ésta no falta, ninguna cosa hay más dulce ni más fácil que orar. Por esta razón (ya que habemos tratado de la materia de la oración y del modo que en ella se podrá tener) será bien que tratemos agora de las cosas que ayudan á la devoción, y también de las que la impiden, y de las tentaciones más comunes de las personas devotas, y de algunos avisos que para este ejercicio serán necesarios. Mas primero hará mucho al caso declarar qué cosa sea devoción, porque sepamos antes qué tal sea la joya por que militamos.

Devoción dice Sancto Tomás que es una virtud, la cual hace al hombre prompto y hábil para toda virtud, y le despierta y facilita para el bien obrar. La cual difinición manifiestamente declara la necesidad y utilidad grande de esta virtud, porque en ella está encerrado más de lo que algunos pueden pensar.

Para lo cual es de saber que el mayor impedimento que tenemos para bien vivir, es la corrupción de la naturaleza, que nos vino por el pecado, de la cual procede una grande inclinación que tenemos para el mal, y una grande dificultad y pesadumbre para el bien: y estas dos cosas nos hacen dificultosísimo el camino de la virtud, siendo ella de suyo la cosa más dulce, más hermosa, más amable, más honrosa del mundo. Pues contra esta dificultad y pesadumbre proveyó la divina Sabiduría de convenientísimo remedio, que es la virtud y socorro de la devoción: porque así

como el viento cierzo esparce las nubes y deja el cielo sereno y escombrado, así la verdadera devoción sacude de nuestra ánima toda esta pesadumbre y dificultad, y la deja por entonces habilitada y desembarazada para todo bien: porque esta virtud de tal manera es virtud, que también es un especial don del Espíritu Sancto, un roscío del cielo, un socorro y visitación de Dios, alcanzado por la oración, cuya condición es pelear contra esta dificultad, despedir esta tibieza, dar esta promptitud, hinchir el ánima de buenos deseos, alumbrar el entendimiento, esforzar la voluntad, encender el amor de Dios, apagar las llamas de los malos deseos, causar hastío del mundo y aborrescimiento de pecado, y dar al hombre por entonces otro fervor, otro espíritu y otro esfuerzo y aliento para bien obrar. De manera que así como Sansón, cuando tenía cabellos, tenía mayores fuerzas que todos los otros hombres del mundo, y cuando éstos le faltaban, era tan flaco como todos los otros, así lo es también el ánima del cristiano cuando tiene esta devoción y cuando no la tiene. Esto es, pues, lo que Sancto Tomás quiso significar en aquella difinición, y ésta es sin dubda la mayor alabanza que se puede decir de esta virtud, que siendo una sola, es como un estímulo y aguijón de todas las otras. Y por esto, el que de verdad desea caminar por el camino de las virtudes, no vaya sin estas espuelas, porque nunca podrá sacar de harona á su mala bestia, si va sin ellas.

De lo dicho parece claro qué cosa sea la verdadera y esencial devoción: porque no es devoción aquella ternura de corazón ó consolación que sienten algunas veces los que oran, sino esta promptitud y aliento para bien obrar: de donde muchas veces acaesce hallarse lo uno sin lo otro, cuando el Señor quiere probar los suyos. Verdad es que de esta devoción y promptitud muchas veces nasce aquella consolación: y por el contrario, esta mesma consolación y gusto espiritual acrecienta la devoción esencial, que es aquella promptitud y aliento para bien obrar. Y por esta causa los siervos de Dios pueden con mucha razón desear y pedir estas alegrías y consolaciones, no por el gusto que en ellas hay, sino porque son causa del acrescentamiento desta devoción que nos habilita para el bien obrar, como lo significó el Profeta cuando dijo: Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón: conviene saber, con el alegría de tu consolación, que fué causa desta ligereza. Pues de los medios por

do se alcanza esta devoción, pretendemos agora aquí tratar: y porque con esta virtud andan juntas todas las otras que tienen especial familiaridad con Dios, por eso, tratar de los medios por do se alcanza la devoción, es tratar de los medios por do se alcanza la perfecta oración, y la contemplación, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y el amor de Dios, y la sabiduría del cielo, y aquella unión de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual: y es finalmente tratar de los medios por do se alcanza el mismo Dios en esta vida, qne es aquel tesoro del Evangelio y aquella preciosa margarita, por cuya posesión el sabio mercader alegremente se deshizo de todas sus cosas. Por do paresce que ésta es una altísima teología, pues aquí se enseña el camino para el sumo bien, y paso por paso se arma una escalera para alcanzar el fructo de la felicidad, según que en esta vida se puede alcanzar.

DE NUEVE COSAS QUE AYUDAN Á ALCANZAR LA DEVOCIÓN.

CAPÍTULO II.

LAS cosas pues que ayudan á la devoción, son muchas: porque primeramente hace mucho al caso tomar estos sanctos ejercicios muy de veras y muy á pechos, con un corazón muy determinado y ofrecido á todo lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por arduo y dificultoso que sea: porque es cierto que ninguna cosa grande hay, que no sea muy dificultosa, y así también lo es ésta, á lo menos á los principios.

Ayuda también la guarda del corazón de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y amores peregrinos, y de todas las turbaciones y movimientos apasionados, pues está claro que cada cosa de éstas impide la devoción, y que no menos conviene tener el corazón templado para orar y meditar, que la vihuela para tañer.

Ayuda también la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos, y de los oídos, y de la lengua: porque por la lengua se derrama el corazón, y por los ojos y oídos se hinche de diversas imaginaciones de cosas con que se perturba la paz y sosiego del ánima. Por donde con razón se dice que el contemplativo ha de

ser sordo, y ciego, y mudo, porque cuanto menos se derramare por defuera, tanto más recogido estará de dentro.

Ayuda para esto mismo la soledad, porque no sólo quita las ocasiones de distraimiento á los sentidos y al corazón, y las ocasiones de los pecados, sino también convida al hombre á que more dentro de sí mismo, y trate con Dios y consigo, movido con la oportunidad del lugar, que no admite otra compañía que ésta.

Ayuda otrosí la lición de los libros espirituales y devotos, porque dan materia de consideración, y recogen el corazón, y despiertan la devoción, y hacen que el hombre de buena gana piense en aquello que le supo dulcemente, mas antes siempre se representa á la memoria lo que abunda en el corazón.

Ayuda la memoria continua de Dios, y el andar siempre en su presencia, y el uso de aquellas breves oraciones que Sant Augustín llama jaculatorias: porque éstas guardan la casa del corazón, y conservan el calor de la devoción, como arriba se platicó. Y así se halla el hombre á cada hora prompto para llegarse á la oración. Éste es uno de los principales documentos de la vida espiritual, y uno de los mayores remedios para aquéllos que ni tienen tiempo ni lugar para darse á la oración: y el que trajere siempre este cuidado, en poco tiempo aprovechará muy mucho.

Ayuda también la continuación y perseverancia en los buenos ejercicios en sus tiempos y lugares ordenados, mayormente á la noche ó á la madrugada, que son los tiempos más convenibles para la oración, como toda la Escritura nos enseña.

Ayudan las asperezas y abstinencias corporales, la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la disciplina, y otras cosas semejantes: porque todas estas cosas, así como nascen de devoción, así también despiertan, conservan y acrescientan la raíz de donde nascen.

Ayudan, finalmente, las obras de misericordia, porque nos dan confianza para parescer delante de Dios, y acompañan nuestras oraciones con servicios, porque no se puedan llamar del todo ruegos secos, y merescen que sea misericordiosamente recibida la oración, pues procede de misericordioso corazón.

DE DIEZ COSAS QUE IMPIDEN LA DEVOCIÓN.

CAPÍTULO III.

Y ASÍ como hay cosas que ayudan á la devoción, así también hay cosas que la impiden: entre las cuales la primera es los pecados, no sólo los mortales, sino también los veniales, porque éstos aunque no quitan la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es cuasi lo mismo que devoción: por donde es razón evitarlos con todo cuidado, ya que no fuese por el mal que nos hacen, á lo menos por el grande bien que nos impiden.

Impide también el remordimiento de la consciencia, que procede de los mismos pecados (cuando es demasiado) porque trae el ánima inquieta, caída, desmayada, flaca para todo buen ejercicio.

Impiden también los escrúpulos por la misma causa, porque son como espinas que punzan la consciencia, y la inquietan, y no la dejan reposar y sosegar en Dios y gozar de la verdadera paz.

Impide también cualquier amargura y desabrimiento de corazón, y tristeza desordenada, porque con esto muy mal se puede compadescer el gusto y suavidad de la buena consciencia y del alegría espiritual.

Impiden otrosí los cuidados demasiados, los cuales son aquellos mosquitos de Egipto, que inquietan el ánima y no la dejan dormir este sueño espiritual que se duerme en la oración, antes allí más que en otra parte la inquietan y divierten de su ejercicio.

Impiden también las ocupaciones demasiadas, porque ocupan el tiempo y ahogan el espíritu, y así dejan al hombre sin tiempo y sin corazón para vacar á Dios.

Impiden los regalos y consolaciones sensuales (cuando el hombre es demasiado en ellas) porque el que se da mucho á las consolaciones del mundo, no meresce las del Espíritu Sancto, como dice Sanct Bernardo.

Impide el regalo en el demasiado comer y beber, mayormente las cenas largas, porque éstas hacen muy mala cama á los espirituales ejercicios y á las vigilias sagradas, porque con el cuerpo pesado y harto de mantenimiento muy mal aparejado está el ánimo para volar á lo alto.

Impide el vicio de la curiosidad, así de los sentidos como del entendimiento, que es querer oir, y ver, y saber muchas cosas, y desear cosas polidas, curiosas y bien labradas, porque todo esto ocupa el tiempo, embaraza los sentidos, inquieta el ánima y derrámala en muchas partes, y así impide la devoción.

Impide, finalmente, la interrupción de todos estos sanctos ejercicios, si no es cuando se dejan por causa de alguna piadosa ó justa necesidad: porque (como dice un Doctor) es muy delicado el espíritu de la devoción, el cual después de ido, ó no vuelve, ó á lo menos con mucha dificultad. Y por esto, así como los árboles y los cuerpos humanos quieren sus riegos y mantenimientos ordinarios, y en faltando esto luego desfallecen y desmedran, así también lo hace la devoción, cuando le falta el riego y mantenimiento de la consideración.

Todo esto se ha dicho así sumariamente, para que mejor se pudiese tener en la memoria, la declaración de lo cual podrá ver quien quisiere en la primera y segunda parte del Libro de la Oración y Meditación, adonde remitimos al cristiano lector.

DE LAS TENTACIONES MÁS COMUNES QUE SUELEN FATIGAR Á LOS QUE SE DAN Á LA ORACIÓN, Y DE SUS REMEDIOS.

CAPÍTULO IV.

AGORA será bien tratar de las tentaciones más comunes de las personas que se dan á la oración, y de sus remedios: las cuales por la mayor parte son las siguientes: la falta de las consolaciones espirituales, la guerra de los pensamientos importunos, los pensamientos de blasfemia y infidelidad, el temor desordenado, el sueño demasiado, la desconfianza de aprovechar, la presumpción de estar ya muy aprovechado, el apetito demasiado de saber, el indiscreto celo de aprovechar. Éstas son las más comunes tentaciones que hay en este camino, los remedios de las cuales son los siguientes.

§. I.

Primeramente, al que le faltaren las consolaciones espirituales, el remedio es, que no por eso deje el ejercicio de la oración acos-

tumbrada, aunque le parezca desabrida y de poco fructo, sino póngase en la presencia de Dios como reo y culpado, y examine su consciencia, y mire si por ventura perdió esta gracia por su culpa, y suplique al Señor con entera confianza le perdone y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar á quien otra cosa no sabe sino ofenderle. Desta manera sacará provecho de su sequedad, tomando ocasión para más se humillar, viendo lo mucho que peca, y para más amar á Dios, viendo lo mucho que le perdona. Y aunque no halle gusto en estos ejercicios, no desista dellos, porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso. Á lo menos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oración con un poco de atención y cuidado, haciendo buenamente lo poco que puede, al cabo sale de allí consolado y alegre, viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. Mucho hace en los ojos de Dios quien hace todo lo que puede, aunque pueda poco. No mira nuestro Señor tanto al caudal del hombre, cuanto á su posibilidad y voluntad. Mucho da quien desea dar mucho, quien da todo lo que tiene, quien no deja nada para sí. No es mucho durar mucho en la oración, cuando es mucha la consolación. Lo mucho es que cuando la devoción es poca, la oración sea mucha, y mucho mayor la humildad, y la paciencia, y la perseverancia en el bien obrar.

También es necesario en estos tiempos andar con mayor solicitud y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo y examinando con atención sus pensamientos y palabras y obras. Porque como entonces nos falte el alegría espiritual (que es el principal remo desta navegación) es menester suplir con cuidado y diligencia lo que falta de gracia. Cuando así te vieres, has de hacer cuenta (como dice Sanct Bernardo) que se te han dormido las velas que te guardaban, y que se te han caído los muros que te defendían. Y por eso toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sino la espada y la destreza en el pelear. ¡Oh cuánta es la gloria del ánima que desta manera batalla, que sin escudo se defiende, y que sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte, y hallándose en la batalla sola, toma esfuerzo y ánimo por compañía!

No hay mayor gloria en el mundo que imitar en las virtudes al Salvador. Y entre sus virtudes se cuenta por muy principal

haber padescido lo que padesció, sin admitir en su ánima ningún género de consuelo. De manera que el que ansí padesciere y peleare, tanto será mayor imitador de Cristo, cuanto más caresciere de todo género de consuelo. Y esto es beber el cáliz de la obediencia puro, sin mezcla de otro licor. Éste es el toque principal en que se prueba la fineza de los amigos, si son verdaderos ó no lo son.

§. II.

Contra la tentación de los pensamientos importunos que nos suelen combatir en la oración, el remedio es pelear varonilmente y perseverantemente contra ellos, aunque esta resistencia no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, porque no es este negocio tanto de fuerza cuanto de gracia y humildad. Y por esto, cuando el hombre se hallare desta manera, debe volverse á Dios sin escrúpulo y sin congoja (pues esto, ó no es culpa, ó es muy liviana) y con toda humildad y devoción le diga: Veis aquí, Señor mío, quién yo soy, ¿qué se esperaba deste muladar, sino semejantes olores? ¿Qué se esperaba desta tierra, que Vos maldijistes, sino zarzas y espinas? Éste es el fructo que ella puede dar, si vos, Señor, no la alimpiáis. Y dicho esto, torne á atar su hilo como de antes, y espere con paciencia la visitación del Señor, que nunca falta á los humildes. Y si todavía te inquietaren los pensamientos, y tú todavía perseverantemente les resistieres y hicieres lo que es en ti, debes tener por cierto que mucha más tierra ganas en esta resistencia, que si estuvieras gozando de Dios á todo sabor.

§. III.

Para remedio de las tentaciones de blasfemia, es de saber que así como ningún linaje de tentación es más penoso que éste, así ninguno hay menos peligroso. Y así el remedio es no hacer caso destas tentaciones, pues el pecado no está en el sentimiento, sino en el consentimiento y en el deleite, el cual aquí no hay, sino antes lo contrario, y así más se puede llamar ésta pena que culpa, porque cuan lejos está el hombre de recebir alegría con estas tentaciones, tan lejos está de tener culpa en ellas. Y por eso

el remedio (como dije) es menospreciarlas y no temerlas: porque cuando demasiadamente se temen, el mismo temor las despierta y las levanta.

§. IV.

Contra las tentaciones de infidelidad el remedio es que acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la grandeza divina, piense en lo que Dios le manda, y no sea curioso en querer escudriñar sus obras, pues vemos que muchas dellas exceden todo nuestro saber. Y por tanto el que quiere entrar en este sanctuario de las obras divinas, ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla y no de serpiente maliciosa, y corazón de discípulo y no de juez temerario. Hágase como niño pequeño, porque á los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el porqué de las obras divinas, cierre el ojo de la razón y abra sólo el de la fe: porque éste es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas, muy bueno es el ojo de la razón humana: más para mirar las divinas, no hay cosa más desproporcionada que él. Mas porque ordinariamente esta tentación es al hombre penosísima, el remedio es el de la pasada, que es no hacer caso della, pues más es ésta pena que culpa: porque no puede haber culpa en lo que la voluntad está contraria, como allí se declaró.

§. V.

Algunos hay que son combatidos de grandes temores y fantasías, cuando se apartan solos de noche á orar. Contra esta tentación el remedio es hacerse el hombre fuerza, y perseverar en su ejercicio: porque huyendo, cresce el temor, y peleando, la osadía. Aprovecha también considerar que ni el demonio ni otra cosa es poderosa para nos dañar, sin licencia de nuestro Señor. También aprovecha considerar que tenemos al ángel de nuestra guarda á nuestro lado, y en la oración mejor que en otra parte, porque allí asiste él para nos ayudar, y llevar nuestras oraciones al cielo, y defendernos del enemigo, que no nos pueda hacer mal.

§. VI.

Contra el sueño demasiado el remedio es considerar que el sueño unas veces procede de necesidad, y entonces el remedio es no negar al cuerpo lo que es suyo, porque no nos impida lo que es nuestro. Otras procede de enfermedad, y entonces no debe el hombre congojarse por eso, pues no tiene culpa, ni tampoco debe dejarse del todo vencer, sino hacer de su parte lo que buenamente pudiere, para que del todo no se pierda la oración, sin la cual no tenemos seguridad ni alegría verdadera en esta vida. Otras veces nasce el sueño de pereza, ó del demonio que lo procura. Entonces el remedio es el ayuno, no beber vino, beber poca agua, estar de rodillas, ó en pie, ó en cruz, y no arrimado, hacer alguna disciplina, ó otra cualquier aspereza que despierte y punce la carne.

Finalmente, el único y general remedio así para este mal como para los otros, es pedirlo á Aquél que está aparejado para dar, si hobiere quien siempre le quiera pedir.

§. VII.

Contra las tentaciones de la desconfianza y de la presumpción, que son vicios contrarios, es forzado que haya diversos remedios. Para la desconfianza el remedio es considerar que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia, la cual tanto más presto se alcanza, cuanto más el hombre desconfía de su propria virtud, y confía en sola la bondad de Dios, á quien todo es posible.

Para la presumpción el remedio es considerar que no hay más claro indicio de estar el hombre muy lejos, que creer que está muy cerca: porque en este camino los que van descubriendo más tierra, ésos se dan mayor priesa por ver lo mucho que les falta, y por eso nunca hacen caso de lo que tienen, en comparación de lo que desean. Mírate, pues, como en un espejo en la vida de los Sanctos y en las de otras personas señaladas que agora viven en carne, y verás que eres ante ellos como un enano en presencia de un gigante, y así no presumirás.

§. VIII.

Contra la tentación del demasiado apetito de saber y de estudiar, el primer remedio es considerar cuánto más excelente es la virtud que la sciencia, y cuánto más excelente la sabiduría divina que la humana, para que por aquí vea el hombre cuánto más se debe ocupar en los ejercicios por do se alcanza la una, que la otra. Tenga la gloria de la sabiduría del mundo las grandezas que quisieres, que al fin se acaba esta gloria con la vida. Pues ¿qué cosa puede ser más miserable que adquirir con tanto trabajo lo que tan poco se ha de gozar? Todo lo que aquí puedes saber, es nada: y si te ejercitares en el amor de Dios, presto lo irás á ver, y en él verás todas las cosas. Y el día del juicio no nos preguntarán qué leimos, sino qué hecimos, ni cuán bien hablamos ó predicamos, sino cuán bien obramos.

§. IX.

Contra la tentación del indiscreto celo de aprovechar á otros, el principal remedio es que de tal manera entendamos en el provecho del prójimo, que no sea con perjuicio nuestro, y que de tal manera entendamos en los negocios de las consciencias ajenas, que tomemos tiempo para las nuestras: el cual ha de ser tanto, que baste para traer á la continua el corazón devoto y recogido, porque esto es andar en espíritu, como dice el Apóstol, que es andar el hombre más en Dios que en sí mesmo. Pues como esto sea raíz y principio de todo nuestro bien, todo nuestro trabajo ha de ser procurar de tener tan larga y tan profunda oración, que baste para traer siempre el corazón con esta manera de recogimiento y de devoción: para lo cual no basta cualquier manera de recogimiento y oración, sino es menester que sea muy larga y muy profunda.

DE ALGUNOS AVISOS NECESARIOS PARA LOS QUE SE DAN Á LA ORACIÓN.

CAPÍTULO V.

Una de las cosas más arduas y dificultosas que hay en esta vida, es saber ir á Dios y tratar familiarmente con él. Y por eso no se puede este camino andar sin alguna buena guía, ni

tampoco sin algunos avisos, para no perderse en él, y por esto será necesario apuntar aquí algunos con nuestra acostumbrada brevedad. Entre los cuales el primero sea acerca del fin que en estos ejercicios se ha de tener. Para lo cual es de saber que como esta comunicación con Dios sea una cosa tan dulce y tan deleitable, según que dice el Sabio, de aquí nasce que muchas personas atraídas con la fuerza desta maravillosa suavidad (que es sobre todo lo que se puede decir) se llegan á Dios y se dan á todos los espirituales ejercicios, así de lición como de oración y uso de Sacramentos, por el gusto grande que hallan en ellos, de tal manera que el principal fin que á esto los lleva, es el deseo de esta maravillosa suavidad. Éste es un muy grande y muy universal engaño, en que caen muchos. Porque como el principal fin de todas nuestras obras haya de ser amar á Dios y buscar á Dios, esto más es amar á sí y buscar á sí: conviene saber, su proprio gusto y contentamiento, que es el fin que los filósofos pretendían en su contemplación. Y esto es también (como dice un Doctor) un linaje de avaricia, lujuria y gula espiritual, que no es menos peligrosa que la otra sensual.

Y lo que más es, de este mismo engaño se sigue otro no menor, que es juzgar el hombre á sí y á los otros por estos gustos y sentimientos, creyendo que tanto tiene cada uno más ó menos de perfección, cuanto más ó menos gusta ó no gusta de Dios: que es un engaño muy grande. Pues contra estos dos engaños sirve este aviso y regla general, que cada uno entienda que el fin de todos estos ejercicios y de toda la vida espiritual es la obediencia de los mandamientos de Dios y el cumplimiento de la divina voluntad, para lo cual es necesario que muera la voluntad propria, para que así viva y reine la divina, pues es tan contraria á ella.

Y porque tan gran victoria como ésta no se puede alcanzar sin muy grandes favores y regalos de Dios, por esto principalmente se ha de ejercitar la oración, para que por ella se alcancen estos favores y se sientan estos regalos, para salir con esta empresa. Y desta manera y para tal fin se pueden pedir y procurar los deleites de la oración (según que arriba dijimos) como los pedía David cuando decía: Vuélveme, Señor, el alegría de tu salud, y confírmame con espíritu principal. Pues conforme á esto, entenderá el hombre cuál ha de ser el fin que ha de tener en

estos ejercicios, y por aquí también entenderá por dónde ha de estimar y medir su aprovechamiento y el de los otros: conviene saber, no por los gustos que hubiere recibido de Dios, sino por lo que por Él hubiere padescido, así por hacer la voluntad divina como por negar la propria.

Que éste haya de ser el fin de todas nuestras liciones y oraciones, no quiero traer para esto más argumento que aquella divina oración ó psalmo: *Beati immaculati in via,* que teniendo ciento y setenta y siete versos (porque es el mayor del Psalterio) no se hallará en él uno solo que no haga mención de la ley de Dios y de la guarda de sus mandamientos: lo cual quiso el Espíritu Sancto que así fuese, para que por aquí claramente viesen los hombres cómo todas sus oraciones y meditaciones se habían de ordenar en todo y en parte á este fin, que es á la obediencia y guarda de la ley de Dios. Todo lo que va fuera de aquí, es uno de los muy subtiles y más colorados engaños del enemigo, con el cual hace creer á los hombres que son algo, no lo siendo. Por lo cual dicen muy bien los Sanctos que la verdadera prueba del hombre no es el gusto de la oración, sino la paciencia de la tribulación, la abnegación de sí mismo y el cumplimiento de la divina voluntad: aunque para todo esto aprovecha grandemente así la oración como los gustos y consolaciones que en ella se dan.

Pues conforme á esto, el que quisiere ver qué tanto ha aprovechado en este camino de Dios, mire cuánto cresce cada día en humildad interior y exterior, cómo sufre las injurias de los otros, cómo sabe dar pasada á las flaquezas ajenas, cómo acude á las necesidades de sus prójimos, cómo se compadesce y no se indigna contra los defectos ajenos, cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulación, cómo rige su lengua, cómo guarda su corazón, cómo trae domada su carne con todos sus apetitos y sentidos, cómo se sabe valer en las prosperidades y adversidades, cómo se repara y provee en todas las cosas con gravedad y discreción. Y sobre todo esto, mire si está muerto al amor de la honra y del regalo y del mundo: y según lo que en esto hobiere aprovechado ó desaprovechado, así se juzgue, y no según lo que siente ó no siente de Dios. Y por esto siempre ha de tener el un ojo, y el mas principal, en la mortificación, y el otro en la oración, porque esa misma mortificación no se puede perfectamente alcanzar sin el socorro de la oración.

§. II.

Y si no debemos desear consolaciones y deleites espirituales para sólo parar en ellos, sino por los provechos que nos causan, mucho menos se deben desear visiones, ó revelaciones, ó arrebatamientos y cosas semejantes, que pueden ser más peligrosas á los que no están fundados en humildad. Y no tenga el hombre miedo de ser en esto desobediente á Dios: porque cuando él quiere revelar algo, él lo sabe descubrir por tales modos, que por más que el hombre huya, él se lo certificará de manera que no pueda dubdar, aunque quiera.

§. III.

Debe ansimismo ser avisado en callar los favores y regalos que nuestro Señor le hiciere, si no fuere á solo su maestro espiritual. Por lo cual dice Sanct Bernardo que el varón devoto ha de tener en la celda escritas estas palabras: Mi secreto para mí, mi secreto para mí.

§. IV.

También debe el hombre tener aviso de tratar con Dios con la mayor humildad y reverencia que le sea posible, de manera que nunca el ánima ha de estar tan regalada y favorescida de Dios, que no vuelva los ojos hacia dentro, y mire su vileza, y encoja sus alas, y se humille delante tan grande Majestad, como lo hacía S. Augustín, de quien se dice que había aprendido alegrarse en la presencia de Dios con tremor.

§. V.

Dijimos arriba que el siervo de Dios ha de trabajar por tener sus tiempos señalados para vacar á Dios. Pues allende éste ordinario de cada día, debe desocuparse á tiempos de todo género de negocios, aunque sean sanctos, para entregarse del todo á los espirituales ejercicios y dar á su ánima un abundante pasto, con el cual se repare lo que con los defectos de cada día se

gasta, y se cobren nuevas fuerzas para pasar adelante. Y aunque esto se debe hacer en otros tiempos, más especialmente se debe hacer en las fiestas principales del año y en los tiempos de tribulaciones y trabajos, después de algunos caminos largos y de algunos negocios que han causado distraimiento y derramamiento en el corazón, para tornar á recogerlo.

§. VI.

Algunos hay también que tienen poco tiento y discreción en sus ejercicios, cuando les va bien con Dios. Á los cuales su misma prosperidad viene á ser ocasión de su peligro. Porque hay muchos á quien paresce que se les da esta gracia á manos llenas, los cuales como hallan tan suave la comunicación del Señor, entréganse tanto á ella y alargan tanto los tiempos de la oración y las vigilias y asperezas corporales, que la naturaleza, no pudiendo sufrir á la continua tanta carga, viene á dar con ella en tierra.

De donde nasce que á muchos vienen á estragarse los estómagos y las cabezas, con que se hacen inhábiles, no sólo para los otros trabajos corporales, sino también para esos mismos ejercicios de oración.

Por lo cual conviene tener mucho tiento en estas cosas, mayormente á los principios, donde los fervores y consolaciones son mayores, y la experiencia y discreción menor, para que de tal modo tracemos la manera del caminar, que no faltemos á medio camino.

Otro extremo contrario es el de los regalados, que so color de discreción hurtan el cuerpo á los trabajos: el cual aunque en todo género de personas sea muy dañoso, mucho más lo es en los que comienzan, porque como dice S. Bernardo, imposible es que persevere mucho en la vida religiosa el que siendo novicio es ya discreto, siendo principiante quiere ser prudente, y siendo aun nuevo y mozo comienza á tratarse y regalarse como viejo.

Y no es fácil de juzgar cuál destos dos extremos sea más peligroso, sino que la indiscreción (como dice muy bien Gersón) es más incurable: porque mientra el cuerpo está sano, esperanza hay que podrá haber remedio, mas después de ya estragado con la indiscreción, mal se puede remediar.

§. VII.

Otro peligro hay también en este camino, y por ventura mayor que todos los pasados, el cual es que muchas personas después que algunas veces han experimentado la virtud inestimable de la oración, y visto por experiencia cómo todo el concierto de la vida espiritual depende della, parésceles que ella sola es el todo y que ella sola basta para ponerlos en salvo, y así vienen á olvidarse de las otras virtudes y aflojar en todo lo demás. De donde también procede que como todas las otras virtudes ayuden á esta virtud, faltando el fundamento, también falta el edificio: y así mientra más el hombre procura esta virtud, menos puede salir con ella.

Por esto, pues, el siervo de Dios debe poner los ojos, no en una virtud sola, por grande que sea, sino en todas las virtudes: porque así como en la vihuela una sola voz no hace harmonía si no suenan todas, así una virtud sola no basta para hacer esta espiritual consonancia si todas no responden con ella. Y así como un reloj, si se embaraza un solo punto, pára todo, así también acaesce en el reloj de la vida espiritual, si falta una sola virtud.

§. VIII.

Aquí también conviene avisar que todas estas cosas que hasta aquí se han dicho para ayudar á la devoción, se han de tomar como unos aparejos con que el hombre se dispone para la divina gracia, ocupándose diligentemente en ellos, y quitando la confianza de ellos y poniéndola en solo Dios. Digo esto, porque hay algunas personas que hacen una como arte de todas estas reglas y documentos, paresciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas dél, por virtud dellas saldrá luego buen oficial, así también el que estas reglas guardare, por virtud dellas alcanzará luego lo que desea: sin mirar que esto es hacer arte de la gracia, y atribuir á reglas y artificios humanos lo que es pura dádiva y misericordia del Señor.

Pues por esto conviene tomar estos negocios, no como cosa de arte, sino como de gracia: porque tomándolo desta manera,

sabrá el hombre que el principal medio que para esto se requiere, es una profunda humildad y conoscimiento de su propria miseria, con grandísima confianza en la divina misericordia, para que del conoscimiento de lo uno y de lo ctro procedan siempre continuas lágrimas y oraciones, con las cuales, entrando el hombre por la puerta de la humildad, alcance lo que desea por humildad, y lo conserve con humildad, y lo agradezca con humildad, que es puerta general de todos los bienes.

FIN DEL LIBRO DE LA ORACIÓN

SÍGUESE UNA BREVE INTRODUCCIÓN

PARA

LOS QUE COMIENZAN Á SERVIR Á NUESTRO SEÑOR.

Así como todas las artes humanas tienen sus primeros principios y elementos, que son como un A. B. C. de donde comienzan, así también los tiene el camino de Dios (que es arte de las artes y fin de toda nuestra vida) y éstos será bien señalar aquí brevemente para los que de nuevo quieren entrar en él. Y porque los comienzos de las cosas han de ser de lo más fácil, de aquí será razón que comencemos apuntando algunos ejercicios espirituales que con ser muy fáciles de cumplir, son como una leche y nutrimento de esta vida espiritual. Porque así como el pesce se conserva en el agua, así la vida espiritual con ejercicios espirituales.

Entre éstos el primero sea que así como el hombre se determinare de servir á Dios y dejar al mundo, haga luego una confesión general de todas las culpas de la vida pasada. Para lo cual debe tomar algunos días antes, en los cuales discurriendo por todas las edades de la vida pasada y por todos los mandamientos de la ley divina, examine con dolor y amargura de su corazón todo lo que ha dicho, hecho ó pensado contra Dios, contra su prójimo y contra sí mismo, para confesarlo enteramente á su proprio confesor, aprovechándose en esto de la pluma para poder mejor ayudar á la flaqueza de la memoria. Y aquí debe enseñar el buen maestro á su discípulo la manera de confesarse, y examinarse, y aparejarse para la confesión, así para ésta general como para las otras ordinarias que más á menudo se han de facer. Porque no es de todos ni saberse conoscer, ni tampoco saberse confesar fructuosamente, si no son avisados y enseñados en esta parte.

Lo segundo, debe aconsejarle que en este tiempo se ejercite en las meditaciones arriba puestas, especialmente en las de la primera semana (que son más acomodadas para este tiempo) procu-

rando por medio dellas inclinar su corazón á dolor y aborrecimiento de los pecados, temor de Dios y menosprecio del mundo. Y aquí se ofresce gran oportunidad al maestro para platicar el ejercicio de la oración y meditación, y declarar todos los avisos arriba escritos, en los cuales conviene que esté muy resoluto para darlos á conocer y saberlos bien enseñar de tal manera que de buen maestro salga el discípulo bien enseñado.

Lo tercero, debe enseñarle con cuánta reverencia y con qué devoción se ha de aparejar un día ó dos antes para la sagrada Comunión, y con cuánto temor y temblor se ha de allegar á ella, y con cuánta devoción se ha de recoger después della, para abrazar el Señor que rescibió, y derribarse á sus pies, y darle gracias por tal hospedería, tal visitación y tal beneficio. Y asimismo le enseñe cuán recogido y quieto ha de estar aquel día y el día predecente, y en qué género de liciones, meditaciones y oraciones se ha de ocupar, para mejor aparejarse á este misterio y aprovecharse dél.

Lo cuarto, enséñele de la manera que se ha de haber en todos los lugares y tiempos y en todas las otras obras exteriores, con cuánta templanza y honestidad ha de tomar refección en la mesa, con cuánta devoción y acatamiento ha de estar en la misa y doquiera que estuviere el Sanctísimo Sacramento, con cuánta atención y devoción ha de asistir á los oficios divinos, aparejándose primeramente con oración y recogimiento de corazón para ellos y peleando fuertemente en ellos contra todas las importunas imaginaciones del enemigo, que más allí que en otra parte nos combaten.

Enséñele también cuán compuesto ha de ser en sus movimientos, cuán mesurado en sus ojos, cuán considerado en sus palabras, cuán templado en sus risas, cuán humilde á los mayores, cuán benigno á los menores, cuán cortés á sus iguales, cuán humano para con los pobres, cuán piadoso para con los enfermos, y cómo no ha de ser precipitado ni inconsiderado en todas sus cosas.

Enséñele también cómo ha de andar en la presencia de Dios, trayéndole siempre ante los ojos como juez y testigo de su vida, haciendo todas las cosas con aquel mismo tiento y religión que las haría si realmente le tuviese delante.

Y asimismo le enseñe cómo debe andar siempre encerrado

y escondido dentro de su corazón, y cómo debe procurar en todo lugar y tiempo y en todo género de negocios hurtar el corazón y levantarlo á Dios con alguna breve oración, tomando motivo para esto de todas cuantas cosas oyere y viere, como hacen las abejas, que de todas las flores sacan algo para hacer su miel. Y particularmente es muy loable consejo que á imitación del Apóstol S. Bartolomé muchas veces entre día y noche, hincado de rodillas, ó en pie, ó como pudiere, haga oración á Dios y juntas las manos ofrezca á sí mismo con todos sus deseos á nuestro Señor, pidiéndole su amor y gracia, aunque esto no sea más que por un Credo ó dos: porque de esta devoción muchas veces se sigue más provecho de lo que nadie puede pensar. Esto sirve para que en el altar de nuestro corazón siempre haya fuego, procurando atizarlo con todas estas consideraciones y palabras devotas, que son como nutrimento de la devoción y amor de Dios: y cuando alguna vez el pensamiento se le derramare, debe recogerlo y reducirlo á lo interior, no con pena y desasosiego (como se suele hacer) sino amorosa y devotamente, porque con el fuego del divino amor se deshacen y consumen todas estas negligencias, como dicen los sanctos. Y podrá entonces, vuelto á sí mismo, reprehenderse mansamente diciendo: ¿Dónde me fuí, oh buen Jesús? ¿Por qué me aparté de ti? ¿Dónde te has ido volando, ánima mía? ¿Qué traes de allá, sino derramamiento y tibieza? ¿No sabes que el Señor está con los que están consigo, y se aparta de los que se apartan de su corazón?

Y aunque en todo tiempo debe el hombre traer consigo este cuidado, cuanto le sea posible, pero señaladamente á la mañana en despertando trabaje por cerrar la puerta á todo género de penmientos terrenos y ocupar la posada con la memoria de nuestro Señor, ofreciéndole luego las primicias del día. Y podrá en este tiempo hacer tres cosas: la primera, darle gracia porque le dió aquella noche quieta y le libró de las fantasmas y asechanzas del enemigo, y por todos los otros beneficios, como es de la creación, conservación, vocación, redempción, &c. La segunda, ofrézcale todo cuanto aquel día hiciere y padesciere y trabajare, y todos los pasos y ejercicios en que se ocupare, y á sí mismo también se ofrezca con todas sus cosas, para que todo sea á gloria suya y de todo haga él lo que fuere á su sancta voluntad como de cosa suya. La tercera, pídale gracia para que en aquel día no haga cosa

que sea ofensa de su Majestad, y principalmente le pida favor para contra todos aquellos vicios que se siente más tentado, y ármese con una fuerte determinación y circunspeción contra ellos, y con esto diga la oración del Pater noster y Ave María de espacio devotamente.

Á la noche, antes que se acueste, éntre consigo en juicio y tómese cuenta de todo lo que aquel día hizo, ó dijo, ó pensó contra la ley de Dios, y de las negligencias y tibieza que tuvo en su servicio, y del olvido dél. Y dicha con devoción la confesión general con un Pater noster y Ave María, pida perdón de lo mal hecho y gracia para la emienda de ello.

Cuando se acostare, póngase en la cama de la manera que estará en la sepultura, y considere un poco la figura que allí ha de tener su cuerpo, y rece sobre sí un responso ó un Pater noster y un Ave María como sobre un defuncto.

Todas las veces que despertare de noche, sea con un *Gloria Patri*, &c. *Jesu nostra Redemptio,* &c. ó con otro cosa semejante: y todas las veces que el reloj diere la hora, diga: Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo nasció y murió por mí. Señor, á la hora de mi muerte acuérdate de mí. Y piense entonces cómo ya tiene una hora menos de vida, y que poco á poco se acabará de andar esta jornada.

Cuando se sentare á la mesa, piense cómo Dios es el que le da de comer y el que crió todas las cosas para su servicio, y déle gracias por la comida que le da, y mire á cuántos falta lo que á él sobra, y con cuánta facilidad posee lo que otros alcanzan con tanto trabajo y peligro.

Cuando fuere tentado del enemigo, el mayor remedio es correr con grandísima ligereza á la cruz, y mirar allí á Cristo despedazado, y descoyuntado, y desfigurado, manando ríos de sangre, y acordarse que la principal causa por que allí se puso, fué por destruir el pecado: y suplicarle ha con toda devoción no permita él que reine en nuestros corazones una cosa tan abominable y que él con tantos trabajos procuró destruir. Y así dirá de todo corazón: ¡Señor, que os pusiésedes Vos ahí porque yo no pecase, y que no baste eso para apartarme de pecar! No lo permitáis, Señor, por esas sacratísimas llagas, no me desamparéis, mi Dios, pues me vengo á Vos. Si no, mostradme otro mejor puerto donde me pueda guarecer. Si Vos me desamparáis, ¿qué

será de mí? ¿Á dónde iré? ¿Quién me defenderá? Ayudadme, Señor Dios mío, y defendedme de este dragón, pues yo no puedo sin Vos. Y será muy bien á veces hacer á mucha priesa la señal de la cruz encima del corazón, si estuviere en parte que lo pueda hacer sin nota de nadie. Desta manera las tentaciones le serán ocasión de mayor corona y de que más veces al día levante su corazón á Dios, y así el demonio que venía por lana, volverá, como dicen, tresquilado. Ésta es, cristiano lector, la leche de los que comienzan: oye agora en el siguiente capítulo la suma de toda esta espiritual doctrina..

DE TRES COSAS
QUE DEBE HACER
EL QUE DESEA APROVECHAR MUCHO EN POCO TIEMPO.

El que quiere en poco tiempo aprovechar mucho, mediante la gracia de nuestro Señor, ha de ser solícito en estas tres cosas.

La primera, en la aspereza y maltratamiento de su carne, en la vileza, aspereza y templanza del comer y beber, en el vestir, en la cama y en todas las cosas que usare, en estar de rodillas, ó en pie, ó en cruz, ó prostrado en la oración, en tomar disciplinas, en traer cilicios, en ayunos, y sobre todo, en las vigilias sanctas en oración. Y en todo se ha de mirar que se aflija la carne y no se amate el espíritu, ni se haga daño la salud corporal. Y por esto ha de ser con consejo de su maestro espiritual, si lo tiene, y si no lo tiene, de otra persona muy espiritual y muy penitente y ejemplar. Y porque muy pocos sienten la perfección sino como ellos la obran, si aun esto no hobiere, ayúdese de su buena discreción, fundada en nuestro Señor, y no en el saber de la carne, que el regalo finge ser discreción, y vaya experimentando las cosas, porque la experiencia con la oración y pura intención le irá dando lumbre de lo que debe hacer.

Lo segundo y más principal, conviene que sea solícito en la mortificación interior de sí mismo y de sus apetitos y sensuales inclinaciones y en la abnegación de su propria voluntad, por cumplir la divina y la de sus mayores, á quien debe obediencia, y de su maestro espiritual, si lo tiene, y en el ejercicio de las virtudes interiores y exteriores, cuando le fuere necesario, ó la cari-

dad del prójimo ó de sí mesmo le obligare, ó nuestro Señor de dentro le convidare á ello, aunque sea sin obligación de precepto.

Lo tercero, ha de ser solícito en la continua oración. Porque es imposible á nosotros crucificar nuestra carne, y mucho más imposible la mortificación interior y negamiento de nosotros mesmos y el ejercicio de las virtudes (por ser sobre nuestra naturaleza) sino mediante la gracia de nuestro Señor. Al cual es facilísimo obrar en nosotros sobre toda naturaleza, lo cual él hará si instantemente le pedimos. Y pues somos pobres y no tenemos fuerzas para trabajar, si queremos ser ricos de dones celestiales, necesario nos es mendigar á quien nunca cesará de nos dar, si nosotros no cesáremos de le pedir. Y por esto, el que quiere enriquecerse de estos dones y sobre todo poseer á Dios por gracia singular, debe tener sus tiempos diputados para la oración y á veces alargarlos (como dicho es) y andar siempre en la presencia del Señor, como ya dijimos.

Estas tres cosas son las que principalmente debe procurar el siervo de Dios, si quiere ser purísimo y perfectísimo holocausto suyo. Porque guardadas estas tres cosas, queda todo el hombre reformado con todas sus partes, que son, espíritu, ánima y carne. Porque con los ayunos y asperezas corporales se sanctifica la carne, con la mortificación y abnegación de todos los apetitos se purifica el ánima, y con la oración y contemplación se perfeciona el espíritu, el cual allegándose á Dios, se hace una cosa con él, que es su última perfección.

Mas aquí es de notar que para la perfección deste holocausto aun faltan dos cosas, porque en el cuerpo hay sentidos, y en el ánima imaginación y pensamientos: por donde á estas tres cosas debemos añadir otras dos, que son la guarda de los sentidos, conviene saber, de los ojos y de los oídos, y mucho más de la lengua que es la llave de todo, y la guarda del corazón ó de la imaginación, para que no ande cerrera y libre discurriendo por do quisiere, sino que esté siempre atada á sanctas consideraciones y pensamientos. Porque, como dice S. Bernardo, no basta al varón devoto que tenga enfrenados sus afectos, si no tiene también enfrenada y recogida su imaginación.

Y para reducir todas estas cosas á alguna orden, has de tener muy entendido que tal quedó por el pecado el corazón del hom-

bre para bien obrar, como la tierra para fructificar. Vemos, pues, que la tierra para esto tiene necesidad de dos cosas, conviene saber, de agua y rocío del cielo, y de trabajo y agricultura del hombre. Sin estas dos cosas, la tierra de suyo no lleva más que zarzas y espinas. Pues así has de entender que nuestro corazón después del pecado no lleva de suyo más que aquellas espinas que dice el Apóstol: Manifiestas son las obras de la carne, que son, fornicación, suciedad, deshonestidad, iras, contiendas, porfías, invidias, discordias, bandos, &c. Mas si ha de llevar fructo de vida eterna, ha de ser con trabajo y sudor de nuestro rostro, y también con agua y roscío del cielo. Para lo primero sirve el castigo de la carne, la guarda de los sentidos, la mortificación de nuestros apetitos y el recogimiento de nuestra imaginación, que es como una agricultura y labor espiritual: mas para lo segundo sirven los Sacramentos y la oración, porque los Sacramentos tienen virtud para dar esta agua de cielo, que es la gracia, y la oración tiene por oficio pedirla, y así le correspode por premio alcanzarla. Y desta manera, entreviniendo la gracia de Dios y el trabajo del hombre, da fructo de bendición esta tierra de maldición, puesto caso que también este nuestro trabajo no carece de gracia, pues todo lo bueno es de Dios.

Por do paresce que la vida del verdadero y perfecto cristiano (si alguno la quisiere abreviar) es continuamente orar y trabajar, y por consiguiente, que dos pies son muy necesarios para este camino, uno de trabajo y otro de oración, confiando el hombre en Dios y trabajando constantemente por su amor, de tal manera, que ni por la demasiada confianza en Dios se eche á dormir (como hacen los perdidos) ni por la demasiada confianza en sus trabajos menosprecie el socorro de la divina gracia (como hicieron los palagianos) sino como suelen decir, con el mazo dando y á Dios llamando.

Por aquí podrá cada cual entender que no es otra cosa la vida cristiana, sino una perpetua cruz y una perpetua oración. Y cuando digo cruz, entiéndola universalmente de todo el hombre y de todas las partes dél, pues todas quedaron por el pecado lisiadas y todas tienen necesidad de cuchillo y reformación. De manera que es necesaria una cruz para la carne y otra para los ojos, otra para los oídos, otra para la lengua, otra para los afectos y apetitos, y otra para la imaginación. Todas estas cruces son

necesarias, y éste es el suspendio y la muerte que ha de abrazar y elegir nuestra ánima, para que muerta á la vida del primer Adán, viva vida del segundo. Sin esta cruz ninguna cosa valen todas nuestras oraciones, sino para vivir más engañados: de manera que ni aprovecha el trabajo sin la oración, porque no será durable, ni la oración sin el trabajo, porque no será fructuosa. Con estas dos virtudes seremos templo vivo de Dios, que tenía dos lugares, uno de sacrificio y el otro de oración. Con éstas iremos al monte de la mirra y al collado del encienso, subiendo por el collado al monte, esto es, por la dulzura de la oración á la amargura de la mortificación.

FIN DE ESTA INTRODUCCIÓN.

SÍGUESE UN BREVE TRATADO

DE LA GUARDA DE

LOS TRES VOTOS DE LA RELIGIÓN

COMPUESTO POR

EL R. P. F. HIERÓNIMO DE FERRARA

Y DIRIGIDO

Á UNA SEÑORA QUE QUERÍA ENTRAR EN RELIGIÓN

PROLOGO BREVE SOBRE ESTE TRATADO

AUNQUE este tratado, cristiano lector, señaladamente pertenezca á Religiosos (cuyos son estos tres votos de que aquí se trata) pero también se pueden aprovechar de él en su manera todos los que desean alcanzar la perfección de la vida cristiana, aunque no sean Religiosos. Porque también éstos son obligados á guardar la castidad que pide la condición de su estado, que es la virginal, ó vidual, ó conyugal. También son obligados á guardar obediencia á Dios y á sus mayores, como son los señores, los padres, los maridos y los perlados. Y la pobreza, aunque no sean obligados á guardarla como los Religiosos, mas deben amarla y procurarla, y despedir de sí el amor de todas las cosas terrenas, para que así no haya cosa que tire por su corazón y lo aparte de Dios. Por do paresce que á todos los tales será provechosa la lición deste maravilloso tratado, aunque no sean Religiosos.

SÍGUESE EL TRATADO

DE LOS TRES VOTOS DE LA RELIGION

compuesto por Fray Hierónimo de Ferrara.

HABIENDO sabido yo, carísima mía en el Señor, el deseo que tenéis de desamparar la vanidad del siglo y seguir la verdad del eterno Esposo...

Véase este mismo tomo, de la página 183 á la 192, donde se hallará íntegro este Tratado de los Votos.

DOCTRINA DEL MISMO P. F. HIERÓNIMO

Á OTRA NOBLE SEÑORA.

SOBRE todas las cosas amad á Dios de todo corazón, y procurad su honra con mayor cuidado que la salud de vuestra ánima. Trabajad con toda diligencia por purificar la consciencia con la frecuente confesión. Quitad el amor de las cosas terrenas. Comulgad á menudo con toda devoción. No os tengáis por mejor que alguna otra criatura, cuanto quier que sea pecadora, sino por peor. No juzguéis mal de nadie, sino siempre bien. Vivid en todo silencio. Huíd de compañías y convites profanos. Estad solitaria cuanto sea posible á vuestro estado. Palabras de murmuración, ó detracción, ó de escarnio, ó de donaires, ó ociosidad, sean lejos de vuestros oídos, y mucho más de vuestra boca. Orad á menudo, ó contemplad á cada hora. Trabajad por tener en toda paz vuestra familia. No parezca en vuestras palabras ni meneos alguna repunta de soberbia. No seáis muy familiar para con vuestros súbditos, sino usad con ellos de una mansa gravedad. Dad á todos ejemplo de buena vida. Reprehended caritativamente á los que yerran, y exhortad á todos á bien obrar. Amad la castidad en vuestra casa, y mucho más en los de más tierna edad. Mostraos muy enemiga de la deshonestidad, reprehendiendo ásperamente todo linaje de palabra, ó de obra, ó de vestido menos honesto. No seáis parcial en repartir las cosas, sino según la calidad y méritos de cada uno. Sed piadosa para con los pobres y ayudadlos cuan-

to sea posible, porque esto es muy agradable á Dios. Mostraos afable á todos, mayormente á las personas miserables, y hacedles todo el bien que pudiéredes. En las prosperidades sed humilde de corazón, y en las adversidades paciente. Rogad continuamente á Dios que os enseñe á hacer su voluntad, y crecer de virtud en virtud, y responder á sus inspiraciones, porque la unción del Espiritu Sancto os enseñará muchas cosas. Y particularmente rogad por la perseverancia, viviendo siempre en temor y trayendo siempre á Dios ante los ojos. Renovad de día en día los buenos propósitos, y trabajad por rumiar siempre alguna cosa devota, cuando coméis, y cuando trabajáis, y cuando camináis: y finalmente en cualquier lugar y tiempo buscad secretamente en vuestro corazón al buen Jesú, y no se caiga jamás de vuestra memoria su pasión y encarnación. Porque cuanto más frecuentáredes esta contemplación, tanto más os será dulce y tanto mayores consolaciones recibiréis de Dios, y alcanzaréis mucho de sus secretos (los cuales no puede entender ni gustar la sabiduría mundana) y sentiréis en el corazón un continuo ardor del fuego de la caridad y un deseo grande de veros fuera deste mundo y estar con Dios, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACION

en la cual se ejercitan los actos de muchas nobilísimas virtudes, y especialmente del amor de Dios.

PREÁMBULO PARA ANTES DESTA ORACIÓN

De la preparación y ánimo con que se ha de hacer.

CUANDO te asentares (dice el Sabio) á la mesa del poderoso, diligentemente considera lo que se te pone delante, para que por ahí entiendas lo que por tu parte debes aparejar. Pues conforme á este documento, el que se llega á tratar con Dios en la oración, ponga primero los ojos en el Señor con quien va á tratar, y considere atentamente quién Él es: porque tal corazón y tales afectos conviene que tenga para con Él, cual es el que allí se le pone delante. Levante, pues, húmilmente los ojos á lo alto, y mírelo asentado en el trono de su Majestad sobre todo

lo criado, y considere cómo Él es el que tiene en su vestidura y en su muslo escrito, Rey de los reyes y Señor de los señores: y también cómo Él es infinitamente perfecto, hermoso, glorioso, bueno, misericordioso, justo, terrible y admirable: y cómo también es benignísimo padre, y liberalísimo bienhechor, y clementísimo Redemptor y Salvador.

Y después que así le hubiere mirado, entienda luego con qué virtudes y afectos debe por su parte corresponder á estos títulos: y hallará que por la parte que es Dios, meresce ser adorado: por la que es infinitamente perfecto y glorioso, alabado: por la que es bueno y hermoso, amado: por la que es terrible y justo, temido: por la que es Señor y Rey de todas las cosas, obedescido: por razón de sus beneficios meresce infinitas bendiciones y gracias, y por ser nuestro Criador y Redemptor meresce que le ofrezcamos todo lo que somos, pues todo es suyo: y por ser nuestro ayudador y Salvador, conviene que á Él solo pidamos el remedio de todas nuestras necesidades. Estos y otros semejantes actos de virtudes debe la criatura racional á estos títulos y grandezas de su Criador: de manera que á su divinidad se debe adoración, á sus perfecciones alabanza, á sus beneficios agradescimiento, á su bondad amor, á su justicia temor, á su misericordia esperanza, al señorío de su Majestad obediencia, á la posesión de todas las cosas, que todo se le ofrezca, y al oficio continuo de ayudar y perdonarnos, que todo se le pida.

Éstas son las virtudes y éstos los afectos con que de nuestra parte habemos de corresponder y honrar á este Señor, que así como es todas las cosas, así quiere ser venerado y acatado con todos estos afectos y sentimientos. Los cuales aunque virtualmente se ejerciten y entrevengan en todas las obras que se hacen por su amor, pero señaladamente se ejercitan en la oración: y ésta es una de las mayores excelencias que ella tiene, que haciéndose como conviene, entrevengan en ella los actos de todas estas nobilísimas virtudes, fe, esperanza, caridad, humildad, religión, temor de Dios, y otras tales, como claramente se verá en la oración siguiente (que todo esto contiene) la cual por eso conviene que sea muy estimada y con mucha devoción y sosiego ejercitada.

Y porque el justo al principio es acusador de sí mismo, y la puerta primera para entrar á Dios es la penitencia y la humildad,

debe el hombre antes que la comience, rezar devotamente la confesión general, ó alguno de los siete Psalmos Penitenciales: y esto hecho, comience su oración, rezando también los pedazos de psalmos que en ella son apuntados, si en esto hallare devoción.

SÍGUESE LA ORACION.

OH mi Dios y todas las cosas! ¡Oh mi Dios y todas las cosas! ¡Oh mi Dios y todas las cosas! Vos sois mi Dios, mi criador, mi gobernador, mi redemptor, mi salvador, centro y esposo de mi ánima, y mi último fin. Vos sois mi padre, y mi madre, y mi rey, y mi señor, y mi pastor, y mi médico, y mi maestro, y mi defensor, y todas las cosas. Vos sois todo mi tesoro, mi heredad, mi esperanza, mi riqueza, mi paz, mi gloria, mi sabiduría, mi alegría, y todo cuanto más se puede desear.

Por tanto, Señor mío, á Vos primeramente adoro con la más profunda humildad y reverencia que puedo, y con aquella adoración de latría que á Vos solo se debe, y no á criatura alguna, de la manera que os adoran las dominaciones del cielo y todas las criaturas del mundo: las cuales aunque no os conozcan, todavía no pueden cada cual en su manera dejar de adorar el sceptro de vuestra divinidad y reconoscer vuestra grandeza: porque Vos solo sois Dios de los dioses, Rey de los reyes, Señor de los señores y Cosa de las cosas. Vos sois Alfa y Omega, que es, el principio y el fin de todas las cosas, y principio sin principio y fin sin fin de todas ellas. Vos sois el que solo sois, porque todas las otras cosas (por altísimas que sean) tienen el ser imperfecto, dependiente y como emprestado: mas el vuestro es sumo, perfecto, universal y que de nadie depende sino de solo Vos. Por lo cual con mucha razón se dice que Vos solo sois el que sois, y que todo lo criado no tiene ser delante de Vos. Pues, oh Señor Dios de las virtudes (como dice vuestro Profeta) ¿quién será semejante á Vos? Poderoso sois, Señor, y vuestra bondad está al derredor de Vos. Vos tenéis señorío sobre la mar, y Vos amansáis el movimiento de sus olas. Vos humillastes y heristes al soberbio, y con el brazo de vuestra virtud desbaratastes vuestros enemigos. Vuestros son los cielos y vuestra la tierra: la redondez de la tierra con todas las cosas de que está poblada, Vos la fundastes: la mar y el viento Aquilón que la levanta, Vos los criastes. El monte Tabor y Hermón en

vuestro nombre se alegrarán, y solo vuestro brazo es el poderoso. Pues confesando yo, Señor, todas estas maravillas y grandezas, prostrado ante vuestro divino acatamiento, con toda la humildad que me es posible, os adoro como os adoran todos aquellos espíritus bienaventurados que derribados ante el trono de vuestra Majestad y poniendo sus coronas ante vuestros pies, os adoran y reverencian, confesando que todo lo que tienen es de Vos. Pues así yo, la más vil de todas las criaturas, mil veces os reverencio y adoro, confesando que Vos sois mi verdadero Dios y Señor, y que todo lo que soy, vivo, tengo y espero, es todo vuestro: y así pido á todas las criaturas que ellas también juntamente comigo os alaben y adoren, y así las llamo y convido á esto con aquel cántico de vuestro Profeta, que dice: Venid, y alegrémonos delante el Señor, y cantemos á Dios nuestro Salvador, presentémonos ante su cara confesando su gloria, y con psalmos le alabemos. Porque nuestro Dios es gran Señor y Rey grande sobre todos los dioses, porque no desechará el Señor su pueblo, ca en su mano están todos los fines de la tierra, y las alturas de los montes suyas son. Suyo es también el mar, y Él lo hizo, y la tierra también fundaron sus manos. Venid, pues, y adoremos al Señor, y prostrémonos y lloremos delante dél, porque Él es nuestro Señor Dios, y nosotros somos su pueblo y ovejas de su manada.

También, Señor mío, os bendigo y alabo, porque á Vos solo pertenesce el himno y la alabanza en Sión: pues Vos solo sois piélago de todas las perfecciones y un mar de sabiduría, de omnipotencia, de riquezas, de grandeza, de hermosura, de suavidad, de majestad, de eternidad, en quien están todas las perfecciones y hermosuras de cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra en sumo grado de perfección: en cuya comparación toda hermosura es fealdad, toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia y toda dulzura amargura, y finalmente todo cuanto en el cielo y en la tierra resplandesce, no luce tanto delante de Vos cuanto una pequeña candelica delante del sol.

Pues por tal, Señor, os confieso y por tal os alabo, y glorifico vuestro sancto nombre, y por tal pido á todos los ángeles del cielo que os canten dignas alabanzas y suplan en esta parte mis faltas, diciendo con el Profeta: *Laudate Dominum de cœ-*

lis, laudate eum in excelsis. Laudate eum omnes angeli ejus, laudate eum omnes virtutes ejus, &c.

También, Señor, os doy gracias por todos los beneficios y mercedes que me habéis hecho dende el día que fuí concebido hasta este día de hoy, y por el amor que dende *ab æterno* me tuvistes, cuando dende entonces determinastes de criarme, y redemirme, y hacerme vuestro, y darme todo lo que hasta agora me habéis dado, pues todo cuanto tengo y espero, es vuestro. Vuestro es mi cuerpo con todos sus miembros y sentidos, vuestra mi ánima con todas sus habilidades y potencias, vuestras todas las horas y momentos que hasta aquí he vivido, vuestras las fuerzas y la salud que me habéis dado, vuestro el cielo y la tierra que me sustentan, vuestro el sol, y la luna, y las estrellas, y los campos, y las aves, y los pesces, y los animales, y todas las criaturas que por vuestro mandamiento me sirven. Todo esto, Señor mío, es vuestro, y por ello os doy todas cuantas gracias os puedo dar: pero mucho mayores os las doy, porque Vos quisistes ser mío, pues todo os ofrescistes y expendistes en mi remedio, pues para mí os vestistes de carne, para mí nascistes en un establo, para mí fuistes reclinado en un pesebre, para mí envuelto en pañales, para mí fuistes circuncidado al octavo día, para mí desterrado en Egipto, para mí en tantas maneras tentado, y perseguido, y maltratado, y azotado, y coronado, y deshonrado, y sentenciado á muerte, y en una cruz enclavado. Para mí ayunastes, y orastes, y velastes, y llorastes, y caminastes, y padescistes los mayores tormentos y deshonras que se padescieron jamás. Para mí ordenastes y confeccionastes las medicinas de vuestros sacramentos con el licor de vuestra sangre, y señaladamente el mayor de los sacramentos, que es el de vuestro sanctísimo Cuerpo, donde estáis Vos, mi Dios, para mi reparo, para mi mantenimiento, para mi esfuerzo, para mis deleites, para mi esperanza y para prenda y testimonio de vuestro amor. Por todo esto os doy infinitas gracias, y ruego á todas las criaturas que pues todas ellas son beneficios vuestros, todas me ayuden á dároslas dignamente. Y así para esto las llamo y convido con aquel cántico que aquellos tres sanctos mozos en medio de las llamas del horno de Babilonia os cantaban, diciendo: *Benedicite omnia opera Domini Domino, laudate & superexaltate eum in sæcula. Benedicite angeli Domini Domino, benedicite cœli Domino.*

Y si tan debido es el amor á los bienhechores por razón de los beneficios, si cada beneficio es como un tizón y un incentivo de amor, y si según la muchedumbre de la leña, así es grande el fuego que se enciende en ella, ¿qué tan grande ha de ser el fuego de amor que ha de arder en mi corazón, si tanta es la leña de vuestros beneficios y tantos los incentivos que tengo de amor? Si todo este mundo visible y invisible es para mí beneficios vuestros, ¿qué tan grande es razón que sea la llama de amor que se ha de levantar dellos? Especialmente no sólo os debo yo amor por esto, sino también porque en Vos solo se hallan todas las razones y causas de amor que hay en todas las criaturas, todas en sumo grado de perfección. Porque si por bondad va, ¿quién más bueno que Vos? Si por hermosura va, ¿quién más hermoso que Vos? Si por suavidad y benignidad va, ¿quién más suave y más benigno que Vos? Si por amistad va, ¿quién más nos amó que el que tanto por nosotros padesció? Si por beneficios va, ¿cúyo es todo lo que tenemos sino vuestro? Si por esperanza va, ¿de quién esperamos todo lo que nos falta sino de vuestra misericordia? Si los padres, y las madres, y los esposos, y los hermanos, y los amigos son amados, ¿á quién más de verdad pertenecen todos estos títulos que á Vos? Ámeos pues yo, Señor, con toda mi ánima, y con todas mis entrañas, y con todas mis fuerzas, y diga yo de todo mi corazón con vuestro Profeta: *Diligam te, Domine, fortitudo mea: Dominus firmamentum meum & refugium meum & liberator meus: Deus meus adjutor meus, & sperabo in eum. Protector meus & cornu salutis meæ & susceptor meus.*

Y no sólo me obliga todo esto á amaros, sino también á poner toda mi esperanza en solo Vos. Porque ¿en quién tengo yo de esperar, sino en quien tanto me ama, y en quien tanto bien me ha hecho, y en quien tanto por mí ha padescido, y en quien tantas veces me ha llamado, y esperado, y sufrido, y perdonado, y librado de tantos males? ¿En quién tengo yo de esperar sino en Aquél que es infinitamente misericordioso, piadoso, amoroso, benigno, sufridor y perdonador? ¿En quién tengo yo de esperar sino en Aquél que es mi padre, y padre todopoderoso, padre para amarme y poderoso para remediarme, padre para quererme bien y poderoso para hacerme bien, el cual tiene mayor cuidado y providencia de sus espirituales hijos que ningún padre carnal de los suyos? ¿En quién, finalmente, tengo yo de esperar

sino en Aquél que cuasi en todas sus Escripturas ninguna cosa hace sino mandarme que me llegue á Él y espere en Él, y prometerme mil cuentos de favores y mercedes si así lo hiciere, dándome en prendas de todo esto su verdad y palabra, los beneficios hechos, y los tormentos padescidos, y la sangre derramada en confirmación desta verdad? Pues ¿qué no esperaré yo de un Dios tan bueno y tan verdadero, de un Dios que tanto me amó, que se vistió de carne por mí, y sufrió azotes y repelones y bofetadas por mí, y finalmente de un Dios que se dejó morir en una cruz por mí, y se encerró en una hostia consagrada por mí? ¿Cómo huirá de mí cuando lo buscare, el que me buscó cuando yo le huía? ¿Cómo me negará el perdón cuando se lo pidiere, el que me lo meresció cuando yo no lo pedía? ¿Cómo me negará el remedio cuando ya no le cuesta nada, el que me lo procuró cuando tanto le costaba? Pues por todas estas razones confiadamente esperaré yo en Él, y con el sancto Profeta en medio de todas mis tribulaciones y necesidades esforzadamente cantaré: *Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo? Dominus protector vitæ mea, a quo trepidabo? Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum. Si exurgat adversum me prœlium, in hoc ego sperabo.* Y finalmente, con el mismo también diré: *In pace in idipsum dormiam et requiescam: quoniam tu Domine singulariter in spe constituisti me.*

Mas porque la esperanza y el amor no están seguros sin temor, témaos también, Señor, mi alma y mi corazón: pues en Vos (que sois todas las cosas) no menos hay razón para ser temido que amado y esperado. Porque como sois infinitamente misericordioso, así sois infinitamente justo, y así como son innumerables las obras de vuestra misericordia, así lo son también las de vuestra justicia, y (lo que más es para temer) sin comparación son muchos más los vasos de ira que los de misericordia, pues tántos son los condenados, y tan pocos los escogidos. Témaos yo pues, Señor, por la grandeza desta justicia, y por la profundidad de vuestros juicios, y por la alteza de vuestra majestad, y por la inmensidad de vuestra grandeza, y por la muchedumbre de mis pecados y atrevimientos, y sobre todo por la resistencia continua de vuestras inspiraciones. Témaos pues yo, y trema delante de Vos, ante cuyo acatamiento tremen las potestades y tiemblan las columnas del cielo y toda la redondez de la tierra.

Y así prostrado ante la presencia de tan grande Majestad, cantaré con el Profeta diciendo: *Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me. Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum, &c.*

Y así como por todas estas razones os debo yo temor y reverencia, así también por ellas y por otras os debo obediencia: porque vos sois mi rey, mi señor y mi emperador, á quien el cielo y la tierra, la mar y todas las otras criaturas obedescen, y cuyos mandamientos y leyes hasta agora han guardado, y guardarán para siempre. Pues obedézcaos yo, Señor, más que todas éstas, pues os soy más obligado que ellas: obedézcaos yo, Rey mío y Señor mío, y guarde enteramente todas vuestras leyes sanctísimas. Reinad vos, Señor, en mí, y no reine más en mí el mundo, ni el príncipe deste mundo, ni mi carne, ni mi propria voluntad, sino la vuestra. Vayan fuera de mí todos estos tiranos, usurpadores de vuestra silla, ladrones de vuestra gloria, pervertedores de vuestra justicia, y solo Vos, Señor, mandad y ordenad, y Vos solo y vuestro sceptro sea reconoscido y obedescido, para que así se haga vuestra voluntad en la tierra como se hace en el cielo. ¡Oh, cuándo será este día! ¡Oh, cuándo me veré libre destos tiranos! ¡Oh, cuándo no se oirá en mi ánima otra voz sino la vuestra! ¡Oh, cuándo estarán tan rendidas las fuerzas y lanzas de mis enemigos, que no haya contradicción en mí para el cumplimiento de vuestra sancta voluntad! ¿Cuándo estará tan sosegado este mar, cuándo tan sereno y escombrado este cielo, cuándo tan acalladas y mortificadas mis pasiones, que no haya onda, ni nube, ni clamor, ni otra alguna perturbación que altere esta paz y obra, y que impida este vuestro reino en mí? ¡Oh, cuándo vendrá este día! ¡Oh, si será! ¡Oh, si le veré jamás! Dadme vos, Señor, esta obediencia, ó por mejor decir, dadme este señorío sobre mi corazón, para que de tal manera me obedezca él á mí, que del todo lo subjecte yo á Vos, y puesto en esta subjección, diga de todo mi corazón con el Profeta: *Legem pone mihi, Domine, viam justificationum tuarum, & exquiram eam semper, &c.*

Y así como estoy obligado á obedesceros, así también lo estoy para entregarme y ofrecerme á Vos y resignarme en vuestras manos, pues soy todo vuestro, y vuestro por tantos y tan justos títulos: vuestro, porque me criastes y distes este ser que tengo: vuestro, porque me conserváis en él con los benefi-

cios y regalos de vuestra providencia: vuestro, porque me sacastes de captivo y me comprastes, no con oro ni plata, sino con vuestra sangre: y vuestro, porque tantas otras veces me habéis redemido, cuantas me habéis sacado de pecado. Pues si por tantos títulos soy vuestro, y si Vos por tantos títulos sois mi rey, mi señor y mi redemptor y mi librador, aquí os vuelvo á entregar vuestra hacienda, que soy yo: aquí me ofrezco por vuestro esclavo y captivo, aquí os entrego las llaves y homenaje de mi voluntad, para que ya de aquí adelante no sea más mío ni de nadie, sino vuestro: para que ya no viva para mí sino para Vos, ni haga más mi voluntad sino la vuestra, de tal manera que ni coma, ni beba, ni duerma, ni haga otra cosa que no sea según Vos y para Vos. Aquí me presento á Vos para que dispongáis de mí como de hacienda vuestra á vuestra voluntad. Si queréis que viva, que muera, que esté sano, que enfermo, que rico, que pobre, que honrado, que deshonrado, para todo me ofrezco y resigno en vuestras manos y me desposeo de mí, para que no sea ya más mío, sino vuestro: para que lo que es vuestro por justicia, lo sea también por mi voluntad. Y así me ofrezco todo á Vos con el Profeta, diciendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum: redemiste me, Domine Deus veritatis.*

Mas porque nada desto puedo yo cumplir sin Vos, porque es tan grande mi pobreza, mi flaqueza, mis miserias y mi inhabilidad, que ni puedo dar un paso, ni abrir la boca y decir dignamente Jesús sin Vos: por tanto, Señor, húmilmente me derribo á vuestros pies y os pido misericordia y favor. Porque á Vos solo pertenesce ser ayudador de los hombres y dador de todos los bienes, ni hay en el mundo otro Dios justo y Salvador sino Vos: por eso vengo á Vos á suplicaros primeramente me otorguéis perdón de mis pecados y verdadera contrición y confesión de todos ellos, y me deis gracia para que no os ofenda más en ellos ni en otros: y señaladamente os pido virtud para castigar mi carne, enfrenar mi lengua, mortificar los apetitos de mi corazón y recoger los pensamientos de mi imaginación, para que estando yo así todo renovado y reformado, merezca ser templo vivo y morada vuestra. Dadme también todas aquellas virtudes con que sea no sólo purificada, sino también adornada esta morada vuestra: que son, temor de vuestro sancto nombre, firmísima esperanza, profundísima humildad, perfectísima paciencia,

clara discreción, pobreza de espíritu, perfecta obediencia, continua fortaleza y diligencia para todos los trabajos de vuestro servicio, y sobre todo ardentísima caridad para con mis prójimos y para con Vos.

PETICION ESPECIAL DEL AMOR DE DIOS.

Oh buen Jesú, oh vida de mi ánima, ¿cuándo os agradaré en todo y por todo? ¿Cuándo perfetamente moriré á mí y á todas las criaturas por vuestro amor? Habed misericordia de mí, Señor, y ayudadme. Aquí me presento ante vuestro divino acatamiento, y dende aquí saludo todas vuestras rosadas y hermosas llagas. Escondedme, Señor, en ellas, porque perfetamente sea limpio y embriagado con ellas de vuestro amor. Oh Señor Dios mío, oh amable principio mío, oh clarísima luz de mi entendimiento, oh hartura y descanso de mi voluntad, ¿cuándo os amaré ardentísimamente? Eya, Señor, tened por bien de traspasar mi ánima con las saetas de vuestro dulcísimo amor. ¡Oh todo mi deseo, toda mi esperanza, todo mi refrigerio! ¡Oh, si fuera mi ánima digna de ser abrasada de vos, porque así toda su tibieza fuese consumida con el fuego de vuestro amor! ¡Oh ánima de mi ánima, oh vida de mi vida, á Vos todo deseo y á mí todo me ofrezco, todo á todo, uno á uno y único á único! ¡Oh, si se cumpliesen en mí aquellas palabras vuestras que dijistes al Padre: Ruégote, Padre, que ellos sean una misma cosa comigo! Ninguna otra cosa quiero, ninguna otra cosa deseo ni pido sino á Vos, porque Vos solo me bastáis. Vos sois mi padre, y mi madre, y mi tutor, y mi gobernador, y todo mi bien. Vos sois todo amable, todo deleitable y todo fiel. ¿Quién tan liberal como el que por tan vil criatura á sí mismo se dió? ¿Quién tan humilde que así inclinase la grandeza de su majestad? ¡Oh Señor, que á nadie despreciáis, de nadie tenéis asco, á nadie que os busque desecháis, sino antes le prevenís y despertáis y le salís al camino, porque vuestros deleites son estar con los hijos de los hombres! ¡Oh! Bendíganos, Señor, los ángeles. ¿Qué hallasteis en nosotros sino miserias y pecados, para que queráis estar en nuestra compañía hasta la fin del mundo? ¿No bastaba haber padescido por nosotros, y dejar los Sacramentos y los ángeles en nuestra compañía, sino que con todo esto queráis Vos también estar con nos-

otros, porque sois tan bueno que no os podéis negar? Hagamos pues, Señor, un trueque (si os place). Vos tened cuidado de mí, y yo lo tendré de vos, y haced comigo así como vos queréis y sabéis que me conviene: porque vuestro yo quiero ser, y no de otro. Dadme, Señor, que ninguna otra cosa desee sino á Vos, y que todo me ofrezca á Vos, sin que más me vuelva á tomar. ¡Oh fuego que me enciendes! ¡Oh caridad que me inflamas! ¡Oh lumbre que me alumbras! Oh descanso mío! ¡Oh vida mía! ¡Oh amor que siempre ardes y nunca mueres! ¿Cuándo te amaré perfetamente? ¿Cuándo os abrazaré con los brazos de mi ánima desnudos? ¿Cuándo menospreciaré á mí y á todo el mundo por vuestro amor? ¿Cuándo mi ánima con toda su virtud y fuerzas se uñirá con Vos? ¿Cuándo se verá sumida y anegada en el abismo de vuestro amor? Dulcísimo, amantísimo, hermosísimo, sapientísimo, riquísimo, nobilísimo, preciosísimo y dignísimo de ser amado y adorado, ¿cuándo os amaré de tal manera que yo todo fuere convertido (si fuere posible) en amor? ¡Oh vida de mi ánima, que por darme vida padescistes muertes, y muriendo matastes la muerte! Matad, Señor, también á mí del todo, conviene saber, todas mis malas inclinaciones y proprias voluntades, y todo aquello que puede ser impedimento para que Vos no viváis en mí: y después que así me hobiéredes muerto, hacedme vivir en Vos, esto es, en amor y obediencia, guardando fielmente vuestros mandamientos y los de mis mayores, y haciendo siempre vuestra sancta voluntad. ¡Oh buen Jesú! Dadme, Señor, perfecto apartamiento y aborrecimiento de todo pecado, y perfecta conversión de mi corazón, para que en Vos solo estén todos mis pensamientos, mis deseos, mis cuidados, mi memoria y todas mis fuerzas. ¡Oh vida sin la cual muero, y verdad sin la cual yerro! ¡Oh camino sin el cual me pierdo! ¡Oh salud sin la cual no vivo! ¡Oh lumbre sin la cual ando en tinieblas! No me dejéis, Señor, apartar de Vos, pues en Vos solo vivo, sin Vos muero, en Vos me salvo, y fuera de Vos me pierdo, que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

FIN

TABLA

GUÍA DE PECADORES

LIBRO PRIMERO

Páginas.

LIBRO SEGUNDO

EN EL CUAL SE CONTIENEN REGLAS DE BIEN VIVIR

PRIMERA PARTE DESTA REGLA

QUE TRATA DE LOS VICIOS Y DE SUS REMEDIOS

Páginas.

LIBRO TERCERO

SEGUNDA PARTE DESTE TERCERO LIBRO

TRATADO DE LA ORACION

Y MEDITACIÓN.

SEGUNDA PARTE

FIN DE LA TABLA

Á mayor honra y gloria de Dios
acabóse de imprimir este volumen en Valladolid
en casa de Andrés Martín
el día 1.º de diciembre
1902

